FERNANDO BERMEJO-RUBIO (COORD.)

Servicios de inteligencia en la Antigüedad

Los orígenes históricos del espionaje

akal



Akal / Universitaria / 400 / Serie Historia Antigua

Fernando Bermejo-Rubio (coord.)

Servicios de inteligencia en la Antigüedad

Los orígenes históricos del espionaje

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Para todo gobernante, como para todo jefe militar, es imprescindible conocer las circunstancias concernientes a sus antagonistas y adversarios (reales o potenciales), con el fin de neutralizar cualquier amenaza y afianzarse en el poder. Sin esa información, las probabilidades de que un gobierno sea derrocado, o de que un general sufra una severa derrota, aumentan de forma exponencial. De ahí que las actividades y servicios de inteligencia hayan sido una constante a lo largo de la historia.

A pesar de la importancia fundamental de este fenómeno, su existencia ha sido a menudo soslayada en lo que respecta a las sociedades del pasado. Sea por la dificultad que entraña la frecuente escasez de fuentes, por el temor a pecar de anacronismo o debido a inconscientes prejuicios idealistas, manuales y monografías acostumbran a negligir el tratamiento del papel desempeñado por las actividades de espionaje y contraespionaje en la Antigüedad.

El presente volumen, fruto de la colaboración de un nutrido grupo de especialistas de varios países y coordinado por Fernando Bermejo-Rubio, cubre esa laguna, examinando con atención un factor que contribuye a obtener una visión más lúcida y realista del funcionamiento de las sociedades pretéritas. Articulado en cuatro partes –Oriente, Grecia, Roma y Antigüedad Tardía–, el libro constituye la primera obra colectiva dedicada íntegramente al análisis de esta fascinante temática en el mundo antiguo.

Denis Álvarez Pérez-Sostoa		Fernando Bermejo-Rubio
Adolfo Domínguez Monedero	Peter Dubovský	Fernando Echeverría
Francesco Giannone	Raúl González Salinero	José Lull
Marc Mendoza	Juan José Palao Vicente	Sabino Perea
Pablo Poveda Arias	Francisco J. Rubio Orecilla	Frank Russell
Rose Mary Sheldon	Margarita Vallejo	Joaquín Velázquez

Diseño interior y cubierta: RAG
Motivo de cubierta
Crátera de cáliz procedente de Pisticci (Lucania) y atribuida al artista denominado Pintor de Dolón (fechada en torno al 390-380 a.e.c.), British Museum (F157), 48,26 cm de diámetro y 50,80 cm de altura. La imagen representa a Odiseo (a la izquierda) y Diomedes (a la derecha) acechando al espía troyano Dolón (centro), cubierto con una piel de lobo a guisa de disfraz, según narra el canto X de la *Ilíada,* conocido como la Doloneia.
Queda prohibida la reproducción, plagio, distribución, comunicación pública o cualquier otro modo de explotación –total o parcial, directa o indirecta– de esta obra sin la autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o sus cesionarios. La infracción de los derechos acreditados de los titulares o cesionarios puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).
Ninguna parte de este libro puede utilizarse o reproducirse de cualquier manera posible con el fin de entrenar o documentar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.
Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.
Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.
© Los autores, 2025
© Ediciones Akal, S. A., 2025
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
atencion.cliente@akal.com

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

@ediciones_akal

@ediciones_akal

ISBN: 978-84-460-5720-8

ACTIVIDADES Y SERVICIOS DE INTELIGENCIA EN LA ANTIGÜEDAD
Una introducción crítica

Fernando Bermejo-Rubio

Nam et ipsa scientia potestas est
(«Pues también el conocimiento mismo es poder»)
Francis Bacon, *Meditationes Sacrae,* 1597.

La búsqueda y el acopio de información son tareas elementales de los miembros de la especie *homo sapiens sapiens,* sea por la voluntad de saber, que –según la conocida proposición con la cual el filósofo de Estagira da comienzo a su *Metafísica*– es característica de la naturaleza humana[1], sea por la necesidad imperiosa de contar con elementos de juicio a la hora de tomar decisiones en las distintas encrucijadas vitales. Todo ello da lugar a actividades de indagación en el ámbito de la competencia entre personas, organizaciones o corporaciones privadas, como ocurre cuando se procura el robo de datos y tecnología avanzada de instituciones de investigación –«espionaje científico»– o cuando una empresa busca hacerse con los secretos técnicos de la elaboración de un producto comercial por parte de otra empresa del sector, con el objeto de superar al rival y obtener mayores beneficios –lo que se conoce como «espionaje industrial»–. Ahora bien, la información que persiguen los servicios de inteligencia se distingue con claridad de las actividades mencionadas.

DELIMITACIÓN Y RELEVANCIA DE LA CUESTIÓN

La voluntad de saber adquiere un sentido particular en el ámbito del poder supraindividual, tanto en su vertiente política como militar. Todo gobernante, al igual que todo general en campaña, precisa el conocimiento de una nutrida serie de circunstancias concernientes a sus antagonistas y adversarios reales o potenciales con el fin de prepararse para neutralizar la amenaza que suponen y salir airoso de cualquier confrontación; sin ese conocimiento, las probabilidades de que a un gobierno le sea arrebatado el

poder o de que al caudillo de turno se le inflija una severa derrota aumentan de forma exponencial. Apenas resulta concebible, pues, un gobierno duradero o un ejército exitoso que no efectúe actividades de inteligencia.

El diccionario de la Real Academia Española define «servicio de inteligencia» como una «organización del Estado que proporciona al poder ejecutivo análisis e información para mejorar la toma de decisiones estratégicas orientadas a prevenir o neutralizar amenazas y a defender los intereses nacionales». Si en la expresión «poder ejecutivo» se soslaya cualquier referencia a la moderna división de poderes, y si se entiende *lato sensu* la «nación» como el conjunto de los habitantes de un territorio regido por un mismo gobierno, es posible aplicar la definición mencionada al ámbito de la Antigüedad y asumir, por tanto, que ya mucho antes del nacimiento de los Estados modernos existieron actividades y servicios de inteligencia, sin incurrir en anacronismo alguno.

Al examinar con atención el tipo de información recabado en estas actividades se reparará con facilidad en que se caracteriza por una serie de rasgos peculiares. En primer lugar, nunca se trata de una tarea efectuada por un prurito teorético o especulativo, con objeto de satisfacer la curiosidad personal y el deseo de expandir el conocimiento propio; por el contrario, en este caso la búsqueda de información está determinada por intereses puramente pragmáticos, de modo que pueda dar lugar a un determinado curso de acción. Dicho de otro modo, el conocimiento obtenido está destinado a servir a propósitos concretos del poder.

Además, el interés práctico al que sirven las averiguaciones no es el que corresponde a los limitados fines de un individuo o de una empresa privada, sino al de una colectividad organizada, una sociedad o un Estado. Con independencia de quién se halle en el poder –un autócrata, una oligarquía o un conjunto de representantes elegidos de forma democrática–, los afectados por las decisiones adoptadas en materia de inteligencia constituyen siempre una colectividad. Lo que se halla en juego en última instancia es la seguridad de un elevado número de individuos, sea un ejército, un pueblo o incluso toda una nación.

Lo anterior explica un ulterior rasgo, a saber, que la información obtenida no es el resultado de una iniciativa meramente individual, sino que es, de un modo u otro, solicitada por las instancias del poder: o este ha encomendado de forma explícita la adquisición de datos a unos determinados agentes a su

servicio, o –aun si no hubiera realizado el encargo– tenderá a recibirlos de buena gana, pues responden por entero a sus intereses. De hecho, la información en bruto recibida debe procesarse y ser convertida en inteligencia –es decir, en comprensión–, y ello tiene lugar solo tras haber sido evaluada su fiabilidad, su exactitud y su utilidad, procesos llevados a cabo por otros agentes al servicio del poder.

Por último, y en inextricable conexión con lo dicho, las noticias transmitidas no constituyen datos anecdóticos, marginales o irrelevantes –aunque puedan versar sobre asuntos en apariencia tan triviales como los gustos de un individuo, sus costumbres o sus horarios–, sino siempre potencialmente vitales, pues pueden acabar afectando a la seguridad colectiva y por tanto a la supervivencia de miles de individuos. En este sentido se ha dicho que la información obtenida por los servicios de inteligencia constituye un multiplicador o potenciador de la fuerza de un Estado[2], precisamente porque esos datos acerca del poder del enemigo o de su letalidad pueden acabar salvando muchas vidas en las propias filas, o bien –si no son analizados y aplicados de forma conveniente– provocar verdaderos desastres.

La importancia de las actividades de inteligencia y las consecuencias catastróficas de no tomarlas en serio fueron reconocidas ya en la Antigüedad. Los autores del tratado chino *El arte de la guerra* y del tratado indio *Arthaśāstra* lo percibieron con toda claridad. En lo que respecta a Occidente, por ejemplo, tras la *clades Variana* en el 9 e.c. –una debacle infligida a las legiones romanas en Germania como resultado de los graves errores de inteligencia militar en los que incurrió el general Publio Quintilio Varo– el historiador Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* II 118) escribió que «a ningún enemigo se le vence con mayor rapidez que al que nada teme, y la [sensación de] seguridad es el comienzo más frecuente de un gran desastre».

LA EXISTENCIA DE ACTIVIDADES DE INTELIGENCIA EN LA ANTIGÜEDAD

En realidad, la más somera reflexión sobre la naturaleza humana, sobre el afán del poder por perpetuarse y sobre las rivalidades de todo tipo existentes entre individuos y grupos lleva a concluir que los fenómenos

referidos han sido una actividad constante a lo largo de la historia. Basta con examinar las características de la información obtenida por los sistemas de inteligencia y la importancia fundamental que esta posee para el poder político y militar, para poder deducir que esas actividades son tan antiguas como la existencia misma de las comunidades humanas: han existido en todas las civilizaciones, por la sencilla razón de que lo contrario resulta inconcebible. Con razón se ha afirmado a menudo que la labor de espía al servicio del poder podría disputar el honor de ser «el oficio más antiguo del mundo».

El carácter casi axiomático de la existencia de actividades y servicios de inteligencia implica, obviamente, la existencia de estos también en las sociedades del mundo antiguo, comenzando por Egipto y Mesopotamia[3]. El hecho de que en ellas no existieran agencias comparables en sofisticación tecnológica a las del mundo moderno es tan solo un truismo que, como tal, carece de cualquier recorrido argumentativo. Utilizarlo para pretender que la Antigüedad no conoció actividades y servicios de inteligencia y que la pretensión contraria es un anacronismo constituiría un grave error conceptual, tanto en función de la ya observada necesidad de tales actividades, como porque contradice los datos disponibles; por lo demás, la afirmación sobre la existencia de tales actividades en la Antigüedad no presupone aún nada sobre su nivel de complejidad o refinamiento –el cual, no obstante, es a menudo mayor de lo que presume la conciencia ingenua–.

Por supuesto, el número e importancia de fuentes relativas a estas actividades varían de forma considerable en las distintas civilizaciones; mientras que, por ejemplo, se han conservado muchas tablillas que contienen datos de inteligencia del Imperio neoasirio, las fuentes persas del Imperio aqueménida ofrecen muy pocos testimonios[4]. Asimismo, el grado de sistematicidad que adquirieron esas actividades varió, generalmente en función del grado de centralización alcanzado por el poder: mientras que la adquisición de información vital dependió en algunas culturas –o en algunas de sus fases– de una variedad de fuentes *ad hoc* (como parece haber sucedido durante la República en Roma), en otros casos se establecieron ya en la Antigüedad estructuras administrativas permanentes encargadas de gestionar las indagaciones (como parece haber ocurrido durante el Imperio neoasirio o a finales del Principado en Roma)[5]. Dependiendo del nivel de

organización y sistematización, es posible hablar de actividades y/o de servicios de inteligencia.

Es preciso reconocer de entrada la escasez de datos que –salvo excepciones– acostumbra a dificultar el estudio. Es cierto que el problema endémico de la escasez de fuentes en historia antigua se ve agravado en este caso, si bien por razones muy comprensibles: dado que las mencionadas actividades son por definición de naturaleza clandestina y que hubo siempre un interés por mantenerlas ocultas, raramente se conservan pruebas. Pero incluso allí donde los testimonios directos del uso de procedimientos de inteligencia son inexistentes o muy exiguos, pueden (y deben) ser deducidos a partir de la presencia misma de realidades estatales, por el mero hecho de que los logros políticos y militares que suponen no habrían podido obtenerse sin cuidadoso planeamiento logístico e información precisa. Por supuesto, las organizaciones de inteligencia en las distintas culturas alcanzaron grados muy diversos de institucionalización y sofisticación, pero su existencia misma es un dato incuestionable.

Además de las referencias a actividades de inteligencia en fuentes documentales y epigráficas, su omnipresencia es perceptible en la literatura antigua, ya en obras que se han convertido en clásicos de la cultura, tanto en Oriente como en Occidente. Por ejemplo, los primeros documentos religiosos redactados en la India, los Vedas, contienen referencias al espionaje como una función vital de la sociedad. En el libro XII del *Mahābhārata* –una epopeya mitológica que narra una guerra fratricida entre el clan de los Pandava y el de los Kaurava–, llamado «Shanti Parva», desempeña un papel indispensable: en la sección LXIX, el guerrero Bhisma da astutos consejos a Yudisthira, del clan de los Pandava, sobre la mejor manera de utilizar las ventajas estratégicas sobre sus enemigos, y describe una suerte de Estado policial[6]. Todo el canto X de la *Ilíada* –conocido como la Doloneia– es una historia de espionaje y contraespionaje: en este episodio, los héroes aqueos Diomedes y Odiseo, enviados por Agamenón y Menelao en calidad de exploradores *(epískopoi)* a informarse clandestinamente sobre las intenciones de los troyanos, capturan a un espía *(skopós)* de estos, de nombre Dolón, quien se había ofrecido voluntario tras la promesa de una recompensa[7]; tras sonsacarle valiosa información, lo matan, atacan a los aliados de los troyanos y se hacen con un buen botín antes de volver a las naves. En el otro gran poema homérico, Odiseo envía a

exploradores a recabar noticias sobre los habitantes de las nuevas islas y tierras exóticas en donde atraca (*Od.* IX 88-92). En la Biblia se hallan asimismo numerosas referencias a tales actividades ya desde su primer libro, en el marco de la historia legendaria de José y sus hermanos (Génesis 42,7-12); Números 13,1-20 se refiere a los exploradores enviados a la tierra de Canaán por Moisés, siguiendo los consejos de su dios, Yahvé, para efectuar labores de reconocimiento; en la historia de Sansón y Dalila (Jueces 16,1-21), la mujer actúa como informante de los filisteos; y en Josué 2 se halla el relato sobre dos espías israelitas enviados por Josué para explorar la tierra de Jericó, que son buscados por los habitantes de la ciudad pero protegidos por la prostituta Rajab. Si bien no cabe utilizar sin más tales textos literarios para reconstruir concretos acontecimientos históricos, no es menos cierto que, más allá de la ficción, todos ellos reflejan la indudable existencia de las labores de espionaje en sus correspondientes sociedades.

LA FUNCIÓN CRÍTICA DEL ESTUDIO DE ESTE FENÓMENO

A pesar de la patente importancia de las actividades de inteligencia en la Antigüedad, su estudio se ha visto arrumbado o restringido demasiado a menudo, hasta el punto de que se ha hablado al respecto de una «dimensión negligida»[8]. Si bien –como se verá– la investigación sobre tales fenómenos se ha producido a más tardar desde finales del siglo XIX, la más somera revisión historiográfica muestra que todavía hoy este tema se ve minusvalorado en gran medida en el mundo académico, no siendo el ámbito hispanoamericano una excepción[9].

Todo indica que esta situación tiene que ver menos con razones sólidas que con presupuestos erróneos y con apriorismos injustificados. En efecto, las motivaciones subyacentes parecen ser las que siguen: la creencia en la presunta ausencia o escasez de fuentes; la suposición de que las actividades de inteligencia antiguas hubieron de tener un carácter muy elemental y primitivo, lo que las haría indignas de convertirse en objeto de estudio académico; la extendida concepción de la historia como el dominio de las grandes personalidades; la connotación negativa de las actividades de inteligencia, las cuales –en la medida en que entrañan procedimientos clandestinos, operaciones encubiertas, subterfugios, disimulo, mendacidad y engaños, y aun a veces el uso de violencia física (sea en forma de

interrogatorios con tortura o de asesinatos selectivos y ejecuciones sin juicio)– acostumbran a ser vilipendiadas y consideradas vergonzosas, y por ende a suscitar un (consciente o inconsciente) malestar ético[10]. La suma de estas consideraciones puede tener efectos disuasorios a la hora de abordar el examen del tema y contribuir a explicar su frecuente omisión en el ámbito académico.

A la vista de tal situación, el estudio de las actividades de inteligencia en el mundo antiguo puede ejercer una función crítica, y en diversos sentidos. En primer lugar, cabe observar que, aunque los testimonios son en ocasiones exiguos, ello no significa que sean inexistentes. Por un lado, como se ha dicho, se dispone de indicios y referencias en las fuentes antiguas; por otro, es posible hacer inferencias razonables a partir de ellos: incluso allí donde no existen testimonios directos del uso de procedimientos de inteligencia, estos pueden y deben ser deducidos a partir de datos tan básicos como las conquistas militares o la existencia misma de Estados e imperios. El ámbito de la inteligencia constituye uno de esos campos en los que se pone de relieve con nitidez la tensión paradójica en la que han de moverse los historiadores de la Antigüedad: por una parte, estos deben construir sus hipótesis ateniéndose con cuidado a los testimonios disponibles, con el objeto de evitar especulaciones gratuitas o insuficientemente fundadas; por otra, sin embargo, deben tener en cuenta una verdad elemental formulada por el historiador italiano Arnaldo Momigliano: que una determinada realidad no esté documentada no significa necesariamente que no haya existido[11].

En lo que respecta al nivel de desarrollo de las actividades de inteligencia en el mundo antiguo y a su presunta falta de sofisticación, lo cierto es que cada sociedad tiene su propio grado de complejidad, y cuando se investiga el pasado se averigua que, aunque de modo embrionario, existían ya procedimientos de inteligencia dotados de cierto refinamiento. En efecto, se aprecia continuidad entre los servicios de inteligencia actuales y los de las sociedades de la Antigüedad, algo que puede ser expresado mediante la denominada «ley de Riepl», en atención al estudioso alemán que la formuló. Según este principio, «la ley fundamental *(Grundgesetz)* del desarrollo de los sistemas de inteligencia» es «que los medios, formas y métodos más simples, una vez que han sido naturalizados y han sido encontrados útiles, nunca pueden ser completa y duraderamente

desbancados o excluidos del uso ni siquiera por los que son más perfectos y desarrollados, sino que aquellos se preservan junto a estos»[12]. Repárese, por ejemplo, en que lo que cabe denominar las formas elementales de las actividades de inteligencia está constituido por lo que ven los ojos y por lo que oyen los oídos[13], medios de obtener información que nunca son del todo sustituidos o desplazados por las tecnologías más sofisticadas.

La focalización del interés de los historiadores en las figuras de las «grandes personalidades» –por lo general, solo «grandes hombres»– de la Antigüedad tiende a descuidar el papel desempeñado por tantos otros individuos, máxime el de aquellos cuyo trabajo se ha llevado a cabo de forma clandestina. En su célebre poema *Fragen eines lesenden Arbeiters,* Bertolt Brecht hace preguntarse a un obrero que lee si Alejandro había llevado a cabo él solo sus conquistas, o si, al vencer a los galos, César no tenía consigo siquiera a un cocinero. Resulta obvio que ninguno de estos generales habría podido obtener sus logros sin una multitud, a la que pertenecieron de modo conspicuo sus informantes y espías[14]. El estudio de las actividades de inteligencia y de sus protagonistas contribuye a desvelar el simplismo de una extendida concepción de la historia que demasiado a menudo sigue centrada en los gobernantes y supuestos «personajes excepcionales».

Considerar ignominiosas las actividades de inteligencia no solo adolece de ingenuidad, sino que depende de una visión desenfocada y parcial. De entrada, es menester percatarse de que esas actividades suelen estar diseñadas no para destruir al enemigo, sino ante todo para preservar la seguridad del propio Estado o de la propia comunidad, y por ende para mantener intactos las vidas y el bienestar de la generalidad de sus habitantes –y, en ocasiones, también los de los aliados–. Esas actividades, que pueden surgir de propósitos meramente defensivos, son con frecuencia capaces de prevenir el estallido de conflictos y el derramamiento de sangre, o al menos de minimizar la pérdida de vidas humanas. Tal es la razón de que el *Bingfa (El arte de la guerra),* la obra atribuida al estratega y pensador chino Sunzi, efectúe una crítica del gobernante que descuida la obtención de «conocimiento previo», en función de consideraciones no solo pragmáticas sino también estrictamente éticas: «Quien combate durante años frente al adversario para luchar por la victoria en la batalla decisiva ignorando el estado real del enemigo por haber escatimado oro, honorarios y

emolumentos carece de humanidad. No será digno de ser general de las tropas, ni consejero del soberano, ni alcanzará jamás a convertirse en señor de la victoria»[15]. Habida cuenta de que el autor deplora como una gran desgracia la crueldad y la barbarie generalizadas que supone la guerra, concibe las estrategias de inteligencia como la virtud que supone vencer sin luchar y la inversión en ellas como un deber esencial del gobernante. Sin necesidad de recurrir a la distinción weberiana entre «ética de la responsabilidad» y «ética de la convicción», lo anterior muestra que la complejidad del fenómeno –mayor de lo que supone la conciencia ingenua– afecta a todo lo relacionado con la valoración que cabe efectuar sobre él[16]; en cualquier caso, ello obliga a poner en cuarentena los juicios negativos y condenatorios sobre la presunta inmoralidad de las actividades de inteligencia.

Por último, el estudio de estas actividades –que, como se ha señalado, no se limitan al espionaje, sino que entrañan a veces actuaciones violentas de neutralización de agentes enemigos– resulta interesante para cuestionar la credibilidad de los discursos idealistas que las sociedades han producido acerca de sí mismas. Los intelectuales y políticos romanos, por ejemplo, sostuvieron con frecuencia el carácter sincero y honorable de las acciones de Roma, presumiendo de su supuesta *fides,* y atribuyeron de forma exclusiva a extranjeros, en especial a los cartagineses –la llamada *perfidia punica*–, comportamientos viles y torticeros; de ese modo pretendieron alejar la mirada de sus propias filas, en las que sin embargo tenía lugar todo tipo de actividades de inteligencia, distorsionando de tal modo una reconstrucción verosímil de su historia.

Las reflexiones previas muestran que las objeciones esgrimidas contra la posibilidad y la conveniencia de estudiar los fenómenos de inteligencia en el mundo antiguo traicionan un hipercriticismo injustificado. Su análisis no solo es epistémicamente posible, sino que resulta indispensable para adquirir una comprensión más realista, lúcida y cabal del funcionamiento de las sociedades humanas, así como de las estrategias a disposición del poder político. En tales circunstancias, una aproximación a la historia de la Antigüedad que no preste atención a las actividades de inteligencia –tanto en las confrontaciones armadas y las campañas de conquista como en las dinámicas subyacentes a los periodos de estabilidad y al funcionamiento de la administración de las distintas sociedades– será a todas luces incompleta,

además de que tenderá a incurrir en una visión crasamente idealista de la realidad histórica.

OBJETIVOS Y ALCANCE DE LAS ACTIVIDADES DE INTELIGENCIA

El alcance de las actividades de inteligencia es mucho mayor que el que tiende a otorgarle de forma espontánea la conciencia ingenua. Mientras que, en la comprensión habitual, su objeto son los ejércitos enemigos en tiempos de guerra, en realidad el ámbito del conocimiento pretendido es mucho más vasto. A pesar de que un control panóptico resulta una tarea casi imposible, incluso en las sociedades modernas de tipo dictatorial, las actividades de inteligencia tienden, por su propia naturaleza, a ser omniabarcantes. En las sociedades de la Antigüedad, la frecuente ausencia de un poder eficazmente centralizado y de una tecnología lo bastante sofisticada explica las dificultades para captar y procesar la información, de modo que las noticias obtenidas serían a menudo incompletas o erróneas, pero ello no es óbice para que su ideal regulativo fuese la exhaustividad.

Hay una gran cantidad de información de la que en este ámbito puede ser relevante hacer acopio. Por ejemplo, los datos que merece la pena recabar de un enemigo con el que se está –o se teme llegar a estar– en guerra y cuyas fuerzas no se conocen son muy variados, pues comprenden desde luego los recursos de su ejército (humanos y materiales, como el armamento o maquinaria de guerra), pero también la cantidad de población y su nivel económico, su estado de ánimo y su relación con sus gobernantes, las lenguas que hablan, sus aliados (actuales o potenciales) y sus adversarios, la extensión del territorio, la topografía y orografía, sus recursos hídricos, su clima, la existencia y situación de rutas de comunicación y transporte, la fertilidad de su tierra, la situación de su agricultura y su ganadería, sus defensas y fortalezas, sus costumbres, etcétera.

Por supuesto, la búsqueda de información tiene ante todo por objeto los peligros experimentados como más evidentes, a saber, los de las potencias enemigas, cuya alteridad –de raza, lengua, cultura y/o religión– tiende a introducir un mayor grado de inquietud respecto a las intenciones que albergan. No obstante, la hostilidad hacia un poder constituido puede

provenir no solo de enemigos declarados, sino también de otras instancias que a primera vista parecen no representar una amenaza, pero que en determinados contextos pueden llegar a serlo. Así sucede con los Estados aliados, con los que se ha firmado ya algún tratado de amistad o no agresión, o con los que todavía se está negociando. En estos casos, disponer de información sensible es muy conveniente en lo que respecta a la propia seguridad, sea para evaluar la probabilidad de que el tratado en cuestión llegue a buen puerto, sea para maximizar los beneficios –políticos, económicos o estratégicos– que se busca obtener mediante el acuerdo. Dada la posibilidad de que una fachada amistosa oculte una hostilidad más profunda, conviene aquilatar las capacidades e intenciones del aparente aliado.

Ahora bien, para un poder constituido la potencial amenaza no reside únicamente en enemigos externos, sino también en el interior de las propias fronteras. Si incluso en un Estado democrático moderno pueden surgir individuos o grupos subversivos que articulen movimientos de oposición susceptibles de producir intentos de derrocar el gobierno, con mayor razón tales amenazas existieron en los regímenes monárquicos y oligárquicos de la Antigüedad, en los que una casta privilegiada imponía su ley a amplias capas de población. Diversos tipos de gobierno definirán de distinto modo los potenciales peligros internos; así, por ejemplo, un régimen en el que una dinastía o un pequeño grupo detenta el monopolio del poder tenderá a considerar cualquier disensión doméstica como una amenaza para la seguridad, y por tanto a intentar detectarla y neutralizarla (en casos extremos, el gobernante identificará como potenciales enemigos a la totalidad de los miembros de su sociedad y multiplicará sus informantes). El peligro de la oposición interna es que puede, además, actuar como una quinta columna del enemigo exterior, multiplicando de tal modo la fragilidad de un Estado. Se entiende así que, con mucha frecuencia, la obtención de información no esté limitada a países extranjeros, sino que incluya asimismo a la propia población. Este control de la disensión del ámbito doméstico como una eventual amenaza para la seguridad es comprobable también en las sociedades antiguas, desde la India y China hasta Grecia y Roma[17].

Así pues, el espectro de la información que puede resultar útil es amplísimo, máxime si se tiene en cuenta también, en el ámbito doméstico,

el ejercicio del control sobre cualquier tendencia subversiva que pueda llevar a desestabilizar el orden social. Tanto en el caso de objetivos prioritarios, reales o potenciales, en países enemigos como de los miembros de la propia sociedad, las pesquisas pueden extenderse hasta los detalles más nimios de la vida privada: sus relaciones personales, su familia, sus horarios, sus preferencias, su correspondencia o sus gustos culinarios. Todo ello puede ser objeto de interés, sea a la hora de tender una trampa, una emboscada o un secuestro, sea con el objeto de chantajear a quien es objeto de vigilancia y espionaje.

Las anteriores consideraciones permiten deducir que la necesidad de averiguaciones no se limita a los periodos de actividad bélica o a aquellos en los que las tensiones y los conflictos resultan patentes en forma de declaración de guerra o agresión. La conveniencia de adoptar precauciones respecto a propios y extraños exige el mantenimiento de aquellas actividades también en tiempos de paz, máxime cuando se contemplan las situaciones de ausencia de guerra como algo solo aparente. Este pensamiento se halla reflejado por Platón al comienzo de las *Leyes* (625e), donde se pone en boca del cretense Clinias la idea de que «lo que la mayoría de los hombres llama paz, lo es solo de nombre. En realidad, hay siempre por naturaleza una guerra no declarada de todas las ciudades contra todas». La idea reflejada en el texto de Platón –que debió de generarse a raíz de los frecuentes cambios y oscilaciones en las alianzas diplomáticas y militares entre ciudades e imperios de la Antigüedad–, según la cual el estado natural *(katà phýsin)* de las sociedades es el de una guerra constante, aunque no declarada *(akēryktos pólemos),* conforma el modo en que los líderes políticos suelen concebir sus colectividades y tomar decisiones sobre ellas. En esta perspectiva de *Realpolitik,* la paz nunca aparece como un horizonte o una situación permanente, sino –en el mejor de los casos– como una tregua temporal, siempre frágil y a punto de romperse, razón por la cual es preciso encontrarse en todo momento preparado, y por tanto oportunamente bien informado.

LA OBTENCIÓN DE INFORMACIÓN: ESPÍAS Y AGENTES

El saber relativo a las verdaderas circunstancias del adversario no puede ser adquirido gracias a inferencias o lucubraciones, menos aún a través del

recurso a supuestas entidades sobrenaturales. Como ya lo formuló de manera realista Sunzi, «La capacidad de previsión no se obtiene ni de los dioses ni de los espíritus, ni por analogía con eventos pasados ni por conjeturas, sino, antes bien, de las informaciones de quienes conocen el estado real del enemigo» (*El arte de la guerra* XIII)[18].

El modo principal de obtener información, por tanto, es el uso de agentes y espías. En especial en el ámbito de las operaciones militares, dada la conveniencia de que esos informantes sean personas física y psicológicamente preparadas, así como disciplinadas, se explica que desde siempre acostumbren a ser reclutadas en el ejército, pues es esta una organización que entrena a sus miembros, presenta un orden jerárquico y enfatiza la lealtad como un valor básico, lo cual hace de ella un repositorio ideal para la extracción de agentes de inteligencia. Por supuesto, los espías no se identificarán como tales, sino que su eficacia depende de que sean agentes secretos. La adquisición de información se realiza mediante individuos que no se hacen notar ni despiertan sospechas.

Con frecuencia, la necesidad de una infiltración en la existencia cotidiana de las comunidades hace conveniente que haya asimismo informantes procedentes de la sociedad civil. Estos pueden ser captados en cualesquiera estamentos y colectivos. Los selectos individuos que realizaban labores diplomáticas habrían podido encontrarse en una situación ideal para recopilar y transmitir información política y militar, por lo que embajadores y legados funcionaron a menudo como espías. Por otra parte, habría sido útil reclutar a quienes estuvieran en contacto con muchos individuos o grupos de población y no fuesen en principio sospechosos, tales como mendigos, prostitutas, cortesanas, monjes o comerciantes. De hecho, los comerciantes pueden haber sido utilizados como espías por razones obvias: se trata de personas cuyo interés parece ser solo el provecho económico y que están alejadas de tareas políticas, además de ser gente eminentemente viajera, que se desplaza a lugares muy lejanos y puede por tanto facilitar información valiosa. Otra categoría de personas susceptible de ser utilizada como informantes fue la de los ascetas, monjes y monjas, como según el *Arthaśāstra* sucedió en la India con los especialistas religiosos del hinduismo y el budismo: ser un asceta o ir disfrazado de tal constituía una excelente tapadera, pues tales sujetos eran libres de moverse y vagar por el territorio, siendo tratados con respeto y hasta con veneración; esto permite

ver cómo el aura de fiabilidad que suele otorgarse a los *homines religiosi* puede utilizarse para encubrir actividades que poco tienen que ver con la espiritualidad.

Una artimaña usada con frecuencia es el empleo de *agents provocateurs* que se hacen pasar por individuos que muestran desafección respecto al gobierno, con el objeto de hacer emerger los verdaderos pensamientos del interlocutor; a menudo este, confiado, manifestará también sus críticas, lo que permitirá identificarle como un descontento y una potencial amenaza. El uso de lo que podrían llamarse «agentes seudosubversivos» está prescrito en manuales antiguos de ciencia política, como el *Arthaśāstra*. La presencia de tales sujetos en el Imperio romano en tiempos de Domiciano es testimoniada asimismo por el estoico Epicteto (*Diss*. IV 13, 5), quien, al referirse a la imprudente ligereza con la que las personas descubren a veces los propios secretos a desconocidos solo por el hecho de que parezcan sincerarse, añade que estos eran a veces soldados vestidos de paisano que trabajaban al servicio del emperador para atrapar a incautos[19].

El modo de obtener información no se limita a las averiguaciones efectuadas por agentes propios, sino también a la facilitada por aliados y a la extraída de los enemigos. La captura de prisioneros –mediante acciones sorpresa o por la rendición en un combate– puede proporcionar datos muy valiosos, sea que se adquieran a través de la confesión espontánea o bajo tortura. La llegada de desplazados o refugiados procedentes de un Estado vecino, así como de desertores de su ejército, proporciona asimismo potenciales fuentes de noticias. Lo mismo ocurre con los traidores, que –por desafección hacia sus gobernantes o por la codicia de quien espera una recompensa– pueden estar en posesión de conocimientos reservados.

ACTIVIDADES DE CONTRAINTELIGENCIA Y VERIFICACIÓN DE LA INFORMACIÓN

Si el carácter generalizado de las actividades de inteligencia es un dato elemental, con mayor razón son conscientes de tal fenómeno los implicados en ellas. Los agentes de los servicios de inteligencia, así como sus coordinadores y dirigentes, saben bien que los gobiernos enemigos disponen asimismo de equipos que intentan averiguar lo mismo que ellos quieren obtener. De aquí se deduce, de la forma más natural, que uno de los

objetivos prioritarios de los servicios de información sea contrarrestar, en lo posible, la eficacia de organizaciones rivales. Esto es lo que se conoce como contrainteligencia, una suerte de «guerra silenciosa».

La contrainteligencia tiene aspectos tanto pasivos como activos. Entre los primeros se halla la restricción de la información vital y de los planes bélicos a un núcleo mínimo de personas, así como a los más íntimos oficiales de alto rango, el control de fronteras y el aislamiento de los campamentos mediante empalizadas para controlar entradas y salidas, el despliegue de patrullas de vigilancia (incluyendo caballería) para prevenir la huida de cualquier informante o el envío de mensajes al enemigo. Entre los segundos se halla la diseminación de falsas noticias (engaño al enemigo sobre las propias intenciones mediante información falsa o acciones de distracción), la creación de falsos desertores, así como la interceptación y neutralización de espías enemigos mediante secuestros o asesinatos selectivos.

Un caso especial es el agente doble, es decir, el informante que presuntamente espía para un Estado –que actúa como aparente controlador de sus iniciativas–, pero que de hecho trabaja al servicio de otro Estado diferente. Este agente puede haber trabajado desde el principio para ese otro Estado, o puede haber transferido su lealtad en algún momento, sea por genuina convicción ideológica o por algún tipo de interés (de supervivencia o crematístico). Por razones evidentes, el valor de un agente doble es considerable, dado que no solo puede transmitir información esencial –incluso sobre la identidad de otros agentes enemigos– al Estado al que realmente sirve, sino que puede proporcionar desinformación a aquel para el que en apariencia trabaja. Así lo afirma Sunzi: «Resulta indispensable descubrir si el enemigo cuenta con agentes infiltrados en nuestras filas para, de este modo, tentarlos con beneficios y sobornarlos ofreciéndoles pasarse a nuestro bando, de modo que podamos así hacernos con agentes dobles que podremos emplear contra el rival […] estos deben ser tratados con la máxima prodigalidad» (*El arte de la guerra* XIII)[20]. Por supuesto, el riesgo que se corre con tales informantes es que se trate, en última instancia, de agentes triples, es decir, aquellos que fingen ser agentes dobles pero que en realidad permanecen fieles a su Estado original. De ahí que, por ejemplo, el *Arthaśāstra* busque asegurar la lealtad de los agentes dobles tomando como rehenes a sus hijos y esposas.

Un problema obvio que presenta la información obtenida es el de su fiabilidad, es decir, el de la correspondencia entre los informes proporcionados por los agentes con la realidad. La verificación de la credibilidad de las noticias recibidas puede formar parte o no de las actividades de contrainteligencia. En efecto, el carácter erróneo de los datos puede ser resultado de una acción involuntaria o voluntaria: puede provenir de fallos perceptivos del informante, que por error o autoengaño cree ver u oír lo que no es, o se limita a conocer una parte de la información relevante, o porque otros le han proporcionado noticias erróneas, o deberse a una voluntad consciente de engaño, como ocurre con el caso de los agentes dobles.

La posibilidad de que la información suministrada por los agentes no sea fiable hace imperativa la búsqueda de garantías de fiabilidad, sobre todo porque la inteligencia puede ser una cuestión de vida o muerte, como en el caso de un ataque o emboscada inminente (recuérdese, de nuevo, la *clades Variana:* el general romano no verificó los datos provistos por el «agente doble» Arminio, con un catastrófico desenlace). Por tanto, resulta crucial confirmar la veracidad de las noticias obtenidas. Ello puede hacerse recabando información suplementaria por otras vías, y por tanto considerando veraz solo la proporcionada por varios informantes de forma independiente. Allí donde se albergan serias sospechas de que se está proporcionando a sabiendas noticias falsas puede ponerse al informante en una situación que le obligue a facilitar datos veraces, por ejemplo amenazando con represalias, tomando como rehenes a familiares o amigos, o incluso utilizando el terror y la tortura.

La necesidad de verificar la información obtenida permite conectar la labor de los servicios de inteligencia con la del historiador, máxime con la del historiador de la Antigüedad, a quien casi siempre acechan los peligros de contar con fuentes escasas o seriamente distorsionadas por sesgos e intereses. Si bien sus respectivas razones para hallar la verdad son muy diferentes –prácticas en el primer caso, teóricas en el segundo–, en ambos se trata de alcanzar un conocimiento objetivo de los hechos a partir de fuentes que requieren ser sometidas a un cuidadoso escrutinio.

RAPIDEZ EN LA TRANSMISIÓN

La importancia de una información no radica tan solo en su veracidad, sino también en la celeridad con la que se recibe. El hecho de que una noticia llegue demasiado tarde a su receptor puede volverla inútil, e incluso fatal. De ahí los intentos por maximizar la rapidez con la que transmitir los datos obtenidos.

El uso de mensajeros humanos es seguramente el medio más antiguo de enviar información, y dada la necesidad de hacer llegar cuanto antes las noticias sensibles, a menudo esos mensajeros debían ser buenos corredores. Heródoto cuenta que, cuando los persas llegaron a Maratón, los estrategos de Atenas enviaron a un correo, Filípides, como heraldo a solicitar a Esparta respaldo militar. Filípides parece haber recorrido en poco más de un día una distancia de unos doscientos kilómetros (*Hist.* VI 105-106). El mensaje puede ser impartido al mensajero de forma oral o por escrito. Pero las limitaciones de estos sistemas son obvias, pues los mensajeros corren el peligro de ser interceptados, y la información oral puede serles arrancada mediante tortura o recompensas.

La rapidez de la transmisión de las noticias se incrementó mediante la utilización de mensajeros a caballo y de un eficaz servicio de postas, mediante el cual las monturas y/o los jinetes mensajeros podían ser reemplazados para lograr la máxima velocidad. De tal modo, se ha calculado que en el Imperio romano habría sido posible alcanzar registros de alrededor de 300 kilómetros en un plazo de 24 horas. Aunque no puede descartarse que en algún caso se hubiera logrado aumentar incluso este récord, la mencionada distancia parece haber sido la más larga que era posible recorrer en un solo día en el Imperio. Aun así, se trata de una velocidad excepcional, que se habrá conseguido solo en ocasiones en las que habrán coincidido la urgencia de la noticia y circunstancias óptimas –climáticas, buen estado de las vías a recorrer, resistencia de hombres y animales, etc.–; en algunos casos habría resultado útil la navegación por mar, si bien en el Mediterráneo se habría visto limitada en el periodo invernal por el *mare clausum*. Se ha calculado asimismo que, en el Imperio aqueménida, que dispuso también de una buena red de carreteras, el servicio urgente de mensajeros *(pirradaziš)* habría podido recorrer una media de 230 kilómetros al día, de tal modo que un viaje entre Persépolis y Sardis, a una distancia de unos 3.200 kilómetros, podría hacerse en tan solo dos semanas.

La utilización de animales domesticados como portadores de mensajes constituye otro medio útil y eficaz. Desde luego, los más difíciles de interceptar serían aquellos que están generalmente fuera del alcance del ser humano. De ahí el uso de las palomas mensajeras, que además de la obvia ventaja de volar y, por tanto, ser difíciles de atrapar, están disponibles en abundancia, aparte de que no es posible saber si tal o cual ave en vuelo transporta o no un mensaje. Este método parece haber llegado a griegos y romanos de los egipcios. Según Plinio (*HN* X 53) y Frontino (*Str.* III 13, 7-9), fue usado por los romanos en el asedio de Mutina en el 44-43 a.e.c.

Algunas armas que son lanzadas pueden ser también adaptadas como instrumentos de comunicación. La transmisión directa de mensajes para distancias relativamente cortas puede efectuarse mediante flechas, hondas o catapultas, lo que habría sido útil en el caso de asedios. Por ejemplo, durante su campaña en las Galias *ca*. 54 a.e.c. Julio César hizo enviar a su general Quinto Tulio Cicerón –hermano del célebre orador– un mensaje mediante el lanzamiento de una jabalina por un aliado galo.

La comunicación rápida a través de largas distancias se ha producido desde tiempos inmemoriales no solo a través de la palabra hablada o escrita, sino también de forma no verbal, mediante signos o señales, cuyo conocimiento es llamado «señalética». Las principales han sido esas señales que pueden ser transmitidas para los ojos y oídos, es decir, ópticas y acústicas. El sonido (mediante tambores, tubas o trompetas) o las señales visuales (v. gr. mediante fuegos, antorchas o luces encendidas en lugares altos; cfr. Polibio X 43-47 y Jenofonte, *Anábasis* VII 8, 15) podían incrementar de forma sensible la velocidad de transmisión de las noticias, aunque presentaban la desventaja de que debían acordarse con anticipación los significados que habría que otorgar a un sistema de señales previamente establecido.

SEGURIDAD DE LA TRANSMISIÓN: OCULTACIÓN DE LA INFORMACIÓN Y CRIPTOGRAFÍA

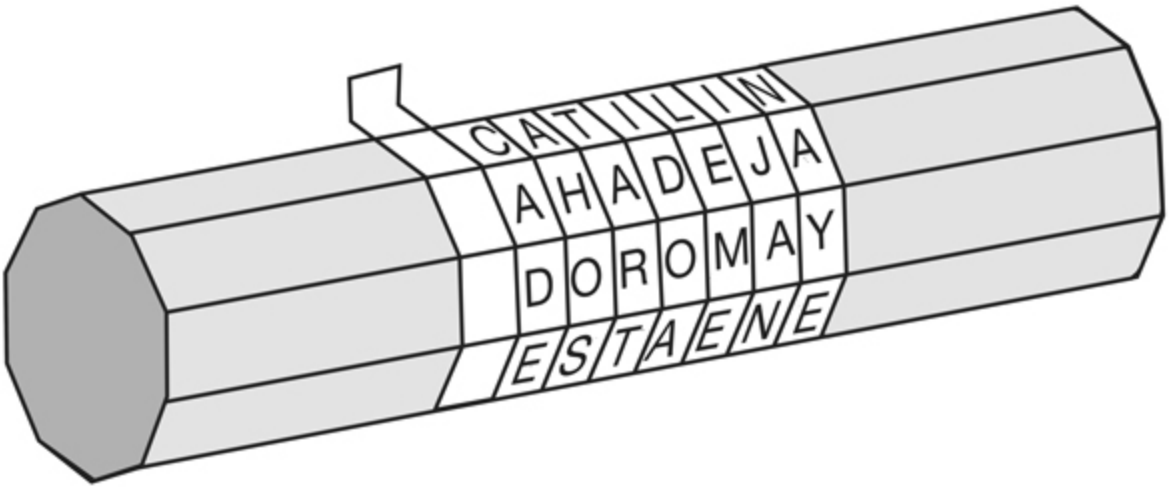
La conciencia de que la información transmitida podría caer en las manos equivocadas llevó a utilizar diversos procedimientos para evitarlo, reservando tal información tan solo para los destinatarios escogidos. Por supuesto, una manera sencilla de enviar datos confidenciales es hacerlo en

una lengua desconocida para el enemigo, de modo que si fueran interceptados no habría nada que temer. Un ejemplo lo ofrece de nuevo César; cuando este se percata de que Quinto Tulio Cicerón, asediado, corría un gran peligro, reacciona así: «Entonces persuade con grandes premios a uno de los jinetes galos que lleve a Cicerón una carta. La escribe con letras griegas, para evitar que, si caía en manos de los enemigos, estos se enteraran de nuestros planes […] En ella le dice que él está en camino con las legiones y pronto llegará: lo exhorta a perseverar en su valor de siempre» (*De Bello Gallico* XLVIII).

Ahora bien, dado que con frecuencia no era posible albergar la certeza de que en el campo enemigo no hubiera alguien cuya habilidad lingüística le permitiese descifrar el mensaje, hubo que idear ingeniosas estratagemas para mantener inadvertida u oculta la existencia de los mensajes. Varios de estos métodos de ocultación son mencionados por Eneas el Táctico en su *Poliorcética,* el primer tratado conservado de la literatura griega sobre táctica militar, anterior a mediados del siglo IV antes de la era común. Uno de los más llamativos consistió en el utilizado por Histieo de Mileto al inicio de las Guerras Médicas, consistente en rapar la cabeza de un sirviente, escribir un mensaje en su cuero cabelludo y luego, tras aguardar a que le creciese un poco el pelo, enviarlo a su destinatario; quizá este procedimiento se utilizó no tanto para transmitir información secreta como para poder validar la fiabilidad de la proporcionada de forma oral por el sirviente.

Dada la dificultad de que la propia existencia del mensaje pasara inadvertida, surgió la necesidad de ocultar no el mensaje como tal, sino su sentido. De ahí la aparición de otras estratagemas, que requirieron de un ingenio aún más afinado y que podrían ser designadas como «criptografía»[21]. Estos métodos de obtener una comunicación secreta deben ser considerados una actividad tecnológica, de la que la Antigüedad proporciona notables ejemplos. Uno de los artefactos útiles ideados en el mundo griego y asociado a Esparta fue la escítala, una barra con un diámetro predefinido, alrededor de la cual se enrollaba en forma helicoidal una tira de cuero o pergamino en la que luego el mensaje se escribía transversalmente a la tira enrollada. El destinatario del mensaje poseería una escítala de las mismas medidas y, enrollando la tira en ella, podía leer el mensaje de forma clara. Si el mensaje era interceptado, el enemigo tendría a

su disposición tan solo la tira, la cual, sin ser enrollada a la escítala, no era más que una secuencia de letras carente de sentido[22].



Codificado: Funcionamiento de la escítala espartana.
Imagen tomada de Michael Sommer (2024), *Roma oscura. La vida secreta de los romanos,* Madrid, Akal, p. 77.

César utilizó mensajes cifrados en su comunicación epistolar con sus propios familiares y con el ya mencionado Cicerón cuando quería transmitir algún mensaje más confidencial (*Vidas de los doce césares: César* LVI, 6). Este método de cifrado descrito por Suetonio se refiere a una transformación muy sencilla, consistente en sustituir la primera letra del alfabeto (la A) por la cuarta (la D), y así sucesivamente, de tal modo que no habría sido posible obtener un mensaje significativo, sino solo una sucesión que, sin la clave descodificadora, resultaría ininteligible. Dado que descubrir el código de sustitución no habría sido, a la larga, demasiado difícil, es posible –aunque no existan pruebas de ello– que los antiguos poseyesen métodos más seguros y sofisticados de comunicación cifrada que los descritos en los testimonios conservados; después de todo, las personas y los gobiernos que hicieron uso de comunicación secreta no habrían permitido, en la mayor parte de los casos, que sus métodos se difundiesen.

BREVE PANORAMA DE LA HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

El análisis moderno de los servicios de inteligencia en la Antigüedad parece haber comenzado a finales del siglo XIX. En efecto, con anterioridad

las referencias al mundo antiguo se hallan casi únicamente en estudios sectoriales –a menudo llevados a cabo por oficiales militares– interesados en ciertos aspectos que presentaban utilidad práctica para los ejércitos modernos, como los reconocimientos en campaña, los procedimientos criptográficos o el uso de palomas mensajeras para la transmisión rápida y segura de información. Ejemplo de este tipo de literatura es el libro del capitán de artillería del ejército belga Victor-Séverin Sobieski de Janina, *Théorie générale des reconnaissances militaires,* publicado en 1851 y dedicado a los reconocimientos o medidas ejecutadas con el propósito de informar a los generales en campaña sobre las fuerzas y las posiciones del enemigo, así como sobre el país que constituye el teatro de la guerra. En lo que respecta a la criptografía, el oficial y lingüista neerlandés Auguste Kerckhoffs publicó en 1883 *La cryptographie militaire, ou des chiffres usités en temps de guerre;* la obra comienza con algunas nociones sobre la Antigüedad. Entre los diversos trabajos dedicados desde finales del siglo XIX a las palomas mensajeras que contienen algunas referencias al uso de estos animales en la Antigüedad cabe citar el del teniente sajón Carl Stadelmann, *Die Brieftaube: ihre Aufzucht und Dressur sowie ihre praktische Verwendung für das Nachrichtenwesen im Festungskriege* (Berlín, 1892).

No obstante, a más tardar a finales del siglo XIX comienzan a aparecer trabajos, escritos por filólogos e historiadores profesionales, que se centran en algún aspecto de la inteligencia en el mundo clásico. Baste citar como ejemplo el artículo de 1890 «Telegraphing Among the Ancients», debido al clasicista y arqueólogo estadounidense Augustus C. Merriam, que versa sobre los aspectos técnicos de las señales de fuego en el mundo antiguo. El artículo, que parte de un pasaje de la *Ilíada* (XVIII 207-212) donde se mencionan los fuegos encendidos en una isla asediada con objeto de pedir auxilio, se centra en el mundo griego y analiza las fuentes disponibles, comenzando por Heródoto, Tucídides, Diodoro de Sicilia y Jenofonte, y siguiendo por Eneas Táctico y Polibio. Merriam examina tanto el uso de hogueras como de antorchas, explicando las distintas posibilidades que ofrecieron para el envío de mensajes.

Un hito indiscutible en la investigación académica lo constituye la obra del periodista y clasicista alemán Wolfgang Riepl (1864-1938), *Das Nachrichtenwesen des Altertums, mit besonderer Rücksicht auf die Römer*

(Los sistemas de inteligencia en la Antigüedad, con especial atención a los romanos). Además de trabajar como redactor jefe del *Nürnberger Zeitung* durante varias décadas, Riepl se doctoró en 1911 en la universidad de Erlangen con una tesis sobre los sistemas de inteligencia antiguos, que en 1913 aparecería publicada como monografía. La relevancia de esta extensa obra, cuya temática fue sugerida por el historiador alemán Adolf Schulten –el director de las campañas arqueológicas en Numancia–, estriba en el carácter sistemático de su tratamiento, que, aparte de ofrecer una clarificación conceptual, aborda de forma detallada los procedimientos de transmisión de la información (señales mediante fuego), la velocidad y costes de la transmisión de noticias en los distintos medios –terrestres y marítimos–, la preservación de la seguridad de información (y criptografía), así como las formas de espionaje.

En su obra *Antike Technik. Sechs Vorträge,* publicada en 1914 por Teubner, la misma editorial en la que había aparecido el año anterior la obra de Riepl, el helenista alemán Hermann Alexander Diels –más conocido por su edición de los fragmentos de los Presocráticos, pero que había estudiado asimismo diversas materias técnicas– dedicó la cuarta conferencia, «Antike Telegraphie», a las formas de transmisión de la información a distancia. En ella se refiere a la escítala espartana, así como a otros sistemas de transmisión secreta o cifrada empleados en la Antigüedad y de los que hablan Eneas Táctico y otros autores antiguos, como Polibio.

Sin duda por influencia de la obra de Wolfgang Riepl, el volumen XVI/2 de la prestigiosa *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* publicado en 1934, contiene una extensísima voz sobre el término «Nachrichtenwesen» («sistemas de inteligencia») a cargo del bibliotecario alemán Gerhard Reincke (1906-1984). Si bien su interés se circunscribe a Grecia, al helenismo y a Roma, contiene asimismo referencias al sistema de correos persa, además de que efectúa un análisis detallado y sistemático que tiene en cuenta tanto las fuentes literarias como epigráficas. El artículo incluye, por ejemplo, secciones sobre la señalética y la telegrafía, el control y la transmisión de las noticias terrestres (mediante el *cursus publicus* en el Imperio romano) o el transporte marítimo.

En su obra *The Story of Secret Service,* publicada en 1937, el estudioso norteamericano Richard Wilmer Rowan dedicó algunas páginas de sus primeros cinco breves capítulos a episodios de actividades de inteligencia

en el mundo antiguo. Si bien su tratamiento es en gran medida superficial y dedicado sobre todo a Roma, el mérito de este autor consistió en hacer hincapié en la antigüedad de las actividades de espionaje y, al mismo tiempo, en señalar la escasa atención que el fenómeno había suscitado hasta entonces. Las primeras palabras de su libro son: «Espías e informadores durante treinta y tres siglos han ejercido más influencia en la historia que en los historiadores»[23]. Asimismo, Rowan hizo algunas observaciones perspicaces sobre las razones por las que los propios gobernantes que se han beneficiado de la acción de los agentes secretos han tendido a preservar su anonimato, silenciando o minimizando su labor.

Una publicación importante en el desarrollo de la historia de las actividades de inteligencia tuvo lugar en 1974, cuando el medievalista y bizantinista checo Francis Dvornik (1893-1975), sacerdote católico que fue profesor de historia de Bizancio en el Center for Byzantine Studies de la universidad de Harvard, publicó su *Origins of Intelligence Services*. El interés de este libro, dividido en seis capítulos, radica en constituir una obra panorámica en la que los servicios de inteligencia del mundo antiguo se examinan en orden cronológico, comenzando por el Próximo Oriente Antiguo (Egipto, Babilonia, Asiria, Persia), siguiendo por Grecia y los Estados helenísticos, Roma, Bizancio, y continuando con los Imperios árabes musulmanes, el Imperio Mongol y Moscú. Si bien algunos de los tratamientos son demasiado breves y rapsódicos, el libro tiene el mérito de mostrar que a lo largo del mundo antiguo las actividades de inteligencia desempeñaron un papel central, y que en varios casos puede y debe hablarse de la existencia de cabales servicios organizados de información.

Es en las últimas décadas del siglo XX y el primer cuarto del XXI cuando se ha producido la eclosión del interés en las actividades de inteligencia en la Antigüedad, lo que ha dado lugar a la aparición de numerosas monografías. Entre las dedicadas al mundo griego destacan las de Chester G. Starr (*Political Intelligence in Classical Greece,* 1974), André Gerolymatos (*Espionage and Treason. A Study of the Proxenia in Political and Military Intelligence Gathering in Classical Greece,* 1986) y Frank S. Russell (*Intelligence Gathering in Classical Greece,* 1999). Dada la mayor riqueza de noticias, no sorprende que la mayor cantidad de estudios haya versado sobre el mundo romano, desde tiempos de la República hasta la Antigüedad Tardía; baste citar los de Giovanni Brizzi (*I sistema informativi*

dei Romani. Principi e realtà nell'età delle conquiste oltremare, 1982), Nicholas J. E. Austin y N. Boris Rankov (*Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World, from the Second Punic War to the Battle of Adrianopolis,* 1995), A. D. Lee (*Information and Frontiers: Roman Foreign Relations in Late Antiquity,* 1999), Jocelyne Nelis-Clément (*Les* beneficiarii: *militaires et administrateurs au service de l'Empire (Ier s. a.C.-VIe s. p.C.),* 2000), Steven H. Rutledge (*Imperial Inquisitions: Prosecutors and Informants from Tiberius to Domitian,* 2001), David J. Woolliscroft (*Roman Military Signalling,* 2001), Rose Mary Sheldon (*Intelligence Activities in Ancient Rome, Trust in the Gods, but Verify,* 2005), Lucietta di Paola (*Per la storia degli «occhi del re». I servizi ispettivi nella Tarda Antichità,* 2005), Anna-Maria Liberati y Eugenio Silverio (*Servizi segreti in Roma antica,* 2010) o Maria Federica Petraccia (*In rebus agere. Il mestiere di spia nell'antica Roma,* 2012). Más allá del mundo grecorromano, cabe citar el concienzudo trabajo de Peter Dubovský sobre los servicios de información del Imperio neoasirio (*Hezekiah and the Assyrian Spies: Reconstruction of the Neo-Assyrian Intelligence Services and its Significance for 2 Kings 18-19,* 2006).

Mención especial en la investigación realizada en tiempos recientes merece la extensa obra de la ya citada Rose Mary Sheldon, coronel retirada del ejército de los Estados Unidos que se doctoró en Historia Antigua por la universidad de Michigan y que ocupó la cátedra Henry King Burgwyn de Historia Militar en el Virginia Military Institute, donde fue profesora durante varias décadas. Aunque las principales contribuciones de Sheldon al estudio de las actividades de inteligencia en el mundo antiguo se han producido en el ámbito de la historia de Roma, ha abordado asimismo otras civilizaciones, como Mesopotamia («Spying in Mesopotamia», *Studies in Intelligence* 33*,* 1989) y Grecia (*Ambush. Surprise Attack in Ancient Greek Warfare,* 2012), así como la importancia del espionaje en los textos bíblicos y en la historia del judaísmo (*Spies of the Bible: Espionage in Israel from the Exodus to the Bar Kokhba Revolt,* 2007). Asimismo, esta autora ha recopilado el más completo estudio bibliográfico existente sobre el tema, titulado *Espionage in the Ancient World. An Annotated Bibliography* (2003), que ha sido recientemente ampliado en una versión online[24]. Sus últimas monografías han versado sobre la paradoja de que los gobernantes de la antigua Roma, en apariencia protegidos de forma extraordinaria,

hayan sido con frecuencia víctimas de asesinato: *Kill Caesar! Assassination in the Early Roman Empire* (2018) y *Guarding the Caesars: Roman Internal Security under the Flavian Dynasty* (2023).

El amplio alcance e interés de los trabajos de Sheldon han servido de acicate e inspiración a otros estudiosos para proseguir sus investigaciones en este campo. Cabe citar, a modo de ejemplo, la tesis doctoral defendida en mayo del 2024 en París (Sorbonne Université) por el asiriólogo italiano Francesco Giannone, con el título *"The Eyes and the Ears of the King." Spying and Intelligence in the Correspondence of the Ancient Near East in the II Millennium B.C.E.* Otro caso es el de la clasicista holandesa Martine Diepenbroek, autora de varios artículos sobre comunicación secreta en el mundo antiguo, que ha publicado una documentada monografía sobre la escítala (*The Spartan Scytale and Developments in Ancient and Modern Cryptography,* 2024)[25].

La abundancia del material –máxime cuando quieren contemplarse civilizaciones distantes, así como la necesidad de especialización que ello conlleva– ha hecho aconsejable en tiempos recientes el trabajo en colaboración y la publicación de volúmenes colectivos. Francia ha sido pionera al editar una trilogía sobre actividades de inteligencia, el primero de cuyos volúmenes versa sobre la Antigüedad y el Medievo (*Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge,* 2019).

Del 29 de noviembre al 1 de diciembre de 2023 tuvo lugar en Madrid, organizado por miembros del Departamento de Historia Antigua de la UNED, el primer congreso internacional sobre actividades de inteligencia en el mundo antiguo, en el que participaron especialistas estadounidenses, italianos, eslovacos y españoles. En su estela, el presente volumen –el primero de su clase dedicado en exclusiva al mundo antiguo– aspira a constituir una contribución que impulse el interés de los historiadores de la Antigüedad en una cuestión tan fundamental pero tan a menudo soslayada.

BIBLIOGRAFÍA

Andrew, Ch., (2018), *The Secret World. A History of Intelligence,* New Haven y Londres, Yale University Press.

Andrew, Ch. y Dilks, D. (eds.) (1984), *The Missing Dimension. Government and Intelligence Communities in the Twentieth Century,*

Londres, Macmillan.
Austin, Nicholas J. E. y Rankov, N. Boris (1995), *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World, from the Second Punic War to the Battle of Adrianopolis,* Londres/Nueva York, Routledge.
Ben-Israel, Isaac (2004), *Philosophie du renseignement: logique et morale de l'espionnage,* París, Éditions de l'Éclat (orig. hebreo, 1999).
Brizzi, Giovanni (1982), *I sistema informativi dei Romani. Principi e realtà nell'età delle conquiste oltremare,* Wiesbaden, Franz Steiner Verlag.
Denécé, Éric y Brun, Patrice (eds.) (2019), *Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge*, París, Ellipses.
Diels, Hermann Alexander (1914), *Antike Technik. Sechs Vorträge*, Leipzig y Berlín, B.G. Teubner.
Diepenbroek, Martine (2024), *The Spartan Scytale and Developments in Ancient and Modern Cryptography,* Londres/Nueva York, Bloomsbury Academic.
Di Paola, Lucietta (2005), *Per la storia degli «occhi del re». I servizi ispettivi nella Tarda Antichità,* Catanzaro, Università degli Studi di Messina.
Dubovský, Peter (2006), *Hezekiah and the Assyrian Spies: Reconstruction of the Neo-Assyrian Intelligence Services and its Significance for 2 Kings 18-19,* Biblica et Orientalia 49, Roma, Pontificio Istituto Biblico.
Dvornik, Francis (1974), *The Origins of Intelligence Services. The Ancient Near East, Persia, Greece, Rome, Byzantium, the Arab Muslim Empires, The Mongol Empire, China, Muscovy,* New Brunswick, Rutgers University Press.
Galvany, Albert (2023), *Sunzi. El arte de la guerra (Introducción, traducción y notas de Albert Galvany),* Madrid, Trotta.
Gerolymatos, André (1986), *Espionage and Treason. A Study of the Proxenia in Political and Military Intelligence Gathering in Classical Greece,* Ámsterdam, J.C. Gieben.
Giannone, Francesco (2024) *"The Eyes and the Ears of the King." Spying and Intelligence in the Correspondence of the Ancient Near East in the II Millennium B.C.E.,* Tesis doctoral, París, Sorbonne Université.
Herrera Hermosilla, Juan Carlos (2012), *Breve historia del espionaje,* Madrid, Nowtilus.
Hughes-Wilson, John (2017), *On Intelligence. The History of Espionage*

and the Secret World, Londres, Constable.
Kahn, David (1967), *The Codebreakers. The Story of Secret Writing,* Nueva York, The MacMillan Company.
Kerckhoffs, Auguste (1883), *La cryptographie militaire, ou des chiffres usités en temps de guerre,* París, Librairie Militaire de L. Baudoin.
Lee, A. D. (1999), *Information and Frontiers: Roman Foreign Relations in Late Antiquity,* Cambridge, Cambridge University Press.
Leighton, Albert C. (1969), «Secret Communication among the Greeks and Romans», *Technology and Culture* 10, 139-154.
Liberati, Anna-Maria y Silverio, Eugenio (2010), *Servizi segreti in Roma antica,* Roma, L'Erma di Bretschneider.
Merriam, Augustus C. (1890), «Telegraphing Among the Ancients», *Papers of the Archaeological Institute of America,* Class. Series 3, 1-32.
Momigliano, Arnaldo (1974), «Le regole del giuoco nello studio della storia antica», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia,* Serie III, Vol. 4, n.º 4, 1183-1192.
Nelis-Clément, Jocelyne (2000), *Les* beneficiarii: *militaires et administrateurs au service de l'Empire (Ier s. a.C.-VIe s. p.C.),* Burdeos, Ausonius.
Petraccia, Maria Federica (2012), *In rebus agere. Il mestiere di spia nell'antica Roma,* Bolonia, Pàtron Editore.
Reincke, Gerhard (1935), «Nachrichtenwesen», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, 16. Band: Mystagogos bis Nereae,* Stuttgart, Alfred Druckenmüller Verlag, cols. 1496-1541.
Riepl, Wolfgang (1913), *Das Nachrichtenwesen des Altertums, mit besonderer Rücksicht auf die Römer,* Leipzig/Berlín, B.G. Teubner.
Rowan, Richard Wilmer (1938), *The Story of Secret Service,* Nueva York, The Literary Guild of America.
Russell, Frank S. (1999), *Intelligence Gathering in Classical Greece,* Ann Arbor, University of Michigan Press.
Rutledge, Steven H. (2001), *Imperial Inquisitions: Prosecutors and Informants from Tiberius to Domitian,* Londres, Routledge.
Sheldon, Rose Mary (1989), «Spying in Mesopotamia», *Studies in Intelligence* 33, 7-12.
— (2003), *Espionage in the Ancient World. An Annotated Bibliography of Books and Articles in Western Languages,* Jefferson (NC), McFarland.

— (2005), *Intelligence Activities in Ancient Rome, Trust in the Gods, but Verify,* Londres/Nueva York, Routledge.
— (2007), *Spies of the Bible: Espionage in Israel from the Exodus to the Bar Kokhba Revolt,* Londres, Greenhill Books.
— (2012), *Ambush. Surprise Attack in Ancient Greek Warfare,* Londres, Frontline Books.
— (2018), *Kill Caesar! Assassination in the Early Roman Empire,* Lanham, Rowman & Littlefield.
— (2023), *Guarding the Caesars: Roman Internal Security under the Flavian Dynasty,* Lanham, Rowman & Littlefield.
Sobieski de Janina, Victor-Séverin (1851), *Théorie générale des reconnaissances militaires*, París, Librairie Militaire de J. Dumaine.
Stadelmann, Carl (1892), *Die Brieftaube: ihre Aufzucht und Dressur sowie ihre praktische Verwendung für das Nachrichtenwesen im Festungskriege*, Berlín, Mittler.
Starr, Chester G. (1974), *Political Intelligence in Classical Greece,* Leiden, Brill.
Walker Moore, Daniel (2017), «Proof through the Night: Representations of Fire-Signaling in Greek Historiography», *Histos* 9, 108-127.
Woolliscroft, David J. (2001), *Roman Military Signalling,* Stroud/Charleston, Tempus.

---

[1] *Pántes ánthrōpoi toù eidénai orégontai phýsei* (Arist. *Met.* 980a).

[2] Cfr. Hughes-Wilson 2017, 2. Desde luego, esa fuerza depende de muchos otros factores, como los recursos naturales y humanos de un país, el número y la preparación de sus tropas, la moral de la población, etcétera.

[3] Sobre estas civilizaciones, véanse los dos primeros capítulos del presente volumen, a cargo, respectivamente, de J. Lull y de F. Giannone.

[4] Acerca del Imperio neoasirio y de Persia, véanse los capítulos III y IV, a cargo, respectivamente, de P. Dubovský y de J. Velázquez.

[5] Sobre las distintas fases en Roma, véanse los capítulos X, XI y XIII a cargo, respectivamente, de S. Perea, D. Álvarez y J. J. Palao.

[6] Entre esos consejos destacan la necesidad de obtener información también sobre los propios familiares y consejeros, la rigurosa selección de los espías, o que estos no se conozcan entre sí.

[7] Sobre la inteligencia y su vocabulario en el periodo clásico de Grecia, véanse los capítulos VI y VII del presente volumen, a cargo, respectivamente, de F. Echeverría y de F. Russell.

[8] Andrew y Dilks 1983.

[9] La situación es generalizada. Sobre el caso de Francia, cfr. Denécé y Brun 2019, 17-26.

[10] Podría añadirse asimismo cierta concepción romántica de la democracia ateniense y de la República romana, que considera estos periodos como antitéticos al uso del espionaje y del secretismo que este implica.

[11] Momigliano 1974, 1190. Como se ha observado, «los historiadores tienen una tendencia general a prestar demasiada atención a los testimonios que sobreviven, y a tener demasiado poco en cuenta los que no» (Andrew y Dilks 1984, 2).

[12] Riepl 1913, 5.

[13] De ahí que numerosas fuentes antiguas se refieran, en contextos imperiales, a «los ojos y los oídos del rey» (cfr. Xen. *Cyr.* VIII 2, 10-12). Como ejemplo de la continuidad señalada por Riepl cabe citar la información transmitida de forma oral, la cual se halla al comienzo del proceso, luego es en parte desplazada en favor de la información escrita y aún más tarde de la telegráfica, pero no del todo, pues la oral vuelve a ganar impulso con la invención del teléfono.

[14] Sobre la inteligencia de Alejandro y de sus sucesores, véanse en el presente volumen los capítulos VIII y IX, a cargo, respectivamente, de A. Domínguez Monedero y de M. Mendoza.

[15] Galvany 2023, 201 (*El arte de la guerra* XIII). Sobre Sunzi, además del estudio introductorio y las notas de A. Galvany, véanse los capítulos de F.-Y. Damon y A. Lycas en Denécé y Brun 2019, resp. 113-135 y 137-152.

[16] Sobre algunas cuestiones éticas en relación con las actividades de inteligencia, cfr. Ben-Israel 2004, 123-142.

[17] El *Arthaśāstra,* el tratado de ciencia política atribuido a Kauṭilya, contempla un verdadero Estado policial. Sobre esta obra, véase el capítulo V del presente volumen, a cargo de F. Rubio Orecilla.

[18] Galvany 2023, 201.

[19] Véase, al respecto, el capítulo XIII de J. J. Palao.

[20] Galvany 2023, 202-203.

[21] Sobre este aspecto, cfr. Kahn 1967, 71-84; Leighton 1969.

[22] Plut. *Lys.* 19, 5-7. Sobre la escítala y sus variedades, cfr. Diepenbroek 2024. Dado que la escítala era un dispositivo bien conocido (cfr. Ar. *Lys.* 980-995) y que los atenienses no parecen haber tenido dificultades en comprender los mensajes espartanos interceptados, es probable que la escítala permitiera al receptor de un mensaje oral comprobar que este era fiable, puesto que uno inventado no habría correspondido al reconstruible mediante ese método.

[23] Rowan 1938, 1.

[24] Véase [https://www.academia.edu/112963988/The_Literature_of_Ancient_Intelligence_Activities].

[25] El incremento de estudios producido en las últimas décadas ha tenido como resultado que los especialistas en historia moderna y contemporánea dedicados al análisis de las actividades de inteligencia hayan advertido la necesidad de prestar atención a este ámbito también en el mundo antiguo; un claro ejemplo es Andrew 2018.

PRIMERA PARTE

ORIENTE ANTIGUO

I
ESPÍAS, INFORMADORES Y CONTROLES FRONTERIZOS EN EL EGIPTO DEL IMPERIO NUEVO

José Lull

Los medios de información desarrollados en el Egipto faraónico, así como su *modus operandi,* pueden ser analizados a partir de fuentes diversas, teniendo en cuenta tanto el funcionamiento de los controles fronterizos y seguridad interior como los servicios de inteligencia que permitían valorar la situación en los territorios extranjeros bajo dominio o influencia egipcia.

Especialmente durante su expansión en Nubia y Asia, los egipcios tuvieron que desarrollar una red de informadores que permitiera un buen conocimiento de la situación en sus territorios sometidos y fronteras, pues estas últimas –a menudo rodeadas de entornos desérticos de difícil control– podían ser permeables y facilitar la entrada no deseada de todo tipo de individuos. Ya en las *Instrucciones al rey Merikara* (dinastía X) se aconseja, con el fin de prevenir eventuales problemas, invertir en la protección de las fronteras: «Refuerza tus fronteras y tus patrullas fronterizas, es bueno trabajar para el futuro»[1].

CONTROL FRONTERIZO

Con anterioridad al Imperio Nuevo egipcio, una excelente fuente de información la ofrecen los llamados *Despachos de Semna,* un conjunto de cartas enviadas entre las fortalezas de la Baja Nubia en un periodo en el que la frontera sur de Egipto se situaba en la fortaleza de Semna Sur[2]. Los *Despachos de Semna* fueron hallados por E. Quibell, en 1895-1896, en una tumba situada bajo los almacenes del templo funerario de Ramsés II (*ca*. 1279-1213 a.e.c.).

Para entender mejor las restricciones y controles que se mencionan en los despachos, cabe recordar un texto del año 8 de Senusert –en la tradición griega, Sesostris– III (Berlin 14753)[3], dinastía XII (*ca*. 1939-1760 a.e.c.), en el que se indica quiénes tenían permiso para circular por la zona y

quiénes no:

> Frontera meridional hecha en el año 8, bajo la Majestad del rey del Alto y Bajo Egipto, Khakaura, con tal de impedir que todo *nehesi* la cruce, por agua o tierra, con un barco-*kai*[4] o cualquier rebaño de los *nehesiu;* excepto el *nehesi* que fuera a comerciar a Iqen, o en misión oficial (con excepción de) cualquier cosa que pueda hacerse ventajosamente con ellos, pero sin permitir que ningún barco-*kai* de los *nehesiu* pase Heh, viajando río abajo, eternamente.

Se menciona la fortaleza de Iqen (Mirgissa, hoy desaparecida bajo las aguas del Lago Nasser) como lugar de recepción de los comerciantes, que son los únicos que tenían permiso de acceso para llegar hasta allí (en el entorno de la segunda catarata). Cualquier comerciante o quienquiera que pudiera ofrecer un provecho económico sería aceptado. Sin embargo, la estela de Senusert III también advierte que nadie más tenía permiso para navegar río abajo o sobrepasar hacia el norte la región de Heh, que hace referencia a la zona del entorno de Semna, al sur de Mirgissa. En estas condiciones, los *Despachos de Semna* resultan vitales para entender cómo podía funcionar el control de esa frontera.

Unos pocos ejemplos servirán para demostrar su importancia, ya que, sin duda, son un precedente del modo en que durante el Imperio Nuevo se controlaron los movimientos de personas en zonas fronterizas o periféricas. Algunos despachos o cartas muestran cómo, efectivamente, se permite el paso a comerciantes, de modo que, una vez realizado el trueque en el mercado, se les ofrece un avituallamiento de cortesía y se les ordena su retorno al lugar de origen, tal y como queda atestiguado en la carta 1 (pBM EA 10752.1) o en la carta 8 (pBM EA 10772.2), de la que se extrae el siguiente fragmento[5]:

> Copia del documento enviado al *atju*-[*(en)-niut* Amen]y, que se encuentra en la fortaleza Oponente-de-[Iunu (Uronarti)]. Es una comunicación al Señor, v.[i.s.[6], sobre las] mujeres *nehesiut* que llegaron a [la fortaleza Khakaura-justificado-de]-voz-[es-poderoso (Semna)] en el año 3, IV *peret,* día [6 (¿de Amenemhat III?) a primera hora de] la mañana. Dijeron: «Es para comerciar que hemos venido». Así dijeron. Lo que trajeron fue canjeado. Un pago por ello [se les dio]. Fueron al sur, [al lugar] de donde vinieron, [en] el día 7 a la hora [de la tarde], después de [darles] pan y cerveza según [la norma]. Es una comunicación al respecto. El sirviente hizo que lo trajera el gran mayordomo Senmeri que está en la fortaleza Repeliendo-los-Arcos (Kumma).

En otras ocasiones, sin embargo, cuando eran interceptadas personas sin

permiso de paso o estancia, estas eran retenidas, interrogadas y devueltas a su lugar de origen. Tal forma de proceder se puede ver claramente reflejada en la carta 5 (pBM EA 10752.4):

> Copia del documento que le fue traído como mensaje desde la fortaleza de Elefantina del modo que una fortaleza envía a otra fortaleza: Infórmate, ¡que puedas tener salud y estar vivo!, sobre dos hombres *medjay*[7], tres mujeres *medjay* y dos […] que bajaron del desierto en el año 3 III *peret* 24[8], diciendo: «Hemos venido para trabajar en el palacio v.i.s.». Entonces, se les preguntó acerca de la situación en el desierto. Ellos dijeron: «No hemos escuchado nada, pero el desierto se está muriendo de hambre», eso es lo que fue dicho. Entonces, un servidor dispuso que fueran expulsados hacia su desierto en ese mismo día. Entonces, una de las mujeres *medjay* dijo: «¡Oh!, permitid que mi marido *medjay* esté con (esta gente que puede entrar) (…)».

La sequía y las penalidades de toda índole que podían afectar a estas regiones meridionales provocaban el desplazamiento de personas hacia Egipto, donde esperaban encontrar nuevas oportunidades y una vida mejor. Sin embargo, las instrucciones que tenían los egipcios eran claras: los intrusos debían ser expulsados.

Es interesante comprobar cómo funcionaba el sistema de información en la cadena de fortalezas. En ellas había una «oficina de información», que era la que recopilaba los datos aportados por las patrullas de frontera, de modo que esta misma información era transmitida a las fortalezas, una tras otra, siguiendo el curso del río. Por otro lado, es posible que una copia de estos informes –al menos de los que fueran considerados relevantes– fuera enviada igualmente a la oficina del visir en Tebas. Según el conocido texto de las *Obligaciones del Visir,* del que queda una interesante copia en la tumba del visir Rekhmira de época de Tutmosis III (*ca*. 1479-1425 a.e.c.), el visir debía estar avisado de la apertura y cierre de las fortalezas *(khetemu)* y del conocimiento del estado de los recintos amurallados *(menenu)* y, de igual modo, a él se le debía informar de la situación de las fortalezas meridionales y del arresto de cualquier posible maleante[9]. El visir, por tanto, podría ser de algún modo uno de los principales responsables –si es que no el principal– del sistema de información.

Durante el Imperio Nuevo volvieron a reutilizarse algunas fortalezas de la región de la segunda catarata que habían formado parte del sistema defensivo creado durante la dinastía XII. Por otra parte, está constatado que se erigieron otras más al sur, siguiendo la expansión militar egipcia en

Nubia durante la dinastía XVIII (*ca*. 1539-1292 a.e.c.). De igual modo, se alzaron asentamientos de nueva planta con recintos amurallados, como Amara West y Sesebi, desde los que se interactuaba con las poblaciones locales. Es evidente que el sistema de seguridad e información que describen los *Despachos de Semna,* durante la dinastía XII, debía funcionar ahora de un modo similar.

En la tumba de Mahu, en Amarna (TA 9), se conservan algunas escenas muy interesantes que, de algún modo, muestran el control ejercido por el sistema de policía local sobre los comerciantes que llegaban a la ciudad y los ilegales que merodeaban por los alrededores. Mahu era «jefe de los *medjau*[10] (policías) de Akhetaton (Amarna)». En una escena de su tumba se observa cómo una fila de comerciantes, cargados con sus productos, se dirigen hacia un policía que sostiene un garrote (fig. I.1). El policía está controlando a las personas que llegan, hombres y mujeres, y los productos que portan. Por detrás del policía aparece una construcción fortificada, en cuyo interior se guardan armas y víveres. Esta pequeña fortificación, probablemente una torre, está custodiada por otros policías. En otra escena, Mahu, seguido por varios compañeros, lleva un grupo de prisioneros extranjeros maniatados para entregarlos al visir y a otros grandes oficiales del faraón con el fin de ser interrogados (fig. I.2).



Figura I.1. Policías egipcios controlando la llegada de comerciantes y sus mercancías. Imagen tomada de Norman de Garis Davies (1906), *The Rock Tombs of El Amarna. Part IV: Tombs of Penthu, Mahu, and others,* Londres/Boston, Egypt Exploration Fund, pl. XXIV.



Figura I.2. El Jefe de los Policías de Akhetaton, Mahu, entrega al visir a varios individuos extranjeros interceptados.
Imagen tomada de Norman de Garis Davies (1906), *The Rock Tombs of El Amarna. Part IV: Tombs of Penthu, Mahu, and others,* Londres/Boston, Egypt Exploration Fund, pl. XXVI.

En relación con el control fronterizo y, especialmente, el de zonas desérticas surcadas por pistas de comunicación, también se posee, de la época de Tutankhamon (*ca*. 1322-1314 a.e.c.), una curiosa estela que reproduce una conversación entre un *medjay* (policía) y su superior, un inspector o comandante de fortaleza. Gracias a este texto, hallado en 1997 por una patrulla de policía en el oasis de Kurkur, unos 50 kilómetros al oeste de Elefantina, es posible comprender un poco más el *modus operandi* de las patrullas que controlaban estas regiones periféricas. En el texto se lee[11]:

> El inspector de fortaleza Paenniut dice al *medjay* que hace de guía en el muro oeste: «¿Por qué no has venido para mostrar el camino en el muro del faraón desde ayer? Tú no viniste a coger el sello. ¿Tú no conoces la advertencia del virrey (de Kush), Huy, de establecer adecuadamente el muro del faraón? Mira, pon al faraón en tu corazón o morirás».
>
> El *medjay* contestó: «¡Qué grandes son ellos, los cuatro *iteru*[12] de viaje que yo realizo cada día; cinco veces subiendo (la montaña), cinco veces bajando (la montaña); así que no deje que sea reemplazado por otro!».

En primer lugar, cabe destacar la referencia que se hace al llamado «muro del oeste» y al «muro del faraón». A partir del texto parece desprenderse que realmente no se trata de una construcción, sino de una línea imaginaria definida por el recorrido que hace el *medjay* entre dos puntos extremos. En

zonas desérticas periféricas es posible que este sistema fuese el más común. Bastaría tan solo con disponer de patrullas que recorrieran esas regiones de manera regular para verificar la presencia o no de ilegales. No es descartable, por supuesto, que en algunos puntos prominentes hicieran uso de pequeñas atalayas de observación y descanso. El hecho de que se acuse al *medjay* de no haber recogido el sello indica, por otra parte, que en su ruta las patrullas estaban obligadas a fichar para confirmar que habían cumplido con el recorrido y, al tiempo, para hacer un seguimiento de sus movimientos. Este sistema enlaza también con los ejemplos anteriormente citados de los *Despachos de Semna,* pues sería en estos momentos cuando las patrullas aportarían los informes que serían registrados y, llegado el caso, difundidos.

En textos más antiguos, como la *Profecía de Neferty* o el *Relato de Sinuhé,* se mencionan los «muros del gobernante», situados en el Delta oriental. Pero en estos casos es posible que se trate de una combinación de fortificaciones, atalayas y pistas recorridas por patrullas fronterizas, pues en la profecía se indica que «se construirán» «para impedir que los asiáticos bajen a Egipto», y en el *Relato de Sinuhé* se indica que los muros, «hechos para repeler a los asiáticos y pisotear a los nómadas» tenían un «vigilante en guardia (situado) en lo alto del muro»[13].

En el este del Delta y en la ruta del wadi Tumilat a los Lagos Amargos se conoce la existencia de numerosas fortalezas, tanto a través de fuentes escritas como de trabajos arqueológicos. Entre ellas hubo una especialmente notable, mencionada en textos del Imperio Medio y, sobre todo, del Nuevo, a saber, la fortaleza de Tjaru. De algún modo, respecto a Asia, Tjaru era la principal puerta de entrada y salida de Egipto, por lo que en ese sentido debía de ser un importante centro receptor y emisor de información. Tjaru, que corresponde al yacimiento de Tell el-Hebua, fue representado en una de las más formidables iconografías militares del Imperio Nuevo (fig. I.3). Seti I, vencedor contra los shasu en los Caminos de Horus, regresa victorioso a Egipto y es recibido con vítores precisamente en Tjaru, emplazamiento que se representa rodeado de un canal infestado de cocodrilos. Una referencia a esta fortaleza parece mostrarse en la carta de Amarna EA 30, enviada al rey egipcio por parte de su homólogo mitannio[14]. La carta evidencia, por otra parte, la existencia de salvoconductos para correos urgentes de larga distancia:

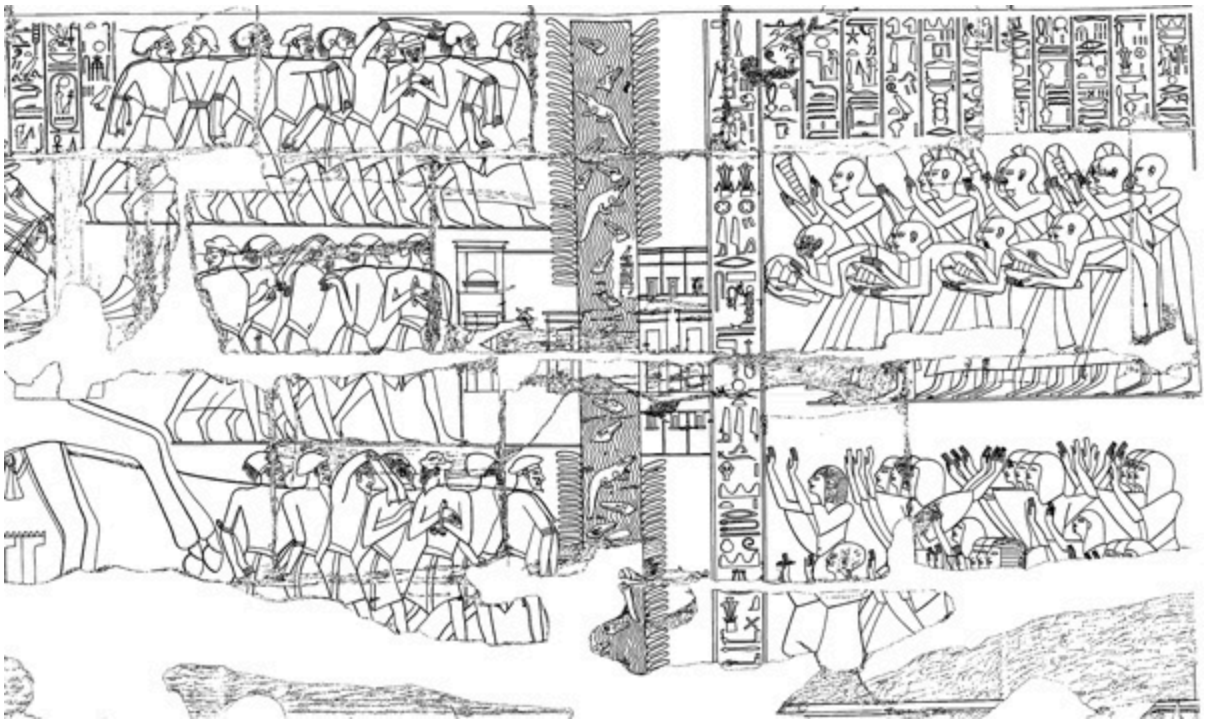


Figura I.3. Prisioneros shasu entrando en la fortaleza egipcia de Tjaru.
Imagen tomada de Epigraphic Survey (1986), *Reliefs and Inscriptions at Karnak, Volume IV: The Battle Reliefs of King Sety I,* OIP 107, Chicago, University of Chicago Press, pl. 6.

> A los reyes de Canaá[n], los siervos de mi hermano, así (dice) el rey: «Ahora, en cuanto a Akiya, mi enviado, lo he enviado para que se apresure a acudir al rey de la tierra de Egipto, mi hermano. Que nadie lo detenga. Proporcionadle una entrada segura a la tierra de Egipto y entregadlo al comandante de la fortaleza de la tierra de Egipto. Dejadlo ir rápido. Y que no se le exija soborno».

Como otras fortalezas, Tjaru hacía las veces de centro de información. Por desgracia, sus archivos se han perdido. De hecho, poco es lo que queda del alzado de esta fortaleza. A pesar de ello, hay documentos que ayudan a entender qué tipo de registros de información podían ser almacenados en sus archivos. En la tumba de Khnumhetep en Beni Hassan (BH 3), de época de Senusert II (dinastía XII), hay una conocida escena en la que se ve llegar un grupo de asiáticos –hombres, mujeres y niños– a Egipto. Estos asiáticos van encabezados por su jefe, llamado Ibesha, y este, a su vez, por dos egipcios. El más próximo a él, Khety, lleva una inscripción que lo identifica como «superintendente de la policía del desierto». El que encabeza la marcha, Neferhetep, lleva el título «escriba de documentos reales», y se muestra en actitud de entregar a Khnumhetep, que era el «inspector de las

tierras orientales», un papiro en cuyo texto, escrito en jeroglífico cursivo, se informa de la llegada de treinta y siete asiáticos *(aamu)* cargados del producto *mesdemet* o kohol. Esta iconografía, pues, es reflejo de un tipo de actuación en el que debe comunicarse y registrarse la llegada de extranjeros y sus productos.

En el papiro Anastasi III, dinastía XIX (*ca*. 1292-1191 a.e.c.), ha sobrevivido un listado de envíos y recepciones de informes o cartas de los que, aunque su contenido no es indicado, queda reflejado quién es el destinatario y por medio de quién se realiza el envío. Esto aporta nuevas pistas sobre el sistema de información empleado por los egipcios, tal y como se observa en los siguientes ejemplos (p. Anastasi III vs 5-6)[15]:

> Año 3, I *shemu* 15. Subida del «oficial» Baalry, hijo de Djapur de Gaza. Lo que llevó a Siria, dos cartas: (para el) «inspector de tropa», Khay, una carta; (para el) «gobernador» de Tiro, Baalutermeg, una carta.
>
> (Año 3, I *shemu,* día ?). Subida del «oficial» Nekhtamon, hijo de Tjara, de la fortaleza de Merenptah-Hetephermaat, v.i.s., que viajó al alto Tiro y que tiene con él dos cartas para Siria, a saber: (para el) «inspector de tropa» Penamon, una carta; (para el) «mayordomo» Ramsesnakht, de esta ciudad, una carta.
>
> (Año 3, I *shemu,* día ?). Regresó el «jefe del establo» Pamerkhetem, hijo de Any, de la ciudad de Merenptah-Hetephermaat, v.i.s., que está en el distrito de Aram, y que tiene con él, para el lugar donde el rey está, dos cartas, a saber: (para el) «inspector de tropa» Paemheb, una carta; (para el) «lugarteniente» Paemheb, una carta.
>
> Año 3, I *shemu* 17. Llegada de los «jefes de arqueros» del Pozo de Merenptah-Hetephermaat, v.i.s., que está en las montañas, para informar en la fortaleza de Tjaru.

En los ejemplos anteriores se constata cómo los implicados en el transporte de las cartas o informes (entre Egipto y la región asiática o la frontera oriental) son oficiales, relacionados con el ámbito militar. De igual modo, los receptores son oficiales, gobernadores de ciudades extranjeras bajo influencia egipcia y militares. En el último ejemplo, se menciona un grupo de soldados que se dirigen precisamente a la fortaleza de Tjaru para llevar información sobre lo que hubiera podido acontecer en la zona vigilada por ellos.

En el papiro Anastasi V (19,2-4; 19,6–20,3), por otro lado, se explica cómo, durante una persecución a un grupo de desertores a través del wadi Tumilat y los Lagos Amargos, los oficiales egipcios van recibiendo

información mientras se acercan a su objetivo:

> El «jefe de arqueros», Kakemetwer, de Tjeku, al «jefe de arqueros» Any y al «jefe de arqueros» Bakenptah, v.i.s, a favor de Amón-Ra, rey de los dioses, y del *ka* del rey del Alto y Bajo Egipto Userkheperura Setepenra (Seti II) (…).
>
> Otro asunto, a saber: «Yo fui enviado desde la Casa del Rey, v.i.s., en III *shemu* 9, al anochecer, persiguiendo a dos sirvientes. Yo alcancé las murallas de Tjeku en III *shemu* 10, y me dijeron que ellos pasaron en III *shemu* 10[16]. Alcancé la fortaleza. Me dijeron que el explorador ha venido del desierto [diciendo que] ellos han pasado el lugar amurallado al norte del Migdol de Seti Merenptah, v.i.s., amado como Seth».

Finalmente, cabe mencionar otro ejemplo, esta vez procedente del papiro Anastasi VI (4,13–5,2). En él se indica cómo ocasionalmente la frontera podía ser permeable también para nómadas y pastores que buscaran recursos temporales en los pastos del Delta. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estos permisos estaban acotados en el tiempo:

> Otro comunicado para satisfacción del corazón de mi [señor], a [saber: Nosotros] hemos dejado que las tribus *shasu* de Edom pasen la fortaleza [de] Merenptah-Hetephermaat, v.i.s., que está en Tjeku, a los pozos de Per-Atum de Merenptah-Hetephermaat, que están en Tjeku, para dejarlos vivos y dejar vivo a su ganado, en el dominio del faraón, v.i.s., el buen Sol de toda tierra, en el año 8, 5º día epagómeno (nacimiento de) Seth (…).

MENSAJEROS, ESPÍAS E INFORMADORES

En las comunicaciones internacionales, especialmente en tiempo de guerra, las cartas podían incluir contenidos sensibles o de alto secreto. La *Segunda Estela de Kamose* nos habla precisamente de cómo los egipcios, en tiempos del rey Kamose (*ca*. 1540 a.e.c.), durante la dinastía XVII, interceptaron un mensaje que a través de la ruta de los oasis pretendía enviar el rey hicso Aapep (Apofis) a su homólogo, el rey de Kush. El mensaje hicso buscaba convencer a los kushitas de atacar desde el sur a los egipcios, ocupados en el norte contra los hicsos, para descabezar Tebas y así derrotarlos y repartirse sus posesiones. Al ser interceptado el mensaje, los egipcios impidieron que se llevara a cabo este plan.

El ejemplo anterior recuerda en cierto modo otro suceso acontecido y registrado en época del rey Amenhetep[17] II (*Urk* IV, 1304), dinastía XVIII, durante la campaña asiática del año 7 de dicho monarca: «Cuando Su Majestad viajaba hacia el sur por la llanura de Sharon descubrió a un

comisionado del jefe de Naharina llevando una carta sellada con arcilla al cuello, y se lo trajo como cautivo (atado) a la parte trasera de su carro»[18].

El individuo interceptado con la tablilla es descrito como un *uputi,* es decir, un agente o comisionado. Estos, sin duda, desempeñaban un papel importante dentro de los servicios de información, pues participaban de las comunicaciones a más alto nivel y tenían la posibilidad de entrevistarse con más individuos y obtener información.

El conocimiento de los movimientos de las tropas enemigas y sus planes podía ser de vital importancia para tomar la iniciativa en acciones preventivas o de otra índole. La tablilla RS 20.33, del archivo de Rap'anu de Ugarit, posiblemente contemporánea del final del reinado de Akhenaton, muestra las dudas que la falta de información podía generar. En la carta, un alto oficial del ejército plantea a su señor cuál será la situación dependiendo de con qué fuerzas llegue el ejército egipcio, su enemigo, cuya llegada a los llanos de Amurru parece inevitable en el contexto de guerra que se desprende del texto[19]:

> Al rey, mi señor. Mensaje del (comandante) Shumi[…]: Desde hace cinco meses estoy estacionado en Amurru, y lo custodio día y noche. Vigilo sus caminos y sus accesos. La mitad de mis carros están estacionados en la costa, y la otra mitad de mis carros están estacionados frente a los Montes del Líbano. Y yo estoy estacionado allí, en el llano (…) Hace cinco meses que las heladas me devoran, los carros están rotos, mis caballos están muertos, mi ejército se ha ido. Acaso dentro de poco el rey de Egipto llegará, y entonces nosotros no podremos vencer por la fuerza. Pero si el rey de Egipto no viniera realmente, y si solamente saliera un contingente de arqueros, en ese caso yo venceré por la fuerza.
>
> Sucedió dentro de la fortaleza la lucha, y un hombre de los suyos fue capturado, y le interrogué sobre el rey de Egipto. Él dijo esto: «El rey de Egipto está viniendo, pero él no viene acompañado. En el próximo día de *eshsheshu*[20] su equipo empezará a marchar, y el rey vendrá tras su equipo». Así pues, que el rey me envíe carros y tropas (…).

Finalmente, como se señala en el texto anterior, en una refriega fue capturado un soldado egipcio que informó de la próxima llegada del faraón, según él acompañado únicamente por una pequeña tropa. Sin embargo, esta información podría ser falsa, como de hecho sucedió en otras ocasiones. Un claro ejemplo lo vemos en el conocido relato de la batalla de Qadesh de época de Ramsés II. En un primer momento, cuando el ejército egipcio se dirigía hacia Qadesh, dos beduinos *shasu* se acercaron a los egipcios para

aportar una información falsa (*KRI* II, 103-105), al decir que las tropas hititas se hallaban en Tunip, mucho más al norte de Qadesh:

> Vinieron dos *shasu,* de la tribu de los *shasu,* para decir a Su Majestad: «Han sido nuestros hermanos, jefes de las tribus aliadas al vencido de Hatti, quienes nos envían a Vuestra Majestad, diciendo: "Nosotros nos convertiremos en servidores del faraón, v.i.s., y nos separaremos del gobernante de Hatti"». Entonces Su Majestad les dijo: «¿Dónde están ellos, vuestros hermanos que os han enviado para hablar de esto con Su Majestad?». Entonces ellos dijeron a Su Majestad: «Están donde se encuentra el miserable gobernante de Hatti, porque el vencido de Hatti está en la tierra de Alepo, al norte de Tunip. Él teme mucho al faraón, v.i.s., como para ir al sur, cuando él escuchó que el faraón, v.i.s., iba hacia el norte».

Más tarde, sin embargo, los egipcios capturaron a dos hititas, que fueron interrogados sin contemplaciones (fig. I.4), torturados y apaleados. El texto se refiere a ellos con el término *haputi,* que puede traducirse como «explorador» y «espía». Se entiende, pues, que se trataba de dos hititas que, avanzados, estaban realizando tareas de observación del enemigo egipcio para luego informar a los suyos. Los hititas, interrogados con dureza, confesaron la posición verdadera de su ejército (*KRI* II, 111-116):



Figura I.4. Interrogatorio a dos espías hititas.
Imagen tomada de Ch. Desroches Noblecourt (1998), *Ramsés II. La verdadera historia,* Barcelona, Destino, p. 176.

> Ellos (los hititas) dijeron a Su Majestad: «Mira, el despreciable gobernante de Hatti ha venido acompañado con numerosos países extranjeros (…). Mira, están equipados, listos para combatir, detrás de la antigua Qadesh» (…).
>
> Luego, Su Majestad les dijo (a los principales oficiales egipcios): «Vosotros veis la situación en la que están los inspectores de tropa, los inspectores de los territorios

> extranjeros, y los gobernadores de las tierras del faraón, v.i.s., que están ahí diciendo diariamente al faraón, v.i.s.: "El miserable gobernante de Hatti está en la tierra de Alepo, al norte de Tunip (…)".
>
> Pero mirad, acabo de escuchar de esos dos espías del vencido de Hatti, que el "miserable vencido de Hatti ya ha venido con numerosos países extranjeros acompañándole, con infantería y carros de guerra, tan numerosos como la arena". ¡Mirad, ellos están escondidos detrás de la antigua Qadesh y mis inspectores de los territorios extranjeros y mis gobernadores, a cuyo cargo están las tierras del faraón, v.i.s., no han sido capaces de decirnos que ellos (los enemigos) habían llegado!».
>
> Los altos oficiales que estaban en presencia (del rey) hablaron y respondieron al Buen [Dios], así: «(Es) un gran crimen lo que han hecho los inspectores de los territorios extranjeros y los gobernantes, al no permitir que se les reportara (la ubicación) del vencido de Hatti, dondequiera que esté, de modo que pudieran informar al faraón, v.i.s., diariamente».

El texto anterior deja claro quiénes son, a ojos del faraón, los principales responsables del grave error en el sistema de información: los «inspectores de tropa», los «inspectores de los territorios extranjeros», y los «gobernadores (de las tierras extranjeras) del faraón» (los pequeños reyes locales), es decir, cargos militares, diplomáticos y políticos (reyes de ciudades o territorios extranjeros bajo dominio o influencia de Egipto) que debían ser los últimos y principales responsables de un sistema de información en el que estarían involucrados muchos otros individuos de diverso rango y función –entre ellos, los comisionados–.

Los comisionados egipcios y extranjeros, como mensajeros, desempeñaron un papel fundamental en las relaciones diplomáticas de Egipto con los territorios extranjeros. Ellos debieron de participar también en la transmisión de información de toda índole. En ese sentido, y a falta de un verdadero cuerpo de espías, participando de la difusión de la información ellos sirvieron como tales[21]. Cuando un *uputi* o «comisionado»[22] extranjero llegaba a Egipto recibía una serie de dietas para su manutención, tal y como demuestra el papiro Ermitage 1116 A vs.

En época de Akhenaton, uno de los hombres de mayor confianza del rey era Tutu, entre cuyos cargos contó con el de «portavoz principal de todo el país». Según un texto de su tumba (EA 8), él era también el «inspector de los comisionados de todas las tierras extranjeras», y el encargado de transmitir sus palabras en el palacio en calidad de «comisionado real», así como de comunicarles lo que su rey deseara. En la iconografía de su tumba

hay una escena en la que se ve a Tutu recibiendo honores por parte de Akhenaton, asomado a la ventana de apariciones[23]. Y en un registro asociado a la escena se observa cómo un egipcio, posiblemente un intérprete, precede a una comitiva de comisionados extranjeros. En cierto modo, Tutu era uno de los principales responsables de la diplomacia egipcia y, en relación con ello, uno de los hombres clave en la recepción de información. Es evidente que, para llevar a cabo sus funciones, Tutu tuvo que disponer de un servicio de informadores, pero también de intérpretes que dominaran las principales lenguas de la región.

En la iconografía de la dinastía XVIII existe, en la tumba del general Horemheb en Saqqara, un ejemplo excelente de la necesaria presencia de estos intérpretes en las comunicaciones con los comisionados o embajadores extranjeros (fig. I.5). En la escena, Tutankhamon y su esposa se asoman a la ventana de apariciones para parlamentar con el laureado general (a la cabeza de la diplomacia egipcia), cuya imagen está duplicada para reproducir el giro de posición realizado al recibir el parlamento y al comunicarlo al intérprete, quien también aparece por duplicado, en posiciones contrarias, para mostrar cómo también él se dispuso a comunicar lo indicado por el rey a Horemheb y, al tiempo, lo que los comisionados tuvieran que transmitirle.

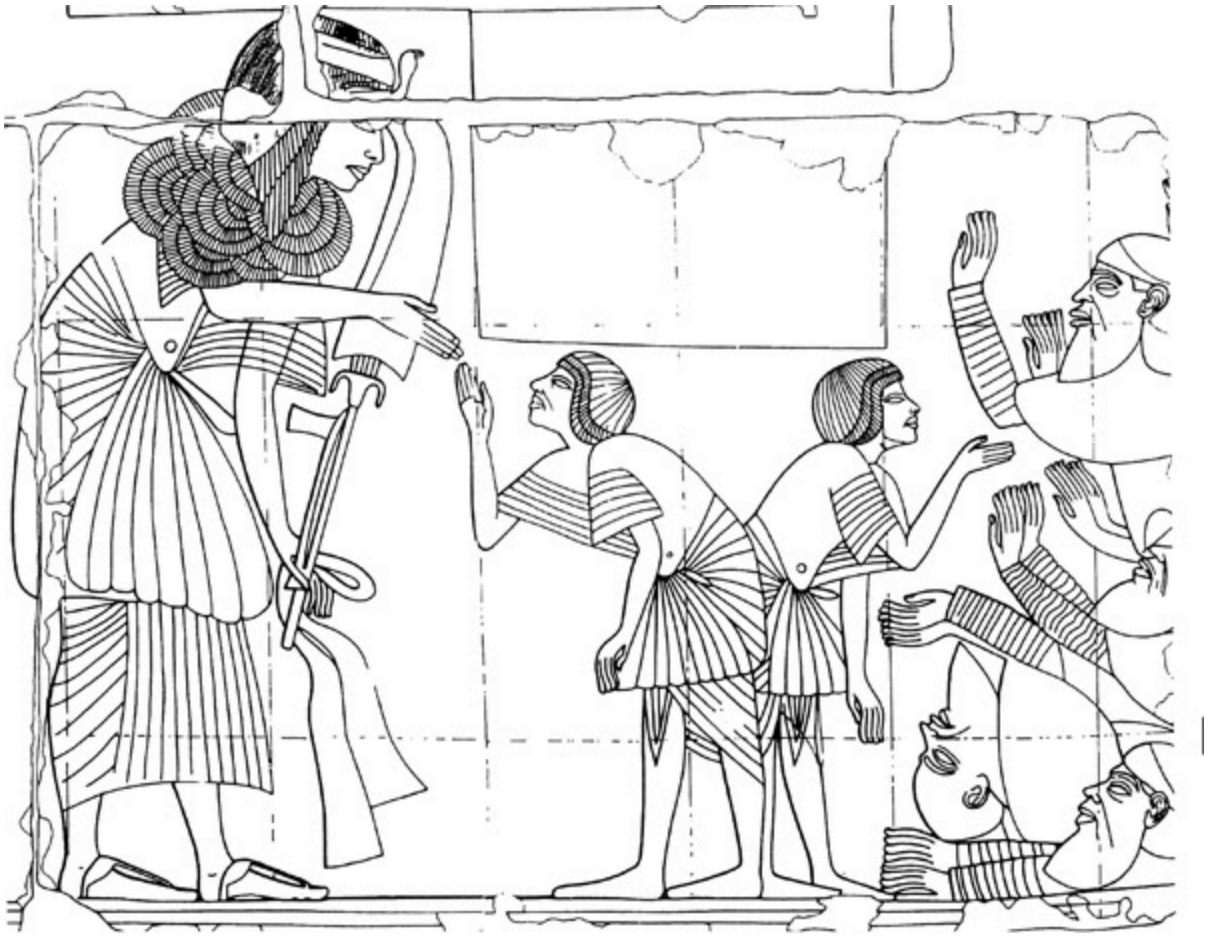


Figura I.5. Un intérprete transmite los parlamentos entre el general Horemheb y los comisionados extranjeros.
Imagen tomada de Geoffrey T. Martin (1989), *The Memphite Tomb of Ḥoremḥeb, Commander-in-Chief of Tut'ankhamūn. Volume I: The reliefs, inscriptions, and commentary,* Londres, Egypt Exploration Society, pls. 112, 115.

En las cartas de Amarna se encuentran numerosas referencias al papel desempeñado, en lo que respecta a la difusión de información, por los diversos individuos que participaban de la diplomacia, desde comisionados hasta gobernadores locales. A veces, la información aportada es muy escueta. Sirva de ejemplo la carta EA 274, enviada al faraón por parte de una mujer gobernante llamada Ninurmahmesh, posiblemente de la localidad de Beit Shemesh. Ella se dirige al rey egipcio simplemente para hacerle saber que «la ciudad de Sapuma ha sido tomada (por los *apiru*). Y (esto es) para información del [re]y, mi señor». Por parte de los gobernantes del territorio asiático egipcio, el monarca egipcio recibía muy variados reportes.

Sin embargo, de países independientes más lejanos esta información podía ser más limitada o estar menos actualizada. Así, en la carta EA 7 el enviado egipcio tuvo que excusar a su rey ante el rey de Babilonia, por no haber estado debidamente informado de la enfermedad de este último: «Porque la tierra (de Egipto) está muy lejos y tu hermano no ha oído acerca de ti». Y el lejano rey de Arzawa, en plena negociación sobre el matrimonio de su hija con Amenhetep III, aprovechó para informarle de la mala situación de la tierra de Hattuša.

La carta EA 158 del archivo de Amarna muestra una comunicación entre el gobernador de Amurru, Aziru, y el ya mencionado Tutu. Es evidente que Aziru, cuyo comportamiento estaba bajo sospecha (de hecho, finalmente se pasó al bando hitita), en vez de dirigirse directamente al rey de Egipto, Akhenaton, prefería suavizar la situación dirigiéndose a Tutu, uno de los cabecillas de la diplomacia egipcia, para intentar que intercediera por él. El hecho es que las mentiras a las que se refiere son informes que, desde distintas fuentes, podían llegar a Egipto sobre Aziru:

> A Tutu, mi señor, mi padre; mensaje de Aziru, tu hijo, tu sirviente: A los pies de mi señor he caído. Que todo vaya bien a mi padre (…)
>
> Los territorios de Amurru son tuyos y mi casa es tu casa. Cualquiera que sea tu petición, [escríbeme] y en verdad te proporcionaré [todo] lo que pidas. [Mir]a, tú estás en presencia del [rey], mi [señor. Ciertamente], hombres mentirosos hablarían con [palabras] falsas [acerca] de mí en presencia del [rey, mi] señor. [Pero] no debes permitirlo. [Mi]ra, tú […] estás […] en presencia del [rey,] mi señor [representán]dome, [por lo que] no debes permitir palabras falsas [con]tra mí.

La veracidad, tergiversación o falsedad de los informes solo podía ser cotejada con la información que pudiera llegar de fuentes diversas: gobernadores, comisionados, militares, etc. La carta EA 170, enviada a Aziru desde Amurru, consiste en un informe sobre la situación que se vive en el entorno de Amurru durante la ausencia de Aziru (que tuvo que ir a Egipto por orden del rey), pero al mismo tiempo se indica que hay rumores que restan por confirmar:

> Al rey (de Amurru), nuestro señor, el mensaje de Baʿluya y el mensaje de Beti-ili (…). Las tropas de la tierra de Hatti (y) Lupakku han tomado las ciudades de la tierra de Amqi y han capturado a Addumi. Que nuestro señor esté informado. Además, hemos oído: «Zidana ha venido y con él hay noventa mil soldados de infantería que han venido». Pero esto no lo hemos confirmado, si realmente es verdad que están.

Otra carta de interés es la EA 62, enviada por Abdi-Ashirta de Amurru (padre y antecesor de Aziru) a Pahanate (comisionado egipcio):

> ¿[Cuá]les son tus palabras, mi señor, a m[í, que estás dici]endo? ¿[Por] qué ha[blas a]sí, mi señor?: «Tú [eres un] ene[migo de la tierra de E]gipto, y tú estás co[metiendo un crimen contra los hom]bres de la tierra de E[gip]to».
>
> (…) Cuando fui llamado por la ciudad de Irqat y llegué a la ciudad de Sumur no había hombres que habitaran en su palacio. Pero ahora los hombres que habitaban en su palacio eran Shabi-ilu, Bishitanu, Maya (y) Arsayu. (…) Cuando [mi señor lo decida, entonces envíe] tropas [para tomar] a estos [cuatro hombres e interro]garlos.
>
> De la ciudad de Ṣumur [huy]eron; Yo no (los) expulsé. [¿Por] qué los gobernantes de la ciudad te mienten en la cara? Y [t]ú siempre los escuchas. Pero Yamaia, cuando [t]e escribe, te miente en la [ca]ra y siempre escuchas sus [pa]labras. Yamaia [se comunicó c]on las tropas de la ciudad de Shehlali [y ell]as [ha]blaron sobre capturar [la ciudad de Sumu]r y tomó [tropas para] capturar la ciudad (…). [Para infor]mación del rey.

Queda claro, a través de las cartas de Amarna, que de igual modo que con su hijo Aziru, las maniobras de Abdi-Ashirta con el fin de incrementar la influencia de Amurru sobre otros territorios limítrofes bajo dominio del faraón suscitaron una desconfianza que venía alimentada por los informes que sobre las supuestas actividades ilícitas de Abdi-Ashirta llegaban al faraón. En este sentido, la carta EA 62 es importante, pues recoge también el extracto de una misiva anterior, enviada por el rey, en la que acusa directamente a Abdi-Ashirta de ser un traidor. Estas cartas muestran la importancia de contar con informaciones fidedignas, pues intereses diversos hacían que pudieran circular informes y noticias falsas o incompletas.

La carta EA 149 muestra con claridad cómo el monarca egipcio contaba también con la información que podían proporcionarle los diversos reyes o gobernadores locales. Un claro ejemplo es el de Abimilki de Tiro, quien, tras recibir una carta por parte del rey egipcio en este sentido, pasaba a darle un informe:

> El rey, mi señor, me asignó para guardar la ciudad de Tiro, la sirvienta del rey, y envié una tablilla urgente al rey, mi señor, pero él no me ha respondido. Soy el comisionado del rey, mi señor, y soy yo quien trae buenas noticias y también malas (noticias) al rey, mi señor. (…) El rey, mi señor, me escribió en una tablilla: «Todo lo que escuches, envíalo al rey».

Dicho esto, el rey de Tiro procede a enumerar las noticias que quiere transmitir al rey:

> Zimredda (de) Sidón y Aziru, el traidor al rey, y los hombres de Arvad, han hecho y repetido juramento entre ellos y han reunido sus barcos, sus carros (y) su infantería para capturar la ciudad de Tiro, sierva del rey.
>
> No pudiendo capturar la ciudad de Tiro, capturaron la ciudad de Ṣumur a instancias de Zimredda, quien entrega el mensaje del rey a Aziru. (…) Desde el año pasado ha habido hostilidad contra mí. No hay agua y no hay madera. (…) [Zimredda] sabe y el traidor sabe que el brazo del rey está ausente. Ahora, un soldado de infantería [está llevando] mi tablilla al rey, el dios del Sol, [mi] señor, para que el rey responda a su sirviente.

En la carta 148 de Amarna, Abimilki sigue informando, acusando de traición a otros reyes locales y sugiriendo al rey egipcio que verifique estos informes por medio de los de su comisionado:

> El que ha saqueado la tierra del rey es el rey de Sidón. El rey de Hazor ha abandonado su palacio y ha tomado posición junto a los apiru. Que el rey sea informado acerca de ese otro malvado. Y ha unido la tierra del rey a los apiru. Que el rey pregunte a su comisionado, quien conoce la tierra de Canaán.

Y en EA 151, nuevamente, vuelve a recordar la orden del rey y sigue informando sobre los disturbios que vive la región:

> Ahora he enviado a mi mensajero a [la presencia del] [rey], mi señor; que [el rey], mi señor, [envíe su] men[sajero y] su tablilla a [mí] (…). El rey, mi señor, me escribió: «Lo que oigas de (allí en) Canaán, escríbemelo». El rey de la tierra de Dannuna ha muerto y su hermano reina en su lugar y su tierra está pacificada. El fuego destruyó el palacio real de la ciudad de Ugarit; la mitad está destruida y la otra mitad no. Pero las tropas de la tierra de Hatti no están (allí). Etakama, el príncipe de Qadesh, y Aziru están en guerra; es con Biryawaza con quien están en guerra. He sufrido la agresión de Zimredda cuando reunió barcos (y) tropas de las ciudades de Aziru contra mí.

El rey Abimilki de Tiro mostró al monarca egipcio la verdadera posición de Zimredda de Sidón, que si bien llegó a mostrarse como un leal servidor del faraón (EA 144), estaba claro que había unido esfuerzos con Aziru de Amurru para beneficio personal en contra de los intereses de otros señores locales, contraviniendo así el orden impuesto por el faraón. De hecho, Zimredda, en EA 147, es presentado como un verdadero agente de Aziru: «Zimredda, gobernador de la ciudad de Sidón, ha escrito diariamente al rebelde Aziru, hijo de Abdi-Ashirta, acerca de todas las palabras que ha oído de la tierra de Egipto. Ahora he escrito a mi señor y es bueno que él lo sepa» y en EA 151, mencionada anteriormente, Abimilki asegura que Zim-

redda le atacó tan pronto tuvo conocimiento de que el rey de Tiro tenía intención de viajar a Egipto para entrevistarse en persona con el faraón: «Él (Zimredda) oyó que yo iría (a Egipto) así que cometió agresión contra mí», lo que podría considerarse como un error de contrainteligencia, dado que Zimredda habría sido capaz de obtener información privilegiada sobre cuestiones internas que afectaban al gobernante de Tiro. Abimilki, por otro lado, quiere que su lealtad (y la veracidad de la información que aporta) quede fuera de toda duda, y nada mejor que hacer del comisionado egipcio un testigo de todo ello: «Que el rey, mi señor, pregunte a su comisionado si he vuelto mi rostro a la presencia del rey, mi señor».

Las cartas de Amarna constituyen una rica fuente de información que nos permite comprender mejor las comunicaciones diplomáticas, al más alto nivel, especialmente en época de Akhenaton. Pero, en ellas, como queda claro, también hay numerosas referencias a lo que podríamos llamar reportes de inteligencia. En dieciséis cartas se repite la fórmula «que el rey, mi señor, sea informado que (…)», «que el rey sepa que (…)» o «que el rey, mi señor, tenga conocimiento de que (…)», para proceder a comunicar cuál es la situación en un lugar, en sus alrededores, etc. Y, en total, se puede considerar que unas cuarenta cartas del archivo de Amarna contienen información de este tipo[24].

«UNO VINO A INFORMAR A SU MAJESTAD»

En los textos, principalmente en aquellos que se refieren a acontecimientos bélicos, es muy común encontrarse con una expresión (y sus variantes) que podemos traducir como «uno vino a decir/informar a Su Majestad». Aunque no se indica cuál es la función de la persona que va a informar, podría pensarse que está vinculada al servicio de inteligencia. Cabe citar algunos ejemplos. En una estela del año 1, II *akhet* 8 de Tutmosis II, grabada en la zona de la primera catarata, se lee (*Urk* IV, 138):

> Uno vino a informar a Su Majestad de que el miserable Kush había comenzado a rebelarse. Aquellos que eran siervos del señor de las Dos Tierras están decididos a conspirar y los criminales han empezado a robar a los egipcios y a ahuyentar al ganado fuera de la fortaleza que tu padre, el rey del Alto y Bajo Egipto Aakheperkara (Tutmosis I) construyó con sus victorias.

Parece que la revuelta había comenzado con algunos incidentes alrededor

de una fortaleza erigida en tiempos de Tutmosis I.

En otro ejemplo, procedente de una inscripción de Tutmosis IV hallada en la isla de Konosso (*Urk* IV, 1545), se dice:

> Año 8, III *peret* 2. Estando Su Majestad en la ciudad meridional, en el pueblo de Karnak (…) uno vino a decir a Su Majestad: «Un *nehesi* ha bajado de Wawat, tramando rebelarse contra Egipto. Él ha reclutado a todos los nómadas extranjeros rebeldes de otra tierra».

Tras recibir este informe, Tutmosis IV pidió consejo al oráculo de Amón, con el fin de determinar la conveniencia de una operación militar. Otro ejemplo (*Urk* IV, 1666) lo ofrece Amenhetep III en una inscripción del año 5, III *akhet* 2: «Uno vino a decir a Su Majestad: "El enemigo del miserable Kush ha planeado en su corazón rebelarse". Su Majestad se preparó para la victoria, y la alcanzó en su primera campaña de victoria».

En época de Seti I, dinastía XIX, tanto la *Primera* como la *Segunda Estela de Beth-Shan* emplean la misma fórmula (*KRI* I, 12 y 16). Y en el muro exterior norte de la gran sala hipóstila de Karnak, en relación con la lucha contra los *shasu* del año 1, hay otro texto (*KRI* I, 9) en el que se lee: «Entonces, uno vino a decir a Su Majestad: "los enemigos *shasu* están planeando una rebelión. Sus líderes tribales se reunieron en un solo lugar, situándose en las estribaciones de Kharu"».

La expresión mencionada ha sido entendida a veces como una forma empleada para plasmar realismo, como elemento dramático introductorio que pretende provocar la reacción del monarca egipcio. De hecho, tras haberse realizado un estudio recopilatorio de muchos de estos ejemplos, se ha llegado a la conclusión de que se trata de un género estandarizado que originalmente siguió el estilo epistolar del Imperio Medio, y que desde mediados de la dinastía XVIII se usó para textos cortos, generalmente de naturaleza militar, relacionados con campañas de menor carácter[25].

Sin embargo, considerando el conocimiento disponible sobre el sistema de mensajes que circulaban entre fortalezas y los centros de recepción de información, que en última instancia podían facilitar informes al visir o al virrey de Kush o, por supuesto, al propio faraón, es muy factible que en muchos casos esa fórmula obedezca a una situación real, en la que el monarca recibe un informe con noticias sobre movimientos o planes del enemigo. En este sentido, vale la pena citar un último ejemplo, de época de

Seti I. Se trata del texto de una estela procedente de Amara West custodiada en el Brooklyn Museum (A.Nr. 39.424). En ella se lee (*KRI* VII, 9): «Uno vino a decir a Su Majestad, v.i.s.: "Los enemigos de la tierra de Irem han planeado rebelión". Su Majestad postergó su acción contra ellos con el fin de saber más sobre sus planes». La segunda parte del texto citado es muy significativa, pues se indica expresamente que el rey egipcio, antes de preparar una acción punitiva inmediata, prefirió esperar a obtener más información de la situación, es decir, más informes.

LOS «OJOS Y OÍDOS DEL REY»

Existen una serie de títulos que podrían hacer referencia expresa a aquellos individuos encargados de aportar información. Con diversas variantes, encontramos los títulos «ojos del rey», «oídos del rey» y «ojos y oídos del rey»[26]. Tales expresiones son empleadas por personas asociadas a cargos muy diversos, tanto civiles-administrativos como militares y religiosos, por lo que no es posible establecer una relación directa con el servicio de espionaje o información. Sin embargo, hay individuos con cargos militares o diplomáticos que, al hacer uso de esos títulos, parecen darles un sentido literal y, por tanto, podrían ser reconocidos como informadores del rey. Cabe recordar que en varias ocasiones se lee en las cartas de Amarna: «Todo lo que escuches, envíalo al rey» (EA 149), «Lo que oigas de (allí en) Canaán, escríbemelo» (EA 151). Por tanto, los «oídos del rey» o los «ojos del rey», al menos en algunos casos, podrían ser individuos con capacidad de recibir y transmitir información en territorios extranjeros y en el propio Egipto, y en diversos contextos.

En muchos casos, estos títulos parecen asociarse a hombres que pertenecían al ámbito militar y diplomático. Así, Djehuty, uno de los generales más conocidos de la época de Tutmosis III, protagonista de la *Toma de Joppa,* llevó el título de «ojos del rey». Tjanuni, ojos y oídos del rey en época de Tutmosis III y Tutmosis IV, tuvo muchos títulos asociados al ejército, como «escriba del ejército», «inspector de los escribas del ejército del rey» y «general del ejército». Otro personaje fuertemente vinculado al estamento militar, que también empleó el título de «ojos del rey», fue el «generalísimo» Horemheb, en época de Tutankhamon. Y en la tumba tebana TT 42, perteneciente a Amenmose, «jefe de arqueros»,

«inspector de los países extranjeros septentrionales» y «jefe del establo del dominio del rey de las Dos Tierras», de época del mismo monarca, dicho militar es presentado también con títulos similares: «ojos del rey del Alto Egipto y oídos del rey del Bajo Egipto en la miserable tierra extranjera de Retenu» y «ojos del rey en las tierras extranjeras de Retenu»; los cargos con los que contó Amenmose permiten sospechar, aun con cautela, que el ser ojos y oídos del rey en Retenu puede indicar que estaba desarrollando operaciones de captación de información en esa región asiática en la que los egipcios tenían tantos intereses.

Conviene observar que es común en muchos individuos la relación entre el título «ojos / oídos del rey» y el de «portador del sello real», cuyo titular debía tener una gran cercanía con el rey. Tal es el caso de Qenamón, que fue «ojos del rey del Alto Egipto y oídos del rey del Bajo Egipto» en tiempos de Amenhetep II. Se ha conjeturado que el uso de este título por parte de Qenamón indicaría que él estaba encargado de «reportar al aislado rey cualquier chismorreo sobre su política»[27]. También se da esta combinación en el caso de Ptahmose (época de Ramsés II), «escriba real del señor de las Dos Tierras», que fue «ojos del rey del Alto Egipto y oídos del rey del Bajo Egipto»; de igual modo que Inhermose, «portador del sello real», «escriba real» y «primer sacerdote de Onuris», que era «ojos del rey del Alto Egipto y oídos del rey del Bajo Egipto» en época de Merenptah, y que también tuvo títulos de carácter militar, como «escriba del ejército y de la caballería» y «escriba de los reclutas del señor de las Dos Tierras». Otros ejemplos, solo por citar algunos, son los del «portador del sello real» Tjenuna (reinado de Tutmosis IV), y el «alcalde de Tebas» y «portador del sello real» Amenmose (época de Ramsés IV).

Igualmente, tiene interés la relación que a veces se da entre el título de «boca del rey» o «portavoz real» y el de «oídos del rey», como sucede en el caso del «escriba real» Minhetep, que en torno a la época de Amenhetep II y Tutmosis IV fue «portavoz real y oídos del rey del Bajo Egipto». El mismo título fue empleado por Yuya –de época de Amenhetep III–, que además era el «confidente del rey en todo el país», «portador del sello real», «inspector de los caballos» y «comandante de carros de Su Majestad». Sucede también con Mahu, de época de Tutmosis III y Amenhetep II, que entre otros títulos hizo uso del de «portavoz del rey», «portador del sello real» y «comandante del ejército».

Durante el reinado de Ramsés II se da esta asociación de títulos en la figura del «visir» y «ojos del rey del Alto Egipto y oídos del rey del Bajo Egipto» Rahetep, que fue «portavoz del rey en todo país extranjero» y «portavoz del rey en todo el país». Que el visir sea una pieza clave en el sistema de información, como cabeza de la seguridad del país, como más alto funcionario, también podría quedar reflejado en el título «ojos del rey en las ciudades del Alto Egipto y oídos del rey en los *nomoi* del Bajo Egipto», usado por el visir Hepu, que ejerció su cargo durante el gobierno de Tutmosis IV. Esta última variante del título está igualmente atestiguada en el «confidente del rey en todo el país» Khaemhat, de época de Amenhetep III.

La documentación muestra, en muchas ocasiones, que el portador del título «ojos / oídos del rey» también es titular de otros cargos que obedecen a las más diversas funciones[28]. Sin embargo, en absoluto podemos descartar que algunos funcionarios de alto rango, portadores del título, más que en funciones directas de espionaje hubieran trabajado como receptores y analistas de toda esa información.

CONCLUSIONES

Durante el Imperio Nuevo egipcio se había desarrollado un sistema de seguridad fronterizo que, como durante el Imperio Medio, más allá de las estructuras defensivas se basaba en las labores de exploración de patrullas fronterizas cuyos movimientos eran registrados en cada puesto de control que, a su vez, se nutría de información para transmitirla y archivarla. Los pocos textos que se han conservado revelan, a grandes rasgos, cómo operaban las patrullas encargadas de velar por la seguridad de las fronteras o del interior del país.

Pero fuera de las fronteras egipcias, donde Egipto tenía intereses políticos, económicos y comerciales, la información era recabada por muy diversos medios, a través de comisionados, militares, gobernadores y reyes locales. Esa información, que en algunos casos había que cotejar para comprobar su veracidad, podía ser distribuida a través de enviados. Tanto los comisionados como otros individuos vinculados al ámbito militar, principalmente, fueron los encargados de portar las cartas (en tablillas o papiros) a través de las cuales se transmitían informes y peticiones de todo

tipo. A este nivel, no parece haber existido una suerte de espías profesionales, o al menos no queda reflejado con claridad en la documentación que ha llegado a nuestros días. Parece, más bien, que el espía o el informante egipcio desempeñaba esta función entre otras.

Tanto la fórmula «uno vino a informar a Su Majestad» como el título «ojos y oídos del rey» podrían asociarse, al menos en algunos ejemplos, al sistema de información. En el primer caso, autores que han estudiado un amplio repertorio de textos con esta fórmula han llegado a concluir que se trata de un «género estandarizado» usado especialmente en textos militares. Pero esta afirmación no tiene por qué hacerse extensiva a todos los ejemplos conocidos. Sin duda, las comunicaciones aportadas por muchos informantes fueron vitales para que el faraón iniciara acciones punitivas contra rebeldes o contra aquellos que estuvieran planeando rebelarse.

No hay duda de que, aun en un estadio incipiente y no exactamente en el sentido moderno, en el Egipto del Imperio Nuevo existió un «servicio de inteligencia» que sirvió para mantener el control fronterizo, registrando las entradas y salidas de individuos del país, así como para recabar información sobre los sucesos que pudieran acontecer en los territorios extranjeros, especialmente los asociados al dominio o influencia egipcia. Obviamente, también en el interior del territorio funcionó un sistema de información que permitía que las autoridades tuvieran conocimiento de las más diversas incidencias. No obstante, a partir de la documentación existente del Imperio Nuevo egipcio, entre los asuntos de información y seguridad exterior y los asuntos domésticos sí parece percibirse una diferencia: mientras que en lo concerniente a los dominios extranjeros el papel desempeñado por el cuerpo militar, los comisionados o enviados reales y los gobernantes locales resultaba esencial, constatándose en muchas ocasiones una transmisión de la información directamente al rey, en los asuntos domésticos el visir podría haber sido, como más alto funcionario del reino, el último y máximo responsable del servicio de inteligencia y del análisis de toda esa información.

ABREVIATURAS

KRI = Kitchen, Kenneth A. (1975-1990), *Ramesside Inscriptions, Historical and Biographical,* 8 vols., Oxford, B.H. Blackwell.

Urk = Sethe, Kurt (1906-1909), *Urkunden der 18. Dynastie, Historisch-biographische Urkunden,* 4 vols., Leipzig/Berlín, Akademie Verlag.

BIBLIOGRAFÍA

Al-Ayedi, Abdul Rahman (2006), *Index of Egyptian Administrative, Religious and Military Titles of the New Kingdom,* Ismailia, Obelisk.

Caminos, Ricardo A. (1954), *Late Egyptian Miscellanies*, Londres, Oxford University Press.

Chapman, David A. T. (2018), *The Eyes and Ears of the King: A study on a set of designations and the 18th Dynasty officials who held them,* Sydney, Macquarie University.

Cohen, Raymond (2000), «Intelligence in the Amarna Letters», en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (eds.), *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 85-98.

Darnell, John C. (2003), «A Stela of the Reign of Tutankhamun from the Region of Kurkur Oasis», *Studien zur Altägyptischen Kultur* 31, 73-91.

Davies, Norman de Garis (1930), *The Tomb of Ken-amun at Thebes,* 2 vols., Nueva York, Metropolitan Museum of Art.

Desroches Noblecourt, Christiane (1998), *Ramsés II. La verdadera historia,* Barcelona, Destino, 1998 (reed. en Barcelona, Ariel, 2018).

Galán, José Manuel (2002), *El imperio egipcio: Inscripciones, ca. 1550-1300 a. C.,* Madrid, Trotta.

Helck, Wolfgang (1977), *Die Lehre für König Merikare,* Wiesbaden, Harrassowitz Verlag.

Izre'el, Shlomo y Singer, Itamar (1990), *The General's Letter from Ugarit. A Linguistic and Historical Reevaluation of RS 20.33* (Ugaritica V, No. 20), Tel Aviv, Tel Aviv University.

Koch, Roland (1990), *Die Erzählung des Sinuhe,* Bruselas, Fondation égyptologique Reine Élisabeth.

Kraemer, Bryan y Liszka, Kate (2016), «Evidence for Administration of the Nubian Fortresses in the Late Middle Kingdom: The Semna Dispatches», *Journal of Egyptian History* 9, 1-65.

Meurer, Georg (1996), *Nubier in Ägypten bis zum Beginn des Neuen Reiches. Zur Bedeutung der Stele Berlin 14753* (Abhandlungen des

Deutschen Archäologischen Instituts Kairo 13), Berlín, Achet Verlag.
Moreno García, Juan Carlos (2019), «Le renseignement en Égypte pharaonique (3100-525 avant J.-C.)», en Éric Denécé y Patrice Brun (eds.), *Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge,* París, Ellipses/Centre Français de Recherche sur le Renseignement, 81-96.
Rainey, Anson F. (2015), *The El-Amarna Correspondence: A New Edition of the Cuneiform Letters from the Site of El-Amarna Based on Collations of All Extant Tablets,* Handbook of Oriental Studies 110, Leiden/Boston, Brill.
Smithers, Paul (1945), «The Semnah Despatches», *Journal of Egyptian Archaeology* 31, 3-10.
Spalinger, Anthony J. (2002), *Aspects of the Military Documents of the Ancient Egyptians,* New Haven/Londres, Yale University Press.
Van den Boorn, G. P. F. (1988), *The Duties of the Vizier: Civil Administration in the Early New Kingdom,* Londres/Nueva York, Kegan Paul International.

---

[1] Sobre esta obra, cfr. Helck 1977.

[2] Sobre esta importante documentación, cfr. Smithers 1945; Kraemer y Liszka 2016.

[3] Meurer 1996, pl. I.

[4] Un *nehesi* (pl. *nehesiu*) es un habitante, de característica piel negra, oriundo del valle del Nilo en la región de Nubia. Un barco-*kai* es una típica embarcación fluvial de origen nubio.

[5] Kraemer y Liszka 2016, 14-15.

[6] Cuando un texto egipcio menciona el nombre o título de un faraón, este suele estar acompañado por la frase *«ankh, udja, seneb»* («vida, integridad y salud»; o: «vivo, íntegro y sano»), que cabe abreviar como v.i.s.

[7] Originalmente, el término *medjay* se refiere –como en el texto– a un grupo de nómadas nubios que habitaba sobre todo en la zona desértica entre el valle del Nilo y el mar Rojo. Dado que muchos de ellos se integraron en los cuerpos de seguridad egipcios, el término acabó perdiendo su connotación étnica y utilizándose para designar, en especial a partir de la dinastía XVIII, a la policía y guardias fronterizos y de zonas desérticas.

[8] Al señalar una fecha concreta, los egipcios indicaban, en primer lugar, el año de gobierno del faraón reinante (comenzando con el 1 desde la entronización), seguido del número de mes de la estación (cada una tiene cuatro meses, que convencionalmente se transcriben en números romanos, del I al IV), el nombre de la estación (en su calendario civil hay tres: *akhet*, *peret* y *shemu*) y, finalmente, el día del mes (del 1 al 30, pues todos tenían 30 días). Con ello cubrían los primeros 360 días del año. Por tanto, la fecha «año 3, III *peret* 24» debe leerse «año 3 del rey (no mencionado), en el tercer mes de la estación de *peret*, en el día 24». Si se referían a los cinco últimos días del año

(pues este era de 365 días), simplemente hacían mención al año de reinado y al número de día epagómeno (del 1 al 5) o «por encima del año», que es como los egipcios los denominaban.

[9] Van den Boorn 1988, 42-43 y 250.

[10] Los *medjay* también pueden ser designados como *medjau* o *medjayu*.

[11] Darnell 2003, 76.

[12] El *iteru* es una medida de longitud egipcia que equivale aproximadamente a 10,5 km.

[13] Koch 1990, 17-18.

[14] Para todas las referencias a las cartas de Amarna mencionadas en este capítulo, cfr. Rainey 2015.

[15] Caminos 1954, 31.

[16] Dado que en relación con la llegada a las murallas de Tjeku el día mencionado es el mismo, debemos entender que los desertores llevaban una mínima ventaja sobre sus perseguidores.

[17] Amenofis, según la tradición griega.

[18] Galán 2002, 157.

[19] Izre'el y Singer 1990, 23-27.

[20] Se trata de días festivos que tenían lugar en días concretos del mes.

[21] Moreno 2019, 81.

[22] Un *uputi* puede verse, en ocasiones, como un equivalente a un embajador.

[23] La ventana de apariciones era una suerte de balcón o ventanal, situado a cierta altura, desde la que el rey podía asomarse y recibir y condecorar a sus súbditos. Parece que en Amarna esta ventana, o una de las principales, estaba en el Gran Palacio o bien en el puente que unía este edificio con la Casa del Rey.

[24] Cohen 2000.

[25] Spalinger 2002.

[26] Al-Ayedi 2006. Sobre estas expresiones, usadas en otras fuentes del Próximo Oriente, véase el capítulo de J. Velázquez en este volumen *(infra).*

[27] Davies 1930, 14.

[28] Por ello, según Chapman (2018, 88), «no se puede concluir que estos funcionarios fueran espías, aunque un número significativo de personas que estuvieron activas durante los reinados de Tutmosis III y Amenhetep II acompañaron al rey en campaña o sirvieron fuera de Egipto».

II
«HOMBRES DE LENGUA (LARGA)»
Espionaje e inteligencia en el Próximo Oriente Antiguo durante el II milenio a.e.c.

Francesco Giannone

INTRODUCCIÓN

La existencia del espionaje y de la inteligencia en el Oriente Próximo del segundo milenio a.e.c. aparece como una evidencia en la literatura secundaria, si bien rara vez se ha explorado en profundidad hasta ahora[1]. Aunque en esta fase todavía no existía propiamente una «agencia de servicios secretos», los datos sobre estas actividades son numerosos y diversos.

El presente capítulo constituye una primera síntesis sobre los recursos de inteligencia diplomática y militar en el segundo milenio, y presta atención a las civilizaciones para las cuales las excavaciones arqueológicas han proporcionado la más abundante documentación textual: Mari y Hattuša. En términos cronológicos, la primera es Mari (cuyo sitio arqueológico es Tell Hariri en Siria), situada en el río Éufrates, que fue una de las capitales principales del Próximo Oriente Antiguo en el siglo XVIII a.e.c. (Edad del Bronce Medio); la segunda es Hattuša (sitio de Böğazkale, en Turquía), capital del reino hitita en Anatolia, entre los siglos XVII y XIII (Edad del Bronce Tardío).

MARI

La documentación escrita de Mari consiste principalmente en cartas y textos económicos, y se extiende desde el siglo XXIV al XVIII, pero la gran mayoría de los textos se concentra en la última cincuentena de años de la fase final del sitio, bajo los reyes Yasmah-Addu (subordinado a su padre Šamši-Adad –también conocido con el nombre de Samsi-Addu–, gran rey de Alta Mesopotamia) y Zimri-Lim (*ca*. 1775-1762)[2].

En este periodo, los reinos mesopotámicos, de tamaño regional, estaban

oficialmente sometidos al emperador de Elam, entidad suprarregional que abarcaba el altiplano iraní[3]. En el décimo año de reinado de Zimri-Lim el Imperio de Elam invadió el territorio de Mesopotamia septentrional; la mayoría de los reinos mesopotámicos se unieron contra él, consiguiendo que se retirara de ese territorio[4]. El curso de estos eventos históricos resulta determinado por varias actividades de inteligencia diplomática y militar que constituyen un caso de estudio perfecto para este capítulo.

Caso de estudio: la guerra contra Elam

Se conocen las vicisitudes de la guerra contra Elam esencialmente gracias a los informes de los embajadores del rey Zimri-Lim de Mari en la corte de Hammurabi de Babilonia. En efecto, en los reinos amorreos, los mensajeros y embajadores de un rey tenían derecho a presenciar las audiencias de los reyes aliados. Por regla general, un rey concedía sus audiencias en un único espacio (normalmente dentro del palacio) donde todos los enviados extranjeros se reunían y podían escuchar las embajadas de los demás[5]. Como resultado colateral de tal costumbre, estas audiencias constituían la principal ocasión para recabar informaciones de primera mano, y permitían que los embajadores obtuvieran preciosos datos sobre todos los reinos extranjeros[6]. Existía otra asamblea más reservada, el consejo secreto *(pirištum),* al que solo podían asistir ciertos embajadores plenipotenciarios de los reyes aliados más fieles[7].

Cuando el emperador de Elam invadió el territorio del norte de Mesopotamia, el rey Hammurabi de Babilonia –oficialmente su vasallo– decidió rebelarse contra él, y comenzó a buscar aliados en secreto. Zimri-Lim de Mari dudó durante varias semanas antes de aceptar su proposición; tras decidir aliarse con Hammurabi contra Elam, entabló unas largas negociaciones con aquel sobre las cláusulas de su alianza y el establecimiento de las eventuales fronteras en caso de victoria[8].

Estas negociaciones tuvieron lugar en parte en secreto, y en parte en las audiencias comunes. La carta siguiente de Ibal-pi-el, el embajador de Zimri-Lim en Babilonia, demuestra las tácticas ideadas por él para mantener una parte de las negociaciones en secreto. En ella, Ibal-pi-el cuenta cómo había sido llamado por el primer ministro de Hammurabi, Sin-bel-aplim, para una audiencia frente a dos colegas extranjeros[9]:

> Le dije a Sin-bel-aplim (= el primer ministro de Hammurabi): «Temo que mi señor (= Hammurabi) hable con él mismo delante de los (demás) mensajeros (sobre) el asunto de las tablillas que le llegaron de mi señor (= Zimri-Lim)». Esto es lo que le dije a Sin-bel-aplim.
>
> Él dijo lo siguiente: «Mi señor (= Hammurabi) no dirá nada sobre el asunto de las tablillas: se trata de otro asunto, que (es) secreto. (…) He apartado para él el asunto de las tablillas y os lo contará». Esto es lo que me respondió.
>
> (…) Después de dar las instrucciones (a los demás mensajeros), (Hammurabi) se negó a dejarme ir, y (quedamos) a solas él y yo. Ni el ministro ni el escriba *personal* estaban presentes. (Solo) estábamos él y yo, y un criado sordo suyo le servía. Me acerqué [a él y le dije esto:] «…».

Los criados sordos eran los servidores personales de bajo rango más confidenciales del rey, y eran escogidos específicamente por su discapacidad, garantía de confidencialidad[10]. Estas audiencias privadas eran más raras, y se concedían en ocasiones específicas a enviados de reinos poderosos.

En efecto, el rey podía rechazar una audiencia privada a un mensajero extranjero, forzándolo a hablar frente a los demás embajadores (véase la carta ARM 26/2 384, 50'-55'). Sin embargo, en caso de que un mensajero se negara a transmitir su mensaje frente a sus colegas extranjeros, el rey podía obtener el contenido de la embajada de su propio enviado, que había acompañado a aquel. De hecho, los mensajeros siempre viajaban en pares: un mensajero oficial del rey que despachaba el mensaje (DUMU *šiprim,* literalmente «hijo del envío»), y un acompañante nombrado por el rey que lo recibía (*ālik idim,* lit. «el que va al lado»); el mensajero llevaba el mensaje de su propio rey, y el acompañante lo guiaba en su reino y lo vigilaba[11]. Existe al menos un caso de un acompañante acusado de espionaje en beneficio del mensajero a quien acompañaba (ARM 33 272).

Después de que Hammurabi y Zimri-Lim hubieran concluido esta alianza ya no se permitió a los mensajeros de Elam entrar en el palacio, y se les confinó en sus residencias. Otro enviado de Zimri-Lim a Babilonia escribió (en la carta ARM 26/2 361, 13-17):

> Apartaron a los mensajeros elamitas y (ya) no (pueden) acercarse a la puerta del palacio; [todos] los (guardias) del rey los mantienen vigilados en sus alojamientos.

Por su parte, los elamitas no se quedaron de brazos cruzados. Primeramente, los enviados del rey de Mari descubrieron gracias a la

embriaguez de Kunnam, el representante personal del emperador de Elam, que un «topo» estaba presente en el séquito de Zimri-Lim. Así, el residente de Zimri-Lim en el norte de Siria le comunicaba (en la carta ARM 26/2 311, 4-18):

> Kunnam no sabe que Ibni-Addu (= un noble local) está en buenos términos con mi [señor (= Zimri-Lim)] y en su ebriedad hizo esta declaración: «¿No sabes que la palabra de Zimri-Lim (está) a disposición del emperador?». Yo (dije): «¿Cómo es eso?» –él (respondió): «Un nómada que sirve al rey en su cama filtra incesantemente (informaciones) a Išar-lim[12], y, además, hay algunos entre los nómadas que escriben incesantemente a Išar-lim».

Por otro lado, algunos jefes militares babilónicos capturados por el emperador de Elam intentaron fomentar una sedición en una región septentrional del reino de Hammurabi, llamada Muti'abal (cfr. ARM 26/2 365, 3-18):

> Entre las tropas babilónicas que fueron capturadas (por los elamitas) el mes pasado, un jefe de los heraldos … de (la región de) Muti'abal dijo esto al emperador de Elam: «Todo [Muti'a]bal ha estado esperando este preciso día: ¡envíame [a mi país] para que haga desertar Muti'abal hacia tu (lado)!». Esto fue lo que dijo aquel hombre al emperador de Elam, y este [lo envió] a Babilonia. (…) Este hombre [informó] del mensaje que escribió el emperador de Elam y la gente de Kasalluk (= ciudad de Muti'abal) está al tanto (de ello). Departieron sobre su [caso] y escribieron al emperador de Elam. Ese asunto se filtró a Hammurabi y [Hamm]urabi ideó (esta) respuesta: (…).

Ya en estas pocas líneas pueden encontrarse diversos recursos de inteligencia: infiltración, quinta columna, correspondencia secreta y delación. El rápido informe sobre la sedición permitió que Hammurabi derrotara a los rebeldes, desembocando en la masacre de los habitantes de Muti'abal[13].

Control político de vasallos

La mayoría de los informes anteriormente citados provenían de embajadores de Zimri-Lim en la corte de Hammurabi, que es calificado como su «hermano» –o sea, un rey de igual rango–. En el caso de los vasallos, esos enviados eran verdaderos residentes, que se quedaban de forma estable en la corte del rey vasallo y controlaban sus relaciones

diplomáticas comunicándolas a su señor[14]. En momentos en los que las alianzas parecían vacilar, los residentes solían advertir a su señor de que su vasallo estaba siendo infiel; por ejemplo, así le escribía a Zimri-Lim Yamṣum, su residente en la ciudad de Ilan-ṣura en Siria septentrional, advirtiéndole sobre la falta de sinceridad del rey vasallo Haya-sumu (en la carta ARM 26/2 308, 26-28):

> ¡Haya-sumu (solo) le habla a mi señor con la mitad de su corazón!

Las graves crisis diplomáticas provocaban el desalojo de los residentes de las audiencias, lo cual constituía un hecho muy grave, relatado con gran indignación en las cartas enviadas por estos a su rey[15]. En efecto, los vasallos se comprometían a informar a sus señores sobre cualquier asunto estratégico de su región y de sus alrededores. Así escribía en una carta un vasallo de Zimri-Lim situado en la zona más septentrional de Siria, en las laderas del altiplano de Anatolia (cfr. ARM 28 60, 26-32):

> Estoy cerca del País Alto (=el altiplano de Anatolia), por lo que las noticias de (la ciudad de) Eluhut, de los (nómadas) Lullum, de (la ciudad de) Hahhum, de la tierra de Zalmaqum, de (las ciudades de) Burundum y Talhayum están expuestas ante mí, así que (puedo) enviar a mi señor las [noticias] que oiga (acerca) de ellos.

Al mismo tiempo, el deber de discreción acerca de asuntos confidenciales también formaba parte de las cláusulas básicas de los tratados de vasallaje de la época[16]. Esto es lo que tuvo que suscribir Zimri-Lim al comienzo de su reinado en un juramento mediante el cual se sometía al rey Ibal-pi-el II de Ešnunna[17]:

> (§4') [Cuando los grandes notables] de mi padre (= el rey de Ešnunna) se hayan puesto en camino (para guerrear), y él escriba [para reclutar ejércitos] y tropas de refuerzo, si … Ibal-pi-el, hijo de Daduša, rey de Ešnunna mi padre, y [los grandes notables] que habrán llegado reflexionan sobre el texto del mensaje relativo a su leva y lo exponen ante mí (=Zimri-Lim), esta decisión o esta opinión, buena o mala, lo que me digan, no la escribiré a ningún rey o jefe que haya en todo el país, (sea) enemigo o aliado de Ibal-pi-el, hijo de Daduša, rey de Ešnunna mi padre, ni haré que alguien se lo diga (a alguien más). No diré (ni) a mis servidores (= vasallos) esa cuestión secreta.

Evidentemente, este sistema tan limitante pretendía frenar la competitividad y la belicosidad de estos reinos, donde las traiciones y los regicidios entre vasallos eran muy frecuentes.

Desinformación y contraespionaje

Los textos testimonian numerosas prácticas de contrainteligencia para obviar esas limitaciones, como la desinformación. Por ejemplo, un recurso para sortear las audiencias colegiales consistía en dar falsas órdenes orales a los mensajeros y comunicar el verdadero informe en una tablilla. Así se lee en una carta inédita de un jefe tribal a Zimri-Lim[18]:

> Cuando mi señor me envíe un mensajero, que mi señor envíe oralmente este mensaje: «Reúne a tu gente. Con toda seguridad, iré a (la ciudad de) Der» –o adonde mi señor desee–. Que me envíe este mensaje oralmente, pero que me informe en la tablilla de la verdadera ruta que seguirá mi señor.

Otro medio para evitar fugas de información era el control de las personas autorizadas a entrar en contacto directo con el contenido de una tablilla. Išme-Dagan, rey de Ekallatum, escribía al rey de Mari Yasmah-Addu, su hermano y predecesor de Zimri-Lim (en la carta LAPO 17 729, 7'-11'):

> Ahora mismo he hecho que te traigan una tablilla pequeña junto a esta carta mía. Escucha esa tablilla (pequeña) [y] que la escuchen (también) los servidores que están allí, es decir, Etellum, Asirum, Šumšu-liter, Mutu-pi-nari y Mutu-hadqi. (En cambio,) Išar-lim y Appan-il deben escuchar (solamente) esta [carta mía].

En este texto se hace claramente referencia a una tablilla oficial (la «carta») y a una tablilla secreta (la «tablilla pequeña»). El rey Išme-Dagan especifica claramente a su hermano Yasmah-Addu los destinatarios precisos de su carta y de su tablilla secreta, todos funcionarios y militares de alto rango.

Otros casos demuestran un nivel excepcional de precaución con respecto a la protección del contenido de una tablilla. Išme-Dagan le escribía (en la carta LAPO 17 621, 18-35) a Yasmah-Addu a propósito de una comunicación escrita sobre el resultado de una batalla importante:

> Cuando me envíes esa carta, da órdenes estrictas de que se la proteja durante el traslado. Que se tomen los oráculos para el bienestar de los portadores de esa carta, o bien, que treinta de tus servidores los escolten hasta el río y que (entonces) regresen a ti. Es de temer que … pueda ver esta carta. Esto [no sería] oportuno. [Con respecto al hecho de que] en cada carta que me hiciste traer, [en el sobre] nunca estaba marcado «(tablilla) de secreto(s)»: (sepas que) en ese informe habrá secretos. [Entonces], la respuesta a mi carta [que me harás] traer debe estar marcada «(tablilla) de secreto(s)» en el sobre.

Merece la pena subrayar que el hecho de tomar los augurios para el bienestar de los transportadores de la tablilla equivalía, según Išme-Dagan, a una escolta de treinta soldados[19]. Además, se menciona el sobre de la carta, algo que se conoce a partir de las excavaciones arqueológicas; en el sobre, normalmente solo se escribía el nombre del destinatario y se imprimía el sello del remitente[20]. Así, la petición de escribir «alto secreto» en el sobre debe entenderse como una medida para que la carta no fuera leída frente a un auditorio.

Control del orden interno y de la opinión pública

La inteligencia y contrainteligencia en los reinos amorreos, sin embargo, no se limitaba al espionaje diplomático. El control del orden interno y de la opinión pública también era esencial para los reyes mesopotámicos, sobre todo para un rey recién entronizado como Zimri-Lim[21]. Así, personas consideradas como problemáticas eran ingresadas en prisión o en talleres de trabajo forzado para evitar desórdenes, a veces solo momentáneamente, a veces con la intención de deshacerse de ellas.

En un mensaje a Zimri-Lim, su gobernador en Saggaratum informa de un incidente en el que se vieron implicados dos individuos de la región de Zalmaqum en el alto Balikh. Estos individuos fueron asaltados por cuatro nómadas del reino de Zimri-Lim y conducidos a la ciudad de Saggaratum ante el gobernador de Zimri-Lim, que concluía (en la carta LAPO 18 928, 21-30):

> Ahora, debido a que esos hombres se están quedando (aquí) en Saggarat[um], me dije a mí mismo: «Temo que informen [a sus hermanos] cuando lleguen … Además, debido a que algunos mensajeros de Zalmaqum residen en Mari, no haré que lleven a esos hombres ante mi señor (Zimri-Lim en Mari)». Así pues, he hecho que [los] lleven a la prisión de (la ciudad de) Dur-Yahdun-lim.

En casos más graves podía recurrirse al destierro de individuos para la preservación del orden interno. Así escribía el mismo gobernador de Saggaratum, nuevamente sobre los hombres de Zalmaqum (en la carta LAPO 18 929, anv. 4-14, rev. 8’-12’):

> Mi señor me escribió acerca de los dos hombres de Zalmaqum en estos términos: «Temo realmente que su asunto se filtre y que los de Zalmaqum tomen a dos nómadas (del reino de Mari) como rehenes. Hay que enviar a esos hombres a algún nómada

> lejano, ya sea a los (de la tribu) Yahmamum, o a los (de la tribu) Almutum, o bien al desierto (abierto), donde no se les prestará atención y no podrán volver a su país». [Esto es lo que me escribió] mi señor. … Esos hombres [no conviene venderlos] a los nómadas. (…) El asunto … se filtraría, así que ahora … nadie debe ver a esos hombres. ¡Que les saquen los ojos y qué muelan (harina) en [prisión]! O si no, ¡que les corten sus lenguas [para que] su noticia no se filtre!

La mutilación, en este caso, serviría para evitar una fuga de noticias sobre asuntos delicados que podrían causar un incidente diplomático con la tribu de Zalmaqum. Pero en otros casos todavía más extremos se ordenaba la eliminación definitiva de individuos considerados como problemáticos[22]. Así escribía un gobernador de Zimri-Lim a su rey sobre un sujeto desconocido (en la carta LAPO 18 1069, 9-19):

> Mi señor me escribió lo siguiente sobre Yarim-[Da]gan, que antes vivía en (la ciudad de) Dunnum y ahora se fue a (la ciudad de) Ilum-muluk: «[¡Acaba con] ese hombre! [S]i hay un "hoyo del [se]creto", (sea) [en el campo o (sea) en] la ciudad, ¡acaba con él! ¡Que suba a los cielos, [o] descienda a los infiernos, pero que nadie lo vea más!».

Los mismos tratamientos podían ser reservados a notables y vasallos, aunque con menos desenvoltura. En esta carta de proveniencia y autoría desconocidas, pero situada en el reino de Babilonia y datable en la época de los sucesores de Hammurabi, se lee lo siguiente sobre un tal Zimri-hammu, visiblemente un opositor político[23]:

> En sus discursos (= de Zimri-hammu) constaba lo siguiente: «(¡Maldito sea yo) si mi hermano (= enemigo de Babilonia) no llena el Éufrates de cráneos y no hace que todas las flechas se queden paradas en estiércol!». Yadiri, hijo de Issi-Dagan, y seis soldados, habitantes de la ciudad de Hanat, que escucharon esta declaración (pronunciada) por sus labios, contaron esta declaración suya que hizo aquel día a Zimri-hanata, el general. Zimri-hanata, el general, llevó esa declaración a Sin-iqišam, gobernador del distrito de Suhum. Sin-iqišam, gobernador de Suhum, mandó (órdenes). Prendieron a ese Zimri-hammu y a sus testigos. Ya que probaron esa declaración en la asamblea, los llevaron a confirmar (eso) al templo de la ciudad de Yabliya. Puesto que confirmaron esa sentencia en el templo de Yabliya, el notable Sin-iqišam encomendó que (se mantuviera al vasallo rebelde bajo) guardia.

Esta carta es particularmente instructiva, porque arroja luz sobre la pirámide del control de la disensión en un reino amorreo, en el espíritu de una verdadera «cultura de delación». El discurso sedicioso es atestiguado por unos simples soldados, los cuales lo reportan a su jefe de máximo grado

(el general Zimri-hanata); el general, a su vez, lo reporta al gobernador del distrito, que ordena una discusión del asunto en la asamblea de la ciudad, donde más testigos comprueban haber oído los discursos incriminadores; finalmente, se le lleva al templo para confirmar definitivamente la culpabilidad del hombre, probablemente mediante oráculos. Una vez comprobado el asunto, se le conduce a prisión. Se ignora cuál fue su suerte, aunque no cabe descartar que fuera ejecutado.

En casos extremos, en efecto, se podía decretar incluso el asesinato de un hombre de linaje real. El rey Šamši-Adad (*ca*. 1808-1776) del reino de la Alta Mesopotamia escribía a su vasallo en el norte a propósito de un pretendiente al trono de este último[24]:

> Tomé una decisión. Así, acerca de (tu rival) Hazip-Teššup, sobre quien me escribiste para ejecutarlo: ya que hablaste de ejecutarlo, ¡que muera! ¿Por qué debería vivir? ¡Que muera en prisión! No para de escribir a su ciudad (de origen) y de fomentar sedición en [los discursos de tu país]. [Así que, por si] sus hermanos (= aliados) que están ante mí [me] pregunten, yo (haré) como si estuviera vivo [diciendo:] «¡Está vivo, está vivo! Verdaderamente (somos) [como] sus hermanos», por lo que seguirán atendiéndole como (si) estuviera vivo y permaneciera en prisión.

Cabe subrayar el recurso a la desinformación que Šamši-Adad sugería para evitar problemas con sus aliados tras el asesinato político.

Espionaje y contraespionaje de campo: informantes

Los archivos de Mari han proporcionado una cantidad notable de términos para referirse a agentes secretos y a informantes, de lo que se infiere un nivel apreciable de especialización[25]. El término sin duda más empleado para referirse a informantes en el segundo milenio es *ša lišānim,* que literalmente significa «(el) de lengua»[26]. De hecho, *lišanum* se refiere al órgano de la lengua, pero también al campo semántico de rumores y habladurías[27], tanto que en castellano podría mantenerse esta dualidad semántica traduciendo *ša lišānim* como «hombre de lengua (larga)».

El cuadro resultante de la documentación parece coherente al mostrar que los *ša lišānim* eran informantes voluntarios, a los cuales se les remuneraba con prendas de vestir por sus informaciones. Esta consideración deriva de varias cartas[28]. La siguiente (LAPO 17 475, 13-25) fue escrita por el rey Šamši-Adad a su hijo Yasmah-Addu de Mari, predecesor de Zimri-Lim, otra

vez sobre la región de Zalmaqum:

> ¡No [detengas] … a los habitantes del país de Zalmaqum a quienes (alguien) tome como informantes en razia(s)! Dales un regalo para que se lo lleven. Así que viste pronto (con) una prenda (al) que (alguien) te llevará y haz que se pasee por el medio de su país para que [lo vean]. ¡Libéralo! En cuanto todo el país de Zalmaqum [vea] su destino («cuál es su futuro»), dirán esto: «Nuestro señor [no desea] nuestra captura, no nos saqueará». Pensarán esto, me prestarán atención a mí (lit. «pondrán sus oídos hacia mí»), y en cuanto suba a ese país, todos se sub[levarán] como uno solo. ¡Hazlo!

Vale la pena subrayar que, según Šamši-Adad, la recompensa incitaría a esos informantes a convertirse en propagandistas, y de ese modo a desarrollar una quinta columna en Zalmaqum con vistas a su conquista[29].

Una parte de los textos muestra que informantes *ša lišānim* aislados podían presentarse voluntariamente, lo que confirma que esta expresión se refiere a informantes dispuestos a ofrecer sus informaciones, y no forzados a hacerlo (cfr. ARM 28 178). Sin embargo, en la mayoría de los casos, estos informantes eran contratados por las patrullas de las estepas y por expediciones militares[30]. Así escribía de Babilonia el embajador Ibal-pi-el a Zimri-Lim (en la carta LAPO 17 585, 5-16):

> Hammurabi dijo esto: «*¡Maldita sea!* La tropa pesada fue a asaltar el cuerpo expedicionario del enemigo, pero (ya) no había ningún puente en el lugar donde iban a emboscar, así que esa tropa volvió con las manos vacías. Además, el cuerpo expedicionario del enemigo va de maravilla, ni siquiera tiene miedo. Ahora una tropa ligera debe ir a asaltar el cuerpo expedicionario del enemigo y debe tomar informantes».

La expedición de Hammurabi fue saboteada y no encontró el puente móvil que usualmente permitía cruzar el río. Está claro que este acto de sabotaje es debido en primer lugar a una fuga de noticias del ejército de Hammurabi, quizá por delatores o espías. Nótese, sin embargo, que la reacción de Hammurabi fue la de enviar él mismo una tropa para conseguir informaciones.

La contrapartida del informante-*ša lišānim* es el informante denominado *āhizum*. Tal término solo está atestiguado actualmente en los archivos de Mari, y deriva del verbo *ahāzum,* que puede significar «agarrar», «tomar en matrimonio», «entender» o «aprender una técnica»[31]. Este último significado permite proponer la etimología «(alguien) enterado», tal vez en el sentido de «persona de interés».

Varias consideraciones parecen indicar que los *āhizum* eran informantes ocasionales solicitados. En efecto, a diferencia de los *ša lišānim,* no hay ningún caso en el que un *āhizum* ofrezca voluntariamente su información. En una carta (ARM 27 17), tres hombres y una mujer son definidos como *āhizum* capturados. En otra se menciona a catorce *āhizum* capturados de una vez, y un grupo de cuatro también es atestiguado, lo que no ocurre con los *ša lišānim*[32]. El hecho de que una mujer pudiera ser definida como *āhizum,* y de que los *āhizum* pudieran ser capturados en gran número, parece indicar que estos informantes procedían de la población general.

Si los informantes *ša lišānim* debían ser recompensados con una prenda de vestir y enviados de vuelta a su comunidad de pertenencia, nada de esto se atestigua en relación con los *āhizum*. Por el contrario, en la siguiente carta (ARM 26/1 60, 5-14) el remitente se quejaba por no haber recibido una prenda después de llevar a un *āhizum* para Zimri-Lim:

> Le pedí a mi señor una prenda (de estilo) *mardatum*[33], pero no me la dieron. Nada más llegar, había hecho llevar a un *āhizum* para mi señor, y ahora acabo de hacer llevar a otro *āhizum*. Que mi señor le pida noticias.

Esto significa que el que llevase a un *āhizum* recibía la misma recompensa que los propios informantes *ša lišānim*. Tres textos administrativos registran de hecho la asignación de prendas a dos hombres que proporcionaron uno o más *āhizum* al palacio[34]. Estos textos confirman el testimonio indirecto, proporcionado por la carta precedente, de que la persona que conducía a un *āhizum* era recompensada con una prenda; por otra parte, no mencionan nada acerca de que los propios *āhizum* recibieran algo a cambio. Además, los textos nunca se pronuncian sobre su destino después de que hubieran expuesto sus informes.

Confidencialidad y seguridad de la comunicación

Los archivos de Mari poseen una riqueza notable de testimonios sobre cartas secretas y cartas interceptadas, así como sobre medidas para mantener el sigilo o evitar su intercepción. Ya se ha dicho que podían escribirse tablillas oficiales y mandar al mismo tiempo «tablillitas» oficiosas (secretas), las cuales eran probablemente escondidas de alguna manera. Por ejemplo, un gobernador de Zimri-Lim le escribió a propósito

de mercaderes provenientes de Ešnunna[35]:

> Les busqué tablillas, (diciéndo)me: «¿estarán pasando tablillas a algún lugar?».

No obstante, el método más sencillo para evitar la intercepción de mensajes secretos era la oralidad. Por ejemplo, el jefe tribal y mentor de Zimri-Lim le aconsejaba a comienzos de su reinado (en la carta ARM 33 30, rev. 1'-14'):

> En tu tablilla, que harás que me traigan [a mí], escribe esto: «Sí, estoy llegando a ti. No muestres negligencia en dejar entrar a quien sea en la ciudad». Sin embargo, en [el discurso de tus mensajeros] manda esto: «Haz que los (de la tribu) de Numhum y los (de la tribu) de Y[amutbal] salgan de la ciudad, luego escribe a los nóm[adas] para que entren ellos en la ciudad, hasta que [llegue] yo mismo». Mándales estas cosas (solo) oralmente.

Este recurso de contraespionaje es exactamente el opuesto del ejemplo citado anteriormente (A.836), donde el verdadero mensaje era el escrito, mientras que el mensaje oral servía únicamente para la desinformación del auditorio internacional. Estas precauciones no eran superfluas, ya que se ha encontrado en el palacio de Mari una serie de cartas interceptadas con informes sobre las actividades del propio reino de Mari[36]. Los mismos remitentes de esta próxima carta (ARM 26/1 168, 6-15) enviaron varias tablillas a su señor –sin duda el jefe de una tribu enemiga–, las cuales fueron sistemáticamente interceptadas por la inteligencia del reino de Mari[37]:

> Nuestro colega (=Zimri-Lim) es como una bolsa llena de saltamontes: no para de agitarse. Constantemente reparte a diario lanzas de bronce, lanzas (regulares) y equipos de armas. Enviamos a un espía que averiguó el asunto y nos informó: está construyendo torres de asedio. ¡Que la divinidad rompa sus armas! ¡Su destino está aquí!

Nótese cómo esta carta –que comienza calificando al rey de Mari con un término coloquial, obviamente de forma irónica– proporcionaba a un rey enemigo de Zimri-Lim el informe comunicado por un espía enviado contra el reino de Mari.

Espionaje y contraespionaje de campo: espías

En el ámbito de los espías, los documentos de Mari también contienen al

menos dos términos: *naṣrum* y *mākûm*. El primero, así como su sinónimo *nāṣirum,* deriva del verbo *naṣārum* («vigilar», «proteger», «guardar», «mantener la palabra», «obedecer», «mantener secreto»)[38]. Consecuentemente, la palabra *naṣrum* tiene varios significados derivados: «vigilado», «guardado, secreto», «meticuloso», además del significado derivado «espía», es decir, «(hombre) secreto»[39]. Un verbo es asociado casi sistemáticamente a esta última acepción, *waṣûm* («salir»): visiblemente, los espías-*naṣrum* salían del lugar que espiaban y se iban a dar su informe a su rey; de la misma manera, se podía «hacer» que un espía saliera, o sea, solicitar un espía.

El ejemplo más clarificador del papel de los *naṣrum* se aprecia en esta carta (LAPO 17 539, 13-32) escrita por el rey Išme-Dagan de Ekallatum a su hermano Yasmah-Addu de Mari, donde se preveían medidas de contraespionaje:

> (Quiero) enviar una tropa, pero no hay barcas en (la ciudad de) Yabliya para que cruce la tropa. Escucha esta carta y env[ía] veinte barcas (con capacidad) para cien [soldados] cada una a (la ciudad de) Yabliya. Sin embargo, (si) envías todas esas barcas vacías, alguien se daría cuenta del hecho y saldría un espía-*naṣrum*. Debes cargar mil medidas de trigo, cien medidas de harina, cien medidas de mezcla de cerveza, (o sea) cincuenta medidas por barca y hacerlas navegar río abajo. En cuanto a esas barcas, no menciones el número de tropas al dar tus órdenes. Debes mandar esto al dar tus órdenes: «Este trigo es para la(s) racion(es) de la fortaleza de (la ciudad de) Yabliya».

En esta carta queda claro hasta qué punto eran omnipresentes los espías, y se hace patente un nivel notable de sofisticación en cuanto a las medidas de contraespionaje.

Por lo que concierne a los espías-*mākûm,* la etimología más evidente de *mākûm* es «falta, necesidad, pobreza»[40], aunque es posible que otra etimología se esconda detrás de este sustantivo. Su papel emerge de la carta siguiente (LAPO 17 700, 4-6, 16-29, 34-38), del gobernador de Zimri-Lim en el distrito de la ciudad de Saggaratum en el río Khabur, escrita en un momento de rebelión de una componente étnica de su reino, la de los yaminitas. En síntesis, el gobernador de Zimri-Lim de Mari envió a dos personas para infiltrarse en la asamblea de la tribu rebelde, donde se decidió saquear las tierras de la tribu de Zimri-Lim; en medio de la asamblea, un hombre de la tribu (quizá él mismo contratado por el gobernador para difundir desinformación) reveló informaciones sobre el estado de alerta del

reino de Mari:

> Había enviado a dos hombres de (la ciudad de) Mišul a la asamblea de (la tribu de los rebeldes) yaminitas para que recogieran informaciones sobre ellos. (…) Ellos se dijeron: «Ahora que el rey ha obtenido la victoria sobre el rey de Ešnunna, y ellos están descansando, ¡vámonos a asaltar y hagámosle un favor al rey de Ešnunna!». Se disponían a hacerlo, cuando se levantó en su asamblea un hombre que les dijo: «Toda la población, así como el grano de las aldeas de (la tribu de) los sim'alitas (= la tribu de Zimri-Lim), está reunida en las fortalezas (…)». Ellos, quienes se disponían a hacer una incursión, se detuvieron, y enviaron a espías-*mākûm* para averiguar lo que pasaba, diciendo: «¡Ni hablar! Id a ver si toda la población, así como el grano de las aldeas, está (realmente) reunida en las fortalezas».

Así, la asamblea de la tribu enemiga mandó espías al territorio de la tribu de Zimri-Lim, donde sin embargo el gobernador ya estaba informado por sus topos y había ordenado que se declarara el estado de alerta, encendiendo el sistema de señales de fuego[41]. Enseguida, envió él mismo a su vez a otros dos hombres a recabar información sobre los yaminitas:

> Como me llegó el rumor de que habían enviado a sus espías-*mākûm,* inmediatamente encendí las señales de fuego y escribí a(l gobernador) Sammetar en Mari para que el país se pusiera en alerta. Cuando los espías vieron esto, regresaron y les dieron el siguiente reporte: «Las riberas del Éufrates (= el reino de Mari) están en alerta: toda la población, así como el grano, están reunidos».

Cartas como esta (LAPO 17 700, 40-46) muestran la riqueza de la documentación para el periodo de los reinos amorreos, donde espionaje, contraespionaje y contrarreconocimiento, inteligencia, infiltración y desinformación dominaban la vida política de las estructuras de poder tanto sedentarias como nómadas.

HATTI

El reino hitita fue una entidad política que emergió en Anatolia a finales de la Edad del Bronce Medio (*ca*. 1650) y se convirtió en una potencia suprarregional capaz de rivalizar con Egipto y los micénicos durante la Edad del Bronce Tardío (*ca*. 1600-1180). El hitita es la tercera lengua más presente en los textos del Oriente Próximo (después del acadio y el sumerio), con más de 30.000 fragmentos exhumados, y es la primera lengua indoeuropea atestiguada, escrita entre los siglos XVII y XII a.e.c. en

Anatolia y en el norte de Siria. La documentación textual del reino hitita, hallada principalmente en la capital Hattuša, es muy variada y consiste en textos cultuales, religiosos, históricos, jurídicos, literarios, diplomáticos y epistolares[42]. En particular, los tratados, los juramentos y las cartas constituyen las fuentes principales de la presente sección.

Tratados

Una gran diferencia de fondo entre los tratados y alianzas del Bronce Medio y los del Bronce Tardío consiste en su duración: en la época más antigua el vínculo era personal, solía perdurar durante la vida de los dos soberanos y tenía que ser renovado a la muerte de cada uno de ellos (es el caso de LAPO 16 292, el tratado ya citado entre Zimri-Lim de Mari e Ibal-pi-el II de Ešnunna); en el Bronce Tardío, los sucesores solían heredar las obligaciones del soberano precedente[43]. Así, el tratado en cuanto documento escrito adquiere una relevancia cada vez mayor, en la medida en que preserva el texto preciso de los vínculos a lo largo de las décadas[44].

Los tratados hititas solían contener cláusulas concernientes a obligaciones de confidencialidad y de delación[45]. En perspectiva cronológica, el tratado más antiguo y relevante en términos de inteligencia es el estipulado entre los reyes Tudhaliya I de Hatti (*ca*. 1420-1390) y Šunaššura de Kizzuwatna (la región de Anatolia al norte de Siria). Así rezaban los párrafos 43-44 del tratado, cláusulas clásicas de delación[46]:

> (§43) Si un hombre de la tierra de Hatti oye algún asunto sobre Šunaššura de la boca de algún enemigo, debe informar (de ello) a Šunaššura.
>
> (§44) Y si un hombre de la tierra de Kizzuwatna oye de la boca de cualquier enemigo cualquier asunto acerca de Mi Sol (= título del rey hitita, equivalente a Mi Majestad), debe informar (de ello) a Mi Sol.

Ambos reyes, por tanto, se comprometían a revelar cualquier noticia hostil relativa a su homólogo. El tratado continuaba con una cláusula completamente inusitada sobre el tratamiento de los mensajeros[47]:

> (§45) Si Mi Sol envía a su mensajero a Šunaššura, Šunaššura no hará nada malo (contra él), (ni) iniciará hostilidades (contra) él con ninguna «hierba de embrujo».
>
> (§46) Si Šunaššura –sea su hijo o su mensajero o Šunaššura (mismo)– va ante Mi Sol, Mi Sol no hará nada malo (contra) ellos (=Šunaššura y sus enviados), (ni) iniciará hostilidades (contra) ellos con ninguna «hierba de embrujo».

No está claro qué quiere decir precisamente la expresión «hierba de embrujo», que es un hápax. Sin embargo, no parece haber más opciones que relacionarla con el hecho de ejercer brujería sobre los mensajeros –¿o quizá intoxicarlos?– para que revelaran informaciones secretas. Esto resulta tan inusual que solo puede resultar de algo que acababa de pasar, acerca de lo cual no se dispone de más noticias. Además, no es todo lo que este tratado posee de relevante para el tema; así puede leerse en el párrafo 60[48]:

> (§60) Algo más: si yo, Mi Sol, hago que te traigan una tablilla, (habrá) una palabra que estará puesta en la tablilla, y una palabra que el mensajero te comunicará oralmente: si la palabra del mensajero concuerda con la palabra de la tablilla, entonces confía, Šunaššura, en este mensajero. Pero si la palabra oral del mensajero no concuerda con la palabra de la tablilla, Šunaššura, ¡no confíes en el mensajero! Y a causa de esta palabra, ¡no te enfades!

Este ejemplo, mucho más claro, se refiere a una usurpación de identidad del mensajero o al procedimiento de contraespionaje (ya mencionado en la carta de Mari ARM 33 30) consistente en comunicar asuntos confidenciales oralmente, sin escribirlos. Sin embargo, en este caso se pide explícitamente que no se confíe en este recurso, y que solo las informaciones escritas sean consideradas como verdaderas.

El rey hitita Tudhaliya I, quien concertó este tratado, tuvo el primer reino estable y duradero tras varias décadas de reyes hititas que murieron en conjuras palaciegas fruto de conflictos por el trono entre las diferentes ramas dinásticas de la familia real hitita[49]. La última cláusula citada se refiere probablemente –al igual que las precedentes– a hechos acontecidos en el pasado reciente, cuya repetición el rey deseaba evitar. Conviene subrayar que la última cláusula no es recíproca, y solo se aplicaba a los mensajeros hititas; ello indica que los reyes hititas estaban particularmente preocupados con la eventual corrupción –o, quizá, sustitución– de su propio mensajero por otras facciones internas a su reino.

Algunos tratados también preveían cláusulas de confidencialidad, que sin embargo eran menos comunes que las de delación[50]. Así, por ejemplo, se lee en el tratado entre el emperador Šuppiluliuma I (segunda mitad del siglo XIV) y Huqqana de Hayaša, en el nordeste de Anatolia[51]:

> (§24) (Si) yo, Mi Sol, te [he dicho] un pensamiento privado, y te [he confiado] esos asuntos; si [he señalado] con favor a cualquier persona, (diciendo): «Esa persona allí

> [hace] el bien, [así que] yo, Mi Sol, [le] haré el bien» –pero tú … revelas ese asunto; [o bien] yo [he] señalado con desfavor a una persona, (diciendo): «Esa persona allí hace maldades, así que yo, Mi Sol, la trataré mal»–, si tú vas y le revelas este asunto … (todo esto) estará puesto bajo juramento para ti.

Los párrafos siguientes, desafortunadamente fragmentarios, concernían al hecho de presenciar algo malo sin denunciarlo, y al de esconder fugitivos. Otro tratado de Šuppiluliuma I, con el rey Šattiwaza de Mittani –reino que en su apogeo unió parte de Siria y Mesopotamia del norte–, es particularmente pertinente[52]:

> (§14) Si alguna ciudad de Piyaššili, el hijo del rey, escribe (mensajes) ocultos *(puzru)* a Šattiwaza, entonces Šattiwaza revelará su secreto *(pirištu)*. Tomará al [mensajero] y lo enviará a su hermano Piyaššili; ni Šattiwaza escribirá a ningún pueblo de Piyaššili como (para) *arruinarlo*.

Nótese la distinción efectuada entre las palabras acadias *pirištu* y *puzru*. En sí mismo, *pirištu* es el sustantivo más común para decir «un secreto», mientras *puzru* es un adjetivo, aquí utilizado de forma sustantivada plural (es decir, «cosas ocultas»). Este adjetivo aparece nuevamente en la sección final del tratado, que enumeraba los dioses testigos del juramento y preveía una serie de maldiciones para los perjuros. Así se lee en el párrafo 16[53]:

> (§16) Una y otra vez se leerá (la tablilla) ante el rey de Mittani y ante los hijos del país de Mittani. Quienquiera que altere esta tablilla (…) o la ponga en un lugar oculto *(ašar puzru),* si la quiebra, si cambia la formulación de la tablilla – en este tratado hemos convocado a los dioses del (¿lugar?) oculto *(puzru)* y a los dioses garantes del juramento: que estén presentes, que lo escuchen y que sean testigos.

En el primer caso, *puzru* es utilizado como adjetivo en aposición a un sustantivo; pero en el segundo caso, el adjetivo se encuentra nuevamente utilizado de manera sustantivada: consecuentemente, no queda claro si los dioses son «de lo oculto» o del «(lugar) oculto». El concepto de «lugar oculto», sin embargo, está presente en textos rituales, donde se hace patente que el hecho de atraer a los dioses a lugares ocultos resultaba en la pérdida del favor divino para las víctimas de este acto[54]. Esta especie de previsión de todos los subterfugios posibles para no respetar un tratado es típica de las maldiciones finales, pero la previsión sobre el «lugar oculto» en sí es inédita.

Otro tratado relevante es el establecido entre Muršili II (finales del siglo

XIV) y Tuppi-Teššup de Amurru (Siria meridional), donde se encuentran cláusulas contra diferentes prácticas de inteligencia. Primeramente, se previene el envío de mensajes secretos de un vasallo a los enemigos de su señor[55]:

> (§9) Mientras el rey de Egipto (sea) enemigo [de Mi Sol], si [le envías] a tu mensajero a escondidas, [o haces la guerra] contra el rey del país de Hatti, o [rechazas] la mano del rey de Hatti [y] te conviertes en uno (de los) del rey de Egipto, tú, Tuppi-Teššup, habrás roto el juramento.

A continuación, seguían las obligaciones de delación y de confidencialidad hacia su señor[56]:

> (§16) Si alguien dice malas palabras contra el rey o contra la tierra de Hatti, no se las ocultes al rey. O si Mi Sol te habla de *ciertos* asuntos secretos (pidiéndote) que hagas esto o eso –(por) lo que tú no (puedas) hacer de estas cosas, haz en ese mismo lugar una protesta: «¡Esto no puedo (realizarlo), y no lo realizaré!». Tan pronto como el rey tome una decisión al respecto, si se trata de algo que se puede hacer, pero tú no lo haces, sino que menosprecias al rey; o (si) no guardas (para ti) lo que el rey te dice en secreto, entonces habrás roto el juramento.

Otros tratados de Muršili II y de sus sucesores presentan cláusulas muy parecidas de las obligaciones relativas a la delación y a la confidencialidad.

Instrucciones y juramentos

Los administradores y militares del reino hitita también eran periódicamente sometidos al mismo tipo de juramentos de fidelidad al rey[57], que incluso llevaban el mismo nombre de los tratados (*ishiul,* «vínculo»)[58]. Estos textos son, de hecho, la fuente esencial de información sobre las prácticas de control de las sediciones en el interior del reino. Así se lee en las Instrucciones e imposición de juramento para los cortesanos de Tudhaliya IV (mediados del siglo XIII)[59]:

> (§9'') [O] (si) yo, [Mi Sol], revelo algún [asunto en confidencia] a alguien, y [le hago ju]rar que guarde el sigilo, (diciendo): «¡No [re]veles esto a nadie!». (Si) él lo revela antes de que se lo lleve su (último) [día] (= la muerte), entonces eso estará puesto [bajo] juramento para él.

El texto sigue con más cláusulas de confidencialidad puestas bajo juramento para los cortesanos[60]:

(§15'') (48') Ya que sois cortesanos: (si) yo, Mi Sol, [envío a alguien] en relación con algún asunto, y vosotros tergiversáis las palabras de Mi Sol, tergiversáis sus palabras (= de respuesta), [y las] distorsionáis, [entonces] ese asunto [estará] puesto bajo juramento.

El mismo tema recurre nuevamente después de seis párrafos, pero aplicado a las relaciones internacionales, lo que todavía denota cierta inquietud por parte del soberano hitita por la corruptibilidad de sus enviados, como ya en tiempos de Tudhaliya I, un siglo y medio antes[61]:

(§21'') O, ya que os enviaré como cortesanos con autoridad … junto con príncipes (y) señores en un caso de relaciones exteriores, no tergiverséis la palabra del rey. Estará bajo juramento.

(§22'') O (por si) alguien tuviera una disposición favorable hacia Mi Sol, pero un enemigo de Mi Sol os llevase aparte (diciendo): «¡Desacreditadlo ante Mi Sol!», y vosotros [lo hacéis], lo desacreditáis; o (por si) en vuestra opinión alguien fuese corrupto, mientras que en la opinión de Mi Sol es digno de confianza, y lo desacreditáis fuertemente, de modo que lo dañáis de alguna manera: entonces que estas divinidades del juramento os destruyan.

Los párrafos finales conciernen nuevamente a asuntos internos y de sedición doméstica[62]:

(§27'') O, en cuanto a lo que los hombres de Hattuša son propensos a hacer, (es decir, que) desean secretamente la señoría de otro hombre en lugar de la señoría de Mi Sol, eso estará puesto bajo juramento.

(§28'') O (si) un colega se entera por otro(s) colega(s) de [algún] mal suceso que concierne [a] Mi Sol [y] no lo denuncia, (entonces eso) estará puesto [bajo] juramento.

Estos son solamente algunos pasajes de tratados e instrucciones hititas que demuestran la conciencia de los reyes hititas acerca de la variedad de recursos de inteligencia disponibles en la época. Estos temas son omnipresentes en este tipo de textos, que abarcan prácticamente todos los siglos de la historia hitita.

Espionaje y contraespionaje de campo

El caso de espionaje más conocido relativo al II milenio a.e.c. en el Oriente Próximo es sin duda el de la batalla de Qadesh entre egipcios e hititas, y es particularmente ejemplificador del espionaje de campo hitita[63]. Desafortunadamente, no se poseen relatos hititas sobre la batalla

en sí, pero existen diferentes cartas que mencionan espías, llamados *šapāšalli*- en hitita[64]. Así escribía un rey hitita a su administrador de una zona de frontera con los pueblos seminómadas en el norte del reino[65]:

> (§2) Ya que me escribiste en estos términos: «Por aquí vino el enemigo, *saqueó* la ciudad Hapara de aquel lado y la ciudad Kašepura de este lado. Pero pasó por en medio y no sé adónde fue después». (§3) Por cierto, ¿estaba hechizado ese enemigo, que no lo reconociste? (§4) ¡Quédate muy alerta respecto al enemigo! (§5) Ya que me escribiste en estos términos: «Acabo de enviar espías, y han espiado las ciudades Malazziya y Taggašta». Lo he oído, y (eso está) bien. (§6) ¡Ojo! ¡Sé muy prudente con el enemigo!

El papel de estos espías está bien definido en las instrucciones del rey Arnuwanda I (a comienzos del siglo XIV) para el gobernador de zonas de frontera (CTH 261.I, Miller 2013, 212-237). Su deber comenzaba al amanecer: ocupaban los puestos de avanzada de los caminos principales y los utilizaban como bases operativas para inspeccionar los campos y los caminos de los alrededores de la ciudad; solo cuando se habían asegurado de que la zona estaba libre de peligros, se permitía salir de la ciudad a la población y al ganado para sus tareas. Al anochecer, hacían que la población volviera a la ciudad, bloqueaban la puerta y se aseguraban de que algunas tropas pernoctaran tras ella durante la noche[66].

Estos espías se encargaban de patrullar las carreteras principales en equipos de tres exploradores y tres oficiales de bajo rango (DUGUD), y de dar la alarma en caso de cualquier señal de presencia del enemigo; en caso de alerta, encerraban a la población dentro de las murallas de la ciudad y no le permitían proseguir con las labores del campo. Tras un ataque exterior seguían el rastro de los enemigos, bloqueaban la ruta durante tres días e intentaban deshacerse de ellos[67]. La siguiente carta, enviada por un administrador de la frontera septentrional hitita al rey, confirma que estas instrucciones eran efectivamente aplicadas[68]:

> (§5) Por mi parte, enviaré espías de(l puesto de avanzada de) la carretera principal a pasar la noche (en) el monte Hapadduini, y cuando me traigan el siguiente informe: «El monte está libre del asunto del enemigo», en consecuencia, dejaré bajar el ganado y los rebaños desde la ciudad de Tapigga.

CONCLUSIONES

La documentación de los reinos amorreos del siglo XVIII a.e.c. atestigua

una serie de sofisticados recursos de inteligencia tales como espionaje y contraespionaje diplomático, infiltración y quinta columna, desinformación y propaganda, encarcelamientos y homicidios secretos, así como métodos para mantener la confidencialidad de la comunicación. Los datos disponibles para el reino hitita entre los siglos XVI y XIII testimonian indirectamente –mediante su prohibición– la existencia de espionaje diplomático internacional, de desinformación y de falsificación de tratados. Ambos conjuntos de documentación evidencian asimismo el uso de sofisticados sistemas de espionaje militar destinado tanto a obtener información sobre el enemigo como a asegurar la defensa del propio territorio.

El cuadro general resultante de esta síntesis sobre el Oriente Próximo cuneiforme en el segundo milenio a.e.c. es el de sociedades intensamente implicadas e interesadas en asuntos de inteligencia. Tales reinos constituyen en todos los sentidos unos precursores del sistema neoasirio del I milenio a.e.c., que llevó estos recursos a un grado de intensidad y de sistematicidad inéditos[69].

ABREVIATURAS

ARM = *Archives Royales de Mari*
AbB = *Altbabylonische Briefe in Umschrift und Übersetzung*
CAD = *The Assyrian Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago*
CHD = *The Hittite Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago*
CTH = *Catalogue des Textes Hittites*
FM = *Florilegium Marianum*
HKM = *Hethitische Keilschrifttafeln aus Maşat-Höyük*
KBo = *Keilschrifttexte aus Boghazköi.*
KUB = *Keilschrifturkunden aus Boghazköi*
LAPO = *Littératures Anciennes du Proche-Orient*
ShA = *The Shemshara Archives*

BIBLIOGRAFÍA

Alp, Sedat (1991), *Hethitische Briefe aus Maşat-Höyük*. Türk tarih kurumu

yayınları 35, Ankara, Türk Tarih Kurumu Basimevi.
Beal, Richard H. (1992), «The Watch (*hali*-)», en Richard H. Beal, *The Organisation of the Hittite Military,* Heidelberg, C. Winter, 246-276.
Beckman, Gary (1999), *Hittite diplomatic texts* (2.ª ed., 1.ª ed. 1995), Atlanta, Society of Biblical Literature.
Bonneterre, Daniel (1997), «Surveiller, punir et se venger: la violence d'État à Mari», en Jean-Claude Margueron y Jean-Marie Durand (eds.), *MARI. Annales de Recherches Interdisciplinaires* 8, París, Éditions Recherche sur les civilisations, 537-562.
Bryce, Trevor (2019), *Warriors of Anatolia: A Concise History of the Hittites,* Londres/Nueva York, I. B. Tauris.
Butterlin, Pascal (2019), «Hommes de langue, hommes du secret: La question du renseignement en Mésopotamie et ses chausse-trappes», en Éric Denécé y Patrice Brun (eds.), *Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge*, París, Ellipses, 57-80.
Charpin, Dominique (1999), «Hammurabi de Babylone et Mari: nouvelles sources, nouvelles perspectives», en Johannes Renger (ed.), *Babylon: Focus mesopotamischer Geschichte,* Colloquien der Deutschen Orient-Gesellschaft 2, 111-130.
— (2010), *Reading and Writing in Babylon*, Harvard, Harvard University Press.
— (2016), «Chroniques bibliographiques 18. Les débuts des relations diplomatiques au Proche-Orient ancien», *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 110, 127-186.
— (2019), *« Tu es de mon sang ». Les alliances dans le Proche-Orient ancien,* París, Collège de France, Les Belles Lettres.
Charpin, Dominique y Durand, Jean-Marie (1991), «La suzeraineté de l'empereur (Sukkalmah) d'Elam sur la Mésopotamie et le 'nationalisme' amorrite», en L. De Meyer y H. Gasche (eds.), *Mésopotamie et Elam. Actes de la XXXVI*ème *Rencontre Assyriologique Internationale,* 59-66. Gante, Rijksuniversiteit.
Charpin, Dominique y Ziegler, Nele (2003), *Mari et le Proche-Orient à l'époque amorrite: Essai d'histoire politique,* FM 5, París, SEPOA.
De Boer, Rients (2015), «Two New Royal Old Babylonian Letters: One from Apil-Sîn and one from Samsu-iluna», *Orientalia* 84, 153-160.
De Martino, Stefano (2016), *Da Kussara a Karkemish. Storia del regno*

ittita, Turín, LoGisma editore.
Dossin, Georges (1938), «Signaux lumineux au pays de Mari», *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 35, 174-186.
— (1981), «Secrets d'État…», *Akkadica* 25, 1-7.
Durand, Jean-Marie (1988), *Archives royales de Mari XXVI. Archives épistolaires de Mari I/1* (Vol. 1), ARM 26/1, París, Éditions Recherche sur les civilisations.
— (1992), «Espionnage et guerre froide: La fin de Mari», en Jean-Marie Durand (ed.), *Recueil d'études en l'honneur de Michel Fleury,* FM 1, París, SEPOA, 39-52.
— (1997), *Les documents épistolaires du palais de Mari. Tome I,* LAPO 16, París, Éditions du Cerf.
— (1998), *Les documents épistolaires du palais de Mari. Tome II,* LAPO 17, París, Éditions du Cerf.
— (2000), *Les documents épistolaires du palais de Mari. Tome III,* LAPO 18, París, Éditions du Cerf.
— (2019), *Archives royales de Mari XXXIII. Les premières années du roi Zimrî-Lîm de Mari. Première partie,* ARM 33, Lovaina-París-Bristol, Peeters.
Eidem, Jesper y Læssøe, Jørgen (2001), *The Shemshara Archives 1. The Letters,* Copenhague, Kongelige Danske Videnskabernes Selskab.
Finet, A. (ed.) (1973), *La Voix de l'Opposition en Mésopotamie,* Bruselas, Institut des Hautes Études de Belgique.
Kestemont, Guy (1974), *Diplomatique et droit international en Asie occidentale (1600-1200 av. J.C.),* Lovaina, Université catholique de Louvain, Institut orientaliste.
Lafont, B. (1992), «Messagers et ambassadeurs dans les archives de Mari», en Dominique Charpin y F. Joannès (eds.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien. Actes de la XXXVIIIe Rencontre Assyriologique Internationale, Paris, 8-10 juillet 1991,* 167-183, París, Éd. Recherche sur les civilisations.
Miller, Jared L. (2013), *Royal Hittite Instructions and Related Administrative Texts,* Writings from the Ancient World 31, Atlanta, Society of Biblical Literature.
Mouton, Alice (2010), «Sorcellerie hittite», *Journal of Cuneiform Studies* 62, 105-125.

Pallavidini, Marta (2016), *L'intelligence nel Vicino Oriente nella Tarda Età del Bronzo. Uno strumento di diplomazia,* Segreti 4, Roma, Nuova Argos.
Sheldon, Rose Mary (1989), «Spying in Mesopotamia», *Studies in Intelligence* 33, 7-12.
Van Soldt, W. H. (1994), *Letters in the British Museum. Part 2,* Altbabylonische Briefe in Umschrift und Übersetzung (AbB) 13, Leiden, E. J. Brill.

---

[1] A excepción de Beal 1992, Sheldon 1989, Durand 1992, Pallavidini 2016 y Butterlin 2019, las menciones de estos temas se limitan a párrafos o secciones breves, que serán citados a lo largo del capítulo.

[2] Para una síntesis de la historia del reino de Mari en el siglo XVIII, cfr. Charpin y Ziegler 2003.

[3] Charpin y Durand 1991.

[4] Para el detalle de los sucesos, cfr. Charpin y Ziegler 2003, 216-230.

[5] Lafont 1992, 176. Se utiliza la palabra «embajador» para los enviados reales plenipotenciarios, encargados de negociar personalmente con los reyes extranjeros. Eran enviados por periodos limitados y hospedados por los reyes que los recibían, por lo que no eran residentes fijos como los embajadores actuales.

[6] Durand 1997, 542-572.

[7] Sobre el consejo secreto, cfr. Durand 1988, 267 n. b; Lafont 1991, 176; Charpin 2010, 143-144.

[8] Charpin y Ziegler 2003, 221.

[9] A.430+, 34-47; la carta es citada en Charpin 1999, 120 nn. 31-33.

[10] Charpin 1988, 140-141.

[11] Lafont 1992, 181-182.

[12] Išar-lim fue uno de los mayores administradores del rey Išme-Dagan de Ekallatum, enemigo de Zimri-Lim.

[13] Charpin y Ziegler 2003, 220.

[14] Durand 1997, 518-532.

[15] Véanse, por ejemplo, las protestas del mismo Yamṣum en la carta ARM 26/2 315, 4-7.

[16] Charpin 2016, 154-155, 170-171.

[17] Tratado LAPO 16 292 iii 1'-9' (A.361).

[18] A.836; la carta es citada en traducción sin números de líneas en Charpin 2010, 149.

[19] Para la adivinación como fuente de inteligencia, cfr. Durand 1988, 28-29.

[20] Charpin 2010, 131-132; incluye una foto del sobre de una tablilla de Mari.

[21] Sobre la opinión pública y su control en el Oriente Próximo, cfr. Finet 1973.

[22] Bonneterre 1997, 555-556.

[23] Carta AbB 13 60 (van Soldt 1994, n.º 60), 10-24.

[24] Carta ShA 1 16 (Eidem y Læssøe 2001, n.º 16), 15-31.

[25] Durand 2000, 242-247.

[26] CAD L, 215.

[27] CAD L, 209 y siguientes.

[28] ARM 1 10, ARM 1 29, ARM 33 218, ARM 33 90. El pago de los informantes es atestiguado

ya en los tiempos de Apil-Sin de Babilonia (siglo XIX) por la carta YBC 7602 (de Boer 2015), pero sin especificar en qué consistía la recompensa.

[29] Sheldon 1989, 9-10.

[30] Sobre los diferentes tipos de patrullas, cfr. Durand 1998, 379-386.

[31] CAD A/1, 173 y siguientes.

[32] Respectivamente, FM 7 25 y ARM 27 148.

[33] Probablemente un tipo de capa o cobertor (Durand 1997, 88).

[34] ARM 18 54, ARM 18 69, ARM 24 184.

[35] LAPO 18 912, 24-26 (A.16).

[36] Para las cartas interceptadas encontradas en Mari, cfr. Durand 1997, 626-639; Durand 2000, 499-504.

[37] Para este grupo de cartas interceptadas, cfr. Durand 1988, 335-356.

[38] CAD N/2, 33 y siguientes.

[39] Durand 1988, 391 n. 80.

[40] Durand 2019, 455.

[41] Sobre las señales de fuego, cfr. Dossin 1938.

[42] Para síntesis recientes y detalladas de la historia y de la sociedad del reino hitita, cfr. de Martino 2016; Bryce 2019.

[43] Charpin 2019, 82-91.

[44] Beckman 1999, 1-2.

[45] Kestemont 1974, 400-401, 410-413.

[46] KBo 1.5+, iii 22-27 (CTH 41.I.2, Beckman 1999, 17-26).

[47] KBo 1.5+, iii 28-34 (CTH 41.I.2, Beckman 1999, 17-26).

[48] KBo 1.5+, iv 32-39 (CTH 41.I.2, Beckman 1999, 17-26).

[49] De Martino 2016, 35-38.

[50] Kestemont 1974, 410-413.

[51] KBo 5.3+, iii 7'-24' (CTH 42, Beckman 1999, 26-34).

[52] KBo 1.1+, rev. 24'-27' (CTH 51.I, Beckman 1999, 42-48).

[53] KBo 1.1+, rev. 36'-39' (CTH 51.I, Beckman 1999, 42-48).

[54] La enajenación del favor divino, «distrayendo» a los dioses para que ya no prestaran atención a la víctima, constituía la base de los rituales de embrujo en la cultura hitita (Mouton 2010, 121).

[55] KBo 5.9(+) ii 4'-9' (CTH 62, Beckman 1999, 59-64).

[56] KBo 5.9(+) ii 46'-iii 11 (CTH 62, Beckman 1999, 59-64).

[57] Miller 2013, 326 n. 32.

[58] Beckman 1999, 2.

[59] KUB 26.1+ i 56'-62' (CTH 255.2, Miller 2013, 294-307).

[60] KUB 26.1+ ii 48'-53' (CTH 255.2, Miller 2013, 294-307).

[61] KUB 26.1+ iii 32-44 (CTH 255.2, Miller 2013, 294-307).

[62] KUB 26.1+ iv 3-10 (CTH 255.2, Miller 2013, 294-307).

[63] Véase, al respecto, el capítulo de J. Lull en el presente volumen *(supra)*.

[64] CHD Š, 204; el hitita *šapašalli-* correspondía al logograma ^{LÚ}NÍ.ZU.

[65] HKM 6, 3-26 (Alp 1991, n.º 6).

[66] CTH 261.I, §1-9 (Miller 2013, 217-219).

[67] CTH 261.I, §10-16 (Miller 2013, 219-221).

[68] HKM 46 (Alp 1991, n.º 46), 18-27.

[69] Véase, al respecto, el capítulo siguiente de P. Dubovský *(infra)*.

III
LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA NEOASIRIOS[1]

Peter Dubovský

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX, el sitio arqueológico de Kuyunjik (Nínive) atrajo la atención de los primeros arqueólogos que exploraban la región. Austen Henry Layard excavó en esta zona y encontró alrededor de treinta mil tablillas cuneiformes entre 1840 y 1850. En 1952, un equipo de arqueólogos británicos dirigido por Max E. L. Mallowan descubrió más de trescientas tablillas cuneiformes en Kalhu, la moderna Nimrud. Las excavaciones continuaron en otros sitios de Mesopotamia y el Levante. Desde entonces, los estudiosos han editado y analizado estos preciosos recursos, que contienen escritos de diversa índole, tales como textos históricos, rituales, oraciones, documentos de archivo, diarios astronómicos, etc. Entre las tablillas descubiertas, aproximadamente mil quinientas pueden clasificarse como informes de inteligencia. Una carta del periodo de Sargón II ilustra el lenguaje y el contenido de estos documentos:

> Al rey, mi señor: tu siervo Gabbu-ana-Aššur (…) No hemos [detectado] ni rastro de nadie o de nada. Todo el mundo está haciendo s[u] trabajo, no hay hostilidad alguna. Estamos continuamente escuchando: «El de Urartu no ha salido de Ṭurušpâ[2]». Sin embargo, mantenemos la vigilancia sobre lo que el r[ey, mi señor] d[io] órdenes. No somos negligentes (SAA V 113).

Este grupo de textos atrajo inmediatamente la atención académica, concluyéndose que estas tablillas eran equivalentes a archivos de servicios de inteligencia[3]. Una investigación ulterior de los documentos neoasirios confirmó que la intuición original era correcta. De hecho, el análisis mostró que tales documentos contienen lo que un oficial de inteligencia moderno llamaría «hechos estáticos» (información sobre geografía, clima, instituciones culturales y religiosas, etc.), «hechos dinámicos» (situaciones tácticas, alianzas actuales, conspiraciones para fomentar revueltas, etc.) y «hechos técnicos» (equipamiento de guarniciones, puentes, etc.). Dada su

importancia estratégica y política, son susceptibles de ser calificados como informes de inteligencia.

Una dirección importante en la investigación de estos informes concierne a la reconstrucción de la recopilación y el procesamiento de información. Si los datos se recopilaban solo de forma ocasional no sería posible hablar de servicios de inteligencia, sino más bien de actividades de inteligencia esporádicas. En este sentido, se ha sostenido que los asirios establecieron un *deuxième bureau*[4], es decir, una oficina de inteligencia autónoma.

Esta oficina recopilaba y procesaba información proveniente de todas las partes del Imperio neoasirio. Estaba encabezada por el príncipe heredero, quien respondía directamente ante el rey. Esta teoría ha dominado los estudios asiriológicos durante décadas, y con razón, ya que se basaba en un análisis sólido de las tablillas[5]. La siguiente carta, escrita por el príncipe heredero Senaquerib, efectivamente demuestra que este recibía información de diferentes fuentes, la recopilaba y la evaluaba parcialmente. Luego, los resultados se compilaban y se enviaban a su padre Sargón II, el rey de Asiria:

> Al rey, mi señor: tu siervo Senaquerib. ¡Buena salud al rey, mi señor! (…)
> El de Ukku me envió (este mensaje):
> «Las tropas del rey de Urartu han sido vencidas por completo en su expedición contra los cimerios; once de sus gobernantes han sido eliminados [junto con] sus tropas; su comandante en jefe y dos de sus gobernadores [han sido hechos prisioneros] (…)».
> [Est]e fue el informe del de Ukku. Aššur-reṣuwa me ha escrito:
> «El anterior informe que envié, relativo a los de Urartu, fue que habían sufrido una terrible derrota. Ahora su país está tranquilo de nuevo, y cada dignatario ha vuelto a su provincia. Kaqqadanu, su comandante en jefe, ha sido hecho prisionero; el rey de Urartu está en la provincia de Wazaun».
> Este fue el informe de Aššur-reṣuwa. Nabû-le'i, el gobernador de Birat, me ha escrito:
> «He escrito a los guardias de las fortalezas que están a lo largo de la frontera con respecto a los informes sobre el rey de Urartu y ellos (me han dicho esto): "Sus tropas han sido por completo derrotadas en su expedición contra los cimerios. Tres de sus dignatarios, junto con sus tropas, han sido aniquilados; él mismo escapó y entró en su país, pero su ejército todavía no ha vuelto"».
> Este fue el informe de Nabû-le'i. (…) Todos los guardias de las fortalezas que están a lo largo de la frontera me han enviado informes como este (SAA I 31).

Sin embargo, la comprensión de la inteligencia neoasiria como un

deuxième bureau estaba fuertemente influenciada por la noción de agencias de inteligencia que operan en sociedades modernas, en particular las democráticas[6]. Cualquier comparación con dichas agencias naturalmente resulta problemática, dado que el Imperio neoasirio no era una entidad sociopolítica democrática. En consecuencia, una comparación de la naturaleza de las agencias de inteligencia modernas –como la CIA, el MI6, etc.– y la de los servicios de inteligencia neoasirios arroja diferencias sustanciales. Un análisis más detenido de los documentos mostró que los asirios no establecieron una agencia de inteligencia independiente como se había asumido de forma errónea, sino que explotaron estructuras que se habían establecido principalmente con otros propósitos. Por lo tanto, los servicios de inteligencia neoasirios eran más similares a los sistemas de inteligencia de regímenes totalitarios como la NKVD y el KGB rusos, la ŠtB checoslovaca, la SB polaca, etc. Los gobernantes de los regímenes totalitarios tienen suficientes recursos para obligar a su personal a informar sobre lo que consideran importante; además, los sistemas totalitarios pueden hacer un uso más fácil de medios no democráticos basados en el terror. De manera análoga, los asirios aprovecharon al máximo sus estructuras administrativas, militares y religiosas para explotarlas secundariamente con el fin de recopilar datos de inteligencia.

En este sentido, cualquier agencia de inteligencia que pretenda cumplir eficazmente su función debe adaptarse constantemente a las cambiantes situaciones políticas y militares, y especialmente informar sobre los desarrollos, tendencias y alianzas actuales, que cambian de un día para otro. Los servicios de inteligencia neoasirios no fueron una excepción, y de hecho es posible observar tres periodos en la formación de un sistema de inteligencia plenamente desarrollado: 1. Antes de Tiglat-Pileser III; 2. Periodo sargónida; 3. Desde Asarhaddón hasta el final del Imperio asirio.

Teniendo en cuenta estas premisas, el presente capítulo está dedicado a revisar los registros textuales que pueden ser clasificados como documentos de inteligencia, a la par que examina el desarrollo y la estructura de los servicios de inteligencia neoasirios.

INTELIGENCIA *AD HOC* (ANTES DEL 745 A.E.C.)

El objetivo principal de los servicios de inteligencia siempre ha sido

proporcionar a los gobernantes información militar necesaria para fines defensivos y ofensivos. Este tipo de inteligencia se puede dividir en tres categorías[7]: reconocimiento, que es el proceso de recopilar información mediante la observación, visual o de otro tipo, de un área; contrarreconocimiento, que consiste en intentar evitar que los espías adquieran información importante interceptando y alejando o capturando a los agentes implicados en el reconocimiento; y vigilancia, que implica la observación continua y estacionaria de un sujeto seleccionado. La mayor parte de la inteligencia de este tipo podría adquirirse fácilmente de manera *ad hoc* y con herramientas bastante simples[8].

En varias inscripciones reales anteriores a Tiglat-Pileser III (745-727 a.e.c.) se observa que los reyes asirios recibían a menudo informes sobre disturbios, a partir de los cuales organizaban campañas punitivas. Así, Asurnasirpal II se enteró de la revuelta en la ciudad de Suhu (RIMA 2 A.0.101.1 I 75), de la captura de la ciudad de Damdammusa por rebeldes (RIMA 2 A.0.101.1 I 101-103), de la revuelta del jeque Nur-Adad en la tierra de Dagara (RIMA 2 A.0.101.1 II 23-25), o de una rebelión que estalló en Babilonia (RIMA 2 A.0.101.1 III 26-28). Los anales de Salmanasar III (858-824) mencionan un informe similar llevado al rey acerca de la revuelta en Patinu (RIMA 3 A.0.102.14:146-149 y paralelo en 16:269'-273').

En esta primera fase, los asirios estaban principalmente interesados en obtener la información necesaria para llevar a cabo sus campañas y enterarse de las revueltas antiasirias en los territorios sometidos. Por lo tanto, este modelo de inteligencia no requería un sistema sofisticado de compilación y procesamiento de datos, sino que la información era recopilada principalmente *ad hoc* por el personal militar.

EL NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN (745-681 A.E.C.)

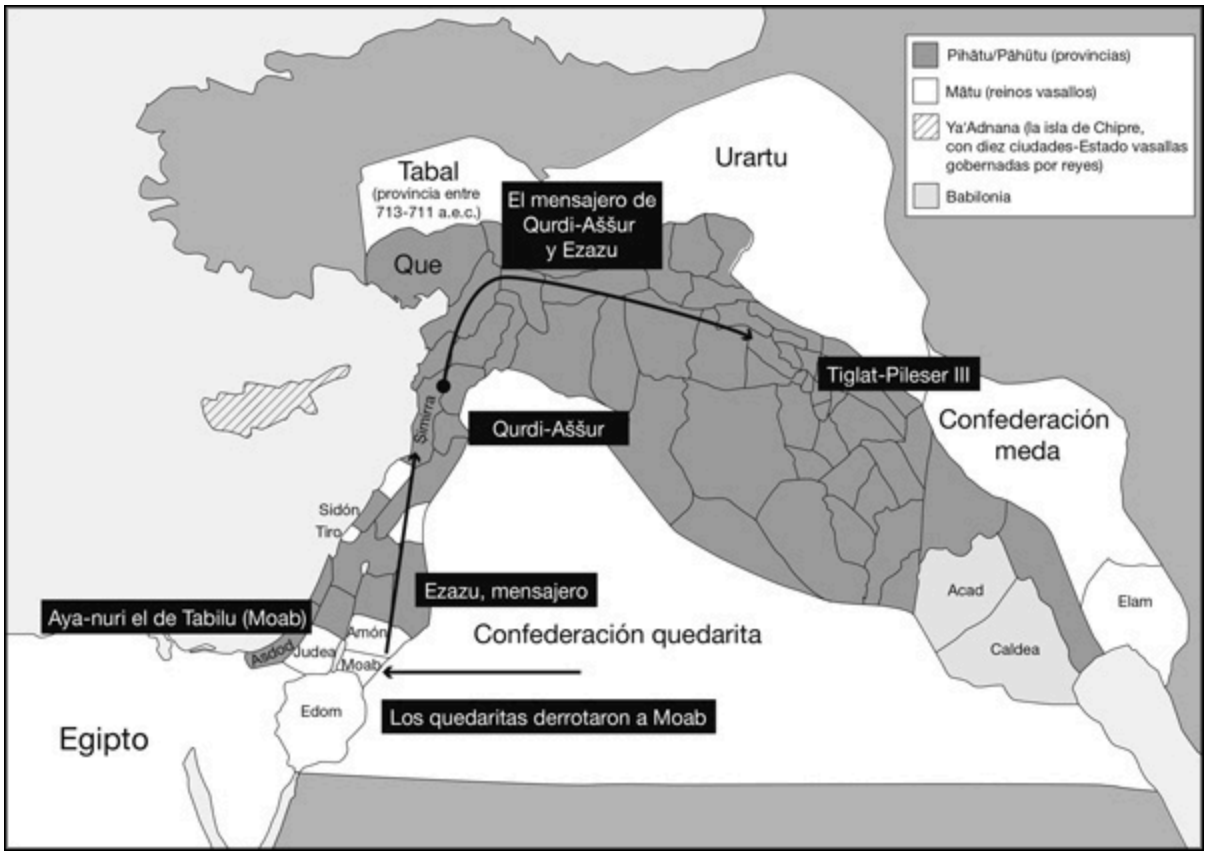
Si se consideran los acontecimientos históricos del pasado siglo XX se habrá de admitir que ni siquiera los historiadores modernos pueden trazar todos los detalles de los servicios de inteligencia, ya que muchas de las operaciones permanecieron en el ámbito oral. Y si los testigos desaparecieron o se mantuvieron en el anonimato fue porque los gobiernos hicieron todo lo posible para proteger su reputación internacional y no hacer

público su lado oscuro[9]. De forma análoga, lo mismo sucedería para los servicios de inteligencia neoasirios. No es posible reconstruir todos los detalles de su estructura y presentar todos los pormenores de una operación dada. Por lo tanto, la presente contribución presentará tantos casos como sea posible para esbozar luego un panorama general con respecto al tema.

La carta SAA XIX 29, descubierta en Kalhu (Nimrud), evidencia que Tiglat-Pileser III tenía a su disposición una red de información eficiente:

> [A]l rey, mi señor: tu siervo Qurdi-Aššur. ¡Buena salud para el rey, mi señor! Un mensajero del de Tabilu Aya-nur[i], cuyo nombre es Ezazu, trae un documento sellado para el Palacio. Las palabras del documento sellado se refieren a los moabitas: es que los quedaritas marcharon contra Moab y lo derrotaron. En cuanto a este (documento sellado), ahora lo he confiado en manos de mi mensajero. Él lo llevará al Palacio. Partió el día 27 de Šebat.

Qurdi-Aššur[10] fue un gobernador provincial en Ṣimirra (costa libanesa). La provincia fue establecida durante el reinado de Tiglat-Pileser III en Siria, en particular después de la conquista de Arpad en el 738 a.e.c. El proceso de recopilación y procesamiento de información se ilustra en el siguiente esquema[11]. Los quedaritas (KUR.*gi-di-ra-a.a*) atacaron Moab, que en ese momento era un aliado asirio. Aya-nur[i], un funcionario de alto rango de la ciudad KUR.*da-ab-i-na*^{I}*-a.a* (Dibon)[12] en Moab, envió un documento sellado al gobernador provincial Qurdi-Aššur a través de su mensajero Ezazu[13]. Qurdi-Aššur examinó el informe y escribió un resumen del documento sellado («los quedaritas fueron directamente a Moab y lo derrotaron»). Luego, envió tanto el documento sellado como al mensajero Ezazu a la corte asiria. Para garantizar que el contenido y los mensajeros llegaran de manera segura, Qurdi-Aššur envió a su propio mensajero (LÚ.A—KIN, *mār šipri*), que acompañó a Ezazu y al documento sellado. De esta manera, la corte tenía a su disposición las fuentes originales: el documento sellado de Aya-nur[i] y a su mensajero Ezazu, quien podría ser interrogado en la corte sobre más detalles. Además, el personal de la corte recibió la confirmación escrita de Qurdi-Aššur que resumía el contenido del documento sellado y la identidad de Ezazu. Finalmente, la corte tenía a su disposición al propio mensajero de Qurdi-Aššur, que podría ser interrogado sobre lo sucedido en Ṣimirra, así como sobre el comportamiento de Ezazu durante el viaje a Asiria.



Rutas de transmisión de mensajes en el Imperio neoasirio.
Peter Dubovský, elaboración propia.

Cuando se compara esta carta con otros informes de Qurdi-Aššur pueden advertirse elementos clave de la recopilación de inteligencia en este periodo. Las cartas atribuidas a Qurdi-Aššur no se limitan a su provincia, sino que cubren casi todo el Levante. Según era de esperar, informaban principalmente sobre las vicisitudes en la costa mediterránea, como Tiro y Sidón (SAA XIX 22, 23), Asdod (SAA XIX 28) o los jonios (SAA XIX 25). Sin embargo, sus cartas también informan sobre regiones más distantes, como Tabal y Que en el sureste de Turquía (SAA XIX 27, 32), y Moab (SAA XIX 29). Finalmente, mencionan algunas ciudades más pequeñas y grupos étnicos, como Kašpuna, en la provincia de Ṣimirra (SAA XIX 22 r. 3-22), Danabu (SAA XIX 24), Helbon (SAA XIX 30) y los gurreanos (SAA XIX 26).

Las fuentes de información recopilada también son muy variadas. SAA XIX menciona a un mensajero Ezazu y al alto funcionario Aya-nur[i]. Otras cartas de Qurdi-Aššur indican que utilizó otras fuentes como los

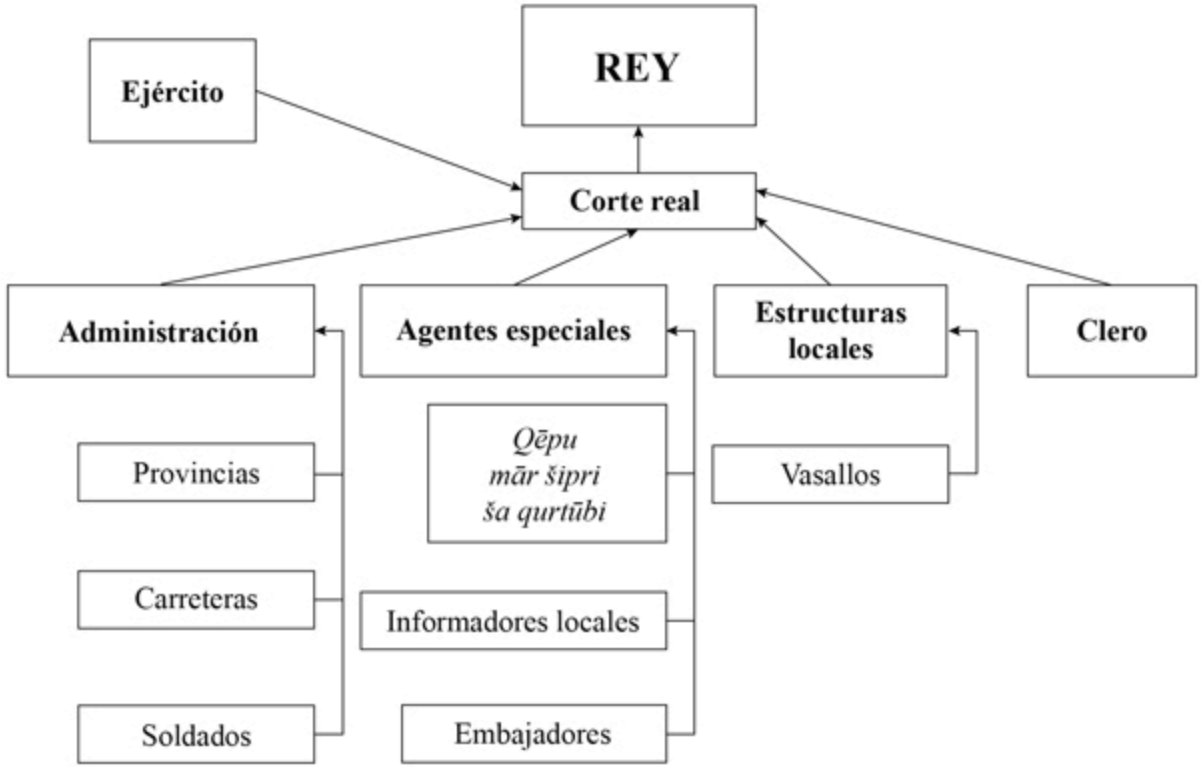
funcionarios *qēpu,* por ejemplo a Nabû-šezib (SAA XIX 23:3)[14].

Del mismo modo, el contenido de las cartas es diferente. Uno de los principales indicadores de la lealtad de los reyes locales era el pago regular de tributos. Así, Qurdi-Aššur supervisaba el pago de tributos e impuestos (SAA XIX 24) e informaba acerca de los movimientos subversivos de la elite local (SAA XIX 22). También proporcionaba noticias sobre el ejército en el territorio de Moab (SAA XIX 29) y sobre las incursiones de los jonios en dos ciudades fenicias (SAA XIX 25). SAA XIX 23 informa al rey sobre una intervención problemática en los asuntos cultuales: Hiram, rey de Tiro, derribó el objeto cultual/árbol sagrado *(e-qu)* e intentó llevarlo a Tiro, probablemente tratando de poner el objeto bajo su control directo[15].

Los informes de Qurdi-Aššur no son una excepción. Al comparar la correspondencia procedente de las provincias y los territorios aliados, la modalidad de informe que se extrae de las cartas de Qurdi-Aššur también aparece en la correspondencia de Sargón II y Senaquerib. Basándose en este estudio de las cartas es posible reconstruir algunas características de las actividades de inteligencia en la fase sistemática de la inteligencia neoasiria. Los siguientes ejemplos tienen como objetivo mostrar que los servicios de información desempeñaron un papel importante en el control de las regiones sometidas del Imperio en el periodo sargónida y hacer patente que a finales del siglo VIII a.e.c. ya habían asumido todas las dimensiones intrínsecas a esta empresa: 1. Los asirios disponían de una amplia red de inteligencia; 2. Eran capaces de reunir, procesar y proteger información; 3. Organizaban acciones encubiertas; 4. Utilizaban eficazmente la guerra psicológica.

La red de inteligencia neoasiria

La carta de Qurdi-Aššur sobre la derrota moabita ilustra que los asirios utilizaban una amplia gama de fuentes para obtener información oportuna. El análisis de otras cartas del periodo de Sargón II y Senaquerib nos permite proponer el siguiente esquema de la red de inteligencia neoasiria:



Los gobernadores de las provincias asirias tenían la responsabilidad de recopilar información, evaluar su fiabilidad y enviar informes a la corte real de manera regular. En este sentido, mantener informada a la corte sobre la situación en una provincia en particular no era cuestión de la buena voluntad de los gobernadores provinciales, sino que formaba parte de las funciones de cada burócrata. Además de los gobernadores provinciales, otros funcionarios y personal provincial debían informar al rey, respondiendo directamente ante él[16]. Entre estos, el mejor documentado es el oficio de *qēpu*[17]. En resumen, los gobernadores asirios, los funcionarios provinciales, los comandantes de guarniciones y fortalezas, los recaudadores de impuestos y los jefes de correos estaban obligados a enviar informes a la corte real sobre todo lo que veían u oían. De hecho, las cartas asirias atestiguan que los vasallos locales tenían que enviar a sus emisarios a la corte asiria con regularidad. Estos emisarios no solo llevaban regalos, sino que también tenían que informar sobre sus reinos de origen, y eran adoctrinados para divulgar la propaganda asiria en las regiones periféricas[18].

Los partes de Qurdi-Aššur ilustran que, además de la compleja red asiria

de inteligencia, los asirios también recibían noticias de informantes locales. La obligación de los reyes vasallos y sus funcionarios de informar dependía de sus relaciones con Asiria. Cuanto más tenues fueran esas relaciones, menos presión podían ejercer los asirios sobre ellos. Es posible distinguir al menos tres tipos de fuentes de inteligencia locales en el Levante: vasallos vinculados por *adê* («tratado»), vasallos-tributarios vinculados por *maddattu* y *biltu* («tributo», «impuesto»), y tribus locales encargadas de una tarea especial[19]. Los vasallos vinculados por *adê* debían informar sobre todo lo que veían u oían; si no cumplían con esta obligación, violaban un tratado jurado en presencia de los dioses, y en consecuencia la falta era castigada como una ofensa.

Las cartas del periodo sargónida conservadas demuestran que el ejército tenía su propio personal de inteligencia. Mencionan a un oficial de información (*mutīr ṭēme;* SAA V 215:20) y a un «conocedor de ese país» (SAA X 111 r. 11) que formaban parte del ejército. A estos funcionarios militares cabe agregar los informes provenientes de las fortalezas. Los asirios expandieron su Imperio no mediante la conquista de áreas enteras y demarcando una frontera clara entre el territorio propio y el extraño, sino más bien plantando una suerte de islas asirias en medio de zonas periféricas. Estas «islas», de hecho, eran diversos tipos de instalaciones fortificadas, una red de las cuales se extendía por todo el Imperio. Dado que las fortalezas situadas a lo largo de las fronteras enemigas (SAA XV 54 r. 11) eran los puestos más distantes, a menudo estaban involucradas en espionaje en el genuino sentido de la palabra. Se pedía a sus efectivos que penetraran en el corazón del territorio enemigo y recopilaran información concreta, y a veces se les encomendaban tareas especiales como prestar atención a los desertores, interrogarlos, enviar las noticias por correo exprés a la corte y llevar a los desertores mismos a esta para una investigación adicional (SAA XVI 148). Las cartas provenientes de las fortalezas mencionan otros tipos de agentes militares y locales como *dajjālu* («paseante»), *bātiqu* («delator»), *lišānu* («lengua»), *ēnāti ša šarri* («los ojos del rey») y *ša uznī* («hombre de oído»)[20].

Características de la inteligencia neoasiria

El número de cartas de Qurdi-Aššur enviadas a la corte sugiere que esta

recibía informes periódicos y puntuales, a menudo información de primera mano[21]. Además, esa información enviada a la corte estaba protegida. Por último, los administradores locales y los funcionarios de la corte procesaban la información en bruto procedente de distintas partes del Imperio. Estas características de los servicios de inteligencia se analizan a continuación.

a) Reportes regulares

Dado que el objetivo principal de los soldados, administradores y vasallos asirios no era proporcionar información, fácilmente podían «olvidar» informar, o bien sus reportes podrían ser parciales e incluso incompletos. Durante el reinado de Sargón II se establecieron tres mecanismos para obligarlos a informar sobre todo lo que veían y oían.

En primer lugar, la corte instaba constantemente a los gobernadores provinciales, vasallos y otros funcionarios a escribir, y el rey a menudo enviaba mensajes de advertencia a aquellos que faltaban a su deber: «¿Por qué escuchaste, pero no escribiste?» (SAA I 125 r. 11-12; cfr. V 114 r. 6'-7'; 221:5-6), «escribe rápido» (SAA V 45:5-6), etc. Esto no era solo una suave invitación, sino más bien un mandato del rey, por lo que no cumplirlo tenía graves consecuencias. Tal presión también se observa en las numerosas disculpas que demuestran la inocencia y diligencia de los escritores de cartas (SAA I 176:40-42; V 211:5-r. 11; XV 54 r. 7-15). En segundo lugar, la corte recibía noticias de múltiples fuentes regulares. Así, el rey estaba informado sobre el mismo evento por parte de guardias, vasallos, gobernadores y otros administradores provinciales. Si alguno de ellos no proporcionaba noticias al rey, este aún podía recibirlas de otra fuente ordinaria y por ende amonestar o castigar al informante negligente (SAA I 244 r. 13-18). El tercer sistema representa el cuerpo de agentes independientes (mensajeros, oficiales *qēpu*, guardias, etc.) que servían para verificar la información provista por las redes de inteligencia regulares.

Los tres mecanismos mencionados tenían como objetivo garantizar que las redes de inteligencia y otros informantes proporcionaran a la corte de Sargón II noticias de manera habitual y frecuente, lo más precisa posible y a tiempo[22].

b) Alta calidad de la información enviada a la corte

Las cartas de Qurdi-Aššur ilustran qué tipo de información se enviaba a la corte. Al comparar esas cartas con otras de los periodos de Sargón II y Senaquerib es posible concluir que los funcionarios de la corte asiria insistían en la calidad de las noticias. Sobre todo, recibían información de primera mano. Por lo tanto, si se recibía un mensaje importante de forma oral, se citaba palabra por palabra (SAA XV 186) o se enviaba al propio informante a la corte para ser interrogado en persona (SAA XV 155, 161, etc.). Si se recibía o interceptaba una carta importante, se enviaba al rey (SAA XV 120, 210; XVII 89:7-14). De manera similar, los mensajeros enemigos capturados eran enviados al rey (SAA V 169). Esta precaución garantizaba que la corte no solo recibiera una interpretación de la información, sino que tuviera acceso a los datos de primera mano.

c) Protección de la inteligencia despachada

El objetivo de la inteligencia no solo era recopilar información, sino también protegerla contra la interceptación del enemigo. Por esta razón, se dedicaban considerables esfuerzos a resguardar las propias comunicaciones. Para ello, los asirios adoptaron un antiguo sistema que consistía en colocar tablillas en sobres sellados (SAA V 213; su sobre: V 214), impidiendo el acceso libre al contenido de la carta. La comparación de las impresiones de los sellos de remitentes y destinatarios representaba una medida de seguridad simple pero altamente fiable, de modo que si había alguna duda sobre la identidad de una impresión de sello podría detectarse con mayor facilidad cualquier engaño o fraude (SAA XV 125). Además, los remitentes a menudo mencionaban las cartas que habían enviado al rey o las que habían recibido de este. De tal modo, ambas partes podían tener confirmación de entrega, es decir, podían descubrir fácilmente si una carta desaparecía o si era falsa. La medida de seguridad más alta para evitar el engaño está atestiguada en dos informes idénticos enviados al rey por dos mensajeros diferentes (SAA XV 131 r. 6-12).

A pesar de estas medidas de seguridad elementales, pero altamente eficientes, las comunicaciones aún podrían ser interceptadas o desaparecer (SAA XV 35). Para evitarlo, las cartas eran llevadas por mensajeros profesionales. Al pasar por una ciudad asiria, los mensajeros a menudo recibían otra carta de acompañamiento, y a veces también llevaban las

cartas de un gobernador provincial para evitar la multiplicación de mensajeros (SAA XV 161, 180). Si había alguna sospecha sobre la identidad del mensajero, este era arrestado hasta que la situación quedase aclarada (SAA XVII 155:4-19).

d) Procesamiento de la información

La optimización en la calidad también se puede observar en cuatro niveles de procesamiento de la información. El primer nivel de lo que se recibía en la corte representaba «informes aún no verificados» (SAA V 173, 174; cfr. I 29:19; 30:10'). Tras una investigación, los rumores se demostraban infundados (SAA XV 103) o verdaderos. Esa investigación a menudo se realizaba enviando «paseantes» –es decir, equipos de vigilancia móvil– o mediante el interrogatorio de las fuentes.

En un segundo nivel se etiquetaban las cartas como un informe, a veces llamado «informe completo» (SAA XV 219:12). En este nivel, el rey a menudo recibía varios informes posteriores y podía seguir el desarrollo cronológico de los eventos (véanse los reportes de Aššur-reṣuwa sobre la guerra urarto-cimeria SAA I 30:1'-2'; 31:21-16; V 90, 92). En algunos casos el rey solicitaba aclaraciones sobre detalles; se han conservado numerosas cartas en respuesta a tal solicitud.

En el tercer nivel se comparaban los informes. SAA XV 32 nos permite suponer que algunos escribas del palacio cotejaban las noticias que llegaban a la corte y, si no concordaban, los remitentes tenían que enviar nuevos informes.

La cuarta y última etapa del procesamiento de la inteligencia representa un resumen informativo en el que un alto funcionario –en el periodo de Sargón II era su príncipe heredero Senaquerib– sintetizaba varios informes procedentes de diferentes fuentes y añadía sus propias observaciones (SAA I 29-31).

La carta SAA I 29 es un claro ejemplo de este proceso, porque ilustra cómo Senaquerib recopiló y procesó información y la envió a su padre Sargón II:

> Un mensaje[ro de Ariye] vino a mi presencia:
> «[El gobernante de Ukku ha escrito al] rey de Urartu que [los gobernador]es del rey de Asiria están construyendo [una fortaleza en Kumme], y el rey de Urartu [ha dado] a

sus gobernadores (la siguiente) orden: “Tomad vuestras tropas, id y capturad con vida a los gobernadores del rey de Asiria de entre los kummeos, y traédmelos”. Aún no tengo una información más detallada; en cuanto escuche (algo más), escribiré por correo urgente al príncipe heredero para que traigan tropas rápidamente».

Ese fue el informe de Ariye. El 11 de Elul recibí una carta de Aššur-reṣuwa:

«El urarteo no consiguió nada en (la campaña a) la que lo llevaron los de Zikirtu, sino que tuvo que regresar con las manos vacías. Se dirigió con sus tropas a Waisi, entró en la ciudad y dejó en Waisi sus fuerzas. Tomando consigo unas pocas tropas, partió y se adentró en el territorio de Mannea. Aún no he oído nada sobre la invasión, pero te escribiré en cuanto sepa algo más.

El gobernador opuesto estaba (también) en Waisi. He oído que después de que (el rey) partiera, él (también) salió y se fue, pero nadie lo ha visto salir de Waisi. Están mejorando los caminos que conducen a mí y construyendo puentes; en cuanto escuche de qué se trata, si viene con sus tropas o si está listo [lit., “limpio”], escribiré inmediatamente al príncipe heredero».

Este fue el informe de Aššur-reṣuwa (SAA I 29;10-r. 11).

e) Contrainteligencia

Una red de inteligencia eficiente no solo podía recopilar inteligencia y proteger su transmisión a la corte, sino que también debía conseguir los datos de inteligencia del enemigo. Con este fin, las técnicas de contrainteligencia fueron mejoradas. Si el conocimiento adquirido a través de una red de inteligencia es útil depende de si sabemos lo que el enemigo sabe. Los oficiales de inteligencia modernos definen esta dinámica de la siguiente manera:

> «Ellos saben. De acuerdo, nosotros sabemos que ellos saben. No, ellos saben que nosotros sabemos que saben. De acuerdo, sabemos que saben que nosotros sabemos que saben» –y así sucesivamente, *ad infinitum*–. Pero en la vida real tales cadenas son finitas, y el conocimiento más útil acerca del enemigo es el conocimiento del que el enemigo no es consciente[23].

La carta SAA XV 157, fechada en la época de Sargón II, no solo presenta un excelente ejemplo de guerra psicológica, sino que también ilustra las intrincadas relaciones entre la inteligencia babilónica y la contrainteligencia neoasiria. De ella se infiere que los informantes locales de Merodac-Baladán proporcionaron noticias sobre una misión asiria subversiva llevada a cabo entre las tribus arameas leales a Merodac-Baladán. La descripción del informante de Merodac-Baladán como «uno de sus hermanos» (SAA

XV 157:9') indica que la facción antiasiria de la tribu proporcionó a Merodac-Baladán información sobre los intentos asirios de obtener apoyo arameo. Dado que la misión asiria no se llevó a cabo en secreto, sino que estaba dirigida al público en general, es probable que el informante de Merodac-Baladán no hubiera tenido que hacer demasiado esfuerzo para obtener esta información. Sin embargo, los asirios se enteraron inmediatamente de que su actividad subversiva había sido comunicada a Merodac-Baladán, e incluso las líneas 9'-11' reproducen el mensaje enviado a Merodac-Baladán palabra por palabra[24].

De manera similar, los asirios también pudieron saber cuándo interceptó el enemigo la comunicación interna asiria (SAA XV 111 r. 4-10): los asirios sabían que el enemigo sabía.

f) Acciones encubiertas

En este periodo, los servicios neoasirios de inteligencia no se limitaban a recopilar información. Las dos dimensiones más prominentes de sus actividades eran las acciones encubiertas y la manipulación psicológica de la población[25].

Un excelente ejemplo de acción encubierta asiria es el caso de Ellipi (actual Irán)[26]. Al comienzo del reinado de Sargón II, el sureste de los Zagros (oeste de Irán) se liberó del yugo asirio. La agitación fue desencadenada por la expulsión de Kibaba, el alcalde proasirio de Harhar. El resto de los gobernadores locales aprovecharon el debilitamiento del control asirio y dejaron de pagar tributo. En el 716 a.e.c. Sargón II invadió la región y convirtió la ciudad de Harhar en la capital provincial asiria Kar-Šarrukin, estableciendo así un firme punto de apoyo en el sureste de los Zagros y anexionando la región de Ellipi a la provincia de Kar-Šarrukin. Después de la muerte del rey de Ellipi en el 708 a.e.c., sus dos sobrinos, Ašpabara y Nibê, sumieron al país en una guerra de sucesión. La importancia estratégica de la región como Estado tapón entre Elam y Asiria ayudó a Nibê a obtener el apoyo de Elam y a apoderarse del trono. Sin embargo, disfrutó de su reinado solo un año. En el 707 su hermano Ašpabara, quien había sido desterrado de Ellipi, regresó con un ejército asirio superior. Los asirios aprovecharon la disputa entre los hermanos y enviaron sus tropas, dirigidas por siete magnates, para ayudar a Ašpabara.

Las tropas asirias sitiaron la capital ellipiana, Murabištu, que estaba protegida por cuatro mil quinientos arqueros elamitas a quienes Šutur-Nahundi había enviado para asegurar el reinado de Nibê. A pesar de su ubicación inaccesible en la cima de un acantilado, la ciudad cayó rápidamente en manos asirias y los elamitas tuvieron que retirarse.

Una vez que la capital ellipiana fue conquistada por los asirios, Ašpabara fue nombrado rey y el territorio fue dividido entre líderes proasirios (XV 69). Tres gobernadores asirios supervisaron la región: Mannu-ki-Ninua, gobernador de Kar-Šarrukin; Aššur-belu-uṣur, gobernador de Kišešim o Bit-Hamban; y Marduk-šarru-uṣur, delegado en Babilonia, quien fue nombrado gobernador en Šangibutu. Estos funcionarios afrontaron una tarea extremadamente delicada: escrutar las relaciones enredadas de odio y servilismo y distinguir la lealtad manifiesta del socavamiento encubierto del régimen asirio.

A pesar del cambio de régimen, toda la región distaba de estar completamente pacificada (XV 62, 100 y 101). Uno de los miembros de la dinastía ellipiana, el hermano de Nibê, Lutû, se negó a colaborar con los asirios. Después de que su hermano Ašpabara convirtiera Ellipi en un estado vasallo asirio, Lutû atacó abiertamente a sus tropas (SAA XV 101:10-14). Para neutralizar a Lutû, los funcionarios de la corte asiria orquestaron una acción encubierta ejemplar. Šarru-emuranni, el gobernador de Babilonia, secuestró al hijo de Lutû (XV 100). Una vez que su hijo estuvo en manos asirias, los funcionarios de Nínive pidieron a Mannu-ki-Ninua que se encontrara con Šarru-emuranni en un paso de montaña y que transfiriera secretamente al hijo de Lutû a Kar-Šarrukin. La operación se realizó según lo planeado. Una vez que el hijo de Lutû estuvo bajo custodia dentro de las murallas de Kar-Šarrukin, los funcionarios de Nínive pidieron a Mannu-ki-Ninua que escribiera una carta de admonición expresando la fuerte desaprobación del rey por el comportamiento de Lutû[27]. Teniendo a su hijo secuestrado en sus manos, los asirios pudieron dictar sus términos[28].

g) Guerra psicológica

La guerra psicológica fue otro aspecto que los teóricos de los servicios de inteligencia consideran un elemento fundamental[29]. Las cartas de Qurdi-

Aššur también mencionan dos casos de presión psicológica. Primero, cuando los sidonios expulsaron a un recaudador de impuestos asirio, Qurdi-Aššur envió «a los itureos al monte Líbano, y asustaron a la gente» (SAA XIX 22:18-20). El segundo caso fue llevado a cabo directamente por Qurdi-Aššur, quien amenazó a los sidonios: «Traed la madera, haced vuestro trabajo allí, pero no lo vendáis a los egipcios ni a los filisteos. De lo contrario, no os dejaré subir a la montaña» (SAA XIX 22:26-r. 2). La manipulación de la población local por parte de Qurdi-Aššur no fue una excepción[30]. Las cartas existentes de los archivos neoasirios permiten la reconstrucción de otros casos de guerra psicológica.

El primer conjunto de este tipo de operaciones fue llevado a cabo bajo el auspicio de Tiglat-Pileser III en 731-729 a.e.c.[31]. Mukin-zeri, el gobernador de Bit-Amukani, depuso al rey de Babilonia y gobernó en Babilonia durante tres años (731-729). La rebelión de Mukin-zeri y la posibilidad de una represalia militar por parte de Tiglat-Pileser III generaron lealtades divididas en toda Babilonia. Tiglat-Pileser III, antes de invadir Babilonia, utilizó incentivos para hacer que los babilonios colaboraran. Los asirios prometieron otorgar un estatus privilegiado a los babilonios si aceptaban colaborar. La palabra utilizada para describir este estatus es *kidinnūtu* (SAA XIX 98:17; cfr. XVII 21:14), que significa «protección» y designa un estatus privilegiado o exento de determinados deberes. Por lo tanto, a los babilonios se les ofreció una protección especial o dispensa de ciertas obligaciones de vasallaje (por ejemplo, exención de impuestos, deberes de *ilku, dullu,* etc.) si decidían aliarse con Asiria.

Una presión psicológica más sofisticada puede ser reconstruida a partir de las cartas de Sargón II durante su campaña contra Babilonia (710 a.e.c.). Según las cartas existentes, los asirios eran hábiles en el uso de la contrapropaganda (SAA XV 1), los incentivos y promesas (SAA XV 184), y la estrategia de motivación por estímulos (SAA XV 159, 210, 305). Si los medios pacíficos de propaganda no alcanzaban su objetivo, no dudaban en recurrir a medios más violentos, como aterrorizar a los habitantes locales (SAA V 202), deportar regiones enteras y ejecutar a los rebeldes y mostrar sus cadáveres desollados o empalados en público. Los mensajeros del terror difundían la noticia del castigo ejemplar de los vencedores de ciudad en ciudad para ablandar la resistencia de los rebeldes obstinados (SAA XV 221 r. 7)[32].

Un elemento importante de la presión psicológica fue la validación religiosa de la intervención de Sargón II en Babilonia. Un pasaje de los anales de este rey muestra indirectamente qué tipo de propaganda llevaron a cabo los asirios contra Merodac-Baladán:

> Marduk-apla-iddina (Merodac-Baladán), descendiente de Yakīn, rey de Caldea, un asesino (y) la imagen de un demonio *gallû,* que no teme la palabra del señor de señores [Marduk], confió en el mar (y sus) olas agitadas, invalidó el juramento ante los grandes dioses y retuvo su tributo. Se dirigió a Humbanigaš [Humban-Nikaš I], el elamita, en busca de ayuda, e hizo que todos los suteos, el pueblo de la estepa, se rebelaran contra mí, y se preparó para la batalla. Se dirigió a la tierra de Sumer y Acad y durante doce años, contra la voluntad de los dioses, gobernó Babilonia, la ciudad del Enlil de los dioses (RINAP 2 7:121-124).

En este ejemplo, Merodac-Baladán fue presentado como un rey blasfemo que no temía a los dioses, de modo que da prioridad a mantener su posición y a la asistencia humana sobre la confianza en los poderes divinos. Así, al romper el juramento que hizo en presencia de los dioses, se convirtió en un símbolo del mal encarnado, la misma imagen de un demonio *gallû*[33]. Su reinado de doce años en Babilonia fue ridiculizado como un gobierno ejercido en contra de la voluntad de los dioses. Por otro lado, se sostiene que fue el propio dios Marduk quien, al contemplar las malas acciones de Merodac-Baladán, fortaleció el ejército de Sargón II y le ordenó poner fin al malvado reino de Merodac-Baladán.

Partiendo de estudios previos sobre los servicios de inteligencia neoasirios y del análisis de los informes existentes es razonable concluir que el siglo VIII a.e.c. fue un punto de inflexión en la historia de los servicios de información. Mientras que, según las inscripciones reales, la recopilación de inteligencia militar elemental seguía siendo una prioridad asiria durante los siglos VIII y VII a.e.c., las cartas neoasirias datadas en el mismo periodo señalan un cambio en la recopilación de información sobre el terreno, su procesamiento y la verificación de fuentes. Dado que tal cambio presupone una administración provincial y central bien establecida, un buen sistema de carreteras y entrega de correo, una amplia red de vasallos dispuestos o forzados a colaborar, un ejército bien organizado y recursos económicos suficientes para sostener un sistema centralizado y bien establecido de gobierno y control, se argumenta razonablemente que este

cambio tuvo lugar durante el reinado de Tiglat-Pileser III (745-727 a.e.c.) y se desarrolló plenamente durante los reinados de Sargón II (722-705) y Senaquerib (705-681). Los casos presentados con anterioridad muestran que durante este periodo los servicios de inteligencia asirios habían asumido las tres dimensiones intrínsecas a la inteligencia: recopilación, procesamiento y protección de información; acciones encubiertas; guerra psicológica[34]. Teniendo en cuenta la calidad y extensión de la inteligencia asiria, sugiero que en la época de Sargón II se establecieron los primeros servicios de inteligencia del mundo que merecen cabalmente ese nombre.

INTELIGENCIA INTERNA (681-612 A.E.C.)

La siguiente fase en el desarrollo del sistema de inteligencia asirio tuvo lugar cuando se puso más énfasis en la seguridad interna durante el reinado de Asarhaddón[35]. Al leer bajo esta luz las cartas del monarca es posible percibir un desplazamiento del interés regio respecto a la localización de los enemigos, sobre todo a los que se hallasen en la tierra natal de los asirios. Este cambio creó nuevas dinámicas que resultaron en un control más férreo y basado en el miedo, confiándose en gran medida en la eficacia de la denuncia[36].

Denuncia

La denuncia de colegas fue muy fomentada y se convirtió en una forma de obtener el favor del rey[37]. El ambiente de miedo fomentó la denuncia como modo de prevenir ser denunciado (SAA XVIII 82:11'-12'). Gracias a las delaciones, la corte pudo enterarse a tiempo de conspiraciones contra Asarhaddón (YBC 11382[38]).

Las cartas SAA XVI 59 y 60 contienen la denuncia de Nabû-reḫtu-uṣur acerca de la conspiración de Sasî contra Asarhaddón. Nabû-reḫtu-uṣur era uno de los numerosos informantes de Asarhaddón, mientras que Sasî era el gobernador de la ciudad de Harrán. La conspiración comenzó con la profecía de una esclava que profetizó: «Es la palabra de Nusku: ¡La realeza es para Sasî! ¡Destruiré el nombre y la progenie [literalmente, "semilla"] de Senaquerib!» (SAA XVI 59 r. 4'-5'). Un grupo de escribas, otros funcionarios y una multitud se unieron a la conspiración de Sasî. Por su parte, Nabû-reḫtu-uṣur sugirió que todos los conspiradores fueran

ejecutados (SAA XV 16 r. 13'-15').

La carta SAA XVI 78 muestra la dinámica de miedo, intrigas y denuncias que gobernaba la corte de Asarhaddón[39]. Un oficial asirio, Manu-ki-Libbali, fue acusado por el «tercer hombre» y su esposa, así como por un escriba. La acusación indujo al rey a instar a Manu-ki-Libbali: «¡Dime la verdad!». Manu-ki-Libbali respondió a esto y a la acusación de la esposa del tercer hombre:

> Juro que no sabía (ni) me enteré de este asunto, que no estoy implicado en él, que le he dicho al rey, mi señor, (la verdad sobre) lo que oí en el centro de Kalhu, lo que la esposa del «tercer hombre» habla contra mí, y (por qué) me negué a litigar con ella, diciendo: «Que el rey determine mi veracidad» (SAA XVI 78 r. 6-12).

Esta carta no es una excepción. Así, Šumu-iddina, el *šatammu* del templo de Esagila en Babilonia durante el reinado de Asarhaddón, informó acerca de que un funcionario *qēpu* había ocultado a dos eunucos fugitivos involucrados en una conspiración en el 671-670 a.e.c. y los había enviado a Borsippa[40]. Dado que Šumu-iddina no se sintió autorizado para capturarlos, pidió al rey que interviniera lo antes posible para evitar que pudieran escapar (SAA XIII 178:26-r. 15). Estos ejemplos muestran que el personal religioso, así como los funcionarios *qēpu,* podían convertirse en traidores y que los controles mutuos ayudaban a descubrir complots secretos contra el rey.

Dioses que comparten inteligencia con el rey

El entrelazamiento de las esferas humana y divina en la cosmovisión asiria significaba en la práctica que ambas dimensiones se convirtieron en partes inseparables durante el proceso de toma de decisiones. Así, los asirios utilizaban consultas al dios Šamaš (fuentes divinas) para verificar la información (fuentes humanas). Los mejores ejemplos datan del reinado de Asurbanipal. En la carta SAA IV 282 (r. 3-9) se pregunta al dios Šamaš:

> Ahora Asurbanipal, rey de Asiria, un rey creado por ti, que está atento a tu amable aliento y cuyos ojos están puestos en tu protección personal, ha oído: «Šamaš-šumu-ukin está huyendo a Elam». ¿Es cierto el rumor *(a-mat-ú šá-lim-tu ši-i)*? ¿Está realmente huyendo a Elam?

Más frecuente era la consulta basada en un informe de inteligencia.

Asurbanipal recibió un informe que indicaba que Nabû-bel-šumate, el gobernador de la Tierra del Mar, estaba movilizando un ejército que marchaba contra Asiria:

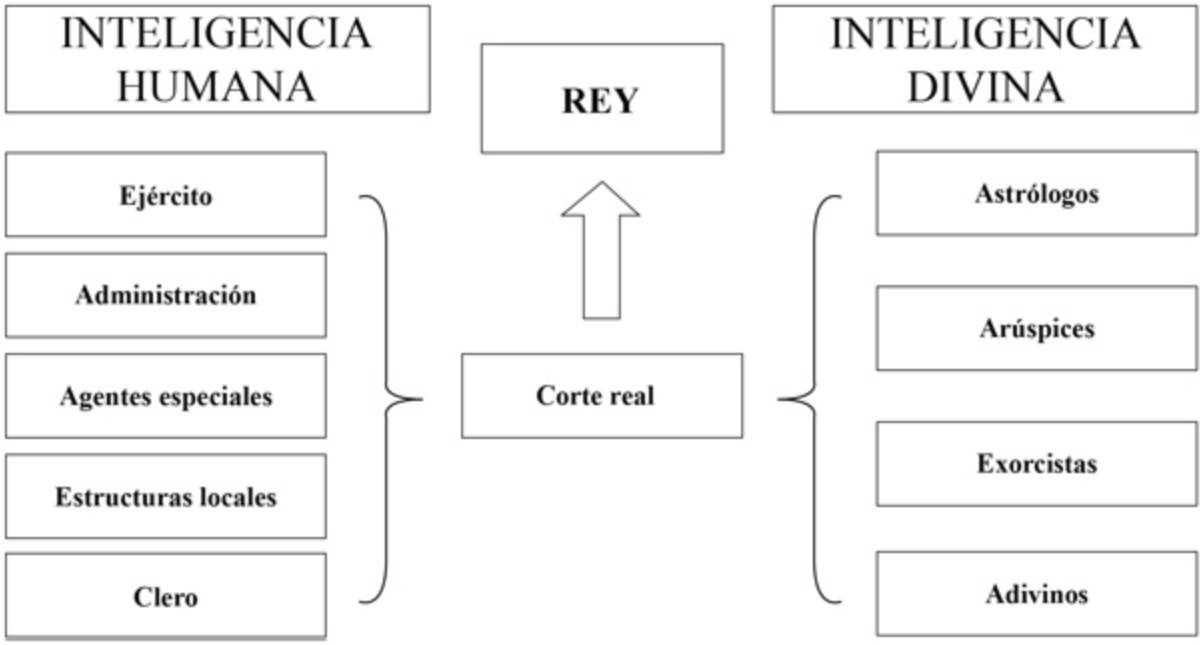
> Ahora Asurbanipal, rey de Asiria, tu adorador, ha oído: «Ha reunido arqueros en Elam y viene». ¿Dará batalla a los hombres y al ejército de Asurbanipal, rey de Asiria, o a los asirios, o a los acadios, o a los caldeos, o a los arameos, que se han aferrado a los pies de Asurbanipal, tu criatura? Desfavorable (SAA IV 280 r. 5-15).

Nabû-bel-šumate se convirtió en aliado de Šamaš-šumu-ukin durante la guerra civil en Babilonia. Según las fuentes asirias, el primero logró ganar aliados entre las tribus arameas y algunas ciudades de Babilonia. Su coalición con Šamaš-šumu-ukin se convirtió en una seria amenaza para Asurbanipal. La consulta sobre los planes de Nabû-bel-šumate puede fecharse al comienzo de la guerra civil. Por lo tanto, Asurbanipal consultó al dios Šamaš. La consulta aseguró a Asurbanipal que Nabû-bel-šumate no atacaría a Asiria. De hecho, Šamaš-šumu-ukin fue derrotado y Nabû-bel-šumate escapó a Elam[41].

Una interacción más compleja entre la relación de inteligencia humana y divina puede ilustrarse a partir de la tablilla SAA X 111. Se trata de un informe escrito por Bel-ušezib a Asarhaddón. Bel-ušezib era un erudito babilónico que mantenía una correspondencia regular con el rey. Incluso advirtió a este de que algunos de sus colegas impedían que cualquier cosa inapropiada llegara a oídos del rey[42]. Su informe comenzó con la observación de una estrella que interpretó como una victoria de las tropas asirias sobre los manneos (111:3-8). Las líneas 9-16 presuponían información básica de inteligencia militar sobre los manneos y la promesa de los cimerios a Asiria. Según la interpretación de Bel-ušezib de las estrellas, y basándose en el comportamiento bárbaro de los cimerios, sugirió que lo que decían estos era una mentira. Luego seguían las recomendaciones sobre cómo organizar una invasión (111:17-r. 3). Al final, Bel-ušezib reconocía los límites de sus sugerencias e invitaba al rey a consultar a un experto sobre el terreno (111 r. 13-18)[43]. Las observaciones de la luna y el sol también respaldaron su recomendación (SAA X 112 y 113)[44].

Evaluación

En esta fase, el control de la información alcanzó su punto máximo. Se basaba en la denuncia motivada por el miedo y en la recopilación de noticias a través de una red de inteligencia, así como del uso de fuentes «divinas», lo que resultaba en una verificación cruzada de fuentes. Por lo tanto, las fuentes asirias sabían que sus informes estaban siendo comparados tanto con los reportes de otros informantes como con la doble verificación a través de consultas a los dioses. Además, los informes de inteligencia procedentes de diferentes fuentes estaban expuestos al juicio divino que garantizaba la verificación ulterior de la información. Finalmente, las técnicas de adivinación –generalmente, la extispicina– también debían confirmar la decisión tomada sobre la base de la inteligencia disponible. Este sistema llevó varias campañas sargónidas a su exitoso fin[45].



CONCLUSIONES

Cabe concluir que a fines del siglo VIII y a lo largo del siglo VII a.e.c. los asirios recopilaron información mediante tres redes de inteligencia: la militar, particularmente a través de soldados en los puestos avanzados; la administración, en la que el gobernador provincial funcionaba como coordinador de la recopilación de inteligencia en su provincia; y el sistema

de vasallaje: los asirios obligaban a sus socios de tratado a compartir conocimiento útil para sus estrategias defensivas. La información obtenida de estas redes se complementaba con la proveniente de agentes especiales y fuentes enemigas[46]. El sistema representaba un nuevo paso en el desarrollo de los servicios de inteligencia asirios, ya que estos no solo proporcionaban advertencias oportunas sobre rebeliones y amenazas militares, sino que recopilaban todo tipo de noticias, garantizando así que la corte estuviera suficientemente informada sobre la situación de todo el Imperio. Y, por si fuera poco, los asirios pretendían recibir asimismo información de fuentes «divinas».

ABREVIATURAS

SAA = State Archives of Assyria
RIMA = Royal Inscriptions of Mesopotamia, Assyrian Period
RINAP = Royal Inscriptions of the Neo-Assyrian Period
CAD = Chicago Assyrian Dictionary

BIBLIOGRAFÍA

Altenstrasser, Christina (2005), *Handlungsspielraum Denunziation: Alltag, Geschlecht und Denunziation im ländlichen Oberdonau 1938 bis 1945*. *Forum deutsche Geschichte; 10,* Múnich, M Press.

Ben-Israel, Isaac (2004), *Philosophie du renseignement: logique et morale de l'espionnage*, París, Éditions de l'éclat.

Brinkman, John A. (1968), *A Political History of Post-Kassite Babylonia, 1158-722 B.C.,* vol. 43 *AnOr,* Roma, Pontificium Institutum Biblicum.

Codevilla, Angelo (1992), *Informing Statecraft: Intelligence for a New Century*, Nueva York, Free Press.

Daugherty, William E. (1958), *A Psychological Warfare Casebook*, Baltimore, University by Johns Hopkins Press.

Der Derian, James (1992), *Antidiplomacy: Spies, Terror, Speed, and War,* Cambridge (MA), Blackwell.

Dubovský, Peter (2006), *Hezekiah and the Assyrian Spies: Reconstruction of the Neo-Assyrian Intelligence Services and its Significance for 2 Kings 18-19,* Biblica et Orientalia 49, Roma, Pontificio Istituto Biblico.

— (2012), «King's Direct Control: Neo-Assyrian Qēpu Officials», en

Gernot Wilhelm (ed.), *Organization, Representation, and Symbols of Power in the Ancient Near East: Proceedings of the 54th Rencontre Assyriologique Internationale at Würzburg 20-25 July 2008,* Winona Lake, Eisenbrauns, 447-458.

— (2014), «Sennacherib's Invasion of the Levant through the Eyes of Assyrian Intelligence Services», en Isaac Kalimi y Seth Richardson (eds.), *Sennacherib at the Gates of Jerusalem: Story, History and Historiography,* Leiden/Boston, Brill, 249-291.

— (2023), «The Role of Emissaries *(ṣīrāni)* in the Assyrian Administrative Machinery: What Should an Emissary Learn about Assyria?», en Robert Rollinger, Irene Madreiter, Martin Lang y Cinzia Pappi (eds.), *The Intellectual Heritage of the Ancient Near East. Proceedings of the 64th Rencontre Assyriologique Internationale and the 12th Melammu Symposium, University of Innsbruck, July 16-20, 2018,* Österreichische Akademie der Wissenschaften philosophisch-historische Klasse, Sitzungsberichte, Viena, Austrian Academy of Sciences Press, 751-782.

Dvornik, Francis (1974), *Origins of intelligence services: the ancient Near East, Persia, Greece, Rome, Byzantium, the Arab Muslim Empires, the Mongol Empire, China, Muscovy,* New Brunswick (N.J.), Rutgers University Press.

Fales, Frederick M. y Lanfranchi, Giovanni B. (1981), «The Role of the Cimmerians in a Letter to Esarhaddon», *East and West* 31, 9-33.

— (1997), «The Impact of Oracular Material on the Political Utterances and Political Action in the Royal Inscriptions of the Sargonid Dynasty», en Jean-Georges Heintz (ed.), *Oracles et prophéties dans l'antiquité: Actes du Colloque de Strasbourg 15-17 juin 1995,* París, De Boccard, 99-114.

Follet, René (1957), «"Deuxième Bureau" et Information Diplomatique dans L'Assyrie des Sargonides. Quelques Notes», *Rivista degli Studi Orientali* 32, 61-81.

Frahm, Eckart (2010), «Hochverrat in Assur», en Stefan M. Maul y Nils P. Heessel (eds.) *Assur-Forschungen: Arbeiten aus der Forschungsstelle "Edition literarischer Keilschrifttexte aus Assur" der Heidelberger Akademie der Wissenschaften,* Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 89-137.

Gallagher, William R. (1994), «Assyrian Deportation Propaganda», *State Archives of Assyria Bulletin* 8, 57-65.

Godson, Roy (1993), «Covert Action in 1990s: Neither exceptional tool nor

magic bullet», en Roy Godson *et al.* (eds.), *Covert action in the 1990s,* Working Group on Intelligence Reform papers, Washington, Consortium for the Study of Intelligence, 1-58.
House, Jonathan M. (1993), *Military Intelligence, 1870-1991: a Research Guide*, Westport (Conn.), Greenwood Press.
Lanfranchi, Giovanni B. (1989), «Scholars and Scholarly Tradition in Neo-Assyrian Times: A Case Study», *State Archives of Assyria Bulletin* 3/1, 99-114.
Lloyd, Mark (1994), *The Guinness Book of Espionage*, Nueva York, Da Capo Press.
Mallowan, Max Edgar Lucien (1956), *Twenty-five years of Mesopotamian Discovery (1932-1956)*. *Miscellanea Archeologica 001,* Londres, The British School of Archaeology.
Morrow, William (2011), «Tribute from Judah and the Transmission of Assyrian Propaganda», en Hermann M. Niemann y Matthias Augustin (eds.), *"My Spirit at Rest in the North Country" (Zechariah 6.8). Collected Communications to the XXth IOSOT Congress, Helsinki* 2010, Beiträge zur Erforschung des Alten Testaments und des Antiken Judentums, Fráncfort del Meno, Peter Lang, 183-192.
Nissinen, Martti (1998), *Reference to Prophecy in Neo-Assyrian Sources,* Helsinki, The Neo-Assyrian Text Corpus Project.
Odom, William E. (1990), «Psychological Operations and Political Warfare in Long-term U.S. Strategic Planning», en János Radványi (ed.), *Psychological Operations and Political Warfare in Long-term strategic planning,* Nueva York, Praeger, 8-18.
Oppenheim, A. L. (1968), «"The Eyes of the Lord"», *Journal of the American Oriental Society* 88, 173-80.
Pacner, Karel (2002), *Československo ve zvláštních službách: pohledy do historie Československých výzvědných služeb 1914 – 1989,* Vol. 1, Praga, Themis.
Porter, Barbara N. (1993), *Images, Power, and Politics: Figurative Aspects of Esarhaddon's Babylonian Policy*. *Memoirs of the American Philosophical Society* 208, Philadelphia, American Philosophical Society.
Potts, Daniel T. (1999), *The Archaeology of Elam: Formation and Transformation of an Ancient Iranian State*. *Cambridge World Archaeology,* Cambridge / Nueva York, Cambridge University Press.

Sheldon, Rose Mary (2003), *Espionage in the ancient world: an annotated bibliography of books and articles in Western languages,* Jefferson (N.C.), McFarland & Co.

Shulsky, Abram N. y Gary J. Schmitt (2002), *Silent Warfare: Understanding the World of Intelligence,* 3.ª ed., Washington, Brasseys.

Vera Chamaza, Galo W. (2005), *Die Rolle Moabs in der neuassyrischen Expansionspolitik,* Vol. 321 *AOAT,* Münster, Ugarit-Verlag.

Yamada, Shigeo (2008), «Qurdi-Assur-lamur: His Letters and Career», en Mordechai Cogan y Dan'el Kahn (eds.), *Treasures on camels' humps: historical and literary studies from the ancient Near East presented to Israel Ephal,* Jerusalén, Hebrew University Magnes Press, 296-311.

---

[1] Traducción de Jorge Castillo, revisada por Fernando Bermejo-Rubio y Francesco Giannone.

[2] Se trata de la capital de Urartu (la moderna Van).

[3] Mallowan 1956, 33.

[4] Así, de modo pionero, Follet 1957.

[5] Oppenheim 1968, 173-178.

[6] Cfr. Ben-Israel 2004.

[7] Dvornik 1974, 3-47; Sheldon 2003.

[8] Tipos similares de inteligencia presistemática se encuentran también en la Biblia: reconocimiento (cfr. Num 13-14; Jos 7-8; 14,7-8); contrarreconocimiento (Gn 42,9-12); vigilancia (1 Sam 14,16; 2 Sam 18,24; 2 Re 9,17).

[9] Pacner 2002, 6.

[10] Su nombre completo era Qurdi-Aššur-lamur (SAA XIX 22:1).

[11] Yamada 2008, 298.

[12] Para los antecedentes históricos y las distintas identificaciones posibles, cfr. Vera Chamaza 2005, 62-78.

[13] Según M. Luukko, que interpreta el mensaje de Aya-nuri como un movimiento político, en la segunda mitad del siglo VIII a.e.c. el prestigio internacional de Asiria había superado al de Egipto. De acuerdo con esta carta, Moab envió una petición de ayuda contra los quedaritas a la más lejana Asiria –de la que era vasallo (SAA XIX, XXXVI)– en lugar de al vecino Egipto.

[14] Yamada 2008, 299.

[15] Yamada 2008, 300.

[16] Un buen ejemplo moderno de control del comercio en aras del interés nacional es el del acceso al petróleo o de las rutas comerciales, como la guerra de Suez. Del mismo modo, una forma de controlar las rutas comerciales era vigilar a los nómadas y asegurar el tráfico comercial procedente de Arabia. Otro aspecto era la supervisión del tráfico marítimo mediterráneo en la costa de Fenicia e Israel (SAA XVI 126-128).

[17] Para un estudio detallado sobre este tipo de funcionario, cfr. Dubovský 2012, 447-458.

[18] Dubovský 2023, 751-770.

[19] Morrow 2011, 183-192.

[20] Dubovský 2014, 251-256.
[21] Hay once cartas que pueden atribuirse a Qurdi-Aššur (SAA XIX 22-32).
[22] Dubovský 2006, 66-72.
[23] Codevilla 1992, 29.
[24] Dubovský 2006, 109-114.
[25] Der Derian 1992, 21; Godson 1993, 4-7.
[26] Para una reseña histórica de este periodo, cfr. Potts 1999, 263-288.
[27] Una acción parecida fue realizada por el SIS (Servicio Eslovaco de Inteligencia) en 1994, cuando secuestraron al hijo del presidente de Eslovaquia a la sazón, Michal Kováč, y lo transfirieron a Austria, para detener el movimiento político que apoyaba.
[28] Dubovský 2006, 73-83.
[29] Daugherty 1958; Odom 1990.
[30] Gallagher 1994.
[31] Brinkman 1968, 226-245.
[32] Dubovský 2006, 161-188.
[33] Sobre el significado de este término, cfr. *CAD G,* 17-19.
[34] Lloyd 1994, 96-9; Shulsky y Schmitt 2002, 1-6.
[35] Porter 1993, 77-168.
[36] Por supuesto, la denuncia también se utilizaba en la época de Sargón II (SAA V 200, 210, 211).
[37] Cfr. Altenstrasser 2005.
[38] Frahm 2010.
[39] Nissinen 1998, 127-150.
[40] Nissinen 1998, 127-135.
[41] *PNAE* 2/II, 811.
[42] *PNAE* 1/II, 338.
[43] Para más detalles históricos, cfr. Fales y Lanfranchi 1981.
[44] Lanfranchi 1989, 110-111.
[45] Fales y Lanfranchi 1997, 106-107.
[46] House 1993, 6.

IV
LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA EN EL IMPERIO PERSA DURANTE EL PERIODO AQUEMÉNIDA

Joaquín Velázquez

El Imperio persa fue fundado por Ciro a mediados del siglo VI a.e.c. Desde su región originaria en el suroeste de Irán, los persas se extendieron hasta Egipto y Anatolia en el oeste, y hasta el valle del Indo y Asia Central en el este, siendo el Imperio más extenso de toda la Antigüedad. Salvo excepciones, como la pérdida de los territorios europeos o el lapso de independencia egipcia (404-343 a.e.c.), sus fronteras se mantuvieron estables hasta su caída final en el 330 a.e.c. a manos del macedonio Alejandro. Este capítulo tiene como objetivo analizar en profundidad los sistemas de inteligencia desarrollados por los persas durante el periodo aqueménida (550-330 a.e.c.).

FUENTES PARA EL ESTUDIO

El conocimiento de los servicios de inteligencia persas está limitado por la ausencia de fuentes primarias, por lo que se basa, principalmente, en deducciones a partir de las informaciones transmitidas por otras diversas fuentes, así como de la comprensión general de la logística y la estrategia militar de la época. A diferencia de otros pueblos del Próximo Oriente Antiguo, los persas, salvo contadas excepciones, no han legado testimonios escritos de su propia historia, por lo cual para reconstruirla es menester acudir, aunque con mucha cautela, a los testimonios de sus súbditos y enemigos. Por esta razón, la comprensión del Imperio persa plantea dificultades, no tanto porque los testimonios sean escasos o sesgados, sino porque son extremadamente dispares y existen en varias lenguas (persa antiguo, elamita, arameo, babilonio, griego…) y en formas diferentes (crónicas, inscripciones reales, *ostraka,* tablillas…).

Asimismo, para tratar de comprender la importancia que los servicios de inteligencia tuvieron aquí debe acudirse, en primer lugar, a los relatos

transmitidos por los autores clásicos –entre otros, Heródoto, Jenofonte y Ctesias–. No es de extrañar que, en términos generales, los autores clásicos transmitan una visión helenocéntrica de la historia persa y de sus costumbres, razón por la cual es necesario extremar las precauciones.

Afortunadamente se conservan algunos registros de origen propiamente persa que resultan de gran utilidad a la hora de abordar el tema. Los textos administrativos del Archivo de la Fortificación de Persépolis son extremadamente importantes para este estudio y para cualquier otro aspecto del periodo aqueménida. Miles de tablillas (y fragmentos) en lengua elamita –cerca de veinte mil, de las que al menos siete mil son legibles, están siendo todavía decodificadas y subsecuentemente publicadas[1]– fueron descubiertas en la sección nordeste del sistema de fortificaciones de la terraza de Persépolis en 1933. Los textos fueron compuestos durante el reinado de Darío I (desde el 509 al 493 a.e.c.) por una importante rama de la administración de Persépolis que organizó y supervisó la adquisición y redistribución de alimentos y ganado en el área nuclear del Imperio. La estructura de los textos, el formato de las tablillas y el hecho de que estas últimas fueran frecuentemente selladas muestran que fueron el producto de un bien organizado sistema burocrático[2]. El lenguaje principal de la administración de Persépolis parece haber sido el elamita aqueménida, aunque el uso de otros lenguajes y escrituras –tales como arameo, acadio, persa antiguo, griego, demótico y frigio– está también atestiguado[3]. El descubrimiento de tablillas comparables en Susa (Elam) y Ḳandahār (Aracosia) prueba que una administración regional similar a la de Persépolis estaba presente a lo largo del Imperio. El objetivo práctico de estos textos los hace particularmente interesantes para un entendimiento del mundo persa a comienzos del periodo aqueménida.

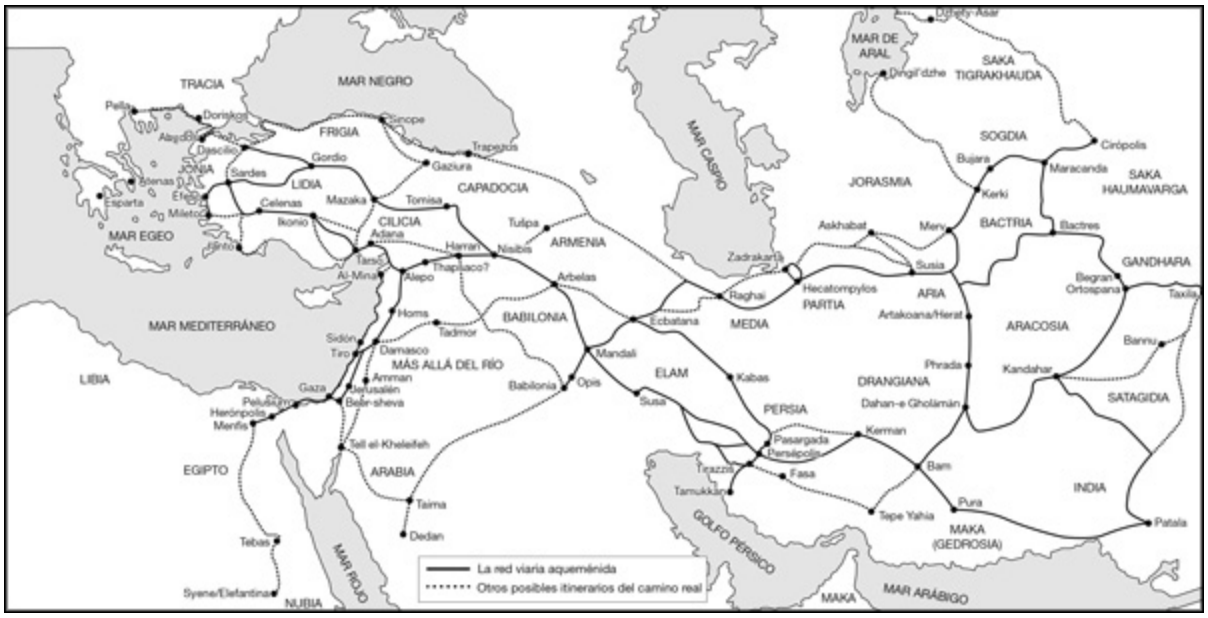
En el presente capítulo se tendrán en cuenta estos textos, si bien se acudirá asimismo a otras fuentes de información, como la documentación babilonia (crónicas, inscripciones reales, etc.) o los documentos arameos del Egipto aqueménida (correspondencia del sátrapa Aršāma y *ostraka* y papiros de Elefantina).

¿QUÉ DICEN LAS FUENTES SOBRE LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA PERSAS?

Las fuentes clásicas mencionan con frecuencia a ciertos individuos que oían y escuchaban: «Con este fin distribuyó por todo el Imperio vigilantes y exploradores, para que le informaran de lo que viesen y escuchasen» (Hdt. I, 100); «algunos […] llamados "guardias" y "oyentes", de manera que el rey mismo […] pudiera ver y oír todo» (Arist. [*Mund.*] 398a-b). Además, estos agentes o espías han sido asociados frecuentemente con el título «los ojos y los oídos del rey» mencionado por Jenofonte:

> Por otra parte, hemos descubierto que [Ciro] adquirió los llamados «ojos del rey» y los «oídos del rey» de ninguna otra manera que concediendo presentes y honores; para recompensar dadivosamente a los que le divulgaran lo que era de su interés oír incitó a muchos hombres a hacer su negocio utilizando sus ojos y oídos para espiar lo que pudieran divulgar al rey en su beneficio. Como resultado natural de tal situación, muchos «ojos» y muchos «oídos» fueron atribuidos al rey. Pero si alguien piensa que el rey seleccionó a un hombre para ser su «ojo», se equivoca; pues uno solamente vería y escucharía muy poco, puesto que no podría prestar ninguna atención a todo lo que acontecía si solamente una persona hubiera sido nombrada para ver y oír. Además, si la gente supiera que cierto individuo era un «ojo», sabrían que debían cuidarse ante él. Pero este no es el caso; el rey escuchaba a cualquiera que pudiera demandar haber oído o haber visto cualquier cosa digna de atención. Y el refrán viene así a decir que el rey tiene muchos oídos y muchos ojos; y la gente tiene miedo de decir cualquier cosa que desacredite al rey, como si él mismo lo escuchara; o para hacer algo que lo perjudicara, como si él estuviera presente (Xen. *Cyr.* VIII 2, 10-12).

Esta frase ha generado una considerable controversia por dos razones. En primer lugar, aunque en la visión griega la expresión «ojos y oídos» se usa frecuentemente en el mismo contexto, parece referirse a dos funcionarios diferentes. El «ojo» se asocia típicamente con un funcionario provincial que tenía la función de supervisar, mientras que el «oído» se referiría específicamente a los agentes ubicados entre la población[4]. De hecho, un funcionario encargado de la recopilación de inteligencia que llevaba el título de «Ojo del Rey» es mencionado por varios autores clásicos[5]. Y por «oídos del rey» deben entenderse los oficiales de investigación itinerantes que cada año partían con escolta militar en su gira de inspección a las satrapías (Xen. *Cyr.* VIII 6, 16). Dada la información disponible, es posible concluir que la expresión «los ojos y los oídos del rey» se utilizó metafóricamente en los relatos clásicos para referirse a los espías o agentes de inteligencia persa que trabajan en nombre del rey.



La red viaria del Imperio persa hacia el 480 a.e.c.
Joaquín Velázquez, elaboración propia.

En segundo lugar, aunque existen numerosas referencias a estos «ojos y oídos» en la literatura datada desde el periodo aqueménida hasta la época sasánida[6], la gran mayoría de ellas provienen de las fuentes griegas. Si bien no se dispone de equivalentes en persa antiguo o elamita de estos títulos[7], existen testimonios que sugieren que los «ojos y los oídos del rey» existieron y que funcionaron como informadores o espías. En los proverbios arameos de Ahīqar, compilados en el siglo V a.e.c. en la Elefantina aqueménida, un funcionario de la corte aconseja a su sobrino Nadin que se abstenga de proferir «todo lo que entra en su mente, porque hay ojos y oídos por todas partes»[8]. Otro papiro arameo (C27.9) de Elefantina de finales del siglo V a.e.c. hace referencia a un funcionario llamado *gwšk'* («oído»)[9]. Este término se ha relacionado convincentemente con el vocablo árabe *jāsūs* («espía»)[10], lo que demostraría la continuidad terminológica desde el periodo aqueménida a la época islámica. Por otra parte, el hecho de que se hayan encontrado referencias a los «oídos» en la distante provincia de Egipto sugiere que estos funcionarios habrían operado a través de todo el Imperio y desempeñado un papel crucial al observar y escuchar atentamente, recopilando información valiosa sobre asuntos internos y externos que podían afectar al rey o a su reino.

Además, en los textos de Persépolis varias profesiones se refieren a la evaluación, la recolección y la inspección. La presencia recurrente de estos roles indica un sistema organizado de supervisión y control, aspectos que se alinean estrechamente con la función policial atribuida a estos archivos[11]. Así, aparecen los términos *dattimaraš* («inspector del camino»), *halnut/hallat-haššira* («inspector de las tablillas»), *hubazanuyaš* («policía»), *karamaraš* y *miramara* («registrador»), *mušinzikkira/ušu-huttira* («contable»), *pirraššakka/pirrašakurra* («investigador»), *tidda huttira* («creador de informes –de las fuerzas de trabajo–»), y *titikaš* («supervisor –de las fuerzas de trabajo–»)[12].

Además, varios individuos en el Archivo de la Fortificación son calificados como «portadores de la lanza» (*GIŠšukurram kutira,* GIŠŠI.KAKMEŠ*-kutira* o *ištibarra*)[13]. Aunque este término aparece como un título nobiliario –en la inscripción de la tumba de Darío en Naqš-e Rostam, Gobrias es etiquetado como «el portador de la lanza del rey Darío» (DNc) y en las fuentes griegas se les menciona con una función militar *(doruphóroi)*–, en el Archivo de la Fortificación no son mostrados en un contexto militar *stricto sensu,* sino funcionando como inspectores de los trabajadores (PF-NN 1747, 2493)[14], supervisando/contando los caminos (PF 588, 937; PFa 15, 19, 22, 30-31; PF-NN 1647, 1863, 2041, 2525; Fort. 6749)[15] e inspeccionando los corrales reales (PF-NN 2465), así como siendo la escolta de los viajeros o formando parte de los grupos de viajeros de la elite (PF 1343, 1506, 1657; PF-NN 904, 1465, 2522, 2556, 3016). Además de estas funciones, en algunos textos, el «portador de la lanza» está asociado con una profesión específica[16], lo que sugiere que su rango de tareas era muy variado.

> 2,1 (BAR de) harina, suministrado por Ambaduš, Irdabada, el portador de la lanza, junto con sus 5 compañeros los recibieron (como) raciones. Inspeccionaban el camino. Portaban un documento sellado de Parnakka (PFa 19).

> 6 QA (de vino) recibidos (como) raciones por Kamezza y sus dos compañeros, portadores de la lanza e inspectores del camino. Cada uno recibió diariamente 1 QA (PF-NN 2041).

Así pues, los «portadores de la lanza» tuvieron funciones variadas. En opinión de algunos investigadores, aquellos que se encargaron de la inspección de los caminos en el sentido más amplio parecen haber sido una

unidad especializada y permanente[17]. Además, las personas pertenecientes a este cuerpo tenían una gran movilidad y recorrían el vasto Imperio persa con autorizaciones reales o de los sátrapas[18]. Asimismo, su título los designaba inicialmente como servidores de la corona, otorgándoles una autoridad ejecutiva especial, en lugar de considerarlos meramente como fuerzas militares[19]. No obstante, como el léxico elamita sigue siendo mal comprendido, los textos del Archivo de la Fortificación no permiten conocer a fondo el conjunto de actividades que realizaban estos individuos.

Si bien esta descripción no proporciona una prueba clara de que los «portadores de la lanza» actuaran como espías o informantes, algunas características de sus funciones podrían sugerir ciertas habilidades susceptibles de ser usadas en actividades de inteligencia. Su movilidad y su capacidad para recorrer el Imperio con autorizaciones podría haberles dado acceso a información estratégica y a áreas clave. Su especialización en la inspección pudo implicar también la capacidad de obtener información sobre el terreno, identificar posibles rutas estratégicas o recopilar datos sobre la infraestructura y las poblaciones locales. A lo largo de la historia, las unidades especializadas en la movilidad y el reconocimiento han desempeñado con frecuencia roles de inteligencia. Sin embargo, no se cuenta con testimonios más específicos sobre sus actividades y el exacto propósito de sus misiones.

La riqueza terminológica de profesiones y actividades dedicadas a la evaluación y recolección revelan una red intrincada destinada a garantizar el funcionamiento eficiente, estable y seguro del Imperio. La función de inspección refleja un sistema organizado para vigilar y evaluar diversos aspectos de la administración. Esta práctica no solo se alinea con la gestión efectiva de recursos y territorios, sino que también guarda similitudes con las operaciones de supervisión que habrían realizado los servicios de inteligencia. En un contexto más amplio, esta estructura administrativa puede equipararse a las funciones de inteligencia, donde la recolección, evaluación y control de la información eran imperativos para anticipar y abordar posibles amenazas para la seguridad del Imperio.

IMPORTANCIA DE LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA PARA EL IMPERIO PERSA

Dada la vasta extensión del Imperio, los servicios de inteligencia debieron de desempeñar un papel esencial a la hora de garantizar tanto la seguridad y la estabilidad interna como el dominio sobre diversos pueblos y territorios lejanos. La información que transmitieron habría sido vital para que el rey tomara decisiones cabales sobre política exterior, defensa, relaciones internacionales y la administración general.

Los persas desplegaron a lo largo de sus dominios una serie de guarniciones en lugares estratégicos encargadas de velar por la seguridad interna. Según Heródoto, sus guardias no solo se fijaron en las personas, sino también en los mensajes que portaban (Hdt. I 123-124; V 35; 239):

> Como no tenía otro medio de informarles, ya que corría el riesgo de ser apresado, he aquí pues lo que se imaginó. Tomó una tablilla doble, y raspando la cera, grabó en la madera de la tablilla la decisión del rey; hecho eso, pasó de nuevo la cera de la tablilla, para que la tablilla, no conteniendo nada, no conllevara problemas a su portador por culpa de los guardias de las rutas (Hdt. V 239).

Es importante destacar que, más allá de si las historias son verdaderas o no, lo relevante es que fueron construidas basándose en el conocimiento que se tenía del Imperio persa[20]. Un mensaje que no portase un sello oficial sería casi seguramente capturado por estas guarniciones. Esta vigilancia policial era ciertamente eficaz si se juzga por la suerte que corrieron tres espías jonios en el 480 a.e.c. cuando redactaban informes sobre el ejército persa.

> Estando así resueltos y habiendo arreglado sus disputas, primero enviaron a tres hombres como espías a Asia. Estos llegaron a Sardes y tomaron nota del ejército del rey. Sin embargo, fueron descubiertos y, después de ser examinados por los generales del ejército, fueron llevados para ser ejecutados (Hdt. VII 146).

A su vez, las extensas fronteras del Imperio requirieron una vigilancia constante, pues diferentes peligros se cernían sobre ellas, como evidencian las fuentes antiguas, la arqueología y las artes visuales. Por ejemplo, la lucha en los confines del Imperio es mostrada en la glíptica aqueménida, en la que combatientes persas son representados enfrentándose en combates a muerte con *sakā*/escitas, griegos y egipcios, como si simbolizaran una lucha perpetua en los confines del mundo[21]. Los servicios de inteligencia habrían desempeñado un papel fundamental al detectar las actividades políticas y militares de los Estados vecinos, las incursiones de tribus

nómadas y otras amenazas que podían surgir en sus lejanas fronteras.

La inteligencia persa no habría sido importante solamente en la defensa del Imperio, sino también una pieza clave en su expansión territorial. Por ejemplo, antes de emprender campañas militares en tierras desconocidas, los agentes de inteligencia habrían recopilado información sobre las regiones que constituían el objetivo, donde se incluirían detalles sobre la geografía de la región (pasos montañosos, ríos navegables, etc.), información sobre los líderes locales y sus apoyos, detalles sobre la composición, tamaño y estrategia de los ejércitos enemigos, datos sobre la infraestructura defensiva, fortalezas y puntos estratégicos –en una palabra, sobre las fuerzas y debilidades del adversario–. Toda esta información habría permitido una evaluación detallada y una planificación estratégica más efectiva. Por ejemplo, para reunir información de inteligencia, Darío I ordenó el envío de una expedición que cartografiara las costas griegas. La misión llegó a Tarento (Italia), donde los persas fueron arrestados como espías y mantenidos como prisioneros.

> Bajaron a la ciudad de Sidón en Fenicia, y allí alquilaron dos trirremes y una gran galera cargada con todo tipo de cosas buenas; y cuando todo estuvo listo zarparon hacia Grecia, donde inspeccionaron y cartografiaron las costas a las que llegaban. Tras haber visto las partes más grandes y famosas llegaron a Tarento en Italia. Allí, Aristofílides, rey de los tarentinos, por simpatía hacia Demócedes, quitó el timón de las naves medas y puso bajo vigilancia a los persas, llamándolos espías. Mientras se encontraban en esta situación, Demócedes se dirigió a Crotona; y Aristofílides no liberó a los persas ni les devolvió lo que había tomado de sus barcos hasta que el médico estuvo en su propio país (Hdt. III 136).

La conquista de Babilonia en el 539 a.e.c. es un claro ejemplo de una cuidadosa planificación y del uso de tácticas de inteligencia. La campaña no se limitó a la batalla de Opis y a la posterior conquista de Babilonia como sugiere la *Crónica* (col. III 10-28; ABC 7; ANET 305), sino que incluyó un conocimiento detallado de la geografía, defensas y rutas de acceso a Babilonia. Que los persas estaban preparando una expedición es evidenciado por la presencia de Bēlšazzar, el hijo de Nabónido, y del ejército neobabilónico en la fortaleza de Dūr-Kārašu ya en el noveno año de Nabónido (547 a.e.c.; *Crónica Babilónica,* col. II 13-18; ABC 7; ANET 305). Esta fortaleza, construida estratégicamente corriente arriba de Sippar, se ubicaba en una zona clave de entrada al Imperio neobabilónico, tanto

desde el norte (Asiria) como desde el este (Irán).

Además de esta fortaleza, durante el reinado de Nabucodonosor II (604-562 a.e.c.), el acceso a Babilonia se había dificultado por la construcción de dos defensas (WBC VI.46-81). La más septentrional, identificada como el «Muro de Media» por Jenofonte (Xen. *An.* I 7, 15; II 4, 12), cortaba la llanura de Babilonia entre el Tigris y el Éufrates; además, estaba apoyada en sus flancos occidental y oriental por las ciudades fortificadas de Opis y Sippar. La meridional conectaba igualmente los dos ríos, desde Babilonia a la región de Kiš. Estas estructuras no solo protegían la ciudad de inundaciones en tiempos de paz, sino que también podían inundar deliberadamente las áreas al norte durante una invasión, dificultando el acceso desde el Diyāla, la vía tradicional de penetración entre Mesopotamia y la meseta irania.

A pesar de ello, el ejército persa, según la *Crónica,* irrumpió en Babilonia por esta ruta. Aunque la *Crónica* señala que el ataque se produjo a principios de octubre, cuando los niveles del Éufrates y el Tigris eran más bajos y, por ello, más fáciles de vadear, las fuentes clásicas (Hdt. I 188-191) añaden que Ciro realizó grandes trabajos de ingeniería hidráulica sobre las aguas del Diyāla y el Éufrates. En primer lugar, desviar el curso del Diyāla permitió al ejército de Ciro cruzar el río sin obstáculos y, sobre todo, reducir la efectividad de las inundaciones defensivas, una estrategia especialmente diseñada para dificultar el uso de los carros, que ya había sido empleada por el babilonio Marduk-apla-iddina contra los asirios en la batalla de Dūr-Yakīn (709 a.e.c.)[22].

Una vez superada esta primera dificultad, tanto Heródoto como Jenofonte coinciden en que Ciro manipuló también el Éufrates para infiltrarse y tomar la ciudad. Aunque algunos elementos del folclore inundan su narrativa, es claro que estos estaban al tanto de la naturaleza y la extensión de las imponentes fortificaciones de la ciudad, y que un asalto convencional habría sido infructuoso. Además, las fuentes propiamente babilonias, como la *Crónica* y la documentación administrativa del Ebabbar de Sippar y del Eanna de Uruk, nos informan de que Babilonia se estaba preparando para un largo asedio meses antes de la conquista persa[23], por lo que el asalto persa tuvo que ser cuidadosamente planificado.

Las inscripciones babilonias y hallazgos arqueológicos confirman que los reyes neobabilónicos (incluso el propio Ciro se enorgullece de lo mismo en

el *Cilindro,* l.39) destinaron recursos significativos para la construcción de los muros del muelle sobre el lecho del río[24] ante el riesgo de que el Éufrates, que dividía la ciudad, se desbordara o erosionara las fortificaciones[25]. Heródoto tenía conocimiento de la capacidad de los constructores babilonios para disminuir el nivel del río con objeto de construir las paredes del muelle y Beroso menciona que esta era una de las vulnerabilidades de la ciudad (Joseph. *Ap.* I 139). Incluso una de las inscripciones de Nabucodonosor menciona la posibilidad de infiltración a través de los canales orientados hacia el este que cruzaban el muro del muelle en el cuadrante oriental de Babilonia

> Alrededor de Babilonia construí un inmenso muro que rodeaba la ciudad. Excavé su foso y elevé sus bordes con brea y adobe, como una montaña. Construí enormes puertas en la ciudad, cubrí sus robustas hojas de cedro con bronce y las coloqué en su lugar. Además, edifiqué un canal de agua cercano, construyendo su lecho con brea y adobe. Para evitar que algún ladrón se deslizara por este canal, bloqueé su salida con una reja de hierro, la fijé en un marco de hierro y la aseguré con bisagras. Reforcé la estructura del Esağila y Babilonia, estableciendo así la duradera reputación de mi reinado (VAB 4 84 (Nbk.5 = Zyl II.5) ii.1-10).

Ciro parece haber estado al corriente de esto. Antes de dirigirse a Babilonia, la *Crónica* señala que tomó Sippar, ciudad que se encontraba en una zona ideal para desviar o bajar el nivel del Éufrates. Por todo ello, que Ciro se valiese de espías o informantes para obtener información sobre las defensas de Babilonia, la topografía y las rutas de acceso a Mesopotamia, la disposición de las tropas y otros datos estratégicos es más que evidente. Los detalles proporcionados por las fuentes sugieren un conocimiento previo de la geografía física, la estación del año, la arquitectura defensiva y las instalaciones alrededor de Babilonia, e incluso de la cadencia del calendario litúrgico (el festival *akītu* del medio año se celebraba en el mes de octubre, ABL 956; Hdt. I 191).

La identificación de aliados potenciales fue también de vital importancia para el éxito del Imperio. Los servicios de inteligencia ayudaron a detectar tribus, ciudades-Estado o grupos de población que podrían estar descontentos con los gobiernos locales y dispuestos a unirse a la causa persa como aliados o colaboradores. Un buen ejemplo de la inteligencia militar es la campaña egipcia que realizó Cambises en el año 525 a.e.c. El monarca persa se aseguró de utilizar la información recopilada de

desertores enemigos como Fanes, un mercenario griego que anteriormente había estado al servicio del faraón.

> …Entre los mercenarios de Amasis había un hombre nacido en Halicarnaso, hombre inteligente y buen soldado, que se llamaba Fanes. Este Fanes tenía algún rencor contra Amasis y huyó de Egipto a bordo de un barco, con la esperanza de hablar con Cambises… Allí encontró a Cambises dispuesto a partir contra Egipto, pero con dudas sobre su marcha, al no saber cómo debía cruzar el desierto sin agua. Entonces Fanes le mostró cuál era el método de Amasis y cómo debía marchar. Ante esto, aconsejó a Cambises que enviara y pidiera al rey de Arabia un salvoconducto (Hdt. III 4).

Gracias al consejo de este individuo, Cambises pudo planificar meticulosamente su campaña. Para ello, se aseguró una alianza con el rey árabe que controlaba las tierras que conducían a Egipto, acuerdo que proporcionó agua al ejército persa a lo largo de la ruta del desierto del Sinaí (Hdt. III 9). Cambises también fue informado de la dificultad de atacar Egipto solo por tierra; para idear su plan se aseguró la ayuda de las ciudades fenicias y la sumisión de Chipre, obteniendo con ello una poderosa armada (Hdt. III 19). Esto permitió no solo el transporte anfibio de sus tropas sino también el uso de una línea de suministro marítima para apoyar a su ejército. La planificación de la expedición debió de ser concienzuda: la concentración de un gran ejército exigía grandes reservas de alimentos y forraje, el reclutamiento de soldados y remeros, la obtención de animales de carga, la requisa de barcos para ser utilizados como naves de suministro y el conocimiento de la disponibilidad de vientos favorables para la navegación cuando se acercara el momento de la ofensiva. Toda esta información fue necesaria para que Cambises estableciera un cronograma para la coordinación precisa de todas sus fuerzas en la conquista de Egipto.

Del mismo modo, los servicios de inteligencia habrían sido esenciales en la identificación de riquezas (recursos naturales y agrícolas) y oportunidades comerciales (rutas y su importancia en la red económica global). Como muchos otros Estados, los persas buscaron expandir su poder a través del comercio. De hecho, la ocupación de Lidia pudo estar motivada por consideraciones económicas, ya que la región ofrecía ricos recursos naturales, control sobre importantes rutas comerciales, en especial con el Egeo, y la oportunidad de fortalecer la economía imperial a través de la adquisición de activos estratégicos: Lidia es conocida por haber sido pionera en acuñar moneda. Su captura habría permitido a los persas

controlar las cecas más importantes y posiblemente influir en el sistema monetario, lo que habría tenido implicaciones económicas significativas[26]. Estas riquezas habrían sido conocidas por los persas a través de diferentes métodos, bien a través de viajeros y comerciantes, o bien de informantes y espías, quienes habrían proporcionado información sobre los recursos de la región y la actividad comercial en el Egeo.

Recopilar información sobre las lenguas, las costumbres, las religiones y las estructuras sociales de las poblaciones a conquistar y sometidas era igualmente fundamental para la administración y la integración exitosa de los territorios. De hecho, en algunos casos la cooperación efectiva de las elites locales presupone que estaban de acuerdo de antemano para servir lealmente a la nueva autoridad persa (Udjahorresnet en Egipto, por ejemplo). Los persas demostraron una notable habilidad para ajustarse a los distintos entornos sociopolíticos y culturales de los pueblos conquistados. En lugar de imponer una homogeneidad cultural, su estrategia se centró en la consolidación de una nueva autoridad a través de la incorporación astuta y respetuosa de las jerarquías preexistentes y del mantenimiento de las tradiciones de cada región conquistada. Este enfoque no solo evidencia su adaptabilidad, sino también su reconocimiento de la importancia de la diversidad cultural en la gestión de un vasto Imperio.

Otra función importante que los persas habrían desarrollado fue la contrainteligencia, que incluía contramedidas para prevenir el espionaje enemigo y mantener en secreto las intenciones y movimientos del Imperio. Además, los servicios de inteligencia debieron de participar en operaciones de guerra psicológica al difundir propaganda y desinformación entre las poblaciones locales o enemigas, debilitando así su moral y su resistencia. No está claro, sin embargo, que –como se ha afirmado a menudo– Ciro hubiera utilizado este método antes de la conquista de Babilonia para desprestigiar a Nabónido y aprovecharse del supuesto malestar que el «clero» de Marduk tenía hacia el monarca babilonio[27]; de hecho, según las fuentes contemporáneas –principalmente las crónicas y los archivos–, el discutido rey parece haber sido un gobernante bastante enérgico cuyas acciones se ajustan al rango normal de comportamiento de los monarcas babilonios.

Sin embargo, los gobernantes aqueménidas reconocieron la importancia de influir en la percepción pública y controlar la narrativa para consolidar

su poder (Darío y su inscripción de Bīsotūn es un buen ejemplo). Las inscripciones, monumentos, relieves y discursos eran medios a través de los cuales los sistemas de inteligencia antigua buscaban moldear la opinión y legitimar el gobierno. Por ello, la propaganda persa, tras la conquista de Babilonia, exageró enormemente la imagen de Nabónido[28]. El retrato negativo del rey babilonio en las fuentes propersas *(Cilindro de Ciro, Crónica de Nabónido, Narración en Verso, Profecía Dinástica),* compuestas por orden o bajo la presión del conquistador persa, buscaba justificar su derrocamiento y legitimar a Ciro. Estas narrativas, más que objetivas, reflejaban los intereses persas y probablemente fueron elaboradas con la colaboración de los servicios de inteligencia, quienes difundieron la visión de que el nuevo gobierno representaba una mejora frente al anterior. No obstante, los «crímenes» atribuidos a Nabónido podrían no haber sido percibidos como tales en su época, y la retórica excesiva en estas composiciones indica que el rey babilonio aún mantenía un considerable respaldo entre la población, que se negaba a admitir gobernantes extranjeros. Las dos rebeliones babilonias a las que Darío tuvo que hacer frente en el 522 a.e.c. evidencian esta situación (DB 15; 39).

Otra de las funciones esenciales de los servicios de inteligencia hubo de ser el espionaje diplomático. Los persas, que mantuvieron frecuentes relaciones diplomáticas y comerciales con otros Estados, se habrían dedicado a espiar a los enemigos potenciales, recopilar información sobre tratados y alianzas de otros Estados, y evaluar la fiabilidad de los aliados. Esto les habría permitido tomar decisiones informadas sobre cómo y cuándo actuar contra un potencial enemigo. En su célebre tragedia *Los siete contra Tebas* (vv. 27-38), Esquilo sugiere que los persas habían infiltrado agentes en las *póleis* griegas para obtener información. Heródoto (III 17-22) indica que Cambises intentó engañar a los etíopes enviándoles regalos: sus enviados eran en realidad espías que exploraban el terreno antes de un ataque. Se sabe que el intercambio de regalos era un método recíproco y positivo para iniciar relaciones interestatales, y es una práctica que los persas llevaron a cabo con ciertas poblaciones[29]. Con independencia de la historicidad del relato, este ilustra los peligros potenciales de la diplomacia mediante regalos y el margen de maniobra que ofrece este método de establecer relaciones.

El mantenimiento de la estabilidad interna fue también un objetivo crucial

del Imperio. Los servicios de inteligencia habrían supervisado las provincias, inspeccionado las comunicaciones y los mensajes y monitorizado posibles focos de descontento –grupos rebeldes, conspiradores y líderes locales deseosos de librarse del yugo persa–, previniendo de este modo revueltas y disturbios internos. Cuando fue imposible evitarlos, sus informaciones fueron esenciales para una rápida reacción. Asimismo, habrían sido responsables también de velar por una recolección eficiente de los tributos y recursos de las provincias conquistadas, garantizando que los gobernadores locales no se apropiaran indebidamente de ellos. Esta vigilancia sobre los gobernadores provinciales es evidenciada en la Carta de Darío a Gadatas (SIG^3 6-8), donde el rey indica: «He oído que eres obediente a mis órdenes, pero no conforme a todas». El rey recriminaba a su súbdito el haber contravenido la costumbre local establecida al imponer un impuesto a los jardineros que trabajaban las tierras del templo y utilizarlos para trabajos en terrenos que no pertenecían a la institución.

TRANSMISIÓN DE LA INFORMACIÓN

En un Imperio tan extenso, la eficacia en la transmisión de información de inteligencia era crucial. Esto se logró mediante un sistema de comunicación eficiente, vital para controlar y supervisar las provincias, recolectar tributos y mantener la seguridad. Los persas implantaron una red viaria que mejoró la administración imperial y coordinó la inteligencia y las fuerzas militares en diversas regiones con el centro de poder[30]. Aunque la trayectoria exacta de estos caminos es difícil de definir, lo que es seguro es que los caminos más importantes conectaron los centros del gobierno provincial con las residencias reales en el núcleo del Imperio.

La planificación de estos caminos consideró el paisaje geográfico y climático, asegurando una comunicación continua y un alto nivel de conectividad, primordial para la integración del conjunto del Imperio[31]. De hecho, los autores antiguos ya observaron la relación entre la regularidad de la comunicación y la capacidad del poder central para intervenir en cualquier parte del territorio[32]. Además, para mantener las vías libres de obstáculos y mejorar las comunicaciones, los persas establecieron una organización oficial dedicada a su mantenimiento y

reparación[33]. El repetido uso de la expresión griega *hodos amaxitos* («camino transitable»: Xen. *An.* I 2, 21; Arr. *Anab.* III 18, 1)[34] evidencia que estas vías eran lo bastante amplias y sólidas para soportar el peso de los carros.

La seguridad en estos caminos era también una prioridad, con guarniciones estratégicamente ubicadas y sistemas de vigilancia para proteger a los viajeros, garantizar la seguridad del tránsito de impuestos y tributos[35], y facilitar el movimiento rápido de contingentes militares. Aunque diversas amenazas siempre se cernieron sobre los viajeros, ello no debe tomarse como una señal de inseguridad general. Viajar se consideraba seguro, los caminos estaban protegidos por fortalezas (Hdt. I 52; el. *halmarriš*) y guarniciones *(nuskip),* y los grupos de viajeros fueron acompañados por guías *(barrišdama)* sin la necesidad de contar con grandes escoltas armadas. Asimismo, esta red de caminos bien mantenida permitió una movilidad rápida y efectiva de los ejércitos reales, esencial para coordinar y ejecutar campañas militares en regiones distantes, brindando flexibilidad estratégica y rápidas respuestas.

Además, para facilitar el transporte de las órdenes reales y la administración del Imperio se estableció un sistema de correos a lo largo de la red viaria, con estaciones de relevo para los mensajeros, funcionarios y viajeros (Hdt. V 52; Ctesias *FrGH F* 33)[36]. Estas estaciones permitían el avituallamiento, descanso y el cambio de montura, siempre y cuando se presentara la documentación oficial (*halmi/miyatukkam,* «documento sellado») requerida[37]. La velocidad y la eficiencia del servicio de comunicación persa, con sus relevos rápidos de mensajeros montados, como señalan las fuentes antiguas (Xen. *Cyr.* VIII 6, 1; Hdt. VIII 98), fue vital en la transmisión de la información al rey y en la rápida difusión de sus órdenes a las regiones más distantes.

> Al mismo tiempo que Jerjes actuaba de este modo, enviaba entre los persas un mensajero encargado de anunciar su presente infortunio [derrota de Salamina]. No hay ahora ningún mortal que realice una carrera más veloz que estos mensajeros, según el inteligente sistema de los persas. Se dice que a lo largo del camino hay tantos hombres y caballos como días en todo el viaje, cada caballo y hombre a un intervalo de un día de viaje. Y estos no se detienen por la nieve ni la lluvia ni el calor ni la oscuridad y cumplen su carrera señalada con toda rapidez. El primer jinete entrega su encargo al segundo, el segundo al tercero, y así pasa de mano, como entre los griegos [la

antorcha] cuando tiene lugar el curso de los portadores de antorchas que se celebra en el honor de Hefaistos. Este servicio de correos a caballo se llama en persa *agareion* (Hdt. VIII 98).

Los mensajeros exprés, conocidos como *pirradaziš* («mensajero rápido»; *prdš* en arameo) en el Archivo de la Fortificación, jugaron un papel esencial en la rápida difusión de las órdenes del rey y en la transmisión de información[38]. Los caballos del servicio exprés fueron instalados en cuadras y alimentados por separado, resultando patente que fueron seleccionados, criados y entrenados específicamente para este fin[39].

4 QA de harina, asignado por Haturdada: Harmasula y su compañero recibieron cada uno 2 QA. Llevaba un documento sellado por Mišmina, e iban hacia el rey. Año 27, décimo mes. (Pertenecientes al) servicio expreso (PF 1315).

1,5 QA de harina; asignadas por Kamišdana, Umaya el mensajero exprés lo recibió. Él llevaba un documento sellado por el rey. (Hacia) Persépolis desde Susa lo portaba. Décimo mes […] (PF 1335).

71.008 (BAR de) grano, asignado por Ammamarda, Zikkuku lo recibió y lo dio a los caballos del servicio exprés. […] caballos, consumieron diariamente cada uno… 1(¿?) QA. Lo recibieron por un periodo de seis meses. Año 19. Lo recibió en el almacén de Hišema (PF 1672).

Textos del Archivo de la Fortificación sugieren el uso frecuente de mensajeros exprés para comunicarse con la corte. Aunque faltan datos para estimar las tasas anuales de intercambio de mensajeros a nivel imperial, ejemplos específicos (Fort. 0465-102, Fort. 2036-101, Fort. 1912-103) muestran una comunicación fluida y regular entre el gobierno central y las provincias. Algunos estudios estiman la velocidad media de los mensajeros persas en 230 km/día, permitiendo un viaje de Persépolis a Sardes (3.200 km) en dos semanas. Así, el intercambio de mensajes entre el rey y un sátrapa podía completarse en un mes[40]. Esta rapidez, resultado de grandes inversiones en la red de comunicaciones y caminos, incrementó la cohesión del Imperio, permitiendo al monarca recibir y enviar información rápidamente a cualquier parte de su vasto territorio.

Este análisis confirma la visión griega de que estas vías fueron esenciales para el control territorial y el mantenimiento del orden, sirviendo también para fines políticos y militares. Su importancia para las operaciones militares y de inteligencia es evidente, por ejemplo, durante la revuelta

jonia[41]. Aunque se había señalado que Datiya –posiblemente Datis, el general que lideró la expedición en Europa en 490 a.e.c.– fue enviado por Darío para inspeccionar Asia Menor durante la rebelión y que, tras esta misión, tuvo que regresar rápidamente para informar al rey utilizando el servicio exprés[42], este no fue un caso aislado, pues hubo varios viajes urgentes entre 495 y 494 a.e.c. entre Darío y su hermano Irdapirna (Artafernes), sátrapa de Lidia, posiblemente relacionados con la respuesta militar a la revuelta jonia[43].

Sardes – el rey. Años 27-28 (495-494 a.e.c.)

Texto	halmi	pirradaziš	*Año*	*Viaje*
Fort. 2131-101	Irdapirna		Mes 10 año 27	Sardes – El rey
PF-NN 0196	Irdapirna	Šadamiša + 1	Mes 11 año 27	Sardes –
PF-NN 1809	Del rey	Datiya	Mes 11 año 27	Sardes – Persépolis
Fort. 2292-101	Del rey	Ukbarauš + 1	Mes 12 año 27	El rey – Sardes
PF 1321	Del rey	Hamarat$^{?}$sa + 3	Mes 2 año 28	El rey – Sardes

Se ha señalado que, según Heródoto[44], Artafernes desempeñó un rol clave en las relaciones entre Persia y Grecia y en la guerra jonia[45]. Ya que Artafernes está presente en textos del Archivo de la Fortificación entre el 506 y el 495 a.e.c., sugiere que el uso intensivo de mensajeros exprés durante seis meses (desde finales del 495 a inicios del 494 a.e.c.) probablemente refleje comunicaciones sobre futuras operaciones militares en Jonia. Estos documentos ofrecen una visión única de la comunicación y el mando persa en un contexto político-militar identificable, y revelan una interacción constante con el frente jonio, más allá de la visita de un inspector de alto rango (Datiya).

También se ha señalado que Artafernes, desde Sardes, no habría podido gestionar eficientemente las fuerzas navales estacionadas en el Mediterráneo oriental y que Darío tuvo que mantener una correspondencia simultánea con subordinados encargados de la planificación y logística naval. El rey necesitaba recopilar información crucial para coordinar eficientemente la marina y las fuerzas terrestres. Además, la logística de una operación militar tan significativa tuvo que haber implicado el uso de recursos y personal de diversas ubicaciones. Por ello, otras operaciones

documentadas del sistema del *pirradaziš* de los mismos años podrían estar vinculadas con el conflicto en el Egeo[46].

Pirradaziš años 27-28 (495-494 a.e.c.)

Texto	halmi	pirradaziš	*Año*	*Viaje*
PF-NN 2472	Parindadda	Akmušša	Egipto – El rey	Mes 2 año 27
PF 1315	Mišmina	Harmasula + 1	X – El rey	Mes 10 año 27
PF 1319	Mišmina	Dakapin + 1	X – El rey	Mes 11 año 27
Fort. 1568-103	Mišmina	Lu-[x]-ka + 11	X – El rey	Mes 11 año 27
PF 1320	El rey	Bakakeya + 3	X – Susa – El rey	Mes 2 año 28
PF 1329	El rey	Ašbaširi + 2	El rey – Susa	Mes 8 año 28

Se ha sugerido también que la correspondencia con Egipto (PF-NN 2472) podría estar vinculada con la preparación de la campaña, ya que Heródoto (VI 6) menciona su contribución en 494 a.e.c., pero también podría ser por asuntos propios de esa satrapía[47]. Lo más destacable son los tres *pirradaziš* (PF 1315; 1319; Fort. 1568-103) enviados por Mišmina en los mismos meses que el grueso de la correspondencia entre Darío y Artafernes. Aunque la ubicación de Mišmina es incierta y podría estar relacionada con otros asuntos no vinculados al conflicto en Asia Menor, se ha especulado convincentemente que podría emplazarse en el oeste del Imperio, posiblemente en Cilicia[48]. De este modo, este sistema de comunicación urgente permitió a Darío controlar las decisiones de sus subordinados, mantenerse informado de los recursos de sus generales y enemigos, y coordinar una campaña militar compleja a pesar de la distancia. Toda la evidencia en su conjunto muestra que los correos y los caminos reales funcionaron como un sistema de información «en tiempo “real”», manteniendo al rey informado sobre eventos ocurridos en el Imperio y más allá, permitiéndole tomar decisiones informadas y rápidas.

Además del sistema de correos, los persas emplearon señales acústicas y ópticas para una transmisión aún más rápida de noticias, especialmente útiles en situaciones urgentes. Estos métodos permitían comunicar rápidamente información sobre eventos políticos y militares en regiones lejanas. A guisa de ejemplos, cabe destacar el uso de un egipcio «que tenía la voz más fuerte del mundo», para transmitir las órdenes de Darío a través

del Danubio (Hdt. IV 141), la descripción del sistema de mensajes acústicos entre la Susiana y Persia (Jerónimo de Cardia *apud* Diod. Sic. IX 17, 6-7), y el uso de fuegos encendidos progresivamente en lugares elevados para transmitir mensajes rápidos y cifrados, al modo en que Mardonio pretendía informar de su victoria a Jerjes (Hdt. IX 3). Estas comunicaciones, tanto acústicas como visuales, eran conocidas en el Próximo Oriente Antiguo, y aunque los griegos exageraron su importancia, los persas las utilizaron puntualmente, aunque la información a nuestra disposición para este periodo es realmente escasa.

CONCLUSIONES

A pesar de la escasez de fuentes primarias persas sobre sus servicios de inteligencia, se dispone de información sobre su existencia y sobre su probable influencia en diversos eventos históricos, desempeñando un papel crucial en la toma de decisiones y en la estabilidad del Imperio persa durante más de dos siglos. Estos servicios, aunque todavía sin nombre oficial, son descritos metafóricamente por las fuentes clásicas como «los ojos y los oídos del rey», resaltando su función de recolectar información para el monarca. La ausencia de una denominación formal no disminuye en absoluto su importancia.

Estos agentes de inteligencia recopilaron información sobre asuntos políticos, militares, económicos, sociales y cualesquiera otros que pudieran afectar a la estabilidad del Imperio. Ello incluía supervisar a la nobleza, los funcionarios, las provincias y las relaciones diplomáticas, así como identificar amenazas a la seguridad personal del monarca y de su gobierno, con el objeto de detectar y prevenir conspiraciones, asesinatos, traiciones y revueltas. Dada la naturaleza delicada de su trabajo, estos individuos operaron en secreto y mantuvieron la confidencialidad de la información recopilada; la revelación de su identidad o sus actividades habría podido tener graves consecuencias.

Su efectividad se apoyó en un avanzado sistema de comunicación, que agilizó la administración y permitió informar al rey sobre asuntos relevantes en tiempos notablemente reducidos. El Archivo de la Fortificación desvela una comunicación regular y fluida entre la corte y las provincias, esencial para mantener al monarca informado y permitirle tomar rápidas decisiones.

Por todo ello, los servicios de inteligencia persa fueron esenciales para la defensa, la expansión política y la seguridad del Imperio y la dinastía. Así, los monarcas se protegieron contra amenazas internas y externas, utilizando estos servicios para controlar a sus súbditos. A pesar de la falta de detalles específicos, el panorama sugerido ofrece una fascinante visión de una red oculta que, sin dejar rastro en las fuentes primarias, parece haber desempeñado un papel clave en la historia del Imperio persa.

BIBLIOGRAFÍA

Arfa'i, Abdolmajid (2008), *Persepolis Fortification Tablets. Fort. And Teh. Texts,* Teherán, Markaz-i Dā'irat.

Azzoni, Annalisa (2008), «The Bowman MS and the Aramaic Tablets», en Pierre Briant, Wouter Henkelman y Matthew Stolper (eds.), *L'Archive des Fortifications de Persépolis: État des questions et perspectives de recherches*, París, De Boccard, 253-275.

Balcer, Jack (1977), «The Athenian *episkopos* and the Achaemenid "King's Eye"», *American Journal of Philology* 98/3, 252-263.

— (1991), «The East Greeks under Persian Rule. A Reassessment», en Heleen Sancisi-Weerdenburg y Amélie Kuhrt (eds.), *Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire. Proceedings of the Groningen 1988 Achaemenid History Workshop,* Leiden, NINO, 57-65.

Beaulieu, Paul-Alain (1993), «An Episode in the Fall of Babylon to the Persians», *Journal of Near Eastern Studies* 52/4, 241-261.

Beckman, Daniel (2019), «Cyrus the Great and Ancient Propaganda», en M. Rahim Shayegan (ed.), *Cyrus the Great: Life and Lore,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 160-169.

Bergamini, Giovanni (1977), «Levels of Babylon Reconsidered», *Mesopotamia* 12, 111-152.

Briant, Pierre (1991), «De Sardes à Suse», en Heleen Sancisi-Weerdenburg y Amélie Kuhrt (eds.), *Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire. Proceedings of the Groningen 1988 Achaemenid History Workshop,* Leiden, NINO, 67-82.

— (2002), *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire,* Winona Lake, Eisenbrauns.

— (2012), «From the Indus to the Mediterranean: The Administrative

Organization and Logistics of the Great Roads of the Achaemenid Empire», en Susan E. Alcock, John Bodel y Richard J. A. Talbert (eds.), *Highways, Byways, and Road Systems in the Pre-Modern World,* Oxford, Wiley-Blackwell, 185-201.

Colburn, Henry (2013), «Connectivity and Communication in the Achaemenid Empire», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 56, 29-52.

Eilers, Wilhelm (1962), «Iranisches Lehngut im arabischen Lexikon», *Indo-Iranian Journal* 5, 203-232.

Gabrielli, Marcel (2006), *Le cheval dans l'empire achéménide – Horse in the Achaemenid Empire*, Estambul, Ege Yayinlari.

Graf, David Frank (1994), «The Persian Royal Road System», en Heleen Sancisi-Weerdenburg, Amélie Kuhrt y Margaret Root (eds.), *Continuity and Change: Proceedings of the Last Achaemenid History Workshop*, Leiden, NINO, 167-189.

Hallock, Richard T. (1969), *Persepolis Fortification Tablets,* Chicago, University of Chicago Press.

— (1978), «Selected Fortification Texts», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran* 8, 109-136.

Henkelman, Wouter (2002), «Exit der Posaunenbläser: on Lance-guards and Lance-bearers in the Persepolis Fortification Archive», *Achaemenid Research on Texts and Archaeology* 2002.007.

— (2017), «Imperial Signature and Imperial Paradigm: Achaemenid Administrative Structure and System Across and Beyond the Iranian Plateau», en Bruno Jacobs, Wouter Henkelman y Matthew Stolper (eds.), *Die Verwaltung im Achämenidenreich – Imperiale Muster und Strukturen,* Wiesbaden, Harrassowitz, 45-256.

— (2021), «Persia», en Bruno Jacobs y Robert Rollinger (eds.), *A Companion to the Achaemenid Persian Empire,* Hoboken, Wiley-Blackwell, 881-904.

Henkelman, Wouter y Jacobs, Bruno (2021), «Roads and Communication», en Bruno Jacobs y Robert Rollinger (eds.), *A Companion to the Achaemenid Persian Empire,* Hoboken, Wiley-Blackwell, 719-736.

Hyland, John (2019), «The Achaemenid Messenger Service and the Ionian Revolt. New Evidence from the Persepolis Fortification Archive», *Historia* 68, 150-169.

Jones, Charles y Stolper, Matthew (2008), «How Many Persepolis Fortification Tablets Are There?», en Pierre Briant, Wouter F. M. Henkelman y Matthew W. Stolper (eds.), *L'archive des Fortifications de Persépolis: état des questions et perspectives de recherches,* París, De Boccard, 27-50.

Kleiss, Wolfram (1981), «Ein Abschnitt der achämenidischen Königsstraße von Pasargadae und Persepolis nach Susa, bei Naqsh-i Rustam», *Archäologische Mitteilungen aus Iran* 14, 45-54.

Kuhrt, Amélie (1990), «Nabonidus and the Babylonian Priesthood», en Mary Beard y John North (eds.), *Pagan Priests: Religion and Power in the Ancient World*, Londres, Duckworth, 119-155.

— (2014), «State Communications in the Persian Empire», en Karen Radner (ed.), *State Correspondence in the Ancient World: from New Kingdom Egypt to the Roman Empire*, Oxford, Oxford University Press, 112-140.

Lewis, David Malcolm (1980), «Datis the Mede», *Journal of Hellenic Studies* 100, 194-195.

Lindenberger, James (1983), *The Aramaic Proverbs of Ahīqar*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Porten, Bezalel (1968), *Archives from Elephantine: The Life of an Ancient Jewish Military Colony*, Berkeley, University of California Press.

Sandowicz, Malgorzata (2015), «More on the End of the Neo-Babylonian Empire», *Journal of Near Eastern Studies* 74/2, 197-210.

Silverstein, Adam J. (2007), *Postal Systems in the Pre-Modern Islamic World*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sumner, William (1986), «Achaemenid Settlement in the Persepolis Plain», *American Journal of Archaeology* 90, 1-31.

Tuplin, Christopher (2020), «Sigillography and Soldiers: Cataloguing Military Activity on Achaemenid Period Seals», en Elspeth Dusinberre, Mark B. Garrison y Wouter Henkelman (eds.), *The Art of Empire in Achaemenid Persia. Studies in Honour of Margaret Cool Root,* Lovaina, Peeters, 329-459.

Vanderhooft, David (2006), «Cyrus II, Liberator or Conqueror? Ancient Historiography Concerning Cyrus in Babylon», en Oded Lipschitz y Manfred Oeming (eds.), *Judah and the Judeans in the Persian Period,* Winona Lake, Eisenbrauns, 351-372.

Velázquez, Joaquín (2013), «Las estaciones reales durante el periodo aqueménida», *Lucentum* 32, 185-203.
— (2016), *Los caminos reales del imperio persa aqueménida,* Madrid, Dilema.
— (2019), «El imperio aqueménida frente a montañeses: soluciones persas a posibles focos de hostilidad», *Revista Universitaria de Historia Militar* 8/6, 133-159.
Von Soden, Wolfram (1983), «Kyros und Nabonid. Propaganda und Gegen-Propaganda», en Heidemarie Koch y D. N. MacKenzie (eds.), *Kunst, Kultur und Geschichte der Achämenidenzeit und ihr Fortleben,* Gotinga, Reimer, 61-68.
Wu, Xin (2010), «Enemies of Empire: A Historical Reconstruction of Political Conflicts between Central Asia and the Persian Empire», en John Curtis y St. John Simpson (eds.), *The World of Achaemenid Persia. History, Art and Society in Iran and the Ancient Near East,* Nueva York, Bloomsbury, 545-563.
Zawadski, Stefan (2012), «The End of the Neo-Babylonian Empire: New Data Concerning Nabonidus's Order to Send the Statues of Gods to Babylon», *Journal of Near Eastern Studies* 71/1, 47-52.

---

[1] Hallock 1969; Hallock 1978, 109-136; Arfa'i 2008. La digitalización de todo el corpus en el marco del Persepolis Fortification Archive Project abrirá nuevos escenarios a la investigación en los próximos años. Véase la web del proyecto en [https://isac.uchicago.edu/research/projects/persepolis-fortification-archive].

[2] Los textos son registros de transacciones individuales («memorandos») y cartas-órdenes, ambos escritos en tablillas con forma de lengua. También se incluyen registros rectangulares («diarios»), cuentas y otros documentos en varios diseños y formatos que ilustran una maquinaria administrativa compleja que operaba de forma óptima.

[3] Hay alrededor de ochocientas cuarenta tablillas monolingües y más de doscientos epígrafes arameos sobre las tablillas elamitas; cfr. Azzoni 2008, 253-274.

[4] Silverstein 2007, 21.

[5] Ar. *Ach.* 61-129; Hdt. I 114; Ctes. *FGrH* 688 F 20; Aesch. *Pers.* 980.

[6] Silverstein 2007, 22-23.

[7] Se ha especulado que el término «espía» en antiguo persa podría ser **spasaka,* «supervisor», «observador», «espía», ya que un espía/explorador (**spāθaka*) de Miθra es mencionado en el *Avesta* (*Yašt* 10.45-6). Pero es igual de hipotética que la reconstrucción de «ojo del rey» como **patyaxša*. Cfr. bibliografía en Balcer 1977, 260 n. 25.

[8] Lindenberger 1983, 73.

[9] Porten 1968, 50-51.

[10] Eilers 1962, 211.

[11] Jones y Stolper 2008, 33, 46-46.

[12] Henkelman 2021, 896.

[13] Para un estudio de los portadores de la lanza, cfr. Henkelman 2002.

[14] PF-NN = Transcripción de R. T. Hallock de las tablillas de la Fortificación que permanecen sin publicar.

[15] PFa = Hallock, 1978, pp. 109-136; Fort. = Referencia a las tablillas del Archivo de la Fortificación de Persépolis no publicadas en R. T. Hallock, 1969.

[16] Por ejemplo, PFa 30: inspectores/supervisores del camino *(dattimarašbe);* PF-NN 2265: investigador *(pirraššakka);* PF 1245 registrador *(karamaraš).*

[17] Henkelman, 2017, 73-74.

[18] Por ejemplo, Tamšakama, el portador de lanza al servicio de Jerjes, es enviado con una autorización a Partia en PF-NN 1657. Otro portador de lanza, Manezza, en PF-NN 2062, escolta desde Aracosia a un grupo de trabajadores.

[19] Henkelman 2017, 75.

[20] Briant 1991, 73.

[21] Wu 2010, 549; Tuplin 2020, 336-337, 339-346, 359. De hecho, hay muchos testimonios en las fuentes escritas sobre los *sakā* («escitas») y los *yaunā* («griegos») como los enemigos por antonomasia de los persas en las fronteras del Imperio. Estos sellos podrían reflejar algunos hechos históricos y evidenciar que los conflictos en estas regiones fueron probablemente mucho más numerosos de lo que generalmente se piensa.

[22] Vanderhooft 2006, 360.

[23] Hay varios testimonios relativos al transporte de los dioses babilonios y sus séquitos a la capital unos meses antes de la conquista persa. Cfr. Beaulieu 1993, 241-261; Zawadski 2010, 47-52; Sandowicz 2015, 197-210.

[24] Vanderhooft 2006, 356; Bergamini 1977, 128.

[25] Bergamini 1977, 111-142.

[26] Cfr. Balcer 1991, 57-65.

[27] Kuhrt 1990, 119-155.

[28] Beckman 2019, 160-169; Von Soden 1983, 61-68.

[29] Velázquez 2019.

[30] Sobre el sistema viario persa, cfr. Graf 1994; Briant 2012; Colburn 2013; Kuhrt 2014; Velázquez 2016; Henkelman y Jacobs 2021.

[31] Colburn 2013.

[32] Briant 2002, 357.

[33] Velázquez 2016, 27-48.

[34] Secciones de caminos del periodo aqueménida se han encontrado en el Fārs, demostrando que algunos de ellos estaban pavimentados, mientras que otros fueron tallados en las laderas montañosas para permitir el paso y que fueran útiles para el tráfico rodado. Cfr. Kleiss 1981, 48-51; Sumner 1986, 17; Graf 1994, 177.

[35] Kuhrt 2014, 112-140.

[36] Las excavaciones arqueológicas han hallado los restos de una serie de estaciones, como las mencionadas por Heródoto, y otras de una opulencia mucho mayor, emplazadas en su mayoría en la región de Fārs; estas últimas estaban destinadas al disfrute del monarca y de los altos dignatarios del Estado persa (Velázquez 2013).

[37] Sobre la autorización oficial necesaria para avituallarse en las estaciones, cfr. Velázquez 2016, 165-176.

[38] Existe otro término en el Archivo de la Fortificación y en la Inscripción de Bīsotūn (DB_e 1.64, 2.81) que ha sido interpretado como mensajero, *hutlak* (Hallock 1969, 6). No se sabe si existe una diferenciación en las funciones de estos términos. Umaya, que está atestiguado como *pirradaziš* en varios textos (PF 1335; PF-NN 2063; Fort. 2036-101), es mencionado como *hutlak* en la PF-NN 2147. Como es posible que todas estas referencias se refieran a la misma persona, la diferenciación de funciones de los dos términos es difícil de determinar.

[39] Gabrielli 2006.

[40] Silverstein 2007, 193; Colburn 2013, 41-49. Por ejemplo, el *pirradaziš* Šadamiša viajó varias veces a la corte en el 495 a.e.c.; partió de Egipto con autorización del sátrapa Parindadda (PF-NN 2472), luego desde Sardes (PF-NN 196) y finalmente desde Susa (PF-NN 2045).

[41] Hyland 2019, 150-169.

[42] Lewis 1980, 195.

[43] La planificación de la campaña contra Mileto implicó una evaluación detallada de la situación en Jonia, realizada por Artafernes en el invierno anterior (Hyland 2019, 160-161). Sus informes, junto con la misión de Datiya, influyeron en las decisiones del rey sobre la movilización de tropas y los preparativos logísticos (Hdt. VI 4; 6).

[44] Hdt. V 25, 1; V 31-33; V 73, 1-2; V 100; V 123; VI 4, 2; VI 30, 1; VI 42.

[45] Hyland 2019, 153.

[46] Hyland 2019, 161-162.

[47] Hyland 2019, 162-163. Señala también que en la PF 2472 se menciona a Šadamiša, quien en la PF-NN 0196, en el mes undécimo estaba yendo al rey desde Sardes como un *pirradaziš*. Su misión desde Egipto se fecha en el primer mes del año 27 de Darío, diez meses antes.

[48] Hyland 2019, 164-166.

V
ESPÍAS Y POLICÍA SECRETA EN LA INDIA ANTIGUA
Los datos del *Arthaśāstra* en su contexto[1]

Francisco J. Rubio Orecilla

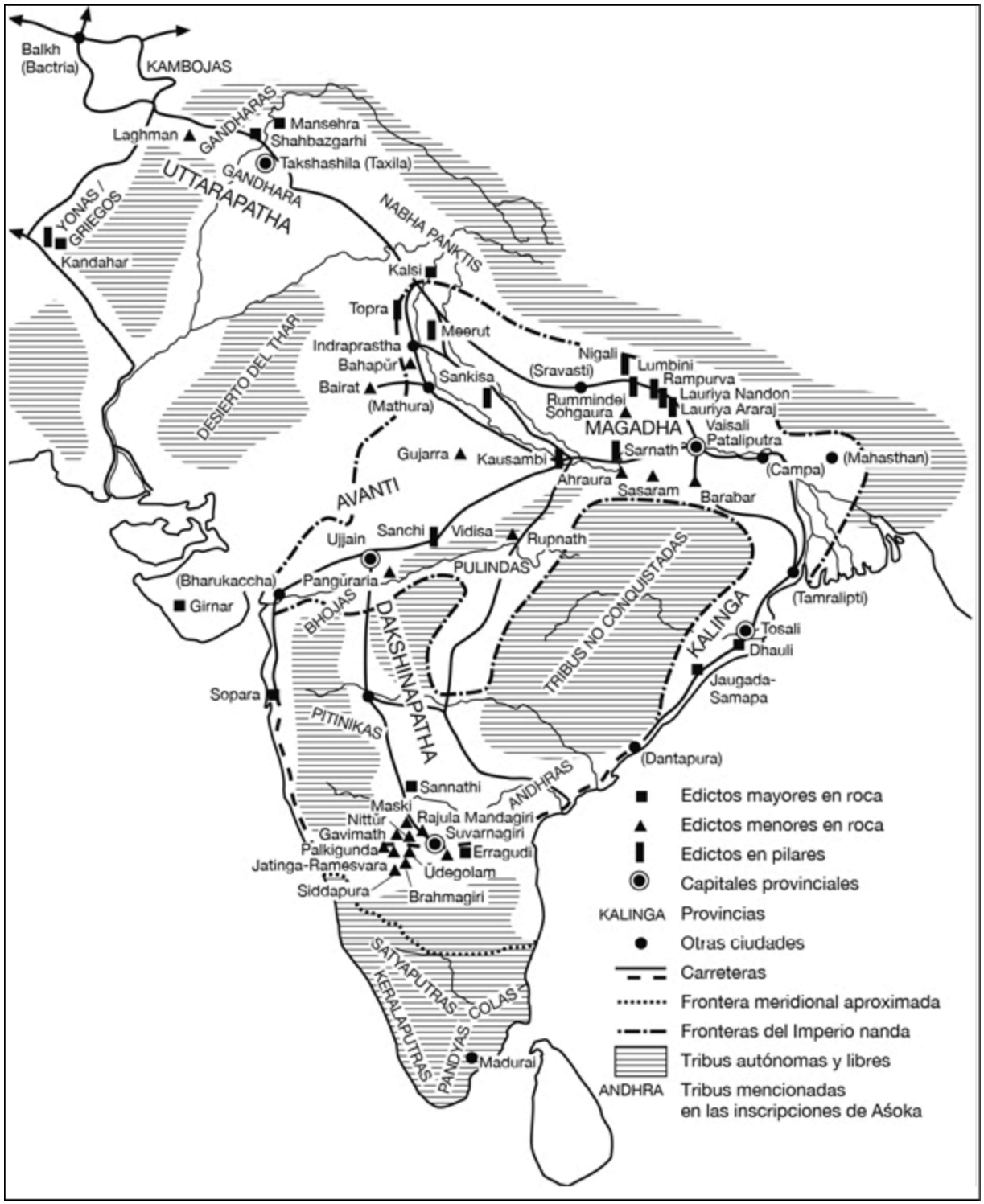
PRIMERA APROXIMACIÓN. CRONOLOGÍA E HISTORIOGRAFÍA DE LA INDIA ANTIGUA

El uso de agentes secretos y espías de diversos tipos en los reinos de la India antigua (desde el siglo V a.e.c.) es asunto bien conocido y documentado por extenso, aunque de modo singular: casi toda la información proviene de un tratado de ciencia política y gobernanza, el *Arthaśāstra* (AŚ) de Kauṭilya. Ciertamente, en textos literarios no son raros los episodios donde aparecen espías, o ascetas que resultan ser un agente secreto; pero los autores de la literatura clásica sánscrita eran eruditos que componían sus obras siguiendo el dictado de manuales teóricos, como, precisamente, el *Arthaśāstra*. Pasar de la teoría a la práctica y constatar la actividad de esos espías en algún episodio histórico concreto es todavía más difícil hoy que cuando plagaban, al parecer, las populosas ciudades del valle del Ganges en los primeros siglos antes y después de nuestra era. Ello se debe a la particular naturaleza de las fuentes para la historiografía de la India. Antes de entrar en el tema del espionaje y los servicios de información en la India antigua, hay que plantear una serie de cautelas metodológicas sobre la cronología y las fuentes.

Ha sido un lugar común afirmar que en la India no existe literatura historiográfica, y esto se ha achacado a un concepto circular del tiempo propio del pensamiento indio, como opuesto al tiempo lineal que surge en las culturas que dependen de la Biblia. Se trata de un constructo ideológico que ya se ha refutado: es innegable la naturaleza histórica de textos indios clásicos como los Purāṇas, que incluyen genealogías que se remontan a los tiempos míticos, del mismo modo que sucede con las genealogías bíblicas o las listas de reyes babilonios; los textos doctrinales brahmánicos, anteriores al nacimiento de Buddha, incluyen igualmente genealogías de maestros y

discípulos[2]. La consideración de un tiempo cíclico *sub specie aeternitatis* puede coexistir con una visión lineal, cuando se observa con detenimiento uno de los segmentos del círculo[3]. El Imperio Maurya (siglos IV-II a.e.c.) nunca cayó en el olvido, y sirvió de modelo político al Imperio Gupta en el siglo IV e.c.; así se explica, por ejemplo, la existencia de un drama histórico como el *Mudrārākṣasa,* del siglo IV e.c., que relata la ascensión al trono del emperador Chandragupta[4], sobre el que se volverá más adelante. Por ello, desde la independencia, se ha insistido mucho en la existencia de una literatura historiográfica en la India, que se manifiesta en los *carita*, las hazañas de los reyes –aunque la más antigua de ellas es el *Buddhacarita* («Vida de Buddha») de Aśvaghoṣa, del siglo I e.c., en verso–, muy vinculada también a las *praśastis* («elogios») que encabezan las inscripciones[5]; todos son subgéneros del estilo *kāvya,* muy elaborado desde el punto de vista literario. Pero hasta fechas más bien recientes (al menos hasta el siglo VIII e.c.), en la India no hubo una historiografía similar a la que se había desarrollado en Occidente, apegada a los hechos y a la cronología.

Pese a desarrollar una gran habilidad para las clasificaciones abstractas, la cultura brahmánica, que se desarrolla en la parte noroccidental del subcontinente indio desde el segundo milenio a.e.c. y penetra en el valle medio del Ganges a partir de los siglos VIII-VII a.e.c. (en los reinos de Kosala y más tarde Videha), no mostró ningún interés por la cronología; en sánscrito la palabra para «hora», *horā,* es un préstamo griego. Dejando de lado el paso de Alejandro Magno por el Pañjāb, que desde el punto de vista indio fue tan periférico que no se menciona en fuente alguna, y los subsiguientes contactos con el mundo helenístico, es difícil determinar con precisión fechas absolutas, incluso las de acontecimientos tan simbólicos como la muerte de Buddha (*parinirvāṇa* o «completa extinción»), o la coronación del emperador Aśoka. Por ejemplo, para la primera, la fecha comúnmente aceptada era 483 a.e.c. (tres años menos que una de las fechas admitidas por la tradición budista), pero desde 1988 hay un debate abierto, y buena parte de los especialistas rebajan la fecha a las décadas próximas al 400 a.e.c., con una oscilación de unos veinte años[6].



El Imperio de Aśoka Maurya (siglo III a.e.c.): distribución de las inscripciones que señalan su máxima extensión.
Adaptado a partir de Hermann Kulke y Dietmar Rothermund (2004), *A History of India,* Nueva York, Routledge, p. 69.

Las noticias sobre hechos históricos que se refieren a los reinos y repúblicas de la época de Buddha y Mahāvīra nos han llegado a través de crónicas budistas y jainistas compuestas en los primeros siglos de nuestra era, en la medida en que son relevantes para las respectivas hagiografías de los fundadores del budismo y el jainismo. Incluso el Imperio Maurya (320-185 a.e.c., aproximadamente), con toda su fama, depende en gran medida de las fuentes budistas, y solo las numerosas inscripciones del emperador Aśoka Maurya, de mediados del siglo III a.e.c., nos transmiten información directa del periodo; es posible situar estas inscripciones en el tiempo gracias a que mencionan a los reyes helenísticos con los que el Imperio Maurya tuvo contacto –Antíoco II Theos, sucesor de Seleuco Nicátor; Ptolomeo II Filadelfo de Egipto, Antígono II Gónatas de Macedonia, etc.–, y establecer sincronías[7]. Por desgracia, la información que ofrecen las inscripciones, tanto en indio antiguo como en indio medio, es nula para el tema que nos ocupa. Todas nuestras fuentes son literarias, y en bastantes casos exclusivamente religiosas.

En cambio, la literatura técnica que se desarrolla en el seno del brahmanismo sí deja constancia del uso de espías y policía secreta por parte de las monarquías indias. Como se ha dicho, la fuente principal es el *Arthaśāstra,* «Tratado de los fines» en una de las posibles traducciones más directas. Es padre de una nutrida prole de tratados sobre lo que debe saber un gobernante acerca de política, economía y guerra, y es hijo a su vez de lo que parece ser una escuela de pensamiento político coherente; sobre su datación, autoría y contenidos se tratará por extenso. En el *Arthaśāstra* se documenta un rico vocabulario muy específico (cargos públicos, tipos de impuestos, tipos de política exterior, y también cuestiones como pesos, medidas, oficios), manifiestamente apegado a la realidad, de un modo que raras veces se documenta en el resto de la literatura sánscrita. No obstante, hay una parte de ese léxico que sí trasciende a textos literarios de todo tipo. Se ha de tener presente que la mayor parte de la literatura sánscrita –incluso obras como el *Mahābhārata* o el *Rāmāyaṇa,* las dos grandes epopeyas– fue transmitida por brahmanes, que las remodelaron y reescribieron integrándolas en sus propias categorías textuales e ideológicas.

Así, en el *Mahābhārata* aparecen exposiciones de ciencia política muy detalladas, que ocupan extensas porciones de texto. En el *Kaccitpraśna* («Cuestionario del ¿acaso no…?»: MBh 2.5.5-115)[8], el sabio Nārada hace

un repaso al futuro rey Yudhiṣṭhira, planteándole un centenar de preguntas, sin apenas orden interno, sobre los deberes del buen rey, tanto desde el punto de vista ético como, sobre todo, práctico: ¿Acaso no eliges ministros fiables? ¿Acaso no guardas el secreto de lo que se dice en el consejo? ¿Acaso no tienes bien fortificadas las fronteras?… Casi idéntico formulario, bastante más breve, aparece en el *Rāmāyaṇa* (2.94.7-59), aunque los personajes son otros. Incluso en una exposición tan breve como el *Kaccitpraśna* se menciona el uso de agentes secretos:

> ¿Acaso no sabes sobre los dieciocho dignatarios del otro bando y los quince del tuyo, mediante agentes infiltrados *(cāraka)* de tres en tres que no se conocen entre sí? (MBh 2.5.27).
>
> ¿Acaso no hay en tu reino y los reinos rivales muchos agentes *(adhikṛta)* tuyos, que se ocupan de tus fines y se protegen los unos a los otros? (MBh 2.5.55).

La primera cita es ya suficientemente expresiva: los espías no se han de conocer entre sí, y se usan tanto para vigilar a los cargos públicos del bando rival como a los propios; los comentaristas proporcionan diversas listas de los cargos que se han de vigilar, pero todas incluyen cargos que van del príncipe heredero al portero del palacio. El término *cāra* o *cāraka* se traduce usualmente por «espía», y etimológicamente equivale a nuestro «agente». En la segunda cita se usa *adhikṛta*[9]; estos se describen como una red cohesionada que no implica secreto, ya que se protegen unos a otros, al contrario que los *cārakas,* que no se conocen entre sí. También esta red se ocupa de los asuntos del rey tanto dentro como fuera del reino. Esa ambivalencia del cuerpo de inteligencia, cuya estructura conoce diversos tipos de agentes y se aplica tanto en política interna como en política exterior, es una constante en la literatura técnica sobre el arte de gobernar.

En el *Mahābhārata* hay otros textos que tratan en detalle de la ciencia política. El diálogo de Kaṇika con el rey ciego Dhṛtarāṣṭra, en el primer canto, lo eliminó la edición crítica por considerarlo una adición tardía; en ese diálogo, el maquiavélico Kaṇika es un brahmán, consejero del rey y especialista en ciencia política (*rājaśāstrārthavittamam:* «muy versado en economía y ciencia del gobierno»), que recomienda a su señor la destrucción preventiva y sin piedad de todos sus potenciales enemigos, aunque sean parientes o allegados. De muy distinto tono son las enseñanzas sobre la ética del buen gobierno que le imparte a Dhṛtarāṣṭra su hermanastro

Vidura (MBh 5.33-40); en este texto se expresa la idea de que la prosperidad del reino depende de la virtud personal del rey y su respeto a la ley sagrada, el *dharma*. La ciencia política en la India siempre presenta las dos caras, poniendo de manifiesto una asombrosa ambigüedad ética: por un lado, se enumeran los deberes del rey para con sus súbditos dentro del *dharma* religioso; por otro, se exponen los medios, despiadadamente eficaces, para mantener el poder y el control y acabar con los enemigos, dejando de lado cualquier restricción ética que el *dharma* del común de los mortales ha de respetar[10].

Una adición al *Mahābhārata,* pero de un tipo que ninguna crítica textual puede eliminar, son sus extensísimos cantos XII y XIII. Después de que Yudhiṣṭhira ha vencido en la sangrienta batalla del Kurukṣetra, que abarca más de la tercera parte de la epopeya y pone punto final a una trágica guerra civil en el seno de los Kuru, Bhīṣma, el tío-abuelo de los protagonistas (de ambos bandos), moribundo y tan cubierto de flechas que no lo pueden depositar en el suelo, transmite a Yudhiṣṭhira toda su sabiduría, que se desarrolla en el *Śānti Parvan* o «libro de la paz» –el más extenso de la ya muy extensa epopeya– y el *Anuśāsana Parvan* o «libro de las instrucciones». En el primero de ellos, una buena parte, el llamado *Rājadharma Parvan* («canto de los deberes del rey»: MBh 12.56-128), se dedica a los deberes del rey y a la ciencia política. Sobre los miembros del servicio secreto abunda en lo que ya se ha visto: no se han de conocer entre sí, y se emplean para vigilar tanto el propio reino como los reinos aliados y los enemigos potenciales (estas distinciones son relevantes en la teoría sobre política exterior y guerra). El texto siguiente añade varios detalles bastante coloristas:

> [8] Y que [el buen rey] tenga como infiltrados *(praṇidhi)* hombres que finjan ser cojos, ciegos o sordos, previamente examinados, inteligentes y capaces de soportar hambre, sed y dolor; [9] que los envíe deliberadamente a todos sus ministros y a sus aliados de las tres clases, y a sus hijos, gran rey, [10] tanto a la ciudad como al resto del país, y a los reyes vecinos; y han de ser enviados de modo que no se conozcan mutuamente. [11] Que conozca a los agentes *(cāra)* dispuestos por el enemigo, oh toro entre los Bháratas, en mercados, lugares de recreo, asambleas, entre los mendigos, [12] tanto en jardines y parques como en la junta de eruditos, en burdeles y cruces de caminos, en la sala de asambleas y en hostales, [13] y, previsor, aniquile así con su agente al agente enemigo; lo que su agente ha aniquilado, muerto queda, hijo de Pāṇḍu (MBh 12.69.8-13).

Los «infiltrados» *(praṇidhi)* han de ser capaces de disfrazarse, de soportar el dolor –esto es, de no confesar bajo tortura–, y, además, esos mismos agentes que vigilan a todos los súbditos sirven para el contraespionaje, con el fin de controlar o eliminar sin piedad a los agentes de las potencias enemigas. Muy relevante es la enumeración de lugares de toda condición donde pueden ocultarse; más que una hipérbole épica es una cuestión de exhaustividad escolástica.

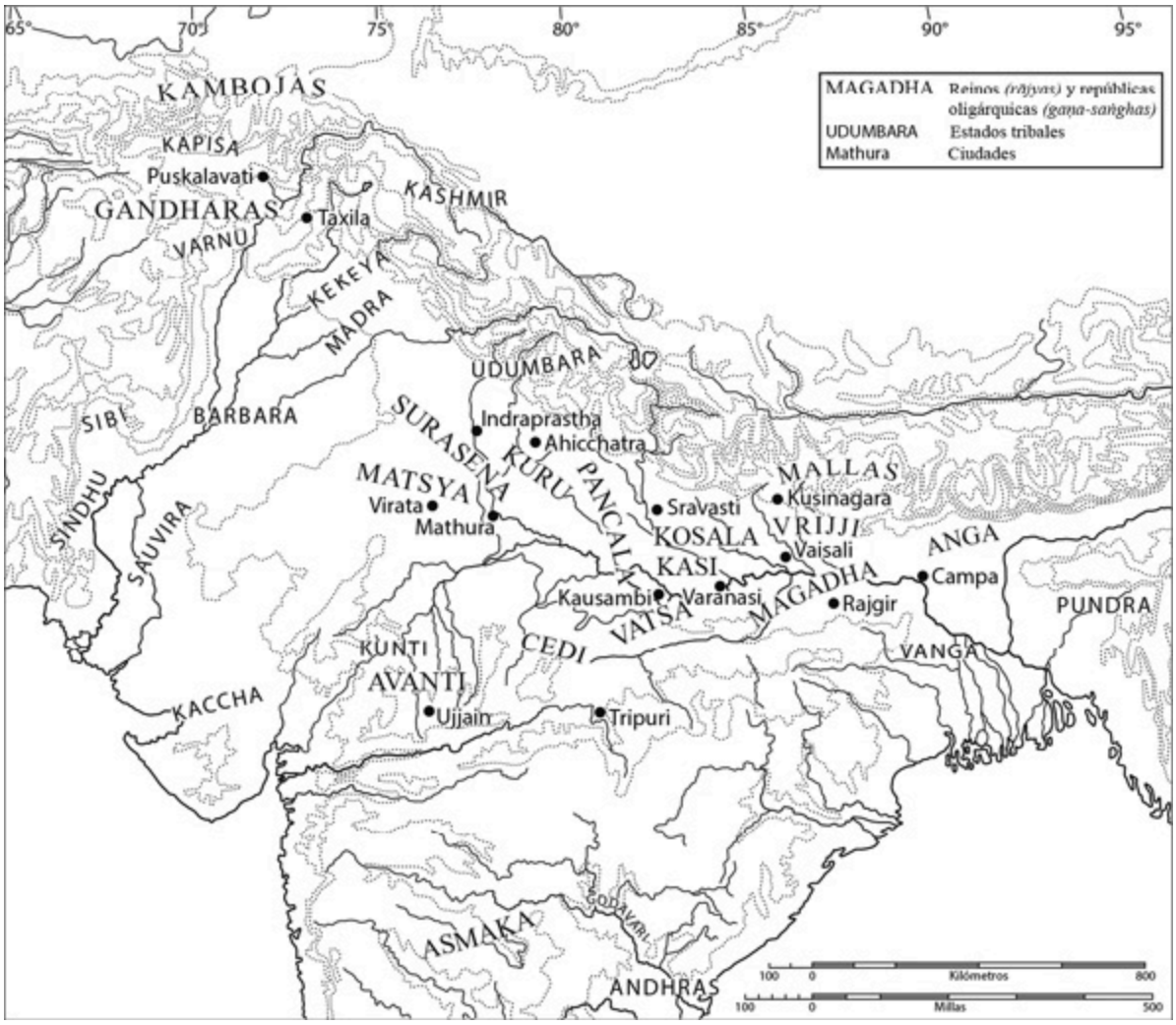
Aunque estas partes del texto épico pertenecen a las últimas capas de redacción del *Mahābhārata,* y en su versión actual son probablemente de época Gupta (siglos IV-V e.c.), reflejan una tradición de ciencia política práctica coherente. Pero solo muy de vez en cuando se mencionan espías en la épica, y no hay ningún episodio en el que un espía desempeñe un papel relevante, aunque sí lo tiene el control de la información. En el primer *Parvan,* los cinco Pāṇḍavas solo se libran de morir en un incendio provocado porque su tío Vidura les avisa de las aviesas intenciones del agente de Duryodhana, su primo y archienemigo. Y en el libro IV, aunque los protagonistas del *Mahābhārata* pasan su último año de exilio disfrazados de incógnito en la corte del rey Virāṭa (como palafrenero, cocinero, incluso como eunuco), no ejercen de espías, sino de refugiados; el capítulo tiene más bien un tono carnavalesco.

EL *ARTHAŚĀSTRA* Y SU AUTOR

La presencia de «breviarios» de ciencia política en el *Mahābhārata* no es casual. Este texto, en la redacción que se ha transmitido, se erige como un compendio del *dharma* en acción. El *dharma* es el conjunto de normas religiosas, rituales y éticas y el mérito religioso que emana de su cumplimiento, según la evolución ética que se produce en el seno del brahmanismo entre los siglos IV a.e.c. y IV e.c., presionado por el budismo y el jainismo, como religiones ascéticas, por un lado, y la invasión de Pakistán y de las zonas noroccidentales de la India –«patria» del brahmanismo– por griegos y śakas (escitas) budistas, por otro.

En ese contexto, los brahmanes diseñan una ética en la que el ser humano tiene una serie de fines *(puruṣārtha),* relacionados además con el momento de la vida en que uno se encuentra. El novicio brahmánico ha de aprender las normas del *dharma,* que seguirán siendo su pauta de conducta toda su

vida; el padre de familia *(gṛhastha)* tiene dos metas: *artha,* el éxito, la obtención de riqueza para garantizar el sustento de su familia, y *kāma,* el placer sexual que conduce a la obtención de hijos varones. Finalmente, cuando ya ha visto a sus nietos, puede optar por una vía ascética como renunciante de un tipo u otro, en busca del *mokṣa,* la redención del ciclo de las reencarnaciones. Antaño, un brahmán era brahmán si se sabía de memoria al menos un Veda, sílaba por sílaba, y estaba facultado para realizar la compleja liturgia védica. Para ello, los textos védicos incluían no solo extensos comentarios teológicos y doctrinales, sino también manuales de fonética articulatoria, etimología, gramática, métrica, geometría y todas las ciencias necesarias para llevar a cabo el sacrificio solemne o *yajña*. Tras el auge del budismo durante el Imperio Maurya (siglos IV-III a.e.c.), un brahmán tenía que aprender además dialéctica y lógica, para poder defender sus posturas filosóficas ante los monjes budistas y ante otros brahmanes, que podían haber desarrollado sus propias teorías sobre la naturaleza del sacrificio, de la palabra sagrada o del alma.



Los grandes Estados *(mahājanapadas)* del norte de la India en el siglo IV a.e.c. Adaptado a partir de Richard Stoneman (2019), *The Greek Experience of India. From Alexander to the Indo-Greeks,* Princeton, Princeton University Press, p. 47.

Siguiendo el estilo exhaustivo y minucioso de los manuales de liturgia védica, los brahmanes produjeron manuales para cada *puruṣārtha* con objeto de justificar su situación en la cúspide de la jerarquía de la sociedad ideal que deseaban. Así, compilaron desde fines de la época védica *Dharmasūtras* o «Manuales del *dharma*», que a comienzos de nuestra era pasaron a ser *Dharmaśāstras* o «Tratados del *dharma*», con normas referidas no solo a los propios brahmanes sino a todos los seres humanos según su casta. Para el *Kāma,* Kātyāyana en el siglo IV e.c. compuso el *Kāmasūtra,* un acercamiento al sexo que sitúa en el plano teórico el papel que la mujer tiene en la procreación y el placer sexual. Para liberarse del

ciclo de las encarnaciones surgirían diversos modelos ascéticos y teológicos a lo largo de la historia del hinduismo, dando lugar a un amplio abanico de textos, y quizá entre los primeros hay que contar la primera parte del mencionado libro XIII del *Mahābhārata,* el citado *Anuśāsana Parvan,* así como la famosísima *Bhagavad-Gītā* (MBh 6.23-40).

Finalmente, para obtener éxito y riquezas *(artha)* se crearon manuales de *nīti* («conducta»), y no solo una conducta ética, sino lo que en castellano coloquial se conoce como «gramática parda», el proceder hábil y astuto que le permite al débil vencer al fuerte. Ahora bien, *nīti* también significa «política»; en cambio, «gobierno» o «autoridad» es uno de los significados secundarios de *daṇḍa* («bastón»), el palo de los castigos. Muchas veces los textos que llevan en su título la palabra *nīti* son antologías de epigramas sapienciales más o menos ingeniosos, en otros casos, fábulas de animales: el célebre *Pañcatantra* y su versión abreviada –el *Hitopadeśa* o «Provechosa enseñanza»– son manuales de este tipo, que se plantean como un «espejo de príncipes», aunque su contenido sean cuentos populares.

El *Arthaśāstra* es un manual que encuentra su lugar en la doctrina sobre el *artha,* el éxito, pero no de cualquiera, sino del monarca. El término *artha* es extraordinariamente complejo; su significado primero («fin, finalidad») da lugar a un abanico de traducciones que incluyen «significado, sentido» o «éxito material, riqueza»; de ahí que *Arthaśāstra* a veces se haya traducido como «Ciencia de la economía»; y ciertamente también se ocupa por extenso de las finanzas del reino. Es un tratado científico *(śāstra)* atribuido al sabio Kauṭilya, cuyo nombre tiene en sánscrito connotaciones muy adecuadas, ya que puede analizarse como un derivado de *kuṭila* («retorcido»). Como todos los tratados ya mencionados, es un texto que ha pasado por varias redacciones hasta llegar a su forma actual; a lo sumo, Kauṭilya sería el fundador de la escuela de pensamiento político en la que se produce una de las compilaciones. Y como todos los *śāstras* y *sūtras,* entra en debate con opiniones de otras escuelas, refuta postulados ajenos y no es homogéneo ni en su contenido ni en su cronología: hay partes más antiguas que otras, lo cual hace muy difícil fecharlo.

Su historia textual tiene un punto novelesco, como sucede con toda obra que se creía perdida[11]. Se sabía de su existencia porque otros tratados medievales de *nītiśāstra* o *daṇḍaśāstra* lo mencionaban. En 1905 se descubrió un único manuscrito, publicado en 1909 y traducido por primera

vez en 1915. Más adelante se encontró un manuscrito en el sur de la India, y fragmentos de otro. La primera edición crítica tuvo que esperar a 1960[12]. Es un texto difícil, por su carácter único en la cultura india, pero de importancia capital para comprender muchos aspectos de la sociedad y la historia de la India antigua que en la literatura religiosa o la poesía clásica quedan fuera del foco. Algunos autores han analizado exhaustivamente la historia del texto[13], reelaborando las conclusiones de estudios anteriores[14]. Según estos especialistas, aunque hay partes que pueden remontarse a fines del periodo Maurya, toda la teoría sobre política exterior, la teoría de los *maṇḍalas* o «círculos» –es decir, los reinos en competencia– implica una situación política mucho más fragmentada. Esas partes antiguas se discuten y refutan en la recensión de Kauṭilya, ya que a este, en tercera persona, se le atribuyen las doctrinas de *Realpolitik* que el buen rey ha de aplicar si quiere conservar su corona y mantener la prosperidad de sus súbditos, y que han hecho que a Kauṭilya se lo llame «el Maquiavelo hindú»[15]. Esa segunda recensión pasó finalmente por una tercera reescritura, que reorganizó parte de los capítulos y la convirtió en un *śāstra,* un manual técnico.

En la época clásica (siglos IV-V e.c.), la del *Arthaśāstra* era doctrina conocida que, como la del *Kāmasūtra,* se integraba con naturalidad en las obras de ficción. En el *Mudrārākṣasa* («El anillo de Rākṣasa»), un drama de Viśākhadatta (siglo IV e.c.), el protagonista es el ministro Cāṇakya, un brahmán que habría hecho subir al trono al rey Chandragupta, fundador de la dinastía Maurya. El argumento es una compleja trama de espionaje y engaños mediante la cual Cāṇakya consigue convencer al ministro Rākṣasa de que traicione a los enemigos de Chandragupta y se pase a su bando[16]. En este texto literario se documenta por primera vez la identificación del ministro Cāṇakya con Kauṭilya, el autor del *Arthaśāstra;* la biografía legendaria del ministro Cāṇakya y cómo ayudó al joven Chandragupta a apoderarse del trono es materia que aparece en las crónicas budistas, y se recoge en diversos textos clásicos[17]. La identificación entre Cāṇakya y Kauṭilya tuvo éxito y sigue vigente hoy en parte de la historiografía popular de la India. Sin embargo, la figura de Cāṇakya en sí misma es poco verosímil; más bien parece que surge de la apropiación por parte del brahmanismo del recuerdo del poder político del antiguo Imperio Maurya, que nunca se repitió en la historia india[18]. No es verosímil que un

brahmán apoyase a los reyes Maurya, o que estos quisieran tener como primer ministro a un brahmán, ya que las simpatías personales de los Mauryas estaban con los budistas y los jainistas. Por otro lado, al ministro Cāṇakya se le atribuyen los más diversos textos, como la *Cāṇakya-Nīti,* una colección de poemas de muy diversas épocas sobre *nīti* en su sentido más genérico. Obviamente, la figura del ministro que actúa en la sombra, rodeado de agentes secretos, es mucho más interesante que la del erudito que establece, a nivel teórico, a qué distancia deben estar las torres de la muralla una de otra, o a qué edil compete la vigilancia de las casas de juego. Pues bien, el *Arthaśāstra* entra en todos estos detalles.

Aunque el texto del *Arthaśāstra* que se ha transmitido probablemente date de los primeros siglos de nuestra era, y Cāṇakya probablemente nunca haya existido –y, si existió, nunca escribió el *Arthaśāstra*–, es posible establecer algunas conexiones entre la política de los emperadores Maurya y el texto atribuido a Kauṭilya. Las inscripciones del emperador Aśoka Maurya se datan a mediados del siglo III a.e.c. y están redactadas en diversos dialectos prácritos, según la región en la que se han encontrado; en ellas se documentan algunos términos similares a los que nos proporciona el *Arthaśāstra*. El *rājūka* / *rajuka* / *lajūka* («oficial, funcionario»), el *mahāmātta* («supervisor, censor») y el *nagala-viyohālaka* («encargado de la ciudad») equivalen a designaciones de funcionarios de distintos rangos en el texto de Kauṭilya: *cora-rajjuka* («funcionario [de los ladrones], policía»: AŚ 4.13.10), *mahāmātra* («alto oficial, gran magistrado») y *nagara-vyāvahārika* («encargado de la ciudad»)[19]. Y aunque en los edictos del emperador no aparecen los términos comunes para «agente, espía» *(cāra,cāraka),* sí se menciona en una ocasión a los *paṭivedaka,* agentes que informan al rey:

> En toda ocasión, en la comida, en el harén, en mi habitación, en la letrina, en mi carroza, en los jardines, en todo lugar, los informantes *(paṭivedaka)* me tienen que informar de los asuntos públicos; y en todo lugar me ocupo de los asuntos públicos (EA roca IV, Bloch 1950, 107).

El texto no solo pone de manifiesto la incesante labor de gobierno del rey, obviamente para magnificar su figura; documenta la presencia de informantes que tienen acceso a él, incluso en un lugar tan reservado como el retrete. Aun descontando la intención laudatoria, no es un panorama muy

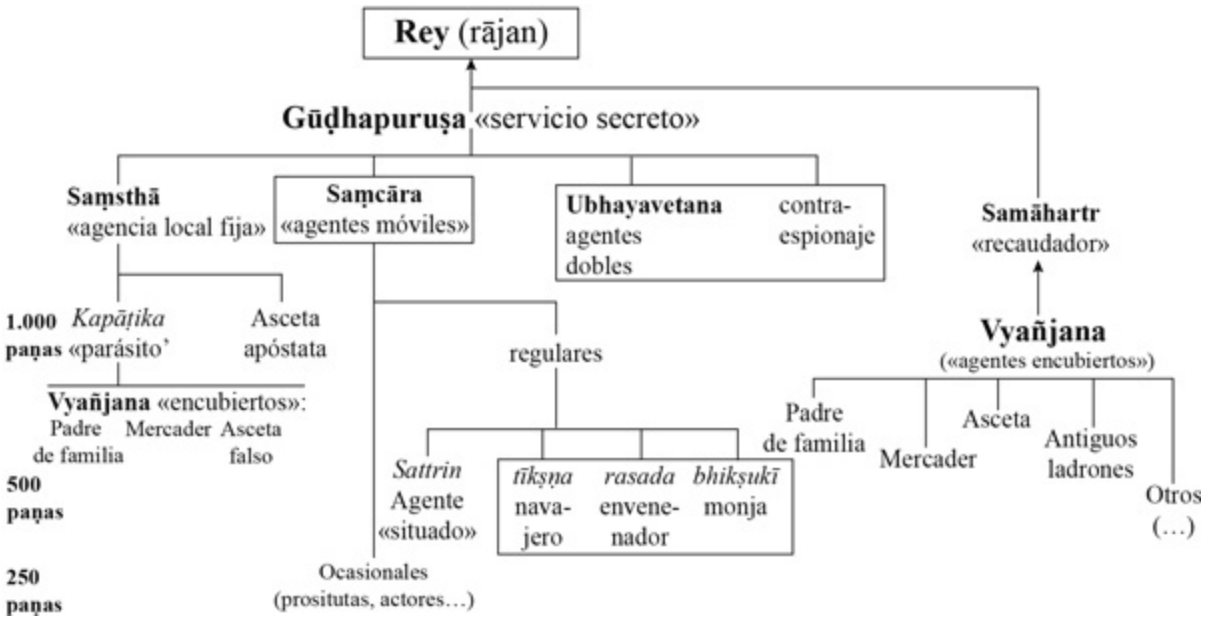
distinto, como se verá, al que pinta el *Arthaśāstra,* cuya descripción de la naturaleza y organización de la red de espías se analiza en la siguiente sección.

ESPÍAS Y POLICÍA SECRETA EN EL *ARTHAŚĀSTRA*. TEORÍA Y PRÁCTICA

En una cosa difiere el *Arthaśāstra* de *Il Principe* de Maquiavelo. Es un tratado puramente teórico, que nos muestra el gobierno tal y como debería ser, incluso en los más nimios detalles, pero no ejemplifica ninguna de sus aseveraciones con sucesos históricos, ni alude a reyes o gobernantes del pasado. Con coherencia, construye un Estado ideal autoritario pero lleno de asechanzas, en el que el rey ha de cuidarse de ministros traidores, esposas, eunucos y aun de sus propios hijos, y en el que se somete a control policial a todo el mundo, desde el más alto funcionario hasta los ciudadanos descontentos que murmuran en la taberna. Agentes encubiertos, policía secreta y espías en el extranjero informan de todo lo que sucede directamente al rey, de forma discreta.

A partir de los datos dispersos en diversas partes del *Arthāśāstra,* en el cuadro V.1 se representa el organigrama del *gūḍhapuruṣa,* casi literalmente «servicio secreto»[20]:

Cuadro V.1. Organigrama del servicio secreto según el *Arthāśāstra*



Por un lado, están los agentes fijos, o *saṃsthā* («estaciones»), que no se mueven de un lugar. Un grupo de ellos son los denominados *vyañjana* («encubiertos»), ya que en principio no cambian de oficio, pero llevan una doble vida. Pueden ser campesinos o mercaderes arruinados, que a cambio de unos ingresos fijos de mil paṇas (monedas de plata) –el sueldo de un funcionario de rango medio o de un oficial– se establecen en un sitio determinado y retoman sus antiguas actividades para informar acerca de las irregularidades que se cometan a su alrededor; estos agentes han de ser escrupulosos y honestos.

Lo mismo sucede con los ascetas apóstatas, brahmanes que habiendo hecho votos de renuncia al mundo, han abandonado el camino de la meditación y las prácticas religiosas; el renegado puede recuperar su condición de asceta brahmánico… si se pone al servicio del rey. En el cuadro V.1, el asceta encubierto es un santón no brahmánico, o que se mueve en cultos periféricos y vive de la limosna. Como agente secreto, muchas veces solo finge llevar una vida de severa austeridad en público, pero en privado derrocha su sueldo en banquetes. El control estatal absoluto que se diseña en el *Arthaśāstra* no puede dejar cabos sueltos; el asceta, el «renunciante» *(saṃnyāsin)* que abandona todos los lazos mundanos –familia, tribu, patria–, lo es[21]. Un asceta famoso podía ser alguien influyente, con riquezas procedentes de las limosnas y un nutrido grupo de seguidores en diversas regiones; estos personajes despertaban sentimientos ambivalentes en la población (respeto y devoción, pero también miedo o desprecio)[22]. Utilizar a los ascetas errantes *(parivrājaka)* que viajan de un reino a otro como informantes y agentes encubiertos es también una forma de control[23]. No obstante, la posición de Kauṭilya hacia estos agentes es cauta: esos mismos ascetas pueden ser también agentes de reinos enemigos. Por ello, establece una serie de normas que obligan al rey a tener contacto con ascetas siempre escoltado, tanto si los recibe en el palacio, como si los recibe estando de viaje (AŚ 1.21.24, 26), y los ascetas que «lleven una marca de secta religiosa recién puesta o no lleven ninguna» (AŚ 2.28.20) han de ser arrestados en los controles fronterizos.

Todos los agentes fijos informan a través del *kapāṭika,* término que tiene varias traducciones posibles («estafador, mentiroso», «falso estudiante [brahmánico]»), pero posiblemente se trata del equivalente al «parásito», el personaje que tiene acceso a alguna persona influyente[24]. También el

samāhartṛ o recaudador de impuestos usa los servicios de diversos agentes encubiertos que, además del padre de familia, del falso asceta y de la monja incluye a antiguos ladrones, que informan acerca del flujo de bienes que se produce en el mundo de la delincuencia.

Los *samcāras* son agentes móviles, que cambian de lugar y pueden ser enviados a conveniencia del rey a cumplir una misión. Todos ellos pueden recibir la orden de asesinar a alguien, y para ello tienen que ser capaces de introducirse como cocineros o camareros, en el caso del envenenador; porteros o personal de servicio, en el del *tīkṣṇa* («navajero»; literalmente: «afilado, puntiagudo»). Perciben el sueldo de un soldado. Todos estos agentes reciben órdenes e informan directamente al rey, que los recibe después de la puesta del sol y los envía a sus tareas antes del amanecer, o bien a través del *sattrin,* un *kṣatriya* («noble») venido a menos, pero con contactos y acceso a ambientes palaciegos por su condición de *kṣatriya*. En origen, el *sattrin* era un equivalente al *vrātya* y estaba vinculado a las fratrías guerreras de la sociedad védica, pero en la época que describe el *Arthaśāstra* se había convertido, por así decirlo, en el primo pobre de un caudillo importante, obligado constantemente a hacer méritos para conservar su cercanía a los parientes de rango más elevado[25].

El *sattrin* pasa la información de los agentes móviles a los *saṃsthās,* los agentes fijos, frecuentemente mediante mensajes escritos cifrados *(saṃjñā-lipi),* así que el agente fijo, pagado por el gobernador local, no sabe lo que dice el mensaje. Son los sirvientes del *saṃsthā,* al parecer, los que hacen llegar el mensaje al palacio real. Ni los agentes fijos de un mismo lugar, ni los agentes móviles se conocen entre sí. En el extranjero, en las potencias vecinas, el rey puede establecer su propia red de agentes fijos y móviles, y como otros reyes habrán hecho lo propio, una de las misiones de los agentes secretos es el contraespionaje, como ya se vio en el texto del *Mahābhārata* citado más arriba. Finalmente, puede haber agentes dobles, que fingen traicionar a su rey para integrarse en la red enemiga.

Las fuentes budistas documentan un episodio en el que un ministro se convierte en agente doble, si bien de un modo un tanto indirecto, a través de diálogos con Buddha acerca de otras cuestiones. El contexto es el siguiente. En el siglo V a.e.c., el rey Ajātasattu de Magadha deseaba conquistar Licchavi, la república o *saṅgha* de los Vajji (Vṛjji), que acababa de anexionarse el reino brahmánico de Videha. Tras hablar con Buddha,

Vassakāra, ministro de Ajātasattu, queda convencido de que solo la disensión interna destruirá a los Vajji. Lo que está haciendo Vassakāra al hablar con Buddha es emplear a un asceta de veracidad intachable como fuente de información. De acuerdo con esta información, Vassakāra finge una disputa con su rey y acude a los Vajji como refugiado; desde dentro, fingiendo buscar venganza contra Ajātasattu, siembra la discordia. Cuando llega el momento oportuno, envía un mensaje a su rey para que ataque.

El problema de las fuentes referentes a este episodio es grave; se ha reconstruido el episodio[26] a partir de dos diálogos de Vassakāra con Gautama Buddha transmitidos en *Mahāparinibbāna Sutta,* pero saber que el ministro se hizo agente doble sería imposible sin el comentario de Buddhaghosa, que data del siglo V e.c., un texto mil años posterior a los sucesos que se narran. Es difícil establecer, por tanto, la historicidad del hecho. Sí considero relevante, en cambio, que en el texto pāli aparezca el término *mithubedhā* (MPN-S. 135 *aññatra mithu-bhedā:* «excepto por ruptura *(bhedā)* recíproca *(mithu-)*»), que se corresponde con el sánscrito *mitrabheda* o «ruptura entre aliados *(mitra)*»[27], que es el término propio de la ciencia política para referirse a las tácticas que hay que usar para lograr que dos aliados que son enemigos de uno se distancien. *Mitrabedha,* por ejemplo, da título al primer capítulo del *Pañcatantra* y del *Hitopadeśa*.

Agentes móviles ocasionales, como prostitutas y actores, los que menos cobran, pueden emplearse como cebos para lograr que algún funcionario bajo sospecha se delate, o incluso para vigilar a los otros agentes, cuya honradez debe ser puesta a prueba. Los informes de los agentes fijos han de contrastarse entre sí, y solo se ha de dar por bueno un informe en el que tres agentes coincidan. Cuando un agente fijo lleva mucho tiempo sin emitir informes coincidentes, se le elimina.

El recaudador de impuestos *(samāhartṛ)* dispone de su propia red de agentes encubiertos para el control de delitos económicos (herencias ocultas, evasión de impuestos), y también se encarga de controlar a ladrones y criminales mediante antiguos ladrones y ascetas. Los objetivos del rey, en cambio, son los funcionarios del más elevado rango, que han de estar siempre bajo control. Si estos altos cargos resultan ser corruptos o proclives a la rebelión se los asesina, siempre de tal modo que el nombre del rey no se pueda poner en entredicho. Quedan excluidos en principio el *purohita* o primer sacerdote de la corte y el *yuvarāja* o heredero al trono, cuya

fidelidad ha de estar garantizada por la solidez de la educación recibida.

Entre las funciones de este complejo cuerpo de agentes, el libro cuarto del *Arthaśāstra* incluye, en lo que denomina la «eliminación de espinas», el control de la honestidad y lealtad de los ministros y funcionarios de todos los niveles, y el control de la corrupción administrativa o privada. En el libro quinto, entre las «prácticas secretas» se enumeran la inducción al crimen de personas sospechosas, especialmente la de posibles traidores para asesinar al rey. Quizá una de las estratagemas más alambicadas que se describen es la siguiente:

> (23) (…) [El rey] deberá convocar a altos cargos sospechosos de traición para que le visiten. (24) Cuando entren acompañados de asesinos *(tīkṣṇa)* con armas ocultas, deberán someterse a un registro en el patio central para poder entrar en el interior. (25) Entonces, los asesinos, cuando sean detenidos por los guardias de la puerta, deben decir: «Somos empleados de los traidores», (26) y después de darlo a conocer, deben matar a los traidores. (27) Y otros deben ser ejecutados en lugar de los asesinos. (AŚ 5.1.23-27)

El estilo demasiado conciso o técnico del texto dificulta seguir los pasos del plan, que es uno de los recursos para desactivar una traición antes de que se produzca. Primero, se convoca ante el rey a los sospechosos. Se infiltran agentes armados entre ellos, como si el atentado que supuestamente planean los presuntos traidores fuera a cometerse ya. Cuando la guardia del palacio detecta a los agentes del rey, estos acusan a los ministros traidores y los ejecutan allí mismo; finalmente, los agentes infiltrados se sustituyen en seguida por criminales condenados a muerte, a los que también se ejecuta con presteza, y no queda rastro visible del complot.

Más adelante se habla de la actuación de agentes infiltrados en países rivales o enemigos para liberar a un rehén (mediante túneles, disfraces, dejando un cadáver en su lugar…, AŚ 7.17) o para fomentar la disensión entre las facciones de una confederación / república, mediante falsos rumores, asesinatos, rivalidad amorosa entre los líderes, etc. (AŚ 11.1). Las funciones del espía en una potencia vecina incluyen el soborno y asesinato de generales y líderes de dicho reino, vender provisiones envenenadas al ejército enemigo o causar una revuelta en el campamento para asesinar al rey enemigo (AŚ 12). Pero quizá lo más sorprendente sea el cinismo con el que el rey trata a sus propios súbditos:

> [1] Tras haber controlado en secreto[28] a los grandes magistrados *(mahāmātra),* [el rey] ha de controlar en secreto a los que viven en ciudades y aldeas. [2] Agentes *(sattrin)* por parejas han de ponerse a discutir en lugares de peregrinación, asambleas, multitudes y reuniones de gente: [3] «Se oye que este rey está adornado de todas las cualidades, pero no se ve que tenga ninguna cualidad quien atormenta a los que viven en ciudades y aldeas con multas e impuestos». [4] Entonces, a los que aplauden [estas palabras] y a este [primer agente], el segundo debe responder: [5] «Oprimidos por la ley del pez[29], los seres vivos hicieron rey a Manu, hijo de Vivasvat[30]. [6] Le asignaron como parte suya una sexta parte del grano y una décima parte de la mercancía, así como también del dinero. [7] Manteniéndose con eso, los reyes proporcionan protección a sus súbditos (…) [11] El castigo divino cae sobre los que no respetan [al rey]; [12] por eso, el rey debe ser respetado». [13] Así este apacigua a la gente vulgar, [14] y entre los dos averiguan lo que se dice (AŚ 1.13.1-7, 11-14).

Dos *sattrin,* agentes con aspecto de personas importantes, buscan simultáneamente hacer que los descontentos se descubran y justificar la existencia de impuestos recurriendo a mitos conocidos por todos. La visión de Kauṭilya es paternalista y al mismo tiempo amoral, ya que el engaño es el arma principal de estos agentes. Ahora bien, ¿se poseen pruebas de que este sistema de control social y político se usaba en la India antigua?

EL TESTIMONIO DE MEGÁSTENES

Ya se ha dicho que las fuentes históricas indias son escasas o, más bien, poco detalladas; el *Arthaśāstra* ha ampliado nuestro conocimiento de la historia política de la India antigua. Sin embargo, se posee una fuente externa, aunque discutible. El griego Megástenes vivió durante unos años, a fines del siglo IV a.e.c., en Pāṭaliputra (hoy Pāṭna), capital del Imperio Maurya, como embajador de Seleuco Nicátor, emperador de Persia tras la muerte de Alejandro Magno. De la *Indiké* de Megástenes no se han transmitido sino los testimonios indirectos de geógrafos e historiadores posteriores. Pese a las reticencias que despertó ya en Estrabón, Megástenes resulta ser un observador menos obtuso de lo que parece. Por ejemplo, cuando enumera las clases sociales indias no se encuentran las cuatro castas del brahmanismo, sino siete, ya que sigue el modelo de Heródoto al describir la sociedad egipcia[31]. Pero, sin renunciar a esta plausible influencia literaria, el hecho es que la sociedad del reino de Magadha no estaba brahmanizada, de ahí que Megástenes no pudiera observar una división en cuatro castas[32]; su descripción se basa en ocupaciones

observables[33], y no en categorías sociorreligiosas.

Es llamativo que la sexta clase sea precisamente la de los supervisores o inspectores *(éphoroi, epískopoi),* que parece traducir el término sánscrito *adhyakṣa* («superintendente», etimológicamente, «super- *(adhy-, epí-)* visor *(-akṣa, -skopos)*» en ambas lenguas). Pero los *adhyakṣas* son funcionarios que no tienen la función de los «supervisores» de Megástenes. En las versiones que transmiten Arriano y Estrabón, aunque levemente divergentes, el embajador se refiere claramente a los agentes fijos de Kauṭilya, que en el texto de Estrabón «colaboran con las cortesanas», una actividad que seguramente tuvo que sufrir como embajador en la corte de Chandragupta:

> [48] La sexta (clase de ciudadanos) es la de los inspectores *(éphoroi):* a su cargo está vigilar (*epopteúein,* «supervisar») cuanto pasa y notificarlo en secreto al rey, haciendo colaboradoras suyas a las cortesanas; los inspectores urbanos, a las cortesanas de la ciudad; los del campamento, a las que siguen al ejército. [Para esto] se nombra a los mejores y más de fiar (Str. *Geo.* XV 1, 48).

Se trata de uno de los pocos testimonios fechables que permiten situar en la historia el tipo de espionaje y de control de la información formalizado siglos más tarde en el *Arthaśāstra*.

LOS ESPÍAS EN LA LITERATURA

En la literatura sánscrita clásica no es difícil encontrar episodios en los que aparecen espías, aunque no de un modo tan abrumador como uno esperaría conociendo el *Arthaśāstra*. Por ejemplo, el *Daśakumāracarita* («Hazañas de los diez príncipes») de Daṇḍin (siglo VIII e.c.) es una novela de aventuras que se abre con la llegada de un asceta a la presencia del rey; el asceta resulta ser un informante que le trae noticias de los reinos cercanos. El *Mudrārākṣasa,* el drama de trama política ya mencionado, ilustra a la perfección el *Arthaśāstra:* en él tienen un papel destacado espías disfrazados de monjes jainistas o encantadores de serpientes, y una envenenadora. El *Pratijñāyaugandharāyaṇa* («La promesa de Yaugandharāyaṇa») es un drama de Bhāsa (III e.c.), también de carácter político. Yaugandharāyaṇa es ministro de Udayana, rey de Vatsa. Su enemigo, el rey Mahāsena de Ujjayinī, le envía una figura de elefante –una especie de caballo de Troya– y de este modo rapta a Udayana. El fiel

ministro Yaugandharāyaṇa había prometido liberar a su señor en cualquier circunstancia; él y su amigo el ministro Rumaṇvan penetran en el reino enemigo disfrazados respectivamente de mendigo loco y monje budista. Así, descubre que Vāsavadattā, la hija de Mahāsena, está recibiendo lecciones de música de Udayana, durante el cautiverio de este. Con ayuda de la muchacha, el ministro consigue organizar una fuga para Udayana. En esta obra, la trama política incluye el espionaje y la seducción.

Incluso el canto V del *Rāmāyaṇa* podría verse como un acto de espionaje. La trama central de la epopeya es el rescate de Sītā, esposa de Rāma, secuestrada por el demonio Rāvaṇa, quien la retiene en Śrī Laṅka. El *Sundarakhaṇḍa,* el canto V del *Rāmāyaṇa,* narra cómo el dios mono Hanuman atraviesa el mar de un salto tras convertirse en un gigante, pero luego recorre Śrī Laṅka en forma de mono normal, buscando a Sītā. La encuentra, se asegura de que está bien, y al ser sorprendido en el jardín del gineceo del palacio de Rāvaṇa, huye tras incendiar la capital de Śrī Laṅka atándose una antorcha en el rabo. Puede interpretarse, pese a los elementos fantásticos que impregnan el *Rāmāyaṇa,* que Hanuman es un agente secreto enviado para rescatar a un rehén, lo que desemboca en una especie de acción terrorista.

En la literatura védica, la más antigua de la India, la situación es muy distinta. Siempre se ha dicho que en el Ṛg-Veda (RV) y en el Atharva-Veda (AV) –cuya composición, según las estimaciones habituales en la academia, puede situarse entre el 1500 y el 1000 a.e.c.– el dios Varuṇa, garante de la palabra dada y los juramentos, vigila a los hombres con sus «espías» desde el cielo, que serían una personificación de las estrellas. La palabra *spaś-*, que se suele traducir por ‘espía’ en textos como los siguientes, está relacionada etimológicamente con el inglés *spy,* y también con el latín *specio, haru-spex,* etc. En realidad, *spaś-* significa simplemente «el que ve, el que mira» y puede traducirse más adecuadamente por «inspector» (si se pretende una traducción muy etimológica) o «vigilante». En contextos como los siguientes el término se aplica al sol, a los dioses del viento, o al fuego «sin engaño»:

> RV 10.35.8 Cada aurora se alza el sol como un vigilante *(spáṭ).*
>
> RV 9.73.7 Los impetuosos hijos de Rudra, sin traición, son vigilantes *(śpáśaḥ),* en la buena dirección, de buen aspecto, con sus ojos en los hombres.
>
> RV 4.4.3 Envía aquí tus vigilantes *(śpáśaḥ)* a toda prisa, sé (Agni) protector sin engaño

de esta tribu.

De modo que en pasajes como los siguientes traducir *spaś-* por «espía» no parece especialmente necesario, y «vigía» o «vigilante» parece la mejor solución:

RV 1.25.13 Llevando un manto dorado, se viste Varuṇa de fiesta;
sus vigilantes *(spáśaḥ)* se han sentado en derredor.

AV 4.16.4 Y quien repte más allá de la bóveda del cielo no se librará del rey Varuṇa; desde el cielo sus vigilantes *(spáśaḥ)* avanzan aquí, con mil ojos vigilan *(paśyanti)* la tierra.

En el primer texto, Varuṇa se muestra en público como un rey rodeado de un séquito de jóvenes guerreros, en el segundo son los mortales los que se esconden de los guardianes del dios. Varuṇa es en sí un dios amenazante, caracterizado como rey en muchas ocasiones, acompañado por un séquito de guerreros propio de un caudillo védico, lo que no es lo mismo que una red de espías; que los *spaś* de Varuṇa vigilen si los hombres cumplen su palabra es una extensión de la función central de este. El carácter positivo del término *spaś-* se pone de manifiesto en la siguiente estrofa citada: los hijos de Aditi, los dioses del orden social, vigilan benevolentes a los hombres como pastores que contemplan el rebaño desde una ladera, y ofrecen su ayuda a los hombres:

RV 8.47.11 Hijos de Aditi, mirad pues hacia abajo, como vigilantes desde una ladera.
Cual corceles al buen vado, guiadnos por buen camino.
¡Sin tacha es vuestra ayuda, de buena ayuda vuestra ayuda!

No hay pruebas, pues, de que los caudillos védicos empleasen espías en sus guerras tribales, que debieron ser sobre todo *razzias* en busca de ganado; el término *spaś-* no puede considerarse una prueba de ello. Pero los reyes de la turbulenta historia de la India, desde el periodo de los *janapadas* hasta el Imperio Maurya (siglos VI-IV a.e.c.), y más tarde, durante todo el periodo clásico y posclásico, sí los utilizaron. Los datos históricos son parcos y los testimonios literarios muy novelescos, pero aun descontando lo que tiene de teórico y escolástico el *Arthaśāstra,* es un hecho que el ideal de la monarquía en la India antigua y medieval era un rey todopoderoso, un pueblo sumiso y próspero, y unos enemigos bajo control. Los espías y la policía secreta fueron, con seguridad, una realidad omnipresente en los

reinos y repúblicas de la India antigua.

FUENTES PRIMARIAS

AŚ = Kauṭilya*, Arthaśāstra:* Olivelle, Patrick (2013), *King, Governance, and Law in Ancient India: Kauṭilya's Arthaśāstra. A New Annotated Translation,* Oxford / Nueva York, Oxford University Press.

AV = *Atharva-Veda:* Vishva Bandhu *et al.* (1960-1962), *Atharva-Veda (Śaunaka) with the Pada-Pāṭha and Sāyaṇācārya's Commentary, edited and annotated,* Hoshiarpur, Vishveshvaranand Vedic Research Institute.

EA = Edictos de Aśoka: Bloch, Jules (1950), *Les inscriptions d'Aśoka, traduites et commentées,* París, Les Belles Lettres.

MBh: *The Mahābhārata. Critically edited for the first time by Vishnu S. Sukthankar, S. K. Belvalkar…and other scholars.* 1-19 vols., Poona, Bhandarkar Oriental Research Institute, 1933-1959.

MPN-S.: *Mahāparinibbāna Sutta = Sutta* 16 del *Dīgha Nikāya:* Rhys Davids, T. W. y Carpenter, J. E. (1903), *Digha-Nikaya of the Sutta-Pitaka, Vol. II; Mahavagga, Suttantas 14-23,* Londres, Pali Text Society.

RV: *Ṛg-Veda*: Van Nooten, Barend y Holland, Gary (1995). *Rig Veda. A Metrically Restored Text with an Introduction and Notes*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

Strab. *Geo*. = Estrabón, *Geografía*: Jones, Horace Leonard (1930). *Strabo. Geography, Volume VII: Books 15-16 (Loeb Classical Library 241)*, Cambridge (MA), Harvard University Press.

BIBLIOGRAFÍA

Basham, Arthur Llewellyn (1951), «Ajātasattu's War with the Licchavis», *Proceedings of the Indian History Congress* 14, 37-41.

Bronkhorst, Johannes (2011), *Buddhism in the Shadow of Brahmanism (Handbook of Oriental Studies, Section Two: South Asia 24),* Leiden/Boston, Brill.

Cousins, Lance Selwyn (1996), «The Dating of the Historical Buddha: A Review Article», *Journal of the Royal Asiatic Society* 6/1, 57-63.

Doniger, Wendy (2018), *Against Dharma: Dissent in the Ancient Indian Sciences of Sex and Politics,* New Haven/Londres, Yale University Press.

Eggermont, Pierre Herman Leonard (1956), *The Chronology of the Reign*

of Asoka Moriya. A Comparison of the Data of the Asoka Inscriptions and the Data of the Tradition, Leiden, E.J. Brill.

Falk, Harry (1986), *Bruderschaft und Würfelspiel. Untersuchungen zur Entwicklungsgeschichte des vedischen Opfers,* Friburgo, Hedwig Falk.

Kangle, R. P. (1960-1963), *The Kauṭilīya Arthaśāstra. I: Sanskrit Text with Glossary*. *II: An English Translation with Critical and Explanatory Notes,* Bombay, University of Bombay.

Lahiri, Nayanjot (2015), *Ashoka in Ancient India*, Cambridge (MA) / Londres, Harvard University Press.

McClish, Mark (2019), *The History of the Arthaśāstra. Sovereignty and Sacred Law in Ancient India (Ideas in Context Book 120)*, Cambridge, Cambridge University Press.

Misra, Maria (2016), «The Indian Machiavelli: Pragmatism versus morality, and the reception of the Arthasastra in India, 1905-2014», *Modern Asian Studies* 50/1, 310-344.

Mylius, Klaus (2003), *Geschichte der altindischen Literatur*, Wiesbaden, Harrassowitz.

Olivelle, Patrick (1987), «King and Ascetic: State Control of Asceticism in the Arthaśāstra», *Adyar Library Bulletin* 50, 39-59.

— (2013), *King, Governance, and Law in Ancient India: Kauṭilya's Arthaśāstra*. *A New Annotated Translation*, Oxford / Nueva York, Oxford University Press.

Rangarajan, L. N. (1987), *Kautilya: The Arthashastra*, Nueva Delhi/Nueva York/Toronto, Penguin Books.

Rubio Orecilla, Francisco J. (2021), «Ciencia política en la épica sánscrita. El *Kaccit-praśna* de Nārada en el *Mahābhārata*», en Alfonso Falero y David Doncel Abad (coords.), Jorge Rodríguez Cruz (ed.), *Eurasia. Avances de investigación*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 75-84.

— (2023), *La palabra y el rito. El poder de la palabra en tres leyendas védicas*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

Scharfe, Hartmut (1968), *Untersuchungen zur Staatsrechtslehre des Kauṭalya*, Wiesbaden, Harrassowitz.

— (1989), *The State in Indian Tradition,* Leiden, Brill.

Stoneman, Richard (1991), *The Greek Experience of India. From Alexander to the Indo-Greeks,* Princeton, Princeton University Press.

SUKTHANKAR, Vishnu S.; BELVALKAR, Shripad Krishna *et al.* (1933-1959), *The Mahābhārata. Critically Edited for the First Time,* 1-19 vols., Poona, Bhandarkar Oriental Research Institute.

TRAUTMANN, Thomas R. (1971), *Kauṭilya and the Arthaśāstra: A Statistical Investigation of the Authorship and Evolution of the Text,* Leiden, E.J. Brill.

— (2012), «Does India Have History? Does History Have India?», *Comparative Studies in Society and History* 54(1), 174-205.

WARDER, Anthony Kennedy (1972), *An Introduction to Indian Historiography*, Bombay, Popular Prakashan.

WITZEL, Michael (1990), «On Indian Historical Writing. The Role of the Vaṃśāvalīs», *Journal of the Japanese Association for South Asian Studies* 2, 1-57.

— (2006), «Brahmanical Reactions to Foreign Influences and to Social and Religious Change», en Patrick Olivelle (ed.), *Between the Empires: Society in India 300 BCE to 400 CE,* Oxford, Oxford University Press, 456-499.

---

[1] El presente trabajo se inscribe en las actividades del Proyecto de I+D+i PID2021-127063NB-I00: Narremas y Mitemas: Unidades de Elaboración Épica e Historiográfica, del Programa Estatal de Generación de Conocimiento (MICINN/AEI/FEDER, UE).

[2] Cfr. Trautmann 2012, uno de los mayores especialistas en el *Arthaśāstra*.

[3] Witzel 1990, 6.

[4] *Candragupta* en la transcripción normalizada; la *c* en sánscrito se pronuncia como la *ch* castellana.

[5] Mylius 2003, 173-176 ofrece una panorámica de estos géneros; para una presentación más detallada, véase Warder 1972.

[6] Estas fechas de la academia occidental se superponen a las cronologías de las fuentes budistas, que oscilan entre el 544 a.e.c., y el 368 a.e.c., contando hacia atrás desde la coronación de Aśoka, que tuvo lugar en el 269/268 a.e.c. Acerca de los problemas de la cronología de la vida de Buddha, cfr. Cousins 1996; para la cronología del reinado de Aśoka, cfr. Eggermont 1956.

[7] Lahiri 2015, 25.

[8] Sobre este texto, cfr. Rubio Orecilla 2023.

[9] Una traducción literal posible sería «superpuesto, colocado», es decir, «superintendente, oficial». En el AŚ el término se emplea con el sentido de «funcionario» tan solo una vez (AŚ 2.10.46, en la parte en verso); otras veces aparece solo con sentido genérico. Por ello, quizá la traducción más ajustada del pasaje sería: «¿Acaso no hay muchos “colocados” por ti, que se ocupan de tus fines (…)?». Téngase siempre presente que en la literatura sánscrita la traducción de términos técnicos es a menudo ambigua fuera de su contexto.

[10] Doniger 2018, 59-79.

[11] Para detalles al respecto, cfr. Olivelle 2013, 1-2; McClish 2019, 18-19.

[12] Kangle 1960-1963.

[13] Olivelle 2013 y McClish 2019.

[14] Trautmann 1971 y Scharfe 1968, entre otros.

[15] De hecho, el *Arthaśāstra* suscita en la India un peculiar orgullo nacionalista: no solo Kauṭilya es más antiguo que Maquiavelo, sino que es más duramente realista y utilitarista, más racionalmente eficaz que cualquier texto europeo de esa naturaleza; cfr. Misra 2016. Sobre los efectos que causó la traducción de AŚ en 1915 dice McClish (2019, 19): «De un modo muy real, el *Arthaśāstra* concedió a la India el título de propiedad sobre su pasado político, sobre el cual se podría construir un futuro político».

[16] Para un resumen de su trama y su valoración como fuente histórica, cfr. Stoneman 1991, 158-160.

[17] Trautmann 1971, 10-67.

[18] Bronkhorst 2011, 65-74.

[19] Para cada uno de los términos, cfr. Olivelle 2013, 41 y 506.

[20] Modificado a partir del esquema de Rangarajan (1987, 500) según los datos de Scharfe (1989, 159-164).

[21] Olivelle 1987, 44.

[22] Doniger 2018, 35 y 75.

[23] El control explícito de las diversas confesiones religiosas (budismo, jainismo, brahmanismo, ascetas desnudos) aparece expresado en los edictos del emperador Aśoka Maurya; de la vigilancia de las diversas comunidades se encargan los *dhaṃma-mahāmātta* («supervisores o censores del *dharma*») (EA pilar VII Delhi-Toprā, Bloch 1950, 170-171).

[24] Para esta propuesta, cfr. Scharfe 1989, 163.

[25] Sobre el *sattrin* en la sociedad védica, cfr. Falk 1986, 44; en el AŚ, Scharfe 1989, 161 n. 58.

[26] Basham 1951.

[27] La correspondencia no es exacta; se esperaría en pāli **mitta* y no *mithu* (sánscrito *mithū:* «mutuamente»).

[28] El verbo empleado es *ava-sarpayati* (literalmente, «reptar por debajo, a escondidas»).

[29] El pez grande se come al chico.

[30] Figura mítica, el primer rey humano que encendió un fuego sacrificial, al que se atribuye el llamado *Mānava-Dharmaśāstra* o *Manu-Smṛti* («Tratado de la ley sagrada de Manu»).

[31] Witzel 2006, 487.

[32] Bronkhorst 2011, 75.

[33] Filósofos, que se corresponden con los brahmanes; guerreros, que se corresponden con los *kṣatriyas;* a ellos se suman los inspectores y los ministros. Pero las clases de los *vaiśyas* y *śūdras* se reparten en agricultores y pastores, y mercaderes y artesanos, sin que sea fácil establecer una división nítida.

SEGUNDA PARTE

GRECIA

VI
EL CONCEPTO Y EL LÉXICO DE LA INFORMACIÓN EN EL MUNDO GRIEGO ARCAICO Y CLÁSICO

Fernando Echeverría

Un detalle del conocido encuentro del héroe Odiseo con las terribles sirenas suele pasar inadvertido en las innumerables referencias a este episodio en la investigación y la cultura modernas: no es solo su «dulcísima voz» lo que atrae irremediablemente a los viajeros hasta ellas, sino que hay algo más. «Quien escucha nuestra voz», dicen las sirenas, «contento se va conociendo mil cosas: sabemos *(ídmen)* los trabajos que allá por la Tróade y sus campos el poder de los dioses impuso a troyanos y argivos, y aun aquello que ocurre doquier en la tierra fecunda» (Hom. *Od*. XII 188-191) [1]. Así, es el deseo de noticias lo que atrae a los navegantes, tanto o más que el sortilegio del propio canto.

En el mundo griego, la información era un activo fundamental para todo individuo, grupo o comunidad que pretendiese llevar a buen puerto un proyecto. La investigación moderna, por tanto, ha hecho gran hincapié en las formas en las que esa información era captada, procesada y transmitida, especialmente por parte de entidades políticas y comunidades, con el fin de servir a sus objetivos y estrategias[2]. Puesto que el manejo de la información se vincula fundamentalmente a las esferas militar y política, se emplea por ello la analogía moderna de la «inteligencia» para referirse a todos aquellos mecanismos formales que estas comunidades utilizaban para reunir y gestionar la información, y se usan términos modernos –como «espionaje» o «criptografía»– para referirse a esos fenómenos en el pasado griego.

Sin embargo, los griegos no tenían una palabra equivalente a «información», y mucho menos términos afines a conceptos como «inteligencia» o «espionaje». En su lugar, hablaban de «noticias» o «rumores», que «escuchaban», «indagaban» y «anunciaban», que llegaban hasta ellos por canales diversos sobre los que tenían escaso control, y en cuya gestión no siempre tomaban parte activa. Los griegos entendían la

información como un flujo constante y mecánico, una circulación global que, como los vientos, acompañaba a los seres humanos en sus movimientos y que no siempre –rara vez, de hecho– podía dominarse o canalizarse: había que captarla a su paso, como las velas de un barco recogían las brisas cambiantes.

Es fundamental, pues, investigar la manera en la que los griegos conceptualizaban y entendían el fenómeno de reunir y transmitir la información, lo que ayudará a matizar y enmendar las analogías modernas que se emplean para acercarse a él. Esa investigación debe realizarse a través del estudio del léxico y de sus significados y connotaciones en su contexto, pues el análisis de las prácticas y herramientas concretas (espías, embajadas, mensajeros, exploradores) se ha llevado ya a cabo en diversas ocasiones, como se verá. Por motivos de espacio, el análisis se centrará en las principales narrativas de épocas arcaica y clásica (los poemas homéricos y la historiografía del siglo V), que pueden servir de base para una exploración más amplia (lírica, tragedia, comedia, oratoria) en el futuro. El capítulo pretende contribuir a la comprensión de las formas en las que los griegos entendían y conceptualizaban la información, como alternativa a los modelos conceptuales modernos, y enfatizar la naturaleza informal, espontánea e irregular de la aproximación que las comunidades griegas tenían al fenómeno.

LA INVESTIGACIÓN RECIENTE SOBRE LA «INTELIGENCIA» EN EL MUNDO GRIEGO

Hasta hace unas décadas, el tratamiento de la información aparecía de forma tangencial y superficial en los estudios de historia política y militar griega. Trabajos clásicos como los de Riepl y Reincke se centraban en la comunicación como transmisión formal de mensajes, y por tanto en los heraldos y mensajeros[3]. Fue a partir de la década de 1970 cuando el análisis de la información en las sociedades antiguas se entendió como «inteligencia» y comenzó a ser un tema de investigación en sí mismo.

La primera síntesis específica sobre la cuestión en el mundo griego es una breve monografía de Chester Starr[4], quien asienta ya en ella los principios clave de la aproximación académica al tema: para Starr, conocer las intenciones de los vecinos era fundamental para las *póleis* griegas, por lo

que es apropiado hablar de la existencia de estrategias de «inteligencia» política en la Grecia antigua; a pesar de sus limitaciones logísticas y técnicas, las comunidades griegas emplearon todas las estrategias de información disponibles a su alcance, que eran relativamente simples; la información recibida, sin embargo, no siempre era coherente, y de hecho tendía a ser incompleta e incluso errónea, por lo que era objeto de desconfianza; la información, predominantemente oral, acompañaba a los individuos en movimiento, como viajeros o comerciantes; las redes de contacto de las elites eran un mecanismo privilegiado de transmisión de información. Aunque admite que el historiador debe ser consciente del contexto antiguo de problemas que, como la «inteligencia», se estudian a la luz de fenómenos modernos, Starr recurre a las analogías actuales para presentarlo ante todo como un hecho político, que atañe a las necesidades estratégicas de los Estados y requiere por tanto de una intervención activa, consciente y planificada. Para él, la «inteligencia» comienza con la captación de información, por lo que enfatiza los mecanismos intencionados (espías, exploradores, desertores), que a su vez manifiestan una voluntad política y estratégica activa sobre la información; en cambio, aborda los fenómenos informales de transmisión de información con gran brevedad, a pesar de reconocer su importancia[5].

La aportación tal vez más completa hasta el momento es la de Frank Russell[6], quien no solo tiene un planteamiento más amplio y global («reunir información», y no específicamente «inteligencia»), sino que además aborda el análisis del vocabulario. Su trabajo ha permitido situar la época clásica dentro de un proceso de gradual «profesionalización» de la «inteligencia» que culmina, para los griegos, en la época helenística. Su foco en la época clásica, con la aparición de los historiadores (Heródoto, Tucídides y Jenofonte), pone también el énfasis en la dimensión político-estratégica de la información y, sobre todo, en los mecanismos activos y conscientes de captación de noticias por parte de las comunidades griegas.

Así pues, por lo que respecta a la dimensión político-militar de la cuestión, la visión más extendida actualmente es que la necesidad de información (que podemos considerar un hecho también en el mundo griego) hace necesaria la existencia de «inteligencia»[7]. Esto implica dar por sentado que el plano político-militar es el principal a la hora de estudiar la información, pero también que las comunidades griegas hacían un

esfuerzo consciente, sistemático e institucionalizado por captar y procesar dicha información. Así, la investigación tiende a situar predominantemente el foco en las estrategias activas de «inteligencia». Sin embargo, las líneas más recientes de investigación han mostrado que la información servía a otros muchos propósitos en la ciudad griega, además de los político-militares, y que empleaba canales diversos, fundamentalmente sociales[8]. Existe, por tanto, una dimensión de la información que va más allá de la estratégica, y que precisa también de atención científica.

En última instancia, los estudios sobre «inteligencia» antigua demuestran una postura optimista ante la capacidad de las comunidades antiguas para aprovechar los flujos de información de manera eficiente. Y es optimista a pesar de (o, tal vez, precisamente por) reconocer las dificultades y problemas que los griegos tenían para captar y procesar la información: se ha reconocido que las noticias que llegarían a una comunidad griega serían a menudo «incompletas o erróneas», sin que pudiesen ser contrastadas, confirmadas o desmentidas. Esa constatación, en la que las fuentes antiguas insisten de manera sistemática, como veremos, es parte fundamental de una teoría política moderna de las relaciones internacionales, la teoría «realista», que presenta una visión alternativa al positivismo estratégico inherente a la idea de una «inteligencia» antigua[9]. La teoría parte del concepto de «anarquía multipolar», una situación de conflicto abierto y constante, con escaso o nulo control, entre diferentes entidades políticas[10]. En ese estado de constante tensión, la supervivencia de todas ellas está permanentemente en cuestión, pero carecen de información fiable sobre las intenciones de sus rivales, y por tanto de los fundamentos para poder trazar una agenda a medio o largo plazo. La consecuencia de todo ello es que, llevadas de la desesperada necesidad de seguridad, las potencias antiguas emprenderían acciones agresivas, preventivas y precipitadas contra sus rivales, prolongando así el estado de «anarquía».

Los teóricos realistas son, por tanto, muy escépticos con respecto a la efectividad y fiabilidad de las técnicas antiguas de captación y gestión de la información, y sostienen que estas entidades políticas se encontraban en un estado de permanente «incertidumbre»[11]. Como se verá, esta conclusión es coherente con el veredicto que proporciona el análisis del vocabulario griego relacionado con la información, que demuestra que, en la antigua Grecia, esta tenía una naturaleza espontánea, informal y desorganizada.

Así pues, el análisis académico se ha centrado preferentemente en las prácticas, antes que en los conceptos relacionados con la reunión y gestión de la información. Por ello, el léxico, aunque mencionado en ocasiones, no ha sido objeto de atención sistemática[12]. Al margen del problema metodológico que ello supone, al interpretar las prácticas antiguas a través de conceptos modernos y por ello potencialmente anacrónicos, esa omisión ha impedido iluminar con precisión la manera en la que los antiguos griegos se aproximaban al fenómeno. Y recuperar el concepto antiguo es a su vez clave para poder interpretar las prácticas reduciendo en lo posible el riesgo de anacronismo.

El análisis de las fuentes permite diferenciar tres esferas fundamentales en el vocabulario, que representan los tres aspectos de la gestión de la información en los que se materializaba el concepto antiguo: la recepción de información, en torno a la noción de «oír, enterarse»; la recopilación de información, con respecto a la noción de «observar, inquirir, indagar»; y por último la transmisión de información, acerca de la noción de «informar, anunciar».

La recepción de información

El campo de la recepción de información está compuesto fundamentalmente por verbos de percepción en los que se observan distintos grados en la manera en la que el receptor participa en la obtención de la información, desde términos que indican nula participación a otros que muestran cierta intervención cognitiva, y que de hecho se encuentran a medio camino del segundo campo, el de la recopilación de información. La clave, como se verá, del grado en el que el receptor interviene en la actividad es un progresivo avance hacia la *autopsía,* es decir, hacia la captación personal de la noticia, como testigo de la misma.

En un extremo del espectro se encuentra el verbo *pynthánomai,* que transmite la idea general de que una información simplemente llega a un receptor («enterarse»), pero sin establecer de qué modo[13]: en los poemas homéricos, este es el verbo que se emplea, por ejemplo, en el episodio de la Doloneia para hacer referencia al objetivo principal de los «espías», Odiseo y Diomedes, en el campamento troyano (Hom. *Il*. X 207). En algunos casos,

el contexto permite identificar un informante concreto (por ejemplo, Néstor en *Il*. XI 649), pero en la mayoría de casos no hay informante y el verbo indica simplemente que alguien «se enteró» de algo (*Il*. X 211; XIX 337; *Od*. VIII 12; XV 270)[14]. Una situación idéntica encontramos en la prosa histórica clásica, en la que las referencias genéricas sin informante identificado son una abrumadora mayoría (Hdt. V 90, 1; Thuc. V 4, 5; Xen. *An*. II 1, 4; *Hell*. VII 4, 38), y los casos en los que esa información puede atribuirse a una figura o colectivo concretos, excepcionales (Hdt. III 7, 2; VIII 50, 2; Thuc. VIII 21, 2; Xen. *Hell*. II 2, 13). Es también el verbo que utiliza Heródoto para referirse a aquello de lo que él mismo «se entera», de nuevo sin identificar informante concreto (Hdt. II 18, 1; VI 117, 3; VIII 79, 1), aunque los historiadores clásicos incorporan variantes de *pynthánomai* que añaden nuevos matices. En ocasiones, la información que uno recibe es un «rumor» (*phémin, Il*. X 207), una noticia transmitida en una asamblea (*Od*. VIII 12) o detalles arrancados a unos cautivos (Hdt. VII 195).

El siguiente paso en el espectro es el verbo *aisthánomai* («enterarse» de algo), muy próximo al anterior pero con el matiz añadido de que la información ha sido captada por los sentidos («percibir»), particularmente por el oído («escuchar»). Por ejemplo, la delegación *(presbeía)* ateniense que se encuentra en Esparta en la primavera de 431 «escucha» *(ésthonto)* los discursos de los enviados corintios y decide entonces intervenir ante la asamblea espartana (Thuc. I 72, 1). Se emplea con este sentido en la prosa histórica, y de nuevo se trata mayoritariamente de referencias genéricas sin informante identificado (Thuc. III 16, 1; Xen. *Hell*. VI 5, 22; Aen. Tact. 2, 3). Entre ambos verbos, por tanto, ocupan la mayor parte del campo de la recepción de información por volumen de referencias, caracterizados, sin embargo, por la ausencia de informante.

A continuación, el siguiente nivel en este espectro es la acción de «escuchar» una noticia, transmitida fundamentalmente por el verbo *akoúo*. Tanto en Homero como en la prosa histórica este verbo está acompañado normalmente de una fuente identificada, sea un individuo o un colectivo, y es un mensaje evidentemente oral, como las palabras de un mensajero o un orador (Hom. *Il*. XVII 256; *Od*. XVI 32; Hdt. V 32; Thuc. II 72, 2; Xen. *Hell*. III 3, 4; IV 2, 3). En Homero, Néstor, por ejemplo, escucha el relato (*mýthon ákousas, Od*. III 94) de un viajero errante, mientras que, en Jenofonte, los delegados de las ciudades griegas escuchan al sátrapa

Tiribazo leer en voz alta las condiciones de la paz cerrada por el Rey Artajerjes en 386 (la llamada «paz de Antálcidas», *Hell*. V 1, 30-32). Estas noticias orales pueden transmitirse de boca en boca de forma ininterrumpida: Odiseo afirma haber oído una historia de Calipso, que a su vez la escuchó de Hermes (*Od*. XII 389-390), cadena de transmisión que corrobora Jenofonte cuando menciona la llamada que los soldados se van pasando unos a otros, desde el frente de la columna de marcha hasta la retaguardia, para alertar de un obstáculo (*An*. VI 5, 12-13). En otras ocasiones, sin embargo, la acción no tiene un informante identificado (Xen. *An*. VI 6, 34; *Hell*. VI 2, 31; Aen. Tact. 15, 10), y como mucho se indica que el mensaje se ha obtenido de «alguien» (Xen. *An*. VII 2, 14), o de «algunos» (Xen. *An*. VI 6, 34). En las fuentes, la acción de «escuchar» está contrapuesta a la de «enterarse»: Jenofonte, por ejemplo, describe cómo los generales «escuchan» *(akoúsantes)* la noticia de la muerte de Ciro por boca de dos mensajeros, pero el resto del ejército «se entera» *(pynthanómenoi)* por otros medios (*An*. II 1, 4).

El último paso en este espectro conceptual hacia la mayor implicación cognitiva del receptor en la obtención del mensaje es un grupo de verbos que transmiten la idea de «saber, conocer». Tanto el léxico como los contextos indican que ese «conocimiento» presupone una observación personal por parte del receptor, por lo que estos verbos sirven además de transición hacia el segundo campo de análisis, el de «observar, inquirir, indagar», como veremos. En Homero, el verbo principal es *eídon,* que ilustra esa fusión entre «ver» y «saber» (*Il*. XV 484; XVIII 53; XXII 25; *Od*. IV 524; XIV 382; XXIII 202), especialmente si se recalca el hecho de haberlo visto con los propios ojos (*ídon ophthalmoísin, Od*. XVI 470). En la prosa clásica, sin embargo, el verbo más recurrente es *mantháno,* que implica «conocer» lo que ha sucedido (*to ginómenon,* Hdt. IV 80, 2; VI 4, 2) o lo que se ha hecho (*ta poieúmena,* Hdt. I 61, 2). Este verbo no suele mostrar un informante identificado, por lo que el receptor «conoce» un suceso sin que se especifique cómo (Hdt. III 53, 7; V 115; IX 76, 1; Thuc. III 24, 3; Xen. *Hell*. V 4, 36), aunque la comprobación personal o *autopsía* suele ser la clave[15].

En conclusión, el campo léxico de la recepción de información pone de manifiesto, en primer lugar, la naturaleza predominantemente informal del fenómeno (el receptor obtiene información sin que haya una particular

preocupación en establecer cómo) y, en segundo lugar, la importancia de la *autopsía* como factor de verificación. Las formas de captación de información se insertan en un espectro que, por lo que respecta a la participación del receptor, va de lo involuntario («enterarse») a lo voluntario («saber»), en un proceso de gradual implicación que convierte por último al destinatario en testigo de la noticia («percibir» primero, «escuchar» después, y finalmente «conocer» por uno mismo). Ese patrón está ya presente en el vocabulario homérico *(pynthánomai - akoúo - eídon),* y se amplía en la prosa histórica de época clásica con el añadido de nuevos términos, especialmente *aisthánomai* en un extremo del espectro y *mantháno* en el otro. Este último caso conecta ya con el campo de la recopilación de información.

La recopilación de información

A diferencia de la recepción, la recopilación de información está representada en las fuentes por un vocabulario más diverso y variado, en torno a la noción general de «observar», pero menos abundante en referencias absolutas, y en el que los sustantivos tienen mayor presencia e importancia. En las fuentes, «ver, observar» está explícitamente contrapuesto a «oír, enterarse» (Hom. *Il*. XI 649-651; XVIII 53; Hdt. IV 166, 1). También es diferente el hecho de que la observación no es una tarea anónima: el «observador» suele ser una figura identificada, y a menudo es el sujeto de la acción. Una similitud, sin embargo, es que puede observarse de nuevo un espectro semántico en este campo, relacionado aquí con la implicación del observador en el esfuerzo de extraer información. En uno de los extremos, el de menor implicación, podrían situarse los verbos que transmiten la idea de «saber, conocer» (ubicados en una posición intermedia entre el campo de la recepción y el de la recopilación de información), que están relacionados con la inspección personal, con la vista (especialmente *eídon,* Thuc. IV 125, 2; VIII 79, 2)[16].

Y precisamente «ver» es la forma más general e inmediata de comenzar a recopilar información: en la Doloneia (Hom. *Il*. X 204-579), Odiseo y Diomedes necesitan no solo valor sino también buena vista (*Il*. X 224-226, 247) para llevar a cabo la tarea. El verbo *horáo* («ver») es sin duda el más común en este apartado (Hom. *Il*. XI 651; Thuc. IV 27, 1; VIII 11, 2), pero

otros muchos, como *eisoráo* («escrutar», Hom. *Il*. XXIII 464) o *periopéo* («otear», Hom. *Il*. XIV 8), pueden encontrarse también[17]. La acción de «ver» es, sin embargo, tan genérica que es difícil atribuirle ningún sentido estratégico específico; simplemente indica el hecho de haber presenciado o haber sido testigo de algo, con lo que la conexión entre el suceso y el receptor es directa, sin intermediarios.

A continuación, el siguiente paso en el espectro es la idea de «observar», que se transmite en las fuentes fundamentalmente mediante la familia de *skopéo* («observar») / *skopós* («observador»)[18]. El empleo del término *skopós* en época clásica para designar a vigías y exploradores, funciones específicas dentro de los ejércitos, ha oscurecido ligeramente el hecho de que, de nuevo, se trata de un término genérico que no implica necesariamente un «especialista» para la tarea. Este detalle es claro en los poemas homéricos, en los que multitud de figuras distintas pueden desempeñar momentáneamente esa función: por ejemplo, Polites, un hijo de Príamo, apostado sobre una tumba para otear los movimientos de los aqueos (*Il*. II 792), o el anciano Fénix como juez en una carrera de carros (*Il*. XXIII 359); Dolón también es identificado como *skopós* (*Il*. X 324), y aunque se le ha interpretado a menudo como «espía», en realidad se identifica como un «heraldo» (*kérykos, Il*. X 315) que responde a la llamada de Héctor a cambio de una recompensa o regalo (*Il*. X 303-312); también a cambio de una recompensa (dos talentos de oro) un aqueo, dispuesto por Egisto, vigila el regreso de Agamenón (*Od*. IV 524-526). En la prosa histórica clásica también pueden encontrarse ejemplos de «observadores» cuya función parece circunstancial (Thuc. VIII 103, 2. Aen. Tact. 6, 1).

Por último, cuando la observación es muy minuciosa se convierte en una «inspección», que es el sentido que encontramos en un amplio conjunto de verbos[19]. En este grupo habría que incluir un verbo homérico, *metalláo* (relacionado con *métallon,* «mina»), que, en una interesante metáfora minera, adquiere el significado de «indagar, investigar»; en los poemas, se emplea a menudo cuando una persona interroga a un recién llegado en busca de noticias (Hom. *Il*. I 553; *Od*. III 243; XV 402; XXIII 99).

Para recapitular, pues, la captación de información supone la plasmación léxica de la idea de la *autopsía,* de la necesidad de que el receptor sea testigo directo de los acontecimientos y los contemple con sus propios ojos. Aunque esta actividad no es anónima, y el observador está siempre

identificado en las fuentes, el vocabulario presenta nuevamente acciones genéricas que individuos de condición diversa, no únicamente «especialistas», pueden llevar a cabo. Ese vocabulario muestra, una vez más, una gradación semántica relativa al nivel de implicación del receptor en la obtención de la información, desde la simple idea de «ver», que indica escasa implicación y no conlleva necesariamente la búsqueda de información, a la de «inspeccionar, indagar», que muestra un interés específico por obtener noticias.

La transmisión de información

El campo de la transmisión de información está completamente dominado por una familia léxica, la de *aggéllo*/*aggelía,* que representa la idea de «anunciar, informar». El uso del verbo *aggéllo* y sus compuestos en las fuentes, sin embargo, muestra, como veremos, una clara distinción entre el empleo de formas activas, que conllevan la noción de «dar una noticia» y que suelen mostrar al informante identificado, y las formas pasivas o mediopasivas, que representan la idea de «recibir una noticia» (en realidad, «ser informado») y en la mayoría de los casos no identifican al informante, porque se construyen sin un agente explícito.

En los poemas homéricos, sin embargo, la transmisión comienza con el sencillo acto de «decir, contar», materializado en verbos como *légo* («hablar, decir», *Il*. X 405; XXIV 75; *Od*. IV 677; XV 314), *phemí* («decir, contar», *Il*. XVI 14; *Od*. XIV 327) o *mythéomai* («contar, narrar», *Il*. XI 201), junto con los sustantivos *épos* y *mýthos* («dicho, relato», *Il.* VII 394; XI 839; *Od.* IV 329; XI 492), que en ciertos contextos pueden interpretarse como «mensaje». Esta práctica se mantiene, menos frecuente, en la prosa de época clásica (Hdt. II 32, 3; Xen. *An*. I 2, 21; IV 4, 9; *Hell*. I 4, 2). Es importante señalar, por un lado, que en algunos casos el informante no está identificado[20] y, por otro lado, que en los poemas homéricos hay ya una cierta preocupación por que la transmisión sea fidedigna, precisa y detallada: es necesario contar todo «como uno mismo lo ha sabido» (*Od*. XVII 44) o «como corresponde» (*katá moíran, Od*. XIII 385) y diciendo «la verdad» (*aletheíen, Od*. XVII 122), de forma que uno «se entere bien» (*Od*. XIV 185-186).

La idea de «anunciar, dar/recibir una noticia» propiamente dicha se

representa en lengua griega mediante el verbo *aggéllo* y sus compuestos, cada uno de los cuales añade un matiz adicional[21]. La gran variedad de compuestos pone de manifiesto la importancia de esta familia léxica y la necesidad literaria de proporcionar matices que tienen un uso contextual. Sin embargo, en algunas ocasiones el informante no está identificado, o está representado de forma vaga e imprecisa (Xen. *Hell*. II 2, 3), y en otras, como ya se ha comentado, los verbos se presentan en voz pasiva o mediopasiva pero se construyen sin un agente identificado ni concreto: así, «algo es anunciado» (Aen. Tact. 15, 1), simplemente, o bien la noticia llega «de muchos sitios» (Thuc. VI 32, 3), sin especificar por boca de quién (Hdt. VI 26, 1; Thuc. II 6, 2; VI 32, 3; Xen. *Hell*. III 2, 18; Aen. Tact. 4, 8; 15, 1). Algo similar sucede con el sustantivo *aggelía* («mensaje, noticia»), pues en ocasiones se identifica al portador de la noticia (Hom. *Il*. IV 384; XVIII 20; *Od*. X 245; XVI 329), que la «lleva» *(phéro, pémpo)* o la «proclama» *(apéeipon),* pero en muchas otras no (Hom. *Il*. XIX 337; *Od*. VII 263; Hdt. V 108, 1; Thuc. VIII 15, 1), y entonces el receptor simplemente «se entera» (*pynthánomai,* Hom. *Il*. XIX 337) del mensaje, o este «se escucha» (*klýo,* Hom. *Il*. XVI 13; *Od*. II 42), o simplemente «llega» (*érchomai, aphiknéomai,* Hdt. VIII 14, 2; Thuc. III 33, 2; VIII 15, 1). La noticia, como se ve, es a menudo un mensaje verbal, que «se dice» (Thuc. II 5, 1) y que puede llegar de diversas fuentes (Thuc. III 33, 2).

Cuando los textos mencionan a un mensajero de algún tipo, este normalmente se «envía» *(pémpo, epistéllo)* a un destino concreto para desempeñar su tarea (Hdt. III 122, 3; V 108, 2; Thuc. I 131, 1; III 24, 3; Xen. *An*. I 4, 16); la acción es tan común que el mensajero puede aparecer elidido, en un tipo de construcción sin objeto directo en la que *ággellos*/*aggelía* se dan por sobreentendidos[22]. Los términos predominantes en las fuentes para representar a los mensajeros son dos: *ággelos* (Hom. *Il*. X 286; XXIV 173; *Od*. XII 374; XXIV 413; Hdt. III 58, 3; VII 145, 2; Xen. *Hell*. I 2, 21; VII 2, 23), que hace referencia de manera general a cualquier individuo que lleve un mensaje, sea esa su función habitual o no[23], y *presbeús* (Hdt. III 58, 1; Thuc. V 82, 4; VII 25, 1; Xen. *Hell*. V 1, 32), que designa a un delegado oficial nombrado por una comunidad para negociar o comunicar cualquier cuestión[24]. Estos últimos no son ya específicamente mensajeros, sino que sus funciones, mucho más amplias, están relacionadas más bien con la diplomacia y la negociación en

general. En una posición compleja se encuentra el *kéryx* («heraldo», Hom. *Il*. XII 340; XXIV 352; *Od*. XVI 469; XX 275) homérico, que aparece en los poemas como una especie de portavoz y mensajero formal de los líderes aqueos[25], pero que también se ocupa de tareas diversas, como preparar y trinchar la carne, mezclar y escanciar el vino, o hacer recados, a modo de sirviente «oficial» (Hom. *Od*. III 338; XIII 64; XIX 135; XXII 357).

En resumen, pues, el vocabulario indica que la transmisión de información es una actividad a menudo informal, que puede encomendarse a cualquiera, y que no implica necesariamente una posición oficial. Además, aunque sabemos de multitud de mensajes escritos, el léxico da por sentado que la información es normalmente oral y que el mensajero debe transmitirla con la mayor fiabilidad posible. Lo ideal, por tanto, es que el mensajero sea además testigo directo de la noticia, como pone de manifiesto el peculiar verbo *autaggéllo* («informar/llevar la noticia uno mismo», Thuc. III 33, 2). De nuevo, la *autopsía* resulta ser una noción clave.

LA GESTIÓN DE LA INFORMACIÓN EN CONTEXTO

El análisis del léxico pone de manifiesto la preocupación permanente que los griegos sentían por la calidad y la fiabilidad de la información, que les inspiraba una natural desconfianza. También, que las actividades relacionadas con la gestión de la información eran mayoritariamente espontáneas, informales y desorganizadas: suelen ser acciones anónimas o impersonales, y cuando se identifican agentes concretos, a menudo son figuras sin una responsabilidad específica o formal, sino voluntarios circunstanciales[26]. Por último, la noticia es una comunicación oral, que se transmite principalmente de boca de mensajero a oído de destinatario. Todo ello conduce a una noción que se aleja de la nuestra, en la que la información es un bien estratégico que es objeto de control y manipulación, para esbozar más bien una visión en la que esta es un flujo autónomo que se mueve por infinidad de caminos y sobre el que no puede ejercerse un control total o efectivo.

Las tramas y los contextos narrativos de las fuentes corroboran también estas dos conclusiones. Por un lado, que la información es una corriente incontrolable se manifiesta en la forma en la que los griegos entendían el

fenómeno del rumor y su dispersión[27]. En los poemas homéricos, por ejemplo, se resalta la necesidad de «escuchar la fama» (*akoúses kléos, Od*. I 282-283; II 216-217), que proviene del propio Zeus, y todo aquello que «se dice» (*phási, Od*. III 188; 212), pues los rumores circulan sin control: tras asesinar a los pretendientes, Odiseo se prepara para las represalias que llegarán con seguridad una vez «corra el rumor» (*phátis eísin, Od*. XXIII 362). De ahí que el término para el rumor, *óssa,* esté relacionado con *óps* («voz», y por tanto con *épos,* «palabra, dicho»), y que sea algo que se escuche (*óssan akoúses, Od*. I 282; II 216) y que de hecho pueda actuar como «mensajero» (*óssa ággelos, Od*. XXIV 413).

La implicación es que las noticias se expanden y difunden de manera casi automática, como afirma Tucídides (Thuc. VI 46, 5) cuando narra el modo en que se difundió por el ejército ateniense en Sicilia la noticia de que no había riqueza alguna en la ciudad de Egesta, tal y como les habían hecho creer y como los propios atenienses habían propalado alegremente por Atenas (Thuc. VI 46, 4). La manera en la que se difunden rumores y noticias es, por tanto, espontánea e incontrolable, y radica en el convencimiento de los griegos de que las reuniones y los eventos colectivos son el espacio ideal para la propagación de información: los atenienses, por ejemplo, se enteran de la defección de sus aliados al asistir a los Juegos Ístmicos en 412 a.e.c. (Thuc. VIII 10). Ya Homero asumía que, en una conversación con su dueña, los siervos pueden enterarse de muchas cosas (*Od*. XV 377), y eso explica también que las asambleas fuesen un lugar privilegiado de intercambio de información, y por tanto uno de los ámbitos que someter a control en caso de amenaza[28]: Eneas Táctico, por ejemplo, parte de la base de que las instrucciones que un general imparte en la ciudad se van a saber en el campamento enemigo (IX 2), y de hecho explica cómo se puede usar eso en beneficio propio.

Complementario a la espontaneidad del rumor, por otra parte, es el hecho de que, a juzgar por las fuentes, los griegos asumen que cualquiera, literalmente, puede llevar una noticia (y, a la inversa, que una noticia puede proceder de cualquier parte). En los poemas homéricos, son los viajeros los que llevan de un lado a otro la información, por eso al desconocido que llega se le «interroga» (con ese peculiar verbo, *metalláo*) en busca de novedades (*Od*. I 169-177; XII 34-36): Penélope es una figura particularmente ávida de noticias, y por tanto interroga a todo el que llega a

Ítaca (*Od*. XIV 126-130; 375), incluidos su hijo Telémaco al regreso de su viaje (*Od*. XVII 41-44; 104-107) y más tarde el mendigo (Odiseo disfrazado, *Od*. XVII 508-511; XIX 93-360). Por esta razón también, al habitar con los lotófagos no solo olvidas el regreso sino también «llegar con noticias» (*apaggeílai, Od*. IX 93-95) a casa, que es lo que se espera de todo viajero.

El portador de noticias puede ser desde un heraldo, como Medonte (*Od*. IV 675-680), a un huésped de Odiseo (Atenea disfrazada de Mentes, *Od*. I 194-205), o al propio Odiseo (bajo un disfraz, *Od*. XV 313-314). Sin embargo, en ocasiones el mensajero es literalmente cualquiera: «un hombre» (*tís brotón, Od*. I 282; II 216), o incluso un individuo errante (*plazoménou, Od*. III 95; IV 325; *tis anér alalémenos, Od*. XIV 122)[29]. Cuando se trata de un encargo, por último, parece confiarse más en subordinados de algún tipo, como Eumeo (*Od*. XVI 130-134) o Arneo, el mendigo de Ítaca, que se gana la vida llevando los recados a los pretendientes, de ahí su sobrenombre de «Iro» (la forma masculina de Iris, *Od*. XVIII 5-7). Ello explica también que quien lleva una noticia lo haga a menudo a cambio de una recompensa[30].

En la prosa histórica de época clásica la situación es idéntica: Heródoto habla de un desconocido, natural de Histiea, que lleva a los persas la noticia de que la flota griega había huido de Artemisio (Hdt. VIII 23, 1); Tucídides cuenta cómo un espartano, Jenofantidas, también desconocido, va a Rodas para informar de que la flota peloponesia debe dirigirse urgentemente a Quíos (Thuc. VIII 55, 2); Jenofonte menciona a «uno» que lleva a Esparta la noticia de la derrota en la batalla de Leuctra (Xen. *Hell*. VI 4, 16). Casos como estos, más frecuentes de lo que se suele aceptar, deben ponerse en conexión con los abundantes ejemplos de *pynthánomai* y *aisthánomai* analizados más arriba, en los que la información es recibida de manera anónima y espontánea, puede llegar de muchos sitios (*pantachóthen*/*pollachóthen,* Thuc. III 33, 2; VI 32, 3) y es difícil de controlar; de hecho, aunque Eneas Táctico propone intervenir y revisar el correo de los habitantes de una ciudad sitiada (10, 6), expulsar a los vagabundos e inscribir en una lista a los visitantes (10, 10), no se tiene constancia en ninguna otra fuente de medidas similares.

Ello provoca que los griegos sitúen el énfasis en la calidad y fiabilidad de las noticias, que dejan normalmente mucho que desear[31]. Es común que

la información no sea precisa, o que resulte contradictoria entre las diferentes fuentes, por lo que a menudo es desmentida, corregida o completada. Tucídides, por ejemplo, se lamenta de que se creyese a los informantes en el caso de los *herma,* sin buscar comprobaciones adicionales (Thuc. VI 27-28), y describe cómo los plateos asediados en 427 a.e.c. se vieron confundidos por una falsa información y modificaron su estrategia una vez que «supieron la verdad» (Thuc. III 24, 2-3).

Así pues, ante la incertidumbre, es frecuente que el receptor de noticias deba decidir primero si se las cree o no. Esto no resulta fácil: en la *Odisea,* se asume que un mendigo se inventará cualquier historia con tal de recibir una recompensa (XIV 131-132), de ahí que Odiseo, todavía de incógnito en Ítaca, se comprometa a no recibir ningún regalo hasta que se cumpla lo que anuncia (XIV 151-157), pues le resulta «odioso, al igual que las puertas de Hades, el hombre que pretende aliviar su miseria contando patrañas» (XIV 156-157). Penélope también teme que la engañen, «pues muchos maquinan las más pérfidas trazas» (XXIII 215-218), y Eumeo se hace eco de los «hombres errantes y faltos de todo» que «llegan siempre contando embusteras historias; no hay forma de que digan verdad, y el que a Ítaca arriba, a mi dueña suele ir refiriendo patrañas» (XIV 124-127). Alcínoo, por último, se congratula de haber podido diferenciar a Odiseo de «un charlatán embustero de los muchos que nutre el oscuro terruño y que vagan amasando consejas de nadie entendidas» (XI 363-366). De hecho, en época posterior el término *logopoiós* («escritor de discursos») irá adquiriendo gradualmente connotaciones negativas hasta designar a los mentirosos y urdidores de «historias» (Dem. IV 48-49; XIX 288; Plut. *Nic*. 30, 3)[32].

Ante semejante panorama, es difícil creer las noticias que llegan: en los poemas homéricos, Telémaco desconfía de todos los viajeros y adivinos que vaticinan el regreso de su padre (*Od*. I 414-416), y tampoco Eumeo cree al extranjero (el propio Odiseo disfrazado), pues otro viajero, un etolio, ya le mintió una vez (*Od*. XIV 363-365; 378-385); Penélope pone a prueba al mendigo para verificar la información que le da (*Od*. XIX 215-260), y también el anciano Laertes pide una prueba a Odiseo de que es realmente quien dice ser (*Od*. XXIV 327-329)[33]. En un significativo pasaje, Néstor valora la credibilidad del sueño que Agamenón afirma haber tenido: «Si algún otro de los aqueos hubiera relatado el sueño, *afirmaríamos que es mentira* y nos alejaríamos con más razón. Mas lo ha visto *(íden)* quien se

jacta de ser el mejor de los aqueos» (*Il*. II 80-82). Así pues, el prestigio de Agamenón es el certificado que la noticia necesita[34].

En la prosa histórica de época clásica, los ejemplos de similar desconfianza se multiplican: según Heródoto, el ateniense Arístides anunció a los comandantes griegos en la víspera de la batalla de Salamina que la flota griega se encontraba totalmente rodeada, aunque estos se negaron a creerlo (Hdt. VIII 81); a Siracusa llegaban noticias de todas partes *(pollachóthen)* de la inminente amenaza de la expedición ateniense en 415 a.e.c., pero los siracusanos no les dieron crédito (Thuc. VI 32, 3), por lo que uno de sus líderes, Hermócrates, tuvo que hablar ante la asamblea para convencerlos del peligro, alegando estar «perfectamente informado sobre el asunto» (Thuc. VI 32, 3; 33, 1); más tarde, tampoco los atenienses creerán las noticias que les lleguen sobre el desastre en Sicilia, a pesar de escucharlo de boca de algunos supervivientes (Thuc. VIII 1; Plut. *Nic*. 30); el general Ifícrates desconfiará de las noticias sobre la muerte de Mnasipo, porque no las ha recibido de un testigo *(autóptou),* y pensará que puede ser un truco (Xen. *Hell*. VI 2, 31).

Esta última anécdota incide de nuevo en una cuestión que se ha revelado como crucial en la manera en que los griegos conciben la fiabilidad de la información: la *autopsía,* es decir, la comprobación directa de un suceso como testigo[35]. Como se ha visto, el léxico muestra gran preocupación por el hecho de que uno mismo capte las noticias, con sus propios ojos, y que estas se transmitan y conozcan «con claridad», de modo exhaustivo y verídico. Por ello, ser testigo de algo, o haberse informado detalladamente, proporciona cierta autoridad a la hora de hablar sobre ello, como reclamaba el siracusano Hermócrates. De hecho, Tucídides asienta la fiabilidad de toda su obra histórica precisamente en su capacidad, afirma, para transmitir con rigor aquello que ha presenciado personalmente e informarse con detalle de aquello que no (Thuc. I 1; I 20-22; V 26), como los sucesos de la plaga de Atenas (Thuc. II 48, 3)[36].

Un testigo tiene, por tanto, mayor peso en la credibilidad de la información, y transmitirá mejor las noticias (Aen. Tact. 6, 2-3). Además, ciertas cosas deben comprobarse por uno mismo en lugar de saberlas de oídas, como Jenofonte afirma en la anécdota sobre la belleza de la cortesana Teodota: «Tendríamos que ir a verla, dijo Sócrates, pues no se puede conocer de oídas lo que supera todo elogio de palabra» (Xen. *Mem*. III 11,

1). Eurípides es todavía más claro, en palabras de Demofonte, rey de Atenas: «Ha llegado el ejército argivo y su señor Euristeo. Yo mismo lo he visto *(eídon).* Pues es necesario que un hombre que afirma saber conducir ejércitos no observe *(horán)* a los enemigos mediante mensajeros» (*Heracl*. 390-392).

Así pues, la suspicacia hacia las noticias y los informadores, la dependencia de mecanismos informales de captación y transmisión de la información, y la necesidad de la inspección y observación propias como criterio fundamental de credibilidad representan los aspectos centrales de la experiencia griega en torno a la gestión de la información, a juzgar por las principales narrativas literarias. Estos rasgos, que se destilan también del propio léxico, ponen de manifiesto que la información y su credibilidad representaban una preocupación central para los griegos. Sus respuestas a ese desafío fueron, por un lado, seleccionar una serie de criterios para aumentar el rigor y la credibilidad de las noticias y, por otro, generar sistemas formales y especializados para captar y transmitir la información (mensajeros, embajadores, espías).

CONCLUSIONES. ODISEO Y LAS SIRENAS

Cuando, en la primavera del año 430 a.e.c., estalló una plaga en la ciudad de Atenas, rápidamente circularon rumores que acusaban a los lacedemonios, que se encontraban invadiendo el Ática, de haber envenenado los pozos (Thuc. II 48, 2). Al extenderse la enfermedad por la ciudad, los atenienses buscaron respuestas y soluciones en súplicas en los santuarios y en consultas a los adivinos y oráculos (Thuc. II 47, 4). Los más ancianos, entonces, recordaron un antiguo oráculo que relacionaba una «guerra doria», bien con una hambruna *(limós),* bien con una plaga *(loimós),* así como otro oráculo, recibido por los espartanos, que les prometía ayuda divina si luchaban contra Atenas (Thuc. II 54). En aquel momento, por tanto, los atenienses se vieron rodeados de informaciones contradictorias, tanto nuevas como antiguas, que contribuyeron a aumentar la confusión. Nada, salvo el tiempo, pudo aclarar la situación y, en una encrucijada crítica para la ciudad, ninguna tarea de «inteligencia» se llevó a cabo para arrojar luz sobre las dos grandes cuestiones: cuál era la causa del mal y cómo podía combatirse.

El análisis del léxico en las principales narrativas literarias ha puesto de manifiesto un concepto de la información muy diferente al nuestro. Articulado en tres grandes ámbitos o «campos» (la captación, la recopilación y la transmisión de la información), el léxico griego es de naturaleza genérica y escasamente técnica, y refleja actividades no especializadas, como «percibir», «observar» o «hablar»; en una amplia mayoría de casos, esas acciones son, o bien impersonales, o bien de sujeto genérico o impreciso, y «cualquiera» puede llevarlas a cabo; dentro de cada campo, el léxico se ordena en un espectro semántico que plantea una creciente participación del sujeto en la acción, ya sea de captar, de recopilar o de transmitir la información, y se completa con expresiones que refuerzan la necesidad y conveniencia de dicha participación activa («enterarse» se convierte en «saber», «ver» en «indagar», «hablar» en «informar»). El léxico demuestra que la gestión de la información tiene una naturaleza fundamentalmente espontánea, informal y desorganizada en el mundo griego.

Los principios de la teoría «realista» de las relaciones internaciones planteaban ya un marco coherente con estas conclusiones. El «principio de incertidumbre», tal y como lo aplican los teóricos «realistas», y sus implicaciones coinciden en gran medida con los resultados del análisis del léxico llevado a cabo aquí: la información es un flujo autónomo, espontáneo y complejo de noticias que funciona al margen de cualquier entidad política y resulta difícilmente controlable por ellas; las noticias a menudo «llegan», simplemente, de formas diversas y en un flujo constante, y las informaciones nuevas se mezclan con las antiguas; dichas entidades políticas, y los individuos que las lideran, muestran una desconfianza automática hacia las noticias que llegan, ya sea por su calidad, por su acumulación o por la condición del informante; ello provoca una preocupación permanente por destilar información fiable y verídica, y la búsqueda de diferentes mecanismos de «evaluación» para confirmar la información; entre ellos destaca la *autopsía,* la posibilidad de ser (o contar con) un testigo directo, pero el estatus del informante y la naturaleza formal o informal del canal resultan también decisivos en la credibilidad de una noticia. Si imaginamos la información como la incesante y caótica circulación de los vientos, que no se puede controlar o canalizar, la teoría «realista» dibuja un contexto, por tanto, en el que el principio de

incertidumbre rige sobre un auténtico vendaval de noticias.

En esa imagen, las sirenas con las que comenzaba este artículo materializan la figura ambivalente del informante. Seres de cuestionable credibilidad, las sirenas saben muchas cosas, y ese saber atrae a los viajeros y caminantes, que captan en su ruta, de forma espontánea, los ecos de esas noticias. El saber de las sirenas, sin embargo, tiene consecuencias funestas, y el viajero precavido debe ser suspicaz y no confiar del todo; debe, como Odiseo, ver y escuchar por sí mismo a una prudente distancia. Mientras, la barca de Odiseo, que representa a su vez a los individuos y a las comunidades, ávidos de noticias, capea los vendavales en un peregrinar perpetuo, captando con sus velas las corrientes caprichosas de los vientos.

BIBLIOGRAFÍA

Carey, Daniel (2016), «Truth, Lies, and Travel Writing», en Carl E. Thompson (ed.), *Routledge Companion to Travel Writing,* Londres, Routledge, 3-14.

Dembskey, Evan (2011), «Information Warfare in Greece and Rome: Cryptography and Steganography», en Julie Ryan (ed.), *Leading Issues in Information Warfare and Security Research,* Reading, Academic Publishing International Limited, 20-34.

Dinter, Martin y Khoo, Astrid (2019), «Messenger Scenes in Greek Epic», en Christiane Reitz y Simone Finkmann (eds.), *Structures of Epic Poetry,* vol. II.1, Berlín, De Gruyter, 481-500.

Durán López, María de los Ángeles (1999), «Bardos, heraldos y mensajeros en los poemas homéricos», en Aurelio Pérez y Gonzalo Cruz Andreotti (eds.), *Aladas palabras. Correos y comunicaciones en el Mediterráneo,* Madrid, Ediciones Clásicas, 9-38.

Dvornik, Francis (1974), *Origins of Intelligence Services,* New Brunswick, Rutgers University Press.

Echeverría, Fernando (2024), «El concepto del viaje en la poesía homérica», en Antonio I. Molina Marín y Mario Agudo Villanueva (eds.), *Filalexandros: La última frontera de Alejandro. Homenaje al profesor Francisco Javier Gómez Espelosín*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 41-57.

Eckstein, Arthur (2003), «Thucydides, the Outbreak of the Peloponnesian

War, and the Foundation of International Systems Theory», *International History Review* 25/4, 757-774.
— (2006), *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome*, Berkeley, University of California Press.
— (2017), «Thucydides, International Law, and International Anarchy», en Sara Forsdyke, Edith Foster y Ryan K. Balot (eds.), *The Oxford Handbook of Thucydides*, Oxford, Oxford University Press, 491-514.
Engels, Donald W. (1980), «Alexander's Intelligence System», *Classical Quarterly* 30/2, 327-340.
Forde, Steven (2012), «Thucydides and Realism Among the Classics of International Relations», en Katherine Harloe y Neville Morley (eds.), *Thucydides and the Modern World. Reception, Reinterpretation and Influence from the Renaissance to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 178-196.
Fornieles, Raquel (2023), *The Concept of News in Ancient Greek Literature,* Berlín, De Gruyter.
Gerolymatos, André (1986), *Espionage and Treason: A Study of the Proxenia in Political and Military Intelligence Gathering in Ancient Greece,* Ámsterdam, Gieben.
Gotteland, Sophie (1997), «La rumeur chez les orateurs attiques: vérité ou vraisemblance?», *L'Antiquité Classique* 66, 89-119.
— (2001), «Rumeur et politique dans la cité grecque à l'époque classique», *Hypothèses* 1/4, 267-279.
Gottesman, Alex (2014), *Politics and the Street in Democratic Athens,* Cambridge, Cambridge University Press.
Hunter, Virginia (1990), «Gossip and the Politics of Reputation in Classical Athens», *Phoenix* 44, 299-325.
Larran, Francis (2011), *Le bruit qui vole: histoire de la rumeur et de la renommée en Grèce ancienne,* Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
Levin, Itamar (2023), «News and the Family in Ancient Greece», *Classical Journal* 119.2, 159-188.
Lewis, Sian (1996), *News and Society in the Greek Polis,* Londres, Duckworth.
Moles, J. (1993), «Truth and Untruth in Herodotus and Thucydides», en Christopher Gill y Timothy P. Wiseman (eds.), *Lies and Fiction in Ancient World*, Liverpool, Liverpool University Press, 88-121.

Morley, Neville (2018), «Thucydides: The Origins of Political Realism?», en Robert Schuett y Miles Hollingworth (eds.), *The Edinburgh Companion to Political Realism,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 111-123.
Mosley, Derek J. (1972), «Diplomacy in Classical Greece», *Ancient Society* 3, 1-16.
— (1973), *Envoys and Diplomacy in Ancient Greece*, Wiesbaden, Steiner.
Nenci, Giuseppe (1955), «Il motivo dell'autopsia nella storiografia greca», *Studi Classici e Orientali* 3, 14-46.
Reincke, Gerhard (1935), «Nachrichtenwesen», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* 16.2, cols. 1496-1541.
Richmond, John A. (1998), «Spies in Ancient Greece», *Greece & Rome* 45, 1-18.
Riepl, Wolfgang (1913), *Das Nachrichtenwesen des Altertums mit besonderer Rücksicht auf die Römer,* Leipzig, Teubner.
Rood, Tim (2006), «Objectivity and authority», en Antonios Rengakos y Antonios Tsakmakis (eds.), *Brill's Companion to Thucydides,* Leiden, Brill, 225-250.
Russell, Frank S. (1999), *Information Gathering in Classical Greece,* Ann Arbor, University of Michigan Press.
— (2013), «Finding the Enemy: Military Intelligence», en Brian Campbell y Lawrence Tritle (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World,* Oxford, Oxford University Press, 474-492.
Schepens, Guido (1980), *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du Ve siècle avant J.C.,* Bruselas, Palais des Académies.
— (2007), «History and Historia: Inquiry in the Greek Historians», en John Marincola (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography,* Londres, Wiley, 39-55.
Starr, Chester G. (1974), *Political Intelligence in Classical Greece*, Leiden, Brill.
Thalmann, William G. (2011), «Heralds», en Margalit Finkelberg (ed.), *Homer Encyclopedia*, Malden, Wiley-Blackwell.

---

[1] Para las citas de los poemas homéricos, Heródoto, Tucídides y Jenofonte, se emplean en

general las traducciones, revisadas, de la Biblioteca Clásica Gredos.

[2] Idéntica opinión en Levin 2023, 163-165.

[3] Riepl 1913; Reincke 1935. Dvornik trata el caso griego en apenas trece páginas (1974, 33-46).

[4] Starr 1974.

[5] Starr 1974, 19-20.

[6] Russell 1999; 2013.

[7] Starr 1974; Engels 1980; Gerolymatos 1986; Richmond 1998; Russell 1999, 3-6; Dembskey 2011, 22.

[8] Gerolymatos 1986; Lewis 1996; Levin 2023. Lewis, por ejemplo, presenta las noticias como un objeto ante todo social, y afirma que ningún ámbito de la vida cotidiana en la polis se encontraba ajeno a la influencia de la constante circulación de información (Lewis 1996, vii).

[9] Eckstein 2003; 2006; 2017; Forde 2012; Morley 2018.

[10] Eckstein 2006, 1, 12-14.

[11] «Uncertainty principle», Eckstein 2006, 17, 59, 69-70, 190.

[12] Gerolymatos 1986, 3; Russell 1999. Un tratamiento filológico más exhaustivo, aunque exclusivamente del campo de la transmisión de información, en Fornieles 2023.

[13] Para Russell, sin embargo, este verbo, acompañado de adverbios, es indicativo de «inteligencia» (1999, 6 n. 8).

[14] Tanto aquí, como en el resto del capítulo, las referencias no son exhaustivas o completas, ni pretenden ser representativas de la cantidad de casos existentes.

[15] Por ejemplo, en Hdt. III 14, 3 (*proión kai mathón,* «al ver y reconocer»). La variante *katamantháno,* «observar, examinar», indica que el receptor «conoce» lo que sucede por sí mismo: Xen. *An*. V 7, 14; *Hell*. IV 8, 26.

[16] Una función idéntica desempeña en Homero el verbo *noéo,* «comprender, entender» (*Il*. V 590).

[17] También aparecen negaciones retóricas (lítotes), muy características de la lengua griega: «No se le escapó/pasó desapercibido» (*oud' élath',* Hom. *Il*. XIV 1; XV 583; XVII 89; XX 112; XXIII 388).

[18] Por ejemplo, *skopiázo* («observar», Hom. *Il*. X 40), *diaskopiáomai* («observar con detalle», Hom. *Il*. X 388), *episkopéo* («supervisar, vigilar», Xen. *Hell*. III 2, 11), de donde se derivan *epískopos* («observador, supervisor», Hom. *Il*. X 342), *katáskopos* («observador», Hdt. VIII 21; Thuc. VIII 41, 1), *hemeróskopos* («vigilante», Aen. Tact. 6, 1). Para *skopéo*/*skopós*, véase Russell 1999, 11-22, 24-27.

[19] *exeréo*/*exereeíno* («investigar, averiguar», Hom. *Od*. X 14), *éromai* («inquirir», Hom. *Od*. XIV 378), y *sképtomai* («indagar», Xen. *Hell*. V 1, 22) y su compuesto *episképtomai* («inspeccionar», Xen. *Hell*. III 2, 6).

[20] Ya sea porque el verbo está en voz mediopasiva, indicando de forma impersonal que algo «se dijo» (Xen. *An*. I 7, 11; *Hell*. II 3, 56), o porque el informante no se explicita y permanece intencionadamente ambiguo (Xen. *An*. I 8, 18, «dicen algunos»; *Hell*. III 3, 4, «uno»).

[21] En voz activa y con informante identificado: *aggéllo:* Hdt. II 152, 4; Thuc. VI 46, 1; Xen. *An*. I 3, 21; *Hell*. IV 5, 7. *Anaggéllo* («anunciar, proclamar»): Thuc. IV 122, 2. *Apaggéllo* («traer noticias, informar de vuelta»): Hdt. IV 151, 3; Thuc. III 24, 3; Xen. *An*. I 4, 13; *Hell*. V 1, 32. *Diaggéllo* («proclamar, difundir»): Aen. Tact. 6, 1. *Exaggéllo* («desvelar, revelar»): Hdt. III 122, 3; Thuc. VIII 51, 1; Xen. *Hell*. III 4, 1. *Paraggéllo* («pasar, difundir la noticia»): Xen. *Hell*. II 2, 3. *Periaggéllo* («informar en derredor, difundir»): Thuc. IV 122, 1. Estudio en profundidad en Fornieles 2023.

[22] Por ejemplo: «Temístocles envió *(pémpei)* en secreto a los atenienses animándolos a que…» (Thuc. I 91, 3, se sobreentiende «un mensaje/mensajero»). Más casos: Hdt. II 152, 3; VIII 98, 1; Thuc. V 64, 4; VIII 97, 3.

[23] En los poemas homéricos, un «mensajero» es cualquier individuo al que se le encomienda transmitir un mensaje o hacer un recado, como Belerofonte (*Il*. VI 168-177), Patroclo (*Il*. XV 390-405; XVI 1-45), Eumeo (*Od*. XV 40-42; XVI 130-134), Euriclea (*Od*. XVI 151-153), o el propio Telémaco (*Od*. XXII 390-400). Con más profundidad en Russell 1999, 143-145; Durán López 1999, 30-31; Dinter y Khoo 2019; Fornieles 2023.

[24] Véase Mosley 1972; 1973; Russell 1999, 63-70.

[25] Véase Thalmann 2011; Fornieles 2023 (esp. 1-33).

[26] Lewis 1996, 8; Levin 2023, 166.

[27] Sobre el rumor en la cultura griega, véase Hunter 1990; Gotteland 1997; 2001; Larran 2011. También Starr 1974, 23-24, 32-35; Gottesman 2014, 18-19, 69-76, 83-86.

[28] Starr 1974, 13-16; Lewis 1996, 97-123; Russell 1999, 198-199. Sobre la capacidad de un ciudadano medio para estar informado en la asamblea, cfr. Russell 1999, 165-168.

[29] Sobre los viajeros, errantes y vagabundos en los poemas homéricos, cfr. Gómez Espelosín 1996, 30-41, 70-84; Echeverría 2024. Sobre viajeros y noticias en general: Starr 1974, 19-28; Lewis 1996, 31-46, 75-96; Levin 2023, 166-169.

[30] Una túnica o un manto (*Od*. XIV 131-132), o regalos en general (*Od*. XVII 163-165; 556-559; XIX 309-311). Recompensas en el contexto de «información dirigida» («targeted reports»): Levin 2023, 169-177.

[31] Lewis 1996, 77-80; Russell 1999, 166-168, 176-181.

[32] Starr 1974, 32-33; Gottesman 2014, 83-86.

[33] Sobre el viajero como mentiroso y sobre la veracidad de las noticias que transmite, cfr. Carey 2016.

[34] Lewis 1996, 85-89.

[35] Nenci 1955; Schepens 1980; Lewis 1996, 89-91.

[36] Sobre el principio de autoridad de los historiadores clásicos: Moles 1993; Rood 2006; Schepens 2007.

VII
GRECIA DURANTE LA GUERRA DEL PELOPONESO
Continuidad y cambios en inteligencia[1]

Frank Russell

Cuando se yuxtapone a las complejas y sofisticadas organizaciones de los Imperios mesopotámicos, la contribución griega a los desarrollos en la dirección y en la práctica de la inteligencia parece, en el mejor de los casos, modesta[2]. Sin embargo, las experiencias de la antigua Grecia resultan de profunda importancia, pues suscitaron preguntas sobre la relación de la recopilación de inteligencia –especialmente la encubierta– con las constituciones democráticas y representativas. Los griegos de los Estados democráticos asociaron los mecanismos de inteligencia eficientes, organizados y permanentes con potencias tiránicas y extranjeras. «La libertad», como afirmaba el orador ateniense Demades, «no se preocupa por un espía» *(eleútheria otakoustèn ouk eulabeîtai)*[3]. Sin embargo, se hallan abundantes testimonios sobre espías, exploradores, informantes y una gran cantidad de otros agentes y fuentes que los Estados griegos, democráticos o no, desplegaron unos contra otros. La retórica y la práctica no podían coincidir si un Estado quería lograr su supervivencia[4]. La tensión inherente a esta contradicción tuvo un profundo efecto en lo relativo a la dirección y la práctica de la inteligencia.

Como consecuencia y también como causa del cambio político y social en la época clásica, la Guerra del Peloponeso (431-404 a.e.c.) constituyó un punto de inflexión en la historia griega. Fue una lucha por la primacía, en la que el fracaso podía significar –y de hecho significó– el exterminio de ciudades enteras. Fue asimismo un conflicto ideológico, en el que los Estados disputaron el significado y las implicaciones de la libertad política. Por estas razones ofrece, pues, un contexto adecuado para buscar continuidades y cambios en los conceptos y prácticas de la inteligencia, así como sus consecuencias.

FUENTES

No tenemos tanta información sobre la inteligencia en la época arcaica (tradicionalmente fechada en torno a los años 800-500 a.e.c.) como nos gustaría. Las epopeyas homéricas son fuentes sorprendentemente ricas para la inteligencia en contextos militares, pero brillan como faros solitarios en la oscuridad. Los filósofos y poetas líricos que siguieron no arrojan luz sobre el tema, y hay muy pocas inscripciones. Aunque textos posteriores (en particular, las biografías de Plutarco y la guía de viaje de Pausanias) registran anécdotas transmitidas desde la época arcaica, es difícil determinar cuánto en sus reconstrucciones está influenciado por los cambios operados durante más de medio milenio.

En el siglo V a.e.c. las sombras se disipan parcialmente. Los textos conservados de tres de los grandes historiadores de la Antigüedad griega –Heródoto, Tucídides y Jenofonte– iluminan la época desde las guerras persas (*ca*. 480) hasta las luchas de los Estados griegos por la hegemonía (hasta *ca*. 362), y ofrecen una visión de cómo sus contemporáneos recopilaron y utilizaron la inteligencia. Otros textos históricos existen en fragmentos, algunos en papiros (por ejemplo, las *Helénicas de Oxirrinco*), otros como material de fuentes insertado en autores posteriores (por ejemplo, Diodoro Sículo). Las inscripciones –especialmente los decretos públicos tallados en estelas de piedra por las *póleis*– se vuelven más comunes a medida que la época avanza. Muchos de ellos registran los detalles logísticos de la diplomacia y la supervisión de aliados-súbditos; hay incluso una contabilidad de las propiedades confiscadas a quienes se halló culpables de violar los hermas y los Misterios. A partir del siglo IV a.e.c., las inscripciones proporcionan detalles de la vigilancia de las zonas rurales y de las fronteras. También se tiene la suerte de contar con publicaciones de discursos pronunciados en los tribunales y asambleas atenienses. Son ciertamente polémicos y tendenciosos, y revisiones más que transcripciones, pero inestimables como fuentes primarias: Andócides estuvo involucrado en el furor por los Misterios en Atenas en el 415, y los oradores (como Demóstenes, Antifonte, Demades, Dinarco, Lisias y otros) defendieron ciertas políticas e investigaron los procedimientos legales en el siglo IV.

Las reflexiones de filósofos y teóricos siguen la estela de la Guerra del Peloponeso. La *República* y las *Leyes* de Platón consideran (entre otras cosas más importantes) las relaciones entre el secreto, la información y las

constituciones, al igual que lo hace la *Política* de Aristóteles. Aunque ya mencionado como historiador, Jenofonte merece una mención especial como escritor de tratados técnicos y filosóficos. Su *Hipárquico (El jefe de la caballería)* es de singular importancia para cualquier discusión sobre exploración y espionaje a principios del siglo IV; su *Ciropedia* contiene el ejemplo más extenso y coherente de una misión (ficticia) de espionaje, y muchos consejos prácticos para un líder, mientras que sus *Memorabilia* dan una idea de las necesidades de inteligencia de un estadista ateniense ambicioso. Eneas Táctico, casi su contemporáneo, es útil por sus consejos sobre la comunicación secreta; sus palabras encuentran eco y se acrecientan en colecciones posteriores de estratagemas de autores como Polieno y Frontino.

La tragedia ática es sorprendentemente útil, no solo para imágenes ocasionales (v. gr., la cadena de almenaras en el *Agamenón* de Esquilo), sino también para determinar las actitudes respecto a la manipulación de la información (v. gr., el *Filoctetes* de Sófocles) y ofrecer reinterpretaciones de historias más antiguas (v. gr., el *Rhesus,* atribuido a Eurípides, que reimagina la Doloneia de *Ilíada* X). Los escolios a las obras trágicas y cómicas conservan ocasionalmente información contextual que nos es desconocida. Las comedias de Aristófanes son valiosas por sus referencias contemporáneas (por ejemplo, al vínculo entre *próxenoi* y *epískopoi* en *Las aves*) y sus análisis satíricos de la política contemporánea. Por último, hay extrañas joyas dispersas en otras obras literarias, accesibles ya sea a fuerza de una lectura exhaustiva o a través de los mecanismos, más convenientes (aunque quizá menos beneficiosos personalmente), de las búsquedas en cadena de textos digitales. Un ejemplo brillante es el fragmento de Clearco de Soli sobre el sistema de inteligencia de Salamina, en Chipre, que se puede encontrar en el *Banquete de los eruditos (Deipnosophistae)* de Ateneo de Náucratis.

La arqueología ha sido cada vez más útil, en tiempos recientes, para nuestra comprensión de la vigilancia, a partir del trabajo pionero sobre los sistemas de campos de visión interconectados desde torres situadas en fronteras y costas, y su cambio a través del tiempo, hasta la útil diferenciación entre vigilancia militar y económica. La numismática y el arte han aportado hasta ahora poco en forma de testimonios, aunque la pintura de la crátera lucana que representa la Doloneia, y que el lector

puede apreciar en la cubierta del presente libro, agrega color y sabor a nuestra discusión.

En general, nuestras fuentes narrativas tienden a ser atenienses y a limitar nuestro enfoque a Atenas (y hasta cierto punto, a menudo a modo de contraste, a Esparta). Atenas también domina el ámbito de las inscripciones en el siglo V a.e.c., aunque otros Estados prosperaron en la época helenística. Dadas las limitaciones de los testimonios disponibles, el presente estudio se concentrará en el uso ateniense de la inteligencia y sus consecuencias en la Guerra del Peloponeso.

AGENTES Y PRÁCTICA

Algunas prácticas de recopilación de información mostraron pocos cambios a lo largo del tiempo, o evolucionaron de manera compatible con los cambiantes ideales cívicos, por lo que causaron solo alteraciones mínimas: la inteligencia militar táctica (reconocimiento, vigilancia de regiones fronterizas) y la diplomacia interestatal fueron relativamente conservadoras. Estas serán tratadas en lo que sigue. Otras formas fueron más problemáticas (el espionaje y la vigilancia de los ciudadanos), y su discusión se reserva para una tercera sección.

Reconocimiento y vigilancia

Se aprecia continuidad en el uso de los exploradores *(skopoí, katáskopoi)* [5] a lo largo de la Antigüedad griega y en lo sucesivo. Los jefes (u ocasionalmente consejos) militares griegos elegían y enviaban a pequeños grupos de hombres con armas ligeras para hacer averiguaciones acerca del terreno, las rutas, la ubicación y la cuantía de las fuerzas hostiles. Estos hombres no eran especialistas: su denominación se limita a su función, en lugar de ser una indicación de especialización en el entrenamiento o tipo de unidad (en contraste con los *exploratores* y *speculatores* romanos, que en la época imperial podían ser asignados a unidades especializadas). La Doloneia homérica ofrece una imagen de exploración nocturna; menos dramáticas, pero quizá más representativas, son las escenas-tipo de la *Odisea* en las que Odiseo envía a tres hombres (uno de los cuales sería un heraldo) a explorar la tierra y los pueblos de otra costa extraña[6].

Homero llama a los exploradores *epískopoi* (v. gr., *Il.* X 38; 342), pero

también usa la palabra para designar a supervisores (v. gr., *Il.* XXII 255; *Od.* VIII 163). En la época de la Guerra del Peloponeso, el primer significado se había perdido, y el segundo, más literal, se había vuelto dominante. En el *Rhesus,* una obra de teatro producida en Atenas a mediados del siglo V, los exploradores de Homero *(epískopoi)* se representaban como *katáskopoi* (v. gr., 505, 524). Aproximadamente al mismo tiempo, Atenas estaba enviando a magistrados llamados *epískopoi* para supervisar la lealtad de sus aliados (*IG* I^2 10, 11; Ar. *Av.* 1023).

La utilización de pequeños grupos de hombres para el reconocimiento se acerca al ámbito de la historia con los tres *katáskopoi* enviados a Sardes por los representantes reunidos de los Estados griegos para observar los preparativos de Jerjes para la invasión (480 a.e.c., Hdt. VII 145, 22ss.). Esta empresa reflejaba una necesidad estratégica más que táctica; dicha información era normalmente el ámbito de enviados *(présbeis)* más que de *katáskopoi* (v. gr., Thuc. VI 5, 3, sobre una comisión ateniense enviada a Segesta en 415). Sin duda, se producen solapamientos: los atenienses enviaron barcos en misión exploratoria desde Corcira a Sicilia para descubrir qué ciudades los recibirían (Thuc. VI 42, 2; 46, 1); Frinis, un perieco o residente no ciudadano, fue enviado por los espartanos como *katáskopos* para verificar los recursos reclamados por los negociadores de Quíos (Thuc. VIII 6, 4).

La infantería ligera *(psiloí)* permaneció en uso para la exploración durante toda la época antigua, operando de día y ocasionalmente de noche. Aunque Heródoto menciona un *katáskopos* a caballo al servicio de los persas en las Termópilas en 480 a.e.c. (Hdt. VII 208, 1), el uso de exploradores de caballería por parte de los Estados griegos no se atestigua hasta la Guerra del Peloponeso (v. gr., Thuc. VI 63). Es posible que hubieran visto ese tipo de servicio antes, especialmente entre pueblos como los tesalios y los macedonios, que dependían en gran medida de la caballería[7]. Después de la guerra, las inscripciones atestiguan la presencia de fuerzas de caballería en las zonas fronterizas de Atenas, y los decretos honoríficos helenísticos dedicados a los comandantes de caballería parecen permitir la inferencia de que sus deberes incluían el patrullaje y la vigilancia en el periodo clásico (por ejemplo, *IG* II^2 247). En esa época, poco después de la Guerra del Peloponeso, también cabe señalar la atención que Jenofonte presta al papel de inteligencia de un comandante de caballería.

La vigilancia nocturna era tarea de los centinelas *(phúlakes)* apostados *ad hoc*. Hubo –y sigue habiendo– una tendencia a confiar esta agotadora tarea a los jóvenes, con excepción hecha solo para áreas sensibles (como las puertas) durante tiempos de crisis, cuando se podía elegir a hombres casados y más ricos como precaución contra la traición (Aen. Tact. 5, 1; 22, 15). También en tiempos de crisis se podía apostar un número mayor de efectivos, pero más con un ojo puesto en la defensa que en la inteligencia (v. gr., Thuc. VII 28, 2).

Con la excepción de la adopción de los perros guardianes (al menos desde principios del siglo IV), no hubo un desarrollo discernible en la técnica entre las épocas homérica y helenística. Los centinelas continuaban sentándose junto a las hogueras, arruinando así su visión nocturna, y cantaban «canciones de guardia» (Ar. *Nub.* 721), lo que impedía su capacidad de oír. Si bien Jenofonte (imitando el ejemplo de los Seuthes tracios) recomendaba colocar *prophúlakes* muy por detrás de la luz de las hogueras, esta no parece haber sido la práctica normal (Xen. *An*. VII 2, 18; *Cyr*. II 2, 25).

La noche se dividía en tres a cinco guardias, que se medían por las estrellas (o, en el caso de una ciudad sitiada, podía usarse un reloj de agua). Una patrulla, que a menudo se hacía visible por llevar luces y una campana *(kódon),* hacía rondas para comprobar que los centinelas estaban despiertos. Por lo tanto, es evidente que los *phúlakes* fueron concebidos para ejercer tanto de disuasores como de observadores.

Por el contrario, la vigilancia diurna se volvió progresivamente más sofisticada con el tiempo. Este desarrollo se demuestra mejor a través de la arqueología. Las torres *(púrgoi)* –algunas de las cuales pueden ser torres de vigilancia– no son desconocidas en el periodo arcaico, pero se vuelven mucho más comunes en la época clásica. Además, las estructuras anteriores eran construidas generalmente como iniciativas privadas, más que encargadas por *póleis*[8]. Las diferencias son tanto cualitativas como cuantitativas: las torres clásicas son a menudo (pero no siempre) visibles entre sí, con campos de visión que proporcionaban una observación imbricada de un extenso territorio, formando así una red. Tales redes no fueron diseñadas para la defensa preventiva, sino que eran mecanismos de inteligencia especializados construidos por las *póleis* para evitar cualquier sorpresa[9].

Como un ejemplo específico que sirva de ilustración, se han identificado en el sur de Eubea cinco torres ocupadas en el periodo arcaico, en comparación con diecinueve en el clásico y seis en el helenístico[10]. Las torres clásicas están conectadas entre sí por líneas de visión, y están bien posicionadas para observar la bahía cercana y la mayor parte del mar que rodea la Eubea meridional. No son adecuadas para una defensa física del territorio, pero sirvieron como una red defensiva de observación y comunicación. Algunos estudiosos han conjeturado que fueron construidas en respuesta a la necesidad de proteger los envíos de grano por mar a Atenas, y para evitar que los espartanos en la Guerra del Peloponeso duplicaran el desembarco persa en la zona en 480/479 a.e.c.[11].

Se menciona a comandantes de guarnición destinados entre los Estados sometidos al Imperio ateniense desde fecha tan temprana como mediados del siglo V. Las inscripciones atestiguan los desarrollos en las guarniciones de las torres y fuertes *(phroúria);* cuando se pasa de la época clásica a la helenística, se pueden encontrar pruebas de tropas especializadas apostadas en las fronteras[12]. Las modificaciones y reorganizaciones también reflejan preocupaciones políticas. El ascenso del tirano Feidón desde su liderazgo de los *perípoloi* puede ser tanto legendario como histórico, pero Tucídides y Jenofonte atestiguan la participación de los comandantes de las patrullas fronterizas *(peripólarkhoi)* y de la aristocracia de caballería *(hippeîs)* en las convulsiones políticas de finales del siglo V en Atenas. La democracia restaurada del siglo IV supervisó la reestructuración de la guardia en la frontera y la reorganización y financiación pública de varios tipos de caballería por razones sociales y políticas, que no es probable que estén relacionadas con su papel de reconocimiento[13].

Diplomacia

Las páginas de la historia griega están salpicadas de misiones diplomáticas. Las *póleis* de las épocas arcaica y clásica no contaban con servicios diplomáticos profesionales. En su lugar, sus órganos de gobierno seleccionaban y encargaban a enviados *(présbeis)* que comunicaran y recopilaran información en contextos oficiales. En diplomacia, las *póleis* preferían a los grupos, más que a los individuos, para que las representaran, y se inclinaban a componer estos grupos con hombres de partidismos

diferentes, incluso opuestos.

Algunas figuras prominentes emprendieron misiones diplomáticas en repetidas ocasiones, y hay sugerencias de experiencia informal (por ejemplo, el orador Demóstenes de Atenas, con respecto a Macedonia y Tebas; Antálcidas de Esparta, respecto a Persia; Medosades de Tracia, a propósito de los Diez Mil). Sin embargo, los enviados mantenían su estatus oficial solo mientras duraba una misión específica, y su conducta era cuidadosamente definida, regulada y examinada[14].

Los enviados no eran fuentes imparciales: comunicaban información con la intención de influir en las decisiones. Las peticiones de ayuda solían ir acompañadas de advertencias de peligro, y los intereses comunes surgían a partir de las apreciaciones de terceros[15]. Si los corintios acusaron una vez a los espartanos de sospechar de los acusadores tanto como de los acusados, como diría Tucídides (I 69, 2), tal precaución solo habría sido una muestra de sentido común. El ejemplo del llamamiento de Segesta, que fue un catalizador para la segunda fase de la Guerra del Peloponeso, es instructivo. Segesta, al estar en guerra con potencias mayores que la suya, envió emisarios a Atenas para implicar a los atenienses en el conflicto, recordando una alianza en una guerra anterior, exponiendo los riesgos potenciales para Atenas de un ascenso siracusano y afirmando que había recursos disponibles para sufragar el coste del conflicto. Los atenienses fueron lo suficientemente prudentes como para enviar emisarios propios para investigar *(skepsoménous),* pero fueron engañados por una exhibición escenificada de riqueza. Así, en su asamblea, los atenienses escucharon informes que eran «tentadores pero no ciertos», tanto de sus propios enviados como de los segestanos, y votaron a favor de comenzar una guerra en Sicilia (Thuc. VI 6, 2-3; 8, 1).

Hacia el final de la época arcaica, las *póleis* y los santuarios internacionales (Delfos, sobre todo) comenzaron a nombrar representantes oficiales *(próxenoi)* en el extranjero. Eligieron a estos representantes de entre los hombres influyentes de la ciudad anfitriona –por ejemplo, los atenienses eligieron al ilustre poeta Píndaro para que fuera su *próxenos* en Tebas– (Isoc. *Antid.* 166). En su calidad de *próxenos,* Píndaro era un amigo oficial de Atenas en Tebas, proporcionando asistencia legal, hospitalidad y presentaciones a los visitantes atenienses[16]. Dado que no existe un equivalente moderno a un *próxenos,* normalmente se traduce como

«embajador» o «cónsul». Sería útil contextualizar el término a la luz de sus orígenes en la hospitalidad hacia los huéspedes y extranjeros *(xenía).* Como sabe cualquier lector de Homero, la *xenía* proporcionó un poderoso mecanismo social para la interacción de las familias, especialmente las aristocráticas, en la época arcaica. En los siglos V y siguientes, los Estados democráticos equilibraron deliberadamente la *xenía privada* entre los nobles con las concesiones públicas de *proxenía,* que controlaban. Esta práctica es particularmente visible en Atenas, donde la frecuencia de los decretos de *proxenía* aumenta drásticamente desde mediados del siglo V y durante todo el IV[17]. Así, a diferencia de la *xenía,* que era una relación familiar, *la proxenía* era pública.

Dentro del Imperio ateniense hubo una conexión natural entre los *próxenoi* y los enviados atenienses visitantes y otros oficiales –Aristófanes habla de un *epískopos* que solicitaba información a un *próxenos* a su llegada a la mítica Nephelokokkugia o Cuconubosa (Ar. *Aves* 1021)–, y sin duda en tales reuniones se intercambiaba información. La noción de que los *próxenoi* sirvieron como espías y agentes secretos fue expuesta de forma sistemática en un trabajo ya clásico[18], pero, aunque se conocen algunos casos de este tipo, los testimonios no respaldan la tesis.

Adivinación

Un último tipo de inteligencia, que puede parecerle decididamente extraña al lector moderno, debe ser incluida. Los pronunciamientos oraculares de santuarios como Delfos tendían a preocuparse por las observancias religiosas más que por la guerra y el arte de gobernar, pero los griegos creían que los dioses estaban listos para comunicarse con los mortales, si bien solo si su lenguaje podía entenderse. La ciencia de la *manteía,* o la interpretación de los signos enviados por los dioses, era el estudio de los videntes *(mánteis),* los únicos verdaderos profesionales en el mundo de la inteligencia de las *póleis* griegas clásicas[19]. Curiosamente, al igual que la terminología para los exploradores y vigilantes, las palabras para las subespecialidades de *mánteis* aparecen a menudo asociadas a la visión, como *ornithoskopía* y *hepatoskopía* en griego, y *haruspex* en latín.

En Homero se encuentran tanto videntes que son especialistas –Calcante y Tiresias– como videntes que son guerreros –Heleno y Polidamas–. Los

primeros tienden a interactuar con reyes y nobles en las asambleas, mientras que estos últimos participan en batallas, pero tienen una habilidad adicional para reconocer signos divinos. A medida que la edad arcaica se acercaba a su fin continúan encontrándose ambos tipos. Por un lado, estaba Tisámeno de Élide, famoso por las cinco grandes victorias a las que llevó a Esparta a cambio de la ciudadanía[20]. Por otro lado, está el testimonio de Píndaro, que elogió a Hagesias de Siracusa, un *mántis:* «Echo de menos el ojo que fue de mi tropa *(stratiâs ophthalmón),* noble en dos cosas, en ser adivino y belicoso de lanza»[21]. Ambos papeles siguen siendo visibles en las inscripciones a lo largo de los siglos V y IV, pero en la práctica el valor del *mántis* residía en su arte más que en sus armas[22]. Participaba en los muchos rituales de guerra en los que la adivinación desempeñaba un papel: los *hiera* al salir de la *chora,* por ejemplo, y los *sphagia* justo antes de la batalla. Aunque la adivinación podía ser responsabilidad de un rey o de un general, generalmente se prefería a los *mánteis,* y no solo porque fueran especialistas. Idealmente, sus interpretaciones facilitaban confianza en el proceso de toma de decisiones y reforzaban la autoridad del comandante[23]. En el *Laques* de Platón (Pl. *Lach.* 195e) se representa a nuestro Nicias insistiendo en que se necesita un vidente para acompañar a un ejército. Jenofonte estaría de acuerdo (Xen. *An*. VII 1, 35).

Las descripciones anteriores de los diversos agentes de la inteligencia griega son abreviadas y de ningún modo completas. Se podrían añadir párrafos sobre heraldos *(kérukes),* cautivos *(aikhmálotoi),* desertores *(autómoloi),* falsos desertores *(pseudautómoloi),* guías *(hegemónes),* lugareños *(epikhórioi),* mercaderes *(émporoi)* y otros[24]. Pero –con la adición de una consideración de los espías, más adelante– tales descripciones deberían ser suficientes para proporcionar al lector un contexto para comprender la siguiente exploración de cómo la práctica de la inteligencia podría influir en las decisiones y, por lo tanto, en los resultados.

LAS CONSECUENCIAS DE LA INTELIGENCIA: NICIAS EN SICILIA

Las historias de Homero y de los poetas son legendarias más que reales. Sin embargo, estas leyendas comparten un rasgo común: la inteligencia era responsabilidad de la aristocracia. Cuando los nobles percibían la necesidad, hacían averiguaciones por sí mismos o reclutaban a otros para

que les ayudaran: apostando vigilantes, enviando espías, consultando videntes y cosas por el estilo. Si bien un consejo real o una asamblea de guerreros pueden haber escuchado y expresado o retirado su aprobación, los nobles tomaban las decisiones.

Sin embargo, a medida que la época arcaica declinaba, surgieron desafíos al gobierno aristocrático. Las tiranías, las democracias y las formas mixtas de constitución frustraron o limitaron las ambiciones de los nobles. Es sabido que los vástagos de familias poderosas, enfrentados al reto de mantener cierto grado de influencia en las nuevas circunstancias políticas, competían por los puestos de liderazgo elegidos. Apenas se está empezando a descubrir que los nobles continuaron dirigiendo al menos algunos esfuerzos de inteligencia en privado, en casos en los que una democracia naciente aún no había construido la estructura organizativa para atender sus necesidades de información, o había decidido que al menos algunas formas de inteligencia no eran apropiadas para sus valores. El fenómeno resultante –de nobles de la época clásica que ocupaban cargos públicos al mismo tiempo que retenían fuentes de inteligencia privadas– tuvo profundas consecuencias. La tensión entre la dirección privada y pública de la inteligencia griega contribuyó a uno de los mayores desastres de la Guerra del Peloponeso: la decisión ateniense de no abandonar Sicilia en el año 413 a.e.c.

Los cuatro hilos que seguiré a través de este laberinto son: (1) el mando remoto y difuso, (2) la confianza democrática en informantes voluntarios, (3) el uso de redes privadas de inteligencia por parte de funcionarios públicos, y (4) la consulta privada y pública de videntes.

Mando remoto y difuso

En su campamento en Sicilia en agosto del 413, los *strategoí* atenienses Nicias, Eurimedonte y Demóstenes se enfrentaban a perspectivas sombrías. Necesitaban decidir su curso de acción después de las derrotas en tierra y mar. El hecho de que estos tres fueran los responsables de la decisión se debió a que el *dêmos* ateniense los había elegido y les había concedido por votación la autoridad para tomarla: se les había dado el poder de hacer política y elegir estrategias como generales con autoridad independiente *(strategoì autokrátores).* Esto no quiere decir que su autoridad no estuviera

controlada. Era normal que el *dêmos* ateniense diera instrucciones a aquellos a quienes confiaba un encargo, tanto antes como durante una campaña. Si los *strategoí* ignoraban tales instrucciones, asumían con ello grandes riesgos. Eran responsables ante el Estado no solo por el fracaso operativo, sino también por decisiones tácticas que resultasen desafortunadas, y el *dêmos* no se destacaba por poner la razón por encima de la pasión al adjudicar la culpa. Sin embargo, con frecuencia los *strategoí* tenían que tomar decisiones sin consultar primero al *dêmos:* a menudo los dilemas requerían una respuesta inmediata, y los tiempos de viaje a Atenas se medían en días, si no en meses[25]. Dado el importante número de *strategoí* atenienses que perecieron a manos de su Estado o huyeron al exilio en lugar de enfrentarse a un *dêmos* airado, los tres hombres habrían sido profundamente conscientes de que los riesgos a los que se enfrentaban no se limitaban a las acciones del enemigo[26].

Nicias, Demóstenes y Eurimedonte fueron líderes prominentes de Atenas; los tres habían servido (y sobrevivido) como *strategoí* desde mediados de la década de 420[27]. Los tres eran jefes militares experimentados, pero no profesionales. Técnicamente, no había cuestión de jerarquía entre ellos, y por lo tanto todas las decisiones tenían que ser tomadas colegiadamente, teniendo cada *strategós* un voto igual[28]. Sin embargo, solo uno de los tres, Nicias, había sido comisionado originalmente para conquistar Sicilia: Demóstenes y Eurimedonte estaban reemplazando a Lámaco, que había muerto en combate, y a Alcibíades, que había huido al exilio. En este contexto, había espacio para que la igualdad formal cediera a la presión.

Confianza democrática en informantes voluntarios

La condena y el exilio de Alcibíades se vieron facilitados por la forma en que la democracia ateniense descubrió y procesó las pruebas. En el año 415, justo antes de que la expedición ateniense partiera hacia Sicilia, se desató el pánico cuando muchas de las estatuas guardianas (hermas) de Atenas fueron mutiladas durante la noche. Se sospechaba una conspiración, y Tucídides afirma que los atenienses hicieron una petición de información:

> Nadie supo quiénes fueron los autores, a los que se buscó con promesas de una gran recompensa a cargo de los fondos públicos y se dictó un decreto por el que si alguien conocía algún otro acto de impiedad, que lo denunciara libremente, bajo garantía de

impunidad, tanto si se trataba de un ciudadano como de un extranjero o un esclavo[29].

La petición era necesaria. Si bien la democracia ateniense disponía de procesos a través de los cuales se podía presentar la información y actuar en consecuencia –el tribunal del Areópago, por ejemplo, tenía jurisdicción sobre los juicios por traición, y la institución de la *dokimasía* ofrecía oportunidades para que los tribunales solicitaran y resolvieran objeciones a los candidatos a la ciudadanía o a las magistraturas–, estos eran esencialmente reactivos[30]. No había ninguna organización que buscara información de manera proactiva. Esta ausencia no era casual. Para un ateniense democrático, un mecanismo estatal para vigilar a los ciudadanos era repugnante y se asociaba con la tiranía, por un lado, y con la monarquía persa, por el otro. En su *Política,* Aristóteles escribe:

> Y deben emplear todos los demás medios semejantes cuantos persas y bárbaros son de carácter tiránico (todos producen los mismos efectos): procurar que no pase inadvertido nada de lo que diga o haga cualquiera de los súbditos, sino tener espías *(katáskopoi),* como en Siracusa las llamadas «confidentes» *(potagogídes),* y aquellos que como escuchas *(otakoustaí)* enviaba Hierón dondequiera que hubiera una reunión o asamblea (pues así hablan con menos franqueza por temor a tales espías, y si se expresan con libertad pasan menos desapercibidos)[31].

Clearco de Soli, alumno de Aristóteles, también atribuye espías a los reyes griegos de Salamina en Chipre, a finales del siglo V y principios del IV[32]. Estos monarcas tenían un sistema de espías encubiertos (llamados genéricamente *katáskopoi* por Clearco y *otakoustaí* por Eustacio, pero también tenían el nombre local idiomático de *Gergínoi*) e investigadores abiertos (genéricamente llamados *peuthênes,* pero localmente *Promálanges*). Estos agentes eran coordinados y dirigidos por «maestros» *(Ánaktes),* que se parecían a los oficiales de inteligencia modernos. Una comparación rápida, y probablemente el modelo para la práctica chipriota, existe en las oficinas persas –de los Oídos y los Ojos del Rey– que combinan de manera similar la recopilación encubierta con la investigación abierta[33].

Por las inscripciones que detallan las regulaciones para Eritras, una polis en Asia Menor, se sabe que los atenienses estaban muy dispuestos a imponer la inspección de supervisores *(epískopoi)* sobre sus aliados-súbditos. Estos supervisores se coordinaban con *próxenoi* y con

comandantes de guarnición *(phroúrarkhoi)* para vigilar y regular a los ciudadanos de Eritras, y sin duda también de otros Estados. Sin embargo, tales instituciones no eran aceptables dentro de la propia Atenas. Allí, la investigación de la mutilación de los hermas se basó en llamamientos y recompensas para que los particulares se presentaran y proporcionaran información. De hecho se presentaron voluntarios, uno de los cuales finalmente se demostró que estaba inventando su historia, y otro que informó (inicialmente a través de un representante) sobre otro incidente, solo relacionado tangencialmente con el primero. Su acusación era que un grupo de aristócratas parodiaba los sagrados Misterios de Eleusis frente a un no iniciado, un sacrilegio castigado con la muerte. Esto provocó un nuevo pánico, hasta que Andócides, que había sido detenido, se ofreció a dar un testimonio definitivo en el que implicaba a Alcibíades. Por lo tanto, el procesamiento de Alcibíades –y su ulterior condena– fue la consecuencia de un efecto indirecto, debido a un llamamiento popular más que a una investigación focalizada. Para ser justos, sería posible leer el testimonio de Andócides como prueba para el establecimiento temporal de una junta de investigación, pero el griego *óntes mèn tôn zetetôn* (literalmente, «siendo de los investigadores») es ambiguo[34]. En cualquier caso, no había un cuerpo cívico permanente encargado de investigar (en lugar de juzgar) a las personas por traición, y se ha demostrado que no había ninguna contraparte religiosa que pudiera investigar a las personas por impiedad[35].

La práctica ateniense contrasta con el manejo espartano de la Conspiración de Cinadón, que ocurrió unos años más tarde, en el 397 a.e.c. [36]. En el relato de Jenofonte, el primer aviso de la conspiración provino de las advertencias de un *mántis* que vio signos de peligro inminente; a los cinco días un informante (que era un miembro de la conspiración) acudió a los magistrados espartanos (éforos) para revelar el complot. Jenofonte describe su interrogatorio en detalle y su evaluación de la magnitud del peligro. En lugar de permitir que el informe se difundiera (y ni siquiera convocar a la «pequeña asamblea»), idearon inmediata y eficazmente una operación encubierta, utilizando agentes de confianza, para atraer a Cinadón lejos de Esparta, a una ciudad donde podría ser arrestado e interrogado en secreto. Fue solo después de que los éforos hubieran descubierto las identidades de todos los participantes en la conspiración y los hubieran arrestado cuando levantaron el velo del secreto. Todo el asunto se manejó

de manera eficiente, aunque despiadada.

Esa no era la manera ateniense de proceder. Como diría Pericles, Atenas y Esparta eran opuestas entre sí: una abierta, libre y democrática; la otra cerrada, represiva y oligárquica. Es evidente que los atenienses no manejaron la crisis de manera racional, incluso admitiendo sesgos en Tucídides y Andócides. No es seguro que una organización para llevar a cabo la investigación hubiera sido capaz de mantener los asuntos centrados en los hermas, sin involucrar por tanto a los Misterios ni a Alcibíades. Pero lo cierto es que el llamamiento a informantes voluntarios, al tiempo que afirmaba los valores democráticos de Atenas, resultó disfuncional. Rápidamente condujo a una ampliación de la búsqueda más allá de su alcance original, de ahí a la condena y fuga de Alcibíades y, finalmente, al aislamiento de Nicias en Sicilia, quien por lo tanto tenía más autoridad en el debate con sus colegas de la que podría haber tenido de otro modo.

El uso de redes privadas de inteligencia por parte de funcionarios públicos

La autoridad de Nicias se fortaleció aún más con la información que obtuvo de agentes secretos. Estas personas trabajaban para él, no para sus compañeros *strategoí,* y no estaban asociadas con el *dêmos* ateniense, que consideraba el espionaje algo moralmente cuestionable.

En su calidad de *strategós* ateniense, Nicias compartía la mayoría de los activos de inteligencia con sus colegas. Y aunque era notablemente concienzudo en el cumplimiento de los deberes de su cargo, su práctica de reconocimiento táctico y operacional era corriente y típica de su época. Hizo uso de escuadrones pequeños y medianos de trirremes para el reconocimiento y la vigilancia por mar, con éxito desigual[37]. Siguió los informes de exiliados siracusanos al ocupar una posición cerca del templo de Zeus Olímpico (Olympieion). Parece que no hizo un uso efectivo de exploradores en la retirada de Siracusa, pero eso se debió a la imposibilidad de enviarlos a las llanuras dominadas por la caballería enemiga. En sus últimas horas pidió una tregua para enviar un jinete a verificar *(skepsómenon)* que su colega Demóstenes realmente se había rendido[38]. Por otro lado, no envió exploradores para confirmar los informes (supuestamente de sus agentes en Siracusa) de que los siracusanos estaban vigilando los caminos tierra adentro[39]. No hay mención directa de que

apostara vigías en tierra, pero se puede conjeturar razonablemente que las guarniciones de los fuertes amurallados asignaron observadores. Sin embargo, Tucídides señala (VII 4, 3) que fueron soldados atenienses «que se encontraban vivaqueando fuera» quienes alertaron a sus camaradas de un avance siracusano por la noche. Si bien el historial de Nicias en inteligencia táctica no es impresionante para los estándares de finales del siglo V y el IV, su historial en inteligencia operativa y estratégica fue loable. Visto desde otro punto de vista, su historial en aquellas prácticas que se asociaban típicamente con los poderes y deberes constitucionales de los *strategoí* no era excepcional, mientras que sobresalía cuando recurría a sus propias fuentes privadas.

Las fuentes privadas eran espías, aun si la idea del espionaje se había vuelto sospechosa en el contexto de los valores democráticos de la Atenas del siglo V. Como se señaló al principio de este capítulo, Homero contaba historias de reyes y nobles que enviaban espías, sea para merodear por el campamento enemigo con objeto de escuchar una conversación o para capturar e interrogar a alguien que pudiera tener información útil. Odiseo era una figura recurrente en estas historias, con aventuras en Troya relatadas en *Ilíada* X y *Odisea* IV, y en su hogar en Ítaca, como se relata en la segunda mitad de la *Odisea*. Cuando estas leyendas se transmitieron a la época clásica y fueron recogidas en la comedia –como el fragmentario *Odiseo desertor* de Epicarmo– y en la tragedia –como el *Filoctetes* de Sófocles–, la representación de Odiseo como espía o reclutador de espías se volvió altamente negativa. Era amoral y engañoso; corrompía y traicionaba a los ciudadanos.

Por extensión, el espionaje también puede ser una traición. Hoy en día nos cuidamos de distinguir entre los agentes que son comisionados en la guerra para observar información a través del sigilo y la vigilancia, y los que traicionan a sus Estados para transmitir información a una potencia extranjera. Los antiguos los llamaban traidores *(prodótai).* Si bien la democracia ateniense empleaba cada vez más *katáskopoi* y *perípoloi* para vigilar sus fronteras, y *epískopoi* y *phrouroí* para vigilar a sus aliados, no reclutó el tipo de espías que actuaban como agentes infiltrados. Sin duda, solicitaría y recompensaría a los informantes, como puede verse en los decretos de Eritras. Encargaría a grupos *ad hoc* de *présbeis* (enviados) que investigaran informes, como lo hizo en 415, cuando envió a *présbeis* para

verificar si los segestanos tenían los recursos que sus emisarios afirmaban. Pero, a pesar de una dudosa alusión (en los *Anecdota Graeca*) a un servicio secreto de inteligencia en su Imperio, el *dêmos* ateniense no tenía ni los mecanismos ni la inclinación para mancillarse con espionaje dirigido por el Estado[40].

Sin embargo, Nicias empleó espías, y es poco probable que fuera el único ateniense que lo hiciera[41]. Los espías no están asociados con Nicias en su servicio anterior a la expedición siciliana, aunque su presencia se puede inferir de su experto conocimiento de Sicilia (como lo retrató Tucídides en el debate político con Alcibíades en la Asamblea). Entran en la historia cuando Nicias llega a Siracusa, como siracusanos hostiles a su gobierno democrático que le informaban en secreto. Sin embargo, estos espías no tenían relación con Atenas y no se comunicaban con otros *strategoí* atenienses. Además, parece que Nicias no los reclutó como representante del *dêmos* ateniense, sino por propia iniciativa.

Para ser justos, se puede objetar que Nicias era el *próxenos* de los siracusanos (Diod. Sic. XIII 27, 3), y por lo tanto actuaba con carácter oficial cuando mantenía agentes secretos en Siracusa. Sin embargo, Siracusa le concedió ese cargo, no Atenas –y en su calidad de *próxenos* ateniense de Siracusa, la obligación de Nicias era representar o ayudar a los ciudadanos siracusanos en Atenas, no representar a Atenas en Siracusa, como lo haría un embajador o cónsul moderno–. Obviamente, las lealtades podrían entrar en conflicto en tal situación, y algún estudioso ha argumentado que los *próxenoi* a menudo servían como espías para el Estado que les otorgaba su cargo, en contra de los intereses de su Estado natal. Este no es el caso de Nicias; de hecho, es todo lo contrario. Ciertamente, se puede argumentar que el papel de Nicias como *próxenos* le dio la oportunidad de entrar en contacto con un elemento desafecto, pero cualquier reclutamiento de espías sería por su propia iniciativa y, de hecho, sería difícil de reconciliar con sus obligaciones hacia el gobierno de Siracusa. Es ulteriormente probable que la relación de Nicias con sus agentes siracusanos, así como su reclutamiento, hubiera comenzado antes de ser elegido para dirigir la expedición a Sicilia.

En este contexto, Jenofonte ofrece una perspectiva útil:

> Asimismo, antes de que haya una guerra, es necesario haber estado atento a los

> espías *(katáskopoi)* para que sean de las ciudades neutrales y de los comerciantes, pues todas las ciudades sin excepción reciben con buena disposición a los importadores de cualquier producto. A veces, también son útiles los falsos desertores. Mas no se debe, por confianza en los informadores, descuidar la guardia; al contrario, es necesario estar siempre preparado, como si se anunciase que van a llegar los enemigos. Realmente, por muy fieles que sean los informadores, es difícil que pasen la información en el momento debido, pues en la guerra ocurren muchos contratiempos[42].

Los consejos de Jenofonte aparecen en su tratado sobre los deberes de un comandante de caballería, entre recomendaciones sobre moral, entrenamiento, logística y tácticas. Estas recomendaciones, al igual que las de su *Ciropedia* y sus otras obras didácticas, articulan las cualidades y prácticas ideales de un aspirante al cargo, más que el cargo en sí mismo. Ciertamente, no hay indicación alguna en el registro epigráfico del uso de espías por parte de los comandantes de caballería *(hípparkhoi)* –de hecho, los documentos existentes se refieren a la logística o son dedicatorias honoríficas–. Unos tres siglos después, tenemos registros de la vigilancia en la frontera, que vinculan a los *hípparkhoi* con los *katáskopoi* y los vigilantes, pero se trata de soldados encargados de la seguridad fronteriza, no del espionaje.

Entonces, ¿qué nos dice ese pasaje de Jenofonte? En primer lugar, que concibe el espionaje como una práctica continua, no como una mera reacción *ad hoc* a un estado de crisis, o incluso a un conflicto existente. Dado que el mandato de un *hípparkhos* era de solo un año, es razonable conjeturar que los espías serían desplegados antes de ocupar el cargo, si estuvieran disponibles para su empleo. En segundo lugar, al igual que el resto del tratado, distingue los atributos de un comandante excelente (o al menos de un comandante que aspira a la excelencia) de los deberes básicos del cargo. De hecho, se hace eco de la forma de instrucción de Jenofonte en los *Memorabilia,* en los que retrata a Sócrates aconsejando a Glaucón sobre lo que necesitaría saber antes de presentarse como candidato a *strategós*[43]. En otras palabras, se halla aquí una sugerencia de que al menos algunos atenienses (aristocráticos), que ocupaban puestos militares, eligieron emplear espías para mejorar su desempeño en el cargo, pero lo hicieron como una iniciativa privada más que como un deber oficial.

Ahora se dispone de un contexto para Nicias y sus espías. Este no envió espías porque fuera un *strategós* ateniense, sino porque deseaba mejorar su

capacidad e influencia como *strategós*. Sus espías respondían ante él, no ante sus colegas. En los debates con sus colegas él tenía acceso a información de la que ellos carecían. Por otro lado, deseaba preservar el secreto de sus fuentes ante sus colegas, para que los espías no se vieran comprometidos y fueran asesinados[44]. En la decisión anterior de si atacar o no Epípolas, Nicias optó por priorizar la confidencialidad sobre la claridad. Si bien Tucídides no describe el debate en detalle, Plutarco nos dice:

> Desde luego, no eran pocos los hombres de Siracusa que estaban en tratos secretos con Nicias y que le pedían que esperase, diciéndole que la guerra les causaba un sufrimiento desmedido, que no soportaban a Gilipo y que, a poco que se incrementasen sus desgracias, se rendirían totalmente. Nicias hacia alguna alusión a estos contactos, pero no quería hablar de ellos con claridad. De este modo se granjeó fama de cobarde entre los otros estrategos, quienes estaban convencidos de que con este comportamiento Nicias volvía a aquella forma de actuar –a la parsimonia, las dilaciones y los retrasos– con la que había echado a perder el momento de mayor vigor de sus hombres, al haberse enfrentado a los enemigos, no directamente, sino cuando ya estaba cansado y les inspiraba desprecio. Por todo ello, los otros estrategos se pusieron de parte de Demóstenes, y Nicias, aunque a duras penas, se vio obligado a ceder[45].

La reticencia de Nicias les costó cara a los atenienses. Sus colegas carecieron del beneficio de su inteligencia, y optaron por un ataque nocturno contra Epípolas. Salió muy mal y resultó en una derrota. Los atenienses se enfrentaron entonces a la decisión de si quedarse en Sicilia o retirarse a Atenas. Nicias estaba muy en contra de la retirada, porque temía la desgracia y la muerte a manos del *dêmos*. En este debate posterior, prevaleció contra el buen juicio de sus colegas, porque en ese momento se dieron cuenta de que su información era mejor que la de ellos, y ya no tenían la confianza suficiente para insistir en lo que realmente habría sido la mejor opción. Citando a Tucídides:

> Pero como Nicias se les oponía hubo dudas y vacilaciones, y al mismo tiempo surgió la sospecha de que Nicias insistía en su postura por saber alguna otra cosa. De este modo, los atenienses pospusieron la decisión y continuaron en la región[46].

Nicias ganó esta vez el debate, ya que los otros generales se inclinaron ante la autoridad que ostentaba a través de sus fuentes secretas de información, por lo que los atenienses perdieron la oportunidad de retirarse de forma segura[47].

Consulta privada y pública de mánteis

Poco después, dos acontecimientos provocaron una reconsideración. El primero fue el regreso de Gilipo y Sicano con refuerzos para los siracusanos, lo que provocó que los *strategoí* reconsideraran la situación y finalmente decidieran marcharse (Thuc. VII 50, 1-2). El segundo fue un presagio: un eclipse lunar en la noche del 27 de agosto del 413, cuando los atenienses se preparaban para embarcar. Ambos eventos fueron visibles para todos, y aunque todos sabían que los refuerzos enemigos eran una amenaza, el significado del eclipse no estaba tan claro. En una crisis de este tipo, se necesitaba la experiencia de un *mántis*.

Muchos generales eminentes del siglo V emplearon videntes privados, entre ellos los ilustres *strategoí* atenienses Tólmides, Cimón, Pericles, Alcibíades y Nicias[48]. Sin embargo, no hay testimonios de que un vidente personal sirviera a Demóstenes o a Eurimedonte. Y en aquella fatídica noche de agosto, Nicias se quedó sin vidente, como nos cuenta Plutarco:

> En el caso de Nicias, sin embargo, se dio la circunstancia de que en ese momento ni siquiera contaba con un adivino experto, pues había muerto hacia poco tiempo Estilbides, el adivino que solía ir con él y lo liberaba de gran parte de sus supersticiones[49].

Había otros videntes presentes, pero no estaban de acuerdo en el significado del eclipse, o al menos no fueron capaces de ejercer suficiente influencia sobre Nicias, que era notoriamente supersticioso, y probablemente sabía más que un poco sobre el arte mántico[50]. Un buen general temeroso de los dioses debería, como señala Jenofonte en la *Ciropedia,* buscar el favor divino:

> Yo te enseñé convenientemente para que entendieras, sin ayuda de otros intérpretes, los designios de los dioses y para que fueras tú mismo quien comprendiera las señales perceptibles por los ojos o por los oídos, sin estar a merced de los adivinos, por si acaso quisieran engañarte diciendo una cosa distinta de lo indicado por los dioses y, además, a fin de que, si alguna vez te encontraras sin adivino, no tuvieras dificultades para interpretar los signos divinos, sino que, conociendo a través del arte adivinatorio los designios de los dioses, los pudieras obedecer[51].

Nicias insistió en que el eclipse presagiaba un desastre, aunque Plutarco señaló que los comentaristas posteriores argumentaron que igualmente podría haber sido fortuito:

> Además, según dice Filócoro, el presagio no era malo para quienes estaban tratando de huir, sino incluso muy bueno, pues las acciones que se hacen con miedo requieren disimulo y la luz les resulta hostil[52].

Una vez más, Nicias se salió con la suya, insistiendo en que no se tomara ninguna decisión durante tres veces nueve días. La información (el eclipse) se convirtió en inteligencia (una interpretación del eclipse) y, por lo tanto, en base para una decisión.

CONCLUSIONES

¿Cómo es que la voluntad de un solo oficial elegido, responsable ante el Estado y ante sus colegas, pudo ser tan decisiva? Los dos primeros hilos examinados, siguiendo el nombramiento de un colegio de tres generales –y de ahí la respuesta ateniense a los hermas y sus consecuencias para Alcibíades–, dejaron a Nicias como el *strategós* con más experiencia en Sicilia. El tercer hilo, siguiendo el descuido del espionaje por parte del *dêmos* ateniense, al mismo tiempo que permitía a los particulares desplegar sus propias redes de espías, llevó a los colegas de Nicias a cederle la autoridad sobre la base de sus conocimientos reales o presuntamente secretos. El hilo final, que conecta a Nicias (pero no a sus colegas) con *manteía,* le dio la autoridad moral para insistir en que su interpretación del presagio era correcta, y efectivamente cerró la discusión.

De este modo quedó sellado el destino de la fuerza expedicionaria ateniense. En lugar de retirarse para luchar otro día, los atenienses quedaron atrapados en la isla y todos fueron capturados o destruidos. El propio Nicias fue hecho prisionero, pero sus espías siracusanos, temiendo por sus propias vidas, exigieron su ejecución inmediata. Solo un puñado de las decenas de miles de hombres que navegaron hacia occidente regresaron. Atenas luchó un final de juego desesperado –incluso brillante– durante casi una década, pero finalmente sucumbió ante Esparta.

El afirmar que la forma en que Atenas adquirió y utilizó la información fue la única causa de su derrota sería una gran exageración. Sin embargo, es evidente que sus fracasos en la guerra podrían atribuirse en parte a sus fracasos en materia de inteligencia. La democracia ateniense optó por no crear una estructura coherente para satisfacer sus necesidades de inteligencia. En ausencia de una estructura de ese tipo, y para promover sus

ambiciones personales, individuos como Nicias desarrollaron sus propios recursos. La interacción entre los aspectos públicos y privados de la inteligencia resultó disfuncional en momentos clave de la Guerra del Peloponeso. Con tan solo cuatro hilos –la toma colectiva de decisiones, la dependencia respecto a informantes voluntarios, la dependencia respecto a espías privados y la confianza en *mánteis* privados– se tejió una red en la que los atenienses quedaron atrapados.

BIBLIOGRAFÍA

Adcock, Frank E. (1948), «The Development of Ancient Greek Diplomacy», *L'Antiquité Classique* 17, 1-12.

Balcer, Jack (1977), «The Athenian *episkopos* and the Achaemenid king's eye», *American Journal of Philology* 98, 252-263.

Bekker, Immanuel (1814), *Anecdota Graeca,* Berlín, apud G. C. Nauckium.

Bugh, Glenn (1988), *The Horsemen of Athens,* Princeton, Princeton University Press.

Couvenhes, Jean-Christophe (2011), «Péripoloi, kryptoi et hypaithroi de la cité athénienne», en J.-C. Couvenhes, S. Crouzet y S. Péré-Nogues (eds.), *Pratiques et identités culturelles des armées hellénistiques du monde méditerranéen – Hellenistic Warfare* 3, Burdeos, Ausonius, 295-306.

Dignas, Beate y Trampedach, Kai (eds.) (2008), *Practitioners of the Divine: Greek Priests and Religious Figures from Homer to Heliodorus,* Washington, DC, Center for Hellenic Studies.

Dillery, John (2005), «Chresmologues and mánteis: Independent diviners and the problem of authority», en Sarah Iles Johnston y Peter T. Struck (eds.), *Mantikê. Studies in Ancient Divination,* Leiden, Brill, 167-231.

Feyel, Christophe (2009), *Dokimasía – La place et le rôle de l'examen préliminaire dans les institutions des cités grecques,* Nancy, Association pour la Diffusion de la Recherche sur l'Antiquité.

Flower, Michael (2008), *The Seer in Ancient Greece*, Berkeley, University of California Press.

Fornis-Vaquero, César (2009), «La conjura de Cinadón: ¿paradigma de resistencia de los dependientes lacedemonios?», *Studia Historica. Historia Antigua* 25, 105-115.

Frederiksen, Rune (2011), *Greek City Walls of the Archaic Period, 900-480*

BC, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
Gardner, Chelsea y Seifried, Rebecca (2016), «Euboean towers and Aegean powers: insights into the Karystia's role in the ancient world», *Journal of Greek Archaeology* 1, 149-176.
Gerolymatos, André (1986), *Espionage and treason: A study of the proxenía in political and military intelligence gathering in ancient Greece,* Ámsterdam, J.C. Gieben.
Grzesik, Dominika (2021), *Honorific Culture at Delphi in the Hellenistic and Roman Periods,* Leiden, Brill.
Hamel, Debra (1998), *Athenian Generals: Military Authority in the Classical Period,* Leiden, Brill.
Hesk, Jon (2000) *Deception and Democracy in Classical Athens,* Cambridge, Cambridge University Press.
Hunter, Virginia (1994), *Policing Athens: Social Control in the Attic Lawsuits, 420-320 B.C.,* Princeton, Princeton University Press.
Kroll, John H. y Mitchel, Fordyce W. (1980), «Clay Tokens Stamped with the Names of Athenian Military Commanders», *Hesperia* 49, 86-96.
Lewis, Sian (1996), *News and Society in the Greek Polis,* Chapel Hill, University of North Carolina.
Lowe, Polly (2007), *Interstate Relations in Classical Greece,* Cambridge, Cambridge University Press.
MacDowell, Douglas M. (1962), *Andokides: On the Mysteries,* Oxford, Clarendon.
Mack, William (2015), *Proxeny and Polis: Institutional Networks in the Ancient Greek World,* Oxford, Oxford Academic.
Maillot, Stéphanie y Zurbach, Julien (2019), «Le renseignement dans les cités-états grecques», en Eric Dénécé y Patrice Brun (eds.), *Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge,* París, Ellipses, 165-178.
Mosley, D. J. (1972), «Diplomacy in Classical Greece», *Ancient Society* 3, 1-16.
Naiden, F. S. (2021), «Religion and Warfare», en Waldemar Heckel, F. S. Naiden, Edward Garvin y John Vanderspoel (eds.), *A Companion to Greek Warfare*, Hoboken, Wiley Blackwell, 312-328.
Nease, A. S. (1949), «Garrisons in the Athenian Empire», *Phoenix* 3, 102-111.

Pritchett, W. Kendrick (1979), *The Greek State at War Part III: Religion*, Berkeley, University of California Press.
Rousset, Denis (1994), «Les frontières des cités grecques. Premières réflexions à partir du recueil des documents épigraphiques», *Cahiers du Centre Gustave Glotz* 5, 97-126.
Russell, Frank (1999), *Information Gathering in Classical Greece,* Ann Arbor, University of Michigan.
— (2021), «Military Intelligence», en Waldemar Heckel, F. S. Naiden, E. Edward Garvin y John Vanderspoel (eds.), *A Companion to Greek Warfare*, Hoboken, Wiley Blackwell, 252-260.
Seifried, Rebecca y Parkinson, William (2014), «The Ancient Towers of the Paximadi Peninsula, Southern Euboia», *Hesperia* 83, 277-313.
Trevett, J. C. (1995), «Nikias and Syracuse», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 106, 246-248.
Ulanowski, Krzysztof (2020), *Neo-Assyrian and Greek Divination in War,* Leiden/Boston, Brill.

---

[1] Traducción de Fernando Bermejo-Rubio.

[2] Sobre el Imperio neoasirio, véase el capítulo de P. Dubovský *(supra).*

[3] Demades, *En los Doce Años* I 46. Se trata de una frase difícil, que podría entenderse también como «la libertad no teme a un espía», «la libertad no protege contra un espía», o «la libertad no respeta a un espía».

[4] Se da una tensión similar con respecto al engaño y a la democracia en general; cfr. Hesk 2000, 21-22.

[5] Sobre la terminología griega, véase el anterior capítulo de F. Echeverría *(supra).*

[6] Hom. *Od.* IX 88-90; 147ss.; X 100-102. Véase también Paus. VI 23, 8 acerca de los espías en Élide (legendario, ambientado mucho antes del 800 a.e.c.).

[7] Las avanzadillas de caballería (*pródromoi,* literalmente *precursores*) a la cabeza de los ejércitos en marcha están atestiguadas en el siglo IV, y fueron ampliamente utilizadas por los macedonios, a veces en gran número.

[8] Frederiksen 2011, 13 (cfr. 15-16).

[9] Cfr. Rousset 1994, 122.

[10] Seifried y Parkinson 2014, 285. Una publicación posterior sobre las torres de la región no distinguió las estructuras arcaicas, pero elevó el total a veintiséis clásicas y diez helenísticas; cfr. Gardner y Seifried 2016, 159.

[11] Gardner y Seifried 2016, 169-170.

[12] Cfr. esp. Couvenhes 2011.

[13] Cfr. Bugh 1988, 222 para el estatus social de los *pródromoi*. Para ser justos, es decididamente curioso que los *hippagrétai* («mariscales de la caballería») estuvieran involucrados en el relato de

Jenofonte (*Hell.* III 3, 4-11) sobre la conspiración de Cinadón en Esparta, y que los *agathoergoí* (trabajadores nobles), que fueron tomados de los *hippeîs* (según Hdt. I 67, 5), estuvieran asociados con la inteligencia extranjera.

[14] Para la pena de muerte en Atenas infligida a los emisarios que presentaban informes falsos, cfr. Demóstenes, *Sobre la embajada* 279; para otras medidas sobre los emisarios, véase, por ejemplo, Andoc. *Sobre la paz* 35.

[15] Véase, por ejemplo, Lowe 2007, sobre las estrategias retóricas en las embajadas.

[16] Cfr. Mack 2015, 90: el papel «se basaba en una comprensión compartida del *próxenos* como el amigo oficial de otra ciudad que realizaba ciertas funciones intermediarias dentro del contexto de su propia comunidad política».

[17] En el corpus de inscripciones recopiladas en el sitio web de Oxford, *Proxeny Networks of the Ancient World*, solo hay tres ejemplos atestiguados antes del 500 a.e.c., y otros trece antes del 450. A partir de entonces, hay respectivamente noventa y doscientos setenta y seis ejemplos en cada uno de los siguientes dos intervalos de cincuenta años, y la tendencia continúa al alza en el siglo IV. Véase también Lowe 2007, 242-243 sobre el número particularmente elevado de decretos de *proxenía* emitidos por Atenas.

[18] Cfr. Gerolymatos 1974.

[19] Al discutir el papel de un *mántis,* la investigación reciente prefiere traducir la palabra como «vidente» en lugar de «profeta», para marcar la distinción entre el oficio técnico de un vidente y la naturaleza inspirada de un profeta. Cfr. Dillery 2005, Fowler 2008, Ulanowski 2020.

[20] Hdt. IX 35, 1-36. Piénsese en el caso de Sthorys de Tasos, a quien se le concedió la ciudadanía ateniense por su servicio remunerado como *mántis* antes de la batalla de Cnido en 395: *IG*^{2} 17 (*apud* Fowler 2008, 122).

[21] Pind. *Ol.* VI 16-17 (trad. A. Ortega, BCG 68), con alusión a un lamento por el legendario vidente Anfiario.

[22] Hdt. IX 95; *IG* I^3 1147 líneas 128-129, etcétera.

[23] Naiden 2021 320; 312-328. En última instancia el *strategós* mandaba al *mántis,* no al revés, y era responsable de las decisiones que tomaba basándose en la interpretación de este; Pritchett 1979, 48, citando a Pl. *Lach.* 199A.

[24] Para un tratamiento más completo, cfr. Russell 1999.

[25] Nicias afirmaba que no era fácil para un mensajero viajar hacia y desde Sicilia durante los cuatro meses de invierno (Thuc. VI 21, 2).

[26] Cfr. Hamel 1994, 115-118 sobre el control cívico de los *strategoí* y los temores concomitantes al castigo; cfr. también 201-203 para una referencia específica a la expedición siciliana.

[27] Demóstenes había considerado prudente no regresar a Atenas durante algún tiempo después de haber sido derrotado en Etolia (Thuc. III 98, 5).

[28] Cfr. Hamel 1994, 95-99, con especial atención al mando en Sicilia. Aunque este acuerdo viola los principios modernos de unidad y claridad de mando, sirvió al imperativo democrático de dividir y limitar los poderes.

[29] Thuc. VI 27, 2 (trad. A. Guzmán Guerra). Cfr. VI 27, 1 – 28, 2; VI 53, 1-2, *IG* I^3 421.

[30] El discurso de Esquines *Contra Timarco* es la mejor fuente. Para más información, cfr. Feyel 2009, Hunter 1994, MacDowell 1962.

[31] Arist. *Pol.* 1313b (trad. Manuela García Valdés).

[32] Clearco de Soli, fragmento 25.

[33] Cfr. Balcer 1977. Véase el capítulo de J. Velázquez en el presente volumen *(supra).*

[34] Andócides, *Sobre los misterios* 36.

[35] Gagné 2009.

[36] Xen. *Hell*. III 3, 4-11. Véanse también Maillot y Zurbach 2019, 173; Russell 1999, 116-117 *ad loc.*

[37] Véase, por ejemplo, Thuc. VII 1, 2; 4, 7; 7, 1; 25, 4; Plut. *Nic*. 14, 5.

[38] Thuc. VII 83, 1-2; Plut. *Nic*. 27, 2.

[39] Thuc. VII 73, 3-4; Plut. *Nic*. 26, 1-3.

[40] Bekker 1814, 1:273.

[41] El orador Demóstenes (que no debe confundirse con el colega de Nicias del mismo nombre) tenía corresponsales secretos en Macedonia en el siglo IV a.e.c.

[42] Xen. *Eq. mag.* 4, 7-8; cfr. 4, 5-6, 16, 1 (trad. Orlando Guntiñas Tuñón, si bien se traduce aquí *katáskopoi* no por «observadores», sino por «espías»).

[43] Lewis 1996, 102 afirma que la información sobre el despliegue militar dentro del propio Estado es alcanzable, pero duda de que dicha información sea posible descubrirla fuera de las propias fronteras. A su cautela hay que oponer el pasaje citado de Jenofonte (*Eq. mag*. 4, 7), que claramente contempla espías enviados al extranjero.

[44] Cfr. Lewis 1996, 59, quien señala que Nicias no estaba dispuesto a debatir la retirada frente a los soldados atenienses porque las noticias podían llegar al enemigo a través de desertores. En el debate público –a diferencia de las conversaciones privadas con colegas– la información privilegiada podría ser un arma de doble filo según Lewis 1996, 103-106 (con mención al orador Demóstenes), dando a entender que su poseedor era algo antiateniense.

[45] Plut. *Nic.* 21, 5-6 (trad. J. Cano Cuenca *et al.,* BCG 362); cfr. Thuc. VII 43, 1 y Hamel 1994, 96-97.

[46] Thuc. VII 49, 4 (trad. A. Guzmán). Véase también la consideración de Hamel 1994, 97 sobre este debate.

[47] Cfr. Lewis 1996, 19: «El acceso a la información… sirve para definir el estatus del ciudadano. Si uno considera otros grupos dentro de una polis, se puede ver que una jerarquía afecta el acceso a la información».

[48] Fowler 2008, 31 y 122; Ulanowski 2020, 165.

[49] Plut. *Nic.* 23, 7 (trad. J. Cano Cuenca *et al.,* BCG 362).

[50] Fowler 2008, 117; cfr. 114-119 para una discusión general.

[51] Xen. *Cyr*. I 6, 2 (trad. A. Vegas); cfr. Pritchett (1979) 48-49 *ad loc*. Véase también Xen. *An*. V 6, 16-18, 27-30.

[52] Plut. *Nic.* 23, 8 (trad. J. Cano Cuenca *et al.,* BCG 362).

VIII
INTELIGENCIA MILITAR Y SEGURIDAD INTERIOR EN EL EJÉRCITO DE ALEJANDRO MAGNO

Adolfo J. Domínguez Monedero

INTRODUCCIÓN

Macedonia era un Estado peculiar dentro del mundo griego. Aunque no hay por qué dudar de que existiera un determinado nivel de institucionalización, bien estudiado por algunos autores[1], todo lo que ocurría en Macedonia pasaba por el rey, que era quien tomaba, en último término, las decisiones correspondientes. En este cometido estaba rodeado por amigos y compañeros (*phíloi* y *hetaîroi*), vinculados de modo muy directo a su persona, a los que empleaba como ejecutores de sus decisiones y a los que, de ser necesario, encomendaba misiones de carácter militar e informativo. Se daba por sentada la lealtad de estos individuos, pero en el complejo sistema macedonio, en el que el ascenso y la caída dependían de la voluntad del rey, todos quienes le rodeaban se convertían en informantes a veces no bienintencionados, o en delatores dispuestos a transmitirle al monarca los deslices, errores o traiciones que pudieran haber cometido, presunta o realmente, sus pares. Los periodos para los que se dispone de más información sobre estos aspectos son los correspondientes a los reinados de Filipo II y de su hijo Alejandro III, Alejandro Magno. Ampliando y extendiendo la acción de su padre, Alejandro pudo desplegar importantes mecanismos de inteligencia que abarcaron diversos frentes, como se verá a lo largo de estas páginas. Lo paradójico es que, a pesar del amplio sistema de información que desarrolló Filipo II, ello no impidió su asesinato por alguien tan próximo a él como su propio guardia personal *(somatophýlax)* Pausanias de Oréstide (Diod. Sic. XVI 93, 3).

Hay que pensar que Alejandro, al hacerse con el poder tras este episodio, lo hizo en un ambiente de gran desconfianza, lo que provocaría la rápida eliminación de todos aquellos sospechosos de haber alentado la muerte de Filipo, fuesen o no infundadas las sospechas, o de quienes pudieran

reivindicar para sí el trono. Así, cayeron Amintas, primo suyo e hijo de Pérdicas III (Just. 12, 6, 14), y los hermanos Herómenes y Arrabeo de la familia real lincesta, que aparecen en Arriano como implicados en el asesinato de Filipo (Arr. *Anab.* I 25, 1); el hermano de ambos, Alejandro, fue uno de los primeros en reconocer a Alejandro III como rey (Arr. *Anab.* I 25, 2), lo que le salvó al principio, pero no impidió que fuese detenido tiempo después acusado de conspirar contra este (Arr. *Anab.* I 25, 10; Diod. Sic. XVII 32, 1-2) y, más adelante, ejecutado (Diod. Sic. XVII 80, 2; Curt. VII 1, 5-10; VIII 8, 6). Parece claro, al menos en este último caso, que la pérdida de confianza de Alejandro en su tocayo el lincesta, después de haberle encargado misiones importantes, tuvo que ver con informaciones recabadas *a posteriori;* por supuesto, es complicado saber si existió desde el principio un servicio de información «profesional» o más bien, sobre todo, delatores que podían actuar por intereses particulares, fuesen estos espurios o no.

Dejando de lado este caso, al menos de momento, y para organizar los datos sobre el uso de informantes de diversos tipos por parte de Alejandro, se dividirá el análisis atendiendo a los objetivos que tiene la recopilación y uso de la información. Así, en primer lugar, se aludirá a la inteligencia militar y a las indagaciones sobre el terreno para lograr el éxito en las campañas militares, en el sentido que ha sido establecido en la historia de la investigación[2]; en segundo lugar, se examinará la recopilación de información sobre la lealtad del ejército. Las noticias disponibles derivan de autores que escribieron varios siglos después de la época de Alejandro, puesto que las fuentes primarias –contemporáneas o algo posteriores a ese periodo– han desaparecido por completo; el asunto se complica porque aquellos autores introdujeron en sus relatos observaciones que a veces corresponden más al periodo en el que escriben que a la época del tercer cuarto del siglo IV a.e.c. en la que se desarrolló la vida de Alejandro[3]. Además, a estos autores les interesaban otros aspectos, como el desarrollo de las campañas o la personalidad de Alejandro, por lo que no suelen centrarse en los temas que aquí nos ocupan, lo que hace aún más ardua la tarea del historiador.

LA INTELIGENCIA MILITAR

Un elemento clave que debe preocupar a cualquier general tiene que ver con la recepción y análisis de la información que le va llegando tanto a la hora de preparar una campaña como, sobre todo, cuando ya se está de lleno en la misma; este tipo de inteligencia suele dividirse en estratégica y táctica, aunque no siempre es fácil deslindarlas en el caso aquí analizado, en parte porque las informaciones que se van a emplear en ambas se recogen a la vez[4]. Alejandro pudo aprender con rapidez los mecanismos de búsqueda de información porque se rodeó de los mismos generales que habían colaborado con su padre y que tenían ya amplia experiencia en esas cuestiones; además, se vio apremiado por el surgimiento de levantamientos y sublevaciones inmediatamente tras su acceso al poder. Los métodos empleados tenían ya una tradición en el mundo griego[5], pero hasta entonces se habían desarrollado en el ámbito de la polis y no en el de una monarquía con poderes, si no ilimitados, sí al menos bastante amplios[6]. Se ha debatido también hasta qué punto Alejandro pudo haber conocido obras de autores anteriores que habían tenido que desenvolverse en el entorno hostil del Imperio aqueménida como, por ejemplo, Jenofonte[7]; los haya conocido o leído Alejandro o no, sí se puede observar que algunos de los comportamientos que se ven en él son parecidos a los que se hallan en tales autores.

Aparte de por medio de informantes propios, una excelente manera de acceder a la situación existente en territorios no demasiado bien conocidos era a través de gentes locales de acreditada fiabilidad, algo que ya comprobó desde el inicio de sus campañas, por ejemplo, con Lángaro, el rey de los agrianes (Arr. *Anab.* I 5, 1-4). Por ello, Alejandro dará más importancia siempre a los datos procedentes de los jefes y caudillos locales con los que va a buscar, como en el caso de Lángaro, establecer vínculos más intensos, que suelen desarrollarse dentro del modelo aristocrático de la *xenía*. Mediante este mecanismo no solo puede conseguir avisos puntuales durante una campaña, sino que, además, se garantiza una fuente continua de inteligencia y estos informantes, sobre todo si tienen poder, pueden convertirse en agentes que actúen en interés de Alejandro. Cuando no se tiene acceso a estos individuos, se puede recurrir a prisioneros y a otros medios[8]; se sabe que uno de los macedonios, Laomedonte, que era bilingüe greco-persa, fue puesto al cargo de los prisioneros extranjeros (Arr. *Anab*. III 6, 6) para conseguir extraerles lo que sabían.

El caso de la campaña, intentada pero no ejecutada, al otro lado del Hífasis para proseguir la conquista de la India muestra cómo, antes de iniciarse, ya se han recabado informaciones preliminares sobre lo que podría encontrarse Alejandro (Arr. *Anab.* V 25, 1; Str. XV 1, 37), tomadas de algunos reyes locales (Diod. Sic. XVII 93, 1-2; Curt. IX 2, 2-4; Plut. *Alex.* 62, 2-3) y corroboradas por otros (Diod. Sic. XVII 93, 2-3; Curt. IX 2, 5-7).

Uno de los pocos casos donde se alude, aunque tampoco con demasiado detalle, a la planificación de una importante travesía es el referido a los preparativos para el cruce del desierto de Gedrosia, empresa que finalizó con un resultado bastante negativo; la marcha resultó mucho más complicada de lo previsto, debido sobre todo a factores naturales (Arr. *Anab.* VI 23, 1-2), con una duración, tampoco prevista, de sesenta días (Str. XV 2, 7) y que provocaría la muerte de en torno a las tres cuartas partes de las tropas que iniciaron el recorrido (Plut. *Alex.* 66, 4). No obstante este terrible balance, Alejandro había preparado de modo concienzudo esa expedición, cuyas dificultades no se le ocultaban; por ello mismo había recabado informaciones que le permitieron conocer de antemano la posición de las tropas enemigas que intentaban impedirle el paso (Arr. *Anab*. VI 22, 1-2). Pero antes incluso de emprender la expedición, Alejandro habría enviado excavadores de pozos para asegurar puntos de abastecimiento para el ejército y para la flota que debía partir a recorrer las costas de ese territorio (Str. XV 1, 3); esto indica que, antes incluso de iniciar la travesía de ese desierto, Alejandro había prospectado la ruta a seguir y los guías enviados habrían establecido marcas o señales *(semeîa)* para reconocer los caminos, o inspeccionado los existentes. El uso de guías locales era frecuente porque aparece mencionado en otras ocasiones (p. ej., Arr. *Anab.* III 3, 4-5; Plut. *Alex.* 27, 3). Durante la marcha, sin embargo, esas señales habían desaparecido debido a las condiciones naturales, sobre todo los vientos (Arr. *Anab*. VI 25, 4), lo que dificultó el recorrido.

Aunque durante la marcha las condiciones fueron peores de las previstas e, incluso, en algunos momentos los guías se perdieron (Arr. *Anab.* VI 26, 4-5) y no siempre había agua disponible en la cantidad y con la calidad requeridas, Alejandro había intentado no solo poseer un conocimiento previo de las rutas, sino también que, al final de cada etapa, la expedición tuviese puntos de aguada y de reposo. Incluso eligió la época del año más

adecuada para la travesía, el verano, porque sabía que en esa estación los ríos y los pozos estaban llenos debido a las lluvias (Str. XV 2, 3). Algunos autores culpan del desfavorable balance de esta expedición a una falta de preparación y a un fallo de la inteligencia militar[9], quizá no tanto en la planificación de la marcha por tierra sino, sobre todo, en la imposibilidad, no prevista, de que la flota pudiese partir al mismo tiempo que el ejército de tierra, cuando el objetivo inicial había sido que ambas expediciones se coordinasen (Arr. *Anab.* VI 21, 1-3); ahora bien, sin el apoyo de la flota, ni Alejandro pudo tomar la ruta marítima ni las naves encontraron en la costa los puntos de apoyo que había pretendido establecer.

A pesar de las penurias, individuos como Aristobulo, que con el tiempo escribiría su propio relato de las campañas de Alejandro (Arr. *Anab.* praef. 1-3), tuvieron la oportunidad de realizar observaciones sobre la flora local, destacando la existencia incluso de plantas con un claro interés económico, como la mirra, entre otras (Arr. *Anab.* VI 22, 4-8); pero, además de ese valor económico –que los comerciantes fenicios que acompañaban al ejército de Alejandro no dejaron pasar por alto, acumulando cuanta resina de mirra y nardos pudieron (Arr. *Anab.* VI 22, 4-5)–, durante la propia marcha hicieron uso de esas mismas plantas porque ayudaban a mejorar la calidad del aire en las tiendas (Str. XV 2, 3).

Se conocen muchas de estas informaciones a través de obras geográficas que aprovechan los datos extraídos de los autores que acompañaron a Alejandro o que escribieron sus obras después a partir de informaciones de mayor o menor calidad. Si bien a veces se piensa que en las mismas hay solo un interés científico, lo que estos datos indican no es tanto (o no solo) la existencia de ese interés sino, ante todo, la necesidad de recopilar todo tipo de informaciones, sean o parezcan más o menos útiles *a posteriori* pero que, sin embargo, poseen un interés directo durante el desarrollo de la campaña. Todo este cúmulo de informaciones tiene que ver, ante todo, con datos de inteligencia militar, necesarios para una mejor planificación de las acciones bélicas.

Los procedimientos de verificación de la información tienen, como se ve, una gran importancia, puesto que es la observación personal, la *autopsía,* el principal procedimiento que permite corroborar los datos previos, ampliarlos y, si es necesario, contrastarlos con los de las gentes que viven en el entorno, a fin de convertirlos en informes fiables para su uso por el

ejército y, en su momento, por la administración de los territorios.

Es posible observar un ejemplo muy claro de esta línea de actuación a partir de una noticia que se encuentra en nuestras fuentes y a la que se le ha dado un contenido netamente geográfico, aunque se han solido obviar otras líneas de interpretación. Tiene que ver con la polémica, no resuelta hasta el siglo XIX, sobre las fuentes del río Nilo, sobre su curso más allá de los territorios a los que accedían los antiguos (incluyendo los propios egipcios) y con la existencia de informaciones acerca de otro gran río en los confines del Imperio aqueménida, el Indo.

Ya a Heródoto (IV 44) le habían llegado noticias de la existencia del río Indo y de la presencia en él de cocodrilos, un animal presente también en el Nilo, lo que puede haber provocado cierta confusión acerca de la topografía exacta de esas regiones, así como sobre su relación con el continente africano; una idea esta, la de la continuidad entre la India y Etiopía, que formaba parte de las concepciones geográficas griegas[10], basadas más en un componente teórico que en observaciones inexistentes.

Ello explica la información proporcionada por Arriano relativa a la idea de que el Indo en realidad formaba parte de las fuentes del Nilo, a partir, sobre todo, de la existencia de cocodrilos en el río asiático, algo que parece haber ignorado Alejandro hasta que los vio con sus propios ojos (Arr. *Anab.* VI 1, 2), y ello a pesar de que la obra herodotea era bien conocida en la corte macedonia y por varios de los autores que trataron de Alejandro[11]. Hasta tal punto estaba este convencido de haber dado, por fin, con las fuentes del Nilo, que llegó a escribirle a su madre al respecto, aunque en el texto también se halla una observación de gran interés, como que un conocimiento con más espíritu crítico *(atrekésteron)* le persuadió de su error (Arr. *Anab*. VI 1, 4-5).

Como en otras ocasiones, no se trata solo de una noticia de interés geográfico, sino sobre todo estratégico, porque sería un medio de comunicar ambos territorios por vía fluvial. Producido el descenso del Indo y la llegada al océano, y en esto sí se demuestra el interés por conocer nuevos territorios, la exploración se prosigue merced a la expedición de Nearco, cuyo objetivo era comprobar la existencia de una ruta marítima –desconocida por los griegos– que uniese la región de la desembocadura del Indo con la cabecera del golfo Pérsico. En esto se observa una práctica habitual en toda la campaña, y es que las informaciones recabadas debían

ser corroboradas por Alejandro o sus inmediatos colaboradores; a ello se debió el descenso por el Indo y sus afluentes y el propio periplo de Nearco. Sobre los objetivos de este, el texto que escribió el almirante, y que utilizó Arriano para su *Indiké,* se muestra en algún pasaje como, por ejemplo, en aquel en el que otro de los participantes de la expedición, Onesícrito, al llegar al actual estrecho de Ormuz y observar la península de Omán, que desde Arabia se internaba en el mar, y que el periplo llama cabo Maceta, sugirió avanzar hacia esa región (Arr. *Ind.* 32, 6-9). Ante ello Nearco le indica que la orden que había recibido de Alejandro había sido «conocer las playas de toda la franja costera, los puertos e islotes que en ella hubiera, recorrer todos los golfos y ciudades costeras, e informarse de qué partes del país eran fértiles y cuáles eran desiertos» (Arr. *Ind.* 32, 12; trad. A. Guzmán).

No cabe duda, pues, de que esta expedición de reconocimiento tiene que ver no solo con un conocimiento teórico o geográfico sino con un claro objetivo político y, sobre todo, militar, que se complementaría con la futura exploración, que el propio Alejandro ordenará, de circunnavegar Arabia. No se debe perder de vista que el descubrimiento por parte de los griegos del golfo Pérsico, cuya existencia desconocían antes de esta expedición, tendría importantes repercusiones no ya para Alejandro, que moriría poco después, sino para sus sucesores. El encargado de dirigir la empresa, Nearco, no era, por supuesto, ni un geógrafo ni un erudito, sino un competente militar que había desempeñado diversas misiones a las órdenes de Alejandro por lo que, aunque la obra que escribió relatando su exploración acabó siendo de interés para los científicos, su objetivo principal, como él mismo desvela, era aportar datos de inteligencia para que Alejandro pudiese tomar las decisiones pertinentes, ahora o en el futuro.

El otro participante conocido en la empresa, Onesícrito, también escribió una obra sobre la misma, en la que parece haber pretendido ser quien había dirigido toda la expedición; no obstante, a juzgar por el testimonio de otros autores, tan solo fue el timonel de la nave de Alejandro (Arr. *Ind.* 6, 2, 3). También formó parte de la expedición que recorrió el golfo Pérsico, pero en esta ocasión no queda claro qué función desempeñó en ella. Estrabón y Curcio mencionan a ambos como responsables de la expedición (Str. XV 2, 4; Curt. IX 10, 3), mientras que Plutarco aclara que el jefe *(hegemón)* era Nearco y Onesícrito era el primer piloto *(archikybernétes)* (Str. XV 1, 28;

Plut. *Alex.* 66, 3). De Onesícrito no se conocen demasiadas actividades militares antes de su papel en el descenso del Indo y sus afluentes y de la navegación por el golfo Pérsico, pero parece bastante probable que hubiese formado parte de la expedición de Alejandro desde el principio (Diog. Laert. VI 84) y que hubiera entrado en combate como tantos otros. Por otro lado, Alejandro también le dio encargos como informante, puesto que fue el designado para entrevistarse con los gimnosofistas más célebres, como Cálano y Dándamis (Str. XV 1, 63-65; Plut. *Alex.* 65, 1-3); aunque esto puede deberse a la educación filosófica de Onesícrito, vinculado a la escuela cínica (Diog. Laert. VI 84). Tal vez se creyese que las informaciones susceptibles de ser obtenidas de estos peculiares gimnosofistas podrían haber tenido también valor militar. No hay que perder de vista que otros gimnosofistas protagonizarían levantamientos contra Alejandro (Plut. *Alex.* 64, 1-12). Arriano (*Anab.* VI 7, 4; 16, 5; 17, 2) los llama «brahmanes» y los hace también responsables de algunas revueltas, aunque en un momento posterior y en otros lugares diferentes del primer encuentro con ellos, que se produjo en Taxila. En la *Indiké,* y quizá porque bebe de Nearco, Arriano los denomina «sofistas», indica que van desnudos y que son los únicos que pueden realizar sacrificios y emitir profecías (Arr. *Ind.* 11, 1-8). El propio Arriano menciona también a Cálano y a Dándamis (Arr. *Anab.* VII 2, 2-4), pero sin decir ni una palabra de la intervención de Onesícrito en el asunto. En todos estos contactos se insiste en que el interés que Alejandro tenía por ellos se debía a su sabiduría y a su forma de vida, y algunos autores, como Arriano, narran el primer encuentro con ellos tras relatar el episodio que el propio Alejandro había protagonizado en Corinto con Diógenes de Sínope (Arr. *Anab.* VII 2, 1), cuya forma de vida equipararon autores posteriores con las de estos sabios indios desnudos.

Junto con estas búsquedas de información entre poblaciones locales de diverso tipo, también se proporcionan datos de actividades de inteligencia planificadas por el propio Alejandro, en ocasiones aprovechando otros cometidos. Así, por ejemplo, envía a Derdas, uno de sus amigos, ante los escitas, para advertirles de que no crucen el Tanais pero, al tiempo, con la encomienda de que inspeccione todo el territorio y visite a otros pueblos escitas (Curt. VII 6, 12). Puede que a un episodio semejante, o incluso al mismo, se refiera Arriano cuando menciona que, a la vuelta de una

embajada escita, hizo que fueran con ellos a su regreso algunos de sus compañeros con el pretexto de discutir un acuerdo, aun cuando la verdadera intención era obtener información sobre la región, número de habitantes, armamento, etc. (Arr. *Anab.* IV 1, 1-2). No quedan dudas sobre la misión, ya que Arriano emplea la expresión *es kataskopén,* que alude de manera clara a estas labores de espionaje.

En el ejército había una serie de especialistas, como eran los bematistas, encargados de registrar y medir las distancias que se recorrían, pero también de aportar datos sobre los territorios que atraviesan esas rutas; destacan, entre ellos, Betón y Amintas (Ath. II 67A; X 442B; XI 500D; Ael. *NA* XVII 17). Gracias a sus conocimientos, pueden haber sido también expertos en comunicaciones[12]. Ni que decir tiene que estas informaciones eran valiosísimas para planificar movimientos, mantener líneas de abastecimiento, repartir tropas, etc.; su exactitud parece fuera de duda[13] y muestra una clara proyección de futuro[14].

Alejandro tenía a su disposición, aparte de al ejército en su conjunto, a sus hombres de confianza para encomendarles estas tareas de información; ya se ha visto el caso de Nearco y Onesícrito, encargados del periplo del golfo Pérsico. Entre los otros individuos que reciben encargos especiales está, por ejemplo, Aristobulo, que más adelante sería el autor de una de las primeras obras escritas sobre Alejandro. A él se le encomienda la restauración de la tumba de Ciro el Grande en Pasargada (Arr. *Anab.* VI 29, 10), que había sido destruida y saqueada, hecho del que se conocen varias versiones. Según el relato de Curcio (X 1, 30-35), el eunuco Bagoas habría acusado de ese hecho al sátrapa Orsines; en Arriano (*Anab.* VI 30, 1-2) parece aludirse a ese mismo hecho: aunque no se menciona específicamente el monumento, parece sobreentenderse a pesar de que no figura una acusación explícita (Arr. *Anab.* VI 29, 11). Por su parte, Plutarco (*Alex.* 69, 3) asegura que fue Pulámaco de Pela, un individuo notable, a pesar de lo cual fue ejecutado. No se indica quién efectuó las investigaciones, pero quizá el propio Aristobulo fuese el encargado. Este personaje aparece también en otras ocasiones realizando misiones no especificadas, pero en las que también debe recabar informaciones como las relativas, por ejemplo, a los cambios en el curso del Indo y los traslados de población que ello había provocado (Str. XV 1, 19).

Envía también a un tal Heraclides a que explore el mar Caspio (conocido

por los antiguos como el mar Hircanio) para averiguar si tenía comunicación o no con el océano (Arr. VII 16, 1-4) y, en los meses previos a su muerte, al menos tres expediciones parten para explorar las costas de Arabia, dirigidas por Arquias, Andróstenes y Hierón. Fue la última de estas la que completó la circunnavegación de la península, consiguiendo llegar hasta Herópolis (Arr. *Anab.* VII 20, 7-9), situada en el canal que había excavado el faraón Neco y que acabó Darío para unir el Delta con el mar Rojo (Hdt. II 158). El objetivo militar de esta navegación es evidente, puesto que, en los meses y semanas previos a su deceso, Alejandro estaba planificando ya una campaña contra Arabia (Arr. VII 19, 6; 20, 1-2; 25, 2); tales exploraciones habrían servido para obtener datos de interés para la misma.

Por el propio carácter de la monarquía macedonia, así como por el deseo de Alejandro de controlar toda la información, hay que pensar que el rey en persona recibía, estudiaba y evaluaba todos los informes de inteligencia que llegaban hasta él, procedentes de los diversos tipos de informantes posibles como los que él mismo había encomendado. A este respecto hay un dato muy interesante que recoge Estrabón:

> Y no es indigno de crédito en Patrocles el que afirme que los que marcharon en la expedición de Alejandro recogieron cada una de sus informaciones deprisa y corriendo *(epidromáden),* pero que, en cambio, el propio Alejandro se mostraba muy preciso *(akribôs),* dado que los autores mejor documentados *(empeirótatoi)* habían escrito para él un informe sobre la totalidad del territorio; y afirma Patrocles que el informe le fue entregado después a él por Jenocles, el tesorero (Str. II 1, 6).

Aparte del posible error que comete Estrabón al dar el nombre de Jenocles al tesorero *(gazophýlax)* –llamado Jenófilo (Diod. Sic. XIX 18, 1)–, lo interesante es que Patrocles, que sería un general y explorador al servicio de Seleuco I[15], habría recibido del propio tesorero de Alejandro un informe *(anagraphé)* de todos sus territorios redactado por los autores más experimentados y que contrastaba con los informes apresurados que aportaban los que acompañaron a Alejandro. En realidad no son elementos contradictorios, puesto que en el desarrollo de la campaña los informes de inteligencia debían ser lo más útiles posible para poder tomar decisiones, pero, al tiempo, y según se iban asentando los territorios y el conocimiento de los mismos, era necesario disponer de informaciones para poder

controlar mejor el vasto Imperio.

En las fuentes, no obstante, se detectan ciertos fallos de inteligencia, alguno de ellos en las primeras campañas de Alejandro (Arr. *Anab.* I 5, 11-12), otro en los prolegómenos de la batalla del Hidaspes (Arr. *Anab.* V 13, 2) y, quizá el más grave de todos, en vísperas de la batalla de Iso, cuando los ejércitos macedonio y persa se cruzaron sin percatarse de la ubicación del enemigo; el propio Alejandro, desconcertado, solo se dio cuenta de lo que había ocurrido cuando envió una nave de reconocimiento hasta donde se encontraban los persas (Arr. *Anab.* II 7, 1-2). Puesto que esto ocurrió en un momento temprano de su campaña (333 a.e.c.), es posible tener la certeza de que ese error debió convencer a Alejandro de desarrollar al máximo su red de informantes y, sobre todo, de controlar en persona la información de que se disponía.

INFORMACIÓN Y ESPIONAJE DENTRO DEL EJÉRCITO DE ALEJANDRO

Además de las informaciones pertinentes para la marcha de su campaña, Alejandro desarrolla también una serie de mecanismos para conocer lo mejor posible lo que ocurre dentro de su ejército. El temor a conjuras y complots debía de estar bastante presente; su propio padre había sido asesinado por uno de sus hombres de confianza y, en situaciones de riesgo, en medio de territorios enemigos, las posibilidades de reacciones insospechadas se debían tener en cuenta. Es cierto que los macedonios sentían, en general, veneración por sus reyes y que estos se rodeaban de amigos *(phíloi)* y compañeros *(hetaîroi)* unidos por estrechos vínculos de hospitalidad. Sin embargo, eso no había evitado las conjuras y los asesinatos. Alejandro, pues, se encargaba de que el ejército dispusiese de la información que consideraba suficiente, pero, al tiempo, se preocupaba de lo que pudiera tramarse dentro del mismo y, sobre todo, estaba atento a cualquier indicio de incipientes intentos de eliminarle o minar su poder, para lo cual, sin duda, la fuerza que representaba el ejército sería algo imprescindible.

Se halla una decidida intervención de Alejandro frente a la desinformación en el discurso que le atribuye Curcio en el momento en el que el ejército decide no seguir avanzando más allá del Hífasis, y en el que

el rey denuncia que los enemigos, en ese caso los propios indios, están difundiendo noticias y rumores intimidatorios dentro del ejército para impedir el desarrollo de la campaña. Es también interesante que Alejandro llegue a plantear que lo que se narra de lo que ellos mismos han logrado es muy superior a lo efectivamente conseguido (Curt. IX 2, 12-21).

No es difícil aceptar que, en un ejército compuesto de miles de soldados y un número aún mayor de personal no combatiente, los rumores, exageraciones y desinformación interesada debían de circular sin control y por doquier. Sería función del rey y de sus compañeros tratar de controlar la información y, de ser necesario, tranquilizar al ejército. Esto se conseguía, en parte, administrando lo que llegaba a los soldados, algo no siempre fácil, aunque se intentaba. Es lo que se hizo cuando perecieron unos dos mil trescientos soldados, entre infantes y jinetes, en el combate del río Politímeto (Arr. *Anab.* IV 5, 5-8 – IV 6, 1-2; Curt. VII 7, 30-38); pensando que su conocimiento podría minar la moral del resto del ejército, mantuvo en secreto la derrota y habría llegado a amenazar de muerte a los supervivientes si daban detalles de lo ocurrido (Curt. VII 7, 39). Es difícil saber hasta qué punto la medida pudo tener éxito, pero nuestras fuentes parecen aceptar esta idea de que Alejandro tenía un interés claro en controlar la información.

El principal problema, sin embargo, no venía del ejército como tal sino, sobre todo, de la propia elite que era la que solía tener acceso directo al rey y que, como mostraba la experiencia, podía tener más interés en modificar la situación. Es posible que en los primeros momentos de la campaña Alejandro fuese más confiado, aunque con el tiempo iría cambiando, o, quizá, que los episodios que iban sucediendo le hiciesen desarrollar protocolos más precisos. Una muestra de esto se encontraría en los avisos que se le dan acerca de la lealtad de su médico Filipo. Es Parmenión quien recibe la información sobre un posible atentado preparado por dicho médico y quien le avisa por carta. A pesar de ello, Alejandro sigue confiando en el médico e, incluso, se bebe el brebaje preparado por él para, acto seguido, enseñarle al físico la carta en la que se le denunciaba (Arr. *Anab.* II 4, 9; Plut. *Alex.* 19, 5-6).

Las narraciones de las fuentes dan en ocasiones datos acerca de avisos, que llegan hasta el propio rey, de conjuras reales o ficticias. Aunque se conocen varios casos, es muy posible que dichas denuncias estuviesen a la

orden del día, lo que provocaba importantes problemas acerca de la credibilidad que debía darse a las mismas. Un ejemplo de ello puede estar detrás del turbio episodio de la conjura de Filotas, en la que confluyó toda una serie de elementos que, quizá con pocas pruebas reales, acabaron por propiciar la condena y ejecución de este destacado personaje. En esta trama intervienen conversaciones de dormitorio de Filotas con su amante, no exentas de cierta fanfarronería (Plut. *Alex.* 48, 4-7) pero reveladas a terceros, y que propician una vigilancia del personaje durante el increíble periodo de siete años (Plut. *Mor.* 339F; Arr. *Anab.* I 26, 1), con pleno conocimiento de Crátero y de Alejandro. Todo ello se une a una posible negligencia de Filotas a la hora de dar a conocer al rey, con quien despacha con gran asiduidad, datos de una presunta conjura. Cuando Cebalino, a cuyo conocimiento ha llegado una conspiración para atentar contra la vida del rey en la que han intentado implicar a su hermano, le da detalles a Filotas, este decide no contárselo al rey. Tras esperar un tiempo razonable, el propio Cebalino opta por revelárselo todo a un paje real que se lo transmite al rey (Diod. Sic. XVII 79, 2-3; Plut. *Alex.* 49, 3-7), lo que desencadena la detención, la farsa de juicio y la ejecución.

El no haber informado a Alejandro de lo que Cebalino le había contado a Filotas se interpretó como que este conocía y, tal vez, participaba en el complot, lo que tampoco es seguro. En cualquier caso, el episodio muestra cómo todo el mundo está bajo sospecha, cómo la información –verídica o no– circula sin control entre el ejército y cómo quienes están más en contacto directo con el rey deben decidir si todo lo que llega a sus oídos tiene la relevancia suficiente como para informar a un monarca que, al tiempo, está dedicado a proseguir su campaña. No se sabe con cuánta frecuencia llegaban a los colaboradores del rey noticias sobre conjuras, reales o ficticias, y si todas ellas merecían la misma credibilidad. En el caso de Filotas pueden haberse combinado informaciones previas acerca de sus fanfarronerías, quizá consideradas inofensivas puesto que seguía teniendo acceso directo a Alejandro, con las sospechas por no haberle notificado las informaciones que había recibido sobre esa conjura. Si Filotas estaba implicado o si simplemente consideró irrelevante la información es algo que no se sabe con certeza, aunque la línea de defensa que siguió el *phílos* del rey, ya desde el primer interrogatorio, fue la de que no consideró fiables las informaciones de Cebalino al atribuirlas a una disputa entre amantes

(Curt. VI 7, 33).

Lo que sí es evidente es que, tras su detención, debió de examinarse todo su comportamiento previo, incluyendo sus conversaciones íntimas, aunque no hay que perder de vista que Crátero, viejo rival de Filotas, aprovechó la ocasión para alimentar las sospechas sobre él (Curt. VI 8, 2-9), lo que demuestra la existencia de diversas facciones dentro del círculo de Alejandro, con objetivos diversos y con sus propios medios de hacer llegar sus opiniones al rey[16]. Para añadir más argumentos (circunstanciales) se recurrió incluso a la correspondencia que su padre, Parmenión, había enviado a sus hijos y en la que, aunque no parecía haber nada sospechoso, se quiso interpretar, de manera interesada, que el general estaba también involucrado y que esa falta de concreción en la carta solo indicaba que, en efecto, padre e hijos tenían un código secreto para evitar sospechas si la misiva era interceptada (Curt. VI 9, 13-15). Se sabe que los griegos conocían diversos sistemas para ocultar informaciones comprometidas en cartas en apariencia inocuas[17], aunque se desconoce si este fue el caso. En consecuencia, Parmenión fue también implicado en la conjura (Diod. Sic. XVII 80, 1) y Alejandro ordenó que se le eliminase, aunque en ese momento se encontraba destacado en Media (Plut. *Alex.* 49, 13-14). La turbación del ejército debió de ser importante y parece que hasta Alejandro llegaron informes que hablaban de sedición (Curt. VII 1, 3-4).

Como no podía juzgarse a Parmenión con unos indicios tan débiles y puesto que se temía la reacción del ejército si todo se hacía público, la muerte del general tenía que hacerse de forma discreta. Para ello se envía a uno de los compañeros, Polidamante, con una carta dirigida a los generales que estaban bajo las órdenes de Parmenión –Cleandro, Sitalces y Menidas–, para que sean ellos quienes le den muerte (Arr. *Anab.* III 26, 3-4). Para pasar inadvertido, Polidamante se disfraza de árabe y, saliendo en secreto del campamento, acompañado de guías árabes, llega hasta Media y, tras haber vuelto a vestirse de macedonio, transmite a los generales el mensaje (Curt. VII 2, 17-19). Haya sido esto último real o forme parte del anecdotario, queda claro el gran sigilo con el que había que llevar a cabo esa acción; en lo que concuerdan las fuentes es en el nombre del compañero encargado de transmitir la orden y no hay por qué dudar, más allá del detalle pintoresco del cambio de indumentaria, de que la misión se realizó dentro de un gran secreto del que solo estarían informados los más íntimos

de Alejandro, pues era bien conocida la popularidad de la que gozaba Parmenión en el ejército, al ser además uno de los generales en los que el propio Filipo II había confiado en múltiples ocasiones.

El mismo Parmenión había tenido un papel relevante al revelar la conspiración que habría tramado, con apoyo de Darío, el ya mencionado Alejandro el lincesta. Parmenión habría interceptado a Sisines, el enviado del rey Darío, que habría ofrecido al lincesta el trono de Macedonia si asesinaba al rey, y lo remitió a Alejandro para que él mismo oyese lo que el persa tenía que decir. Puesto que el presunto conspirador estaba al frente de una unidad de caballería tan importante como la tesalia y podría ser peligroso hacerle comparecer, se decidió informar a Parmenión en secreto para que lo detuviese. Curiosamente, es enviado Anfótero, hermano de Crátero y por lo tanto persona de confianza, que también partió en secreto, y vestido como los nativos, hasta llegar a Parmenión, a quien transmitió las órdenes orales que llevaba para que se detuviese a Alejandro el lincesta, cosa que Parmenión hizo al punto (Arr. *Anab.* I 25, 3-10).

Es curioso cómo se halla, en dos ocasiones, la presencia de sendos agentes encubiertos y camuflados que viajan en secreto para transmitir órdenes directas de Alejandro; y es curioso también que esta última noticia se encuentra en Arriano, cuyas fuentes suelen ser consideradas de mayor calidad que las que emplean autores como Quinto Curcio. Sin que se pueda saber si ha habido alguna contaminación entre estas dos informaciones –que afectan, aunque en distinto grado, a Parmenión–, de lo que no cabe duda es de que Alejandro disponía de herramientas para ejecutar sus planes, que incluían actividades encubiertas, así como la disponibilidad de toda una serie de agentes, reclutados entre sus compañeros y amigos más directos, dispuestos a cumplir sus órdenes y a hacerlo de la manera más discreta posible.

Aunque el arresto de Alejandro el lincesta había tenido lugar en el 333 a.e.c., su ejecución se pospuso hasta el 330, aprovechando la eliminación de Filotas y de su padre (Diod. Sic. XVII 80, 2). También se llevó a juicio a algunos otros amigos de Filotas, entre ellos Amintas y sus tres hermanos, acusados de haber participado en la conjura, aunque en esta ocasión fueron absueltos (Arr. *Anab.* III 27, 1-3). Parece que la propia madre de Alejandro, Olimpíade, había prevenido en una carta a su hijo contra estos personajes, sobre todo contra Amintas y su hermano Simias (Curt. VII 1, 12).

Quizá Alejandro decidió llevar a juicio a Filotas para dar una impresión de legalidad ante el ejército, consciente como era de la popularidad de que él y su padre gozaban en el seno del mismo, y puede que esta acción resultase exitosa, a pesar de que el proceso se desarrolló, a tenor de lo que se sabe, con pocas garantías. Sin embargo, era mucho más difícil justificar la muerte de Parmenión, sobre el que las pruebas eran, en el mejor de los casos, circunstanciales y, si se indagaba con detalle, probablemente inexistentes. Los rumores debieron de circular con gran intensidad y, en esta ocasión, Alejandro no pareció dispuesto a atajarlos, sino que optó por la represión, aumentando el control sobre la información y tomando medidas contra aquellos que no aceptaban la versión oficial de que tanto Parmenión como Filotas se habían conjurado para hacer desaparecer al rey.

A tal fin, y sin duda no le faltaron informadores y espías al efecto, indaga a qué soldados les había parecido mal la ejecución y el asesinato del padre y del hijo, y además inspecciona la correspondencia particular para ver qué se decía en ella (Diod. Sic. XVII 80, 3). Curcio da más detalles al respecto; dice que Alejandro se ofreció a hacerse cargo de la correspondencia que los soldados quisieran enviar a sus casas y hacerlas llegar junto con su propio correo, lo que sin duda acortaría los plazos de entrega. Sin embargo, no era sino una añagaza, ya que se encargó de abrir y leer las cartas, con lo cual descubrió quiénes estaban satisfechos y quiénes se quejaban de las condiciones del servicio y estaban descontentos (Curt. VII 2, 36-37). Todos estos fueron agrupados en una unidad específica para evitar que sus opiniones contagiaran al resto del ejército (Curt. VII 2, 37); esa unidad fue denominada «batallón de los indisciplinados» *(átakton tágma)* (Diod. Sic. XVII 80, 4). El control de la correspondencia es un procedimiento que en ocasiones se atribuye también a tiranos griegos[18], y algún autor ha sugerido que esta tarea pudo haberla realizado Eumenes de Cardia[19], que era el *grammateús* de Alejandro (Arr. *Anab.* V 24, 6) y lo había sido ya de Filipo II, y en la práctica el responsable de todas las comunicaciones escritas generadas por la cancillería de Alejandro[20].

La separación de todos los señalados por sus comentarios privados debió de avivar, entre quienes no estaban incluidos en ese grupo, el sentimiento de inseguridad, agravado por la circulación de rumores y por la posibilidad de que cualquiera, con razón o sin ella, pudiera ser delatado ante Alejandro. Al tiempo, la tarea de inspeccionar y leer la correspondencia del ejército debió

de implicar a bastantes de los compañeros más leales del rey, los cuales debieron de integrar, siquiera de modo temporal, un auténtico departamento de espionaje e inteligencia para detectar no solo comportamientos sino incluso ideas que expresasen la más mínima desazón. No es de extrañar que años después, cuando Alejandro, ya en Susa, se ofreció a pagar las deudas que habían contraído sus soldados, muchos de ellos se mostraran reticentes a dar sus nombres, porque pensaban que era una nueva estratagema del rey para saber quiénes vivían por encima de sus posibilidades (Arr. *Anab.* VII 5, 1; Curt. X 2, 9-10); la situación se resolvió cuando Alejandro decidió no solicitar los nombres y demostrarles así que no tenían nada que temer de él (Arr. *Anab.* VII 5, 2-3).

Ese control ejercido por Alejandro debió de incrementar la tensión y la desconfianza y, sobre todo, el sentimiento en sus hombres de sentirse vigilados por el propio rey, lo que tendría repercusiones en el estado de ánimo de la tropa y aumentaría las precauciones para evitar que pudiesen salir a la luz pensamientos considerados inapropiados[21].

La seguridad del rey era cada vez más importante, y la despreocupación de un Filotas a la hora de transmitir las denuncias que le llegan va a terminar por desaparecer. En efecto, Curcio pone voz a esta idea: «Cuando lo que está en peligro es la propia vida, cada uno puede dárselas de valiente; pero cuando lo que se teme es la vida del rey, uno debe ser crédulo y hacer caso incluso a simples habladurías» (Curt. VI 8, 14; trad. F. Pejenaute). A pesar de las medidas adoptadas no acabaron las conjuras, más bien aumentaron las facilidades para denunciarlas. La siguiente en estallar fue la denominada «de los pajes», porque fueron algunos de estos los que planearon el asesinato del rey. En esta ocasión, sin embargo, la información empezó a circular pronto fuera del círculo de los conjurados, llegando la información a Ptolomeo y a Leonato, quienes, a diferencia de lo que había omitido hacer Filotas, despertaron al punto a Alejandro y le dieron a conocer el complot, tras lo cual el rey ordenó la detención y tortura de los implicados (Arr. *Anab.* IV 13, 7; Curt. VIII 6, 22-24). Se ha observado de forma certera que este caso y el de Filotas muestran cómo la información que llegaba al rey estaba mediatizada por las precauciones que tomaban sus subordinados, que eran quienes le filtraban los datos[22].

En esta ocasión se aprovechó también para detener a Calístenes, hasta entonces historiador oficial de la campaña, pero que había mostrado una

clara oposición a las nuevas prácticas que estaba introduciendo Alejandro, entre ellas la *proskýnesis*. Aunque nadie le delató y su nombre nunca fue pronunciado por ninguno de los detenidos (Curt. VIII 6, 24-25; 7, 9-10), muchos –entre ellos el propio Alejandro– le consideraron el «autor intelectual» del complot (Plut. *Alex.* 55, 3-5, 8; Curt. VIII 8, 1-2), en parte porque era el responsable de la instrucción de muchos de los pajes reales.

En esta nueva dinámica de seguir controlando lo que se hacía o pensaba en el ejército, Alejandro pone trampas a algunos de sus hombres para comprobar su lealtad. Curcio menciona el caso de Sisenes, un persa integrado entre los compañeros del rey, que recibe una carta de Nabarzanes, un general de Darío. Esta carta había sido interceptada por Alejandro, quien, tras leerla, permitió que siguiera su curso y llegara al tal Sisenes. Parece que este intentó en varias ocasiones enseñársela a Alejandro pero, al no encontrar el momento propicio, se pensó que, en efecto, estaba dispuesto a dar muerte al rey, que era lo que le proponía el persa a cambio de una cuantiosa recompensa. Ante esta dilación, unos cretenses le dieron muerte durante la marcha, con gran probabilidad por orden de Alejandro (Curt. III 7, 12-15). Ya había sido mencionado antes otro personaje, llamado en esa ocasión Sisines, encargado de hacerle entrega de una carta de Darío a Alejandro el lincesta; es posible que se trate del mismo personaje, pero es dudoso saber si son episodios distintos o ha habido alguna confusión en nuestras fuentes acerca de qué acciones se le atribuían[23]. En todo caso, nos sirve como ejemplo de los tortuosos mecanismos que empleaba Alejandro para comprobar la lealtad de sus hombres.

Se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que Alejandro acabó desarrollando un completo sistema de información interior, con la intención de anticiparse a cualquier acción hostil contra él y que esto debió de incrementar la información que llegaba hasta él a través de múltiples fuentes, por carta o en persona. Como se ha dicho, Alejandro controlaba de forma directa todo ello, pero sin duda empleaba a un nutrido grupo de sus *hetaîroi* en la tarea de recabar estos datos. Plutarco (*Alex.* 42, 1) se sorprende del volumen de correspondencia que recibía, pero en especial de que se tomase el tiempo de responder a todos, incluso sobre temas nimios.

No cabe duda de que este servicio de información acabó siendo cada vez más sofisticado a medida que la situación iba cambiando. Según Plutarco, Olimpíade le advertía en sus cartas, que él mantenía en secreto, de que no

otorgase demasiadas riquezas y honores a sus amigos; de lo contrario, estos podrían buscarse sus propias amistades y acabar perjudicándole (Plut. *Alex*. 39, 7-8). Curcio pone en boca de Alejandro un discurso, que pronuncia a sus compañeros más allegados mientras se recupera de la grave herida sufrida en el ataque a la ciudad de los malios, en el que les encomienda que le protejan de cualquier amenaza interna, pues de los enemigos en la guerra él mismo se ve capaz de defenderse. Conviene reproducir el pasaje porque es una clara justificación de la existencia y mantenimiento de ese servicio de información y espionaje:

> Vosotros no os preocupéis más que de mantenerme a salvo de las emboscadas internas y de las asechanzas domésticas, que yo arrostraré, impávido, los peligros de la guerra y de Marte. Filipo se encontró más seguro en el campo de batalla que en un teatro: no fueron pocas las veces que se libró de las manos de sus enemigos, pero no pudo escapar a las de sus súbditos. Si pasáis revista también a las muertes de otros reyes, os encontraréis con que han sido más los que han muerto a manos de sus conciudadanos que a manos de sus enemigos (Curt. IX 6, 24-25; trad. F. Pejenaute).

Casi como si fuera una corroboración de estas palabras e incluso de las admoniciones de su madre, tras finalizar la terrible marcha por el desierto de Gedrosia, y una vez llegado a Carmania, ordenó que acudiesen hasta allí diversos gobernadores y sátrapas nombrados por él mismo, entre ellos Cleandro y Sitalces, que habían sido los ejecutores, por orden suya, de Parmenión. Alejandro escuchó todas las acusaciones que cualquiera, ya fuesen sus propios soldados, ya los habitantes locales, quisiese formular contra aquellos a quienes había dejado al mando; en efecto, salieron a la luz múltiples delitos y comportamientos inadecuados, lo que provocó que Alejandro mandara ejecutar a los culpables. Las causas de tal decisión tuvieron que ver con las actitudes de sus subordinados y, sobre todo, con el hecho de que los acusados pensaran que el rey no regresaría vivo de la India; es posible que también ordenara ejecutar a muchos de los soldados a las órdenes de estos generales por haber colaborado en sus acciones (Arr. *Anab*. VI 27, 3-4; Curt. X 1, 1-9). Después, y ya en Susa, acabaría con algún otro de los acusados tras convencerse de sus culpas (Arr. *Anab*. VI 27, 5). Diodoro (XVII 108, 3-8), sin dar cifras, dice que fueron muchos los sátrapas ejecutados por Alejandro, mientras que uno de ellos, Hárpalo, viejo amigo de Alejandro, temiendo correr la misma suerte huyó y se refugió en Atenas.

Parece que, tras su regreso de la India, esa política que había llevado a cabo de favorecer a los delatores, así como la acumulación de información, hicieron a Alejandro más proclive a sospechar de buena parte de su entorno; generales y sátrapas que despreciaban sus órdenes y otro tipo de tensiones debieron de ir cambiando su actitud. Eso lo reflejan fuentes tan distintas como Arriano y Curcio. El primero asegura que cada vez daba más crédito a las acusaciones, lo que le llevó a castigar con severidad incluso pequeñas faltas ante el temor de que, de no hacerlo, los culpables se atreviesen a cometer delitos más graves (Arr. *Anab*. VII 4, 3). Por su parte, Curcio, después de narrar el complot urdido por el eunuco Bagoas contra el sátrapa Orsines –ejecutado de forma injusta según este autor (Curt. X 1, 22-38)–, hace una reflexión muy parecida a la que se encuentra en Arriano, en el sentido de que el rey prestaba oído a las calumnias y se precipitaba al ordenar ejecuciones, sugiriendo que su comportamiento era cada vez más arbitrario (Curt. X 1, 39-42). Arriano, que también menciona a ese personaje como «Orxines», solo dice que su ejecución se debió a que se había comprobado que había saqueado santuarios, tumbas de reyes y asesinado de manera injusta a muchos persas (Arr. *Anab.* VI 30, 1-2); las acusaciones no son diferentes de las que se hallan en Curcio, aun cuando en este autor están enriquecidas con el deseo de venganza de Bagoas por haber recibido un desplante del sátrapa, lo que habría movido al eunuco a fabricar esas falsas acusaciones.

Por último, y durante el motín de sus tropas en Opis, sorprende la rápida reacción de Alejandro cuando, según Arriano, el rey desciende de su estrado y, señalando con el dedo a los cabecillas de la sedición, ordena a sus hipaspistas que los detengan y ajusticien (Arr. *Anab.* VII 8, 3; Diod. XVII 109, 2; Curt. X 2, 30; Plut. *Alex.* 71, 2-8); aunque algunas de nuestras fuentes parecen sugerir que escogió a los que más alborotaban, cabe suponer que Alejandro sabía con seguridad quiénes estaban instigando la revuelta, fruto de las investigaciones que él y sus allegados habían realizado gracias a los diversos mecanismos de control que, desde hacía tiempo, había implantado para conocer qué se decía e, incluso, qué se pensaba en el seno del ejército.

CONCLUSIONES

Es posible que en sus últimos meses de vida, y una vez licenciada una parte de sus soldados (Arr. *Anab.* VII 8, 1-2; 12, 1-4; Diod. XVII 109, 1; Curt. X 2, 8; Plut. *Alex.* 71, 1-8), Alejandro aliviase su presión sobre el ejército para empezar a pensar en sus próximos planes o en resolver los problemas pendientes que existían en Grecia, de la que nunca se había desentendido pero que había quedado en un segundo lugar ante cometidos más urgentes[24]. Eso no impidió que siguiera recopilando informaciones de inteligencia exterior de cara a esas otras campañas que estaba planeando, entre ellas la más inminente, la que tenía como objetivo Arabia, pero ya desde una perspectiva distinta, puesto que la progresiva aparición de una «corte» al estilo aqueménida fue convirtiendo al rey en alguien cada vez más alejado de sus súbditos[25].

Como se ha intentado mostrar, el modelo monárquico macedonio concentraba en la figura del rey todas las responsabilidades que se derivaban del gobierno y ello se volvía más urgente aún durante el desarrollo de sus campañas. Una adecuada información, lo más exhaustiva y precisa posible, de los futuros objetivos era imprescindible para proseguir el avance y, al tiempo, una vez que se producía este, sus amigos y compañeros iban aportando datos que completaban, modificaban y corregían, cuando era necesario, la imagen previa. No faltaban individuos en el Estado Mayor con conocimientos y capacidades para transformar toda esa serie de datos, en origen dispersos y contradictorios, en documentos de inteligencia de un valor extraordinario. Hasta tal punto fue así, que esas informaciones se convirtieron en la base de conocimientos de carácter geográfico y científico muy usados por autores posteriores, como aseguraba Estrabón a partir de Eratóstenes (Str. I 2, 1), por lo que no cabe duda de que ya tuvieron esos objetivos en la época de Alejandro. En la reflexión que, siglos después, haría Estrabón sobre la utilidad de la geografía, destaca la de su uso aplicado a los asuntos políticos y a las prácticas de gobierno (Str. I 1, 1; 1, 16), y pocas dudas puede haber de que fue Alejandro quien, entre los griegos, pudo recopilar una mayor cantidad de informaciones referidas a territorios antes apenas conocidos. Pero –conviene insistir en ello– que esos conocimientos fuesen aprovechados por autores posteriores e, incluso, por los propios acompañantes de Alejandro no puede ocultar el hecho de que el principal objetivo de esas informaciones, así como de las técnicas de adquisición de las mismas, tenía que ver con la necesidad de disponer de

testimonios veraces para proseguir la campaña militar y para consolidar lo ya conquistado.

Junto con estos datos de «inteligencia militar», los servicios de información de Alejandro tenían también que velar por su propia seguridad. El ya aludido episodio de Filotas, que costó la vida a este –hasta entonces– fiel compañero de Alejandro, muestra que antes del mismo quizá no estaba bien estructurado el sistema de recopilación de información interna. Una denuncia de conspiración pasada por alto, quizá por ser considerada irrelevante, dio pie a que el depositario de la misma, Filotas, se convirtiese en sospechoso de formar parte de la conjura. Es cierto que, con los datos disponibles, no es posible acusar ni exonerar a Filotas, pero esa cierta laxitud puede que se debiese a que todavía no se había desarrollado un procedimiento adecuado para gestionar y canalizar las informaciones que circulaban por el campamento. Da la impresión de que fue la ejecución de Filotas y, sobre todo, la mucho más injustificada de su padre, lo que puso en marcha todo un mecanismo de control y espionaje interno, así como el despliegue de procedimientos novedosos de circulación de la información, desde agentes encubiertos hasta el control de las comunicaciones y trampas pensadas para comprobar la lealtad de los individuos.

Aunque los métodos empleados no siempre son novedosos en el mundo griego, Alejandro, soberano indiscutido e indiscutible de Macedonia y general con plenos poderes de los griegos reunidos en la liga helénica, fue el primero que extendió sus redes de información e inteligencia por un territorio que abarcaba desde Grecia hasta el Indo y que pudo disponer de los recursos y el personal suficiente como para que el sistema se desarrollase de una manera eficaz. En este sentido, se puede hablar con propiedad de un auténtico «servicio secreto»[26] organizado por Alejandro.

BIBLIOGRAFÍA

Agudo Villanueva, Mario (2022), «Comunicación y conquista: La información como elemento estratégico en la campaña asiática» en Marc Mendoza y Borja Antela Bernárdez (eds.), *The impact of Alexander's conquest. Subjects, conquered and chroniclers,* Alcalá de Henares, Editorial Universidad de Alcalá, 137-159.

Albaladejo Vivero, Manuel (2005), *La India en la literatura griega. Un*

estudio etnográfico, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
Anson, Edward M. (2015), *Eumenes of Cardia. A Greek among Macedonians.* 2.ª ed., Leiden, Brill.
Atkinson, J. E. (1980), *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni. Books 3 and 4,* Ámsterdam, J.C. Gieben.
Borza, Eugene N. (1977), «Alexander's Communications», en *Ancient Macedonia II,* Tesalónica, Institute for Balkan Studies, 295-303.
Bosworth, A. B. (1980), *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander, I. Commentary on Books I-III*, Oxford, Clarendon Press.
Engels, Donald W. (1978), *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, University of California Press.
— (1980), «Alexander's Intelligence System», *Classical Quarterly* 30, 327-340.
Gómez Espelosín, Francisco Javier (2023), *Las geografías de Alejandro,* Alcalá de Henares/Sevilla, Editorial de la Universidad de Alcalá/Editorial Universidad de Sevilla.
Hatzopoulos, Miltiades B. (1996), *Macedonian Institutions under the Kings. I. – A Historical and Epigraphic Study,* Atenas, EIE.
Molina Marín, Antonio Ignacio (2022), «Alexander the Reader: Herodotus and the Royal House of Macedonia», en Marc Mendoza y Borja Antela Bernárdez (eds.), *The Impact of Alexander's Conquest. Subjects, Conquered and Chroniclers,* Alcalá de Henares, Editorial Universidad de Alcalá, 161-175.
Pearson, Lionel (1960), *The Lost Histories of Alexander the Great,* Ithaca, Cornell University Press.
Richmond, J. A. (1998), «Spies in Ancient Greece», *Greece and Rome* 45, 1-18.
Rubinsohn, Z. (1977), «The "Philotas Affair": a Reconsideration», en *Ancient Macedonia II,* Tesalónica, Institute for Balkan Studies, 409-420.
Russell, Frank Santi (1999), *Information Gathering in Classical Greece,* Ann Arbor, The University of Michigan Press.
— (2021), «Military Intelligence», en Waldemar Heckel, F. S. Naiden, E. Edward Garvin y J. Vanderspoel (eds.), *A Companion to Greek Warfare*, Hoboken, John Wiley & Sons, 252-260.
Seibert, J. (2003), «Der Geheimdienst Alexanders des Grossen (336-323 v.Chr.)», en Wolfgang Krieger (ed.), *Geheimdienste in der Weltgeschichte.*

Von der Antike bis heute, Múnich, Beck, 21-33.
Stoneman, Richard (2015), «How Many Miles to Babylon? Maps, Guides, Roads, and Rivers in the Expeditions of Xenophon and Alexander», *Greece and Rome* 62, 60-74.
Weber, Gregor (2007), «Der Hof Alexanders des Grossen als soziales System», *Saeculum* 58, 229-264.

---

[1] Hatzopoulos 1996.
[2] Engels 1978, 4-5.
[3] Pearson 1960.
[4] Engels 1980, 327.
[5] Richmond 1998, 1-18.
[6] Russell 2021, 252.
[7] Stoneman 2015, 60-74.
[8] Agudo 2022, 146-148.
[9] Engels 1980, 338-339.
[10] Albaladejo 2005, 98.
[11] Molina 2022, 161-175.
[12] Russell 1999, 99.
[13] Engels 1978, 68-69, 85-86.
[14] Stoneman 2015, 64.
[15] Gómez Espelosín 2023, 369-370.
[16] Rubinsohn 1977, 409-420.
[17] Seibert 2003, 30-31.
[18] Russell 1999, 211.
[19] Seibert 2003, 31.
[20] Anson 2015, 46-47.
[21] Seibert 2003, 33.
[22] Russell 1999, 164.
[23] Atkinson 1980, 183-184; Bosworth 1980, 161-164; Seibert 2003, 27-28.
[24] Borza 1977, 295-303.
[25] Weber 2007, 229-264.
[26] Seibert 2003, 21-33.

IX
EL DIÁDOCO «OMNISCIENTE»
Actividades de inteligencia en las fuentes sobre los Sucesores de Alejandro

Marc Mendoza

El periodo de los diádocos resulta, sin duda alguna, uno de los más particulares del mundo antiguo. Tras la disgregación del Imperio de Alejandro Magno, sus territorios se vieron inmersos virtualmente en un estado de guerra permanente durante los siguientes cuarenta años. Con múltiples escenarios y facciones en liza, la inteligencia no solo se convertiría en un elemento crucial para imponerse en el campo de batalla, sino que de ella podía depender directamente la supervivencia de las incipientes dinastías. La estrategia militar, las alianzas y las decisiones de las nuevas cortes, entre otros factores, tendrían que basarse en la información que las respectivas redes de inteligencia pudiesen captar. Como muchos otros elementos de la construcción de estos incipientes reinos, parece probable que los sistemas de inteligencia de los Sucesores tomaran como modelo el ya existente para el ejército y el Estado macedonios, aunque adaptándose a las características, necesariamente distintas, de tan singular época.

Pese a la obvia importancia de la inteligencia en ese escenario de múltiples frentes, resulta paradójico observar los escasos datos detallados que pueden obtenerse de las fuentes históricas existentes. Ciertamente, en ellas se hacen múltiples menciones a que tal general o rey hizo averiguaciones sobre unos hechos (por ejemplo, los movimientos de tropas enemigas), pero en la mayoría de los casos se encuentra del todo ausente del texto el *cómo*, esto es, de qué manera se habían captado esos datos. En algunos episodios puede deducirse o aventurarse la manera más plausible de obtención de inteligencia, pero no hay certeza al respecto; se trata de meras conjeturas historiográficas, más o menos fundamentadas[1]. Así pues, el estudio de la inteligencia en tiempos de los Sucesores resulta frustrante en ciertos puntos y uno casi se inclina a pensar en unos diádocos «omniscientes», que obtenían esa información casi por arte de magia. Sin

embargo, gracias a unos pocos ejemplos, es posible atisbar la realidad de esa vital captación de información, revelando un escenario mucho más complejo. El presente capítulo comenzará prestando atención al vocabulario empleado en las fuentes, ya que, mediante un estudio detenido de este, es posible averiguar más de lo que las palabras parecen transmitir en un primer examen, recuperando los matices originales que las traducciones en ocasiones ocultan.

UN LEXICÓN SOBRE LA INTELIGENCIA DE LOS SUCESORES

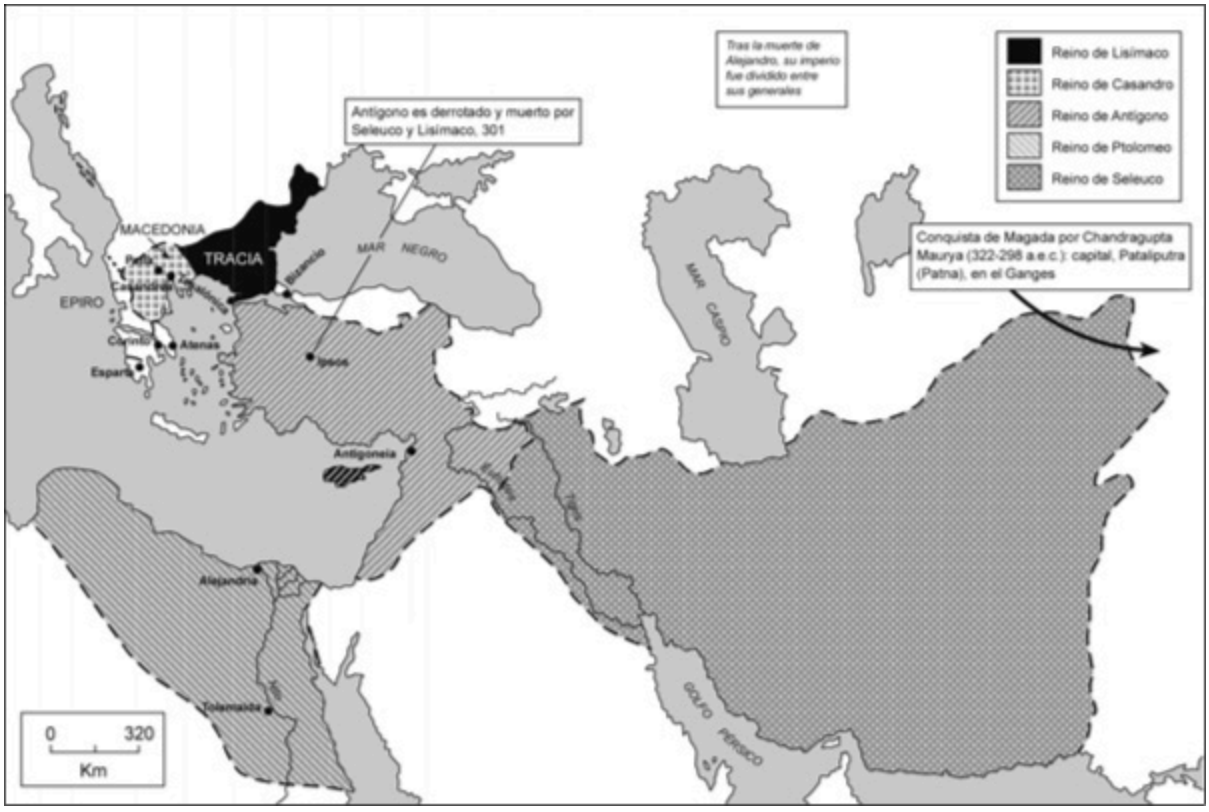
Las fuentes para la época de los diádocos son escasas. Perdidas las obras específicas sobre el periodo, como por ejemplo los trabajos de Jerónimo de Cardia y Flavio Arriano, solamente se conservan unos pocos textos secundarios que proporcionen información de una cierta extensión y detalle sobre los hechos posteriores a la muerte de Alejandro Magno. Junto a obras de carácter más anecdótico como la de Polieno, el corpus se conforma fundamentalmente por los libros XVIII-XX de Diodoro Sículo, las *Vidas* de Eumenes, Pirro y Demetrio escritas por Plutarco –además de la biografía del primero elaborada por Cornelio Nepote–, los libros XIV y XV del *Epítome* de Justino, y la recensión de Focio de la mencionada obra sobre los diádocos de Flavio Arriano.

Dado que, con las excepciones de Justino y Cornelio Nepote, el resto de las fuentes para el periodo son en lengua griega, el presente análisis se centrará en el vocabulario griego, ya que, a su vez, quizá también pudiese vehicular o preservar el empleado por las desaparecidas fuentes primarias. Para desgranar el significado de estas palabras se combinan las informaciones existentes en el *Diccionario Griego-Español* Sopena –y, en caso de ser posible, el inacabado *Diccionario Griego-Español* del CSIC–, el diccionario griego-inglés *Liddell-Scott-Jones* y el etimológico de Pierre Chantraine, en francés[2].

En el corpus de testimonios, el verbo *pynthánomai* aparece un total de cincuenta y tres veces, siendo el más empleado[3]. Se trata de un vocablo algo vago, ya que significa «enterarse» o «conocer» tanto en un sentido activo («informarse», «averiguar», «preguntar», «inquirir») como pasivo («oír», «oír decir»). Por ello, no es demasiado esclarecedor *per se* sobre el método de obtención de la información. Esta vaguedad podría reflejar que

los autores (primarios y/o secundarios) desconocían cómo se había producido y/o, quizá, que lo consideraban irrelevante para su narración.

El segundo verbo más abundante, aunque a una distancia significativa (veinte atestiguaciones), es *akoúō* (p. ej. Diod. Sic. XX 108, 1; Plut. *Vit. Demetr.* 5, 1). El término se relaciona con el sentido del oído, pudiéndose traducir como «oír», «escuchar» y, por derivación, «enterarse», «conocer», «tener noticia». Así pues, este verbo puede indicar pasividad por parte del receptor y sugiere una comunicación oral –al menos en el estadio final de la transmisión de la información–. Ello no excluye, sin embargo, la existencia de una acción previa para procurarse la obtención de dichos datos, por ejemplo, enviando espías u observadores sobre el terreno.



Los Sucesores de Alejandro, 303 a.e.c.
Tomado de Michael Grant (2009), *Atlas Akal de Historia clásica (del 1700 a.C. al 565 d.C.),* Madrid, Akal, lám. 39.

Aparece también en varios casos (un total de siete) –aunque casi exclusivamente en Plutarco, excepto por un uso único en Polieno– el término *aisthánomai* (p. ej. Plut. *Vit. Eum.* 15, 11; Polieno, *Strat.* IV 6, 7).

Este verbo se vincula con la percepción a través de los sentidos y, por ende, acaba también por incluir los significados de «darse cuenta», «conocer», «enterarse». Ello denota una participación activa del receptor último de la información, aunque no se indique exactamente el modo, dado que esta palabra puede aparecer vinculada a cualquiera de los cinco sentidos, así como a la percepción intelectual. Por ejemplo, en el caso del pasaje citado de Polieno, el sentido implicado es claramente el oído, ya que se refiere al descubrimiento del ejército de Antígono a causa de los barritos de sus elefantes. En cambio, en el episodio de Plutarco, la vista sería el sentido implicado porque narra el avistamiento de los fuegos del campamento enemigo.

El verbo *manthánō* se encuentra en dos pasajes de Diodoro Sículo (XIX 25, 1; 83, 1). En ambos se menciona la presencia de espías u oteadores *(katáskopoi),* que son quienes obtienen la información[4]. El término remite precisamente a este último aspecto, porque significa «percibir», «darse cuenta». Así pues, trasladan una idea de captación y comprensión activa de inteligencia por parte de los sujetos. De hecho, dado que el verbo también se usa con el significado de «aprender» o «comprender», el foco parece estar puesto en el proceso intelectual vinculado a la correcta interpretación de lo percibido por los sentidos.

Otro verbo empleado en un par de ocasiones es *katalambánō* (Diod. Sic. XIX 54, 3; 89, 1). Sus acepciones principales son las de «asir», «tomar», «capturar», «apoderarse», pero también puede significar «encontrar» o «hallar», con un cierto matiz de sorpresa o casualidad. Por tanto, pese a que el primer grupo de definiciones podría sugerir un papel activo por parte del receptor, en realidad sugeriría más bien la transmisión de una información no necesariamente buscada o esperada, sino hallada por azar o de manera inesperada.

En los textos se halla también un trío de verbos etimológicamente relacionados: *aggéllō* (Plut. *Vit. Pyrrh.* 16, 4), *prosaggéllō* (Plut. *Vit. Eum.* 5, 1) y *apaggéllō* (Diod. Sic. XIX 24, 4; 73, 6). El primero de ellos es traducible como «comunicar», «llevar un mensaje», «informar». El segundo puede entenderse como «anunciar»; pero en voz media, como en el pasaje aquí referenciado, su significado se aproxima más al de «traer una noticia». El tercero, por último, tiene también el significado de «traer una noticia», «anunciar». Estos verbos, pues, contienen la idea de la existencia de un

intermediario en la transmisión de la información. El receptor último, por tanto, aparece como un sujeto pasivo en ese proceso.

El verbo *gignōskṓ* es empleado en dos casos (Diod. Sic. XIX 74, 1; Plut. *Vit. Eum.* 15, 3) y se centra más bien en el proceso intelectual, igual que en el caso de *manthánō*. Suele traducirse como «saber» o «conocer», pero, en este caso, serían más precisos verbos como «percibir», «advertir», o «darse cuenta».

Finalmente, se halla una única atestiguación de los verbos *proeīdon* (Diod. Sic. XVIII 52, 5-6) y *nomízō* (Diod. Sic. XIX 97, 1). El primero se forma a partir de la preposición *pro-* y el aoristo del verbo *horáō,* que significa «ver», «mirar», «observar», pero también «averiguar» o «entender». Así, el verbo significa «ver con antelación» y, especialmente, «tomar conocimiento de». En consecuencia, *proeīdon* aparece vinculado al sentido de la vista y denota una cierta pasividad, muy acorde con la voz media griega (que es precisamente como aparece en el pasaje referenciado). Por su parte, *nomízō* es una elección algo peculiar, puesto que, pese a poder transmitir la idea de «reconocer», sus significados más comunes son los de «tener como hábito», «sancionar como ley» o «considerar a alguien como». En la frase anterior a su aparición en el pasaje referenciado se explicita la presencia de espías *(skopoí)* que observaron el avance de las tropas enemigas. Así pues, el verbo indica el momento de la comprensión y transmisión de esta información.

Casos aparte son los verbos *katanoéō* y *paraphylássō*. Dos veces aparece el primero de ellos (Diod. Sic. XIX 16, 4; 97, 1), que remite a las acepciones de «observar bien», «percibir», «darse cuenta». Este verbo, por tanto, sugiere un rol activo para obtener la información deseada y se relaciona claramente con el sentido de la vista. En efecto, en el segundo de los pasajes de Diodoro, son unos espías nabateos los que llevan a cabo la acción. A su vez, el término *paraphylássō* significa «observar», «examinar», «espiar» (Plut. *Vit. Eum.* 14, 3); es claramente un verbo activo, que remite de manera directa al concepto de inteligencia. En ese mismo pasaje, de hecho, aparece a renglón seguido el ya mencionado *aisthánomai,* aunque como parte de una negación. No obstante, el verbo puede también entenderse de forma pasiva, es decir, como «vigilar». En este caso, pues, no habría una búsqueda activa de información, sino que se estaría atento a los posibles indicios que pudieran observarse desde una posición más o menos

fija.

En resumen, como se ha ido viendo, la mayoría de los términos aquí tratados y usados por las fuentes griegas se relacionan más con la recepción de la información que con la captación de esta. Estas palabras, por consiguiente, únicamente nos transmiten una parte específica del proceso. En conclusión, se puede observar cómo el interés de las fuentes está puesto en las noticias recibidas por los generales o reyes y su actuación o reacción posterior, dando una menor importancia, por lo menos narrativa, al acto de la captación en sí.

ESPÍAS E INFORMADORES

Las menciones explícitas a espías, oteadores o patrullas de reconocimiento son escasas, aunque, indudablemente, su uso fue mucho más frecuente de lo que las fuentes para la época de los diádocos transmiten y, de hecho, como se verá más adelante, su presencia se daba por sentada –y uno podía tratar de sacar provecho de ello–. En los textos, estas figuras son aludidas generalmente bajo las formas *katáskopos* y *skopós*[5]. Puntualmente, se halla el uso de términos menos comunes, como en la *Vida de Eumenes* de Plutarco (14, 3), en el que emplea la forma *paraphyláttontes* –participio del mencionado verbo *paraphylássō*–, que puede entenderse tanto en un sentido activo («espiar») como pasivo («vigilar») en la captación de inteligencia. Por tanto, dependiendo de la acepción que se privilegie, el relato será equivalente o ligeramente discordante con el de Diodoro (XIX 18,4) para ese mismo episodio: en un caso se va a buscar al enemigo, mientras que en el otro se le esperaría. En relación con los verbos escogidos cuando se hace mención a espías, se corresponden mayoritariamente a los que sugerían un rol activo: *manthánō* (Diod. Sic. XIX 25, 1; 83, 1), *aisthánomai* (Plut. *Vit. Eum.* 14, 3), *gignōskṓ* (Diod. Sic. XIX 74, 1) y *nomízō* (Diod. Sic. XIX 97, 1)[6]. En otros casos, pese a no contar con una mención explícita, es plausible aceptar la presencia de estos espías u oteadores, ya sea por el contexto y/o por los verbos utilizados[7].

La función de esos espías parece circunscrita a la monitorización del número, movimientos, disposición, moral y estado de las tropas enemigas. En general, los ejemplos muestran un radio de acción limitado, en el marco de campañas militares, con el objetivo último de decidir qué curso de

acción tomar a corto o medio plazo. Este sentido de inmediatez se transmite con especial fuerza en un pasaje de Diodoro sobre la batalla de Gaza (312 a.e.c.), en que la información obtenida por los oteadores de Ptolomeo y Seleuco sobre la distribución de las tropas de Demetrio Poliorcetes provocó que los primeros modificasen su formación justo antes de entablar combate para adaptarse mejor a la disposición del enemigo (Diod. Sic. XIX 83, 1; cfr. 40, 2).

En los pasajes en los que aparecen estos espías u oteadores no se proporciona más información adicional y se desconoce su número y sus métodos, más allá de deducir que practicaban una observación más o menos cercana del enemigo. Las fuentes usan siempre formas en plural de *katáskopos* y *skopós,* lo que indicaría que la misión no se hacía recaer sobre un único individuo. No es posible precisar, empero, si su acción de espionaje se realizaba en grupo, es decir, formando una patrulla, o si acometían su tarea por separado para cubrir más territorio –y, de paso, dificultar su detección por parte del enemigo–. Evidentemente, estas dos opciones no son excluyentes y, por tanto, se podría haber elegido una u otra según la ocasión lo requiriera o aconsejase.

El oteador o espía no debía limitarse a observar pasivamente, sino que su empresa implicaba un análisis activo de los indicios (cfr. Aen. Tact. 6, 1). Como se ha indicado en el anterior apartado, algunos de los verbos empleados ya contenían esa referencia implícita al proceso intelectual de interpretación. El espía (o la patrulla) debía discriminar las señales para detectar aquellas realmente útiles y hacer una lectura correcta de la situación, con objeto de transmitir a su campamento información precisa y veraz, además de calibrar el grado de urgencia con la que esta debía ser remitida. Por consiguiente, las misiones de inteligencia no podían ser llevadas a cabo por un soldado cualquiera, sino por sujetos que contasen con un cierto entrenamiento y experiencia en el rastreo del enemigo y en la interpretación de los indicios. Ello no implica, sin embargo, que hubiera unidades dedicadas exclusivamente a la inteligencia; parece probable que, en su mayoría, esas tropas complementaran las funciones o misiones de inteligencia con otras tareas dentro del campamento y el ejército. El empleo de espías u oteadores debió de ser mucho más frecuente del que revelan las fuentes existentes, pero la vaguedad o la falta de interés de estas ocultan el alcance real de su participación e importancia.

Paralelamente a estos espías, que representan el esfuerzo activo de los Sucesores para proveerse de inteligencia, se hallaba la figura del informante. En esos casos, serían los mismos sujetos los que, aparentemente por iniciativa propia, notificaban a alguno de los generales la situación, el número o los movimientos de sus enemigos, entre otros elementos de potencial interés. Pese a que en algunos casos su rango de acción sería equiparable al de los espías u oteadores, en otros sería claramente superior e implicaría desplazamientos notables. En muchas ocasiones no se aportan en las fuentes datos suplementarios sobre la identidad de esos informantes y su vinculación con el ejército. En ciertos episodios, sí que se nos indica que se trataba de informantes locales[8], pero en otros no es descartable que fueran espías o miembros del cuerpo de inteligencia del bando receptor de la información apostados con antelación, o, alternativamente, colonos o soldados de destacamentos dejados en la retaguardia. Esta ambigüedad, por ejemplo, puede percibirse en Diod. Sic. XIX 24, 4, donde se explica que unos hombres procedentes de Media informaron a Eumenes de los movimientos de Antígono Monoftalmo (317 a.e.c.), pero no es posible saber si se trataba de locales, colonos, o soldados de una guarnición –o mensajeros enviados por un tercero, como se verá–. Por ello, aunque en teoría lo que distinguiría en esencia a un informante de un espía sería que el primero actuaría de forma «espontánea», mientras que el segundo cumplía una misión específicamente ordenada por su superior, en las fuentes no siempre es posible certificar esa diferencia y se debe recurrir para ello a otros elementos, como el mencionado rango de acción.

Incluso tratándose de informantes no vinculados al ejército, en esos casos sería ingenuo pensar que tales individuos reportaban los datos de inteligencia de forma completamente altruista y desinteresada. Por un lado, habría que pensar en la existencia de redes clientelares y de fidelidad mutuas[9]. Por otro, aunque estrechamente vinculada a esto último, cabe considerar que sus actos podrían suponer para el informante una recompensa, ya fuese material o simbólica, del general beneficiado por la información. En cualquier caso, un gesto de buena voluntad era una base muy propicia para incorporarse a las mencionadas redes clientelares –o ascender en ellas, si ya se encontraba integrado–. Los beneficios de esa colaboración con un Sucesor podían ser individuales, pero también colectivos. Por tanto, es posible que algunos de esos informantes no

actuasen, en primera instancia, en su propio beneficio, sino en el de los pueblos o ciudades a los que representaban[10]. Evidentemente, por último, también habría que contar con el posible uso de la amenaza o la coerción para conseguir la colaboración de población local o colona en la monitorización del enemigo.

En algunos episodios el método de obtención de inteligencia no queda claro, sea porque se hace uso del vago y frecuente verbo *pynthánomai* (y del igualmente poco informativo *akoúō*), sea porque las circunstancias aparecen descritas muy sumariamente y caben diversas posibilidades más o menos plausibles[11]. Sin embargo, en otras instancias, por el contexto que las rodean o las analogías que puedan trazarse con casos mejor documentados, la opción más probable es que se hiciera uso de informantes o espías para la obtención de noticias[12]. La distinción entre unos y otros, a veces, solo se puede conjeturar a partir de las distancias y tiempos de viajes; es decir, cabe suponer, como se ha dicho, que un espía u oteador actuaría dentro de un rango relativamente cercano a su campamento o cuartel para obtener información inmediata, mientras que un informante podría desplazarse a más distancia, esperar a que el ejército en cuestión pasase por su territorio o enviar una misiva para dar parte al diádoco destinatario. Por ejemplo, Diodoro nos explica cómo Eumenes recibió información sobre la posición de Antígono en la batalla de Gabiene (316 a.e.c.) y modificó en consecuencia su formación (Diod. Sic. XIX 40, 2). En este caso, parece extremadamente probable que las averiguaciones se hubieran efectuado a través de sus oteadores. Contrariamente, cuando el mismo autor nos explica que, estando en Tegea (Arcadia), Casandro recibió noticias sobre los actos de Olimpia en Macedonia (317 a.e.c.), cabe pensar que habrían sido informantes, posiblemente partidarios suyos en el país (o mensajeros enviados por ellos), los que le habrían puesto al corriente (Diod. Sic. XIX 35, 1). Con todo, y pese a esta propuesta de distinción, tampoco se puede excluir el uso de agentes de inteligencia con un rango de acción más amplio, pero ello implicaría a su vez una planificación y una logística más complejas.

Otra categoría de informadores, con un alcance también amplio, es la de los mensajeros, específicamente la de aquellos a quienes se enviaba entre las diferentes divisiones de las tropas de un Sucesor o entre los ejércitos de diádocos aliados, es decir, los que eran empleados para la «comunicación

interna». Además de instrucciones, las victorias o las derrotas de un aliado o de un general propio eran asimismo comunicadas a través de heraldos más o menos oficiales[13]. Conviene no confundir estos heraldos con los que se enviaban al ejército enemigo tras una batalla, para, por ejemplo, solicitar la recuperación de los muertos propios. Los mensajes podían transmitirse tanto oralmente como por escrito. En general, los textos son vagos al respecto y solo se nos especifica que se hizo a través de carta en contadas ocasiones[14]. Obviamente, esto no excluye su uso en otras instancias en que no se hace mención explícita al medio, por lo que no es indicativo de su frecuencia o preferencia.

En algunos casos, esos mensajeros serían soldados rasos u oficiales de rango menor, pero merece la pena señalar que a veces se identifican personajes destacados desempeñando este rol. Por ejemplo, Aristodemo de Mileto aparece en dos ocasiones como mensajero de los Antigónidas comunicando decesos y resultados militares (Diod. Sic. XVIII 47, 4; Plut. *Vit. Demetr.* 17, 2; 4), pero también como emisario en busca de nuevas alianzas (Diod. Sic. XIX 57, 5; Plut. *Vit. Demetr.* 9, 1; *OGIS* 5)[15]. Es decir, los mensajeros también podían usarse para establecer contacto con otras facciones con el objeto de sondearlas o de proponer su incorporación al bando propio –aunque en estos casos quizá cabría catalogarlos más bien como embajadores[16]. A diferencia de los informantes, pues, los mensajeros eran intermediarios (o instrumentos) entre un emisor y un receptor. No eran, *a priori,* parte activa del proceso de captación de información, en especial en las comunicaciones entre aliados o divisiones de un mismo ejército. Sin embargo, como se verá, en el caso de emisarios enviados a un campamento enemigo es posible que su función no se limitase exclusivamente a la transmisión de mensaje.

Tales comunicaciones eran importantes para el desarrollo de unas guerras y campañas con múltiples frentes bélicos como las de los diádocos. Conocer los resultados militares de un aliado era clave para decidir un curso de acción correcto y adecuado a las circunstancias[17]. La falta de información, de hecho, podía llevar a la inmovilidad de las tropas, como ilustra bien la espera observada tanto por Casandro como por Demetrio durante varios días, frente a frente, ambos aguardando noticias desde Asia en el año 302 a.e.c. (Diod. Sic. XX 110, 5).

Por todo ello, era decisiva la velocidad en la comunicación. De hecho, hay

testimoniados algunos métodos singulares ideados para acelerar la transmisión de la información, como el empleo de gritos en Persia (Diod. Sic. XIX 17, 6-7; cfr. Arr. *Anab*. V 4, 31; 11, 2) o un sistema de antorchas y correos en territorios antigónidas (Diod. Sic. XIX 57, 5; cfr. Arist. *[Mund.]* 398a34-35). Sin embargo, la difusión no era siempre lo suficientemente rápida, ya fuese a través de mensajeros o mediante esos métodos alternativos. Un ejemplo muy curioso aparece en relación con la victoria de Eumenes sobre Crátero en el año 320 a.e.c. En las fuentes se hallan versiones contradictorias respecto a si Pérdicas llegó a tener noticia de ese importante triunfo de su aliado Eumenes antes de su muerte violenta. Mientras que en Diodoro Sículo (XVIII 33, 1) primeramente se afirma que le fue comunicada y que fue un revulsivo para él, Plutarco (*Eum*. 8, 2-3) y el propio Diodoro más adelante (XVIII 37, 1) se lamentan de que, de haberse sabido dos días antes que Crátero había muerto, la primacía de Pérdicas hubiese sido incontestada y quizá no hubiera sido asesinado.

El efecto que causaba sobre el ejército el conocimiento o desconocimiento de cierta información era bien comprendido por los líderes militares, quienes actuaban en consecuencia. Es el caso de Eumenes, que ocultó a sus hombres, precisamente, la presencia del carismático Crátero en las filas enemigas, temiendo que ello influyera de manera negativa en la moral y el desempeño de su ejército en la próxima batalla[18]. En efecto, la difusión descontrolada de rumores podía tener consecuencias terribles, como bien muestra el caso del ejército de Demetrio ante las noticias de los avances de Pirro y Lisímaco en el 288 a.e.c. (Plut. *Vit. Demetr.* 44, 5); las tropas acabaron desobedeciendo a su líder, que tuvo que huir a escondidas del campamento. Así pues, era importante controlar la información, incluso la que podía ser posiblemente perjudicial para uno mismo. De este modo, Eumenes llegó a difundir noticias potencialmente peligrosas para sus intereses con objeto de atajar de manera preventiva los rumores que pudieran surgir y su subsiguiente difusión descontrolada (Just. *Epit.* XIV 1, 1-4). Ello muestra, además, que la inteligencia no solo tenía una proyección exterior, sino que también tenía una interna, para poder estar al corriente de todo lo que acontecía en el campamento propio y anticiparse a posibles fuentes de malestar o disensión. Finalmente, el impacto de la inteligencia sobre la moral de la tropa no solo se vinculaba al conocimiento de ciertas informaciones, sino que, de hecho, los éxitos de la inteligencia enemiga

también podían influir negativamente en los ánimos de un ejército, al saberse comprometida, por ejemplo, su posición (Plut. *Vit. Eum.* 15, 11; cfr. Aen. Tact. 9).

TRAICIÓN, INTERCEPCIÓN DE INFORMACIÓN Y ENGAÑOS

En la época de los diádocos, los cambios de bando por parte de divisiones o incluso ejércitos enteros, así como la incorporación directa de las tropas de un enemigo derrotado, fueron corrientes (p. ej. Diod. Sic. XVIII 29, 5; Plut. *Vit. Demetr.* 49). La magnitud y la frecuencia del fenómeno no tienen parangón en la historia previa de Grecia y en los conflictos entre sus *póleis*. Evidentemente, hay numerosísimos ejemplos de desertores y traidores en la historia de la antigua Grecia, pero aquí se trata del cambio de bando simultáneo de un gran volumen de soldados. Más allá de la posibilidad de debilitar las filas de un general enemigo y, a su vez, fortalecer las propias, esas situaciones representaban también oportunidades excepcionales para obtener inteligencia adicional sobre el bando enemigo. Parece probable que los soldados que se habían pasado a otro bando estuviesen deseosos de cooperar con su nuevo líder, para alejar toda suspicacia sobre ellos y ganarse su favor. Por tanto, cabe pensar que frecuentemente se mostrarían bastante locuaces y colaboradores.

Los Sucesores y sus generales eran conscientes de la importancia, para la inteligencia, de estos cambios de bando y, de hecho, los promovían siempre que era posible a través del soborno económico o la promesa de generosas recompensas (p. ej. Diod. Sic. XIX 36, 6), la persuasión (Diod. Sic. XX 107, 4), la propaganda o la contrapropaganda[19], el envío de agentes infiltrados desestabilizadores (Diod. Sic. XVIII 62, 4; Plut. *Vit. Pyrrh.* 11, 9[20]) y/o la distribución de lo que se podría calificar como panfletos u octavillas (Plut. *Vit. Eum.* 8, 11; Just. *Epit.* XIV 1, 9-11). La relativa frecuencia con que sucedían estas deserciones muestra la alta efectividad de los métodos de persuasión listados. Es cierto, no obstante, que a veces los intentos de ganarse a las nuevas tropas eran infructuosos; por ejemplo, Eumenes probó a incorporar a los soldados del derrotado Crátero permitiéndoles aprovisionarse en las localidades vecinas, pero estos aprovecharon la situación para huir y unirse a Antígono[21]. Sin embargo, la ratio de éxito, a tenor de las fuentes, debió de ser bastante elevada. Tanto

es así que las fuentes muestran asimismo cómo algunos Sucesores tuvieron que emplear métodos coercitivos para evitar que sus propias tropas cambiasen de bando. Por ejemplo, durante su fallida campaña en Egipto (306 a.e.c.), Antígono combatió las posibles deserciones al bando ptolemaico apostando catapultas, honderos y arqueros para evitar que nadie traspasase su perímetro, y torturando a los desertores aprehendidos para descorazonar al resto (Diod. Sic. XX 75, 1-3). Según parece, los diádocos cumplían habitualmente sus promesas, y en los textos se destaca de manera recurrente el trato amable con el que recibían a los nuevos integrantes de sus ejércitos. No obstante, en algunos casos, esos intentos de ganarse para sí los soldados del enemigo no salían completamente bien (Diod. Sic. XX 47, 4; 95, 3-5), del mismo modo que alguien podía acabar delatando los planes de traición (Plut. *Vit. Eum.* 16, 3).

Paralelamente, esas deserciones podían producirse de manera espontánea (p. ej., Plut. *Vit. Demetr.* 29, 6), aún más cuando no eran cambios de bando masivos, sino protagonizados por individuos en solitario o en pequeños grupos. Por ejemplo, en 287/286 a.e.c., un ataque sorpresa de Demetrio contra el campamento de Seleuco fue frustrado por unos traidores de su ejército –dos peltastas etolios–, que fueron los que alertaron al bando seléucida y así el plan quedó al descubierto (Plut. *Vit. Demetr.* 49, 2-3; Polieno, *Strat.* IV 9, 2). Evidentemente, esos soldados no cometían su traición de manera altruista y cabe pensar que buscaban granjearse el favor –o beneficiarse de algunas de las mencionadas recompensas– del general receptor (Onos. 10, 24), o bien, porque tenían motivos personales específicos para hacerlo (inquina, celos, ánimo de revancha, miedo…). Todo el sistema de persuasión descrito anteriormente y la seguridad más o menos contrastada de que serían bien acogidos por su nuevo líder incentivaban de manera pasiva las deserciones voluntarias.

La obtención de información a través de estos soldados u oficiales desertores aparece reseñada a menudo en las fuentes[22] y, de hecho, también se producía en el más alto nivel, es decir, a causa de los cambios de alianzas entre los Sucesores y/o de sus generales de mayor consideración (Plut. *Vit. Eum.* 3, 12; 6, 1; Arr. *Succ*. 9, 24). Esta última sería información de una calidad superior, esto es, con más datos fiables, de primera mano, procedente del Estado Mayor de los diferentes ejércitos, y no derivada de impresiones subjetivas, rumores u órdenes puntuales recibidas como la que

podían proporcionar los soldados rasos. A modo de ejemplo, Eumenes, al pasarse de bando en el año 322 a.e.c., pudo explicar a Pérdicas los planes de Leonato (Plut. *Vit. Eum.* 3, 12), que incluían sus perspectivas de matrimonio con la princesa Cleopatra (y su potencial paso a aspirante al trono), sus intrigas para derrocar al propio Pérdicas y su voluntad de cruzar a Europa para hacerse con el control de Macedonia. Eran noticias de naturaleza muy distinta a las que pudieron facilitarle, por ejemplo, unos desertores al general antigónida Ptolomeo sobre la ubicación y fuerzas de Eupólemo, general de Casandro, en el 314 a.e.c. (Diod. Sic. XIX 68, 5-6); si bien ello le permitió asaltar por sorpresa el campamento y capturar al general y a los soldados enemigos, se trató de información con un menor recorrido y calado que la que pudo aportar Eumenes sobre Leonato.

Complementariamente, en ocasiones, soldados u oficiales enemigos eran hechos prisioneros y también era posible obtener de ellos datos relevantes, ya fuese a partir de incentivos, amenazas y/o el empleo de la tortura. Por ejemplo, en el año 317 a.e.c., Antígono, se enteró del mal estado de salud de Eumenes gracias a unos prisioneros y, a raíz de este dato, decidió acelerar su ataque contra él (Plut. *Vit. Eum.* 15, 1). No obstante, la información procedente de un prisionero no siempre era fiable, ya que podía intentar confundir a su captor, por lo que siempre convenía verificarla. Como se verá, también se conocen ejemplos de falsos desertores que eran enviados para engañar al enemigo. Asimismo, con su derrota, un ejército podía dejar atrás información de interés, como sus documentos oficiales. Por ejemplo, Antípatro supo de los contactos entre Pérdicas y el orador ateniense Demades cuando la documentación del primero cayó en sus manos tras su asesinato[23]. En este mismo sentido, Eumenes destruyó preventivamente su archivo para evitar que, tras su muerte, fuera usado contra sus antiguos amigos y aliados (Plut. *Vit. Eum.* 16, 4). La importancia y validez otorgada a los documentos escritos viene reafirmada por diferentes episodios, en los que la falsificación de cartas u otros escritos fue astutamente usada para influir sobre el ejército. El caso más famoso seguramente es el de las cartas falsificadas de Eumenes en el 317 a.e.c., que le sirvieron para levantar la moral de la tropa a la vez que para socavar la creciente popularidad de Peucestas[24].

Del mismo modo, no era raro recurrir al engaño para contaminar la información del enemigo e influir en su toma de decisiones. A veces se

proclamaba públicamente una cosa para, a escondidas, ejecutar otra por sorpresa. Así, Antígono, tras ser informado de los traicioneros planes de Pitón, públicamente desacreditó esos rumores y, de hecho, ratificó la autoridad del general sobre las satrapías superiores. Pitón recibió comunicaciones de sus amigos sobre la buena voluntad de Antígono, así que, cuando este le convocó, creyendo segura su posición, acudió al punto. Sin embargo, una vez en su presencia Antígono lo apresó, lo sometió a juicio y Pitón acabó ejecutado en el año 316 a.e.c. (Diod. Sic. XIX 46, 1-4; Polieno, *Strat.* IV 6, 14). Este ejemplo muestra, por un lado, que los diádocos podían desechar la información de sus agentes de inteligencia –aunque en el presente caso, ese descarte fuera fingido–; por otro, revela que Antígono era consciente de la presencia de partidarios y potenciales informadores de Pitón en su campamento, aprovechándolo para sus propios planes. Pitón confiaba en la palabra de sus amigos y, por ello, el engaño de Antígono fue exitoso. Así pues, este Sucesor no solo consiguió contaminar la información pública, sino también la privada.

Lo descrito entronca bien con ciertos engaños que implicaban la creación de falsos indicios que confundieran a los espías o informantes del enemigo. El propio Antígono, por ejemplo, jugó en otra ocasión, en el 317 a.e.c., con la información suministrada a las tropas. Mientras proclamaba públicamente que su destino era Armenia, cuando el ejército se puso en marcha se dirigió al desierto para sorprender a Eumenes (Diod. Sic. XIX 37, 2-3; cfr. Polieno, *Strat.* IV 6, 11). Este detalle revela que Antígono confiaba que llegase a Eumenes el rumor de que se dirigía a Armenia, por lo que presuponía que su rival enviaría espías a su campamento para monitorizar sus movimientos. Este mismo episodio también muestra otros métodos mediante los cuales se intentaba engañar a los agentes de inteligencia rivales. En esa marcha clandestina, Antígono intentó cubrir sus movimientos trasladándose de noche y prohibiendo el encendido de fuegos; no obstante, el frío hizo que algunos de sus hombres desoyeran esta última orden, su posición quedara expuesta y los enemigos pudieran detectarlos y atacarlos[25]. En contraste, Eumenes también probó a engañar, a su vez, a Antígono –o, más bien, a sus oteadores– encendiendo fuegos para simular un falso campamento, que enmascarase su posición real[26]. Todo ello muestra que la existencia y el uso de espías era algo reconocido como frecuente y esperable, hasta el punto de elaborarse estratagemas para

distorsionar su información y sacar beneficio de ello. El episodio revela asimismo que una parte importante de la información no se obtenía infiltrando espías dentro del campamento enemigo, sino que se hacía mediante la observación visual a distancia (cfr. Curt. IV 9, 11). Así pues, la noche enmascaraba los movimientos al interferir en la vista de los oteadores, que solo podían percibir al enemigo a través de sus fuegos (o del sonido, si estaban al alcance; cfr. Xen. *Cyr*. V 3, 43[27]).

En otros casos, los engaños eran aún más elaborados e implicaban el uso de falsos mensajeros o informantes (Diod. Sic. XX 113, 1-2; Polieno, *Strat.* IV 9, 2), o de falsos desertores (Diod. Sic. XIX 26, 1-6). Antígono, por ejemplo, aprovechó el envío continuado de emisarios entre su campamento y el de Eumenes para contaminar la información que los heraldos de este último pudiesen obtener durante sus visitas. Así, aprovechando que el mensajero del enemigo estaba presente, hizo que un soldado irrumpiese con signos de cansancio anunciando la (falsa) llegada de aliados (Polieno, *Strat.* IV 6, 19[28]). Esto muestra, además, que el envío de heraldos entre ejércitos enemigos también era una oportunidad para hacer averiguaciones suplementarias gracias a la observación atenta de estos. Los mensajeros, en el caso de las comunicaciones con el enemigo, no eran, pues, meros intermediarios, sino que podían tener un papel activo en la captación de inteligencia. De nuevo, esto era sabido por los líderes militares, que podían intentar aprovechar la ocasión para contaminar la información enemiga. A su vez, la interceptación de las comunicaciones entre aliados rivales no solo suponía la revelación de los planes al enemigo, sino que también podía ser empleada por este en su favor. Por ejemplo, en el 316 a.e.c., Casandro interceptó un mensajero entre sus enemigos Poliperconte y Olimpia que era portador de una carta por la que el general informaba a la reina de la ubicación de un quinquerreme preparado para su huida. Casandro apresó el barco, pero dejó que la carta llegase a Olimpia para que esta creyera, ante la ausencia de la nave, que Poliperconte también le había dado la espalda (Polieno, *Strat.* IV 11, 3[29]).

El control de la información no solo se usaba contra el ejército enemigo, sino que también se podía emplear en relación con el propio. Ya se ha visto cómo Eumenes difundió de manera voluntaria noticias potencialmente perniciosas para poder controlar el relato y atajar rumores, o cómo ocultó la presencia de Crátero en las filas enemigas para evitar deserciones o

desmoralización. Más inusitado aún es otro episodio del año 320 a.e.c., cuando Eumenes delató al enemigo los planes de su propio ejército (Plut. *Vit. Eum.* 9, 8-10; Polieno, *Strat.* IV 8, 5). Así pues, Eumenes llegó a usurpar la función de la inteligencia enemiga. En esa ocasión, se encontraba ante un espinoso dilema: o bien prohibía a sus hombres la captura de la impedimenta de los enemigos, algo que generaría resquemor hacia él entre sus filas, o bien no se oponía a la aprehensión del bagaje, pero se arriesgaba a que su propio ejército se sumiera en el desorden a causa del pillaje. Por tanto, era crucial para Eumenes que los enemigos tuvieran noticia de los planes de sus tropas, protegieran bien la impedimenta y la acción se desestimara por su inviabilidad, evitando así toda pérdida de popularidad. Ante la inseguridad de que los oficiales rivales pudieran captar a tiempo información sobre los planes de su ejército, Eumenes buscó un atajo y se la proporcionó él mismo. Gracias a ello, los enemigos pudieron trasladarse a un lugar inaccesible y reforzar las defensas. Así pues, cuando las patrullas de reconocimiento de Eumenes se percataron de que el bagaje enemigo se había trasladado a una posición inexpugnable, no quedó otro remedio que desechar toda esperanza de hacerse con él. En este caso se revela que Eumenes era plenamente consciente de las limitaciones en la captación de la información que tenían los sistemas de inteligencia del enemigo –que eran análogos a los suyos– y, de este modo, obró en consecuencia.

Todo ello muestra que la importancia de la información no radicaba simplemente en su captación, sino también en la gestión que se hacía de ella y en la posibilidad de afectar a los sistemas de inteligencia del oponente. La frecuencia del fenómeno de los cambios de bando y de la incorporación de antiguas tropas enemigas abría la posibilidad de interferir puntualmente en el conocimiento del rival y, en consecuencia, afectar de modo efectivo su toma de decisiones en beneficio propio. Al ser partícipes de un mismo sistema de inteligencia, los diádocos eran conscientes de los métodos, el alcance y las limitaciones tanto de su sistema de inteligencia como de los del enemigo. Por tanto, la captación de información se producía sincrónicamente en diferentes niveles y de manera tanto activa como pasiva.

CONCLUSIONES

La inteligencia, como se ha visto, desempeñó un papel clave en esas convulsas décadas que siguieron a la muerte de Alejandro Magno. Cabe pensar que al menos los grandes diádocos supervivientes fueron capaces de crear cuerpos de inteligencia de potencia y eficacia equivalentes, así como de formar y mantener redes clientelares y de fidelidad que les proporcionaran noticias adicionales. Es cierto que las fuentes revelan una notable concentración de episodios relacionados con la inteligencia y la contrainteligencia tanto alrededor de los Antigónidas (Antígono Monoftalmo y Demetrio Poliorcetes) como de Eumenes. Esto no parece ser, sin embargo, síntoma de que los sistemas y estrategias de inteligencia de estos fueran más efectivas que las de sus rivales (cfr. Diod. Sic. XIX 69, 1-2): dada la naturaleza escasa de nuestras fuentes para el periodo, quizá lo que revelan, en realidad, es una fuerte dependencia respecto a Jerónimo de Cardia, que pudo observar de cerca a esos dos bandos precisamente[30]. Hay que tener en cuenta que algunas de estas historias implican un conocimiento interno y restringido, por lo que su figura emerge como especialmente pertinente como transmisor primario de ellas. Jerónimo, además, encarna bien un fenómeno característico del periodo de los Sucesores: los cambios de bando.

Este aspecto, seguramente, sea una de las particularidades más notable de esa época, teniendo una gran importancia en la inteligencia. Los soldados y oficiales incorporados se convertían en fuentes de información de primera mano sobre el ejército rival. El segundo elemento de mayor importancia para entender los sistemas de inteligencia del periodo es el origen común de ellos, al derivar todos del ya existente en el reino de Macedonia. Ello implicaba que los Sucesores conocieran bien los puntos fuertes y débiles de los métodos y cuerpos de inteligencia de sus rivales y pudieran usarlos a su favor, pero que, evidentemente, sus rivales también pudieran hacer lo mismo con los de uno. Por ello, se han podido encontrar múltiples testimonios de estratagemas y engaños para contaminar e influir en los datos captados por la inteligencia del enemigo. También fue, necesariamente, una era de innovación dentro de este campo para probar de superar a los rivales y evitar esa interferencia. La época de los diádocos, por tanto, supone una ventana única para entender los sistemas de inteligencia en la Antigüedad en su máximo esplendor y variedad. Ser un diádoco omnisciente significaba ser un Sucesor exitoso.

BIBLIOGRAFÍA

Billows, Richard A. (1990), *Antigonos the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State,* Berkeley, University of California Press.

Goralski, Walter J. (1989), «Arrian's *Events After Alexander:* Summary of Photius and Selected Fragments», *Ancient World* 19, 81-108.

Goukowsky, Paul (1978), *Bibliothèque historique. Livre XVIII,* París, Les Belles Lettres.

Landucci Gattinoni, Franca (2008), *Diodoro Siculo: Biblioteca storica, Libro XVIII. Commento storico,* Milán, Vita e Pensiero.

Meeus, Alexander (2022), *The History of the Diadochoi in Book XIX of Diodoros'* Bibliotheke*: A Historical and Historiographical Commentary,* Berlín, De Gruyter.

Richmond, J. A. (1998), «Spies in Ancient Greece», *Greece & Rome* 45, 1-18.

Russell, Frank (1999), *Information Gathering in Classical Greece*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Starr, Chester G. (1974), *Political Intelligence in Classical Greece*, Leiden, Brill.

Yardley, John; Wheatley, Pat y Heckel, Waldemar (2011), *Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus. Volume II. Books 13-15: The Successors to Alexander the Great*, Oxford, Oxford University Press.

---

[1] La inteligencia en época de los diádocos ha recibido un tratamiento marginal, no existiendo ninguna monografía. Resultan útiles trabajos de referencia más generales para el mundo helénico como Starr 1974, Richmond 1998 y, especialmente, Russell 1999 –además de su capítulo en el presente volumen *(supra)*–, así como comentarios a las fuentes del periodo, incluyendo los centrados en los libros XVIII y XIX de Diodoro Sículo de Goukowsky 1978, Landucci Gattinoni 2008 y Meeus 2022, el de Goralski 1989 sobre los fragmentos de la obra de Flavio Arriano acerca de los Sucesores, o la edición comentada de Justino de Yardley, Wheatley y Heckel 2011.

[2] Sobre la frecuencia de los distintos términos, es útil comparar el presente análisis con Russell 1999, 237-238 para fuentes de época clásica. Véase también el capítulo de F. Echeverría en este mismo volumen *(supra).*

[3] V. gr., Diod. Sic. XVIII 30, 1; Plut. *Vit. Pyrrh.* 10, 2; Polieno, *Strat.* IV 6, 14. Por mor de la brevedad, se ofrece únicamente una referencia por cada autor en que se atestigüe el uso de un término o la descripción de un fenómeno.

[4] Sobre la dificultad de traducir con precisión estas palabras y la conveniencia de hacerlo por «espía», cfr. Russell 1999, 103-104. En el presente artículo se usan indistintamente términos como

«espía», «observadores», «oteadores» o «patrullas de reconocimiento», dado que resulta complicado a partir de los textos disponibles trazar diferenciaciones nítidas. El contexto de los diádocos es el de guerra abierta permanente y, por tanto, la posible distinción entre ámbitos de actuación civil y militar no resulta válida ni significativa.

[5] Además, el uso de dichos términos en las fuentes de los diádocos se circunscribe casi en exclusiva (con la excepción de Plut. *Vit. Eum.* 9, 10) al libro XIX de Diodoro.

[6] Es significativo que, pese a su preponderancia global, el verbo *pynthánomai* únicamente aparezca en tres casos (Diod. Sic. XIX. 18, 4; 26, 1-6; 32, 2) y *akoúō* (Diod. Sic. XIX 93, 2) solo una.

[7] Por ejemplo, en Diod. Sic. XIX 16, 4, donde se emplea *katanoéō*.

[8] Esto se señala explícitamente en pasajes como Diod. Sic. XIX 38, 4-5 o Plut. *Vit. Eum.* 15, 7-8, entre otros. Por otro lado, los locales también podían usarse como guías: Diod. Sic. XIX 13, 4; cfr. Russell 1999, 54-60.

[9] Por ejemplo, en Diod. Sic. XIX 38, 4 se indica explícitamente que los informantes (locales) que acudieron ante Pitón y Antígono eran *philoi* («amigos») del primero.

[10] Hay que diferenciar los presentes casos del envío de mensajeros. También pactaban la entrega de enemigos, como los ancianos pisidios que negociaron la entrega de Alcetas a Antígono: Diod. Sic. XVIII 46, 4.

[11] Por ejemplo, Diod. Sic. XIX 52, 6; Nep. *Eum.* 3, 3; Plut. *Vit. Demetr.* 39, 5-6; Arr. *Succ*. 11, 39; Just. *Epit.* XIV 5, 1; Polieno, *Strat.* IV 8, 4.

[12] Es notable que, si bien en algunos de esos casos en que se emplea *pynthánomai* puede conjeturarse el uso de espías o patrullas de reconocimiento, en buena parte de los pasajes en que aparecen otros verbos ello resulta altamente probable; por ejemplo, *proeīdon* (Diod. Sic. XVIII 52, 5-6), *akoúō* (Diod. Sic. XIX 15, 6), *katalambánō* (Diod. Sic. 54, 3) o *aisthánomai* (Plut. *Vit. Demetr.* 9, 6).

[13] Por ejemplo, Diod. Sic. XX 53, 1-2; Plut. *Vit. Demetr.* 6, 1; Arr. *Succ*. 10, 8; Polieno, *Strat.* IV 11, 3. En la mayoría de los pasajes en que se emplea *aggéllō* y sus derivados es posible conjeturar el uso de un mensajero o un heraldo en la transmisión de la información. Por ejemplo, en el ya mencionado pasaje de los hombres de Media, si bien podían ser informantes, el uso de *apaggéllō* podría sugerir que fueron enviados por un tercero.

[14] Por ejemplo, Diod. Sic. XIX 46, 2; Arr. *Succ*. 9, 14; Plut. *Vit. Eum.* 5, 2; Polieno, *Strat.* IV 11, 3.

[15] Cfr. Billows 1990, 371-374.

[16] En Plut. *Vit. Demetr.* 9, 5 se explica que Demetrio se «enteró» *(pynthánomai)* de la situación de Cratesípolis. Esto podría sugerir la figura de un informante, pero el hecho de que se explicite que se le comunicó que ella tenía voluntad de encontrarse con él remite, muy probablemente, al envío de algún mensajero por parte de Cratesípolis.

[17] Véase Diod. Sic. XIX 50, 8; 89, 1 para las consecuencias de dos casos de falta de información suficientemente actualizada; cfr. Curt. III 1, 19-21.

[18] Arr. *Succ*. 9, 27; Nep. *Eum.* 3, 5; Plut. *Vit. Eum.* 6, 6-7.

[19] Por ejemplo, Diod. Sic. XIX 50, 2; Plut. *Vit. Demetr.* 44, 7; Just. *Epit.* XV 1, 3-4; Arr. *Succ*. 9, 24.

[20] La infiltración de espías en campamentos enemigos debía de ser más fácil que en épocas anteriores. Los soldados que conformaban los ejércitos de los diádocos tenían orígenes muy diversos, por lo que no era posible detectarlos en virtud de aspectos culturales o lingüísticos, tal y como sucedía en los conflictos entre ciudades-Estado griegas. Del mismo modo, la frecuente incorporación de nuevas tropas, ya fuese por reclutamiento o por la absorción de ejércitos enemigos, supondría que la presencia de caras nuevas no llamase la atención.

[21] Diod. Sic. XVIII 32, 2-4; 33, 1; Plut. *Vit. Eum.* 4, 3; cfr. *PSI* 1284.

[22] Por ejemplo, Diod. Sic. XX 94, 1; Plut. *Vit. Demetr.* 49, 2-3; Polieno, *Strat.* IV 9, 2.

[23] Diod. Sic. XVIII 48, 2-4; Arr. *Succ*. 9, 14; Plut. *Vit. Dem*. 31, 3-6; *Vit. Phoc*. 30, 10; cfr. *Pap. Berol.* 13045.

[24] Diod. Sic. XIX 23, 1-3; Just. *Epit.* XIV 1, 9-11; Polieno, *Strat.* IV 8, 3. Lisímaco habría falsificado una carta dirigida a Pirro haciéndose pasar por Ptolomeo, aunque su treta fue descubierta: Plut. *Vit. Pyrrh.* 6, 6-7.

[25] Diod. Sic. XIX 37, 3-6; Plut. *Vit. Eum.* 15, 6-7; Polieno, *Strat.* IV 6, 11.

[26] Diod. Sic. XIX 38, 2-6; Plut. *Vit. Eum.* 15, 10-11; Nep. *Eum.* 9, 3-6; Polieno, *Strat.* IV 8, 4.

[27] Plutarco (*Vit. Demetr.* 49, 2-3), al explicar el ya citado ataque nocturno frustrado de Demetrio contra Seleuco, contrapone el sentido de la vista al del oído: mientras que el primero sirvió a Demetrio para enmascarar sus movimientos, el segundo fue el que reveló sus planes.

[28] De ser cierta, la anécdota sería un buen ejemplo de la complementariedad de diversas estrategias. Según Diodoro (XVIII 40, 5), Antígono también sobornó a Apolónides, un oficial de la caballería de Eumenes, para que desertase.

[29] En Diod. Sic. XIX 50, 5, en cambio, se indica que la información fue proporcionada a Casandro por un desertor.

[30] Por ejemplo, Polieno (*Strat.* IV 6, 2) explica que Antígono tenía un archivo con un registro pormenorizado de las embajadas recibidas. Cabe pensar que otros diádocos tendrían archivos análogos.

TERCERA PARTE

ROMA

X
CASOS DE MANIOBRAS Y DE INTELIGENCIA MILITAR EN LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Sabino Perea Yébenes

LAS FUENTES Y SUS PROBLEMAS

Hablar en pocas páginas de las Guerras Púnicas, o romano-cartaginesas, es tarea difícil por la enorme cantidad de literatura moderna que ese gran conflicto ha generado[1]. La Segunda Guerra entre estos dos Estados colosos, la más cruenta y larga, está protagonizada por dos prestigiosas «familias» aristocráticas: los Barca de Cartago y los Escipiones romanos. El enfrentamiento puede ser calificado tranquilamente como «la guerra mundial» de la época. Quizá la idea pueda parecer exagerada, pero en realidad las Guerras Púnicas, particularmente la Segunda, fueron un órdago al sistema político romano de tal calibre que –como se dice, aplicado a otras épocas y circunstancias, del enfrentamiento entre griegos y persas–, si el signo de la guerra y el resultado final hubiera sido otro, Occidente habría tenido un desarrollo político muy distinto, contrario al de la cultura «itálica» que finalmente prevaleció.

Entra dentro de la lógica elemental que los relatos que han pervivido de estas guerras sean los de los vencedores, las *Historias* de Polibio y Tito Livio, por este orden, principalmente. A ambos se les ha tachado de «parciales» (¿cómo no serlo, pues describen los triunfos de los romanos?) y de «imperialistas», usando este término en sentido peyorativo, como si en el mundo antiguo los Estados fuertes no se hubieran forjado y pervivido por la fuerza, activa o preventiva, de sus armas. Cierta moda actual revisionista, por tanto, prefiere orillar las fuentes y, en su lugar, proponer modelos «sociales» o de otro tipo que, con el afán de presentarse como novedosos y mostrar abiertamente una crítica «antirromana», no hacen sino distorsionar la realidad. Una de estas corrientes ha consistido en practicar una hipercrítica de las obras de Polibio y de Livio, «para tratar de equilibrar» la visión de aquel magno conflicto[2], atribuyendo a Aníbal méritos

extraordinarios como general, especialmente a propósito de su capacidad para obtener información del enemigo[3].

Pero nadie tiene la culpa de que Roma doblegase las aspiraciones imperialistas de Cartago, de que los «historiadores de cámara» de Aníbal, que escribieron en lengua griega (a saber, Sósilo de Esparta, Sileno de Calacte y Quéreas), fuesen unos escritores mediocres y de que no se sepa nada del destino de sus obras y casi nada de sus biografías. Sí se sabe, por el mismo Polibio, que la obra de Sósilo, la más importante, contaba las *res gestae* anibálicas en siete libros, posiblemente hasta la batalla de Cannas, obra que el megalopolitano pudo leer, pues asegura haber obtenido información de ella. El enfrentamiento entre Roma y Cartago fue un choque a muerte de dos Estados fuertes imperialistas. Y todo Estado con una estructura política y militar enérgica tenía que utilizar, entre sus recursos defensivos, un sistema de información propio sobre el enemigo. En este sentido, parece que, al menos en los primeros momentos, los cartagineses estaban mejor preparados. Y el tópico de que los Barca actuaban como una república aristocrática, pero con una educación bélica parecida a la de los reinos helenísticos, encierra bastante credibilidad.

Lo que vulgarmente se denomina «inteligencia» aplicada al ámbito militar no era, en el mundo romano, sinónimo de «servicio de información» sino muy parcialmente. Para los griegos y los romanos, la inteligencia, o el «acto inteligente», tiene su mejor expresión en el «ardid», cuyo ejemplo son las acciones de Odiseo durante la Guerra de Troya y, después, en su viaje de vuelta a Ítaca. El ardid y la estratagema –el caballo de madera introducido en la ciudadela de Príamo–, eso es la «inteligencia» aplicada a la guerra; en resumen, el arte de engañar al enemigo para debilitar sus fuerzas en la política o en la guerra.

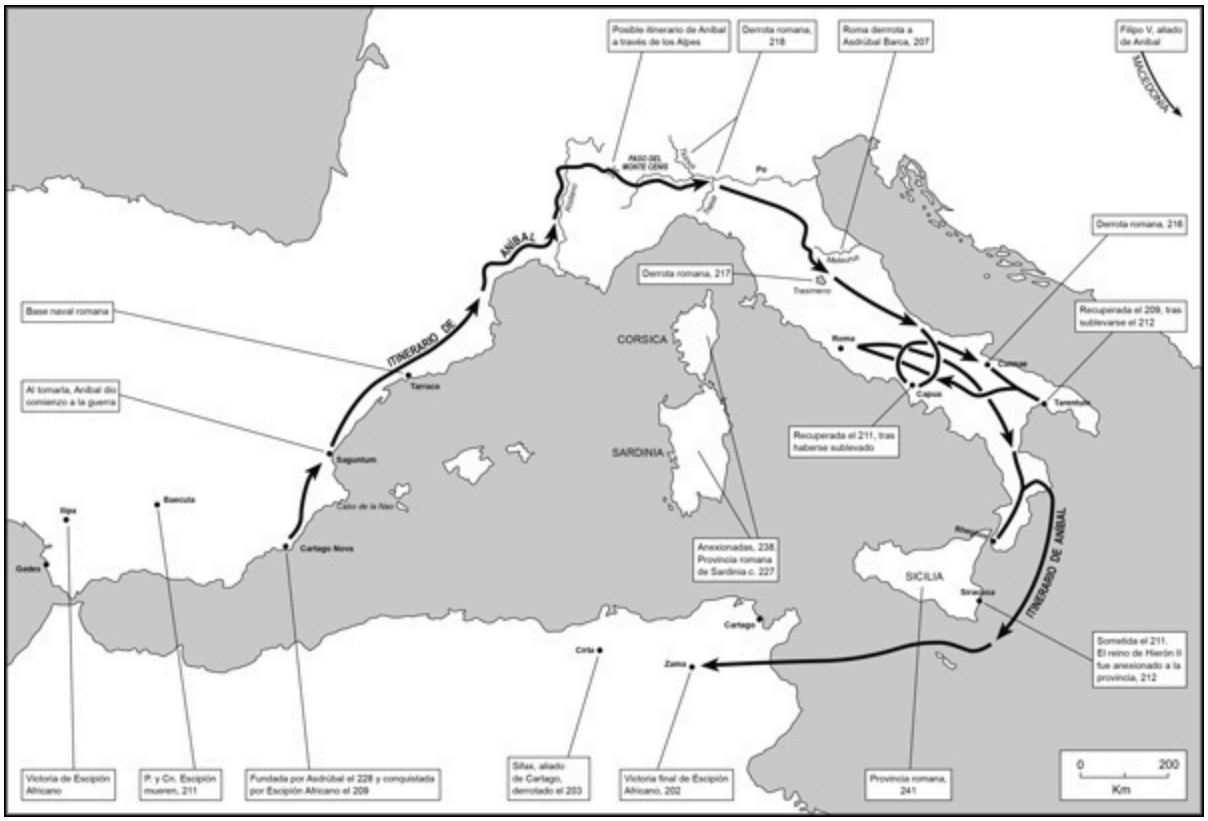
Para describir esas situaciones, tanto para episodios griegos como romanos, la lengua griega antigua, más rica que el latín y que las lenguas modernas, nos ofrece gran variedad de sustantivos que definen al «observador», al «espía»: *skopós, katáskopos, apographeús, dioptér, dioptés, apisképtes, katékoos, kruptós, misthotós, paraterétes, otakoustés, epískopos* y otros términos, todos ellos muy bien documentados.

En ausencia de epigrafía y de monumentos o relieves que muestren escenas de las Guerras Púnicas, la *historíe* en sentido herodoteo –es decir, la exploración del pasado– ha de sostenerse en la autoridad de los autores

griegos y latinos; de ahí la importancia del léxico y de las fuentes literarias.

Para los episodios bélicos de la República romana en los siglos III-II son esenciales los escritos de Polibio y de Livio, sin cuyos relatos las Guerras Púnicas serían un lago seco de información. Y, como dice el axioma histórico: a falta de fuentes se multiplican las hipótesis, casi todas con los pies de barro. Además de las obras de estos dos colosos, se dispone de los escritos de otros recopiladores de *exempla,* derivados directamente de Livio, como son Valerio Máximo y Frontino. Interesan también el *Aníbal* y la *Lybica* de Apiano, así como la obra de otros autores *de re militari,* como Polieno, Onasandro o Eneas Táctico.

La literatura histórica y, en especial, los relatos de estrategia –o, por decirlo con más acierto, de estratagemas– tienen su lenguaje propio y, convencionalmente, hay que admitir que en lengua griega, sobre todos los demás mencionados antes, domina el término *katáskopos* para designar a aquel que es enviado como infiltrado en las filas o en campamento enemigo para observar sus movimientos o su disposición, o para obtener información furtivamente o mediante engaño. Paradójicamente, en el arte de la guerra, como en el de la política, el saber mentir es mérito, y se le añade el apelativo de «astucia»; es decir, que se vuelve a la alabanza de la inteligencia odiseica[4].



Escenarios principales de la Segunda Guerra Púnica, 218-201 a.e.c.
Tomado de Michael Grant (2009), *Atlas Akal de Historia clásica (del 1700 a.C. al 565 d.C.),* Madrid, Akal, lám. 51.

Si en lengua griega el término más común para designar al espía es *katáskopos,* hay que decir que el mismo no tiene correspondiente exacto en lengua latina, usándose en su lugar, por lo general, el vocablo *speculator*. Este curioso término no es una traducción directa del griego, sino una invención léxica de finales de la República. Las menciones más antiguas proceden de César o de los autores del Corpus Cesariano; aparece luego en Cicerón, en Livio y en los autores de época imperial. De ello resulta algo que puede chocar, pero que hay que evidenciar: que cuando Tito Livio menciona a los *speculatores* para épocas previas a la suya, se está inventando el término con el fin de poner nombre, para sus lectores, a aquello que no lo tenía dos siglos antes. Por tanto, los *speculatores* mencionados por Livio en el contexto de las Guerras Púnicas no son tales. Ello queda refrendado en la investigación, donde con razón se restringe la acción de los *speculatores* a finales de época republicana, concretamente a la obra cesariana[5]. Y el problema aún se incrementa cuando se descubre

que lo mismo ocurre con los *exploratores,* un término –o función militar– creado por César.

Qué es, para su época, un *speculator* nos lo indica otro autor «cesariano», Varrón, que lo explica sintética y certeramente en su obra lexicológica *De lingua latina* (VI 82): *speculator, quem mittimus ante, ut respiciat quae volumus* («espía es aquel a quien enviamos por delante, para que observe lo que queremos»). Y Festo (p. 69, 23 L) lo explica así: *explorare antiquos pro exclamare usos, sed postea prospicere et certum cognoscere coepit significare. Itaque speculator ab exploratore hoc distat, quod speculator hostilia silentio perspicit, explorator pacata clamore cognoscit* («Los antiguos lo usaban para decir algo en voz alta, pero luego pasó a significar mirar hacia adelante y asegurarse de algo. Y así el *speculator* se diferencia del explorador en que el *speculator* observa al enemigo en silencio y el explorador lo conoce en el sosegado murmullo»). Paradójicamente, el término homófono en lengua griega, *spekoulátôr,* no existe en los textos militares, ya sean literarios o epigráficos. Por su parte, el término *explorator* no aparece ni una sola vez en la obra de Varrón, pues no necesita explicación este sustantivo tautológico. Además, carece de correspondencia en griego. El sustantivo griego equivalente, *diereunetés* –explorador, investigador en ambiente bélico, como lo utilizan Jenofonte (*Cyr*. VI 3, 2) y Dionisio (4, 43)–, no se encuentra en las obras referidas a las guerras de época republicana.

Desbrozado este asunto, queda pendiente de resolver el problema de saber qué/quiénes son esos *speculatores* y *exploratores* citados anacrónicamente por Livio para los relatos bélicos de los siglos anteriores a su *bíos,* y concretamente para las Guerras Púnicas.

CARTAGO CONTRA ROMA

La limitación de espacio obliga a dejar fuera de estas páginas los episodios de la Primera Guerra romano-cartaginesa (264-241 a.e.c.) y de la Tercera (149-146). En la Primera, los romanos tomaron lección de los cartagineses. En la Tercera, aplicaron contra Cartago todo lo aprendido de ellos antes, es decir, lo practicado en la Segunda Guerra (218-201 a.e.c.).

La actividad del espionaje militar está bien documentada en el ámbito romano del Occidente mediterráneo antes de la Segunda Guerra Púnica.

Así, Polieno, autor del siglo II e.c., que ofrece bastante información sobre ella, menciona (*Strat*. V 10) un episodio de espionaje cuando el cartaginés Himilcón intentó tomar en la oscuridad de la noche una ciudad de Sicilia, quizá Panormo, introduciendo espías «con unas tablillas» (cfr. Diod. Sic. XIV 55, 4). Polieno (*Strat*. VI 16, 4) también informa de que al comienzo de la Primera Guerra Púnica, en el 264, durante la toma de Messana (la actual Mesina, al noreste de Sicilia) por los cartagineses en su disputa con Hierón II de Siracusa, el general cartaginés mandó naves espías, que fueron alejadas por las griegas. No siempre esta acción de espionaje naval está tan claramente expresada. Otras veces (App. *B Civ.* V 85.112) el término usado para tales naves es *próploos,* que alude a la nave que va en avanzada y, en tal sentido, con misión exploratoria.

Fides, *traición y* sollertia

Solo a partir de la Segunda Guerra Púnica puede decirse que los romanos utilizaron, o intentaron utilizar, los sistemas de información militar como parte de su estrategia general, y no solo puntualmente. ¿Por qué no antes *sistemáticamente*? Se ha defendido que el espionaje lleva implícito el concepto de traición, de acción fraudulenta, contraria a la ética romana, y que solamente la frecuencia de los actos de perfidia púnica de Aníbal habría llevado a Escipión Africano a abandonar sus prejuicios morales en pro de la efectividad militar, jugando con las mismas armas «sucias» del enemigo. Escipión sería, pues, el «inventor» *(euretés)* del espionaje romano[6], o al menos fue el general que hizo un uso sistemático, no anecdótico ni ocasional, de estos métodos.

La «chispa» que puso en marcha y en alerta a los romanos fue la captura de un *speculator* cartaginés en Roma a finales del 217[7]. El espía había pasado de incógnito dos años en la ciudad (Liv. XXII 33, 1: *speculator Carthaginiensis qui per biennium fefellerat*). Tras sacarle información –supuestamente mediante tortura–, le fueron amputadas las manos y se le expulsó de la ciudad. A ello hay que añadir la actuación de los denominados *impigri iuvenes* (jóvenes sin miedo) que actuaron en misiones de espionaje[8]. Ante la posibilidad de que Aníbal entrase en Roma tras Cannas, el estupor se adueñó de la ciudad, y Fabio Máximo «envió jinetes ligeros por la Vía Apia y también por la Latina para que preguntaran a los

que encontrasen […] e informaran de cuál era la suerte de los cónsules y los ejércitos […]».

El hecho de que los romanos empezaran entonces, y no antes, a realizar un espionaje activo es relevante, pues los mayores éxitos de Aníbal, entre 218 y 216, se produjeron cuando este tuvo desplegada toda su red de información; y solo a partir de los primeros meses de 216, en que entra Escipión en escena y trata de emularlo, la balanza se equilibra. Puede decirse incluso que, a partir del 215, el sistema de información romano supera al cartaginés, casi anulando a este en la práctica del contraespionaje, como demuestra el hecho de que ese año el contraespionaje romano logró neutralizar las noticias que Aníbal esperaba de sus espías antes de enfrentarse a los romanos en Campania (Liv. XXIII 36, 2-4; 37, 8-9). El resultado fue contrarrestar la serie de éxitos bélicos de Aníbal. Este espionaje romano activo seguramente no era aprobado por la casta senatorial más tradicional, pero Escipión supo ver que era un movimiento imprescindible. El general no solo debe confiarse a la Fortuna, sino emplear la inteligencia para alcanzar la *sollertia*.

La *sollertia* –concepto al que se refiere Frontino en las primeras líneas de su *Strategemata*– es un concepto romano que designa la capacidad de salir exitoso de las acciones militares: la habilidad, la audacia, la astucia, la capacidad de reacción, la inteligencia, el *kairós* y hasta un poco de Buena Fortuna… con la fuerza de las armas y con la eficacia de las estratagemas. Son estas las cualidades o circunstancias, solas o combinadas, que hacen que un general no solo resulte victorioso sino también carismático, de modo que la victoria en una batalla, por tanto, resulte «digna de ser recordada como ejemplo».

Exempla *de la Segunda Guerra Púnica*

Se han explorado las fuentes clásicas que mencionan a los soldados que llevan a cabo acciones de observación y/o información del enemigo (eso que convencionalmente se entiende por espionaje), es decir, a los *katáskopoi,* a los *speculatores,* a los *exploratores* y *procursatores,* y ese sondeo depara ciertas sorpresas, pues hay unas sesenta y cinco citas para el periodo de la Segunda Guerra Púnica.

Katáskopoi	*Speculatores*	*Exploratores*	*Procursatores*
Polyb. III 45, 1	Liv. XXI 29, 1	Liv. XXI 25, 9	Liv. XXII 44, 5
Polyb. III 95, 8	Liv. XXI 53, 11	Liv. XXII 3, 1	Liv. XXIII 40, 9
Polyb. III 100, 1	Liv. XXII 19, 5	Liv. XXII 4, 4	Liv. XXVI 9, 7
Polyb. X 20, 2	Liv. XXII 33, 1	Liv. XXII 12, 2	Liv. XXVIII 33, 3
Polyb. XIV 3, 7	Liv. XXII 42, 5	Liv. XXII 15, 3	
Polyb. XV 5, 4	Liv. XXVII 5, 1	Liv. XXII 15, 4	
Polyb. XV 5, 5	Liv. XXVII 15, 1	Liv. XXII 15, 5	
Polyb. XVI 37, 1	Liv. XXVII 27, 2-3	Liv. XXII 43, 7	
A App. *Hisp.* 62, 3	Liv. XXVII 42, 12	Liv. XXII 44, 1	
A App. *Pun*. 162	Liv. XXVIII 1, 9	Liv. XXIII 42, 9	
	Liv. XXVIII 2, 2	Liv. XXIII 43, 7	
	Liv. XXIX 28, 10	Liv. XXIV 40, 10	
	Liv. XXX 4, 6	Liv. XXV 15, 11	
	Liv. XXX 10, 6	Liv. XXV 16, 9	
	Liv. XXX 10, 14	Liv. XXV 28, 2	
	Liv. XXX 23, 5	Liv. XXV 37, 17	
	Liv. XXX 29, 2	Liv. XXV 38, 16	
	Front. *Strat*. IV 7, 7	Liv. XXVI 3, 4	
	Val. Max. III 7, 1	Liv. XXVI 48, 4	
	Val. Max. V 1 (ext.) 6.	Liv. XXVII 2, 12	
	Val. Max. VI 8, 7	Liv. XXVII 26, 6	
	Sil. Ital. V 376-381	Liv. XXVII 26, 10	
		Liv. XXVII 36, 4	
		Liv. XXVII 41, 2	
		Liv. XXVII 41, 12	
		Liv. XXX 5, 1	

Está fuera de lugar analizar y contextualizar todos estos pasajes, ya que, al margen de su cantidad, las acciones narradas son incompletas o interesadas: muchas veces las informaciones del enemigo se obtienen de los tránsfugas (Liv. XXIII 28, 1; *specie transfugarum:* Liv. XXVI 12, 18), los desertores, los fugitivos (Liv. XXII 15, 3; Zon. VIII 26) o los prisioneros (Polyb. III 104, 1). También se encuentra el término *nuntius* para indicar labor de espionaje, como los *occulti nuntii* que en Herdonea informaban a Aníbal de las flaquezas del ejército del procónsul C. Fulvio Centimalo, hasta el punto de que esta información secreta manejada por Aníbal le llevó a un choque victorioso (Liv. XXV 20, 7 – 21, 2).

Es difícil establecer las diferencias de matiz en las actuaciones de estas

tropas exploratorias o de reconocimiento, pero existen ciertas coincidencias, al menos para estas fechas republicanas: se trata de tropas auxiliares, móviles, de *socii* o de aliados. En particular, cuando se menciona a los *procursatores,* se trata, en los casos documentados, de númidas en los ejércitos de Aníbal.

Durante el avance de los ejércitos de Aníbal por la Cisalpina, se informa de que los insubros y los boyos han hecho público su sentimiento antirromano y de que él se gana su confianza. En la batalla de Tesino, Aníbal recibió el importante apoyo de dos mil rebeldes galos dispuestos a luchar contra los romanos[9].

Otras veces se menciona a los *periti regionum* que actúan junto a los *exploratores* cartagineses en los pasos de los Alpes. Los observadores cartagineses se ganan también la confianza de los lugareños, buenos conocedores de la geografía local, como los pasos de montaña alpinos (Polyb. III 34, 6 y 80, 2; Liv. XXI 23, 1; XXII 3, 2), informándose así de los caminos que conducían a Etruria (Polyb. III 78, 6) o salían de ella (Polyb. III 80, 2; Liv. XXII 3, 3). En su plan de invadir Italia por el norte, la estrategia del cartaginés era dividir a los pueblos cisalpinos y provocar en toda Italia la defección de los aliados de los romanos. De ahí el empeño de Aníbal en extender una amplia red de informadores para su provecho bélico o estratégico. Tales informadores no necesariamente son militares, y el cartaginés muy bien podía aprovecharse de las noticias que le proporcionaban los comerciantes.

Al mismo tiempo, existían conversaciones secretas de los generales o sus legados con los cabecillas de las facciones filorromanas o de las filocartaginesas, buscando aliados y también intercambiando información. Se trata de los *secreta conloquia* que aparecen con frecuencia en las fuentes clásicas[10]. Cuando estos encuentros concertados secretos se producen al nivel más bajo, cabe hablar de «labor de espionaje»; cuando se hacen a alto nivel (con magistrados romanos), debe hablarse de «diplomacia».

Para los primeros años de la Segunda Guerra se hallan bastantes episodios en los que se da importancia a la información de tipo militar conseguida del enemigo[11]:

218. Antes de la batalla de Trebia, Aníbal está informado de las diferencias de opinión entre los cónsules (P. Cornelio Escipión y Ti.

Sempronio Largo) sobre la estrategia a seguir (Polyb. III 70, 12; Liv. XXI 53, 8). Aníbal tiene información de las tropas romanas, concluyendo que estas se componen de soldados novatos enrolados recientemente, y se muestra consciente de la superioridad de los efectivos cartagineses (Polyb. III 70, 10; Liv. XXI 43, 14; 53, 9).

217. Reúne información muy detallada sobre la psicología y la posición política del cónsul C. Flaminio Nepote (Polyb. III 80, 3; Liv. XXII 3, 4); ello le permite establecer un plan estratégico que le llevaría, finalmente, a la victoria en Trasimeno. A mediados de ese mismo año, tiene conocimiento de las discrepancias entre el dictador Q. Fabio Máximo y el *magister equitum* M. Minucio Rufo (Polyb. III 104, 1; Liv. XXII 24, 3).

216. A inicios de ese año, Aníbal recibe información sobre los cónsules L. Emilio Paulo y C. Terencio Varrón, y sobre sus ejércitos (Liv. XXII 40, 7; 41, 5). En estos casos no se especifica quiénes obtienen la información. Si se está mal informado sobre los «espías romanos», peor aún sobre los cartagineses.

Polibio habla, en general, de la buena información que era capaz de obtener Aníbal, y Livio, más conciso pero igual de impreciso, se refiere a la «omnisciencia del cartaginés», como cuando en XXII 28, 1, relativo al año 217, asegura: «(A Aníbal) no se le escapaba nada de lo que ocurría en el lado enemigo porque de muchas cosas le informaban los desertores, y además él tenía sus propios espías» *(neque enim quicquam eorum quae apud hostes agerentur eum fallebat et perfugis multa [non] indicantibus et per suos explorantem).* Una idea similar se halla en Liv. XXII 41, 5, referida al 216: «(Aníbal) conocía además todo lo referente al enemigo tan bien como lo suyo» *(et omnia ei hostium haud secus quam sua nota erant)* [12].

En relación con las prácticas de «servicios de información» militar, se ha enfatizado la habilidad de Aníbal para urdir estas estratagemas de asalto rápido, basado en la información que obtienen sus espías. No ha de extrañar que los cartagineses, que funcionan en la práctica como los ejércitos griegos helenísticos, fueran peritos en artes de «inteligencia». Por el contrario, los romanos eran poco dados a estas argucias, quizá porque, al contrario que sus enemigos cartagineses, tenían en alta estima lo que significaba la *fides* y la *fidelitas*. Pero la situación bélica crítica creada por Aníbal en Italia obligó

a los romanos a aprender estas estratagemas. Y Aníbal encontró la horma de su zapato en Escipión Africano. Ambos jugarán con el mismo tipo de bazas: intentar obtener información del contrario por medio de «los ojos y orejas», infiltrando a sus hombres en las filas enemigas, ya como avanzadilla, ya enviándolos como falsos desertores. En efecto, a mediados del 216 y a partir de entonces, el sistema de información romano se muestra mucho más eficaz, como se ha indicado. Valgan algunos ejemplos:

216. Claudio Marcelo tiene noticias del acercamiento a Aníbal de representantes filocartagineses en Nola (Liv. XXIII 17, 1-2; Plut. *Marc*. 12, 3). También en 216 los agentes romanos interceptan una carta de Aníbal dirigida a su nuevo aliado, Filipo V de Macedonia (Liv. XXIII 34, 1-9; App. *Mac*. 1). Interceptados los *legati* que llevaban esta carta, los romanos reorganizan su armada para defender las costas italianas del Adriático (Polyb. VIII 1, 6; Liv. XXIII 38, 9; XXIV 10, 4).

215. Cornelio Mammula, propretor, pasa información al Senado sobre algunos planes antirromanos de los indígenas (Liv. XXIII 32, 7-11; XXIII 34, 10).

214. Cuando el prefecto M. Livio (Macato), informado por sus agentes, tiene noticia de que Aníbal tiene intención de tomar Tarento, le impide tal asedio (Liv. XXIV 20, 12-13; cfr. Polyb. VIII 26-36).

211. Aníbal se dirige a Roma, pero el pretor Fulvio Flaco captura a varios espías cartagineses. Habiendo descubierto los planes de atacar la Urbe, Flaco envía rápidamente esta información al Senado para que tome medidas (Liv. XXVI 8, 1). Ese mismo año Escipión usa la información de *transfugae* y la de indígenas ibéricos para rectificar diversas estrategias (Polyb. X 8, 7; Liv. XXVI 45, 7; Polyb. X 6, 4; Liv. XXVI 41, 20).

210. Escipión cambia sus objetivos cuando tiene noticia de que en *Carthago Nova* se concitan tres generales cartagineses, Magón, Asdrúbal Giscón y Asdrúbal Barca (Polyb. X 7, 1-4). Se cree que los informadores eran de Ampurias, colonia que facilitó las operaciones de Aníbal en Iberia (Liv. XXVI 19, 11).

207. Agentes romanos interceptan a un mensajero con una carta de Asdrúbal dirigida a Aníbal. De ello se informa al cónsul Claudio Nerón, y este al Senado. La investigación influye en la victoria romana en la batalla de Metauro, ocurrida el 23 de junio de ese año[13].

203. Escipión usa diversas estratagemas para obtener información del enemigo; por ejemplo, envía legados a su campamento, acompañados de espías disfrazados de esclavos que se mueven a sus anchas. Polibio se refiere a estos «agentes» como *pragmatikoí ándres,* «hombres de acción» (XIV 1, 13), y Livio (XXX 4, 1), perifrásticamente, indica que se caracterizan «por su capacidad de observación y su prudencia» *(spectatae virtutis atque prudentiae).*

Cabe recordar también que la expedición de Escipión a África no fue improvisada. Se aprovechó toda la información que habían obtenido previamente los romanos cuando se produjo la entrevista entre Masinisa y Gayo Lelio en 205 (Liv. XXIX 4, 7-9), así como otras exploraciones posteriores (Liv. XXX 5, 1; Polyb. XIV 3, 7; 4, 7). Al contrario de lo que ocurría al principio de la guerra, en sus años finales los romanos tenían mucha información sobre los ejércitos cartagineses y sobre el propio Aníbal. Este, antes «omnisciente», aparece ahora como un comandante desorientado[14].

Varios autores narran la actuación de Escipión Africano con respecto a tres espías cartagineses cuando estos fueron descubiertos en el campamento romano situado cerca de Zama, en el año 203. La noticia de Polibio reza así:

> Al cabo de unos días (Aníbal) levantó su campo, situado en la región de Hadrumeto, avanzó y acampó junto a Zama, que es una ciudad que dista de Cartago cinco días de camino en dirección oeste. Desde allí envió a tres espías, pues pretendía averiguar dónde había acampado Escipión y cómo había dispuesto el campamento. Pero estos hombres fueron capturados y conducidos a la presencia del general romano. Escipión distó tanto de torturar a los prisioneros, lo cual es la costumbre de los otros generales, que hizo todo lo contrario: puso a su servicio un oficial y le mandó que, sin engaño, les enseñara todo el campamento. Esto se llevó a cabo y, entonces, Escipión preguntó a aquellos hombres si el oficial encargado había puesto interés en mostrárselo todo. Ante su respuesta afirmativa, les dio un viático y una escolta, y los envió con el ruego de que explicaran con detalle a Aníbal cómo habían sido tratados. Tras el regreso de los espías, Aníbal se maravilló de la magnanimidad y de la audacia de Escipión, y no sé cómo entró en él la comezón y el afán de entablar tratos con aquel hombre. Decidido a esto, le mandó un heraldo a decirle que quería negociar con él el conjunto de la situación (Polyb. XV 5, 3-9; traducción de M. Balasch Recort).

Este ejemplo de la literatura histórica antigua –prorromana– no solo pone

a Escipión a la altura de Aníbal en el manejo de los servicios de información, sino que hace al romano superar al cartaginés en valores morales. Escipión no mata a los espías capturados, sino que los agasaja y los utiliza para que, *sensu contrario,* vuelvan e informen a los generales cartagineses de que los romanos están muy bien pertrechados y perfectamente organizados. Así, el pasaje establece un paradigma de *pietas* romana y de contemplativa actuación para con los espías cartagineses capturados. De ahí que el episodio narrado por Polibio sea replicado, prácticamente sin variantes[15], por Apiano (*Pun*. XXXIX 162-164), Livio (XXX 29, 2-3) y Polieno (VIII 16, 8). No cabe duda de que estos textos hablan de Escipión como un modelo ético, un *exemplum* de *virtus romana*. A estas fuentes cabría añadir el texto del *Strategikon* de Onasandro, en el capítulo relativo a los espías (III. γ′. *Perì kataskópōn*), donde, sin mencionar a Escipión, reproduce, como óptima, la forma de actuación del Africano cerca de Zama.

TRES CASOS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA[16]

Espionaje en la reconquista de Capua, 212 a.e.c.

Tras la batalla librada en Cannas el 2 de agosto de 216, en la que murieron muchos miles de romanos, según Livio, y que suponía la cuarta batalla triunfal de Aníbal en su (teórica) marcha hacia Roma, muchas ciudades de la Confederación itálica, viendo el rumbo que tomaba la guerra, comenzaron a desunirse y, previendo la ruina de Roma, y con ella la suya propia, se pasaron a Aníbal: Arpi en la Apulia, Uzentum, así como muchos hirpinos y samnitas. De entre todas las ciudades importantes destacó en la defección Capua, la segunda ciudad de Italia, capaz de movilizar para la guerra a treinta mil infantes y cuatro mil jinetes.

Aníbal convenció a los senadores locales –con la excepción de Decio Magio– de que se pasasen a su bando. Cuando llegaron a Capua los refuerzos africanos de Aníbal, Magio fue capturado y enviado como rehén a Cartago, de modo ejemplarizante. Pensando el cartaginés que el escarmiento era suficiente, dejó una guarnición en Capua, junto a unos pocos hombres armados de la propia ciudad, y marchó hacia Roma en 212.

Ese mismo año se produjo la capitulación de Capua. En un escenario de guerra total en Italia y las islas, el Senado romano decidió enviar a la ciudad

a uno de los cónsules, Fulvio Flaco, con sus tropas.

Afirma Livio (XXVI 12, 5) que los romanos (en el Senado) estaban «informados de que Aníbal había dejado desguarnecida la ciudad», de modo que el avance de Flaco hacia Capua fue acompañado de «un edicto de los procónsules […] difundido entre los enemigos con el refrendo del Senado, disponiendo que ningún ciudadano campano que se pasase a los romanos antes de una fecha determinada sufriría daño. No se pasó nadie. Más que la lealtad los retraía el miedo, porque con su defección habían incurrido en una responsabilidad demasiado grave como para que se les perdonase» (XXVI 12, 5-8). Parece quedar claro que en este caso van unidas la defección, la traición y la revelación de secretos militares (pues lo que se pretendía era informar al enemigo del movimiento de tropas, tras la deserción).

Se sabe que Capua estaba defendida por Bostar y Hannón. Estos escribieron una carta a Aníbal quejándose de la precaria situación defensiva de la ciudad y sugiriéndole los movimientos de tropas menos arriesgados. La misión de entregar esa carta era sumamente importante y le fue confiada a un grupo de jinetes númidas, previo pago de la cantidad de dinero estipulada.

La treta de estos «espías» era llegar hasta el campamento de Flaco «fingiéndose desertores» *(specie transfugarum).* Así lo hicieron, hasta que una mujer campana vino a desbaratar el plan: esta fémina (anónima), que decía ser amante de uno de los númidas, va al campamento romano y lo delata, diciendo al general que los númidas habían urdido un plan para fingir una deserción –argumentando que allí se pasaba hambre– y que lo que querían realmente era llevar una carta a Aníbal con la información que Bostar y Hannón les habían indicado (Liv. XXVI 12, 16), además de la recabada en el campamento romano. El general solicitó un careo entre la mujer y el númida. Este negó los hechos, dice Livio, «hasta que vio cómo preparaban los instrumentos de tortura y confesó el contenido de la carta» *(paulatim dein convictus veris cum tormenta posci et parari videret, fassus id ita esse litteraeque prolatae),* añadiendo que «otros númidas andaban por el campamento romano con apariencia de desertores. Fueron apresados más de setenta y azotados con varas junto con los últimos desertores, y enviados de nuevo a Capua con las manos cortadas»[17] (XXVI 12, 19: *ii supra septuaginta comprensi et cum transfugis novis mulcati virgis manibusque*

praecisis Capuam rediguntur).

La disputa por Capua se desarrolló en dos fases sucesivas entre la primavera y el verano de 211. Tras la capitulación –en la que tuvo mucho que ver el hambre–, los romanos castigaron duramente a los vencidos por sus años de fidelidad a Aníbal: doscientos cincuenta y cinco de los principales ciudadanos fueron ejecutados y otros trescientos enviados a prisión. Tuvo otros resultados catastróficos para los senadores que habían traicionado a Roma por adherirse a la causa de Aníbal: veintiocho de ellos se suicidaron y los demás fueron sometidos a un tribunal de sangre ante un enemigo irritado e implacable; cincuenta y tres magistrados y oficiales capuanos fueron arrastrados por las calles públicas, otros apaleados y decapitados en presencia y por orden del cónsul Flaco; los demás senadores fueron encerrados en una prisión, a los ricos se les confiscaron los bienes y la mayoría de la población fue sometida a la esclavitud. La inexorable venganza de Roma se completó con la ruptura de la constitución privilegiada dada a las ciudades campanas. Nada de todo ello hubiera tenido lugar si la operación cartaginesa de espionaje antes mencionada hubiera triunfado.

La defección y la deserción son delitos de lesa majestad. La deserción del ejército es delito grave contemplado en la *lex Iulia de lesa maiestate* (*Dig*. 48, 4), de César, fechada en 46-45 (cfr. Cic. *Phil*. I 9, 23). Es un crimen contra el Estado, contra el pueblo romano y su seguridad *(quod adversus populum romanum vel adversus securitatem).* La ley especifica diversos tipos de deserción dolosa que puede ser relacionada con pasar información sensible al enemigo: «[es desertor] el que hubiera enviado un mensaje por emisario o carta a los enemigos del pueblo romano, o les hubiera procurado una señal, o hubiera hecho con dolo malo que los enemigos del pueblo romano recibieran consejo en su lucha contra la República, así como el que movió o excitó a las fuerzas militares para hacer sedición o revuelta contra la república» (*Dig*. 28, 4, 1). Una ley tan antigua como la de las XII Tablas prescribía para ello pena de muerte. En época posterior (*Dig*. 49, 16, 3) los castigos son distintos (*Dig*. 49, 15, 5): pena capital, fustigación, degradación, expulsión del ejército[18].

Marco Claudio Marcelo, muerto en el 208 en Apulia

Marco Claudio Marcelo, de quien se posee una biografía en las *Vidas paralelas* de Plutarco, fue uno de los generales romanos más obsesionados con capturar a Aníbal en Italia. En los años *post Cannam* (a partir del 216), de continuas guerras en la mitad meridional de Italia, se dan muchas situaciones susceptibles de análisis en la perspectiva del «espionaje», como lo delata la frecuencia de los términos *exploratores, speculatores* y *katáskopoi* en Polibio y en Livio. En los textos que se verán a continuación el citado Claudio Marcelo es protagonista.

El relato liviano, relativo al año 209, está salpicado de acciones de este tenor: «Aníbal movió su campamento esa noche; Marcelo estaba ansioso por seguirlo, pero el número de heridos se lo impidió. Los exploradores enviados para observar los movimientos de la columna informaron al día siguiente de que Aníbal se dirigía a la tierra de los brucios» (Liv. XXVII 14, 15 – 15, 1). Es este un ejemplo de las vicisitudes bélicas en las que, de forma natural, actúan los *exploratores,* agentes en avanzadilla del ejército romano o del cartaginés.

La personalidad y el empeño de Claudio Marcelo no cesaron al año siguiente, el 208, siendo cónsul. En el episodio de su muerte no falta una operación de espionaje. En este momento, Marcelo era un hombre experimentadísimo en la guerra, pues había sido cónsul en 222, 215, 214, 210 y 208, y procónsul en 224 (probablemente) y en el aciago año de 216.

Un resumen del episodio se puede leer en Valerio Máximo, *Memorabilia* I 6, 9. Siempre en pie de guerra, y con espada en la mano, Marcelo se sentía orgulloso por haber arrebatado Siracusa a los cartagineses y haber puesto en fuga al mismísimo Aníbal a las puertas de Nola. Se creía capaz de expulsar del suelo itálico a Aníbal y de hacer una masacre entre los cartagineses, pero antes de tal empeño quiso saber la voluntad de los dioses y mandó sacrificar dos víctimas en presencia de los arúspices. Las dos víctimas tenían defectos en el hígado o en las entrañas (cfr. Liv. XXVII 26, 13-14). El arúspice le pronosticó una desgracia y advirtió al cónsul de que «no debía actuar con temeridad», pero él, desoyendo el consejo del adivino, «a la noche siguiente se atrevió a salir con unos pocos hombres de confianza para explorar» *(speculandi gratia).* Marcelo no era ignorante en materia de adivinación, pues fue augur en 220 (Plut. *Marc*. 2). Al instante, rodeado por los enemigos brucios, fue ejecutado.

De nuevo se halla aquí el verbo *speculare* para indicar la acción de espiar.

El propio Valerio Máximo dice algo más sobre el asunto: «En cuanto a Marco Marcelo, muerto en los campos de Brucio cuando espiaba los movimientos de los cartagineses con más avidez que precauciones *(dum conatus Poenorum cupidius quam consideratius speculatur),* Aníbal permitió que se le incinerara con todos los honores, y colocó su cuerpo sobre la pira cubierto con una capa roja y una corona de oro» (Val. Max. V 1 ext. 6). Pero examinando las fuentes se advierte que el texto de Máximo es resumen y paráfrasis de lo que cuenta el gran Livio sobre la situación. Este indica lo que hizo Marcelo, tras haber realizado los sacrificios –con resultado negativo– y conocer el dictamen en el mismo sentido del arúspice:

> [Pero el cónsul Marcelo] tenía tantas ganas *(tanta cupiditas)* de combatir con Aníbal que nunca le parecía que estuvieran lo bastante cerca sus campamentos. También en este caso, cuando cruzaba la empalizada, dio instrucciones para que los soldados estuviesen preparados en sus puestos para coger las mochilas y seguirle si el reconocimiento que iban a hacer en la colina resultaba satisfactorio *(tum quoque vallo egrediens signum dedit, ut ad locum miles esset paratus, ut, si collis, in quem speculatum irent, placuisset, vasa colligerent ac sequerentur).* Había una pequeña explanada delante del campamento [de Aníbal]; de allí partía hacia la colina un camino abierto y visible desde todas partes. Un explorador de los númidas *(Numidis speculator)* apostado allí, no porque se contase con un acontecimiento semejante, por cierto, sino por si se podía sorprender a algún enemigo que se hubiese alejado en exceso del campamento en busca de forraje o de leña, hizo una señal a los númidas para que salieran todos a la vez de sus escondrijos. Los [romanos] que tenían que salirles al paso por delante desde la cima misma no se presentaron, hasta que los tuvieron rodeados los que tenían que cerrarles el paso por detrás; surgieron entonces desde todas partes y alzando el grito de guerra [los númidas] se lanzaron a la carga (Liv. XXVII 27, 1-4; traducción de J. A. Villar Vidal).

En la emboscada hubo gran mortandad. El propio Marcelo, que iba a caballo, cayó atravesado por una lanza númida, y lo mismo el otro cónsul, Crispino, que fue alcanzado por dos venablos. El joven Marco, hijo del cónsul, resultó herido y huyó, logrando llevarse también el cuerpo moribundo de su padre. Esta malhadada acción de exploración o espionaje *(loci speculandi causa)* les salió muy cara a los cónsules.

Un siglo antes, Polibio cuenta la muerte del cónsul Marcelo. Livio conoce indudablemente el texto de Polibio, aunque no lo sigue al pie de la letra. El historiador griego, al narrar este episodio previo a la muerte del cónsul, indica que

> [los romanos] avanzaban para hacer el reconocimiento del campamento enemigo con dos tropas de caballería, sus lictores y una treintena de *velites*. Pero un grupo de númidas, habituados a tender emboscadas o dar información sobre cualquier otra cosa del campamento romano, se apostaron al pie de la colina. Al ser informados por su espía de que un grupo de hombres (romanos) se acercaba por la cima de la colina por encima de ellos, se levantaron de su escondite, subieron por un camino lateral y se interpusieron entre los cónsules y su campamento (Polyb. X 32; traducción de M. Balasch Recort).

Como en toda derrota ignominiosa romana se ve, no en Polibio pero sí en Livio, la advertencia divina (el dictamen negativo de los arúspices, y la codicia de gloria que perseguía el cónsul). No ha de extrañar que luego Valerio Máximo retome el episodio, resumiéndolo, para añadir un colofón moralizante: la incauta actuación de Marcelo contrasta con la generosidad de Aníbal, que honra a su enemigo caído con un funeral suntuoso y digno en tierra enemiga. Para Polibio, más racionalista, la lección que ha de extraerse del episodio no es ni religiosa ni moral, solamente práctica: esto es lo que sucede, indica, cuando algunos, por un ímpetu pueril, por inexperiencia o por jactancia, caen en situaciones absurdas (X 33, 7).

«Speculatores, non legatos» *(año 203 a.e.c.). Sobre el cónsul M. Valerio Levino, en Roma*

Valerio Levino es el hombre noble característico de la segunda mitad del siglo III, con una brillante carrera militar y política. Interesan ahora los hechos del año 203, que cuenta Livio en XXX 23. Al volver Levino de su legación en Asia, hace una importante propuesta política ante el Senado, que este aprobó (Liv. XXIX 16): presentó una moción para que se reembolsara a los senadores y a los caballeros el dinero que estos habían prestado al Estado (al Tesoro Público) para poder continuar la guerra contra cartagineses y griegos.

Cuando Escipión pasó a África para asediar la capital cartaginesa y contrarrestar en tierra africana las acciones de Aníbal en Italia, en 204-203 llegó a Roma una legación púnica para hacer una propuesta de armisticio. Se discutió en el Senado la cuestión de si Escipión Africano debía seguir con su ataque a Cartago (pues estaba situado con su ejército a las puertas de la ciudad) o si era posible establecer un acuerdo de paz, poniendo como modelo (decían los cartagineses) el que se había establecido en el 241.

Algunos senadores, los más jóvenes, abogaban por la paz, olvidando o ignorando en razón de su edad, dice Livio, «la perfidia púnica» *(punica fraus).* La embajada cartaginesa aducía que Aníbal, por cuenta propia, en Iberia, en 218, había declarado la guerra a Roma sin el acuerdo del Senado y del pueblo de Cartago, y sus miembros solicitaron que la antigua alianza de «no agresión» entre la República romana y Cartago se mantuviera.

En la discusión del Senado se llegó a la conclusión de que tal tregua (o su rechazo) solo podía ser propuesta y aceptada por Escipión, que estaba en Cartago. Entonces toma la palabra Valerio Levino, asegurando que los embajadores cartagineses no eran tales, sino espías.

> Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces, argumentaba que eran espías, no embajadores *(speculatores, non legatos),* los que habían venido; que se les debía hacer salir de Italia, enviando una escolta con ellos hasta las naves, y se le debía escribir a Escipión que no aflojara en su ofensiva. (Liv. XXX 23, 5; traducción de J. A. Villar Vidal)

La discusión del Senado acabó cuando la mayoría de los senadores dieron por buena la propuesta de Levino. La legación fue despedida creyendo que la propuesta de paz era una trampa y sin haberles dado una respuesta (Liv. XXX 23, 8: *legati pace infecta ac prope sine responso dimissi*). Así pues, el Senado daba vía libre a que Escipión continuase en África con sus acciones bélicas.

Interesa este texto por la oposición que se hace entre *legati* (interlocutores oficiales) y espías (no oficiales) que pueden actuar por su cuenta, o ser mandados solo por una facción de la guerra, no con la autorización del Senado cartaginés.

En estos años (218-201) en que una guerra feroz lo impregnaba todo, se suceden, como parte de la misma, los episodios de espionaje, puntuales, como los que se han comentado, o como en este otro caso relativo al mencionado Levino, citado en esta ocasión por Frontino:

> El cónsul Valerio Levino capturó a un espía enemigo en su campamento. Teniendo mucha fe en sus tropas, ordena que lo devuelvan con los suyos, y para infundir miedo al enemigo ordenó que su ejército pudiera ser inspeccionado por espías enemigos con la frecuencia que deseasen (Front. *Strat*. IV 7, 7; traducción de A. García Toraño).

El texto recuerda, obviamente, al anteriormente citado de Onasandro. En ambos se indica que, una vez descubiertos los espías, debe dejárseles a su

albedrío si es que el ejército romano (en este caso) estuviera bien pertrechado y dispuesto al combate.

EXPLORATORES – EXTRAORDINARII

Las deficiencias del ejército romano en lo relativo a su sistema de información militar fueron diagnosticadas por los grandes generales romanos de época post-mariana[19], y particularmente por César, un argumento más que avala su genio militar. Solo un poco más tarde, en época del Triunvirato, los *speculatores* son organizados en una *cohors* y luego incorporados a los pretorianos. Por tanto, cuando se examinan los textos clásicos relativos a las Guerras Púnicas, es muy importante diferenciar entre los de Polibio y los de Livio. La obra de Livio, que completa la parte perdida de Polibio, mejora la narración de las acciones bélicas y/o de espionaje, pero no traduce bien las instituciones.

Lo que para Livio son –anacrónicamente– *speculatores* y *exploratores,* para Polibio (XI 40, 4) son los soldados *extraordinarii,* de infantería, pero particularmente los que van a caballo. Estos soldados son los mencionados por Polibio[20] y no otros del ejército regular. Son estos los encargados de la protección de la vanguardia y la retaguardia –las posiciones importantes en un ejército–, labor encargada, como se ha visto, a los *socii* y aliados. Los soldados ciudadanos romanos no participan en esta labor de protección «especial» que se amplía (o amplía sus funciones) a la protección del general. Este, además, envía a estos *equites extraordinarii* a funciones exploratorias por delante de la columna del ejército (*agmen* o *acies*) en marcha; de ahí que el vocablo *extraordinarii* pase después al latín, designando una función similar a la de los *exploratores*[21]. Desde el comienzo de la Segunda Guerra Púnica y hasta mediados del siglo I a.e.c., estos grupos de soldados *extraordinarii* estaban mandados por oficiales de confianza, que actúan también como «confidentes» que utilizan a sus hombres como espías del enemigo y como «policía» interna. En este juego de mentiras y verdades, se sabe por los textos que el tránsfuga no siempre es lo que parece (*prima facie,* un traidor), sino que puede ser un espía. Polibio cita a estos aliados extraordinarios como parte de las instituciones militares romanas:

> Cuando ya se han reunido todos, romanos y aliados, los toman a su cargo y los

> organizan unos oficiales nombrados por los cónsules, los llamados *praefecti sociorum,* doce en total. Estos prefectos empiezan por elegir para los cónsules, de entre todos los aliados presentes, los jinetes y los soldados de infantería más aptos para el servicio activo; se les llama *extraordinarii,* término que en nuestra lengua significa «escogidos» (Polyb. VI 26, 5-6; traducción de M. Balasch Recort).

Es curioso el término que usa Polibio, grecizando el término latino de *extraordinarii*[22]. Estos aparecen en las Guerras Púnicas como un grupo selecto de soldados federados itálicos. Se documentan en el 209 o poco antes, por la mención que de ellos se hace por primera vez[23] en el campamento de Marcelo (Liv. XXVII 12, 14). Actúan junto a los *voluntarii,* que a su vez operan bajo las órdenes directas del cónsul, como indica Polibio (VI 31, 5). Cuando el ejército avanza en formación, los *extraordinarii* o «selectos» van siempre en cabeza haciendo labor exploratoria, y también marchan en retaguardia (Polyb. VI 49, 4) con la misma finalidad. A ellos se refiere Onasandro (*Strat.* 22) cuando indica que los generales disponían de «tropas selectas para salir en auxilio de los flancos débiles y para preparar las emboscadas».

Las fuentes sobre estos *extraordinarii* o *electi* alcanzan hasta la época de Sila. Tiene pleno sentido, por tanto, que sus herederos en cuanto a sus funciones y misiones, ya mejor organizados –los *speculatores* y *exploratores*–, aparezcan en las fuentes post-silanas.

CONCLUSIONES

1. En la historia de Roma, solamente a partir de la Segunda Guerra Púnica actúan con frecuencia los servicios de información romana, a imitación de los de los griegos y cartagineses.

2. Tanto en los ejércitos cartagineses como en los romanos, estas labores no se encargan a soldados ciudadanos, sino a aliados: aliados itálicos en el caso romano y aliados númidas por el lado cartaginés.

3. Esta circunstancia tiene sentido y admite varias explicaciones: a) el alto riesgo de las operaciones aconseja evitar que ciudadanos romanos sean capturados; b) los aliados autóctonos tienen más facilidad de mezclarse con los enemigos; por ejemplo, los númidas cuando los combates tienen lugar en tierras africanas, por su mejor conocimiento del territorio y por el uso de lenguas vernáculas; c) las tropas aliadas, de infantería o de caballería, son

más ágiles y, consecuentemente, más efectivas en acciones de exploración y de infiltración en campamentos enemigos.

4. No se dispone de fuentes históricas contemporáneas para la época de la Segunda Guerra Púnica. La más cercana, por la calidad contrastada de su información, es Polibio. Para designar la acción de exploración o espionaje, Polibio no usa los equivalentes griegos de los términos *speculator* o *explorator,* sencillamente porque en su época estos términos no existían en latín. El uso de tales vocablos en la obra de Livio al hablar de la Segunda Guerra Púnica es anacrónico, pues tales especializaciones (*speculator* o *explorator*) se crean en el siglo I a.e.c., tras Sila, y tienen su *floruit* en la obra de César.

5. Por tanto, se propone aquí que aquellas labores, en época de la Segunda Guerra Púnica, las hacían –en muchos casos– los mencionados soldados *extraordinarii* o «selectos», reclutados al margen del cuerpo legionario, entre los *socii,* al mando de un *praefectus*. La descripción de la institución por Polibio en el libro VI conduce a avalar esta hipótesis, en tanto que, en los capítulos de ese libro dedicados a explicar las instituciones militares griegas, no aparecen los *exploratores* o los observadores *(katáskopoi).*

6. Para el periodo estudiado, la acción de los servicios de información militar es importante cuando tales informaciones se obtienen antes de las batallas. Tener información privilegiada puede decidir que se efectúe un ataque rápido exitoso o se decida no atacar. Pero, una vez empezada la batalla, las acciones de información no son tan determinantes. Se trata de estratagemas, argucias, muchas veces improvisadas al albur de los acontecimientos; se reducen a acciones cortas, casi anecdóticas.

7. En esta época no hay un espionaje «de Estado», organizado por el Senado romano. Se trata más bien de un espionaje al servicio del cónsul o del general *cum imperio* que está en el frente de batalla en ese momento, y, en el caso de los ejércitos cartagineses, de sus comandantes. La fama del servicio de espionaje cartaginés, y del propio Aníbal como general en jefe, debe ser matizada y reconsiderada «a la baja», pues su éxito se concentra en los tres primeros años de la Segunda Guerra Púnica, cuando los romanos, en parte por ignorancia del «método» y también por respeto al concepto romano de *fides,* sagrado para ellos, se vieron envueltos, sorprendidos y derrotados, al menos en parte, por la labor de zapa que hicieron los espías cartagineses. A partir de Cannas, Escipión no solo descubrió este tipo de

estratagemas de espionaje enemigas, sino que fue capaz de imitarlas y de superarlas.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes principales

Apiano:

Gómez Espelosín, Francisco Javier (2006), *Sobre Iberia y Aníbal,* Madrid, Alianza.

Goukowsky, Paul (2003), *Appien. Histoire romaine, livre VI. L'Ibérique,* París, Les Belles Lettres.

Eneas Táctico:

Dain, Alphonse y Bon, Anne-Marie (1967), *Enée le Tacticien, Poliorcetique,* París, Les Belles Lettres.

Handford, Stanley Alexander y Hunter, Leslie Whitaker (1927), *Aineíou Poliorketiká. Aenea on Siegecraft,* Oxford, Clarendon Press.

Martín García, Francisco (1991), *Eneas el Táctico, Poliorcética – Polieno, Estratagemas,* Madrid, Gredos, 9-144.

Frontino:

Eramo, Immacolata (2022), *Frontino, Stratagemmi. Saggio introduttivo, nuova traduzione e commento. Premessa di Giusto Traina,* Santarcangelo di Romagna, Rusconi Libri.

García Toraño, Alfonso (2019), *Frontino, Estratagemas,* Madrid, Dykinson.

Livio:

Forster, Benjamin Oliver – Moore, Frank Gardner – Sage, Evan Taylor – Schlesinger, Alfred Cary (1919-1959), *Livy, History of Rome,* 14 vols., Loeb Classical Library, Oxford, Clarendon Press.

Villar Vidal, José Antonio (1990 ss.), *Tito Livio, Historia de Roma desde su fundación*, Madrid, Gredos.

Onasandro:

Petrocelli, Corrado (2005), *Onasandro, Il generale. Manuale per l'esercizio del comando. Testo greco a fronte,* Bari, Edizioni Dedalo.

Polibio:

Balasch Recort, Manuel (1981-1983), *Polibio, Historias,* Madrid, Gredos.
Patton, William Roger (1922-1927), *Polybius, Histories,* 6 vols., Loeb Classical Library, Oxford, Clarendon Press.

Polieno:
Brodersen, Kai (2017), *Polyainos: Strategika,* Berlín y Boston, De Gruyter.
Martín García, Francisco (1991), *Eneas el Táctico, Poliorcética – Polieno, Estratagemas,* Madrid, Gredos.

Estudios

Austin, N. J. E. y Rankov, Boris (1995), *Exploratio: military and political intelligence in the Roman world from the Second Punic War to the battle of Adrianople,* Londres, Routledge.
Bagnall, Nigel (1990), *The Punic Wars*, Londres, Hutchinson.
— (2002), *The Punic Wars*, *264-146 BC,* Londres, Osprey.
Brizzi, Giovanni (1982), *I sistemi informativi dei Romani: principi e realtà nell'età delle conquiste oltremare (218-168 A.C.),* Wiesbaden, Steiner.
Cadiou, François (2006), «Renseignement, espionnage et circulation des armées romaines: vers une géographie militaire de la péninsule Ibérique à l'époque de la conquête», en Gonzalo Cruz Andreotti, Patrick Le Roux y Pierre Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*, Madrid, Servicio de Publicaciones Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 135-152.
Clemente, Guido (1991), «La guerra annibalica», en Arnaldo Momigliano y Aldo Schiavone (dirs.), *Storia di Roma,* vol. 2.1: *L'impero mediterraneo. La repubblica imperiale,* Turín, Einaudi, 79-90.
Denécé, Eric y Brun, Patrice (eds.) (2018), *Renseignement et espionnage pendant l'Antiquité et le Moyen-Âge*, París, Ellipses.
Dubuisson, Michel (1996), «Renseignement, espionnage et services secrets dans l'armée romaine», *Ktema* 21, 305-312.
Giannelli, Giulio (1936), *Roma nell'età delle Guerre Puniche,* Bolonia, Licinio Cappelli Editori.
Goldsworthy, Adrian (2003), *The Fall of Carthage: The Punic Wars 265-146 BC*, Londres, Cassell [ed. cast.: *La caída de Cartago. Las guerras púnicas 265-146 a.C.,* Barcelona, Ariel, 2019].
Kramer, Frank R. (1948), «Massilian diplomacy before the Second Punic

war», *The American Journal of Philology* 69/1, 1-26.
Liebenam, H. (1909), «Extraordinarii», *RE,* Band VI.2, cols. 1696-1698.
Marín y Peña, Manuel (1956), *Instituciones militares romanas,* Madrid, CSIC.
Perea Yébenes, Sabino (2020a), «*Agmen et aquila*. Sobre el orden de marcha de las legiones romanas», en Ana Sanz de Bremond Mayans y Carlos Díaz Sánchez (eds.), *La batalla: análisis históricos y militares,* Madrid, Ministerio del Ejército, 209-228.
— (2020b), «La prodigiosa vista y el fino oído de los Mauri y su utilización ocasional en la inteligencia militar y en la *exploratio*. A propósito de Julio Africano, *Cesti* VII, 16», *Cartagine. Studi e Ricerche* 5 (2020). Doi: [10.13125/caster/4132].
Roselló Calafell, Gabriel (2006), *Cartago y la Segunda Guerra Púnica*, Oviedo, Ediciones Septem.
— (2023a), *Relaciones exteriores y praxis diplomática cartaginesa,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
— (2023b), «Aníbal y la diplomacia desde la perspectiva romana. Tres casos de estudio durante la Segunda Guerra Púnica», *Studia Historica. Historia Antigua*, 41, e30433. Doi: [https://doi.org/10.14201/shha30433].
Sheldon, Rose Mary (1987), «Hannibal's Spies», *International Journal of Intelligence and Counterintelligence* 1/3, 53-70.
— (2015), «Hannibal as Spy Chief», *Leidschrift: Kennis is Macht. Een geschiedenis van spionage en inlichtingendiensten* 30, 25-46.
— (2005), *Intelligence Activities in Ancient Rome,* Londres/Nueva York, Routledge.
Urso, Gianpaolo (1991), «Spionaggio e controspionaggio nella guerra annibalica», *Rendiconti. Classe di letttere e Scienze Morali e Storiche dell'Istituto Lombardo* 125, 73-83.

---

[1] En el presente estudio se otorga más relevancia a las fuentes antiguas que a los trabajos de investigación recientes. De estos, se consignan únicamente los juzgados relevantes.

[2] Por ejemplo, Roselló Calafell 2006 y 2023a.

[3] Especial relevancia en este sentido tienen los estudios de Sheldon 1987, 53-50; 2005, 41-67; 2015, 45-46.

[4] Llama la atención que la astucia y la osadía se tengan por virtud en los héroes homéricos (la

valentía de Aquiles y la astucia de Odiseo) y que se consideren grandes defectos en Aníbal. Tanto la *mêtis* o *dólôsis* de Odiseo, el exceso de audacia *(thrasýthes)* de Aquiles o la *apistía* de Aníbal son arquetipos literarios, caracteres, pero no parece posible liberarse de ellos y ofrecer un retrato invertido de estos personajes.

[5] Austin y Rankov 1995, 54-69 et *passim.*

[6] Urso 1991, 75-76.

[7] El hecho es mencionado por Livio (XXII 33, 1) y Zonaras (IX 1). Cfr. Brizzi 1982, 53; Urso 1991, 74 y 82.

[8] Liv. XXII 55, 5-6. Cfr. Urso 1991, 76.

[9] Polyb. III 67, 1-3; Liv. XXI 48, 1-2; Zon. VIII 24.

[10] Liv. XXIII 6, 7 (año 216); XXIII 16, 5 (año 216); XXIV 13, 1-4 (año 214); Polyb. VIII 24, 4 y Liv. XXV 8, 3-6 (año 213).

[11] Los casos siguientes están resumidos de Urso 1991, 74. Para algunos episodios hispanos, cfr. Cadiou 2006.

[12] Compárese Ps. César, *Bell. Afr*. 12, 1: […] *per speculatores et antecessores equites nuntiatur ei copias hostium haud longe ab sese visas*.

[13] Polyb. XI 1 (XI 1-3); Liv. XXVII 36, 11-12; 38, 10; 43, 1-12; 45, 11-12; 46-49; 51, 11.

[14] Urso 1991, 82.

[15] Los autores griegos se refieren a estos espías apresados como *katáskopoi Karchedoníōn,* y Livio se refiere a ellos como *speculatores.*

[16] Para el mismo periodo, Roselló Calafell (2023b), ha estudiado otros tres casos distintos de espionaje.

[17] Séneca el Viejo atribuye a los piratas la costumbre de cortar las manos a sus enemigos (Sen. *Controv*. I 7, 4; 7, 14), algo ignominioso. Así ocurrió en el asesinato de Cicerón: le cortaron la mano derecha y también la cabeza.

[18] Pero se indica que «El que se pasa al enemigo y luego vuelve será sometido a tormento y condenado a las fieras o a la horca, aunque los militares quedan exentos de tal tormento» (*Dig*. 49, 16, 10: *Is, qui ad hostem confugit et rediit, torquebitur ad bestiasque vel in furcam damnabitur, quamvis milites nihil eorum patiantur*). Si de esta norma quedan exentos los militares, cabe pensar que se trataría de profesionales civiles del servicio de información, pues el contexto es claramente bélico.

[19] Marín y Peña 1956, 330.

[20] Ignorados absolutamente en una obra reciente de referencia: Austin y Rankov 1995.

[21] Perea Yébenes 2020a.

[22] Lo asegura la *Suda epsilon* 684, cuando indica que es un «término romano» *(Romaikè léxis).* El texto de Polibio VI 26, 5-6 es recordado y glosado en Zonaras, *epsilon,* p. 654, y la *Suda* sub π, 2242 (voz Πραίφεκτοι, *Praífektoi*).

[23] Livio (VII 7, 9) menciona excepcionalmente, para el siglo V, unas *cohortes extraordinariae* del dictador.

XI
LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA EN LA OBRA DE JULIO CÉSAR[1]

Denis Álvarez Pérez-Sostoa

INTRODUCCIÓN

La adquisición de información fue uno de los elementos indispensables en el proceso de expansión de Roma y fue adquiriendo mayor relevancia a partir del inicio de las hostilidades con Cartago en el siglo III a.e.c.[2]. Para ello, sin duda, era necesario contar con un sistema que permitiera recopilar información de forma sistemática y que, a su vez, esta pudiera ser verificada con la mayor celeridad posible, de modo que su uso efectivo fuera inmediato. Esta necesidad de información era más acuciante en los escenarios bélicos o en los procesos de traslado de las legiones. En consecuencia, también debía establecerse un filtro previo a fin de discriminar la información recibida y prestar mayor atención a lo que era útil en el corto plazo y lo que podía ser tratado más adelante.

En líneas generales, la compilación de información en el mundo romano podría articularse siguiendo dos ejes principales. En primer lugar, se debería prestar atención a la búsqueda y a la posterior gestión de la información con fines militares; es decir, a todos aquellos datos que en el transcurso de las campañas en territorio hostil eran susceptibles de ser tenidos en cuenta a fin de favorecer el avance de las legiones y ejercer un control real y seguro respecto a un enemigo sometido o sobre un nuevo territorio conquistado. Este tipo de información presentaba muchas vertientes, tales como el reconocimiento del terreno por el que iban a transitar los soldados, las posibilidades de encontrar pasto y forraje para los animales de carga y alimento para los legionarios, la existencia de accidentes geográficos que pudieran dificultar el avance y cómo sortearlos, o las posibles localizaciones tanto de las fortalezas como de los ejércitos del enemigo. En definitiva, se trataba de compilar, analizar y hacer valer todos aquellos detalles que pudieran alterar o facilitar la campaña militar.

A medida que las campañas militares fueron alejándose más de Roma, esta infraestructura fue adquiriendo mayor valor hasta acabar formando parte inherente de las legiones. El ejército romano, que fue evolucionando a lo largo de la República, fue incorporando a grupos de soldados que, además de sus labores habituales, ejercieron de forma puntual funciones de exploración o de espionaje. Junto a los ingenieros y cartógrafos, con los que complementaban su labor informadora, facilitaron el avance de Roma a través de territorios desconocidos. Sin embargo, estas actividades respondían a unas necesidades y circunstancias concretas, dado que los generales o, incluso más adelante, los gobernadores provinciales permanecerían presumiblemente un año en el cargo, por lo que la creación de una oficina de información estable no era posible[3].

Por otra parte, y de forma paralela, se fue formando un cuerpo de inteligencia interno. Su relevancia parece haber sido menor en el periodo republicano, pero se incrementó una vez que los límites del Imperio fueron establecidos y definidos de forma más o menos estable, momento en el que las legiones pasaron a desempeñar ante todo labores de control en el *limes* romano. En consecuencia, en el periodo imperial, sin despreciar la necesidad continua de mantener a las legiones –o, al menos, a sus comandantes– al tanto de las novedades de su entorno, el espionaje político fue adquiriendo una importancia similar a la militar.

La recopilación previa a cualquier campaña militar fuera del territorio propio debía contar, en efecto, con una base lo más sólida posible y con una preparación anterior en la que, más allá de los servicios de información, participaban también geógrafos, etnógrafos, cartógrafos e incluso ingenieros militares, gracias a los cuales se podía tener una idea aproximada de lo que se podrían encontrar los romanos durante las jornadas de marcha. En consecuencia, la afirmación de Buono-Core según la cual «los servicios de información, de inteligencia, de espionaje estuvieron exclusivamente en Roma al servicio del expansionismo territorial y del desarrollo de sus relaciones internacionales»[4], refleja una realidad evidente, dado que esos mismos geógrafos y cartógrafos contribuyeron de forma paulatina a la ampliación del mundo conocido por Roma, definiendo nuevas fronteras conforme las legiones se desplegaban por la cuenca del Mediterráneo a territorios en gran parte inexplorados.

De forma análoga, la necesidad de obtener información se trasladó a

contextos que guardaban escasa relación con la expansión romana. Así, en las guerras civiles del siglo I a.e.c., con un enemigo que hacía uso de los mismos mecanismos, era más decisiva la obtención de información acerca de los movimientos o de la disposición de las tropas del bando opuesto, de las líneas de suministros o del número de aliados que podían añadir a sus hombres. Los servicios de información de ambos bandos actuaban de forma paralela y con estructuras similares, siguiendo un proceder que ya se había ido estableciendo durante las centurias precedentes.

EL CORPUS CESARIANO

Existe un consenso generalizado a la hora de atribuir a Julio César la autoría de los siete primeros libros del *Bellum Gallicum* y los tres que conforman el *Bellum Civile,* mientras que el octavo y último libro del *Bellum Gallicum* se adscribe a su general Hircio. Sin embargo, a pesar de las diversas opciones que se han planteado, hoy en día persiste la incertidumbre acerca de los autores del resto del corpus cesariano, aunque se ha propuesto que al menos el *Bellum Alexandrinum* también podría atribuirse a Hircio[5].

El corpus cesariano es de vital importancia, pues se trata de relatos narrados por el principal protagonista de los hechos, a diferencia de los escritos de historiadores de gran valía como Polibio o Tito Livio, que lo hicieron tomando como referencia las obras de sus predecesores o contemporáneos. Ello no implica, evidentemente, que los procedimientos descritos por César fueran distintos a los transmitidos por estos últimos, sino que César podía ofrecer una visión más directa por las necesidades que él mismo afrontó tanto durante las campañas de la Galia como, después, a lo largo de la Guerra Civil, siempre teniendo bien presente el sesgo que él mismo pudo haber introducido en el relato, engrandeciendo su figura y sus decisiones acertadas frente a las de sus oponentes. Por este último motivo, el valor propagandístico de los textos cesarianos ha sido subrayado con amplitud en la historiografía moderna[6].

En el primer caso, el *Bellum Gallicum,* el contexto en el que se produjo la guerra liderada por César es aquel en el que el noble romano, recién acabado su año de mandato en calidad de cónsul, se veía en la necesidad imperiosa de obtener el gobierno de una provincia, así como de tratar de

paliar al menos en parte las deudas generadas durante su mandato. Frente al procedimiento habitual por el cual el Senado encomendaba el mandato de una provincia para un año, César obtuvo el gobierno de Iliria y la Galia Transalpina para un periodo de cinco años en calidad de procónsul. Además, tras el repentino fallecimiento de Metelo, que había sido designado gobernador de la Galia Cisalpina, añadió esta última región a su mando. Finalmente, fruto de las circunstancias del momento, César intervino en la Galia en el año 58 a.e.c., iniciando una guerra que lo llevaría a someter todo el territorio.

El inicio de la campaña se debió a una información recibida por el general romano, una petición de ayuda que le llegó por parte de los emisarios de los heduos, en aquel momento aliados de Roma, aunque acabarían por sumarse a la revuelta encabezada por Vercingétorix en el año 52 a.e.c. Según los embajadores heduos, los helvecios pretendían trasladarse de lugar alegando que se encontraban bajo la presión de los pueblos germanos y que para ello debían atravesar un territorio que no les pertenecía. Ante la negativa a facilitarles el paso, los helvecios atacaron a heduos y alóbroges. La rápida respuesta de César, que acudió en socorro de sus aliados y a defender la legitimidad de la negativa a franquear el paso a los helvecios, daría inicio a las hostilidades.

A pesar de que Roma había tenido contacto con los pueblos meridionales de la Galia desde hacía varias décadas, sobre todo con los de la Galia Narbonense conquistada por Gneo Domicio Enobarbo hacia el año 120 a.e.c., la mayor parte del territorio en el que se adentraron los ejércitos de César era prácticamente desconocido. No hay que descartar la posibilidad de que César tuviera acceso a material o información sobre la Galia gracias a la obra de escritores como Posidonio, al igual que la que le pudieran haber proporcionado los mercaderes o aliados, sin ser de ninguna forma suficientes para poder llevar a cabo una campaña prolongada. Por ese motivo, tuvo que recurrir a toda una serie de recursos con los que asegurar lo mejor posible el avance de sus tropas[7]. Por consiguiente, el *Bellum Gallicum* resulta ser una fuente fundamental para conocer el vasto espacio que Roma acabaría por anexionar a sus dominios. El estilo de César, ampliamente tratado por los historiadores modernos, conduce al lector casi de manera vertiginosa a lo largo y ancho del territorio galo. El texto no carece de dramatismo, de momentos de angustia y dificultades, pero, dado

que el relato se sustenta sobre hechos ya conocidos, siempre subyace la idea de que Roma está en posición de afrontar las dificultades y salir victoriosa. A modo de diario de campaña, César proporciona información relevante tocante a la geografía, la sociedad y el gobierno de los pueblos de la Galia, sus costumbres y tradiciones, la religión, su forma de luchar, etc. Es el primer acercamiento a un nuevo territorio, a una nueva realidad que, a pesar de la fuerte resistencia, acabará por ser integrada en la órbita romana. En pocas décadas, rechazando los estereotipos iniciales habituales en el relato de los autores clásicos cuando describían territorios desconocidos o alejados de su ideal social, la Galia dejaría de ser territorio ignoto. Por consiguiente, la frontera del mundo desconocido al que se enfrentó César con sus legiones se trasladaría a la periferia, es decir, a Britania y al *limes* germánico.

Es en este marco en el que la necesidad de obtener información se hace imprescindible. César y sus lugartenientes se fueron adentrando en terreno desconocido, enfrentándose a una mezcolanza de pueblos. Algunos se mostraron favorables a Roma, mientras que otros muchos se mostraron hostiles y no dudaron en oponer resistencia. En consecuencia, los romanos se encargaron de recopilar toda la información que les fuera de utilidad en su avance y, a tal efecto, se valieron de todos los medios a su disposición.

César era consciente de los pilares sobre los que se podrían sostener sus campañas, la importancia de la inteligencia política y militar, a la par que la geográfica y económica[8]. Por lo tanto, los tres ejes principales que motivaron la necesidad de obtener información fueron principalmente la geografía de la Galia, el abastecimiento del ejército y la disposición del enemigo. Mediante el reconocimiento del terreno se facilitaba la marcha del ejército, se buscaban los lugares idóneos para acampar y, al mismo tiempo, se preveían e identificaban los posibles peligros. En segundo lugar, se debían asegurar los suministros tanto para el ejército como para los animales de carga, una labor nada desdeñable al transitar por terreno no siempre favorable y, con frecuencia, siendo hostigados por el enemigo. Por último, y no menos importante, era imprescindible contar con los informes más detallados que fuera posible acerca del número de hombres de los enemigos, las plazas fuertes en las que se hubieran refugiado y la situación política interna. Este postrer elemento demostró ser de gran importancia estratégica, puesto que al generar disensión entre las facciones de los

pueblos galos se podían obtener con frecuencia resultados favorables sin necesidad de entablar combate abierto.

Por desgracia, César no siempre es todo lo explícito que sería de desear y reiteradamente omite parte de esta información. No obstante, es una omisión voluntaria y relacionada con su estilo de redacción, debido a que aquello que desaparecía de la vista dejaba de ser importante para la narración[9]. Por ese motivo, al leer el texto cesariano con frecuencia se obtiene la sensación de que el general o sus lugartenientes han recibido algún tipo de informe o noticia, pero no se llega a conocer el alcance real del contenido.

Es verdad, por otra parte, que la adquisición o la recepción de noticias relevantes es referida con asiduidad. El recurso estilístico de los ablativos absolutos al inicio de muchos capítulos, sobre todo del *Bellum Gallicum* y del *Bellum Civile,* pero también en el resto de obras, tiene una honda implicación. Destacan sobremanera construcciones como *quibus rebus cognitis, his rebus cognitis, hac re cognita* o *qua re cognita*[10]. De esta forma el narrador hace notar al lector que se ha transmitido una información en los párrafos precedentes, aunque en ocasiones no se indique cómo se ha obtenido, y que se toman unas decisiones en consecuencia. Además, es un esquema que en el *Bellum Gallicum* César aplica de manera indistinta tanto a su tropa como a los pueblos galos[11]. A continuación, la acción se retoma atendiendo a la importancia de dichas noticias.

Esta dimensión informativa, más característica del *Bellum Gallicum,* no cuenta con el mismo peso en la narración del *Bellum Civile*. Mientras que la necesidad de abastecer al ejército o el conocimiento de los movimientos de las tropas de Pompeyo siguen cauces similares a los descritos durante las campañas de las Galias, lo cierto es que salvo en algunos escenarios orientales, como Egipto, Judea o Siria, el conflicto civil se desarrolla en territorios que ya eran bien conocidos por los romanos. Así pues, los servicios de inteligencia e información se centran más en los aspectos militares y no tanto en aquellos relacionados con la intendencia o la necesidad de reconocer un terreno del que se tenía un conocimiento más certero, aunque las tácticas para la obtención de la información seguían siendo las mismas.

Como se ha indicado, la actividad de los cartógrafos y geógrafos fue indispensable a la hora de extender el dominio de Roma. La necesidad de

plasmar de forma escrita o gráfica tanto los territorios conocidos como aquellos que se iban incorporando al control ejercido por los romanos fue un estímulo importante para dicha actividad, al mismo tiempo que servía como punto de partida para posibles nuevas campañas[12].

Sin embargo, se ha apuntado que la capacidad de maniobra y de acción de un ejército romano en campaña no dependía de los conocimientos geográficos precisos, sino de la habilidad de su comandante para adaptarse al terreno, con frecuencia en función de condiciones o detalles descubiertos en el último instante[13]. Esta última evidencia posiblemente halle su mejor ejemplo durante la conquista de las Galias por César y manifiesta su continuidad durante la guerra civil que lo enfrentó a Pompeyo.

Suetonio no oculta la necesidad de César de obtener información a fin de poder culminar con éxito sus campañas. Así, en un pasaje de la vida de César, indica que jamás condujo a su ejército por caminos favorables a las emboscadas sin haber observado con atención la naturaleza de los lugares, ni lo transportó a Britania sin haber explorado con anterioridad por sí mismo los puertos, la navegación y el acceso a la isla (Suet. *Caes*. LVIII 1). Esta afirmación, sin ser del todo cierta, dado que el propio César narra que envió a Gayo Voluseno en una nave para que reconociera de primera mano las costas britanas, sí que demuestra el interés personal del general y la necesidad imperiosa de anticipar cualquier inconveniente que pudieran encontrar una vez cruzado el estrecho (Caes. *BGall*. IV 21, 1-2, 9). Tal desconocimiento se compensa con la intensa labor de los servicios de información desplegados por César, primero en las Galias y, *a posteriori,* en la guerra civil[14]. Los autores clásicos, y César no es una excepción, ofrecen numerosas posibilidades por las que se podía obtener información, pero en realidad cabría establecer una distinción según su procedencia: podía tratarse de fuentes romanas o no romanas, si bien conviene destacar que en algunos aspectos no diferían demasiado las unas de las otras[15].

FUENTES DE INFORMACIÓN ROMANAS

A tenor de la información transmitida por los autores clásicos, los servicios de inteligencia e información romanos se articulaban en dos tipos de unidades, los *exploratores* y los *speculatores*[16]. La presencia de ambos conceptos está ampliamente atestiguada en autores como Tito Livio en

episodios que se remontan a la República arcaica[17], aunque el desarrollo de sus funciones y el empleo generalizado de sus actividades adquieren mayor relevancia en la obra de César, al tratarse de un escrito contemporáneo a los hechos narrados. Aunque *a priori* las características de unos y otros son bien diferenciables, en algunos casos, sobre todo entre los autores en lengua griega, se genera cierta confusión y se aprecia una tendencia a unificar bajo una misma denominación a los dos grupos.

A grandes rasgos, los *exploratores* ejercían de avanzadilla, a fin de reconocer el terreno y preparar el camino para la llegada del ejército. Los *speculatores,* por su parte, tenían una labor más oscura y arriesgada, puesto que debían acercarse o infiltrarse entre las filas enemigas y tratar de obtener información de primera mano, con el peligro añadido que ello conllevaba para sus propias personas. Ezov, en cambio, llega a la conclusión de que los *exploratores* del *Bellum Gallicum,* cuyas amplias funciones abarcarían actividades de inteligencia, patrullas, observación del terreno, rastreo del enemigo, búsqueda de puestos de avanzadilla y acciones de espionaje, son similares a los *speculatores* del *Bellum Civile*[18].

Con el nombre *exploratores* (*katáskopoi* en griego) se describía al destacamento enviado con funciones de reconocimiento. En general, el cuerpo de *exploratores* estaba compuesto por un grupo de jinetes que precedían en varios kilómetros al ejército en marcha y que, gracias a las cabalgaduras, podían moverse con rapidez y regresar para transmitir la información obtenida. Esta no era una actividad que se ejercía solo en vanguardia, y por ello era habitual enviar pequeños escuadrones para que supervisaran también los flancos o la retaguardia.

Las características de los *speculatores,* en cambio, diferían. Dado que debían actuar bajo una falsa apariencia, por lógica el número total debía ser inferior al grupo de los *exploratores*. Su función, además, parece no haber variado demasiado a lo largo del tiempo, puesto que siguieron actuando como tales incluso en época imperial, donde se consignan varios *speculatores* en la epigrafía romana[19]. Es cierto que las funciones de unos y otros no parecen estar definidas en su totalidad y que podrían ejercer varias labores sin conformar un cuerpo de inteligencia en el sentido moderno del término. Por este motivo, los grupos de forrajeadores tan necesarios para el avance del ejército, los llamados *frumentarii,* fueron adquiriendo con el tiempo atribuciones similares, al compatibilizar la

recolecta de grano con la de información, y parece que a lo largo del Imperio asumieron paulatinamente las atribuciones de los *speculatores*[20].

La obra de César incluye numerosas referencias al uso de *exploratores* y *speculatores,* figuras también empleadas con frecuencia por los galos. Sin embargo, sorprende sobremanera la diferencia existente entre su uso en el *Bellum Gallicum* y en el resto de composiciones[21]. Los *exploratores* se mencionan a menudo en el *Bellum Gallicum,* pero apenas tienen presencia en el *Bellum Civile* y, cosa sorpresiva, no constan en el resto de las obras del corpus cesariano[22]. En cambio, a la inversa, los *speculatores,* que apenas se citan en el *Bellum Gallicum,* se mencionan con mayor frecuencia en el *Bellum Civile,* junto con algunas referencias en las obras menores[23]. Esta discrepancia podría deberse a la diferencia entre el contexto del *Bellum Gallicum* y el resto de las obras. La primera implica adentrarse en territorio desconocido, frente a un enemigo del que se ignora prácticamente todo. Mientras, las demás se circunscriben a un conflicto civil en el que el oponente es conocido y, en consecuencia, es más relevante la información puntual que se podría obtener a través de informadores enviados de incógnito al campamento enemigo[24].

Aunque los testimonios son numerosos, un texto relevante que conjuga ambas posibilidades es transmitido por César durante la campaña contra los belgas en el año 57 a.e.c. Según relata el *Bellum Gallicum,* tras fracasar y desistir en la toma de Bibracte, los belgas decidieron enfrentarse a César, que había acudido en auxilio de los remos, pero tras el intento inicial renunciaron y se dieron la vuelta, momento aprovechado por el general para contraatacar (Caes. *BGall.* II 11, 2-3):

> Conocida al punto esta situación a través de sus espías *(per speculatores cognita),* César, temiéndose una emboscada –pues todavía no sabía las razones de su abandono–, retuvo al ejército y la caballería dentro del campamento. Al amanecer, confirmado el hecho por los exploradores *(confirmata re ab exploratoribus),* envió por delante toda la caballería.

El pasaje es clarificador, dado que César emplea en primer lugar a los *speculatores* y, posteriormente, a fin de contrastar la veracidad de la información, envía a los *exploratores*. De esta forma, se demuestra la existencia de dos unidades con atribuciones distintas.

Junto con los términos más usuales empleados por César, los testimonios

literarios ofrecen un repertorio más rico. Dubuisson, por ejemplo, enumera el uso de *antecessor, antecursor, explorator, praecessor* o *curiosus*[25], aunque los dos últimos términos no tienen cabida en los textos cesarianos, al igual que tampoco lo tiene el de *procursatores,* propuesto por Crawford[26]. Los *antecursores,* en cambio, parecen conformar una especie de avanzadilla, más relacionada con funciones militares que con la búsqueda de información[27]. De forma análoga, en el único caso en el que se menciona la existencia de *antecessores,* César alude a una unidad de *antecessores equites* que trabaja en conjunción con los *speculatores* (Caes. *BAfr*. 12, 1).

Además de la información obtenida por las unidades propias del ejército, también había que contar con la que los soldados del bando opuesto pudieran proporcionar. Esta opción queda circunscrita, lógicamente, a las guerras civiles, cuando el tránsito de legionarios de un bando a otro facilitaba la transmisión de información. Estos soldados, ante todo en calidad de desertores, eran denominados *transfugae, emansores* o *perfugae*. A diferencia de otros conflictos, los desertores de la guerra civil no tienen la impresión de estar pasándose al enemigo, sino la de cambiar de comandante[28]. Este proceso, evidentemente, fue alentado tanto por César como por sus oponentes. Así, según Casio Dion, César llegó a difundir pequeños escritos o libelos con los que pretendía atraer a su causa a los hombres de Escipión. A los nativos les prometía la libertad y el respeto a sus posesiones, mientras que a los romanos que desertaran del campamento enemigo al suyo les concedería las mismas recompensas que había ofrecido a sus propios soldados. Casio Dion insiste en que César consiguió que muchos enemigos se pasaran a su bando. Pero, en cambio, cuando Escipión intentó idéntica táctica, no obtuvo el resultado deseado porque solo exhortó a los soldados de César a que pensaran en el bien de la República, sin prometer recompensa alguna a cambio de su deslealtad (Cass. Dio XLIII 5, 1-4).

Sin embargo, existe un caso excepcional merecedor de ser tenido en cuenta, a saber, las conversaciones que los soldados de ambos bandos mantuvieron en el escenario hispano de las guerras civiles. Según cuenta César, su campamento y el de los legados de Pompeyo se encontraban ubicados en las cercanías del Ebro, uno frente al otro. En un momento de relativa calma, los soldados se acercaron de forma espontánea a hablar entre

ellos. Tanto unos como otros eran soldados romanos que, por azar o por convicción, estaban alistados en bandos opuestos, pero que no dejaban de ser conciudadanos y, por qué no, incluso conocidos (Caes. *BCiv.* I 74):

> A su marcha [*scil.* la de Afranio y Petreyo], aprovechan los soldados la posibilidad de hablar libremente *(milites colloquiorum facultatem vulgo procedunt),* salen en masa y cada uno busca y llama al conocido o paisano que se encontraba en el campamento de César.

Si nos atenemos a la versión de César, él mismo impulsó la continuación de dichas conversaciones, mientras los legados de Pompeyo se apresuraron a ponerles fin y amenazaron con castigar a sus principales promotores. Lo cierto es que el episodio es una clara muestra propagandística, puesto que César siempre se muestra voluntarioso y receptivo, mientras que la imagen que recibimos de Afranio y Petreyo es la de dos militares deseosos de proseguir con la contienda. Sea como fuere, estas conversaciones informales proporcionaban todo tipo de detalles relativos al estado de ánimo de los soldados o las condiciones de los campamentos, pero, cuando se encontraban dos conocidos, la información también pasaría a la esfera personal o familiar.

FUENTES DE INFORMACIÓN NO ROMANAS

Los recursos propios del ejército romano, como se ha indicado, se articularon principalmente basándose en el uso de *exploratores* y *speculatores*. Sin embargo, sobre todo en la narración del *Bellum Gallicum,* César demuestra que hasta el más pequeño detalle era susceptible de ser tenido en cuenta y, en consecuencia, más allá de los recursos propios, no dudó en recurrir a cuantas vías fueran necesarias.

Los líderes locales acudían con cierta frecuencia a buscar el favor y a solicitar la protección de Roma, puesto que eran conocedores de la actitud que en circunstancias similares César o el Senado habían dispensado a otros líderes. Algunos de estos no dudaron en acercarse en persona al general romano, incluso con cuidado para no quedar en evidencia ante quienes optaban por oponerse a los intereses de Roma, respecto a los cuales su situación podría ser precaria y sus vidas verse puestas en peligro. Así, tras la revuelta inicial de los helvecios y al finalizar la asamblea de los principales pueblos de la Galia, varios de estos líderes decidieron acudir a César y

mostrar su buena predisposición para con Roma. A tal efecto, solicitaron una entrevista privada, en la que, además de mostrar su buena predisposición, le informaron de primera mano de la situación en la que se encontraba sumida en ese momento la Galia (Caes. *BGall.* I 31, 1-3):

> Una vez disuelta la asamblea, los mismos líderes de los pueblos que antes habían estado presentes volvieron a César y le pidieron que les permitiera tratar con él, en un lugar reservado y sin testigos […] «que la Galia entera estaba dividida en dos bandos, uno liderado por los heduos y otro por los arvernos».

Aquellos pueblos que habitaban cerca del territorio romano o que habían establecido algún tipo de contacto con estos podían estar familiarizados hasta cierto punto con el latín o, incluso, con el griego, aunque no era una cuestión que se pudiera extender a todos los pueblos de la Galia[29]. En este tipo de contextos, el propio César relata el uso de intérpretes, de modo que conseguía no indisponerse con los galos y, al mismo tiempo, era capaz de obtener hasta el más mínimo detalle. Para ello se podía hacer uso de habitantes locales o, como en el caso de la entrevista que mantuvo con Ariovisto, gracias a la mediación de un helvio cuyo padre había sido agraciado con la ciudadanía romana y que, en consecuencia, conocía el idioma de los galos (Caes. *BGall.* I 47, 4-6):

> Al día siguiente, Ariovisto envió comisionados a César […] Le pareció [a César] lo más adecuado mandarle a Gayo Valerio Procilo, hijo de Gayo Valerio Caburo –un joven especialmente valiente y culto, cuyo padre había recibido la ciudadanía de Gayo Valerio Flaco–, dada su lealtad y su conocimiento de la lengua gala.

El valor de los intérpretes era realmente alto, dado que sus funciones no se limitarían a las entrevistas entre César y los líderes galos. Debía existir una atmósfera de confianza entre el intérprete y quien hacía uso de sus recursos[30]. El propio César, por ejemplo, no había dudado en tildar de amigo personal al citado Gayo Valerio Procilo, a quien con anterioridad ya había recurrido para poder comunicarse sin lugar a error con Diviciaco (Caes. *BGall*. I 19, 3). Pero su uso debía ampliarse a otros escenarios, como, por ejemplo, a los interrogatorios a los que podían ser sometidos los prisioneros de guerra o los desertores galos, o incluso para conversar con los rehenes que César exigía como garantía de fidelidad[31].

Una de las consecuencias inmediatas del conflicto era la captura de grandes contingentes de prisioneros de guerra. A ellos se añadían, con

asiduidad, la recepción de desertores o tránsfugas. Estos últimos eran soldados que habían optado por abandonar las armas o preferido pasarse al bando romano y, debido a la inmediatez en el cambio de bando, eran fuentes de información a tener en cuenta porque podían estar al tanto de las últimas decisiones adoptadas por sus comandantes. La principal diferencia entre ambos grupos reside en la forma en la que se obtendría la información, puesto que lo más probable es que los prisioneros sufrieran un interrogatorio bastante más severo para poder tener la certeza de que la información que proporcionaban era útil. Su validez como fuentes de información, no obstante, viene confirmada con frecuencia por César (Caes. *BGall.* V 18, 4):

> Informado de esto por los prisioneros y desertores *(captivis perfugisque),* César envió por delante a la caballería y ordenó que inmediatamente después marcharan las legiones.

Sin embargo, era una información que no dejaba de tener su origen en un potencial enemigo y, por lo tanto, al igual que ocurriera con los espías, también en este caso César actuaba de forma precavida enviando a la caballería como avanzadilla.

En el caso de los rehenes, el escenario que se planteaba era diferente. Primero, porque se trataba de agentes diplomáticos cuyo valor residía en su ascendiente en sus lugares de origen y, por ello, era primordial que no fueran maltratados. Aun así, podían ser una fuente de información directa con miras a conocer los mecanismos internos de sus respectivas comunidades. Consciente de este hecho, César demuestra que es conocedor del valor de los rehenes y de los pueblos a los que se va enfrentando conforme se suceden las campañas en las Galias. Un episodio que sobresale por sus implicaciones se produjo en los prolegómenos de la segunda expedición a Britania, en el año 54 a.e.c. Tras el primer intento, César volvió a planificar el cruce del canal, pero, al desconfiar de los galos y temiendo una posible revuelta, quiso asegurar su partida solicitando rehenes a los tréveros. El texto es elocuente (Caes. *BGall*. V 4, 1-2):

> César, aunque era consciente de por qué decía esto y de las razones que le hacían desistir de emplear el verano en territorio de los tréveros cuando ya estaban hechos todos los preparativos para la campana de Britania, ordenó a Induciomaro que viniera a su presencia con doscientos rehenes. Traídos estos –incluidos su hijo y todos sus

> allegados, a los que había reclamado por sus nombres *(quos nominatim evocaverat)*–, tranquilizó a Induciomaro y lo exhortó a perseverar en el deber.

Es decir, él mismo hizo llamar a los doscientos rehenes por sus propios nombres *(nominatim)*[32], en cuyo caso, o César conocía por sí mismo a quienes reclamaba o, lo más probable, los servicios de inteligencia le habían proporcionado los nombres de aquellos que podrían ser de mayor valor.

En el mismo escenario relacionado con la expedición a Britania, César recurre al uso de mercaderes para obtener información pertinente a lo que se podrían encontrar las legiones una vez atravesado el canal de la Mancha. De esta forma, de mano de comerciantes que recorrían la Galia vendiendo sus mercancías, César trataba de adquirir información que antes ningún romano habría conseguido[33], dado que representaban una oportunidad única para conocer los detalles de las regiones más apartadas. Por este motivo, cuando en el año 55 a.e.c. César preparó por primera vez el cruce del canal, dado el desconocimiento del territorio insular decidió consultar a unos comerciantes, por ser estos los únicos que se atrevían a cruzar el mar (Caes. *BGall.* IV 20, 3-4):

> En efecto, ni persona alguna se arriesga a ir allí, fuera de los mercaderes, ni estos mismos tienen más conocimientos que los relativos a la costa y las regiones situadas frente a la Galia. De hecho, tras haber convocado a su presencia a mercaderes de todas partes, no había podido averiguar cuál era el tamaño de la isla, ni cuáles o cuántos pueblos la habitaban, cómo hacían la guerra, cuáles eran sus costumbres o qué puertos había aptos para un contingente numeroso de navíos.

LA TRANSMISIÓN DE LA INFORMACIÓN: *HIS LITTERIS COGNITIS*

En el séptimo libro del *Bellum Gallicum,* César narra la campaña del año 52 a.e.c. Es el libro más largo de todos los que componen el relato de la conquista de las Galias, verosímilmente debido a la importancia que tuvo la rebelión encabezada por Vercingétorix. Tal vez por este motivo, César le dedicó más tiempo y esfuerzo que a los precedentes, con miras a dejar constancia de la gran victoria obtenida a pesar de los enormes momentos de dificultad a los que tuvo que hacer frente. Así, se mostraba como un general que había sabido afrontar los momentos más delicados y volver las tornas a su favor hasta conseguir la rendición del caudillo arverno y, se podría decir, la sumisión de toda la Galia.

El final del libro es significativo. Tras enviar a las legiones a los cuarteles de invierno, César optó por acampar en Bibracte. A fin de que en Roma se tuviera conocimiento de la victoria, envió unos informes o despachos, se debe suponer que al Senado, que fueron recibidos con esperable satisfacción, hasta el punto de decretarse una *suplicatio* (Caes. *BGall.* VII 90, 8):

> Al tener noticia *(his litteris cognitis)* de las acciones de este año, se concede en Roma una suplicación de veinte días.

En consecuencia, César procuró informar lo más rápido posible acerca del resultado de sus acciones y de la victoria sobre Vercingétorix. Por supuesto, el desarrollo de las campañas debía darse a conocer al Senado y, por tanto, es probable que se efectuaran envíos regulares de informes o cartas. Gracias a estos despachos se notificaban por una vía más directa el estado de las legiones, las bajas sufridas, las victorias obtenidas o las dificultades afrontadas. Sin embargo, en la narración del *Bellum Gallicum* se menciona el envío de este tipo de despachos oficiales únicamente en otras dos ocasiones. La primera, tras el sometimiento de la práctica totalidad de los belgas, en el transcurso del segundo año en la Galia, en el 57 a.e.c. (Caes. *BGall.* II 35, 4). La segunda, tras concluir la campaña del año 55 a.e.c., en la que, además de varias actuaciones en la Galia, César realizó incursiones al otro lado del Rin y, por primera vez, cruzó el estrecho para tomar tierra en Britania (Caes. *BGall.* IV 38, 5).

Como es lógico, es de suponer que los informes narrasen con todo lujo de detalles la buena actuación de los soldados y, por extensión, la del propio general. Pero al mismo tiempo se debe tener en cuenta que eran la principal fuente de información de la que se disponía en Roma con relación a unos sucesos que se desarrollaban a miles de kilómetros de distancia. Las expresiones utilizadas por César para relatar el envío de los informes son *his litteris cognitis* en el primer pasaje y *ex litteris* en los dos siguientes, por lo que se puede deducir que se trató de misivas, enviadas con algún correo que recorriera el trayecto hasta Roma con cierta celeridad. Es decir, del mismo modo que César había tenido que procurar obtener la mejor información posible en el transcurso de sus campañas, también en Roma debían recibir noticias, esta vez de su propia mano, acerca de cómo se habían desarrollado los sucesos en la Galia.

Al mismo tiempo, esta situación deja en evidencia la necesidad de recibir y transmitir información, un proceso que se realizaba a diferentes niveles y con distinto grado de precaución. No en vano, los mensajeros –y, por ende, sus misivas– corrían el riesgo de ser interceptados, por lo que no habría que desdeñar la adopción de medidas destinadas a proteger no tanto al mensajero sino el mensaje del que era portador. Es cierto, no obstante, que los emisarios que partían en dirección a Roma se estaban alejando de una zona de peligro para acercarse gradualmente a territorio romano. Pero, de hecho, el uso de misivas o despachos no se limitaba al envío de correos hacia Roma, sino que en el transcurso de las campañas de la Galia, así como en la posterior guerra civil, tanto los emisarios *(nuntii)* como las cartas *(litterae)* son citados con cierta frecuencia por César[34].

La situación que mejor demuestra la necesidad de proteger el mensaje se plasma gracias al subterfugio ideado por César para hacer llegar a Quinto Cicerón la noticia de que acudía en su ayuda. En el transcurso de la campaña del año 54 a.e.c., Cicerón y sus hombres se encontraron sitiados por los nervios, y la falta de noticias alentadoras había mellado la moral del ejército. César, que planeaba llegar a marchas forzadas, envió por delante a un emisario con una carta escrita en griego para evitar que, en caso de ser interceptada, los nervios pudieran estar sobre aviso (Caes. *BGall*. V 48, 1-5):

> [César] llega a marchas forzadas hasta el territorio de los nervios. Allí se entera por los prisioneros *(ex captivis cognoscit)* de lo que está sucediendo donde Cicerón, y de lo peligrosa que es la situación. Persuade entonces a uno de los jinetes galos, a cambio de una suculenta recompensa, para que lleve una carta a Cicerón. La envía redactada en griego *(Graecis conscriptam litteris mittit)* para que, en el caso de que sea interceptada la misiva, nuestros planes no puedan ser conocidos por los enemigos. Por si no lograse llegar, le aconseja que lance una trágula dentro de las defensas del campamento, con la carta atada a una correa. En ella comunica que se ha puesto en camino con las legiones y se acerca a toda velocidad, y los amonesta a que conserven su antiguo valor. El galo, por miedo al peligro, lanza la trágula según se le ha ordenado. Por azar queda clavada en una torre y pasa inadvertida para los nuestros durante dos días; el tercero es vista por un soldado: la desclavan y entregan a Cicerón. Este, tras leerla atentamente, la da a conocer ante la asamblea de los soldados y provoca el júbilo general. En este mismo momento se veía a lo lejos la humareda de los incendios, lo que disipó toda duda sobre la llegada de los nuestros.

La difícil situación en la que se encontraban los soldados al mando de

Cicerón solo pudo aliviarse con la llegada de César. Pero, gracias a la información recibida, los soldados sitiados estaban al tanto del socorro, por lo que pudieron resistir hasta que llegaron las legiones de César. El texto es de gran relevancia porque manifiesta las dos vertientes relacionadas con la información. Por una parte, César no tenía conocimiento del estado en el que se encontraban las tropas cercadas y fue gracias a la información obtenida de unos prisioneros *(ex captivis cognoscit)* como pudo hacerse una imagen de la situación y, en consecuencia, idear la vía por la que informar de su llegada sin levantar sospechas entre los nervios.

A esta medida de precaución se debería añadir el empleo de la criptografía, según trasmite Suetonio en la biografía de César. Al parecer, este ideó un tipo de cifrado propio con el que evitar que mensajes importantes o comprometedores pudieran caer en manos indeseadas (Suet. *Caes*. LVI 6):

> Si quería transmitir algún mensaje más confidencial, lo escribía cifrado, es decir, colocando de tal manera el orden de las letras que no podía obtenerse ninguna palabra: si alguien quiere descifrar estas palabras y obtener su sentido, debe cambiar la cuarta letra del alfabeto, es decir, la D por la A, y así sucesivamente.

Resulta evidente que los informes enviados al Senado no correrían ese riesgo y, tal vez, Suetonio se refiriera a cuestiones de índole privada o a la trasmisión de órdenes a sus lugartenientes, pero, en el fondo, tanto unas como otras son claro testimonio de que la protección de la información era un elemento vital.

CONCLUSIONES: INFORMACIÓN Y DESINFORMACIÓN

El *Bellum Gallicum,* así como –en menor medida– el *Bellum Civile* y el resto del corpus cesariano, sirven como ejemplo para demostrar que la necesidad de recabar información para un ejército en campaña era primordial, casi imperativa. No se trataba solo de tener que reconocer un nuevo terreno, sino de estar al tanto de los movimientos del enemigo, de transmitir órdenes a las tropas y a los aliados, y, en definitiva, de notificar a Roma mediante el envío de los preceptivos informes cuál era el resultado de las operaciones. Era imprescindible contar con la certeza de que la información que se recibía era correcta, porque el éxito de la campaña podría depender de ello[35].

Por esta misma razón, tan importante como conocer los movimientos del enemigo o los accidentes geográficos era tratar de obstaculizar el avance del adversario. Así, la desinformación era un factor al que se podía recurrir, a fin de engañar al enemigo y desviar su atención cuando las legiones avanzaban conforme a otras órdenes internas. No son muchos los ejemplos que representan este tipo de actuación, aunque el que acaeció durante la campaña del año 56 a.e.c. es el más ilustrativo. Según César, su legado Quinto Titurio Sabino se valió de una estratagema basada en la desinformación para poder levantar el cerco al que se vio sometido por la coalición dirigida por el unelo Virídovix. A tenor del relato cesariano, mientras los galos incitaban cada día al ejército romano para que presentara batalla, Sabino optó por mantener las legiones a resguardo, dando la falsa impresión de que temía a las fuerzas de Virídovix. Al final, tras varios intentos fallidos, convenció a base de promesas a un galo perteneciente a las tropas auxiliares para que, fingiendo ser un desertor del campamento romano, relatara el supuesto miedo que tenían Sabino y sus hombres y la imposibilidad de obtener socorro por parte de César, por tener el general sus propios problemas con los vénetos (Caes. *BGall.* III 18, 1-6):

> Una vez afianzada esa creencia acerca de su miedo, escoge a cierto galo, sujeto capaz y taimado, de entre los que tenía consigo en calidad de auxiliares. A cambio de generosas recompensas y promesas, lo convence para que se pase a los enemigos y le explica lo que quiere que haga. Aquel, presentándoseles como desertor *(per perfuga),* les habla del miedo de los romanos, les informa de los agobios que está pasando el propio César por culpa de los vénetos y también de que no más allá de la próxima noche Sabino va a sacar en secreto sus tropas del campamento y marchar junto a César para prestarles auxilio. Al oír esto, todos a una dicen a gritos que no hay que dejar pasar esta ocasión de llevar a buen puerto su empresa, que hay que atacar el campamento. Muchas razones empujaban a los galos a esta decisión: la vacilación de Sabino los días precedentes, la confirmación del tránsfuga…

La treta dio sus frutos, puesto que los galos vieron una oportunidad única para tomar el campamento de Sabino, confiados en la información transmitida por el supuesto tránsfuga. Los romanos, en cambio, aprovechando la combinación del elemento sorpresa, la excelente ubicación del campamento y el cansancio del enemigo al atacar una posición elevada, desbarataron el ataque. En definitiva, informar y desinformar son dos caras de la misma moneda y con las que se pretendía obtener un mismo fin, una

ventaja que pudiera favorecer los intereses de César en detrimento de sus oponentes, fueran galos o soldados romanos del bando pompeyano.

Es evidente que el relato cesariano cuenta con una vertiente literaria, puesto que el narrador, el propio general, ofrece detalles e información de sucesos en los que era imposible que estuviera presente en persona, por lo que la composición de la narración tuvo que efectuarse *a posteriori* y basándose en informes, relatos o documentos recopilados por sus lugartenientes y legados, o por fuentes secundarias. La elaboración posterior de los *Commentarii,* que sin lugar a dudas debió implicar un largo proceso de reescritura[36], y del resto de las composiciones del corpus cesariano no resta valor a unos textos que siguen siendo fundamentales para el análisis de un periodo vital de la historia de Roma. No obstante, se ha señalado –no sin razón– que las precisas descripciones de las actividades militares de César se deben, con cierta frecuencia, a las convenciones literarias de la narrativa bélica[37], a la par que podrían estar enfocadas pensando en el engrandecimiento de su figura y en el público al que podrían estar dirigidas, a una sociedad romana que estimaba por encima de todo el éxito y la habilidad militar de sus generales[38]. De este modo, las técnicas de composición de los *Commentarii* distorsionan hasta cierto punto la realidad histórica para suscitar una mayor atención del lector, más interesado en los logros del ejército romano y en la consecución de la victoria que en el largo periodo de conflicto que abarca el corpus cesariano, desde el año 58 a.e.c. hasta el año 45 a.e.c.

La incorporación de elementos cuya función principal fuera la obtención de información, gracias al empleo regular de los *exploratores* y *speculatores,* no sería más que una evolución lógica en el seno de un ejército que paulatinamente fue ampliando los dominios de Roma a territorios que, en muchos casos, no se conocían o de los que se tenían pocas noticias. En este sentido, las obras de César, sobre todo el *Bellum Gallicum,* son una fuente casi inagotable de recursos, tácticas y procesos con los que el general romano demostró una gran capacidad de maniobra y de adecuación a las necesidades que se le presentaron. César evidenció, con varios siglos de antelación, que el aforismo atribuido a Francis Bacon, según el cual *el conocimiento es poder,* era una de las bases sobre las que se asentó la conquista de las Galias y, a la postre, su victoria en las guerras civiles.

BIBLIOGRAFÍA

Adcock, Frank Ezra (1956), *Caesar as a Man of Letters,* Cambridge, Cambridge University Press.

Álvarez Pérez-Sostoa, Denis (2016), «Conoce a tus enemigos. Julio César y los tréveros en vísperas de la expedición britana», *Ktema* 41, 263-274.

Austin, Norman J. E. y Rankov, N. Boris (1995), *Exploratio. Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople,* Londres/Nueva York, Routledge.

Bertrand, A. C. (1997), «Stumbling through Gaul – Maps, Intelligence and Caesar's Bellum Gallicum», *Ancient History Bulletin* 11, 107-122.

Brizzi, Giovanni (1982), *I sistemi informativi dei Romani. Principi e realtà nell'età delle conquiste oltremare (218-168 a.C.)*, Wiesbaden, Franz Steiner.

Buono-Core, Raúl (2002), «Relaciones, información, espionaje y servicios de inteligencia en Roma», *Semana de Estudios Romanos* 11, 65-83.

Busch, Stephan (2005), «Who are we? Towards propagandistic mechanism and purpose of Caesar's Bellum Gallicum», en Karl A. E. Enenkel e Ilja Leonard Pfeijffer (eds.), *The Manipulative Mode. Political Propaganda in Antiquity. A Collection of Case Studies,* Leiden/Boston, Brill, 143-166.

Cadiou, François (2006), «Renseignement, espionnage et circulation des armées romaines: vers une géographie militaire de la Péninsule Ibérique à l'époque de la conquête», en Gonzalo Cruz Andreotti, Patrick Le Roux y Pierre Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica,* Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación, vol. I, 135-152.

Caerols, José Joaquín (intr., trad. y notas) (2008), *César. Comentarios a la Guerra de las Galias,* Madrid, Alianza Editorial, 4.ª ed. [2002].

Calonge, Julio y Quetglas, Pere J. (intr., trad. y notas) (2005), *Julio César. Guerra Civil y Corpus Cesariano,* Madrid, Gredos.

Cluett, Ronald (2009), «The Continuators: Soldiering On», en Miriam Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar,* Hoboken, Wiley Blackwell, 192-205.

Crawford, Jane W. (2012), «Spies and Spying in Caesar's "Bellum Gallicum"», *The Classical Outlook* 89/3, 71-74.

Dubuisson, Michel (1996), «Renseignement, espionnage et services secrets dans l'armée romain», *Ktema* 21, 305-312.

Dvornik, Francis (1974), *Origins of Intelligence Services*, New Brunswick/Nueva York, Rutgers University Press.
Ezov, Amiram (1996), «The "Missing Dimension" of C. Julius Caesar», *Historia* 45/1, 64-94.
García Ramón, José y García Blanco, José Luis (intr., trad. y notas) (1991), *Estrabón. Geografía I-II,* Madrid, Gredos.
Gichon, Mordechai (1989), «Military Intelligence in the Roman Army», en Heinz E. Herzig y Regula Frei-Stolba (eds.), *Labor omnibus unus. Gerold Walser zum 70. Geburtstag dargebracht von Freunden, Kollegen und Schülern,* Stuttgart, Franz Steiner, 154-170.
Gueye, Mariama (2013), «Délits et peines militaires à Rome sous la République: desertio et transfugium pendant les guerres civiles», *Gerión* 31, 221-238.
Kraus, Christina S. (2009), «Bellum Gallicum», en Miriam Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar,* Hoboken, Wiley Blackwell, 159-174.
Krebs, Christopher B. (2006), «"Imaginary Geography" in Caesar's "Bellum Gallicum"», *The American Journal of Philology* 127/1, 111-136.
Liberati, Anna Maria y Silverio, Enrico (2010), *Informazioni e sicurezza dagli initia Urbis all' impero universale,* Roma, L'Erma.
Palao Vicente, Juan José (2016), «La organización de la inteligencia militar y de los servicios secretos en el ejército romano», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro y Magdalena de Pazzis Pi Corrales (eds.), *La organización de los ejércitos,* Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 123-157.
Peretz, Daniel (2006), «The Roman Interpreter and His Diplomatic and Military Roles», *Historia* 55/4, 451-470.
Raaflaub, Kurt A. (2009), «Bellum Civile», en Miriam Griffin (ed.), *A Companion to Julius Caesar,* Hoboken, Wiley Blackwell, 175-191.
Radin, Max (1918), «The Date of Composition of Caesar's Gallic War», *Classical Philology* 13/3, 283-300.
Ramage, Edwin S. (2003), «Aspects of Propaganda in the *De Bello Gallico:* Caesar's Virtues and Attributes», *Athenaeum* 91/2, 331-372.
Rambaud, Michel (1966), *L'art de la déformation historique dans les commentaires de César,* París, Les Belles Lettres, 2.ª ed [1952].
Ramírez de Verger, Antonio y Agudo Cubas, Rosa María (intr., trad. y notas) (1992), *Suetonio. Vidas de los doce césares I,* Madrid, Gredos.

Rochette, Bruno (1996), «*Fidi interpretes*. La traduction orale à Rome», *Ancient Society* 27, 75-89.
Sheldon, Rose Mary (2005), *Intelligence Activities in Ancient Rome. Trust in the Gods, but Verify,* Londres/Nueva York, Routledge.
Stevens, Courtenay Edward (1952), «The "Bellum Gallicum" as a Work of Propaganda», *Latomus* 11, 3-18 y 165-179.

---

[1] Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación PID2019-108811GB-IOO «Amigas y aliadas de Roma II» y del Grupo de Investigación GIU21/009 «Relaciones políticas y categorías sociales en Grecia y Roma».

[2] No es una cuestión ajena a la historiografia contemporánea, en la que destacan los trabajos de Austin y Rankov 1995, así como Sheldon 2005. Véanse asimismo Dvornik 1974, 48-120; Brizzi 1982; Liberati y Silverio 2010.

[3] Austin y Rankov 2005, 87.

[4] Buono-Core 2002, 65.

[5] En general, para un análisis sobre la autoría de las obras siguen siendo de referencia Adcock 1956, 3-5 y 101-108, y Rambaud 1966, 7-12 y 77-89. Más recientes son los correspondientes capítulos del *Companion* editado por Griffin en 2009: el de Kraus para el *Bellum Gallicum,* el de Raaflaub para el *Bellum Civile* y, finalmente, el de Cluett relativo al resto del corpus. No obstante, dado el hilo temático de las obras y el probable uso de material cesariano en la redacción de las no atribuidas al propio César, se ha optado por citarlas juntas.

[6] V. gr. Stevens 1952 tilda el *Bellum Gallicum* como una obra de propaganda, algo que ratifica Rambaud 1966, 19, para quien se trata de unas memorias con ribetes históricos al servicio de la autopromoción. Ezov 1996, 85, a su vez, define el *Bellum Civile* como un instrumento con el que justificar los actos de su autor.

[7] Crawford 2012, 71.

[8] Dvornik 1974, 81.

[9] Busch 2005, 158.

[10] Los testimonios son abundantes en el corpus cesariano. Sirvan, a modo de ejemplo, Caes. *BGall.* I 19, 1: *quibus rebus cognitis;* I 33, 1: *his rebus cognitis;* II 11, 2: *hac re cognita;* V 7, 1: *qua re cognita*.

[11] Dado que el texto de César presenta una unidad compositiva, los patrones relacionados con los servicios de información encuentran un espejo entre los enemigos de Roma. Al respecto, Dvornik 1974, 84.

[12] Estrabón apuntaba que la propia geografía estaba destinada a servir a las acciones de gobierno, de modo que «como mejor podrían manejar cada país es sabiendo de qué extensión es el territorio, y a qué distancia se encuentra de otros lugares, y qué características diferenciales tiene tanto en su clima como en sí mismo» (Str. 1, 16).

[13] Cadiou 2006, 148.

[14] Dubuisson 1996, 305 exagera al señalar que César no habría podido llevar a cabo sus campañas sin contar con un servicio de inteligencia organizado de forma impecable y con un conocimiento preciso del terreno.

[15] Esta propuesta, con ciertos matices, ya ha sido planteada por Austin y Rankov 1995, 40-86; Ezov 1996; Sheldon, 2005, 29-31.

[16] En general, para los conceptos de *exploratores* y *speculatores,* Austin y Rankov 1995, 42-54 y 54-60; Ezov 1996, 80 y 83; Sheldon 2005, 165-170.

[17] *Speculatores:* Liv. III 40, 13; *exploratores:* Liv. V 39, 3.

[18] Ezov 1996, 92.

[19] Entre otros, por ejemplo, *CIL* XI, 05388.

[20] Buono-Core 2002, 66-67 indica que el uso de los *frumentarii* en los servicios de inteligencia se produjo a partir de la época de Domiciano. Cfr. Gichon 1989, 167-169; Sheldon 2005, 250-260.

[21] Palao 2016, 138-139 ya indicó esta discrepancia, pero sin hallar respuesta satisfactoria.

[22] Los casos superan la veintena. Por ejemplo, *BGall*. I 12, 2; *BCiv*. I 62, 1.

[23] Sin ser tan abundantes, la frecuencia también es amplia. Entre otros, *BGall*. I 47, 6; *BCiv*. III 66, 1; *BAfr*. 12, 1; *BHisp*. 13, 3.

[24] Gichon 1989, 156 defiende que la diferencia se debe al uso en el *Bellum Civile* de jóvenes oficiales con experiencia militar en lugar de los *exploratores* del *Bellum Gallicum*.

[25] Dubuisson 1996, 306.

[26] Crawford 2012, 72. Es un término presente, por ejemplo, en Liv. XLII 64, 6. Sin embargo, es más frecuente en la obra de Amiano Marcelino, como demuestran Austin y Rankov 1995, 40-42.

[27] Únicamente contamos con tres testimonios, en Caes. *BGall*. V 47, 1; *BCiv* I 16, 3; III 36, 1.

[28] Gueye 2013, 228.

[29] Caes. *BGall*. I 29, 1 recuerda que en el campamento de los helvecios encontraron cartas escritas en griego.

[30] Rochette 1996, 83.

[31] Peretz 2006, 457.

[32] Álvarez Pérez-Sostoa 2016, 269-270.

[33] Bertrand 1997, 116.

[34] Entre otros, Caes. *BCiv.* I 53, 2; II 37, 2; III 108, 3.

[35] Esta necesidad viene reflejada con asiduidad en los relatos cesarianos, en general mediante la expresión *certior factus est*. Entre otros, por ejemplo, Caes. *BGall*. III 2, 1.

[36] Cadiou 2006, 142.

[37] Kraus 2009, 171.

[38] Adcock 1956, 22.

XII
LA SEGURIDAD INTERNA EN ROMA A INICIOS DEL PRINCIPADO, O DE CÓMO MATAR A UN EMPERADOR[1]

Rose Mary Sheldon

La mayor laguna en los estudios de inteligencia en Roma hasta hace poco ha sido el estudio de la seguridad interna[2]. Aunque hay trabajos sobre la vigilancia de la ciudad de Roma, sobre las actividades de traición de individuos y grupos, así como sobre el asesinato de emperadores[3], queda por explicar por qué Roma tuvo la tasa más alta de asesinatos de cualquier monarquía en cualquier lugar y en cualquier época. Tres de cada cuatro emperadores romanos fueron asesinados a pesar de que tenían miles de guardias pretorianos para protegerlos y otros guardaespaldas auxiliares. La pregunta a la que el presente capítulo intenta responder es: ¿fueron los emperadores romanos tan fáciles de matar? Y, si es así, ¿por qué?

LAS FUENTES: LA DIFICULTAD DE DOCUMENTAR LAS CONSPIRACIONES

Las conspiraciones no son fáciles de detectar, ni siquiera en el mejor de los casos. Nacen en secreto y a veces son suprimidas secretamente[4]. Debido a que involucran eventos clandestinos, muchos actos permanecerán siempre en las sombras, lo que hace necesario formular más conjeturas de lo habitual. Una de las razones por las que se tienen tan pocas noticias acerca de estos acontecimientos es que las fuentes están sesgadas con frecuencia a favor del orden senatorial. Escritores como Casio Dion, Tácito y Suetonio tendían a encubrir o al menos a justificar las conspiraciones provenientes del propio estamento al que pertenecían. Esto significaba omitir detalles que podrían identificar a algunos de sus colegas como culpables[5].

También está el problema del *sesgo*. Cada escritor tenía una posición ideológica, y esa ideología afectaba la forma en que la persona entendía la historia. La narración podría haber sido escrita por alguien que pensara que

los conspiradores estaban defendiendo la libertad y tenían una causa justa para derrocar a un emperador injusto, cruel o incluso demente. Nos ofrecen pocos detalles del curso de los acontecimientos y dejan muchas dudas sobre si hubo una conspiración real o si los condenados simplemente fueron denunciados por fiscales sin escrúpulos que iban tras sus propiedades. No se nos cuentan sus motivos ni sus métodos. Lo que no pueden ocultar, sin embargo, es que las graves amenazas contra el emperador no vinieron del «pueblo». No hay agitadores ni revolucionarios en esta historia. La amenaza vino directamente de quienes querían ser emperadores en su lugar[6].

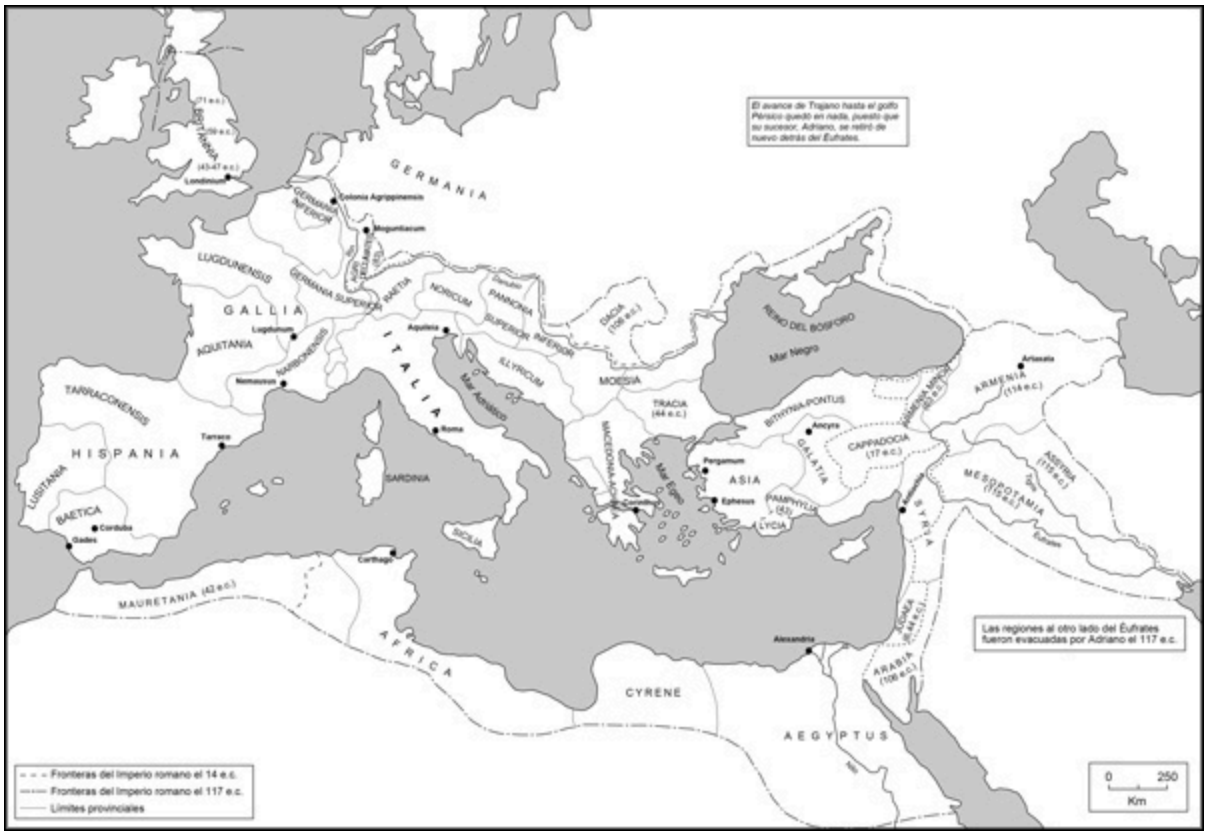
Incluso cuando un historiador como Tácito trató de sacar a la luz los acontecimientos secretos de la historia romana, no tenía todas las pruebas a su disposición. El secreto de lo que se estaba planeando generalmente se revelaba solo después de un asesinato, y eso con suerte. El éxito de un ataque, mientras estaba ocurriendo, dependía de evitar que la información se filtrara. Los historiadores antiguos ni siquiera tenían acceso a la poca información disponible entonces. A esto se suma el problema de que sus escritos no fueron sometidos al tipo de escrutinio que se espera de los historiadores modernos. Podían tomar prestadas historias sacadas de contexto o inventar historias para lograr un efecto. Los historiadores romanos describieron eventos que no presenciaron, o utilizaron una conspiración como explicación, en ausencia de información real. Trataban con habladurías y con lo que se decía en ese momento. Sabían que a sus lectores les gustaban las teorías de la conspiración. Pero ¿qué hacer al enfrentarse a la ficción y al engaño[7]?

Sin embargo, era importante que los historiadores escribieran sobre tales acontecimientos. Las conspiraciones generaban miedo –al caos inminente y a que el Estado no tuviera el control–. Al volver a contar las historias de cómo eran detectadas, suprimidas y castigadas, a los lectores romanos se les aseguraba que el orden podía ser restaurado. No importaba cuán loables pudieran parecer los tiranicidios, los asesinos tenían que ser castigados porque, si bien sus motivos podrían haber sido puros, aun así eran asesinos. Ningún emperador quería admitir que se hallaba en un riesgo constante de amenaza a su vida, sino que pretendía ofrecer la imagen de que todo el mundo lo amaba y de que el Estado era estable y seguro.

DETECTAR UNA CONSPIRACIÓN: EL SISTEMA AUGUSTEO

A partir de Augusto, los emperadores tenían una amplia gama de instituciones a las que recurrir: hombres que podían ser utilizados para detectar y eliminar potenciales amenazas. No había una institución central como el FBI o la CIA para hacer esto, pero se podía recurrir a múltiples grupos para investigar una posible amenaza. Cada elemento del nuevo personal de seguridad de Augusto ha sido estudiado extensamente. La pieza central de su sistema era seguramente la guardia pretoriana[8], cuyos miembros se convirtieron en el símbolo más obvio de la fuerza militar que sostenía el poder imperial. Dado que Augusto estaba tratando de introducir un nuevo sistema dinástico, también tuvo que asegurar la sucesión manteniendo a salvo a sus herederos. Destacamentos separados de guardias fueron asignados a los príncipes de la dinastía imperial.

Los pretorianos *(cohortes praetoriae)* se encargaban de la seguridad alrededor del palacio, y el propio emperador daba la consigna a la cohorte de turno. El hecho es que sabemos muy poco sobre el funcionamiento interno de los deberes de los pretorianos. Custodiaban al emperador en la ciudad de Roma, suplementados por otras tres cohortes urbanas[9]. La guardia pretoriana acompañaba al emperador en todos sus viajes y campañas militares (Tac. *Ann.* I 13, 6; XII 69, 1).



El Imperio romano entre Tiberio (14-37 e.c.) y Trajano (98-117 e.c.).
Tomado de Michael Grant (2009), *Atlas Akal de Historia clásica (del 1700 a.C. al 565 d.C.),* Madrid, Akal, lám. 70.

Solo las personas familiarizadas con el procedimiento de la corte tenían alguna posibilidad de organizar un ataque personal. La guardia mantenía el perímetro de seguridad alrededor del palacio, escoltaba de cerca al emperador dentro de su residencia, especialmente en situaciones formales, y sus habitaciones privadas habrían estado vigiladas[10]. Debido a esta proximidad al emperador, la guardia y sus prefectos ocupaban una posición clave en el gobierno imperial. Ambos podían mantener a salvo al emperador o involucrarse en complots para derrocarlo.

Sin embargo, la guardia pretoriana no constituía el escuadrón de protección personal del emperador. Para eso tenía a sus *Germani*[11]. Para su protección personal, Augusto contrató a una fuerza de guardaespaldas germanos, los famosos *Germani corporis custodes*[12]. Durante el periodo julio-claudio, este cuerpo militar y los pretorianos se complementaron en la tarea de garantizar la seguridad del emperador. Tal vez Augusto se sentía

más seguro al estar protegido por dos cuerpos rivales en lugar de por uno solo[13]. Los *germanos* siguieron siendo un elemento inestimable de seguridad interna para Augusto hasta el desastre de Varo *(clades Variana)* en el año 9 e.c., cuando la tribu querusca al mando de Arminio prácticamente aniquiló a tres legiones romanas en Kalkriese. Según Suetonio, Augusto disolvió su escolta germana debido al peligro que representaba su cercanía al emperador en caso de que alguno de ellos vacilara en su lealtad a Roma, como lo habían hecho los queruscos (Suet. *Aug*. 49). Esta unidad fue reconstituida posteriormente y desmovilizada de forma definitiva por Galba.

Otra organización fundada por Augusto para mejorar la seguridad de la ciudad de Roma fue la de los *vigiles,* una brigada permanente de bomberos que prestaba un servicio necesario a una ciudad que estaba constantemente amenazada por los incendios en los barrios marginales urbanos[14]. Su mando fue confiado a un prefecto ecuestre, el llamado *praefectus vigilum*, pero sabemos muy poco sobre su funcionamiento interno (Gai. *Inst.* I 32b). Aunque los *vigiles* probablemente estaban muy ocupados con sus deberes como brigada de bomberos para desempeñar alguna otra tarea, y su encargo original no tenía nada que ver con la protección del emperador, podrían ser utilizados por el *princeps* como una fuerza de seguridad interna. El mejor ejemplo de esto se produjo en el año 31 e.c. durante el gobierno de Tiberio, cuando se ordenó a los *vigiles* que aseguraran los procedimientos del Senado contra el intento de golpe de Estado del prefecto del pretorio, Sejano. Esto se hizo debido a la falta de confianza en la disposición de las cohortes urbanas para oponerse a los pretorianos (Cass. Dio LVIII 9).

Quizá la más controvertida de las herramientas que un emperador tenía a su disposición eran los delatores, llamados *delatores, accusatores* e *indices*[15]. Informar siempre ha sido una empresa moralmente discutible, y a quienes se dedican a este tipo de actividad no les va bien en las fuentes. Sin embargo, tal como se ha señalado, no es necesario postular un mundo siniestro lleno de hombres amorales que actuaron como instrumentos de una represión constante. Los *delatores* tienen mala fama porque son retratados en Tácito como soplones y trepas sociales que informaban por dinero, y generalmente como personas de estatus social más bajo que las personas a las que acusaban[16]. Estas personas no eran, sin embargo, soplones de callejón o individuos de mala vida. A menudo eran romanos de

clase alta, incluso senadores, que colaboraban con el régimen porque sentían que sus propios intereses estaban estrechamente ligados a la corte imperial. Algunos de ellos fueron considerados grandes oradores por derecho propio. En este contexto, informar podía ser algo positivo. Fue un medio de ascenso social y una herramienta utilizada por los fiscales a lo largo de la historia de Roma, no solo una fuente de acusaciones maliciosas[17].

En la época de Augusto, el número de personas dedicadas a la seguridad de Roma y de su emperador aumentó constantemente. La capital imperial llegaría a tener una dotación completa de personal de seguridad. Lo que comenzó como una simple escolta del emperador creció eventualmente hasta más de veinte mil policías militares. El orden y la estabilidad eran buenos para la ciudad de Roma, pero sobre todo respondían a los intereses personales de Augusto: estabilizaban su propio régimen[18]. Con sus guardias militares forjaría su nuevo orden mundial. Sin embargo, tener todo este personal de seguridad a su disposición no significaba que no hubiera atentados contra la vida del emperador. El trabajo del equipo de seguridad consistía en asegurarse de que los complots fueran detectados antes de que se pudiera llevar a cabo el asesinato. Bajo las órdenes del emperador, podían desplegar una red muy amplia, existiendo el riesgo de que hombres inocentes se vieran implicados. Si la lista de sospechosos se volvía demasiado larga o las ejecuciones demasiado numerosas, esto podría crear nuevos problemas para el emperador cuando los que sobrevivían decidían eliminar a un emperador cada vez más suspicaz, antes de que la red les alcanzase. Es difícil decir si un emperador estaba paranoico o si realmente pretendían cazarlo. Pero algo era cierto: había que cazar al emperador a la primera, pues no se ofrecería una segunda oportunidad. Una vez que un conspirador era atrapado, todos sus amigos, aliados y familiares caerían bajo sospecha y tal vez serían abatidos con él.

ASESINATOS Y TENTATIVAS

Augusto

Una vez que Augusto se convirtió en el «primer ciudadano» de Roma, mantenerlo vivo y en el poder se convirtió en la tarea prioritaria para su personal de seguridad. Los complots para derrocarlo comenzaron de

inmediato. Todas las conspiraciones originadas fuera del propio centro del poder se concentraron en los primeros doce o quince años de su gobierno y estuvieron encaminadas a evitar que Augusto obtuviera el poder único. Desde muy temprano hubo tres grandes conspiraciones: una de Marco Emilio Lépido el Joven en el 30 a.e.c. (Cass. Dio XIV 15, 4; App. IV 50; Liv. *Per*. 133; Vell. Pat. II 88; Suet. *Aug*. 19, 1; Sen. *Brev. Vit.* 4, 6), otra de Lucio Murena y Fannio Caepio en el 22 a.e.c. (Cass. Dio LIV 3-2-4; Vell. Pat. II 91, 2; Suet. *Aug*. 19, 1; Suet. *Tib*. 8; Tac. *Ann.* I 10, 4; Sen. *Brev. Vit.* 4, 6.) y otra aún de Cornelio Galo y Marco Egnacio Rufo en el 19 a.e.c. (Vell. Pat. II 91, 3-4). Estos sucesos debieron de pesar mucho en Augusto, como sugiere Plinio el Viejo, quien cita al emperador como un magnífico ejemplo de las limitaciones de la felicidad humana (Plin. *HN* VII 45, 149) [19].

Casio Dion informa de que ya al año siguiente hubo «algunos hombres ejecutados» por atentar contra la vida de Augusto (Cass. Dio LIV 15, 1; 4). Un hombre llamado Télefo hizo un intento en el mismo año, como lo hizo asimismo un asistente de campo con un cuchillo, según Suetonio (*Aug.* 19, 2). En algún momento entre el 16 y el 5 a.e.c. hubo una conspiración de Cn. Cornelio Cinna Magno, nieto de Pompeyo (Cass. Dio LV 14, 1; Sen. *Clem.* I, 9, 2ss.), así como un intento por parte de conspiradores no identificados en el año 9 e.c. (Cass. Dio LV 4, 3).

Posteriormente, con dos dudosas excepciones, los complots parecen haberse originado en el seno de la propia familia imperial y de su séquito, con el objetivo de evitar la transmisión del poder. Las luchas de poder internas incluían a parientes unidos a partidarios externos. Las conspiraciones surgidas dentro de una familia eran extremadamente peligrosas porque sus miembros tenían acceso directo al palacio y al *princeps*. En el caso de Augusto, le estaban aquejando problemas que giraban en torno tanto a su hija (Cass. Dio LV 10, 15; Plin. *HN* VII 149; Sen. *Brev. Vit.* 4, 6) como a su nieta (Suet. *Aug*. 19, 2; 65, 4; Vell. Pat. II 112, 7; Tac. *Ann*. I 3, 4; Cass. Dio LV 32, 1)[20]. El hecho de que Augusto considerara la pena de muerte para su propia hija sugiere la gravedad de la situación. Si el programa moral de su nuevo Estado fue diseñado para mantener a las mujeres en su lugar, fue un gran fracaso.

Deshacerse de Julia no resolvió el problema de Augusto. Otro supuesto complot se centró en su nieta, Julia, y en el esposo de esta, Lucio Emilio

Paulo, que pueden haber estado reuniendo los restos de la facción de su madre en torno a ella[21]. Los participantes son nombrados en una lista de conspiradores por Suetonio (Suet. *Aug.* 19, 1; *Schol. Iuvenal.* 6, 158; Cass. Dio LV 27, 1-3). Los estudiosos han argumentado que este complot fue otro episodio en la lucha por la sucesión dentro de la casa imperial, con Tiberio y sus partidarios por un lado y aquellos que promovían las pretensiones de los hijos de Julia la Mayor, Agripa Póstumo y Julia la Menor, por el otro[22]. La nieta de Augusto, Julia, fue exiliada en el año 8 e.c. a Trimero bajo la acusación de adulterio; Augusto ordenó que matasen mediante exposición al niño al que ella había dado a luz allí. Paulo fue exiliado o ejecutado (Suet. *Aug.* 19).

Augusto trató al hermano de Julia, Póstumo, con tanta dureza que los comentaristas modernos han asumido que también él debe de haber estado involucrado en el complot contra Augusto. Las fuentes antiguas son unánimes en decir que fue desterrado debido a su carácter feroz y a su mal comportamiento (Cass. Dio LV 32, 1; Suet. *Aug.* 65; *Tib*. 22; Tac. *Ann*. I 6), si bien para algunos estudiosos esto no es sino una cortina de humo.

Incluso con los limitados testimonios disponibles, cabe ver que estas pocas conspiraciones pudieron ser solo la punta del iceberg[23]. El tema recurrente aquí es que siempre hubo un peligro real para el *princeps* por parte de figuras sombrías e intrigas cortesanas[24]. El hecho de que Augusto sobreviviera tanto como lo hizo puede deberse a su extraordinaria vigilancia, a la suerte o incluso a la incompetencia de los conspiradores. Si algo hace patente la eficiencia de su equipo de seguridad es cuán poca gente estuvo dispuesta a unirse a los conspiradores, probablemente por miedo a ser atrapados. Augusto había dejado claro cuál sería el precio.

Probablemente pueda ignorarse la sugerencia de que Augusto fue eliminado por Livia con higos envenenados, pero en cualquier caso sigue siendo un logro notable haber vivido hasta la madura edad de 76 años con tanta gente conspirando contra él (Cass. Dio LVI 30, 1-3). Lo que *no* hizo fue resolver el problema de la sucesión.

Tiberio

Tiberio llegó a la púrpura imperial con los mismos problemas a los que se había enfrentado Augusto y con el mismo personal de seguridad, pero los

complots comenzaron de inmediato. Ya en el año 14 e.c. hubo una revuelta por parte de las tres legiones bajo el mando de Quinto Junio Blaso y las cuatro bajo el de A. Cecina, todas las cuales se declararon a favor de Germánico (Tac. *Ann*. I 16, 1-4; 31, 1-4; Cass. Dio LVII 5, 1; Suet. *Tib.* 25, 2; Suet. *Cal.* 1, 1; Vell. Pat. II 125, 2). Tan pronto como se sofocó la revuelta, dos años más tarde, en el 16 e.c., el liberto Clemente intentó rescatar a Agripa Póstumo de la isla de Planasia –la actual Pianosa–, junto con Lucio Audasio y Asinio Epicado, para liderar una revuelta contra Tiberio (Suet. *Aug.* 19, 2, cfr. 65, 4; Tac. *Ann*. II 39-40; Cass. Dio LVII 16, 3-4; Suet. *Tib*. 25, 1). En el mismo año, Tiberio se enfrentó a la conspiración de Marco Escribonio Libón Druso, que fue fácilmente frustrada. Hubo un complot para poner a Nerón en el trono en el año 21, encabezado por Cayo Silio y Ticio Sabino (Cass. Dio LVIII 1, 1b-3; Plin. *HN* VIII 61, 145). La mayor amenaza para el gobierno del emperador fue el complot de Sejano, que Tiberio, incluso desde Capri, pudo sofocar con la ayuda de los *vigiles* (Joseph. *AJ* XVIII 180-82; Suet. *Tib*. 55, 65; *Cal*. 12, 2; Cass. Dio LVIII 6-19; Tac. *Ann*. IV 1).

Incluso la forma en que murió Tiberio fue debatida entre los autores antiguos. Algunos dicen que fue asfixiado, otros que envenenado (Tac. *Ann*. VI 50; Suet. *Tib*. 73; *Cal*. 12; Cass. Dio LVIII 28)[25]. En su mayoría, estos rumores han sido descartados como teorías conspiratorias basadas en la desconfianza hacia su sucesor, Calígula. En ausencia de pruebas convincentes cabe suponer que Tiberio murió por causas naturales (cfr. Philo, *Leg.* 25), aunque no por falta de intentos por parte de sus competidores.

Calígula

Calígula presenta un problema particularmente espinoso, porque es difícil decir si estaba siendo realmente amenazado o si era un paranoico. Por lo demás, no se trata de una opción excluyente. Se ha hablado mucho de sus defectos de carácter: su crueldad, sus hazañas sexuales, sus excentricidades y su paranoia. Se puede recurrir a cualquier biógrafo para obtener descripciones de comportamientos extraños, sugerencias de enfermedad o incluso locura (Juv. *Sat.* 6, 614-7; Philo, *Leg.* 14; Suet. *Cal.* 51 y 55)[26]. Sin embargo, distinguir la línea entre el comportamiento escandaloso y la

locura no es tarea del historiador. En última instancia, el ejercicio es en cualquier caso fútil, porque no se está tratando con el retrato objetivo de un gobernante, sino con un antiguo caso de destrucción de la reputación de una figura. Fue parte de la tradición literaria antigua sugerir que Calígula tuvo que ser asesinado porque se había desquiciado. Biógrafos recientes han tratado de rescatar de las fuentes sesgadas una imagen más realista del tercer emperador como simplemente un autócrata voluntarioso e indiscreto con gustos sádicos, y tratan de encontrar algún método en su locura[27].

Sería sorprendente que Calígula no se hubiera desquiciado, teniendo en cuenta que pasó su infancia rodeado de conspiraciones y asesinatos. La atmósfera en la que se crio era suficiente para volver paranoico a cualquiera. Era el hijo de Germánico, cuya muerte se sospechaba que había sido un asesinato. Su madre Agripina y todos sus hermanos fueron eliminados debido a las maquinaciones de Sejano y a las sospechas del emperador Tiberio. Entonces el joven fue llamado a vivir en Capri con el mismo hombre que había presidido el asesinato de la mayoría de sus parientes cercanos. Tuvo que aprender a proteger su posición de las continuas amenazas contra su vida.

Los esfuerzos de Calígula por mantenerse con vida y convertirse en gobernante contaron con la complicidad de su jefe de seguridad, el prefecto del pretorio Macrón. Calígula era el heredero evidente según el sentir popular, y se dio cuenta de que necesitaría el apoyo de los militares una vez que llegara al poder (Philo, *Leg.* 35-38). Filón afirma que Macrón salvó la vida de Calígula varias veces en Capri, lo que demuestra que las conspiraciones eran, en su caso, una realidad constante. Algunos de los juicios de *maiestas* bajo Tiberio fueron contra hombres que habían conspirado contra Calígula[28]. Tácito nombra a cinco senadores, excónsules, contra los que se presentaron cargos de traición: Cayo Annio Polión, su hijo Lucio Annio Viniciano, Cayo Apio Silano, Mamerco Emilio Escauro y Calvisio Sabino; hay indicios persistentes de que todos habían conspirado contra Calígula; de hecho, Escauro fue inducido al suicidio por Macrón en el año 34 (Tac. *Ann*. VI 9, 5-7; 14, 2; 29, 4-6).

Una vez en el poder, Calígula tendría los mismos problemas que sus predecesores. ¿Quién quería que fuera reemplazado por otro *princeps* diferente? Durante su enfermedad en el año 37 e.c. pareció que Macrón, Sileno y Gemelo estaban diseñando un plan alternativo para su sucesión en

caso de que no sobreviviera. Desafortunadamente para ellos, cuando Calígula se recuperó, interpretó sus esfuerzos como un complot para deshacerse de él y fueron eliminados. Hacia el año 39 su comportamiento había provocado a suficientes personas como para que ambos cónsules y un gran número de senadores se unieran a sus hermanas para eliminarlo. Desafortunadamente para ellos, tampoco este complot tuvo éxito.

Al año siguiente, el 40, se tienen noticias de una conspiración a cargo de Sexto Papinio y Anicio. Ese mismo año, Betilinio Baso y Betilinio Capito fueron acusados de traición (Cass. Dio LIX 25, 6-7; Sen. *De ira* III 18, 3; Suet. *Cal.* 26, 3). Además, hubo acusaciones contra Julio Cano y los filósofos, así como contra Escribonio Próculo (Sen. *Tranquil*. 14, 4-10; Sen. *Ep*. 73, 1; 103, 5)[29]. ¿Eran todos culpables o simplemente personas que molestaban al emperador? En el año 41 nadie quería debatir el tema. Calígula estaba eliminando a tanta gente tan rápido que era hora de eliminarlo a él antes de que cazara a alguien más. Parece que hubo un grupo de personas, tal vez actuando por separado, que finalmente unieron sus fuerzas. Casio Querea, Emilio Régulo, Annio Viniciano, Valerio Asiático, G. Casio Longino, P. Nonio Asprenas y Lucio Norbano Balbo desempeñaron un papel importante en la caída del emperador, quien fue emboscado y asesinado.

Claudio

Se ha afirmado con insistencia que Claudio no era el tonto babeante que llegó a ser emperador accidentalmente cuando fue encontrado por la guardia pretoriana detrás de una cortina. Es muy posible que participase en el complot contra Calígula[30]. Si fue así, el plan tuvo éxito. En todo caso, se convirtió en el cuarto emperador de la dinastía julio-claudia. Pero la situación nunca cambia: quien tiene el poder se torna el objetivo de aquellos que quieren alcanzar el poder en su lugar. En el año 42 e.c. hubo una conspiración del gobernador de Dalmacia, Annio Viniciano, yerno de Corbulón, en la que también participaron Furio Camilo Escriboniano y Quinto Pomponio. Claudio, no obstante, organizó bien su defensa (Cass. Dio LX 15, 16; Suet. *Claud*. 13, 2; 35, 2; Plin. *Ep*. 3, 16).

Hubo atentados menores contra la vida de Claudio por parte de personas intrascendentes, pero ese tipo de cosas nunca fue lo que derrocó a un

emperador. En el año 43, un jinete fue arrojado de la Roca Tarpeya por conspirar contra él; la conspiración fue detectada por el padre de Otón (Tac. *Ann*. XII 52, 2 y XIII 43, 2; *Hist*. I 89, 2 y II 75; Oros. *Hist.* VII 6, 6-8)[31]. Luego, en el año 47, llegó un tal Cneo Nonio, con el grupo de los que iban a saludar por la mañana, armado con una espada; fue detectado y eliminado (Tac. *Ann.* XI 22, 1ss.; Cn. Nonius *PIR*^{1} N 90). En el año 46, Asinio Galo –nieto de Asinio Polión– fue desterrado, al igual que T. Estatilio Tauro Corvino, el cónsul (Suet. *Claud.* 13, 2; Cass. Dio LX 27, 5)[32]. En el año 48 se produjo el extraño incidente del «matrimonio» de Mesalina con Cayo Silio. Nadie puede entender el incidente, pero dio como resultado la muerte de ocho senadores, el prefecto de los *vigiles,* varios jinetes, el prefecto del pretorio y un actor (Tac. *Ann*. XI 26-38 [con antecedentes en XI 12]; Suet. *Claud.* 26, 2; 29, 3; 36 y 39, 1)[33].

Claudio murió de forma repentina en octubre del 54. De acuerdo con varias de las fuentes clásicas, fue envenenado por su esposa Agripina, supuestamente porque habría perdido el favor del emperador o porque estaba intentando acelerar el acceso de Nerón –a quien Claudio había adoptado– a la púrpura imperial (Plin. *NH* XXII 92; Tac. *Ann*. XII 66, 1; Suet. *Claud*. 43-44, 2; Cass. Dio LXI 34, 1-4), quizá temiendo que Británico, hijo de Claudio y Mesalina, pudiera ser promocionado[34]. Esta idea ha sido mayoritariamente aceptada por la crítica moderna, si bien otros autores antiguos (Joseph. *AJ* XX 148; Philostr. *VA* V 32) la presentan, de forma más cauta, como una simple versión de los acontecimientos, que podrían haber sido muy diferentes[35].

Nerón

Los primeros cinco años del gobierno de Nerón, el llamado *Quinquennium Neronis,* parecieron ir bien, pero en el año 65 la conspiración pisoniana hizo un serio intento de eliminarlo. En realidad, los eliminados fueron Cayo Calpunio Pisón, así como los senadores Plaucio Laterano y Flavio Escevino (Cass. Dio LXII 24, 1 – 29, 4. Suet. *Ner.* 36, 1; Tac. *Ann.* XV 48-74)[36]. Las eliminaciones de militares incluyeron a L. Faenio Rufo (prefecto del pretorio), Sulpicio Flavo y C. Gavio Silvano (tribunos de los pretorianos), Estacio Próximo, Máximo Escauro y Paulo Venero (centuriones pretorianos) y Sulpicio Asper.

Al año siguiente, en el 66, la conspiración viniciana intentó asesinar a Nerón en Benevento (Suet. *Ner.* 36, 1). Los militares quedaron bajo sospecha, lo que hizo que Nerón eliminara a Cneo Domicio Corbulón en Siria, a los hermanos Escribonio en Germania, a Barea Sorano –procónsul de Asia y amigo de Rubelio Plauto–, a Casio Longino y a Annio Polión[37]. Una vez más, cabe preguntar si Nerón estaba respondiendo a amenazas reales o si su paranoia se estaba apoderando de él.

Durante el invierno del 67/68, el liberto Helio emprendió un peligroso viaje a Grecia para persuadir a Nerón de la necesidad de volver a Roma, temiendo no solo la posibilidad de una conspiración senatorial, sino el levantamiento de uno o varios gobernadores provinciales. De hecho, Cayo Julio Vindex, el legado de la Galia Lugdunense, estaba haciendo circular cartas que propugnaban el derrocamiento del emperador aduciendo su filohelenismo y la «tiranía». En abril del 68, Vindex se rebeló y Servio Sulpicio Galba, en ese momento gobernador de la Hispania Tarraconense, recogió el testigo de la revuelta. Galba, que contó con el apoyo del legado de Lusitania, Marco Salvio Otón, así como de Titio Vinio Rufino, el comandante de la sexta legión –la única estacionada en Hispania–, reclutó otra legión para hacer frente a las tropas que todavía eran fieles a Nerón. A estas defecciones se añadieron otras fuera y dentro de Roma, entre las que destaca el papel de Lucio Clodio Macer, el legado de la III Legión Augusta, que parece haber jugado con el suministro de grano a Roma. Estos reveses llevaron –según Suetonio (*Ner*. 47, 3)– a que el emperador fuera abandonado por la guardia pretoriana y por quienes custodiaban sus habitaciones. Como consecuencia, a comienzos de junio Nerón se suicidó.

DEL AÑO DE LOS CUATRO EMPERADORES A LOS FLAVIOS

El golpe de Estado que derrocó a Nerón llevó a Galba al poder, pero no proporcionó estabilidad. En los meses comprendidos entre junio del 68 y julio del 69, cuatro hombres gobernarían, aunque ninguno por mucho tiempo. Ninguno de ellos tuvo un control firme del poder, pero cabe añadir que tampoco tenían una idea adecuada de la seguridad interna. En cuestión de meses, toda la confusión y el descontento llevaron a los ejércitos de Oriente a declararse a favor del general Tito Flavio Vespasiano[38], un militar de orígenes humildes que se encontraba a la sazón al frente de varias

legiones intentando sofocar la revuelta originada en Judea. De esta forma acabaría superándose un año de guerra civil.

Vespasiano

La elección del nuevo emperador supuso un nuevo comienzo, pero traía aparejados los viejos problemas. Vespasiano conocía bien el sistema de Augusto. También sabía lo que les había sucedido a sus predecesores, por lo que estaba decidido a evitar sus errores. Quería no solo sobrevivir, sino fundar una dinastía que luego le sobreviviera a él. Para ello utilizó el sistema de seguridad augusteo que heredó, introduciendo algunos pequeños cambios en los *vigiles* y en las cohortes urbanas[39].

Desde el principio quedó claro que Vespasiano quiso compartir el poder con el mayor de sus vástagos, proponiendo al Senado conceder a este la autoridad tribunicia *(tribunicia potestas)* y el *imperium* proconsular; además, el nuevo emperador pospuso la celebración de su triunfo en Judea para compartirlo con Tito a mediados del 71. De este modo se anunciaba no solo la emergencia de un nuevo emperador, sino de una nueva dinastía.

Vespasiano se dio cuenta de que cualquier amenaza para él no vendría de las tropas regulares, sino de prefectos de la guardia demasiado ambiciosos. Por tanto, nombró a un pariente suyo –Marco Arrecino Clemente (cuya hija, Arrecina Tértula, había sido la primera mujer de Tito hasta su fallecimiento en el 65)– como prefecto y más tarde lo reemplazó con el mayor de sus hijos, Tito. Estos nombramientos no tenían precedentes, pues el cargo había sido ocupado tradicionalmente por miembros de la clase ecuestre. Lejos de considerar su nombramiento como una simple sinecura, Tito se lo tomó muy en serio, usándolo para mantener la estabilidad del nuevo régimen y preservar la seguridad de su padre, aun si para ello hubo de actuar de forma violenta o brutal (Suet. *Tit*. 6, 1).

Con algunas excepciones, como la del exiliado Helvidio Prisco, pocas personas parecen haber perdido la vida por órdenes de Vespasiano[40]. A diferencia de Tiberio antes que él y de Domiciano después, el mandato de Vespasiano no se hizo famoso por los juicios por traición. Además, cultivó una atmósfera de apertura: recibía a la gente en el palacio, paseaba por los Jardines de Salustio y abolió la práctica claudia de registrar a los visitantes a su llegada. Tales comportamientos eran arriesgados, pero Vespasiano

consideró que valía la pena el riesgo de crear la imagen de un emperador accesible. Permitir que el hombre común entrara en su presencia puede haber sido un riesgo para la seguridad, pero debe de haberse dado cuenta de que las amenazas generalmente provenían de los senadores, el ejército o su propia familia, no del hombre de la calle.

Esto no impidió que hubiera quien intentara matarlo. Suetonio (*Vesp*. 25) afirma que hubo numerosas conspiraciones contra el emperador, pero solo se conoce una específicamente: la de Tito Clodio Eprio Marcelo y Aulo Cecina Alieno en el año 79, mencionada por Casio Dion (Cass. Dio LXVI 16, 3-4). Ahora bien, no está claro por qué cualquiera de estos hombres habría querido ver muerto a Vespasiano. Eprio Marcelo había sido uno de los amigos y consejeros más cercanos del emperador; de hecho, había sido nombrado procónsul de Asia, cargo que ocupó entre el año 70 y el 73, para luego ser cónsul sufecto. Por su parte, Alieno era un antiguo general de Vitelio que había persuadido a sus tropas para que se pasaran al bando de Vespasiano. El complot parece haber sido detectado por Tito, si bien las razones siguen siendo oscuras; de hecho, se ha sugerido que Tito los consideró un peligro potencial para sí mismo, pero también esto –en ausencia de ulterior información– resulta extraño, pues, dada la categoría de los implicados, el responsable de la seguridad presumiblemente habría tenido que justificar sus actos ante su padre. Suetonio (*Tit.* 6, 2) menciona que se había hallado un manuscrito de corte sedicioso que Cecina había preparado para leer ante los soldados[41]. En todo caso, Tito ordenó matar a Cecina en cuanto este hubo salido del comedor donde le había invitado a cenar. Marcelo fue llevado a juicio ante el Senado y condenado, pero cometió suicidio antes de que la sentencia pudiera ejecutarse.

La parte más importante de los planes dinásticos de Vespasiano fue la sucesión. Ya tenía dos hijos adultos que le ayudaban a gobernar, por lo que tenía al heredero y a su repuesto. El mayor, Tito, sería su sucesor y su hijo menor, Domiciano, gobernaría a continuación en caso de que Tito no tuviera un hijo. Vespasiano dejó muy claros sus planes cuando dijo que, o sus hijos le sucederían, o nadie lo haría (Suet. *Vesp*. 25). De hecho, no cometió el error de amenazar en modo alguno la posición de sus herederos, pues no contrajo matrimonio con su amante Caenis ni engendró otros hijos que pudieran interferir en la sucesión de Tito.

El 24 de junio del 79 Vespasiano murió repentinamente, en apariencia por

causas naturales, a causa de unas fiebres contraídas en Campania. Quizá precisamente dada la frecuencia con la que los emperadores romanos eran asesinados, o debido a la mala fama que se ganaron sus hijos, el carácter de la muerte de Vespasiano no impidió que se extendieran los rumores de asesinato, que incluso el emperador Adriano creyó, afirmando que Tito había envenenado a su padre para acelerar la sucesión (Cass. Dio LXVI 17, 1). No obstante, Tito no parece haber sido tan impaciente, por lo que tales habladurías son materia de teoría de la conspiración, no de conspiración real[42].

Tito

A la muerte de Vespasiano, Tito pasó de ser *consigliere* a emperador. Sin embargo, su gobierno inusualmente breve dificulta una visión lo bastante completa de su situación en cuanto a la seguridad. El haber sido antaño el general victorioso en la Guerra Judía y el conquistador de Jerusalén, y luego asociado estrechamente al gobierno por parte de un respetado emperador son factores que contribuyen a explicar la escasa oposición abierta que hubo de afrontar. Además, había tenido una buena educación, era un orador capaz y un individuo de buen porte.

El hecho de haber mantenido durante años el cargo de prefecto del pretorio hasta la muerte de su padre le había otorgado una amplia experiencia a la hora de detectar el descontento y de prevenir su propagación, empezando por el que pudo tener lugar en el seno de un cuerpo potencialmente tan peligroso como el de las cohortes pretorianas, cuya lealtad representó una fuente constante de preocupación para todo nuevo régimen a causa de su poder. Además, el carácter despiadado atribuido a Tito en algunas fuentes no estuvo únicamente encaminado a proteger a su padre de amenazas reales, sino también a garantizar su propia seguridad.

Una vez que Tito se convirtió en emperador, necesitó librarse de la brutal reputación que había adquirido con anterioridad. Con toda probabilidad, es precisamente la eficacia de su trabajo previo lo que le permitió construirse una nueva apariencia en lo sucesivo. Incluso Suetonio (*Tit.* 7, 1) admite que la mala fama de la que gozaba cambió «y se trocó en las mayores alabanzas cuando no se le descubrió ningún vicio y sí, por el contrario, las más altas

virtudes». Despachó a Judea a la princesa judía Berenice –a la que había convertido en su amante– y asumió el cargo de *pontifex maximus,* renunciando a ejecutar a senadores, y –en la estela de su padre– intentó crear una imagen de moderación y afabilidad. Seguramente, su familiaridad durante años con la esfera de la represión le hizo comprender que, a la larga, su seguridad se vería favorecida por una imagen positiva de gobernante clemente y liberal. La serie de desastres naturales que tuvieron lugar en rápida sucesión durante su gobierno –una plaga, la erupción del Vesubio en el año 79 y un gran incendio en Roma en el año 80– fueron ocasiones para mostrar su generosidad, elogiada por las fuentes antiguas.

Tito supo cómo mantenerse a salvo a sí mismo y a la dinastía Flavia. El 13 de septiembre del 81 murió a resultas de una fiebre alta en *Aquae Cutiliae,* una localidad en el centro de la península itálica, a la edad de 41 años. Al igual que surgió el rumor –casi con toda seguridad infundado– de que Tito había atentado contra su padre, surgió también otro según el cual la mayor amenaza para el nuevo emperador habría sido su propio hermano, Domiciano, quien habría conspirado contra él (Suet. *Tit*. 9, 3; *Dom*. 2, 3), supuestamente debido a la envidia por no haber recibido los poderes ostentados por su hermano mayor. Sin embargo, los indicios para esta aserción son tenues. Si hubiera sido esa la ambición de Domiciano, habría ido contra el deseo de su padre, quien diseñó el futuro de la dinastía de modo que su hijo mayor le sucediera y su hijo menor sucediera luego a su hermano. Si bien es muy posible que las relaciones entre los dos hermanos no fueran las más cordiales, ello parece haber dependido más bien de sus diferentes caracteres. Tales rumores sobre Domiciano, que no parecen merecer crédito, pueden entenderse a la luz del proceso denigratorio sufrido por esta figura.

Domiciano

El sistema de seguridad construido por Augusto había protegido a los dos primeros emperadores flavios, pero falló en el caso del tercero. Esto induce a preguntarse qué fue lo que salió mal. En algunos aspectos, las políticas de Domiciano fueron tradicionales para un emperador, pero en otros forjó nuevos caminos: la ciudad de Roma se benefició de su programa edilicio, las artes y la literatura florecieron, la economía funcionó bien bajo su

gobierno y las fronteras se mantuvieron seguras. Entonces, ¿por qué, con todos estos logros, fue un hombre destinado a ser eliminado? No resulta sencillo averiguarlo, ya que las fuentes literarias se dedicaron a ennegrecer el nombre de Domiciano, y de un emperador que sufre *damnatio memoriae* no quedarán muchos testimonios epigráficos. Al igual que ocurrió con Calígula y con Nerón, su verdadera personalidad ha sido sepultada bajo calumnias e insinuaciones.

Tito había dejado el listón muy alto. Como hermano menor, la falta de experiencia política y militar de Domiciano lo convirtió en el blanco de las críticas del Senado. La brevedad del mandato de su hermano no le dejó mucho tiempo para mejorar esas carencias. Pasaría gran parte de su propio gobierno intentando demostrar su valía y estableciendo su legitimidad. Pero siempre habría gente que estaría resentida con la dinastía flavia y que pensaba que tenía un mejor candidato para el puesto.

Las reacciones de Domiciano a los acontecimientos fueron en gran medida un reflejo de su propia personalidad. La seguridad de un emperador dependía, en parte, de cómo ese emperador se sentía y qué imagen era capaz de transmitir. Domiciano era inseguro, desconfiado y no muy extrovertido. A medida que su gobierno llegaba a su fin, se vio atrapado en un aislamiento creciente, ya que llegó a desconfiar incluso de su séquito más cercano. El hecho de que tuviera los pasillos de su palacio decorados con mármol pulido para poder ver lo que sucedía detrás de él (Suet. *Dom*. 14, 4) indica que creía que ya no podía confiar en nadie.

Domiciano fue ciertamente más estricto que Vespasiano y Tito en lo que respecta a la oposición. Tal vez porque era más débil y más inseguro sintió la necesidad de exigir no solo obediencia sino lealtad entusiasta. Suetonio lo describe como abrumado por las intrigas de sus amigos, sus libertos más íntimos, sus parientes e incluso su esposa. Estaba en guerra con el Senado por las ejecuciones y la confiscación de propiedades, y ni siquiera creía poder confiar en sus prefectos y en sus sirvientes domésticos.

En el año 83 hizo ejecutar a T. Flavio Sabino, uno de sus herederos, junto con un pequeño número de senadores. Hubo rumores de que su esposa estaba involucrada. Esto sugiere que puede haber habido una conspiración, pero simplemente no se poseen suficientes pruebas de ello[43]. En el 89 estalló una revuelta militar encabezada por el gobernador de Germania Superior, Lucio Antonio Saturnino, pero el ejército se mantuvo leal y fue

rápidamente sofocada[44]. A raíz de la revuelta, Domiciano probablemente se volvió más suspicaz. Se ha considerado que este fue un punto de inflexión y que el miedo y la desconfianza lo indujeron a ejecutar a senadores que podrían haber apoyado a Saturnino[45]. Algunos acusan a Domiciano de matarlos únicamente para apoderarse de sus propiedades, pero una interpretación igualmente plausible es que los cargos fueran políticos. Domiciano utilizó a *delatores* para detectar la deslealtad. Tácito enumera a diez excónsules que perdieron la vida.

En el año 95, Domiciano mandó ejecutar a T. Flavio Clemente, su primo y el hermano menor de Sabino. Con la muerte de Clemente y la desaparición de la historia de sus dos hijos, Domiciano se quedó sin herederos. Este es el momento más vulnerable para un emperador, por lo que un grupo de conspiradores que querían reemplazarlo se aprovechó de la situación[46].

Cuando llegó el ataque final contra el emperador, fue llevado a cabo por el liberto Estéfano. Este debió de tener algún tipo de resentimiento personal y fue el hombre que usó la daga, pero difícilmente puede haber sido el cerebro que estaba detrás de la trama. El reclutador y cabecilla del grupo de sirvientes de palacio que participó en el complot fue Partenio, el *cubicularius,* que estaba en condiciones de organizar al personal doméstico involucrado. Era importante tener al emperador a solas allí donde era vulnerable –en su baño, mientras dormía o durante la cena–. Dado que Partenio, como *cubicularius,* tenía las llaves de todo lo que había en el palacio, incluido el dormitorio del emperador, los conspiradores tenían una gran variedad de lugares para elegir. Partenio también estaba familiarizado con la rutina diaria de Domiciano.

Tuvo que haber otro nivel de conspiración, en las esferas más altas, que permitiera que esto sucediera. Ningún siervo o grupo de siervos tiene nada que ganar matando a su amo, pues tal iniciativa solo podría terminar en su ejecución. En algún momento, los dos grupos de conspiradores (los de rango senatorial y los sirvientes del emperador) deben de haberse puesto de acuerdo y urdido el plan. La guardia pretoriana no es mencionada por Suetonio entre los conspiradores: sus miembros podían apoyar a un pretendiente, pero no ocupar el lugar del emperador. Casio Dion los hace «conscientes» de la trama, pero no partícipes en ella (Cass. Dio LXVII 15, 2); ahora bien, ser consciente de una conspiración y no impedirla habría sido traición.

Los relatos de Casio Dion y Suetonio presentan grandes discrepancias. La lista de participantes no es coherente. Probablemente nunca se sabrá si su esposa, Domicia, fue cómplice o simplemente miró hacia otro lado. Los espacios en blanco entre los dos relatos son reveladores. Pero en estos casos la pregunta más importante es siempre a quién beneficia lo ocurrido *(cui bono?)*. La rapidez de la sucesión de Nerva confirma que fue una operación bien organizada la que lo convirtió en emperador, y –tal como se ha conjeturado– quizá los hombres que rodeaban a Trajano habían ayudado a allanar el camino para su acceso al poder[47].

CONCLUSIÓN: SOBRE LA ABUNDANCIA (Y EL ÉXITO) DE LAS CONSPIRACIONES

Se precisaba cumplir un buen número de requisitos para que un emperador se encontrase en una posición en la que pudiera estar –y sentirse– a salvo de amenazas: el control eficaz del ejército, el logro de un *modus vivendi* con el Senado en el que los miembros de la aristocracia no sintieran menoscabada su dignidad, una política popular para mantener aplacada a la plebe y evitar su descontento, la lealtad de los gobernadores provinciales (quienes, de lo contrario, podrían utilizar las tropas a su mando para crear graves problemas), así como una familia lo bastante cohesionada como para que en ella no surgieran emociones destructivas que comportaran conspiraciones domésticas. Cualquier deficiencia o torpeza en alguno de estos ámbitos podría tener consecuencias perniciosas e impredecibles, pues alteraría la estabilidad necesaria para mantener la deseable seguridad y daría pábulo a la envidia o a la ambición de los miembros del estamento aristocrático. La dificultad de mantener el equilibrio en todos los ámbitos mencionados contribuye en gran medida a explicar por qué la seguridad de los emperadores peligró en tantas ocasiones.

Un factor que habría propiciado el surgimiento de complots sería la percepción de la debilidad de un emperador, mientras que una imagen de fortaleza –política y personal– habría tendido a disuadir a quienes se vieran tentados a emprender iniciativas contra él. Esa fragilidad pudo manifestarse en su ineficacia ante los problemas del Imperio, así como en su comportamiento errático, arbitrario o inusualmente cruel, máxime porque estos factores habrían concitado resentimiento o desprecio, y le habrían

restado apoyos en varios estamentos, fomentando de ese modo las esperanzas de potenciales conspiradores. Por el contrario, un emperador capaz y sensato que desplegase prudencia y eficacia en lo civil y en lo militar contaría probablemente con amplios apoyos –piénsese, por ejemplo, en el número de colaboradores competentes y leales de los que Vespasiano se rodeó (Cayo Licinio Muciano, Marco Antonio Primo, M. Ulpio Trajano, Tiberio Julio Alejandro…)– y habría minimizado así la posibilidad de que aparecieran fisuras en su aparato de seguridad.

Todos los asesinatos de emperadores julio-claudios y flavios parecen haberse originado en la clase senatorial. Un pequeño grupo de personas poderosas y bien situadas decide que va a producirse un cambio de régimen. Involucran al ejército, en la persona de uno o más de los prefectos del pretorio, y encuentran a una persona dispuesta a llevar a cabo el asesinato. Averiguan el momento y el lugar donde el emperador estará solo o temporalmente sin vigilancia. Eligen a un sucesor dispuesto a ocupar su lugar. Entonces tienden la trampa: si funciona, habrá un nuevo emperador; si fracasa, habrá una ronda de asesinatos judiciales y exilios. Si el patrón se repite, más personas se involucrarán a medida que la red se extienda más ampliamente en busca de los perpetradores. A diferencia de lo ocurrido con muchos mandatarios modernos, como con los presidentes estadounidenses –un patrón tan común que el compositor y letrista Stephen Sondheim escribió sobre él el musical *Assassins*–, ningún emperador romano fue liquidado por un asesino solitario llevado por el rencor.

Muchos factores condujeron a la incertidumbre en la vida de un emperador, entre los cuales se cuentan la falta de un principio hereditario reconocido, la ausencia de una ley de sucesión, la hostilidad de los miembros de las clases altas hacia el nuevo régimen autocrático, la ira por su pérdida de estatus y el aumento concomitante de *equites* y libertos, así como la existencia de muchos posibles sucesores. Los matrimonios mixtos de los nobles romanos produjeron múltiples candidatos alternativos para la púrpura imperial, y estos nobles eran muy ambiciosos. Las viejas familias poderosas miraban con nostalgia hacia los viejos tiempos, cuando sus miembros eran los magistrados gobernantes y los cónsules los verdaderos jefes de Estado, y comenzaron a darse cuenta de lo que habían perdido. La hostilidad que esto engendró hacia el emperador a menudo se tradujo en un asesinato o un intento de asesinato. Cualquiera con un estatus social lo

suficientemente elevado podía imaginarse a sí mismo en esa púrpura en lugar del hombre que realmente la había obtenido. Tal estado de cosas creó una terrible inestabilidad en el Principado desde el principio. Hubo complots contra la vida de todos los emperadores.

Dado que el Principado era una institución en evolución, el trasfondo constante de esta historia es rastrear cómo la creciente centralización del poder provocó una reacción negativa por parte de las clases que perdían poder. Es la historia del sistema que Augusto creó y de las instituciones que implementó para mantenerse a salvo a sí mismo y a sus sucesores. A juzgar por el resultado, el sistema puede parecer inadecuado: varios de los emperadores julio-claudios murieron asesinados y circularon múltiples historias de que los otros también habían acabado así. El último de los flavios también murió asesinado.

Si Roma tenía que ser gobernada por un emperador, sin duda el Senado y el ejército querían un líder militar competente que se ajustara a las reglas no escritas del *mos maiorum,* las formas morales tradicionales de los romanos más dignos[48]. Con frecuencia, esta era la ideología bajo la cual llevaron a cabo sus iniciativas contra el emperador, incluso si era estrictamente la ambición lo que les impulsaba. Sus motivos declarados no siempre fueron los verdaderos.

La amenaza de conspiración siempre estuvo presente. Los conspiradores senatoriales exitosos necesitaban aliados leales, la cooperación del prefecto o de la guardia pretoriana, y un sucesor esperando entre bastidores. En una autocracia, un contendiente necesita asegurar la deposición del titular, debe tomar el mando de los instrumentos del Estado –incluidos el ejército y los servicios de seguridad– y recompensar suficientemente a una coalición de partidarios para que lo respalden como el nuevo titular[49].

Un emperador romano tenía que alcanzar un cierto nivel de seguridad sin un cuerpo de policía, sin un servicio secreto profesional y sin ninguna organización formal de recopilación de inteligencia. Elementos de estas actividades eran realizados por varios magistrados y guardias, pero los romanos no tenían la especialización burocrática que caracteriza a los Estados modernos. Obviamente, el gobierno concentró sus limitadas fuerzas en aquellos aspectos que parecían una amenaza directa para él, como la traición, la sedición y el asesinato.

Muchos segmentos de la elite del poder estuvieron implicados en estos

asesinatos, ya sea conspirando de forma activa, ya simplemente haciendo la vista gorda. Como escribió Eric Ambler en su novela de 1939 *La máscara de Dimitrios,* no se trata de quién dispara el arma, sino de quién paga la bala. Un senador, al enterarse de un complot, podía permanecer leal al emperador y convertirse en un conspirador, podía optar por unirse a la conspiración o simplemente podía no hacer nada. Durante la revuelta de Camilo Escriboniano contra Claudio, Narciso le preguntó al liberto Galeso qué habría hecho si Escriboniano se hubiera convertido en emperador. Su respuesta (Cass. Dio LX 16, 4-5) resume bien la actitud de la mayoría de los senadores: «Habría permanecido detrás de él y guardado silencio».

BIBLIOGRAFÍA

Amarelli, Francesco (2008), *Trasmissione, rifiuto, usurpazione; vicende del potere degli imperatori romani,* Nápoles, Jovene.

Aveline, John (2004), «The Death of Claudius», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 53, 453-475.

Baillie-Reynolds, P. K. (1926), *The Vigiles of Imperial Rome,* Oxford, Oxford University Press.

Barrett, Anthony A. (1989), *Caligula. The Corruption of Power,* New Haven, Yale University Press.

— (1996), *Agrippina. Sex, Power, and Politics in the Early Empire,* Londres, Routledge.

— (2002), *Livia. First Lady of Imperial Rome,* New Haven, Yale University Press.

Becker, Karl (1950), *Studien zur Opposition gegen den römischen Prinzipat,* Tubinga, F. Diss.

Bellen, Heinz (1981), *Die germanische Leibwache der römischen Kaiser des julisch-claudischen Hauses,* Wiesbaden, F. Steiner.

Bingham, Sandra (2013), *The Praetorian Guard*. *A History of Rome's Special Elite Forces,* Waco (Texas), Baylor University Press.

Bueno de Mesquita, Bruce y Smith, Alastair (2011), *The Dictator's Handbook,* Nueva York, Public Affairs.

Champlin, Edward (2003), *Nero,* Cambridge (MA), Harvard University Press.

Charlesworth, M. P. (1923), «Tiberius and the Death of Augustus»,

American Journal of Philology 44,2, 145-157.
Cogitore, Isabelle (2002), *La légitimité dynastique d'Auguste à Néron à l'épreuve des conspirations,* Roma, École française de Rome.
Collins, Andrew W. (2009), «The Palace Revolution: The Assassination of Domitian and the Accession of Nerva», *Phoenix* 63/1-2, 73-106.
Coulston, J. C. N. (2000), «Armed and Belted Men: The Soldiery in Imperial Rome» en J. C. N. Coulston y Hazel Dodge (eds.), *The Archaeology of Rome,* Oxford, Oxford University School of Archaeology, 76-118.
Crimi, Giorgio (2021), *I pretoriani di Roma nei primi due secoli dell'Impero. Nuove proposte e vecchi problemi settanta anni dopo Durry e Passerini,* Roma, Editori Sapienza.
De Laet, Sigfried Jan (1946), «Les pouvoirs militaires des Préfets du Prétoire et leur développement progressif», *Revue belge de philologie et d'histoire* 25/3-4, 509-554.
Durry, Marcel (1938), *Les cohortes prétoriennes,* París, E. De Boccard.
Fantham, Elaine (2006), *Julia Augusti. The Emperor's Daughter,* Londres/Nueva York, Routledge.
Ford, Franklin L. (1985), *Political Murder. From Tyrannicide to Terrorism,* Cambridge (MA), Harvard University Press.
Freis, Helmut (1965), «Cohortes Urbanae», *RE* Suppl. X, col. 1125-1140.
— (1967), *Die Cohortes Urbanae,* Colonia, Böhlau.
Fuhrmann, Christopher J. (2012), *Policing the Roman Empire: Soldiers, Administration and Public Order,* Oxford, Oxford University Press.
Gabba, Emilio (1984), «The Historians and Augustus», en Fergus Millar y Erich Segal (eds.), *Caesar Augustus: Seven Aspects,* Oxford, Oxford University Press.
Galimberti, Alessandro (1999), «La rivolta del 42 e l'opposizione senatoria sotto Claudio», en Marta Sordi (ed.), *Fazioni e congiure nel mondo antico,* Milán, Vita e Pensiero, 205-215.
Galinsky, Karl (2012), *Augustus,* Cambridge, Cambridge University Press.
Gibson, A. G. G. (2013), *The Julio-Claudian Succession: Reality and Perception of the «Augustan Model»*, Mnemosyne Supplement 349, Leiden, Brill.
Grainger, John D. (2003), *Nerva and the Roman Succession Crisis of AD 96-99,* Nueva York/Londres, Routledge.

Grant, Michael (1974), *Army of the Caesars*, Nueva York, Charles Scribner & Sons.
Green, Peter (1989), «Carmen et error. πρόφασις and αἰτία in the Matter of Ovid's Exile», en *Classical Bearings. Interpreting Ancient History and Culture,* Londres, Thames & Hudson, 202-220.
Griffin, Miriam (1984), *Nero, The End of a Dynasty*, Londres/Nueva York, Routledge.
— (2000), «The Flavians», en Alan K. Bowman, Peter Garnsey y Dominic Rathbone (eds.), *The Cambridge Ancient History, vol. XI: The High Empire, A.D. 70-192,* 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1-83.
Grimm-Samuel, Veronika (1991), «On the Mushroom that deified the emperor Claudius», *Classical Quarterly* 41, 178-182.
Holland, Richard (2000), *Nero. The Man Behind the Myth,* Stroud, Sutton Publishing.
Isaac, Benjamin (1992), *The Limits of Empire,* Oxford/Nueva York, Oxford University Press.
Jallet-Huant, Monique (2004), *La garde prétorienne dans la Rome antique,* Charenton-le-Pont, Presses de Valmy.
Jones, Brian W. (1992), *The Emperor Domitian,* Londres y Nueva York, Routledge.
Keppie, L. J. F. (1996), «The Praetorian Guard before Augustus», *Athenaeum* 84, 11-24.
Le Bohec, Yann (1994), *The Imperial Roman Army,* Londres, Hippocrene Books.
Levick, Barbara (1975), «Julians and Claudians», *Greece & Rome* 22, 29-38.
— (1976), *Tiberius the Politician,* Londres/Nueva York, Routledge.
— (1976a), «The Fall of the Younger Julia», *Latomus* 35, 301-339.
— (1990), *Claudius,* New Haven, Yale University Press.
— (1999), *Vespasian,* Londres/Nueva York, Routledge.
Liberati, Anna Maria y Silverio, Eugenio (2010), *Servizi Segreti in Roma Antica. Informazioni e sicurezza dagli initia Urbis all'impero universale,* Roma, «L'Erma» di Bretschneider.
— (2013), «Il sistema romano di informazione e sicurezza nell'età del principato di Caligola. Aspetti militari e civili», en Filippo Coarelli y

Giuseppina Ghini (eds.), *Caligola. La trasgressione al potere*, Roma, Gangemi Editori, 87-100.
Meijer, Fik (2004), *Emperors Don't Die in Bed,* Londres/Nueva York, Routledge.
Murison, Charles Leslie (1999), *Rebellion and Reconstruction: Galba to Domitian. An Historical Commentary on Cassius Dio's Roman History, Books 64-67*, Atlanta, Scholars Press.
Osgood, Josiah (2011), *Claudius. Caesar. Image and Power in the Early Roman Empire,* Cambridge, Cambridge University Press.
Pack, Roger A. (1943), «Seneca's Evidence on the Death of Claudius and Narcissus», *The Classical World* 36, 150-151.
Pagán, Victoria (2004), *Conspiracy Narratives in Roman History*, Austin, University of Texas Press.
Pappano, Albert E. (1941), «Agrippa Postumus», *Classical Philology* 36/1, 30-45.
Passerini, Alfredo (1939), *Le coorti pretorie,* Roma, Signorelli.
Raaflaub, Kurt A. (1987), «Grundzüge, Ziele und Ideen der Opposition gegen die Kaiser im I Jh. n. Chr.: Versuch einer Standortbestimmung», en O. Reverdin y B. Grange (eds.), *Opposition et résistances à l'empire d'Auguste à Trajan,* Entretiens sur l'antiquité classique 33, Ginebra, 1-63.
Raaflaub, Kurt A. y Samons, L. J. (1990), «Opposition to Augustus», en K. A. Raaflaub y M. Toher (eds.), *Between Republic and Empire; Interpretations of Augustus and his Principate,* Berkeley, University of California Press, 1990.
Rainbird, J. S. (1986), «The Fire Stations of Imperial Rome», *Papers of the British School at Rome* 54, 147-169.
Rankov, N. Boris (1994), *Guardians of the Empire,* Oxford, Osprey.
Ricci, Cecilia (2016), *Security in Roman Times,* Londres y Nueva York, Routledge.
Richardson, J. S. (2012), *Augustan Rome 44 BC to AD 14. The Restoration of the Republic and the Establishment of Empire,* Edimburgo, Edinburgh University Press.
Robinson, Olivia F. (1977), «Fire Prevention at Rome», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 24, 377-388.
— (1992), *Ancient Rome. City Planning and Administration,* Londres/Nueva York, Routledge.

Rogers, Robert S. (1935), *Criminal Trials and Criminal Legislation under Tiberius,* Middletown (CT), American Philological Association.
Rudich, Vassily (1993), *Political Dissidence Under Nero. The Price of Dissimulation,* Londres/Nueva York, Routledge.
Rutledge, Stephen H. (1999), «*Delatores* and the Tradition of Violence in Roman Oratory», *American Journal of Philology* 120, 555-573.
— (2001), *Imperial Inquisitions. Prosecutors and Informants from Tiberius to Domitian,* Londres/Nueva York, Routledge.
Scheidel, Walter (2011), «The Roman Emperor in the Wider World», *A lecture given by Walter Scheidel on Tuesday 26th July 2011 as part of the Triennial 2011 event held at the University of Cambridge* [disponible en https://www.sms.cam.ac.uk/media/1174184].
Seager, Robin (2005), *Tiberius,* Oxford, Blackwell (orig. 1972).
Sheldon, Rose Mary (2005), *Intelligence Activities in Ancient Rome: Trust in the Gods, But Verify,* Londres/Nueva York, Routledge.
— (2018), *Kill Caesar! Assassination in the Early Roman Empire,* Lanham (MD), Rowman & Littlefield.
— (2023), *Guarding the Caesars. Roman Internal Security under the Flavian Dynasty,* Lanham (MD), Rowman & Littlefield.
Shotter, D. C. A. (2008), *Nero Caesar Augustus. Emperor of Rome,* Harlow, Pearson Education Ltd.
Silverio, Enrico (2011), «Indices, Delatores, e Accusatores. Questioni Terminologiche Relative a "Delator," "Correi Dissociati" e "Collaboratori di Giustizia"», *Bolletino della Unione Storia ed Arte,* 3rd series, 6, 249-270.
— (2013), «Cohortes Praetoriae e Cohors Togata a proposito di Tesi Vecchie e Nuove», *Bolletino della Unione Storia ed Arte,* 3rd series, 8, 171-184.
Speidel, Michael P. (1984), «Germani Corporis Custodes», *Germania* 62, 31-45.
— (1994), *Riding for Caesar,* Cambridge (MA), Harvard University Press.
Stöver, Hans Dieter (1994), *Die Prätorianer: Kaisermacher, Kaisermörder*, Múnich, Langen Müller.
Swan, Michael (1970), «Josephus, *A.J.* 19, 251-52: Opposition to Gaius and Claudius», *American Journal of Philologt* 91, 149-164.
Syme, Ronald (1958), *Tacitus*, Oxford, The Clarendon Press, 2 vols.

— (1978), *History in Ovid,* Oxford, The Clarendon Press.
— (1986), *The Augustan Aristocracy,* Oxford, The Clarendon Press.
Tortoriello, Annalisa (2004), *I fasti consolari degli anni di Claudio,* Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 588-591.
Vogel-Weidemann, Ursula (1979), «The Opposition under the Early Caesars: Some Remarks on its Nature and Aims», *Acta Classica* 22, 91-107.
Wallace-Hadrill, Andrew (2012), *Augustan Rome,* Londres, Bristol Classical Press.
Wallat, Kurt (2004), *Sequitur clades. Die Vigiles im antiken Rom*, Studien zur klassischen Philologie 146, Fráncfort del Meno, Peter Lang.
Waters, K. H. (1964), «The Character of Domitian», *Phoenix* 18, 49-77.
Winterling, Aloys (2011), *Caligula. A Biography,* Berkeley, University of California Press.
Wiseman, T. P. (1982), «Calpurnius Siculus and the Claudian Civil War», *Journal of Roman Studies* 72, 57-67.
— (1991), *Death of an Emperor: Flavius Josephus,* Liverpool, Liverpool University Press.
Woolf, Greg (2007), *Et tu Brute? The Murder of Caesar and Political Assassination,* Cambridge (MA), Harvard University Press.

---

[1] Traducción de Fernando Bermejo-Rubio.

[2] Pero cfr. Woolf 2007 (César); Sheldon 2018 y 2023; Silverio 2011; Liberati y Silverio 2013, 87-100 (julio-claudios y flavios). Sobre el palacio, cfr. Wallace-Hadrill 2012, 26-28. Galinsky 2012, 142-143. Wiseman 1991, 105-110.

[3] Sobre lo primero: Amarelli 2008; Becker 1950; Vogel-Weidemann 1979. Sobre lo segundo: Ford 1985; Meier 2001; Woolf 2007.

[4] «La conspiración alegada, probada o castigada es un asunto elusivo» (Syme 1958, 403).

[5] Gabba 1984, 79; Sheldon 2018, 199-200; Sheldon 2023, 249-250.

[6] Gabba 1984, 7; Sheldon 2018, 196-198; Sheldon 2023, 246-247.

[7] Syme 1958, 404.

[8] Cfr. Durry 1938; Passerini 1939; De Laet 1946; Bingham 2013; Jallet-Huant 2004; Stöver 1994; Crimi 2021.

[9] Sobre las cohortes urbanas: Freis 1967. Sobre la administración de Roma: Robinson 1992.

[10] Coulston 2000, 86 y 104 n. 61.

[11] Así lo argumenta Keppie 1996, 118-119.

[12] Bellen 1981; Speidel 1984; Speidel 1994, 15-18.

[13] Grant 1974, 91; Le Bohec 1994, 23.

[14] Rainbird 1986, 147-169; Baillie-Reynolds 1926; Robinson 1977, 377-88; Robinson 1992, 184-188; Wallat 2004.

[15] Sobre la definición de estos términos, véanse Rutledge 2001, 9-16, y Silverio 2011, 249-270.

[16] Raaflaub 1987, 19 señala el gran número de *novi homines* entre los *delatores*.

[17] Cfr. Rutledge 1999. Sobre el avance político de los *delatores* durante el Imperio: Rutledge 2001, 20-53.

[18] Ricci 2016.

[19] El pretor Quinto Galio fue acusado de intentar asesinar a Octavio con algo que portaba bajo su toga. Augusto hizo que lo torturaran y, supuestamente, le arrancó los ojos con sus propias manos (Suet. *Aug*. 27, 4).

[20] Levick 1976, 301-339; Raaflaub y Samons 1990, 430-433; Cogitore 2002, 165-172; Sheldon 2018, 58-60.

[21] Raaflaub y Samons 1990; Syme 1986, 412; Cogitore 2002, 172-175; Fantham 2006, 109.

[22] Richardson 2012, 176; Levick 1976a, 54-61; Syme 1986, 115-127. Cfr. Levick 1976, 301-339; Green 1989, 219.

[23] Raaflaub y Samons 1990, 432.

[24] Gibson 2013, 4.

[25] Los relatos de la muerte están bien analizados en Seager 2005, 206-207; Meijer 2004, 22-23.

[26] Sobre la «locura» o «enfermedad» de Calígula, cfr. Yavetz 1996, 105-129. Pagán 2004, 94 afirma que Josefo usó su asesinato para asegurar a sus lectores que la moralidad no puede ser atropellada por la tiranía.

[27] Cfr. Barrett 1989; Invernante 2011.

[28] Levick 1976a, 202-203; Barrett 1989, 66; Rogers 1935, 138-140.

[29] Tac. *Ann*. III 51, 3 y Boecio, *Cons*. *Fil*. I 4, 94 parecen reflejar una tradición en la que Cano estuvo realmente involucrado en un complot. Cfr. Barrett 1989, 157; Sheldon 2018, 97.

[30] Cfr. v. gr. Grainger 2003.

[31] Cfr. Wiseman 1982, 57-67; Galimberti 1999, 205-215; Swan 1970, 159-161; Osgood 2011, 45-46.

[32] Sobre Estatilio: Swan 1964, 192; Cogitore 2002, 202-205; Tortoriello 2004, 563-65; Osgood 2011, 149.

[33] Cass. Dio LX 31, 1-5 y Juv. *Sat*. 10, 329, 45 corroboran la narración básica de Tácito sobre el matrimonio de Mesalina con Silio y su posterior ejecución sin juicio. Cfr. Barrett (1996), 274-275, n. 86.

[34] Pack 1943, 150-151; Sheldon 2018, 126-130 (sobre los síntomas de la intoxicación por setas).

[35] Varios estudiosos han argumentado que Claudio pudo no ser asesinado sino haber muerto por causas naturales, debido a la ingesta de setas venenosas: Grimm-Samuel 1991; Barrett 1996, 137-142; Champlin 2003, 46-48; Aveline 2004; Osgood 2011, 242-250.

[36] Cfr. Swan 1964, 195-96; Griffin 1984, 166-170; Shotter 2008, 146-152; Holland 2000, 181-196.

[37] Holland 2000, 206-207; Griffin 1984, 178-179; Sheldon 1988, 155-156.

[38] Sheldon 2023, 44.

[39] Las cohortes urbanas XV y XVI de Ostia y Puteoli fueron disueltas y sustituidas en Ostia por *vigiles*.

[40] Sobre la agitación política del año 71 e.c. y el problema de Helvidio, cfr. Sheldon 2023, 75-79.

[41] Se ha conjeturado que el propio Tito pudo falsificar el texto, dado que Cecina no habría necesitado preparar un texto de antemano, máxime uno que lo incriminaba. Cfr. Levick 1999, 193; Sheldon 2023, 79-82.

[42] La tradición posterior reflejó la creencia en la mala reputación de Tito como alguien que podría convertirse en un «segundo Nerón» (Suet. *Tit.* 7, 1; Aur. Vic. *de Caes.*10, 5); cfr. Griffin 2000, 46.

[43] Hay desacuerdo sobre la fecha de la ejecución. Cfr. Braginton 1943/1944, 403; Viscusi 1973, 142; Jones 1990, 348-349; Jones 1992, 47; Penwill 2003, 367-368.

[44] Sheldon 2023, 179-183 sobre las fuentes.

[45] Syme 1930, 67; Waters 1964, 73; Griffin 2000, 66 asume un cambio radical en la conducta de Domiciano.

[46] Sobre Clemente: Jones 1992, 47-48; Grainger 2003, 12; Collins 2009, 86; Sheldon 2023, 194-195 con fuentes.

[47] Grainger 2003.

[48] Cfr. Rudich 1993, xxii.

[49] Bueno de Mesquita y Smith 2011, 41.

XIII
LA RECOPILACIÓN DE INFORMACIÓN EN LAS PROVINCIAS
Gobernadores y ejército en el Alto Imperio (27 a.e.c.-284 e.c.)

Juan José Palao Vicente

Cuando Augusto instauró el Principado, tuvo claro que una de las condiciones necesarias para que el nuevo régimen se afianzase y se mantuviera en el tiempo era garantizar la paz y la seguridad interior de los territorios que configuraban el vasto Imperio romano. Heredero de un periodo caracterizado por las turbulencias políticas que ocasionaron tres guerras civiles en apenas medio siglo, el nuevo dueño de Roma fue consciente de que su objetivo más inmediato era imponer la ley y el orden dentro de las fronteras romanas[1]. Más allá de la retórica interesada que muestran muchas de las fuentes coetáneas de Augusto en relación con esta cuestión, no hay dudas de que el fundador del Imperio se tomó muy en serio esa tarea y sentó las bases de un sistema que, a pesar de sus deficiencias, cumplió con ese cometido. Tácito, un autor poco sospechoso de ser partidario del nuevo régimen, no deja lugar a dudas sobre las ventajas que al respecto supusieron las reformas augusteas (Tac. *Ann*. I 2).

El *princeps* comprendió que una de las primeras medidas que debía tomar para lograr ese objetivo era reorganizar la gestión y administración de las provincias. Sin embargo, fue consciente de que no podía desbaratar la secular organización provincial republicana. Por ello se vio obligado a mantener algunos de los principios que habían regido ese sistema, si bien modificándolos para erradicar muchos de los problemas y abusos que se habían dado en el pasado e introduciendo, al mismo tiempo, novedades que sirvieran a sus intereses y a las necesidades del nuevo régimen.

Sabedor de la importancia de tener bajo su autoridad los territorios y, muy en especial, el ejército, Augusto dividió las provincias entre imperiales y senatoriales o del pueblo romano. Las primeras estaban bajo el control directo del emperador, quien delegaba su autoridad en unos representantes elegidos por él. En aquellas que constituían frontera de los territorios controlados por Roma o que habían sido recientemente incorporadas a la

órbita romana se destinaban tropas legionarias de forma permanente. Las provincias del pueblo eran administradas por el Senado, siendo esta ancestral institución la que nombraba a sus delegados en esos territorios. Frente a las imperiales, estas provincias dejaron de disponer definitivamente de legiones bajo el control de los gobernadores a partir del año 39 e.c.

Con independencia de esta división teórica, todas las provincias estuvieron supeditadas al emperador, pues era él quien, en última instancia, ejercía el poder sobre el conjunto de los territorios del Imperio[2]. No obstante, cada gobernador constituía la máxima autoridad en su circunscripción. Una famosa disposición de Ulpiano no deja lugar a dudas: «el gobernador de la provincia es la máxima autoridad que hay en esa provincia después del emperador»[3].

Las funciones de estos representantes de Roma en los territorios extraitálicos fueron, en la mayoría de los aspectos, similares, con independencia de si se trataba de provincias senatoriales o imperiales[4], siendo aplicable asimismo en aquellas provincias a cuya cabeza se encontraba un prefecto de rango ecuestre. Las fuentes, en especial las jurídicas, explicitan esas tareas. Como delegado del emperador o representante del Senado, el gobernador debía impartir justicia y garantizar la paz y la seguridad en su provincia (*Dig*. I 16, 9 pr.; *Dig*. I 17, 2). En relación con esto último, los textos indican lo siguiente:

> Un gobernador bueno y responsable debe velar por que la provincia que gobierna permanezca pacificada y tranquila *(pacata et quieta)*. Logrará esto sin dificultad si persigue seriamente a los hombres malvados y los expulsa de su provincia. Pues debe perseguir a los que cometen sacrilegios, a los bandidos, a los secuestradores y a los ladrones, castigando a cada uno en proporción al delito que haya cometido. También debe reprimir a sus cómplices, sin los cuales un bandido no puede permanecer oculto mucho tiempo (*Dig*. I 18, 13, pr.).

Diferentes disposiciones recogidas en el *Digesto* referidas al control y represión de esos elementos potencialmente peligrosos para la estabilidad del sistema demuestran que dichas actividades constituyeron los principales mandatos de estos gobernadores[5]. Los recursos humanos y materiales con los que contaban para lograr esos objetivos diferían en función de la categoría, la extensión o las circunstancias militares y políticas de cada provincia. Así, en aquellas que eran fronterizas, y que se correspondían

mayoritariamente con las de rango imperial, esa paz y tranquilidad estuvieron ligadas tanto a cuestiones internas como externas, siendo necesario velar al mismo tiempo por los asuntos de la provincia sin olvidar las potenciales amenazas exteriores. En estas, el gobernador disponía de tropas, tanto legionarias como auxiliares. Sin embargo, no todas las provincias imperiales contaban con unidades legionarias en sus territorios de forma permanente; en ocasiones, ni siquiera auxiliares. Se trataba de aquellas de menor tamaño e importancia estratégica, cuyos gobernadores tenían rango pretoriano y no consular, como era el caso, entre otras, de la Lusitania. No obstante, estos legados podían contar con tropas específicas o bien con efectivos enviados desde una provincia imperial de rango consular, tal como muestra el caso de la capital de la Lugdunense, que dispuso de sendas cohortes urbanas desde inicios del Principado y, a partir de la época de los Severos, de tropas desgajadas de las vecinas legiones germanas[6]. Las provincias que estaban dirigidas por prefectos de rango ecuestre disponían asimismo de tropas auxiliares. En aquellas que estaban pacificadas y bien integradas en el sistema romano o alejadas de los frentes bélicos, que se correspondían con las de tipo senatorial, los objetivos del gobernador de turno se centraban principalmente en los asuntos internos. La disponibilidad de unidades legionarias en estas provincias no estaba contemplada, aunque las fuentes muestran que algunas de ellas poseían unidades auxiliares, cuyo cometido habría sido, precisamente, el mantenimiento de la paz y el orden interno[7]. Una prueba de esta situación se tiene en el caso de Plinio, gobernador de la provincia de Ponto-Bitinia, que contó con tropas bajo su mando (Plin. *Ep*. X 21, 1).

Una de las formas más efectivas que tenían estos gobernadores para cumplir con las obligaciones del cargo era la obtención de información, capaz de permitirles adelantarse a los acontecimientos y evitar así tener que recurrir a la actuación represiva; es lo que los estudiosos en la materia denominan inteligencia estratégica[8]. El objetivo de estas páginas es identificar los métodos y procedimientos de los que se valieron estos representantes de Roma en las provincias para alcanzar sus objetivos y analizar el papel que los integrantes del ejército tuvieron en ese proceso.

LA RECOPILACIÓN DE INFORMACIÓN POR LOS GOBERNADORES: UN PROBLEMA (AUNQUE NO SOLO) DE

FUENTES

Analizar la obtención de información por parte de los gobernadores del periodo imperial y su utilización para el gobierno de sus provincias no resulta una tarea sencilla debido, sobre todo, a la documentación disponible. Si, por sus propias características, los asuntos relacionados con las labores de inteligencia han constituido desde siempre un tema delicado y opaco, con independencia del periodo o del Estado implicado, en el caso de la Roma imperial supone un problema añadido.

La propia naturaleza de los soportes donde se materializaba toda la documentación oficial –papiros y tablillas de madera principalmente– ha dificultado la conservación de ese tipo de documentos y ha hecho, en consecuencia, que sea un número muy limitado de testimonios el que ha llegado hasta nuestros días. Además, mientras que se dispone de algunas obras específicas, amén de abundantes referencias indirectas sobre la obtención de datos en la guerra y, más concretamente, en el campo de batalla –es decir, de lo que se denomina la inteligencia táctica[9]–, no existe ningún tratado centrado en las labores de inteligencia por parte de las autoridades romanas (centrales o provinciales), a imagen y semejanza de lo constatado en otros Estados o entidades políticas de la Antigüedad.

Estas carencias deben ser suplidas a partir del examen detallado y comparado de las noticias parciales y discontinuas que se han conservado en fuentes de diferente naturaleza del periodo imperial. De esta forma, son los testimonios aportados por los textos jurídicos, literarios y epigráficos los que constituyen la base para llevar a cabo el estudio de las labores de inteligencia en la antigua Roma, si bien hay que señalar que se trata de fuentes que aportan muy pocos datos sobre esta cuestión, que únicamente permiten conocer las líneas generales del proceso y algunos de los actores implicados, pero no los detalles del mismo.

Entre las fuentes literarias disponibles cabe destacar la correspondencia entre Plinio el Joven, cuando fue gobernador en la provincia del Ponto-Bitinia, y el emperador Trajano, donde diversos pasajes nos informan de las diferentes actuaciones que en este campo llevaban a cabo los gobernadores. Aunque pertenece a una época anterior al periodo objeto de estudio en este capítulo, la correspondencia de Cicerón cuando fue gobernador en la provincia de Cilicia es igual de útil para conocer los mecanismos básicos de

los que disponía un representante de Roma para mantenerse informado de los asuntos de su provincia. También son valiosos los testimonios literarios relacionados con las persecuciones y martirios de los cristianos. En este caso, y a pesar del marcado sesgo propagandístico que presenta este tipo de relatos y de que algunos de ellos se sitúan en un periodo inmediatamente posterior al analizado aquí, resultan de gran interés en lo que se refiere a la recopilación de la información por parte de los gobernadores para proceder al arresto y enjuiciamiento de esos primeros cristianos.

La epigrafía, aunque más abundante que las referencias literarias, es más parca en relación con los métodos relacionados con las tareas de inteligencia, aunque constituye una fuente fundamental para identificar a los protagonistas de ese proceso, pues las alusiones se centran en los distintos integrantes de las tropas que participaron en labores de inteligencia o que ejercieron como instrumentos de la represión oficial.

Mención aparte en este apartado, por el tipo de noticias que aportan, merecen los textos en papiros, vinculados a Egipto y a las provincias orientales del Imperio, así como las tablillas de madera, cuya procedencia se sitúa en Britania y, con menor incidencia, en las provincias germanas. Estos documentos aportan detalles precisos sobre algunos aspectos del funcionamiento de la recopilación de información. A pesar de la distancia geográfica que presentan ambos tipos de soportes, se ha podido comprobar que los métodos asociados a la inteligencia fueron similares en las dos partes del Imperio.

LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO SISTEMA

Como se ha señalado, la instauración del Principado conllevó una serie de cambios que afectaron a la administración de las provincias y a su organización. Frente al sistema republicano, caracterizado por la temporalidad de los cargos y la ausencia de un proyecto de gobierno, el nuevo régimen, basado en una marcada centralización del poder y en un mayor control de los territorios y de los cargos por parte del emperador, supuso la estabilización y regularización del sistema provincial. El estancamiento de la expansión territorial a raíz del desastre de Varo en el 9 e.c. y la consiguiente fijación de las fronteras contribuyeron asimismo a la sistematización de las labores de los gobernadores provinciales, que ya no

fueron en esencia militares encargados de la conquista y control de los territorios, sino sus gobernantes y administradores.

Para llevar a cabo sus funciones, los gobernadores contaron con recursos humanos y materiales. Entre los primeros figuraban los miembros del *ordo* senatorial que colaboraban con ellos en las labores del gobierno provincial, como cuestores y legados, los integrantes de su *consilium,* los subordinados directos de su equipo de gobierno, las tropas destinadas en sus provincias y los integrantes de sus *officia,* departamentos en los que se integraban tanto personal civil como militar[10]. En lo tocante a los recursos materiales, se encontraban los medios financieros y técnicos puestos a su disposición. Entre estos, por su estrecha relación con el tema de la inteligencia, destaca la creación de un sistema de comunicaciones. Fue Augusto quien desarrolló el sistema viario existente y quien creó una red de transporte público con el objetivo de optimizar las comunicaciones oficiales entre Roma y el resto de territorios. Una referencia de Suetonio parece dar a entender que dicha decisión estuvo motivada precisamente por la necesidad de que la información que se generaba en las provincias llegase de forma rápida a Roma (Suet. *Aug*. 49, 5).

Dicho sistema, denominado *vehiculatio* en un primer momento y más tarde *cursus publicus,* consistió en una red de vías y de postas que permitían la movilidad de personas e información de una manera más efectiva y rápida[11]. No hay dudas de que los gobernadores provinciales, origen y destino de ese flujo, se beneficiaron de ese sistema para sus propios fines. Del transporte de esa documentación oficial, especialmente la más sensible y relacionada con los asuntos militares, debieron encargarse los soldados especializados en esas tareas, como los *speculatores,* aunque también fueron autorizados para su utilización agentes oficiales conocidos como *tabellarii* (Suet. *Calig*. 44, 22; Tac. *Hist*. II 73).

Más allá de los recursos, la principal transformación asociada al nuevo sistema imperial fue la estabilización y centralización de la burocracia provincial, donde el gobernador y su *officium* constituían el centro de todo el engranaje administrativo[12]. La configuración paralela de un ejército profesional y permanente que, de forma progresiva, fue vinculándose a las provincias donde estaba destinado, también contribuyó de manera decisiva al gobierno y administración de esos territorios, entre cuyas tareas se hallaban las labores de inteligencia.

EL PROCESO DE RECOPILACIÓN DE INFORMACIÓN POR LOS GOBERNADORES DURANTE EL PRINCIPADO: ENTRE LA CONTINUIDAD Y LA INNOVACIÓN

A pesar de esos y otros cambios operados en la etapa imperial, los nuevos gobernadores fueron en muchos aspectos continuadores de sus predecesores republicanos en sus labores de gobierno. Como han demostrado diversos estudios, durante la República tanto la inteligencia estratégica como la táctica se vieron expuestas a severas limitaciones[13]. Así, y exceptuando algunos ejemplos, entre los que destaca por encima del resto la figura de César, la actuación de la mayoría de los *imperatores* y gobernadores de la etapa republicana en materia de inteligencia se caracterizó por una baja previsión y una elevada improvisación. Ese comportamiento venía condicionado en gran medida por el propio sistema, en el que la gestión de los asuntos políticos y militares adoleció de un exceso de temporalidad y una escasa supervisión. En efecto, y como señalan las fuentes, la elevada libertad de estos mandos durante el periodo republicano y el laxo control que ejerció el Senado sobre ellos hicieron que fueran su capacidad y las propias circunstancias de cada momento las que determinaron la compilación de datos en relación con las campañas militares y, en menor medida, con sus labores de administración y control de esos territorios. Del mismo modo, la ausencia entre su personal de cuadros administrativos estables dificultaba enormemente la creación de un sistema de inteligencia fijo y permanente. De hecho, la falta, en la mayoría de los casos, de una sede estable de gobierno impidió la creación de verdaderos archivos donde disponer de documentación y de un personal continuo y dedicado a gestionar esa información. De esta forma, una parte de los gobernadores llegados a su nuevo destino desconocía la situación de su provincia en muchos aspectos. Buena prueba de ello se encuentra en una de las cartas de Cicerón a Apio Claudio Pulcro, su predecesor en el cargo como gobernador de Cilicia, señalándole que no tenía noticias sobre tres de las cohortes que tenía a su disposición como gobernador (Cic. *Fam*. II 6, 5). Esa falta de continuidad en el mando y la ausencia de registros dificultaban, por una parte, el establecimiento de vínculos con las gentes y los territorios que gobernaban, y, por otra, impedía la conformación de un auténtico corpus de conocimientos acumulado a lo largo del tiempo que las autoridades romanas

podían haber aprovechado para sus intereses de gobierno.

La correspondencia de Cicerón durante su mandato en la provincia de Cilicia constituye la mejor fuente para conocer los métodos que utilizaba un gobernador a finales de la República para obtener información necesaria para el buen desarrollo de sus funciones. Según su propio relato, las principales fuentes de noticias sobre su provincia y sobre los potenciales peligros que la acechaban desde las tierras vecinas no provenían de sus propios recursos humanos y materiales, sino de terceras vías.

Más allá del ejemplo de Cicerón, el repaso de la escasa documentación disponible muestra la baja intervención del personal civil o militar asociado a esos gobernadores republicanos en ese proceso. Las referencias directas a la implicación de los miembros del equipo del gobernador o de los integrantes de los efectivos militares son escasas y restringidas principalmente a los episodios bélicos. Las fuentes literarias aluden al empleo de soldados como informantes al servicio de los generales, como fueron los *exploratores* y *speculatores,* y su equivalente en griego *katáskopoi,* aunque estos fueron empleados mayoritariamente en relación con la preparación de alguna campaña o ya en pleno conflicto[14].

La impresión que se deriva de todo ello es que, fuera de las operaciones militares, la información que obtenían los gobernadores era de una calidad cuando menos cuestionable, pues se basaba en rumores de procedencia no siempre clara, en los comerciantes que circulaban por dentro y fuera de las provincias, y en la buena voluntad de los Estados aliados o clientes de Roma. Los problemas de veracidad y el nivel de utilidad de esas informaciones se hacían todavía más evidentes cuando era el propio Senado quien debía tomar las decisiones sobre la actuación en los territorios extraitálicos a partir de esos datos. Este panorama explicaría en gran medida la libertad de acción que tuvieron los representantes de Roma en las provincias durante época republicana y su elevado nivel de improvisación que muestran los textos.

La instauración del Principado y, con él, los nuevos cambios en la administración y gestión de las provincias trajeron consigo algunas novedades en este campo por parte de las autoridades imperiales y provinciales. No obstante, esos cambios no fueron inmediatos ni radicales con respecto al periodo anterior y hubo que esperar a finales del siglo I e.c. e inicios del II e.c. para que las actividades de inteligencia y su gestión

alcanzasen cierta sistematización. De hecho, la documentación disponible muestra que, durante los primeros momentos del Principado, tanto los gobernadores de las provincias senatoriales como los de las provincias imperiales continuaron en muchos aspectos con los mismos métodos en las labores de inteligencia que sus predecesores de época republicana. Entre las fuentes principales siguen figurando los comerciantes, los viajeros, las autoridades locales, así como algunos elementos de la propia población civil, a los que las fuentes literarias se refieren bajo diferentes denominaciones y que pueden englobarse bajo el término genérico de «informantes». Todos ellos aportaban noticias de variada calidad e interés para los asuntos civiles y militares.

Una prueba de las deficiencias que seguía presentando la inteligencia romana en los inicios del Imperio se halla en una noticia de Estrabón, autor del periodo augusteo, en la que expone las carencias de los conocimientos geográficos por parte de los responsables romanos, a los que califica abiertamente de ignorantes por no informarse sobre el territorio, desconocimiento que se encontraba en la base de importantes derrotas romanas, siendo el ejemplo más significativo el de la *clades Variana,* donde el ejército romano perdió tres legiones a manos de las tropas del líder querusco Arminio (Str. I 17, 10).

Precisamente, el episodio del bosque de Teutoburgo sirve de ejemplo de esas carencias en las labores de inteligencia por parte de los gobernadores y generales de comienzos del Principado y muestra la continuidad de los métodos de inteligencia con respecto a sus predecesores republicanos. En efecto, las fuentes narran cómo Varo descuidó las noticias sobre los movimientos de las tribus germanas durante su periplo estival y no se preocupó por conocer cuál era el mejor itinerario a seguir ni por informarse sobre las fuerzas disponibles en los fuertes fronterizos, fiándose de los datos aportados por los aliados germanos (Vell. Pat. II 118, 4). El resultado de esa negligencia es bien conocido. Más allá del carácter edificante que presenta este incidente en la literatura posterior, sirve de ejemplo para ilustrar cómo en los momentos iniciales del Principado la inteligencia romana carecía de un verdadero sistema organizado y estructurado, lo que no impide, tal como se sabe por otras referencias literarias, que en la preparación de algunas campañas se llevaran a cabo labores de exploración y pesquisas previas[15].

Casi setenta años después del desastre de Varo, Agrícola seguía fiándose

de la información aportada por los comerciantes que provenían del otro lado de la frontera. Tácito, al presentar la situación previa a una campaña contra Hibernia, señala que «los accesos y los puertos son conocidos a través del comercio y los comerciantes» *–per commercia et negotiatores cogniti–* (Tac. *Agr*. 24, 2-3).

Dejando a un lado las cuestiones asociadas a la inteligencia táctica que afectaban a los territorios fronterizos, la amplitud territorial de muchas de las provincias y los recursos limitados –tanto materiales como humanos– de los que disponían la mayoría de estos gobernadores dificultaron las tareas de hacerse con información estratégica en sus provincias. Esta circunstancia explicaría en parte la multiplicación casi por dos del número de provincias a partir de Diocleciano:

> A fin de que el terror llegase a todas partes, las provincias fueron subdivididas hasta el infinito. En consecuencia, numerosos gobernadores y oficiales inferiores oprimían a cada una de las regiones, incluso casi a cada una de las ciudades (Lactant. *De mort. pers*. VII 4).

Al margen del tono apocalíptico que caracteriza a este autor y del innegable beneficio recaudatorio de la medida, no debe descartarse otra de las consecuencias que llevó aparejada esta decisión: la reducción del tamaño de muchas de las provincias y, consecuentemente, la mejora en las labores de inteligencia llevadas a cabo por los servicios de los que disponían los gobernadores. No debe olvidarse que, en este periodo, las fuentes literarias, con mayor o menor intencionalidad, señalan el marcado carácter inquisidor de la administración y el ambiente de sospecha reinante en la sociedad, coincidiendo además con el protagonismo de los *agentes in rebus* en el relato.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, los métodos empleados por los gobernadores para recopilar la información necesaria para sus labores de gobierno debieron de ser diversos y reflejan la amplia gama de obligaciones que tenía que afrontar la administración provincial. Esos métodos dependieron tanto de las características de las provincias como de las necesidades y circunstancias de cada momento.

El desconocimiento del terreno por parte de las autoridades civiles y militares que denunciaba Estrabón a comienzos del Principado fue progresivamente subsanado mediante diferentes medios. Uno de ellos fue la

inspección personal de los territorios por parte de los propios gobernadores, en especial de aquellos con destino en provincias fronterizas. El único ejemplo que nos ha llegado con detalle es el de Arriano, gobernador en Capadocia durante el gobierno de Adriano, que escribió un periplo del mar Negro, fruto de su viaje por la provincia. Interesante al respecto son las alusiones del propio Arriano a las inspecciones que realizó en las distintas guarniciones y pueblos situados al otro lado de las fronteras. Aunque se trata del único documento de estas características, es muy probable que los gobernadores llevaran a cabo este tipo de viajes por sus provincias, más allá de los que estaban obligados a realizar para la impartición de justicia.

A pesar de los beneficios que podía reportar esta práctica para el conocimiento directo de la realidad de las provincias, resultaba poco provechosa para determinados intereses y necesidades de los gobernadores, pues, amén de la gran cantidad de tiempo que debían invertir, el tipo de información recopilada no siempre era la que se necesitaba. Esta circunstancia, unida a la disponibilidad de tropas en muchas de las provincias y su progresiva vinculación a las funciones de gobierno, llevó a los gobernadores a emplear a los efectivos militares en funciones de espionaje no solo en el ámbito militar sino también en el civil. La comentada relación que desde época muy temprana se constata entre militares y las sedes de los gobernadores provinciales constituye la mejor prueba de esa vinculación.

LOS MILITARES Y LA RECOPILACIÓN DE LA INFORMACIÓN EN LAS PROVINCIAS

Como ya se ha señalado, para llevar a cabo sus labores de gobierno, los gobernadores de época imperial dispusieron de diferentes medios. Entre ellos se encontraba el personal que integró sus *officia,* verdaderos aparatos de la administración y gobierno de las provincias. Una parte estaba compuesta por personal civil, tanto libre como dependiente, de diferente procedencia y adscripción. Todo indica que, desde muy pronto, los gobernadores, especialmente los *legati Augusti pro praetore,* incluyeron soldados en estos departamentos procedentes de las tropas bajo su mando. En aquellas provincias imperiales que no contaban con tropas, los gobernadores recurrieron a los efectivos militares destinados en las

provincias vecinas, mientras que en las de rango consular podían disponer de tropas auxiliares.

La presencia de soldados en los *officia* provinciales no siempre resulta fácil de identificar en todos los casos ni en todos los periodos. Parte de esas dificultades provienen de la principal fuente para el conocimiento de estos departamentos: la epigrafía, una práctica que no se generalizó al mismo tiempo ni con la misma intensidad en todos los territorios del Imperio. Del mismo modo, la configuración de estos *officia* como verdaderas secciones integradas por soldados con funciones y denominaciones específicas no fue efectiva hasta comienzos del siglo II e.c., tal como muestra la documentación epigráfica y, en menor medida, la literaria, cuando mencionan a *beneficiarii, speculatores, frumentarii* y *commentarienses,* entre otros cargos. Es cierto que algunas de esas denominaciones se constataban ya en el ejército del periodo republicano realizando precisamente labores de espionaje o de mensajería, como es el caso de los *speculatores*. Sin embargo, todo apunta a que no se trató de soldados especializados en esas funciones ni al servicio continuado de los *imperatores,* sino que realizaban tareas de ese tipo de forma coyuntural. Muchos de ellos procedían de tropas montadas que, debido a su elevada movilidad, eran proclives a ser empleadas en misiones de espionaje y de correo.

La novedad que supuso el Principado fue la configuración de tales militares como verdaderos especialistas, diferenciándose de los simples *milites* y desarrollando labores asociadas a las funciones del gobernador, algunas de las cuales estuvieron estrechamente relacionadas con la recopilación y tratamiento de la información. Pero mucho antes de esa institucionalización, fechada a caballo entre el siglo I y el II e.c., los gobernadores ya recurrieron a los simples *milites* legionarios y auxiliares para que les ayudasen en sus labores de gobierno. Aunque las fuentes no son precisas sobre las actividades que desarrollaron estos militares, no cabe duda de que una parte de ellas estuvieron relacionadas con la recopilación y tratamiento de la información y la consiguiente acción de castigo o represiva cuando así lo requerían las circunstancias. No resulta sencillo, sin embargo, identificar los métodos empleados por estos soldados para tales fines, aunque el recurso a la violencia no debió de ser excepcional. Un testimonio interesante al respecto es el que recoge un papiro del periodo de

Septimio Severo en el que un decurión destinado en Arsínoe (Egipto) y dependiente de un centurión es acusado por el prefecto de haber torturado de forma indebida a uno de sus prisioneros (*P. Berol.* inv. 7347)[16]. El contexto de este documento no impide descartar la posibilidad de que el soldado estuviera intentando sonsacar algún tipo de información cuya naturaleza y destinatario se nos escapan. Otras veces pudieron actuar de forma más velada. Una referencia de Epicteto en sus *Disertaciones* parece mostrarnos otro de los medios que disponían los soldados para inquirir:

> Así también detienen en Roma los soldados a los atolondrados: se te sienta al lado un soldado vestido de civil y empieza a hablar mal del César, y luego tú, igual que si hubieras recibido de él como prenda de lealtad el que él comenzara las críticas, dices también cuanto piensas, y entonces te llevan preso (Epict. *Diss*. IV 13, 5).

A pesar del carácter didáctico que presenta la obra de este autor y del hecho de que el episodio se ambienta en Roma, esta anécdota podría estar reflejando uno de los métodos empleados por los militares para sus labores de inteligencia, conocido además por gran parte de la sociedad provincial. Sin embargo, no siempre esos militares eran los encargados de investigar directamente a los informantes; en ocasiones, hacían de meros transmisores entre las fuentes de información y las autoridades locales o provinciales, o bien se encargaban de expurgar y analizar los datos obtenidos.

Se desconoce el volumen de soldados que integraron los *officia* de los gobernadores durante el primer siglo del Principado. A partir de su institucionalización en el siglo II e.c., algunos autores han calculado unos cien hombres por cada legión destinada en una provincia[17]. Eso implicaría que el tamaño de los *officia* estaba directamente relacionado con el volumen de tropas, circunstancia que ha llevado a algunos investigadores a considerar que una parte importante de las labores de los gobernadores habría estado supeditada, en realidad, al apoyo de los efectivos militares destinados en sus provincias, haciendo de estos soldados verdaderos burócratas al servicio del ejército[18]. Sin embargo, no puede considerarse a estos soldados unos meros funcionarios destinados a tareas exclusivamente administrativas que apenas salían de las dependencias de la sede del gobernador, pues las fuentes nos los presentan llevando a cabo labores a lo largo y ancho de los territorios provinciales e imperiales. Precisamente, ese doble carácter añadía valor a sus funciones en relación

con las labores de inteligencia, pues suponía un complemento muy útil a la hora de examinar y explotar la información que sobre cuestiones relacionadas con la seguridad y el orden en las provincias llegaba al *officium* del gobernador.

No es objetivo de este trabajo llevar a cabo un examen exhaustivo de los militares integrantes de los *officia* provinciales, pero sí analizar sus funciones en relación con las labores de inteligencia asociadas a los gobernadores. Como se ha señalado, las funciones específicas que desempeñaron estos militares especialistas siguen sin estar del todo claras. Dejando a un lado algunos casos concretos, los intentos por delimitar sus cometidos chocan constantemente con unas fuentes literarias poco precisas y confusas en algunos casos y unos textos epigráficos en exceso sucintos. Debido a esto, la investigación actual ha optado por atribuirles funciones variadas que van desde el ámbito administrativo al militar. En esa amalgama de ocupaciones debieron de figurar, sin duda alguna, la obtención y transmisión de informaciones relevantes para el buen desempeño de las labores del gobernador. Así se explica la distribución de algunos de esos soldados especialistas a lo largo y ancho de las provincias de destino de sus tropas de origen, pero también en las provincias vecinas.

Un caso muy significativo al respecto es el de los *beneficiarii*. Estos soldados, desgajados de sus unidades originarias, sirvieron en los *officia* de los gobernadores, quienes, a su vez, podían distribuirlos fuera de la capital provincial. Aunque las modalidades de distribución fueron variadas, predominó su presencia en las *stationes*. Estos complejos aparecen mencionados por primera vez en los gobiernos de Augusto y Tiberio (Suet. *Aug*. 32, 3; Suet. *Tib*. 37, 1), aunque todo parece indicar que en ese periodo inicial su despliegue habría estado limitado a los territorios itálicos y en ellos habrían estado destinados simples soldados, ya que la configuración de este cargo especializado fue posterior. Es posible que, en el transcurso del siglo II, si no antes, se generalizasen por el conjunto del Imperio (Tert. *Apol*. II 8)[19]. Su ubicación estratégica en nudos viarios, en las entradas de las ciudades o en los puestos aduaneros facilitó que estos militares tuvieran acceso directo a una cantidad considerable de informes obtenidos por diferentes medios.

Pero los *beneficiarii* no fueron los únicos soldados desplegados a lo largo y ancho de las provincias vinculados a labores de espionaje o de

inteligencia. Si hay un grupo de militares asociados a esas tareas y, especialmente, al tránsito de la información, fueron los *frumentarii*. Al margen de los problemas sobre su vinculación y dependencia respecto a los gobernadores o al emperador de turno[20], no hay duda de que estos soldados especialistas tuvieron como principal función el transporte de correos entre los gobernadores y los emperadores. Buena prueba de ello es la inscripción del *frumentarius T(itus) V(a)rronius Maro* (*CIL* III, 2063 = *CIL* III, 8581) (fig. XIII.2). Este soldado, salido de la legión III *Cyrenaica,* recibió sepultura en la antigua *Salona,* capital de la provincia de Dalmacia, por su liberto Firmino en algún momento entre la segunda mitad del siglo II e.c. y la primera mitad de la siguiente centuria. Este, a la hora de describir el oficio de su *patronus,* indicó que se había pasado corriendo *(cucurrit)* como frumentario once años.



Fig. XIII.1. *AE* 1988, 938. Inscripción funeraria de *Q. Atilius Primus,* intérprete de la legión XV *Apollinaris.* Hallada en Boldog (Eslovaquia), lugar situado en el *Barbaricum* (fuera de los territorios del Imperio romano). Cronología: segunda mitad del siglo I e.c. –

inicios del siglo II e.c. Localización actual: empotrada en una pared de la iglesia de la Asunción de la Virgen María de Boldog (Eslovaquia).
Fotografía: Lure [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Boldog_kostol_02.jpg (bajo licencia Wikimedia Commons. Licence 3.0)].

La presencia de estos *frumentarii* de forma abundante en la documentación de los *officia* provinciales no permite dudar sobre sus labores al servicio de los gobernadores. Al igual que sucedió con otros *officiales,* sus funciones de correos y sus desplazamientos continuos en el seno de sus provincias militares, pero también fuera de ellas, los llevaron a asumir otros cometidos, entre los que debió de estar la recopilación de información para uso de sus superiores, convirtiéndolos, en la práctica, en espías o informadores secretos. Una noticia de Aurelio Víctor, no exenta de problemas de interpretación, se refiere a estos soldados de la siguiente manera:

> Y, con no menor interés, las magistraturas de tiempos de paz fueron reguladas por las leyes más justas y por la supresión de la nefasta clase de los espías *(frumentariorum)* de los emperadores, a quienes son muy semejantes los policías *(agentes rerum)* de ahora. Estos, aunque parecían haber sido creados para observar y comunicar qué movimientos podía haber en las provincias, después de tramar abominables crímenes y de inspirar miedo por todas partes, en especial entre los más alejados, saqueaban todo vergonzosamente (Aur. Vict. *Caes*. 39, 45).

La equiparación que hace el autor entre los *agentes in rebus* de su época y los *frumentarii* altoimperiales, a quienes considera sus predecesores, puede ser considerada una prueba sobre la continuidad de sus funciones relacionadas con labores de inteligencia[21].

Donde mejor se constata el empleo de soldados en labores de espionaje es en las provincias fronterizas y en aquellas con presencia de tropas legionarias de forma permanente. En algunos casos, esas tareas se relacionan con la obtención de información en territorio enemigo, aunque otras veces se trata de recopilar noticias sobre la población provincial. En el primer caso se atestigua el envío de hombres o de unidades especializadas a las propias fronteras e incluso al otro lado de las posiciones romanas. A partir del siglo II e.c. se constata en la documentación epigráfica la existencia de un número considerable de tropas de *exploratores*[22]. Los testimonios son abundantes en las tierras britanas, germanas y danubianas,

como demuestra una serie de epígrafes en los que se alude a este tipo de unidades[23]. La concentración de estos testimonios a partir de esa fecha podría ser considerada una prueba de la escasez de este tipo de actividad con anterioridad, aunque no es descartable que tal proliferación esté reflejando únicamente la aparición de unidades especializadas en la obtención de información en sustitución de los *speculatores,* que, a partir de ahora, realizarían labores de inteligencia vinculadas de forma directa a los gobernadores en sus provincias[24]. En relación con este asunto, una parte de la investigación ha considerado que, si bien se crearon unidades propias de caballería de carácter permanente para este tipo de funciones, se constata asimismo la presencia de soldados de infantería que no debieron formar parte de esas unidades, pero que fueron empleados para operar de forma individual y a pie, un modelo más adecuado para vigilar comunidades nativas en las inmediaciones de la frontera. Es probable que un fragmento de *óstrakon* hallado en el puesto adelantado de Bu Njem (Tripolitania) refleje esta circunstancia. En el texto se recoge el envío de un hombre (¿militar?) entre los garamantes *(cum Garamantibus),* un pueblo situado al otro lado de la frontera romana. El hecho de que el texto proceda de una guarnición podría ser considerado la prueba de algún tipo de actividad de inteligencia o, como proponen algunos autores, de alguna escolta asociada a alguna misión de tipo diplomático[25]. Pero, incluso en esta segunda hipótesis, la presencia de un militar constituía un buen instrumento para recabar información útil.

Resulta sencillo imaginar el tipo de noticias que recopilarían estos militares, aunque no se nos ha conservado ningún reporte de estas características. Interesante en este sentido es el contenido de una tablilla fragmentaria hallada en Vindolanda (Britania) y fechada entre finales del siglo I e inicios del II e.c. que dice lo siguiente: «Los britanos están desprotegidos de armaduras. La caballería es muy numerosa; los jinetes no usan espadas, ni los asquerosos britanos montan para lanzar sus jabalinas» (*Vind*. 164). Más allá de los calificativos al enemigo, hay autores que consideran que esta tablilla sería un informe realizado por un posible *explorator* sobre el terreno, aunque no es descartable que se trate de un informe escrito por el comandante de la unidad para hacérselo llegar al gobernador.

La presencia de *beneficiarii* consulares, tanto de forma aislada como

desplegados en *stationes* en las fronteras, parece probar su papel en tareas de inteligencia. Un testimonio interesante al respecto es el del *beneficiarius consularis* que dedicó un altar al *Genius Commercii* en Rakospalota-*Transaquincum*[26]. Este enclave, que unía territorio romano con tierras sármatas, constituyó un punto aduanero clave. Más allá de las posibles funciones de tipo administrativo que pudo haber llevado a cabo M. Aurelio Severino, las características del lugar lo convertían en un punto ideal para llevar a cabo labores de indagación en un momento en el que la región se convertía en una zona caliente desde el punto de vista bélico.

Estos soldados especialistas no fueron, sin embargo, los únicos que realizaron labores de espionaje al servicio de los gobernadores. Diferentes fuentes aluden a la presencia de simples soldados, tanto legionarios como auxiliares, desplazados de sus campamentos base y destinados asimismo a lugares estratégicos o a núcleos habitados. Algunos de ellos son fácilmente identificables en los textos literarios y epigráficos bajo el término *stationarius,* en clara relación con la realización de una misión en las citadas *stationes* fuera de sus bases principales. Entre los diversos cometidos que llevaron a cabo estos *stationarii* se encontraban los relacionados con la seguridad y la prevención de posibles peligros en las provincias[27], tareas en las que la recopilación de información resultaba esencial. Su contacto cotidiano con la población civil en ciudades, aldeas y nudos viario resultaba muy propicio para esas funciones.

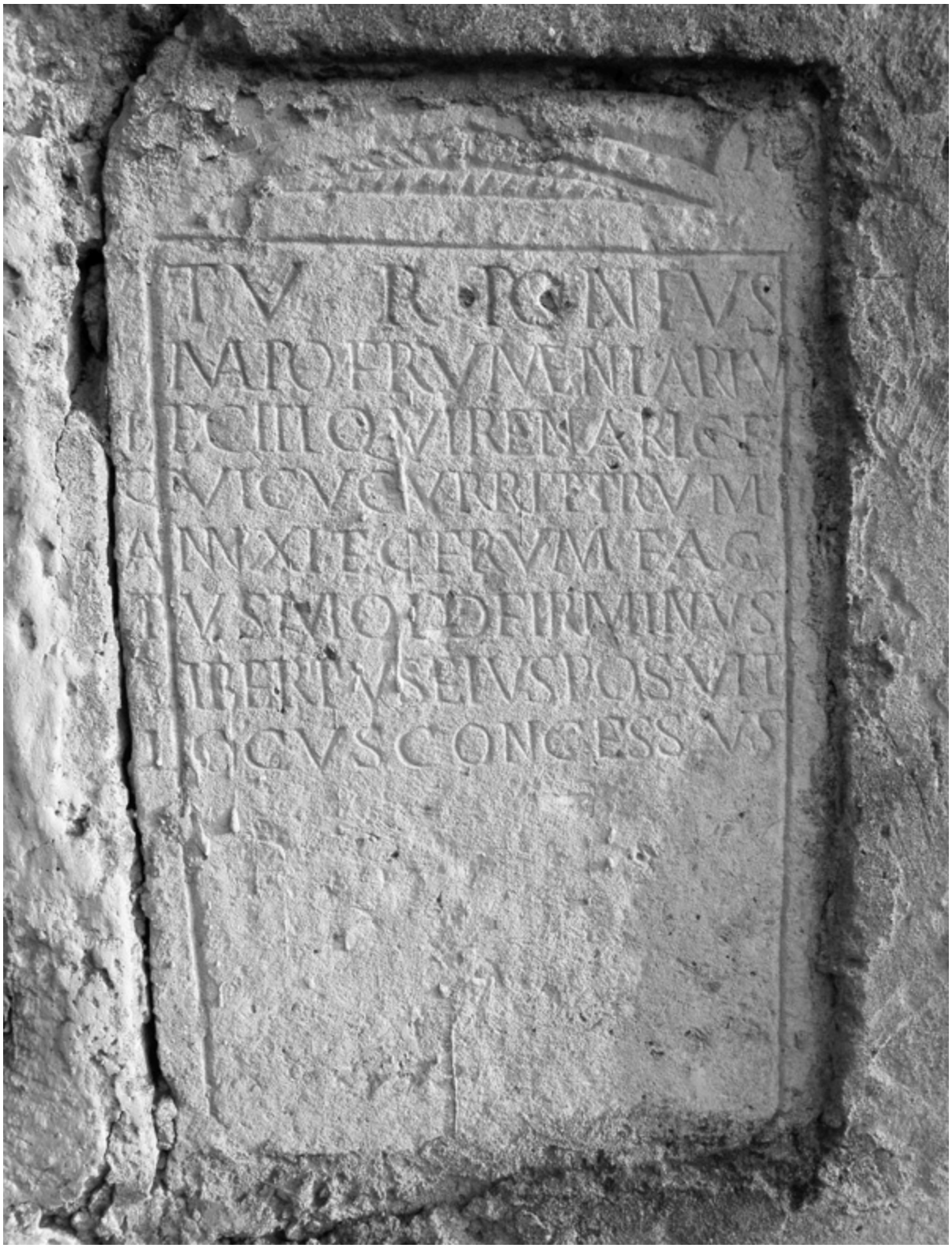


Fig. XIII.2. *CIL* III, 2063= *CIL* III, 8581. Inscripción funeraria de *T. Varronius Maro,* frumentario de la legión III *Quirenaica* (=*Cyrenaica*). Hallada en la antigua *Salona (Dalmatia),* actual Solin (Croacia). Cronología: 150-250 e.c. Localización actual:

empotrada en una casa cercana al anfiteatro romano de esa localidad.
Fotografía: I. Matijević. Fuente: Epigraphische Datebank Heidelberg HD063266
[https://edh.ub.uni-heidelberg.de/edh/foto/F036277]

El recurso a *interpretes* militares por los gobernadores constituye otra prueba directa de la obtención de información por parte de los gobernadores. Aunque las fuentes no son muy prolijas al respecto, se dispone de una serie de testimonios muy clarificadores (fig. XIII.1)[28]. La vinculación de esos traductores a las tropas ha llevado a pensar a una parte de la investigación que dichos soldados no habrían reportado la información a los gobernadores, sino que habrían estado al servicio de los comandantes de sus legiones. No obstante, hay que tener en consideración una serie de datos que parecen ir en la dirección contraria. Como se ha señalado, los gobernadores utilizaban todos aquellos recursos que estaban disponibles en la provincia que tenían bajo su mando. En este sentido, hay que tener en cuenta que no había diferencias en si el reporte les llegaba a través de las autoridades militares o mediante sus subordinados directos[29]. Hay que tener en cuenta que en dos de los epígrafes conservados se señala explícitamente su pertenencia al *officium* del gobernador, tal como indica la expresión *ex officio consularis* u *officii consularis* que figura en sendas inscripciones. Por si no fuera suficiente, ambos epígrafes se asocian a *Aquincum,* sede del gobernador provincial de Pannonia Inferior. De la misma forma, los dos *interpretes* que figura en una lista de soldados licenciados en el 195 e.c. en *Viminacium,* sede del gobernador de Moesia Superior (*CIL* III 14507), deben vincularse al *officium* provincial. No es descartable que el testimonio procedente de *Brigetio* (*AE* 1951, 103) también pueda relacionarse con el servicio al gobernador, a pesar de haber aparecido fuera de la sede[30].

De la comunicación directa entre los gobernadores y militares, independientemente de su pertenencia o no a los *officia,* dan buena cuenta algunos testimonios. En uno de los denominados *acta diurna* de Dura Europos (Siria) fechado un 29 de marzo entre los años 223 y 232 e.c.[31], se indica el regreso de un número indeterminado de integrantes de la *cohors XX Palmirenorum Severiana Alexandriana* que habían sido enviados a la sede del gobernador provincial con cartas: *reversi q(uondam) d(e)p(utati) ad praet(orium) praesidis cum epistul[i] mil […]* (*P. Dura* 82, col. II, lín.

7). Aunque dichas cartas han sido puestas en relación con la llegada de órdenes o *epistulae probatoriae* asociadas a la entrada de reclutas o caballos[32], no es descartable que este tipo de documentos estuvieran vinculados al envío de información sobre la situación en la frontera. Situación parecida encontramos en una de las tablillas de Vindolanda (*Vind*. I, 30 = *Vind*. 295), donde se menciona a un tal *Crispus* y a otro u otros individuos pertenecientes a la *cohors I Tungrorum* que habían sido enviados con cartas al gobernador en algún momento entre el 104 y el 120 e.c.: *Crispum et e[---]s ex coh(orte) / I Tungrorum quos cum epistulis ad consularem n(ostrum).*

UN SISTEMA IMPERFECTO

No hay duda de que las labores de inteligencia de los gobernadores provinciales lograron su cometido de forma amplia. La mejor prueba de ello es la pervivencia del régimen y el mantenimiento de la *pax et tranquillitas* en las provincias hasta finales del siglo III e.c. No obstante, este modelo no fue perfecto y tuvo lagunas que se materializaron en diferentes incidentes que recogen las fuentes. Estos, sin embargo, no deben ser considerados la prueba del fracaso del sistema, sino la excepción que confirma la regla. El aborto de cualquier peligro contra el orden en las provincias quedaba en el secreto del *officium* del gobernador o de las autoridades militares, sin que trascendiera a la opinión pública o a los autores clásicos, en clara relación con esa falsa regla periodística de que «solo las malas noticias son noticias». De esta forma, únicamente nos han llegado los fracasos de ese sistema, aunque pocas veces se conocen sus éxitos.

Cualquier fallo o error en la obtención y gestión de la información podía resultar fatal para los cometidos del gobernador, aunque también para los propios cuadros del poder provincial. Un buen ejemplo es el asesinato del gobernador provisional Lucio Calpurnio Pisón en las inmediaciones de la antigua *Termes* (Hispania citerior) mientras llevaba a cabo un desplazamiento por la provincia durante el gobierno de Tiberio (Tac. *Ann*. IV 45). Contrariamente a lo que parece desprenderse de la narración de Tácito, este magnicidio no parece haber sido un acto improvisado ni el resultado de la iniciativa aislada de un individuo. Es probable que fuera el desenlace del descontento y malestar de estas comunidades ante unas

medidas desfavorables para la población civil por parte de las autoridades romanas, ya fuera en el ámbito fiscal, con un incremento de las tasas, o en el militar, con una leva demasiado exigente. Ese ambiente hostil, sin embargo, no fue detectado por los mecanismos de los que disponía el gobernador, quizá porque, como se ha señalado, el sistema todavía no había alcanzado un desarrollo suficiente.

Este tipo de desórdenes preocuparon a las autoridades provinciales, pues en ellos veían un potencial peligro para esa paz social que debían asegurar en sus demarcaciones. Independientemente de las causas que los originaban –sociales, políticas o económicas–, los gobernadores pusieron el máximo celo en evitarlas. Se entiende así la disposición de tropas por lugares estratégicos y en las propias comunidades civiles en un intento por adelantarse a los acontecimientos.

El nuevo régimen político instaurado por Augusto basó su supervivencia en la erradicación de la conflictividad social y política de los territorios imperiales. El mantenimiento de esa *pax romana* constituía la base del funcionamiento del sistema. Desde el inicio del Principado, los representantes del poder de Roma en las provincias fueron los encargados de llevar a cabo esa tarea. Más allá de las actividades coercitivas y represivas que habían caracterizado el control y el mantenimiento del orden en el periodo republicano, la estabilización del sistema administrativo provincial y la creación de un ejército profesional y permanente vinculado a las provincias de acantonamiento permitieron a los gobernadores establecer un sistema de recopilación y de gestión de la información capaz de facilitarles su tarea en este campo y suplir la escasez de recursos humanos y materiales. Dicho sistema se implantó de forma progresiva desde los inicios mismos del Imperio, aunque no alcanzó su madurez hasta el siglo II e.c.

Los integrantes de las tropas romanas tuvieron un papel clave en esas labores, pues, además de estar bajo el control de los gobernadores, sus propias características los convertían en un instrumento idóneo. Su presencia cotidiana en los territorios provinciales, su elevada movilidad y la existencia de militares con elevados niveles de especialización fueron determinantes para ello. La creación de auténticas escalas de soldados especialistas en esas funciones en los *officia* provinciales así lo confirman. Sin embargo, no se puede hablar de la existencia de un servicio de inteligencia entre los gobernadores provinciales de época imperial, pues

ninguno de los actores –ni civiles ni militares– formó parte de un cuerpo específico dedicado a unas labores que, en la práctica, constituyeron una función más asociada a su actividad.

BIBLIOGRAFÍA

Austin, Norman J. E. y Rankov, N. Boris (1998), Exploratio. *Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople,* Nueva York, Routledge (1.ª ed., Londres, Routledge, 1995).

Bérard, François (2015), *L'armée romaine à Lyon,* Roma, École Française de Rome.

Bérenger, Agnès (2014), *Le métier de gouverneur dans l'empire romain. De César à Dioclétien,* París, De Boccard.

Carrié, Jean-Michel (2008), «Developments in Provincial and Local Administration», en Alan K. Bowman, Peter Garnsey y Averil Cameron (eds.), *The Cambridge Ancient History. Volume XII. The Crisis of Empire, A.D. 193-337 (2nd edition),* Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 267-312.

CBI = Schallmayer, Egon; Eil, Kordula; Ott, Joachim; Preuss, Gerhard y Wittkopf, Esther (1990), *Der römische Weihebezirk von Osterburken I. Corpus der griechischen und lateinischen Beneficiarier-Inschriften des Römischen Reiches,* Stuttgart, Konrad Theiss Verlag.

Eck, Werner (1986), «Prokonsuln und militärisches Kommando. Folgerungen aus Diplomen für prokonsulare Provinzen», en Werner Eck y Hartmut Wolff (eds.), *Heer und Integrationspolitik. Die römischen Militärdiplome als historische Quelle*, Colonia-Viena, Böhlau, 518-534 (= Eck 1997).

— (1996), «I sistemi di trasmissione delle comunicazioni d'ufficio in età altoimperiale», en Mario Pani (ed.), *Epigrafia e territorio. Politica e società,* Temi di antichità romane IV, Bari, Edipuglia, 331-352.

— (ed.) (1997), *Die Verwaltung des römischen Reiches in der hohen Kaiserzeit,* vol. 2, Basilea, Reinhardt, 187-202.

France, Jérôme y Nelis-Clément, Jocelyne (2014), «Tout en bas de l'empire. Les stations militaires et douanières, lieux de contrôle et de représentation du pouvoir», en Jérôme France y Jocelyne Nelis-Clément (eds.), *La statio.*

Archéologie d'un lieu de pouvoir dans l'empire romain, Burdeos, Ausonius Éditions, 117-245.
Fuhrmann, Christopher J. (2012), *Policing the Roman Empire. Soldiers, Administration, and Public Order,* Nueva York, Oxford University Press.
Guédon, Stéphanie (2018), *La frontière romaine de l'Africa sous le Haut-Empire,* Madrid, Casa de Velázquez.
Haensch, Rudolf (1997), *Capita provinciarum*. *Statthaltersitze und Provinzialverwaltung in der römischen Kaiserzeit,* Maguncia, Verlag Philipp von Zabern.
Hurlet, Fréderic (2006), *Le proconsul et le prince d'Auguste à Diocletien,* Burdeos, Ausonius Éditions.
Iovine, Iulio (2023), *Latin Military Papyri of Dura-Europos (P.Dura 55-145). A New Edition of the Texts, with Introduction and Notes,* Cambridge, Cambridge University Press.
Keegan, John (2012), *Inteligencia militar. Conocer al enemigo de Napoleón a Al Qaeda*, Madrid, Turner.
Kolb, Anne (2000), *Transport und Nachrichtentransfer im Römischen Reich,* Berlín, De Gruyter.
Le Roux, Patrick (2016), «Les empereurs romains et la guerre», en Catherine Wolff y Patrice Faure (eds.), *Les auxiliaires de l'armée romaine. Des alliés aux fédérés. Actes du sixième Congrès de Lyon (23-25 octobre 2014),* París, De Boccard, 127-152.
— (2024), *«Provincia inermis»,* en Simone Killen, Sandra Scheuble-Reiter y Stefanie Schmidt (eds.), Caput studiorum*. Festschrift für Rudolf Haensch zu seinem 65. Geburtstag,* Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 299-308.
Lewis, Naphtali (1993), «Notationes Legentis», *The Bulletin of the American Society of Papyrologists* 30, 3/4, 115-125.
Liberati, Anna Maria y Silverio, Enrico (2010), *Servizi segreti in Roma antica. Informazioni e sicurezza dagli initia Urbis all'impero universale,* Roma, «L'Erma» di Bretschneider.
Mairs, Rachel (2020), «*Interpretes, Negotiatores* and the Roman Army», en James Clackson, Patrick James, Katherine Mcdonald, Livia Tagliapietra y Nicholas Zair (eds.), *Migration, Mobility and Language. Contact around the Ancient Mediterranean,* Cambridge, Cambridge University Press, 203-229.

Nelis-Clément, Jocelyne (2000), *Les* beneficiarii: *militaires et administrateurs au service de l'Empire (Ier s. a.C.-VIe s. p.C.),* Burdeos, Ausonius Éditions.

— (2006), «Le gouverneur et la circulation de l'information dans les provinces romaines sous le Haut-Empire», en Laurent Capdetrey y Jocelyne Nelis-Clément (eds.), *La circulation de l'information dans les États antiques,* Burdeos, Ausonius Éditions, 141-160.

Palao Vicente, Juan José (2016), «La organización de la inteligencia militar y de los "servicios secretos" en el ejército romano», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro y Magdalena de Pazzis Pi Corrales (eds.), *La organización de los ejércitos,* Madrid, Universidad Complutense, 123-157.

Paniagua Aguilar, David (2006), *El panorama literario técnico-científico en Roma (siglos I-II d.C.) «et docere et delectare»,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

Rankov, N. Boris (1999), «The Governor's men: the *officium consularis* in provincial administration», en Adrian Goldsworthy e Ian Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community. Including Papers of a Conference Held at Birkbeck College, University of London on 11-12 January, 1997,* Ann Arbor, Michigan, 15-34.

Ritterling, Emil (1927), «Military Forces in the Senatorial Provinces», *Journal of Roman Studies* 17, 28-32.

Sheldon, Rose Mary (2005), *Intelligence Activities in Ancient Rome. Trust in the Gods, but Verify,* Londres/Nueva York, Routledge.

---

[1] Ese sería el verdadero significado de la *pax romana,* entendida como la paz civil en el interior de los territorios imperiales. Al respecto, cfr. Le Roux 2016, 132-134.

[2] Se ha considerado que esa superioridad se la concedía el llamado *imperium maius,* que permitió a los emperadores intervenir en las provincias asignadas al Senado. Tanto su existencia como la supuesta fecha de concesión de este poder son objeto de debate. Algunos autores han propuesto la creación de otros mecanismos con los que el emperador ejercería su dominio sobre las provincias senatoriales (Hurlet 2006, 193-194).

[3] *Dig*. I 16, 8 (= Ulp. Lib. XXXIX *ad Edictum*) y *Dig*. I 18, 4 (=Ulp. Lib. XXXIX *ad Edictum*): *praeses provinciae maius imperium in ea provincia habet omnibus post principem.*

[4] La historiografía moderna se refiere a las provincias sin presencia de tropas legionarias como *provinciae inermes*. No obstante, un reciente análisis de la documentación muestra que ese concepto

debe ser revisado (Le Roux 2024, 299-308). En el plano institucional, los procónsules no perdieron nunca su *imperium militiae,* aunque fueron desposeídos del mando efectivo de las legiones al ser monopolizado por el emperador.

[5] *Dig*. I 18, 3 (= Paul. *Lib. XIII ad Sabinum*) y *Dig*. XLVIII 13, 4, 2 (= Marc. *Lib. XIV Institutionum*).

[6] Bérard 2015, 17-136.

[7] El primero en señalar esa circunstancia fue Ritterling 1927, 28. Más recientemente, Eck 1986, 520-523 y 533-534 (= 1997, 189-191 y 201-202) y Hurlet 2006, 154-158.

[8] Sobre el concepto de inteligencia táctica y estratégica, cfr. Austin y Rankov 1998, 12-86 y Keegan 2012, 15-36.

[9] Un ejemplo paradigmático son los *Stratagemata* de Polieno. Sobre la literatura de los asuntos militares, cfr. Paniagua Aguilar 2006, 83-114.

[10] Haensch 1997, 714-720; Rankov 1999, 15-34; Bérenger 2014, 103-151.

[11] Kolb 2000, 51; Sheldon 2005, 143-148.

[12] Eck 1996, 331-352; Nelis-Clément 2006, 151-152.

[13] Una visión completa en Sheldon 2005, 11-140.

[14] Austin y Rankov 1998, 42-59; Palao Vicente 2016, 130-137.

[15] Plin. *HN* VI 141 (1 e.c.); Plin. *HN* VI 181 y 184 (61-63 e.c.).

[16] Para un estudio, cfr. Lewis 1993, 115-125.

[17] Rankov 1999, 15-34.

[18] Carrié 2008, 310-311 (para el siglo III e.c.).

[19] France y Nelis-Clément 2014, 119-167.

[20] Un balance de esta cuestión en Sheldon 2005, 255.

[21] Sobre los problemas de este pasaje y la equiparación, cfr. Fuhrmann 2012, 154-155.

[22] Sheldon 2005, 167-170; Liberati y Silverio 2010, 172-179.

[23] *Pap. Brit*. 2851 *(Moesia)* 101-104 e.c., *CIL* XIII, 6629; Stockstadt am Main *(Germania superior)* 178 e.c., *CIL* XIII, 6599; Seiopa *(Germania superior)* 171-250 e.c., *CIL* III, 3254; *Acumincum* (*Pannonia inferior,* Novi Slankamen, Hungría) siglos II-III e.c., *CIL* III, 11918b; *Biriciana* (*Raetia,* Weissenburg in Bayern, Alemania) siglos II-III e.c., *CIL* VII, 1037; *Bremenium* (*Britannia,* High Rochester, Inglaterra) inicios siglo III e.c., *CIL* VII, 1010; *Habitancum* (*Britannia,* Risingham, Inglaterra) inicios siglo III e.c., *CIL* VII, 1002; *Habitancum* (*Britannia,* Risingham, Inglaterra) 213 e.c., *CIL* VII, 1030; *Bremenium* (*Britannia,* High Rochester, Inglaterra) 238-241 e.c., *IG* XIV, 2433; *Massilia* (Narbonense, Marsella, Francia) inicios siglo III e.c., *CIL* VIII, 9906; *Pomaria* (*Mauretania Caesariensis,* Tlemcen, Argelia) 222-235 e.c.

[24] France y Nelis-Clément 2014, 161.

[25] Guédon 2018, 168.

[26] *CBI,* 388 (con la interpretación del texto).

[27] Fuhrmann 2012, 211-216.

[28] *CIL* III 10505 *Aquincum* (*Pannonia inferior,* Budapest, Hungría), 171-230 e.c., *CIL* III 14349, 5; *Contra Aquincum* (*Pannonia inferior,* Budapest, Hungría), siglo III e.c., *AE* 1988, 938; Boldog (Eslovaquia, *Barbaricum*), finales s. I e.c. – inicios s. II e.c., *AE* 1951, 103; *Brigetio* (*Pannonia superior,* Komárom-Szöny, Hungría), 201-250 e.c. Sobre estos intérpretes, cfr. Mairs 2020, 203-229.

[29] Mairs 2020, 219.

[30] Sobre su posible relación con el legado de la legión, cfr. Haensch 1997, 101, n. 209.

[31] *P.Dura* 82 = Iovine 2019, 474-485.

[32] Iovine 2019, 483.

XIV
ESPÍAS AL SERVICIO DE LOS REYES CLIENTES
El caso de la dinastía herodiana

Fernando Bermejo-Rubio

La universalidad de los servicios de inteligencia en la Antigüedad implica su presencia en grandes imperios, pero también en pequeños reinos. En el estudio del Imperio romano, y más específicamente del ámbito provincial, conviene prestar atención a este aspecto, entre otras razones porque un conducto complementario mediante el que los magistrados al mando de una provincia podían adquirir información estratégica sobre los planes y movimientos de insurgentes era el proporcionado por las elites autóctonas prorromanas, y en particular por los reyes clientes (*reges socii* o *reges amici*) de los territorios limítrofes, cuyo personal habría estado en las mejores condiciones para efectuar averiguaciones sobre el terreno.

La existencia de un servicio de espionaje entre los reyes clientes puede inferirse no solo de principios genéricos sobre las necesidades más elementales de un gobierno, sino también del hecho de que de ellos se esperaba una estrecha colaboración con Roma[1]. Al igual que un deber fundamental de todo buen gobernador era conservar la tranquilidad y la paz en el territorio que regía (recuérdese el pasaje de Ulpiano, *Dig.* I 18, 13: *Congruit bono et graui praesidi curare, ut pacata atque quieta prouincia sit*), lo era asimismo del gobernante cliente conseguir y mantener la estabilidad y el orden, condiciones básicas de la prosperidad y, por tanto, de una eficaz imposición del tributo, objetivo primordial del imperialismo romano.

LAS FUENTES Y SU CREDIBILIDAD

La elección de la dinastía herodiana –y en particular de Herodes «el Grande» (*ca*. 73-4 a.e.c.) y de sus hijos, que gobernaron la Palestina romana en las primeras décadas del siglo I e.c.– no se debe únicamente a su importancia en la historia política y religiosa de Occidente, sino también a

que en este caso se dispone de cierta información relevante, proporcionada por el historiador judío Flavio Josefo[2]. Tanto es así que se ha escrito que no hay figura en toda la Antigüedad acerca de la cual tengamos información más amplia que sobre el fundador de esa dinastía, Herodes[3]. Al margen de si este juicio se considera o no correcto, se tienen sobre esta figura varias noticias detalladas.

Como es sabido, con relación a Josefo cabe plantear la cuestión de su credibilidad, y ello por varias razones. Por una parte, la peculiar trayectoria del historiador –un comandante judío encargado de la defensa de Galilea que en los primeros compases de la guerra buscó sobrevivir pasándose a los romanos– le exigió recurrir a estrategias apologéticas, polémicas y retóricas que a menudo introducen un considerable sesgo en su presentación[4]. Por otra, el historiador dedicó a Herodes dos relatos distintos, uno en *Bellum Judaicum* (*BJ* I 204-673) y otro, más extenso, en *Antiquitates Judaicae* (*AJ* XIV 158 – XVII 199)[5], cuya información depende en gran parte de la obra no conservada de Nicolás de Damasco sobre el rey de quien fue consejero, diplomático y amigo, a quien el propio Josefo achaca su carácter partidista y encomiástico (*AJ* XVI 183-187)[6]. Ello hace que sea menester abordar la obra del historiador judío con no poca precaución.

Sin embargo, en el caso de las noticias sobre Herodes no parece haber razones de peso para sospechar en general de la fiabilidad de lo narrado. De entrada, los dos retratos ofrecidos no se contradicen entre sí en aspectos relevantes[7]: las principales diferencias estriban, además de en una extensión mayor en el relato más tardío, en un mayor énfasis en lo relativo a las costumbres judías y en una mayor libertad para efectuar observaciones más explícitamente críticas sobre el comportamiento de Herodes[8]. Además, si bien es preciso precaverse contra la leyenda negra que ha rodeado la figura del monarca, lo cierto es que las referencias específicas al espionaje de la dinastía herodiana poseen plausibilidad histórica y lógica, además de ser consistentes entre sí y con el resto de la información disponible sobre el personaje.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES SOBRE HERODES «EL GRANDE»

Una serie de características bien conocidas del reinado de Herodes

permitirían ya deducir, con independencia de las noticias concretas proporcionadas por las fuentes, la existencia en él de servicios de información. La primera es el vasto marco espaciotemporal de su reinado: gobernó un amplio territorio –en especial tras su acuerdo con Octavio en el 30 a.e.c.– y conservó el poder durante más de treinta años; aun si se prefiere empezar a contar este periodo no desde que el Senado romano, a instancias de Marco Antonio, lo reconoció como rey legítimo en el año 40 (*BJ* I 281-285; *AJ* XIV 385-389), sino más bien desde que se pudo imponer –con la ayuda de dos legiones romanas– al asmoneo Antíoco en el 37, hasta su muerte en el 4 a.e.c. gobernó durante un larguísimo periodo[9].

La duración de su reinado es tanto más significativa cuanto que, a pesar de sus indudables dotes personales –fue un hábil estratega, un comandante capaz y un excelente jinete (*BJ* I 429-430)– y políticas –fue benefactor de judíos y paganos, un diplomático astuto que supo cambiar de bando siempre que le convino, un extraordinario promotor de iniciativas edilicias tanto dentro de su reino como fuera de él (*BJ* I 401-428)–[10], Herodes, *rex socius et amicus populi Romani,* suscitó una amplia oposición interna y su legitimidad estuvo siempre en entredicho.



Reino de Herodes en su máxima extensión (4 a.e.c.).
Mapa elaborado por el usuario DEGA MD
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Herodian_Kingdom_political_map-es.svg] y derivado de
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Herodian_Kingdom_political_map.svg]
(compartido bajo licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International).

En la medida en que su poder dependió de Roma y en que las últimas décadas de la República fueron escenario de constantes conflictos, es muy posible que Herodes se viese inducido a servirse de informantes fuera de las fronteras de su reino; después de todo, también su padre debió de

mantenerse al corriente de lo que sucedía, habiendo estado implicado en la política internacional –como cuando acudió en apoyo de Julio César al encontrarse este en una delicada situación en Alejandría–. Una vez se asentó en el poder, Herodes sufrió diversas maniobras hostiles por parte de Cleopatra, quien albergó propósitos expansionistas a su costa (*BJ* VII 301) [11]. Más tarde, libró dos guerras contra los nabateos, en el 31 y en el 10-9 a.e.c. Es razonable, por tanto, pensar que utilizase espías para manejarse con mayor conocimiento y garantías en el tablero internacional; sobre este aspecto, empero, apenas se dispone de noticias.

En cualquier caso, su relación de vasallaje respecto al Imperio, su amistad con los círculos del poder romano –primero con Marco Antonio, más tarde con Augusto y con Marco Vipsanio Agripa– y el hecho de mantener una estrecha relación con los legados de Siria sugieren que las actividades de inteligencia de su reino, más que haberse dirigido al exterior –en cuanto rey cliente, Herodes no debía actuar por iniciativa propia fuera de sus fronteras–, debieron de centrarse sobre todo en la seguridad interna, tanto de su reino como de su propia corte. Es en el ámbito doméstico donde Herodes sí parece haber necesitado ejercer el control de un modo férreo, dada la amplia oposición a la que hubo de enfrentarse. Obsérvese que para ello gozó de una libertad casi ilimitada en su calidad de comandante en jefe de sus tropas, responsable máximo de la administración civil y de las finanzas, así como dueño y señor del sistema judicial[12].

Ya antes de lograr el título de rey, Herodes pudo ganarse la animadversión de algunos de sus súbditos tras haber reprimido en Galilea a un grupo de aquellos a los que Josefo denomina «bandidos» *(lēstaí)* y tras haber ejecutado a su dirigente, el supuesto *archilēstés* Ezequías. En realidad, el entusiasmo demostrado en Siria por el éxito contra ese grupo, las muestras de coraje y principios de las que sus integrantes hicieron gala y los subsiguientes intentos de juzgar a Herodes por sus acciones indican que no se trató de delincuentes comunes, sino de opositores al dominio romano y sus adláteres. En cuanto nacionalistas que pagaron con su vida, esos grupos suscitaron respeto y admiración, mientras que quien los combatió y ejecutó debió de concitar desprecio[13].

Más determinante es el hecho de que, tras su nombramiento, Herodes hubo de imponerse librando una guerra de tres años contra el asmoneo Antígono, promovido por los partos y que obtuvo el apoyo de una parte de

la población; como todos los gobernantes, los asmoneos suscitaron cierta oposición –v. gr., por haber introducido la colusión del sacerdocio y la realeza (1 Mac 10,18-20)–, pero no parece haberse producido un rechazo generalizado de una dinastía que había liderado la obtención de la autonomía política y religiosa del pueblo de Israel en el periodo helenístico[14]. Por si fuera poco, esa larga y cruenta guerra –para la que Herodes contó con el respaldo de legiones romanas, lo que exacerbó el odio entre los beligerantes– culminó en el 37 a.e.c. con un asedio de Jerusalén que duró varios meses y que fue seguido tanto de una masacre contra la población como de una purga contra los partidarios de Antígono, en el curso de la cual se ejecutó a docenas de dirigentes o se les confiscaron sus propiedades.

A ello hay que sumar la resistencia propiciada en algunos sectores por motivos religiosos. A diferencia del etnarca asmoneo Hircano II, que había ostentado el sumo sacerdocio, Herodes no gozó de este privilegio y, de hecho, bajo su égida se sucedieron, al dictado de su voluntad, en torno a unos diez sumos sacerdotes; ello evidenció la arbitrariedad de su proceder y contribuyó a desacreditar el cargo, pues anulaba el carácter vitalicio y hereditario inherente a su función (Lv 6,15), lo que hizo que Josefo señalase el carácter ilegal del fenómeno (*AJ* XV 40-41). Además, fuera de Judea Herodes patrocinó cultos griegos y romanos; no solo financió la restauración del tempo de Apolo en Rodas y participó en la construcción de varios templos en Nicópolis, sino que en el interior de su reino erigió –y en emplazamientos conspicuos– templos dedicados al culto imperial en Cesarea Marítima, Sebaste y Panias[15]. Aparte de ser un notable promotor de ese culto, las iniciativas regias –como la institución de juegos quinquenales en honor de Augusto, en el curso de los cuales tuvo lugar la *damnatio ad bestias,* o la construcción de un teatro en Jerusalén– fueron criticadas por el propio Josefo (*AJ* XV 267, 274-276; XVI 1) como violaciones de las costumbres y de la Ley judía.

Herodes se hizo asimismo responsable de toda una serie de crueles medidas represivas con el objeto de acabar con cualquier posibilidad de restauración asmonea, incluyendo el asesinato de figuras carismáticas. Después de ciertas maniobras emprendidas por la suegra de Herodes –la asmonea Alejandra, que pidió a Cleopatra su intercesión ante Marco Antonio para que este solicitase el sumo sacerdocio para su nieto,

Aristóbulo III–, el monarca se vio compelido momentáneamente a deponer a Ananel, el primer sumo sacerdote que había nombrado tras la muerte de Antíoco, y establecer en su lugar al joven y apuesto asmoneo de diecisiete años (*AJ* XV 23-41). Sin embargo, tras comprobar durante la fiesta de los Tabernáculos del 36 a.e.c. el afecto que la población mostraba por Aristóbulo, y habida cuenta de que este –en tanto que nieto de Hircano II y de Aristóbulo II– representaba una amenaza a su autoridad por ser el heredero natural de la dinastía asmonea, poco después Herodes hizo que, durante un banquete en Jericó, el muchacho fuera ahogado en una piscina, presentando el suceso como un trágico y triste accidente (*AJ* XV 49-56; *BJ* I 437). Algunos años más tarde, a finales del 31 o comienzos del 30 a.e.c., antes de su viaje a Rodas para encontrarse con Octavio, hizo ejecutar al anciano Hircano II (*AJ* XV 164-176). En el 29 condenó a muerte a su propia esposa, la joven princesa asmonea Mariamne (*AJ* XV 213-236; *BJ* I 431-444), presuntamente la mujer a la que más quiso. Poco después, tras un fallido complot, hizo ejecutar también a Alejandra, madre de Mariamne y la última representante del clan asmoneo (*AJ* XV 243-251).

En los últimos años de su vida temió, de forma persistente, la formación de conspiraciones contra él, lo que le llevó a eliminar a no pocos de sus súbditos a los que sentía como una amenaza, y entre sus víctimas, además de las ya enumeradas, se hallan tres de sus propios vástagos –lo que generó la ingeniosa frase, atribuida a Augusto, en la cual este habría afirmado preferir ser un cerdo de Herodes que uno de sus hijos (Macrobio, Sat. II 4, 11: *mallem Herodis porcus esse quam filius*)–[16]. Esta eliminación de sus vástagos debe de haber contribuido a la leyenda evangélica de la denominada «matanza de los inocentes» (Mt 2,16-28), según la cual Herodes habría hecho matar a todos los niños nacidos en Belén, por considerarlos una amenaza tras habérsele comunicado el oráculo profético de acuerdo con el cual allí nacería el futuro guía del pueblo de Israel.

La mencionada serie de muertes, varias de ellas gratuitas –como lo fueron otras, posteriores, que evidencian un carácter despiadado y despótico[17]–, hubo de generar profundos resentimientos, haciendo del monarca una figura en gran medida impopular. De hecho, la impopularidad del rey es expresada a menudo por Josefo al referirse de forma explícita al «odio» *(tò mîsos)* que muchos sentían por él (v. gr. *AJ* XV 8, 10, 286, 304, 315). No resulta extraño que, tras la muerte del soberano, se produjese una embajada de

dirigentes judíos a Augusto que, censurando los desafueros y crímenes cometidos por Herodes, solicitó la autonomía y la disolución de la monarquía contra las pretensiones de su principal heredero, Arquelao (*AJ* XVII 304-314). Todo ello contribuye a explicar la visión, unilateralmente negativa, que ha prevalecido del monarca en el imaginario occidental.

Herodes parece haber sido muy consciente tanto de la oposición y del rechazo que suscitó en una parte nada desdeñable de su población (*BJ* VII 178) cuanto del rápido cambio de fortunas y de los peligros a los que uno estaba expuesto aun manteniendo una posición de poder. Después de todo, su hábil padre y hombre fuerte de Hircano, Antípatro, había sido asesinado, y pronto perdió a varios de sus hermanos. Aunque el discurso que atribuye Josefo a Herodes, dirigido a sus partidarios en el contexto de la guerra contra los árabes, es a todas luces una arenga inventada, contiene ideas que con toda seguridad habrán sido importantes para el monarca, como la de que «el exceso de confianza entraña inseguridad, mientras que los miedos enseñan a proceder con precaución *(tò mèn gàr ágan pepoithós aphýlakton, hoi phóboi dè didáskousin prométheian)*»[18]. Resulta significativo que esta observación resulte muy similar a la efectuada por el historiador romano Veleyo Patérculo al referirse al desastre de Teutoburgo o *clades Variana* como un fallo de inteligencia militar y afirmar que Arminio había calculado astutamente «que a ningún enemigo se le vence con mayor rapidez que al que nada teme, y que la sensación de seguridad es el comienzo más frecuente de un gran desastre *(neminem celerius opprimi, quam qui nihil timeret, et frequentissimum initium esse calamitatis securitatem)*» (*Hist. Rom.* II 118).

En suma, la duración del reinado de Herodes –y, por tanto, su éxito en términos políticos– parece posible tan solo en virtud de la existencia de un eficaz servicio de inteligencia, pues únicamente gracias a ello habría podido Herodes mantenerse en el poder a pesar de la resistencia que, en diversos ámbitos, las fuentes sugieren. Por lo demás, los indicios que denotan la conciencia de que existía una oposición habrán constituido para Herodes serios acicates para articular un organismo de esa naturaleza. Estas inferencias genéricas, que podrían considerarse puramente apriorísticas, se ven corroboradas, como se comprobará a continuación, por la existencia de diversas noticias.

EL ÁMBITO DE LA SEGURIDAD INTERNA: UN RÉGIMEN POLICIAL

Entre los diversos motivos de oposición al gobierno de Herodes se encuentran la eliminación de la dinastía asmonea y la percepción de injusticias cometidas, pero otro fue la indignación suscitada en algunos sectores a causa de la política religiosa del monarca, cuya pompa resultó insultante para los sentimientos religiosos de los judíos más intransigentes, en los que habría suscitado una percepción negativa y para quienes, a tales efectos, el gobierno de Herodes no habría sido mucho mejor que el de Antíoco IV Epífanes.

Es en el contexto del descontento respecto a la política filohelena y filorromana del rey en el que Josefo informa de un complot contra él, que debió de urdirse hacia el año 27 o 26 a.e.c.: «Por esta razón diez ciudadanos conspiraron *(synomosámenoi)* para afrontar cualquier tipo de peligro y pusieron dagas bajo su ropa», conjurándose para atentar contra Herodes en el teatro (*AJ* XV 282-284). Resulta relevante percatarse de que, a diferencia de las conspiraciones tramadas en el ámbito doméstico y encaminadas a la obtención del propio provecho –en términos de poder– de quienes participaban en ellas, los conjurados en esta pretendieron hacerlo por convicciones personales y por respeto a las tradiciones, cuya defensa consideraron algo «sagrado» *(hósion).* De hecho, se especifica que uno de los conjurados era ciego y que, aun sabiendo que no podría contribuir eficazmente a la acción, en virtud de su indignación ante el comportamiento del rey se mostró determinado a sufrir cualquier represalia si algo malo sucediera (*AJ* XV 283); tal disposición, de tipo casi martirial, se entiende solo a la luz de intensas convicciones de tipo moral y religioso[19]. Aún con mayor claridad se expresa esto al referirse al comportamiento de los conjurados una vez detenidos y a pesar de las expectativas seguras de que serían torturados y condenados a muerte: en lugar de negar los hechos o al menos de lamentarlos, manifestaron con orgullo que su conspiración *(synōmosía)* no se había originado por afán de ganancia o de servir a las propias pasiones, sino por razones piadosas *(sùn eusebeíai)* y por respeto a las costumbres comunes *(hypèr tōn koinōn ethōn),* en defensa de las cuales era digno y noble morir (*AJ* XV 288).

Ahora bien, la conspiración no llegó a lograr el objetivo de acabar con su

vida, gracias al funcionamiento de sus servicios de espionaje: «Uno de los hombres a los que Herodes había ordenado investigar con cuidado estos asuntos e informar de ellos averiguó todo el golpe de mano y lo reveló al rey» (*AJ* XV 285)[20]. Este pasaje indica que el rey se había encargado de organizar una suerte de servicio secreto que cumplía las funciones básicas de investigar *(polypragmoneîn)* e informar *(diaggéllein)* acerca de todas las cuestiones sensibles que podían poner en peligro la seguridad del reino, como expresiones de descontento y conjuras de cualquier signo. Josefo no informa del número de hombres captados para estos menesteres ni de su organización interna, pero, a tenor de su eficacia, debió de ser considerable si lograron detectar y desvelar en detalle las conspiraciones que –como todo indica en este caso– no surgieron en el entorno inmediato del rey.

La existencia de esa tupida trama de espionaje es testimoniada por otros pasajes. Afirma Josefo que, tras recibir el rey habladurías acerca de las posibles relaciones de los eunucos que le servían la comida y el vino con su hijo Alejandro, comenzó a sospechar de todo el mundo, pensando ser objeto de un complot. En tales circunstancias,

> envió espías con la misión de vigilar a aquellos de los que sospechaba *(kataskópous dè tōn huponouménōn diépempsen).* Sospechaba y odiaba a todos, y no solo concebía muchas sospechas en atención a su seguridad *(hypónoia ep'asphaleíai),* sino que hacía objeto de ellas también a quienes no lo merecían (*AJ* XVI 236).

El pasaje correspondiente de *Bellum* utiliza el mismo término *(katáskopoi)* para designar a los responsables de llevar a cabo actividades de inteligencia y vehicula asimismo la existencia de una atmósfera de sospechas y peligro generalizados:

> Apostando secretamente espías *(kataskópous hypopémpōn)* se enteraba de todo lo que se hacía o decía de noche y de día, y al instante ejecutaba a los sospechosos (*BJ* I 492).

Aun si la formulación resulta hiperbólica, la terminología empleada transmite la idea de un control absoluto, al referirse tanto al objeto y contenido de la vigilancia como al tiempo en que se efectuaba. La observación sobre la expeditiva inmediatez del castigo extremo al que eran sometidos quienes eran objeto de meras sospechas debería actuar como medio disuasorio y como impedimento radical a cualquier propagación de las conjuras. De ahí que el texto siga afirmando que «una terrible falta de

legalidad *(deinēs […] anomías)* se apoderó del reino» (*BJ* I 493).

Asimismo, se intentaron minimizar en lo posible las oportunidades de las que disponían los súbditos para incurrir en actividades subversivas. Josefo sugiere que, no contento con promover la industriosidad y dejar por tanto apenas tiempo para el ocio y la agitación, se impidieron –es de creer que con excepción de las fiestas– tanto las congregaciones *(sýnodos)* de ciudadanos como las reuniones de tipo asambleario *(koinōnía)*. De hecho, el historiador afirma que tanto en el ámbito urbano como en el rural había hombres que espiaban *(episkopoûntes)* a quienes se reunían, estando todos sometidos a vigilancia. Y quienes se hacían culpables de poseer cierto atisbo de libertad e independencia eran castigados con severidad:

> Todos sus movimientos eran observados *(etetērēto tà pánta)*. Y los que eran sorprendidos desafiando estas órdenes eran sometidos a severos castigos, y fueron numerosos los que, siendo conducidos –pública o secretamente– a la fortaleza de Hircania, eran allí ejecutados, y tanto en la ciudad como en los caminos había quienes vigilaban a los que se reuniesen *(êsan hoi toùs sunióntas eis tautòn episkopoûntes)* (*AJ* XV 366).

Ese control se entiende también en función de las represalias tomadas ante atisbos de resistencia. Uno de ellos tuvo lugar con relación al informante, ya mencionado, que había denunciado a los diez conjurados para matar a Herodes en el teatro, quienes fueron ejecutados después de haber sido sometidos a todo tipo de torturas. Ahora bien, los conjurados debieron de gozar de cierto respaldo popular, pues, al haber de algún modo trascendido la identidad de quien había informado de la conjura, un grupo de hombres, llevados por el odio *(katà mîsos),* lo mató, lo descuartizó y lo arrojó a los perros –un destino, en perspectiva judía, harto vergonzoso–; y, a pesar de que esto fue realizado en público, nadie informó de ello hasta que Herodes ordenó una investigación exhaustiva, después de lo cual fueron castigados los perpetradores del acto pero también sus respectivas familias (*BJ* I 289-290). De ahí que, desde entonces, Herodes tomase medidas para obtener una seguridad aún mayor (*metà pleíonos asphaleías: BJ* I 291).

Habida cuenta del nivel de represión efectuada sobre sus súbditos, no resulta llamativa la severísima descripción de Herodes en la que Josefo asevera que «era rey (solo) de nombre, pero se manifestaba, de hecho, como el enemigo de todo el pueblo en sus hechos *(polémion phainómenon toû*

pantòs éthnous)» (*AJ* XV 281)[21].

Actividad edilicia y represión: en pos de la seguridad

El carácter férreo del control ejercido sobre la población se entiende mejor a la luz de la eficaz política de fortificaciones y asentamientos implementada por Herodes[22]. Resulta notable que, ya desde su acceso al trono, este emprendiese una serie de trabajos en plazas fuertes, pues revelan las prioridades y preocupaciones del nuevo rey. Tal sistema de fortificaciones –que proseguía el que habían iniciado los asmoneos– se extendía de este a oeste y de norte a sur. Tanto las fuentes literarias como las excavaciones arqueológicas permiten inferir que esas edificaciones –el Alejandreo, Masada, Maqueronte, Cypros…– debieron de comenzar a erigirse en los primeros años de su reinado (*BJ* I 308; VII 171-172)[23].

En efecto, la vigilancia de un reino tan vasto no habría sido posible si los puntos neurálgicos se hubieran limitado a la ciudad de Jerusalén, que el monarca dominaba desde el palacio en el que residía y desde la fortaleza llamada «Antonia» –en honor de Marco Antonio–, otra edificación temprana[24]. De hecho, Josefo afirma lo siguiente (*AJ* XV 292-293):

> Concibió Samaria como tercer baluarte (*epiteíkhisma*) ante todo el pueblo, llamándola Sebaste, creyendo que el lugar poseía unas condiciones favorables nada inferiores para controlar el país, al distar de Jerusalén solo un día de camino y poder ser utilizada por igual para afrontar cualquier problema surgido en la ciudad o en el resto del territorio. Y con vistas a la nación entera edificó una fortaleza *(phroúrion)* en el lugar antaño llamado Torre de Estratón, que denominó Cesarea.

La existencia de tres ciudades importantes en el núcleo del reino permitía una supervisión más efectiva de amplias zonas del territorio, con el objeto de prevenir las posibles revueltas que pudieran producirse. Pero tampoco eso habría sido suficiente para asegurar una inflexible vigilancia de la totalidad. Esta es la razón por la que el texto sigue narrando la erección o la reconstrucción de buen número de fortalezas y colonias militares a lo largo de toda la nación. El pasaje menciona Gaba en Galilea –una localidad de la que en otra parte (*BJ* III 36) se dice que en ella vivían los soldados de caballería licenciados por Herodes– y Esebonitis en Perea, que se suman a otras ya mencionadas, como Herodión, Hircania, Masada o Maqueronte. Algunos pasajes indican que estos emplazamientos no solo sirvieron para

albergar guarniciones sino presumiblemente también como núcleos o bases de operaciones para los miembros de su servicio de inteligencia:

> Así pues, erigió estas en las distintas regiones, excogitando siempre algo para su seguridad *(pròs aspháleian)* y ejerciendo el dominio sobre toda la nación con guarniciones *(phylakaîs)* para minimizar la posibilidad de que se liberasen de su autoridad y se produjeran disturbios *(tarakhás),* a los que recurrían a la menor ocasión, y para que, si se producía algún desorden, no pasara inadvertido a quienes estaban siempre cerca, quienes podían tanto averiguarlo como impedirlo *(hoi kaì ginóskein kaì kōlúein edúnanto)* (*AJ* XV 295).

Estas medidas minimizaban las probabilidades de que las potenciales conspiraciones adquiriesen consistencia. Además, los asentamientos de veteranos habrían permitido que al menos algunos de sus hombres se hubieran encontrado siempre cerca de algunas de esas fortalezas, de modo que habrían podido conocer las conspiraciones e impedir su desarrollo. La estrategia de establecer colonias militares como parte de un sistema defensivo se remonta a Alejandro de Macedonia y fue luego seguida por los romanos, como, por ejemplo, Augusto en Asia Menor[25]. Se trataba, en suma, de atender a las necesidades de la seguridad (*aspháleia,* un término reiterado que vuelve a aparecer poco después: *AJ* XV 298).

Un ejército al servicio del monarca

Una comprensión cabal de la capacidad de Herodes para controlar su territorio es posible cuando se examina el ejército del que disponía, del que él era el máximo dirigente y cuyos mandos eran miembros de confianza de su propia familia así como oficiales romanos –algunos de cuyos nombres se han conservado: Grato, al frente de la infantería, y Rufo, el comandante de la caballería (*BJ* II 52, 58, 63, 74; *AJ* XVII 275-276, 283, 294)–. Después de todo, el ejército ha sido, desde la Antigüedad, la cantera clásica para extraer personal dedicado a efectuar labores de inteligencia[26].

Aun no siendo posible obtener certeza sobre el número preciso de efectivos, a partir de las noticias proporcionadas por Josefo se han efectuado cálculos en torno a algunos periodos clave: la guerra civil contra Antígono –donde el ejército herodiano es calificado de «difícil de vencer *(dysníkētos)*» (*BJ* I 293)–, la primera guerra contra los nabateos y la muerte de Herodes. Si bien obviamente la expansión de su reino o las necesidades

de los conflictos armados habrían exigido levas especiales, la cifra parece haber oscilado entre 16.000 y 20.000 hombres. El número de soldados habría sido sensiblemente menor que el del ejército de los últimos asmoneos o que el de los ejércitos ptolemaicos y seléucidas, pero probablemente mayor que el de otros reyes clientes de Roma.

En cuanto a su composición étnica, en el ejército de Herodes había judíos y paganos, y entre ellos tanto habitantes de Judea e Idumea como mercenarios extranjeros, incluidos itureos, galos, griegos y tracios (*BJ* I 672-673; *AJ* XVII 198)[27]. Este dato resulta interesante para la cuestión aquí abordada, entre otras razones porque tanto los judíos como otros habitantes de la región eran arameoparlantes, lo que habría facilitado el desarrollo de labores de inteligencia y contrainteligencia para controlar a la población. Aunque referida a un episodio que tuvo lugar en una época muy posterior a Herodes –la primera Guerra Judía–, una noticia de Josefo resulta esclarecedora a este respecto. En las escaramuzas que se produjeron durante el asedio de Gamala, en una ocasión en que los romanos hubieron de retirarse, sucedió lo siguiente:

> Un centurión llamado Galo, rodeado en medio del tumulto, se introdujo en una de las casas con diez soldados. Como el propio Galo y sus hombres eran sirios, entendieron lo que sus ocupantes hablaban durante la cena acerca de lo que el pueblo planeaba contra los romanos y en su propia defensa. Por la noche este centurión salió contra ellos, los mató a todos y con sus soldados se refugió sano y salvo en el campamento romano (*BJ* IV 38).

Otro aspecto relevante es la existencia de estrechos lazos entre el monarca y sus tropas. Herodes fue un comandante en jefe, aguerrido y capaz, que pasó largos periodos en campaña, primeramente cuando ejerció como gobernador militar *(stratēgós)* de Galilea por nombramiento de su padre, Antípatro (*BJ* I 203), y luego cuando dirigió en persona operaciones de campo, tanto durante la conquista de su reino como en la primera guerra contra los nabateos[28]. Además, tras su acceso al trono, garantizó privilegios económicos a sus veteranos, lo que hizo del ejército el principal pilar del Estado herodiano[29].

El hecho de contar con un ejército leal, bien entrenado y muy organizado según parámetros helenísticos y romanos, así como con una nutrida guardia personal –compuesta de unos dos mil hombres escogidos entre galos,

germanos y tracios– (*AJ* XVII 198-199; *BJ* I 672-673), contribuye en gran medida a explicar la estabilidad de su gobierno, no solo por el hecho de que la omnipresencia de sus tropas hubo de tener efectos disuasorios sobre las posibles veleidades sediciosas, sino también porque de esos cuerpos militares Herodes habría obtenido fácilmente individuos hábiles y leales para llevar a cabo actividades de inteligencia, así como para neutralizar a potenciales opositores.

¿Herodes espía? Entre realidad y leyenda

Los análisis previos muestran en qué medida tanto la opinión pública como Josefo fueron conscientes de la importancia que tuvo para Herodes el uso de servicios de inteligencia. Tanto es así que el historiador judío, al relatar varias medidas adoptadas por el rey para impedir una revuelta –entre las que se cuentan la remisión del pago de ciertos tributos y la vigilancia por medio de espías–, añade:

> Dicen que tampoco Herodes omitió tomar parte en ello, sino que a menudo, adoptando la caracterización de un ciudadano más, se mezclaba por la noche con las multitudes *(katamígnusthai núktōr eis toùs ókhlous),* para de ese modo hacerse una idea de lo que pensaban acerca de su gobierno (*AJ* XV 367).

No es posible saber si esta narración –que se refiere a rumores: «dicen…»– se limita a ser tan solo una leyenda popular o tiene alguna base real[30], pero vehicula bien el ambiente de desconfianza, secretismo y disimulo que debe de haber prevalecido en la sociedad judía bajo el gobierno de Herodes, y en qué medida uno nunca podía estar seguro de no estar siendo objeto de algún tipo de vigilancia por parte de un rey receloso y suspicaz[31].

RIVALIDADES DOMÉSTICAS E INFORMANTES

La desconfianza que indujo a Herodes a usar espías se comprende mejor a la luz del ambiente emponzoñado que parece haber prevalecido en su corte. Josefo escribió que el monarca, en su vida doméstica, fue «sumamente desafortunado» (*BJ* I 665), pero resulta irónico que una parte no desdeñable de los problemas que hubo de afrontar fuese generada por su propia vida personal, y ante todo por su complicada (por no decir desaforada) trama

familiar. Tal como ha sido señalado con perspicacia, los infortunios personales de Herodes apenas pueden suscitar empatía, porque fue el propio rey quien en buena parte se los infligió a sí mismo[32].

Todo empezó con sus relaciones maritales. Aunque algunas facciones rigoristas –como la secta de Qumrán– postularon la monogamia, la poligamia era permitida en la tradición judía (*BJ* I 477; *AJ* XVII 18). Herodes hizo uso de esta prerrogativa, pues tuvo diez mujeres, con las que engendró no menos de nueve hijos. Con la primera, Doris, tuvo a su primogénito Antípatro, al que puso el nombre de su propio padre. Con la primera de nombre Mariamne –princesa asmonea a la que luego haría asesinar– tuvo a Alejandro y a Aristóbulo. La samaritana Maltace fue la madre de Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Filipo, que finalmente le sucederían a su muerte. Si al elevado número de vástagos y a sus distintas personalidades se añade el hecho de que las mujeres y sus hijos pertenecían a clases sociales muy diferentes –v. gr. Doris era una plebeya, mientras que la primera Mariamne pertenecía al linaje asmoneo–, así como la existencia de presiones e interferencias de otros miembros de la familia –como los hermanos de Herodes, Salomé y Feroras, y los suegros y suegras de los cónyuges, varios de los cuales parecen haber sido consumados intrigantes–, puede entreverse ya la alta probabilidad de que surgieran toda suerte de rivalidades, ambiciones y envidias. Un ulterior factor de inestabilidad fue la propia volubilidad de Herodes en sus tratos con sus mujeres –a las que desterró o de las que se divorció– y con sus hijos, algo apreciable en los muchos testamentos (hasta siete distintos) que hizo; por ejemplo, en el 14 a.e.c. Doris, la primera esposa de Herodes, a la que había repudiado, volvió a obtener el favor del rey y fue readmitida en la corte junto con el hijo mayor de Herodes, Antípatro[33].

El descontento, las envidias y los celos provocados entre los hijos de Herodes sirven precisamente de contexto para varias noticias relativas al espionaje al que recurrió el hijo de su primera mujer, Antípatro. Este, hijo de la plebeya Doris, miraba con malos ojos a sus hermanastros Alejandro y Aristóbulo, de sangre real, hijos de la ejecutada reina Mariamne, mientras que ellos no parecían satisfechos con el hecho de que se le hubiera reconocido a Antípatro el derecho de primogenitura (*BJ* I 467). En todo caso, el mayor utilizó diversas calumnias contra ellos para eliminarlos de la línea sucesoria. Josefo deja claro que en estos conflictos Antípatro era el

agente principal, hasta el punto de describir su vida como «un misterio de maldad» (I 470). De hecho, la primera vez que en la narración sobre el rey en *Bellum Judaicum* se menciona el uso de delatores, estos son los utilizados por Antípatro:

> Corrompió con dinero a los familiares de Alejandro o los sobornó por medio de adulaciones, de modo que así los convirtió en traidores y detectives de todo lo que su hermano hacía o decía *(prodótas kaì tōn prattoménōn ē lalouménōn phōras)* (*BJ* I 470).

Poco antes se había afirmado que Antípatro había conseguido que muchas personas fingieran «ser amigos de sus hermanos para espiarles *(pleíous dè tōn phílōn paredúonto katáskopoi)*», de tal modo que «todo lo que se decía en el círculo de Alejandro era enseguida conocido por Antípatro» (*BJ* I 469). Que, en este caso, la actividad no había sido instigada por Herodes sino por su hijo, lo corroboran varios detalles de la narración. Por una parte, lo que Antípatro averiguaba no pasaba intacto a su padre: esas noticias –por inocuas que fuesen– eran aumentadas y distorsionadas de forma conveniente por aquel antes de ser comunicadas al rey (I 469); el texto insiste una y otra vez en la idea de que incluso lo más insignificante era convertido en una enormidad. Por otra parte, se indica que Antípatro disimulaba hipócritamente ante Herodes sus intenciones, de modo que, mientras dejaba que otros actuasen como delatores calumniando a Alejandro como conspirador contra su padre, él mismo representaba en un primer momento el papel de entrañable hermano saliendo en su defensa y desmintiendo las acusaciones, para luego ir confirmándolas como quien no quiere la cosa; de este modo, erigiéndose en apariencia en defensor de Alejandro, lograba obtener mayor credibilidad para las calumnias sin atraer sospechas sobre sí (*BJ* I 471-472).

Las maquinaciones de Antípatro se prosiguen al traerse a colación la figura de Euricles, un lacedemonio sin escrúpulos en busca de fortuna que se convirtió en un agente a sueldo *(misthōtós)* de Antípatro y en un traidor *(prodótēs)* a Alejandro (*BJ* I 517). El espartano, tras haberse ganado la confianza de este haciéndole creer que estaba en buenas relaciones con su suegro, Arquelao, se dedicó a sembrar todo tipo de insidias contra Alejandro y contra Aristóbulo, hasta el punto de procurar su muerte, fungiendo como acusador *(katégoros)* ante su padre (*BJ* I 520). Al igual que con anterioridad

se había dicho de Antípatro que distorsionaba lo dicho por sus hermanos e incrementaba su gravedad para hacerlos parecer culpables, así también se afirma que Euricles añadió por su cuenta la historia inventada según la cual los hermanos habrían tramado una conspiración *(epiboulé)* contra Herodes y ya solo les quedaba tomar las espadas *(tà xíphē)* para matarlo (*BJ* I 519). De ese modo, la suerte de Alejandro y Aristóbulo estaba echada: en el 7 a.e.c. Herodes mandó llevarlos a Sebaste y estrangularlos (*BJ* I 551).

No es difícil inferir las dinámicas deletéreas producidas por estas intrigas palaciegas. Mientras que el asesinato de varios miembros de la dinastía asmonea en la primera parte del reinado debió de generar un clima de inseguridad y, por tanto, propiciar las sospechas y la actuación de inteligencia interna, de igual modo esto debió de ocurrir hacia el final, generando resentimiento y escándalo. De manera comprensible, solo en casos excepcionales el malestar suscitado ante la injusticia y la represión se habría atrevido a expresarse, como ocurrió en un caso reseñado por Josefo. Un viejo soldado, de nombre Tirón, cuyo hijo era amigo de los hijos del rey, osó proclamar en público, y luego ante el propio Herodes, que todo era una maquinación para dejar como único heredero a Antípatro y que la condena de Alejandro y Aristóbulo suponía pisotear la justicia, añadiendo asimismo que varios oficiales compartían esa indignación (*BJ* I 544-547). La reacción de un individuo de carácter hasta tal punto tiránico fue previsiblemente inmisericorde, haciendo arrestar, torturar y ejecutar a Tirón, a su hijo y a otros oficiales (*BJ* I 547-550)[34].

DE PROFETAS Y ESPÍAS: CONJETURAS SOBRE HERODES ANTIPAS

La información sobre los herederos de Herodes –Arquelao, Antipas y Filipo, todos ellos hijos de la samaritana Maltace– no es, ni de lejos, comparable a la que se posee sobre el amigo de Augusto y de Nicolás de Damasco. En parte, estas carencias pueden explicarse porque aquellos personajes no llegaron a recibir el título de «rey», obteniendo tan solo el de «etnarca» o «tetrarca». Concretamente en lo relativo a Herodes Antipas, si bien Josefo y los evangelios proporcionan varias noticias sobre él, apenas las ofrecen en relación con su política interna y, por tanto, sobre sus métodos para mantener el control sobre su tetrarquía.

Sin embargo, una serie de consideraciones permite inferir que, al igual que su padre, Antipas debió de poseer un eficaz servicio de inteligencia. De entrada, aunque la extensión de sus dominios fue mucho menor que la de los de su progenitor, el tetrarca mantuvo su autoridad sobre Galilea y Perea durante más de cuatro décadas (4 a.e.c.-39 e.c.), que abarcan los gobiernos de Augusto, Tiberio y Calígula. El puño de hierro de Herodes con toda seguridad debió de servirle de lección. De hecho, no se conservan noticias de revueltas bajo su mandato. Esto, sin embargo, no significa necesariamente –como pretenden algunos estudiosos– que se tratase de un «buen gobernante» bajo cuya égida no hubiera habido tensiones ni malestar[35]. Su largo gobierno puede explicarse en parte por el hecho de no haber exacerbado en exceso el malestar de sus súbditos a causa de cuestiones religiosas, pero en parte también por haber mantenido un estricto control sobre la población.

Existen algunos rastros en las fuentes que indican la existencia de ese control, relativos a su modo de tratar a ciertas figuras proféticas de liderazgo popular. Por una parte, tanto Josefo como los Evangelios afirman que Antipas hizo arrestar, llevar a la fortaleza de Maqueronte y decapitar a Juan el Bautista (Mc 6,14-29; *AJ* XVIII 118-119), un predicador apocalíptico que anunció la inminente irrupción del juicio divino y efectuó críticas contra ciertos comportamientos del tetrarca, todo lo cual hubo de tener inequívocas consecuencias políticas[36]. La existencia misma de la actividad de Juan indica ante todo que el descontento con el gobierno de Antipas empezó mucho antes de la ejecución de aquel; dado que los movimientos de signo apocalíptico no surgen de forma espontánea, sino que son a menudo la expresión de la alienación de ciertos grupos, la emergencia del Bautista es ya un fenómeno elocuente sobre la insatisfacción que una parte de sus súbditos debió de experimentar.

Las fuentes mencionadas presentan variaciones entre sí, pero ambas permiten una lectura política de la eliminación del Bautista, y de hecho Josefo sostiene de forma explícita que Antipas temió que la gran influencia de Juan sobre el pueblo pudiera llevar a a algún tipo de revuelta *(apóstasis),* de modo que decidió impedirlo actuando de forma enérgica mediante un golpe preventivo, es decir, haciéndolo detener y más tarde ejecutar[37]. Esta reacción es también muy significativa, porque Antipas no parece haber sido una especie de hipocondríaco torpe que habría malinterpretado a Juan:

gobernante de signo pragmático, si empleó un método tan expeditivo con respecto a alguien que debe de haber sido una figura respetada, es porque hubo de pensar que el peligro que el predicador estaba creando era real.

Otro conjunto de noticias se contiene en los evangelios sinópticos, y se refiere a la relación intensamente hostil entre el tetrarca y el predicador galileo Jesús de Nazaret, otro visionario apocalíptico convencido de la pronta irrupción del «reino de Dios». En varios pasajes, Jesús hace advertencias críticas y ominosas sobre la figura del gobernante, al que califica de «zorro» –si bien el original arameo que subyace al griego *alópex* debe de haber sido *ta'ala,* que significa, más acerbamente, «chacal» (Lc 13,32-33)[38]–. Estas críticas a Antipas (proseguidas en otros pasajes, como Mc 8,15; Mt 11,7-8 y Lc 7,24-25) tienen su correspondencia no solo en la perícopa en la que algunos fariseos advierten a Jesús de que Antipas quiere matarle (Lc 13,31), sino también en el hecho de que, después de que el predicador galileo es informado de la decapitación del Bautista (Mc 6,14-16), la descripción de sus movimientos por parte del narrador del evangelio de Marcos puede y debe ser interpretada como una huida de los dominios del tetrarca, a todas luces porque estos no eran considerados seguros por Jesús y sus seguidores[39]. Además, algo similar puede deducirse de varios intrigantes pasajes que señalan el deseo de Jesús de pasar inadvertido cuando debía atravesar Galilea, el núcleo del territorio de Antipas: «Entró en una casa y no quería que nadie supiese que estaba allí *(oudéna ēthékēsen gnônai)*» (Mc 7,24); «Se fueron de allí y atravesaron Galilea. Y no quería que nadie lo supiese» (Mc 9,30). A la luz de la concepción tradicional de Jesús como un inocuo predicador de paz y amor, estos pasajes –cuya fiabilidad es muy probable, pues contradicen la tendencia cristiana a dibujar al personaje como un ser resuelto e indoblegable– carecen de sentido, mientras que lo adquieren plenamente cuando se toma en serio la añeja hipótesis, propuesta desde el siglo XVI por estudiosos procedentes de muy diversos trasfondos ideológicos, de que Jesús y su grupo estuvieron implicados en algún tipo de ideología y/o praxis antirromana[40]. En cualquier caso, todo este material es comprensible en un contexto en el que Antipas tenía, en los territorios sometidos a su jurisdicción, una red de informantes y agentes listos para ocuparse de elementos considerados subversivos.

Que lo anterior no son conjeturas puramente apriorísticas lo prueba un par

de elocuentes detalles textuales en los propios evangelios. El término usado para designar al guardia enviado por Antipas a ejecutar al Bautista (*aposteílas spekoulátora:* Mc 6,27) proviene del latín *speculator,* «espía», «ojeador» o «explorador»[41]. Y en la versión lucana del pasaje relativo a la pregunta sobre el pago del tributo a Roma se dice que los adversarios de Jesús «le enviaron espías *(apésteilan enkathétous)* […] para atraparlo en alguna declaración, a fin de entregarlo al poder y a la autoridad del gobernador» (Lc 20,20). En el primer caso, el contexto es Galilea o Perea, y la víctima es Juan el Bautista. En el segundo, el ámbito parece ser Judea y la víctima potencial es Jesús, a quien se pretende cazar en algún pronunciamiento contrario al pago del tributo. Es altamente probable que Antipas hubiera estado enterado de la relación entre ambos predicadores[42].

Además, en virtud de los graves problemas de credibilidad de los relatos evangélicos de la pasión, así como de una serie de indicios textuales, se ha propuesto la hipótesis de que los responsables del arresto de Jesús de Nazaret no debieron de ser –a diferencia de lo que afirman los evangelios– las autoridades religiosas de Judea, sino con mucha mayor probabilidad la autoridad romana[43]. Es imposible saber si en la cadena de información que llevó al arresto de Jesús de Nazaret y a su crucifixión entre insurgentes *(lēstaí)* tuvieron algo que ver espías de Herodes Antipas o informantes del prefecto Poncio Pilato, pero si –como parece– el tetrarca contaba con una red eficaz de inteligencia y esta red estaba informada de las actividades de Jesús y de su grupo, y pudo averiguar que este se dirigía hacia Judea, habría resultado esperable que hubieran proporcionado información sensible a los hombres del gobernador romano[44].

CONCLUSIONES

El análisis efectuado ha puesto de manifiesto la importancia esencial de los servicios de inteligencia no solo en los grandes imperios, sino también en reinos de menor envergadura, demostrando así la validez del principio general según el cual ningún gobierno puede subsistir sin actividades organizadas y eficaces de información. Aun los exiguos testimonios y noticias disponibles dejan claro este aspecto, hasta el punto de que incluso ciertos pasajes privados de fiabilidad histórica apuntan a la relevancia de las

mencionadas actividades.

El peso específico que tales servicios tuvieron en el reino de Herodes el Grande permite inferir el que, *mutatis mutandis,* debieron de tener en los gobiernos de sus sucesores, y ante todo en el de su hijo y hechura Herodes Antipas. Ahora bien, resulta que el tetrarca de Galilea y Perea fue el soberano de visionarios religiosos tan célebres como lo son Juan el Bautista y Jesús de Nazaret, cuyos mensajes tuvieron inequívocas implicaciones políticas. A la luz de lo dicho, existen razones para pensar que los espías e informantes de Antipas –junto con los del prefecto romano– pudieron desempeñar un papel relevante en el destino de esas figuras, lejos de la versión despolitizada propagada por la tradición cristiana y tan acríticamente asumida aún hoy en gran parte del mundo académico. Si es así, este podría ser un ejemplo conspicuo de cómo la atención a las actividades de inteligencia en las sociedades antiguas permite adoptar una mirada más lúcida y realista sobre ciertos hechos históricos que se creen bien conocidos.

FUENTES PRIMARIAS

Flavio Josefo, *Antiquitates Iudaicae:* ed. y trad. ingl. de Henry St. John Thackeray (1956-1961), *Josephus. Jewish Antiquities,* Londres/Cambridge (Mass.), William Heinemann/Harvard University, 7 vols. (Loeb Classical Library 242, 281, 326, 365, 410, 433 y 456). Trad. cast. de J. Vara Donado, *Flavio Josefo. Antigüedades Judías,* Madrid, Akal, 1997, 2 vols.

— *De bello Iudaico:* ed. y trad. ingl. de Henry St. John Thackeray (1961-1965), *Josephus. The Jewish War*, Londres/Cambridge (Mass.), William Heinemann/Harvard University Press, 2 vols. (Loeb Classical Library 203 y 210). Trad. cast. de J. M.ª Nieto Ibáñez, *Flavio Josefo. La guerra de los judíos,* Madrid, Gredos, 1997-1999, 2 vols. (Biblioteca Clásica Gredos 247 y 264).

BIBLIOGRAFÍA

Ariel, Donald T. y Fontanille, Jean-Philippe (2012), *The Coins of Herod: A Modern Analysis and Die Classification,* Leiden/Boston, Brill.

Bermejo-Rubio, Fernando (2014), «Jesus and the Anti-Roman Resistance.

A Reassessment of the Arguments», *Journal for the Study of the Historical Jesus* 12, 1-105.
— (2016), «Between Gethsemane and Golgotha, or Who Arrested the Galilean(s)? Challenging a Deep-Rooted Assumption in New Testament Research», *Annali di Storia dell'Esegesi* 33/2, 311-339.
— (2019), «Was Pontius Pilate a Single-Handed Prefect? Roman Intelligence Sources as a Missing Link in the Gospels' Story», *Klio. Beiträge zur alten Geschichte* 101, 505-542.
— (2021), «¿Nacionalismo judío en la época del Segundo Templo? Sobre la legitimidad de una categoría», *Studia Historica. Historia Antigua* 39, 73-105.
— (2023) *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía,* Madrid, Akal.
— (2023a), *They Suffered under Pontius Pilate. Jewish Anti-Roman Resistance and the Crosses at Golgotha,* Lanham/Boulder/Nueva York/Londres, Lexington Books/Fortress Academic.
Bermejo-Rubio, Fernando y Zeichmann, Christopher (2019), «Where Were the Romans and What Did They Know? Military and Intelligence Networks as a Probable Factor in Jesus of Nazareth's Fate», *Scripta Classica Israelica* 38, 83-115.
Bernett, Monika (2007), *Der Kaiserkult in Judäa unter den Herodiern und Römern* (WUNT 203), Tubinga, Mohr Siebeck.
Bourgel, Jonathan (2019), *Hérode, roi d'Israël?,* París, Les Éditions du Cerf.
Bourgel, Jonathan y Porat, Ro'i (2019), «Herodium as a Reflection of Herod's Policy in Judea and Idumea», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 135/2, 188-209.
Braund, David C. (1984), *Rome and the Friendly King. The Character of Client Kingship,* Londres/Canberra, Croom Helm.
Broshi, Magen (2001), «The credibility of Josephus», en M. Broshi, *Bread, Wine, Walls, and Scrolls,* Londres/Nueva York, Sheffield Academic Press.
Burkitt, Francis C. (1907), *The Gospel History and Its Transmission*, Edimburgo, Clark.
Casey, Maurice (1998), *Aramaic Sources of Mark's Gospel,* Cambridge, Cambridge University Press.
Czajkowski, Kimberley y Eckhardt, Benedikt (2021), *Herod in History.*

Nicolaus of Damascus & the Augustan Context, Oxford, Oxford University Press.
Delgado Gómez, Alfredo (2023), «Mark's σπεκουλάτωρ and the Origin of His Gospel», *Journal for the Study of the New Testament* 46/1, 79-107.
Eckhardt, Benedikt (2014), «Martyrdom and the Opposition to Herod the Great», en Marie-Françoise Baslez y Olivier Munnich (eds.), *La mémoire des persécutions. Autour des livres des Maccabées,* Lovaina, Peeters, 255-269.
Feldman, Louis H. (1992), «Josephus», en D. N. Friedman (ed.), *The Anchor Bible Dictionary vol. 3, H-J,* Nueva York/Londres, Doubleday, 981-998.
Goguel, Maurice (1910), «Juifs et Romains dans l'histoire de la passion», *Revue de l'Histoire des Religions* 62, 165-182 y 295-322 [ed. cast.: *Maurice Goguel, Judíos y romanos en la historia de la Pasión. El problema histórico del arresto de Jesús,* ed. Fernando Bermejo, Madrid/Salamanca, Signifer, 2018].
Goodblatt, David (2006), *Elements of Ancient Jewish Nationalism,* Cambridge, Cambridge University Press.
Goodman, Martin (2024), *Herod the Great. Jewish King in a Roman World,* New Haven/Londres, Yale University Press.
Grabbe, Lester L. (2020), *A History of the Jews and Judaism in the Second Temple Period. Vol. 3: The Maccabaean Revolt, Hasmonaean Rule, and Herod the Great*, Londres, T & T Clark.
— (2021), *A History of the Jews and Judaism in the Second Temple Period. Vol. 4: The Jews Under the Roman Shadow (4 BCE-150 CE),* Londres, T & T Clark.
Harlow, Victor E. (1954), *The Destroyer of Jesus: The Story of Herod Antipas, Tetrarch of Galilee*, Oklahoma City, Modern Publishers.
Hoehner, Harold W. (1980), *Herod Antipas*, Grand Rapids, Zondervan.
Japp, Sarah (2000), *Die Baupolitik Herodes' des Großen. Die Bedeutung der Architektur für die Herrschaftslegitimation eines römischen Klientelkönigs*, Rahden, Marie Leidorf GmbH.
Jensen, Morten H. (2006), *Herod Antipas in Galilee: The Literary and Archaeological Sources on the Reign of Herod Antipas and Its Socio-Economic Impact on Galilee* (WUNT 2.215), Tubinga, Mohr Siebeck.
Kasher, Aryeh y Witztum, Eliezer (2007), *King Herod: A Persecuted*

Persecutor. A Case Study in Psychohistory and Psychobiography, Berlín, Walter de Gruyter.
Landau, Tamar (2006), *Out-Heroding Herod. Josephus, Rhetoric, and the Herod Narratives,* Leiden/Boston, Brill.
Levick, Barbara (1967), *Roman Colonies in Southern Asia Minor*, Oxford, Oxford University Press.
Levine, Lee I. (1975), *Caesarea under Roman Rule*, Leiden, Brill.
Lichtenberger, Achim (1999), *Die Baupolitik Herodes des Großen,* Wiesbaden, Harrassowitz.
Marshak, Adam K. (2015), *The Many Faces of Herod the Great,* Grand Rapids (Mich.), W. B. Eerdmans.
Mahieu, Bieke (2012), *Between Rome and Jerusalem: Herod the Great and his sons in their struggle for recognition: A Chronological Investigation of the Period 40 BC-39 AD, with a time setting of New Testament Events,* Orientalia Lovaniensia Analecta 208, Lovaina, Peeters,
Netzer, Ehud (2006), *The Architecture of Herod, the Great Builder*, Tubinga, Mohr Siebeck.
Price, Jonathan J. (1992), *Jerusalem under Siege: The Collapse of the Jewish State, 66-70 C.E.*, Leiden, Brill.
Regev, Eyal (2013), *The Hasmoneans; Ideology, Archaeology, Identity,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
Richardson, Peter y Fisher, Amy Marie (2018), *Herod. King of the Jews and Friend of the Romans,* Londres/Nueva York, Routledge.
Rocca, Samuel (2008), *Herod's Judea. A Mediterranean State in the Classical World,* Tubinga, Mohr Siebeck.
— (2009), *The Army of Herod the Great,* Oxford, Osprey.
Roller, Duane W. (1998), *The Building Program of Herod the Great,* Berkeley, University of California Press.
Saddington, Denis B. (2009), «Client Kings' Armies under Augustus: The Case of Herod», en David M. Jacobson y Nikos Kokkinos (eds.), *Herod and Augustus: Papers Presented at the IJS Conference, 21st-23rd June 2005,* Leiden, Brill, 303-323.
Schalit, Abraham (2001), *König Herodes. Der Mann und sein Werk*, 2.ª ed., Berlín, Walter de Gruyter (ed. orig. en hebreo: 1960).
Schürer, Emil (2014), *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ (175 BC-AD 135),* Geza Vermes, Fergus Millar y Matthew Black

(eds.), vol. I, Londres/Nueva York, Bloomsbury.
Sharon, Nadav (2015), *Judea under Roman Domination: The First Generation of Statelessness and Its Legacy*, Atlanta, SBL Press.
Shatzman, Israel (1991), *The Armies of the Hasmonaeans and Herod: From Hellenistic to Roman Frameworks,* Tubinga, Mohr Siebeck, 1991.
Sheldon, Rose Mary (1998), «Jesus, as Security Risk: Insurgency in First Century Palestine», *Small Wars and Insurgencies* 9, 1-37.
Stern, Menahem (1980), *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism, vol. 2*, Jerusalén, Publications of the Israel Academy of Sciences and Humanities.
Taylor, Joan E. (1997), *John the Baptist within Second Temple Judaism: A Historical Study*, Grand Rapids, Eerdmans.
Theissen, Gerd (1985), «Das "schwankende Rohr" in Mt. 11,7 und die Gründungsmünzen von Tiberias: Ein Beitrag zur Lokalkoloritforschung in den synoptischen Evangelien», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 101, 43-55.
Toher, Mark (2003), «Nicolaus and Herod in the *Antiquitates Judaicae*», *Harvard Studies in Classical Philology* 101, 427-447.
Tyson, Joseph B. (1960), «Jesus and Herod Antipas», *Journal of Biblical Literature* 79, 239-246.
Van Henten, Jan Willem (2011), «Constructing Herod as a Tyrant: Assessing Josephus' Parallel Passages», en Jack Pastor, Pnina Stern y Menahem Mor (eds.), *Flavius Josephus, Interpretation and History,* Leiden/Boston, Brill, 193-216.
Vincent, Louis-Hughes (1954), «L'Antonia, palais primitive d'Hérode», *Revue Biblique* 61, 87-107.
Webb, Robert L. (1991), *John the Baptizer and Prophet: A Socio-Historical Study,* Sheffield, Sheffield Academic Press.
Wilker, Julia (2007), *Für Rom und Jerusalem. Die herodianische Dynastie im 1. Jahrhundert n.Chr.,* Fráncfort del Meno, Verlag Antike.
Zeitlin, Solomon (1963), «Herod, A Malevolent Maniac», *The Jewish Quarterly Review* 54/1, 1-27.

---

[1] Braund 1984; Marshak 2015, 4-13.

[2] Sobre las fuentes perdidas: Schürer 2014, 26-37. Para una revisión historiográfica: Richardson y Fisher 2018, 4-16.

[3] Feldman 1992, 989.

[4] Acerca de estos aspectos, cfr. Broshi 2001, 72-77.

[5] Sobre las diferencias entre estas dos narraciones, cfr. Landau 2006.

[6] La obra de Nicolás no parece poder ser juzgada como pura propaganda, entre otras razones porque escribió su relato después de la muerte del rey. Cfr. Toher 2003; Czajkowski y Eckhardt 2021, 1-24.

[7] Esto no es negar la presencia de ciertas inconsistencias, incluso en un mismo relato; cfr. Zeitlin 1963, 13-14.

[8] Landau 2006, 197. Sobre la credibilidad de Josefo, cfr. v. gr. Grabbe 2021, 3-6; Price 1992, 180-193.

[9] La cronología del reinado de Herodes ha sido disputada (cfr. Mahieu 2012), si bien las fechas alternativas propuestas causan serios problemas (cfr. Grabbe 2020, 29-31). Para el tema aquí abordado, una datación precisa es irrelevante.

[10] Sobre este punto, cfr. Roller 1998; Lichtenberger 1999; Japp 2000; Schalit 2001, 328-403; Netzer 2006.

[11] Cfr. Bourgel 2019, 95-98, 104-105.

[12] Para un detallado análisis de estos ámbitos del dominio del monarca, cfr. Schalit 2001, 167-298.

[13] Sobre la propiedad de usar en estos casos el término «nacionalismo», cfr. Goodblatt 2006; Bermejo-Rubio 2021.

[14] Regev 2013, 267-272; Sharon 2015, 230-232.

[15] Cfr. v. gr. Rocca 2008, 315-319; Bernett 2007. Por hiperbólica que sea, resulta significativa la afirmación de Josefo según la cual «no es posible nombrar ningún lugar de su reino, que fuera idóneo para ello, en el que no hubiera nada en honor de César […] en muchas ciudades erigió monumentos dedicados a César» (*BJ* I 407).

[16] Cfr. Stern 1980, 665-666. El carácter ingenioso de la frase se aprecia mejor en griego, en el juego de palabras entre *hus* y *huiós:* dado que los judíos no comen cerdo, Herodes, a diferencia de a sus hijos, no habría matado a su cerdo.

[17] Quizá la última, en términos cronológicos, fuese la cruel ejecución de los implicados en el derribo del águila del Templo. No obstante, para un cuestionamiento de la historicidad del episodio, cfr. Bourgel 2019, 247-275.

[18] *BJ* I 374. El discurso es muy diferente en *AJ* XV 127-146.

[19] Cfr. Eckhardt 2004, quien señala que la presentación de Josefo evoca los valores de los mártires de 2 Macabeos.

[20] Shatzman 1991, 188-189 considera que la red de espías debe de haber constituido una rama particular de las fuerzas de seguridad de Herodes.

[21] Zeitlin 1963, 26 llegó a comparar el sistema de espionaje de Herodes con la Gestapo.

[22] Sobre este aspecto, véanse los detallados análisis de Rocca 2008, 153-188; Bourgel 2019, 131-140.

[23] Cfr. Netzer 2006, 19-27; Roller 1998, 87 y 189; Richardson y Fisher 2018, 236-237.

[24] Cfr. Vincent 1954, que sitúa su construcción *ca*. 37-35 a.e.c.

[25] Cfr. Levick 1967, 38; Levine 1975, 150-151, n. 59.

[26] Sobre el ejército de Herodes, véanse Shatzman 1991; Rocca 2008, 133-147; Rocca 2009; Saddington 2009.

[27] Sobre su composición étnica, cfr. Shatzman 1991, 183-186, quien considera que la mayoría era judía.

[28] Sobre la actividad militar de Herodes, cfr. v. gr. Saddington 2009, 307-309.

[29] Cabe discernir esta importancia también en el ámbito numismático; algunas emisiones monetarias de Herodes utilizan elementos militares, como el casco y el escudo, en su iconografía; cfr. Ariel y Fontanille 2012, 107-111.

[30] Para la interpretación de la historia como una simple leyenda que, sin embargo, muestra la impopularidad de Herodes, así como la desconfianza y el secretismo que caracterizaron su gobierno, cfr. Schalit 2001, 314. Para la consideración de esa descripción como fiable y una ulterior muestra del carácter paranoico del rey, que compensó su falta de autoestima y su incapacidad para encajar la crítica mediante su autoritarismo, cfr. Kasher 2007, 208-209.

[31] Obsérvese que incluso el relato legendario contenido en el Evangelio de Mateo sobre los magos de Oriente transmite la propensión de Herodes –el final de cuyo reinado es fijado por los evangelistas Mateo y Lucas como la época del nacimiento de Jesús de Nazaret– al uso de procedimientos clandestinos y de informantes (Mt 2,7-8). Si bien el pasaje es una invención piadosa, vehicula la memoria –esta sí históricamente fiable– del rey de Judea como un individuo aprensivo, dispuesto a recurrir al espionaje para deshacerse de aquellos que, pensaba, podrían amenazar su hegemonía.

[32] Landau 2006, 195.

[33] Sobre estos múltiples testamentos, cfr. Richardson y Fisher 2018, 361-366.

[34] El hecho de que, en especial en *Antiquitates Judaicae,* Josefo haya subrayado el carácter tiránico de Herodes (Van Henten 2011), no es óbice para afirmar que no pocos de sus rasgos se corresponden con una personalidad despótica.

[35] Así lo denominan Hoehner 1980, 57; Jensen 2006, 240.

[36] Sobre la dimensión política del mensaje del Bautista, cfr. Theissen 1985; Webb 1991, 367; Taylor 1997, 238-241.

[37] Este acto fue juzgado por muchos judíos algo en extremo impío y cruel; de hecho, según Josefo, cuando varios años más tarde el ejército de Antipas sufrió una severa derrota a manos de los nabateos, el revés fue considerado un castigo divino a causa de un acto tan injusto (*AJ* XVIII 116).

[38] Casey 1998, 188-189.

[39] Cfr. Tyson, 1960, 240; Burkitt 1907, 91-95; Harlow 1954, 148-160; Hoehner 1980, 197-202.

[40] Para una defensa sistemática de esta hipótesis: Bermejo-Rubio 2014; 2023; 2023a. Cfr. Sheldon 1998.

[41] El pasaje de Marcos constituye la primera aparición del término griego *spekoulátōr*. Es probable que el término se refiera a un soldado de Antipas con una función similar a la de los *speculatores* pretorianos; cfr. Delgado 2023, 97.

[42] Cfr. e.g. Wilker 2007, 119-120.

[43] Cfr. Goguel 1910; Bermejo-Rubio 2016; 2023, 275-297; 2023a, 199-218.

[44] Cfr. Bermejo-Rubio 2019, 527-534; Bermejo-Rubio y Zeichmann 2019, 104. Obsérvese que los propios evangelios afirman que fue necesaria la actividad de un informante (Judas) para neutralizar a Jesús, algo plausible aunque lo sean menos los relatos que la narran.

CUARTA PARTE

ANTIGÜEDAD TARDÍA

XV
LOS SERVICIOS SECRETOS TARDOIMPERIALES
(siglos IV-V)

Raúl González Salinero

INTRODUCCIÓN

La administración central tardorromana, en cuya cúspide se situaba el emperador, era extremadamente compleja. Contaba con innumerables secciones y funcionarios de distintos rangos que, en muchas ocasiones, se entrecruzaban. Un valioso documento oficial del siglo V ofrece las claves organizativas de este intrincado entramado administrativo. Se trata de la *Notitia omnium dignitatum et administrationum tam civilium quam militarium,* conocida más simplemente como *Notitia Dignitatum,* fuente en la que se describen de forma jerárquica todos los puestos, títulos y cargos oficiales tanto de la administración civil (*militia togata* o *civilis*) como de la militar *(militia armata)* de ambas *partes imperii*.

Si se centra la atención en el organigrama tardoimperial diseñado para obtener, analizar y utilizar la información sensible que, de una u otra forma, afectaba a la seguridad y la estabilidad del poder político y del orden social establecido, se encuentran diferentes secciones palatinas que, a instancias de sus más altos dirigentes, podían articular mecanismos de control, coacción y espionaje de gran eficacia. Es cierto que, desde que se creó, probablemente en época de Constantino –si bien tomando como base las reformas de Diocleciano–, la *schola agentum in rebus*[1] asumiría la mayor parte de las tareas y responsabilidades relacionadas con los servicios secretos del Imperio. Sin embargo, hubo momentos en que los emperadores acudieron a otros departamentos y funcionarios en los que depositaban su confianza para llevar a cabo misiones que, por sus especiales características, requerían de la mayor discreción y reserva.

CONSISTORIUM PRINCIPIS

El órgano consultivo por excelencia era el *consistorium principis,*

derivación del antiguo *consilium*. Lo integraban en primer lugar los *comites* consistoriales, es decir, los principales dignatarios de rango superior del gobierno central: el *magister officiorum* («maestre o superior de los oficios o secretarías»: puesto de mayor nivel de la administración imperial); el *quaestor sacri palatii* («cuestor o jefe del sagrado palacio imperial»: máximo consejero de la justicia y de la redacción de las *leges dictandae*); el *comes sacrarum largitionum* («conde de las liberalidades sagradas»: responsable último de las finanzas y el fisco) y el *comes rerum privatarum* (conde de la administración del patrimonio privado del emperador). En segundo plano, aunque con pleno derecho jurisdiccional, aparecían también el prefecto del pretorio *in comitatu* y los diversos *magistri peditum et equitum praesentales* (es decir, los comandantes militares destacados en la corte imperial), además de otros funcionarios de grado inferior, como el *comes domesticorum* (dirigente del cuerpo de la guardia imperial), los jefes *(magistri)* de los principales *officia* o secciones administrativas del palacio imperial y el director de los notarios *(primicerius notariorum)*[2].

El *consistorium* asistía y aconsejaba al emperador –que era quien lo presidía– sobre todo tipo de cuestiones, en particular aquellas de carácter político (recepción de embajadas, decisiones relativas a las peticiones oficiales, etc.) y legislativo. Poseía, además, diversas competencias jurisdiccionales (servía como corte suprema de justicia), como aquella relativa a la lectura y publicación de las sentencias imperiales. Era, pues, el centro de la actividad política oficial: en su seno se diseñaban todas las misiones diplomáticas y se aprobaban las leyes. Pero no se debe olvidar que –especialmente en Oriente– otro centro de decisión era el «cubículo» –donde se fraguaban la política secreta, las intrigas y las influencias ocultas–, que a menudo conseguía anteponerse al propio consistorio[3].

En época tardoantigua, el Senado (o más precisamente, los dos Senados tras la institución por parte de Constancio II del Senado de Constantinopla) tenía muchísima menos importancia que el *consistorium*. Aun manteniendo un alto grado de dignidad, la asamblea senatorial apenas conservaba competencias en el orden político. De hecho, de manera particular en Occidente, no gozaba de prerrogativa alguna reconocida por el emperador, quien residía fuera de Roma. La institución senatorial se limitaba a publicar las constituciones imperiales que les eran formalmente remitidas. Es decir, procedía a su lectura pública y a la sucesiva aclamación.

Dentro del *consistorium* destacaba de manera particular el *magister officiorum,* una figura institucional creada por Constantino que reunía un sinfín de funciones y que, con el tiempo, iría ganando un poder notable, especialmente por su acceso directo al *cubiculum* imperial. El nombre deriva del hecho de que este dignatario era el máximo responsable de los más importantes *officia* (o *scrinia*) o secretarías imperiales, cada una de las cuales estaba dirigida por un *magister* de menor categoría. El *magister officiorum* estaba, además, al mando de las llamadas *scholae palatinae,* cuerpos especiales de funcionarios puestos a disposición de la corte imperial, entre los que destacan los que integraban la *schola agentum in rebus*.

AGENTES IN REBUS

Los *agentes in rebus* (es decir, de manera eufemística, «los que se encargan de los asuntos», también conocidos como *curiosi* o *kourıossoí*)[4] formaban un cuerpo de elite de origen militar destinado a velar por la seguridad del Estado en las provincias del Imperio. De hecho, aunque adscritos al servicio de la administración civil, tanto la organización como los rangos de esos agentes procedían del mundo militar. Del mismo modo que en el ejército, existían diferentes grados y rangos: *ducenarii*, *centenarii*, *biarchi*, *circitores* y *equites*. Al igual que los soldados, el *agens in rebus* era considerado como un *vir strenuus* o *vir devotus* (en griego, *kathosioménos*), si bien algunos de ellos poseían el rango de *clarissimi* (según *Cod. Theod*. VI 27, 12, en el año 399 los *agentes in rebus* alcanzaron el orden senatorial). Su carácter originariamente militar aparece reflejado en Libanio, quien a veces los llama «soldados» *(stratiótēs, stratiótai)*[5]. Según un estudioso italiano, la organización marcadamente militar de la *schola* de los *agentes in rebus* era completamente acorde con el creciente dominio del poder militar en el ámbito de la jurisdicción civil a lo largo del siglo IV[6]. De hecho, en el curso de sus misiones, estaban capacitados para solicitar de forma directa el apoyo del ejército.

Hasta bien entrada la época constantiniana no aparece la primera ley en la que se los menciona de manera expresa (*Cod. Theod*. VI 35, 3). Según todos los indicios, la *schola agentum in rebus* fue creada por Constantino[7] con la finalidad de sustituir a los antiguos *frumentarii,* agentes secretos que

eran ya del todo inoperantes (Aur. Vict. *Caes*. 39, 44-45; Hieron. *In Ab*. 17-18; Lyd. *Mag*. III 7). En esos momentos, la *schola* dependía de la autoridad del prefecto del pretorio, pero Constantino decidió (entre los años 327-330) asignar su mando al *magister officiorum* (asistido por un *adiutor* o coadjutor, una especie de ayudante o secretario) para evitar supuestamente que el prefecto acaparase demasiadas atribuciones (Lyd. *Mag.* II 26). Según parece, a partir de estos momentos, la relación del *magister officiorum* con los *agentes in rebus* se hizo muy estrecha. De hecho, con la información que estos le proporcionaban regularmente podía controlar gran parte de los puestos administrativos centrales y provinciales, así como la concesión de las *evectiones* (salvoconductos para el *cursus publicus*)[8]. Al frente de la *schola agentum in rebus* se encontraba el *princeps officii*[9].

Siempre ha existido una gran controversia en la historiografía acerca de las funciones y actividades asignadas a los *agentes in rebus*. Aunque unos autores conceden mayor relevancia a sus competencias de vigilancia y control[10], otros no dudan en considerar que sus tareas estaban relacionadas principalmente con el espionaje y las investigaciones propias de los servicios secretos del Estado[11]. Es cierto que, según la variada información que proporcionan las fuentes (que, a su vez, son de procedencia y naturaleza muy diversas), resulta extremadamente difícil delimitar con exactitud las competencias de este tipo de agentes-funcionarios dependientes de la administración central del Estado. Además, en muchas ocasiones coincidían con las asignadas a la *schola notariorum*. De hecho, muchos *notarii* se habían formado en la *schola agentum in rebus,* aunque con el tiempo adquiriesen mayor prestigio que sus antiguos colegas (con frecuencia, los *notarii* llegaban a ocupar el puesto de *magister officiorum*).



Fig. XV.1. *Agentes in rebus,* mosaico de la caza, villa del Casale (Piazza Armerina, Sicilia). Mosaico della caccia, 36b, scena VI.
Imagen tomada de Andrea Carandini, Andreina Ricci y Mariette de Vos (1982), *Filosofiana. La villa di Piazza Armerina. Immagine di un aristocratico romano al tempo di Costantino,* Palermo, S. F. Flaccovio Editore, p. 53.

Es sabido que, bien de manera simultánea o a partir de un momento determinado, bien de forma polivalente o especializada, los *agentes in rebus* llegaron a cumplir muy diferentes funciones. Se encargaban de algunos servicios administrativos en palacio; prestaban ayuda en cuestiones de asesoramiento en los *officia* de los diversos prefectos (del pretorio, de la ciudad y del augustal); eran portadores de despachos oficiales (cartas e instrucciones imperiales, notificaciones generales, comprobación de la aplicación de las leyes y decisiones del príncipe, órdenes de arrestos y exilios, legaciones, etc.); realizaban misiones (unas veces, abierta y, otras, secretamente) en las provincias, donde recababan valiosa información sobre asuntos de muy variada naturaleza[12]; vigilaban la gestión pública y la

conducta y fidelidad políticas de los gobernadores provinciales, *duces,* funcionarios y ciudadanos preeminentes, actuando con cierta frecuencia como «infiltrados» tanto en ámbitos privados como en el propio seno del aparato burocrático imperial[13]; revisaban, cuando era necesario, los actos judiciales *(curae agendae),* de los cuales recibían una copia para su posterior tramitación, junto con los correspondientes informes *(breves negotiorum),* a las instancias superiores; supervisaban el comercio y los impuestos que grababan las mercancías que arribaban a los puertos y costas *(curiosi litorum),* así como el transporte destinado al *comes sacrarum largitionum*[14]; controlaban, en fin, el transporte y avituallamiento del ejército; inspeccionaban el buen funcionamiento del *cursus publicus* –servicio oficial de transportes y comunicaciones–[15], especialmente a partir del año 335, siendo esta una de sus obligaciones más importantes, ya que en la mayoría de las ocasiones se requería que la información llegase al consistorio imperial –cuando no al emperador mismo– lo más rápidamente posible y eso solo era factible si el sistema de comunicación funcionaba sin contratiempos. No obstante, la enorme extensión del Imperio imposibilitaba que las noticias oficiales e informes secretos llegasen a su destino con la presteza deseada por quienes los emitían o recibían. En la mayor parte de las ocasiones se requerían varios días –si no semanas– y, en casos extremos, incluso meses[16]. A veces, los emisarios eran interceptados y eventualmente sometidos a violentos interrogatorios para arrancarles por la fuerza los mensajes orales, como atestigua una epístola de Sidonio Apolinar (IX 3, 2). No sería de extrañar tampoco que se produjeran filtraciones o alteraciones del contenido de los documentos, tal como sospechaba Agustín respecto a una buena parte de las cartas que había enviado a Jerónimo, lo que le obligó a remitirle en el año 416 copia de todas ellas (*Ep*. 19*, 1 y 4) [17].

No cabe duda de que la mayoría de estas funciones y actividades ofrecía a los *agentes in rebus* enormes posibilidades para desarrollar un eventual comportamiento abusivo, máxime si se tiene presente que, como se deduce de las fuentes disponibles, en las provincias contaban con la facultad de ejercer el poder de la *coercitio*[18], y, dependiendo de cómo se utilizase, podría considerarse como un auténtico contrapoder. Si se presentaba la ocasión propicia, sus indagaciones podían desviarse de la línea oficial o utilizarse como medio de extorsión; sus inspecciones, frenarse o falsearse;

sus controles, intensificarse o relajarse; sus informaciones (ciertas o inventadas), atemorizar.

Esta proclividad hacia una conducta que podría definirse como corrupta estaba, en muchos casos, condicionada *ab initio* por el modo «irregular» de acceso al cuerpo. Es cierto que para los cargos de la administración imperial no existía un *cursus honorum* formalmente establecido y que los criterios que las fuentes reflejan para acceder a este tipo de puestos eran muy diversos y no siempre exentos de una calculada ambigüedad. Con el supuesto fin de evitar el favoritismo y la compra de recomendaciones *(suffragium, suffragia)*[19], junto a la antigüedad y a los méritos conseguidos con anterioridad dentro del ámbito de la administración imperial, suelen aparecer en la legislación conceptos tan relativos como *ad curas agendas,* «habilidad para la gestión» (*Cod. Theod*. I 9, 1), y la aún más extendida «honradez» *(honestas),* respecto de la cual se advierte siempre que ha de ser máxima (*Nov. Iust.* VIII 8). Todos esos criterios estaban inspirados en un principio común: el rechazo más absoluto de la corrupción masivamente difundida que consistía en traficar con recomendaciones para obtener dignidades, títulos y puestos en la administración del Estado. El caso de los *agentes in rebus* no fue una excepción. De hecho, a partir de la época de Constancio II, el número de aspirantes a incorporarse a esta privilegiada *schola* era cada vez mayor y una gran parte de ellos lograba el ingreso en el cuerpo mediante el extendido sistema del *suffragium,* que se retroalimentaba al margen y en detrimento de las directrices del poder central.

En el año 331, Constantino dirigió una ley al prefecto del pretorio (*Cod. Theod.* XII 1, 20) por la que excluía de sus funciones, substrayendo inmediatamente los correspondientes documentos de nombramiento oficial *(epistula […] vel codicilli),* a quienes hubiesen pagado un «favor» para obtener un cargo en la administración[20]. Su sucesor, Constancio II, promulga en el año 359 una nueva norma (*Cod. Theod*. I 9, 1) para acabar con la corruptela en el acceso a los cargos imperiales y, más específicamente, con el sistema del *suffragium* empleado en las promociones internas de los *agentes in rebus*. La ley exigía también del *adiutor* –máximo responsable de la seguridad del *magister officiorum* y a quien correspondía velar por el correcto funcionamiento de la *schola agentum in rebus– probitas morum atque boni artes,* es decir, «probidad en

las costumbres» y «buenas habilidades» como requisitos imprescindibles para resultar elegido. Pero, además, esta norma obligaba al *magister* a poner en conocimiento del propio emperador todas las propuestas con el objeto de que la designación final de los aspirantes se produjese según su arbitrio *(arbitrio nostro),* señal inequívoca del deseo de control o fiscalización imperial del nombramiento de los funcionarios más preeminentes[21].

Sin embargo, no parece que en los años sucesivos este precepto fuese aplicado con rigor. De hecho, en las primeras líneas de una ley publicada en el año 365 (*Cod. Theod*. VII 1, 7), los emperadores Valentiniano y Valente reconocen abiertamente que la «compra» de puestos en la administración era una práctica generalizada. Veinte años después (*Cod. Iust*. XII 53, 1, del año 385), los emperadores Valentiniano, Teodosio y Arcadio intentaron corregir esta situación ordenando que solo pudiesen acceder a los cargos palatinos y a la *schola agentum in rebus* quienes hubiesen recorrido el *ordo militiae*, lo que suponía, en la práctica, la abolición de esta forma de tráfico de favores *(omnium suffragiorum obreptione cessante)* para obtener la púrpura asociada a este tipo de *dignitates*[22]. A finales del siglo IV, el emperador Honorio volvió a reservarse el derecho a la última decisión en el acceso de los candidatos a esta *schola* (*Cod. Theod.* VI 27, 11), medida esta que tampoco parece haber bastado para solucionar el problema, pues con toda probabilidad el supuesto tráfico de influencias que se producía en la primera selección precedía y condicionaba siempre la resolución final del emperador (el «contrapoder» que representaba la *schola agentum in rebus* pudo, por tanto, seguir manteniendo sus prerrogativas al zafarse por medio de diferentes subterfugios del control del poder central).

Ahora bien, la imagen de corrupción que, con el tiempo, había envuelto irremediablemente a la *schola* de los *agentes in rebus,* no fue consecuencia tanto de la mayor o menor irregularidad en el sistema de acceso al cuerpo como de las frecuentes prácticas fraudulentas de muchos de sus miembros en el desempeño de sus funciones. Con frecuencia, las fuentes tardoantiguas nos transmiten la imagen de una sociedad dominada por la corrupción[23]. Abogados, magistrados locales, gobernadores, funcionarios de cualquier rango y condición estaban envueltos demasiadas veces en asuntos turbios. En este sentido, los *agentes in rebus* no constituían una excepción, pero tampoco destacaron por ser más corruptos o deshonestos de cuanto podían serlo quienes ocupaban otros puestos destacados dentro de la

administración local, provincial o imperial[24]. Sin embargo, la relevancia de sus funciones dentro de la estructura administrativa y del aparato político del Estado les convertía en personajes de enorme poder e influencia (en realidad, un contrapoder) que, al ser empleados de forma capciosa, inspiraban en los ciudadanos un temor constante[25]. Esta es la deplorable opinión que de ellos nos transmite Libanio:

> Se dejaban comprar para convertirse en espías y, en apariencia, eran vigilantes, para que el emperador no ignorase nada de cuanto se tramaba contra su persona, pero, en realidad, no eran sino traficantes. Pues lo mismo que los comerciantes abren sus puertas desde el alba y se aplican al mercado, así es como ellos hablaban de ganancias con sus secuaces, los cuales conducían bajo su látigo a los artesanos, acusándolos de haber injuriado a la monarquía, aunque, en realidad, no habían dicho palabra. Y esto no lo hacían para arrancarles la piel a golpes, sino para que los desdichados comprasen el derecho de no padecer este tormento. Y nadie estaba fuera del alcance de sus dardos, ya fuera ciudadano, meteco o extranjero, sino que, quien en nada había delinquido y era víctima de calumnias, perecía si no pagaba, mientras que, cediendo, se salvaba hasta quien hubiese llevado a cabo las mayores atrocidades. Pero su mayor fuente de ingresos era conseguir pruebas de alguna ofensa contra la monarquía. Porque, en lugar de entregar al reo a la cólera de los agraviados, con tal de obtener dinero, prestaban su auxilio a los conspiradores en lugar de a quienes habían depositado su confianza en ellos. Es más, enviando a personas honestas jóvenes lozanos e infundiéndoles así el temor de perder su reputación, y atribuyendo supuestas pruebas de practicar la hechicería a personas que muy lejos estaban de esta acusación, lograban cosechar estas dos excelentes fuentes de ingresos; más bien, una tercera aún más suculenta que estas dos. En efecto, dando licencia a los que, desde los antros en que suelen cometerse estas fechorías, osan falsificar moneda, se lucraban consiguiendo dinero legal a cambio del falso […][26].

La enorme fuerza retórica que emana de este texto no parece haber estado destinada a la prosecución de un objetivo que podría considerarse espurio, ni haber sucumbido literariamente a la mera hipérbole. Se cuenta con una abundante legislación imperial que confirma desde un punto de vista jurídico las pinceladas a partir de las que Libanio compone tan repelente cuadro. Y, aunque estos «trazos» bastarían para sacudir la conciencia de sus destinatarios y de quien tenía la responsabilidad de limpiar el degradado prestigio de la *schola agentum in rebus,* el orador añade además que muchos de los funcionarios corrompidos que formaban parte de ella habían huido de las curias para evitar la obligación de cumplir con las cívicas «liturgias» comprando, sin pudor alguno, los cargos que fraudulentamente

ostentaban (*Orat*. XVIII 135).

También según Libanio, algunos *curiosi (peuthēnes)* montaban acusaciones falsas con las que amenazar a los gobernadores para obtener, mediante la extorsión, pingües beneficios[27]. Desde luego, no era inusual que, por medio de imputaciones espurias, lograran procesar y condenar a funcionarios que habían sido siempre honestos en el ejercicio de sus competencias y a ciudadanos respetables que nunca habían dado muestras de infidelidad al emperador. Se sabe, por ejemplo, que durante la prefectura urbana de Símaco en 384-385, un *agens in rebus* acusó falsamente a dos senadores de fomentar el desorden social cerca de Roma (*Relat*. X 49). De hecho, en Hispania se descubrió un caso de falsas informaciones proporcionadas por un *agens in rebus* que había sido cortésmente invitado a un banquete en la casa de una noble familia. Amiano Marcelino relata el suceso de la siguiente forma:

> Con similar malicia, un agente imperial invitado igualmente a una cena en Hispania, al escuchar que los esclavos que traían las lámparas para la noche exclamaban según la costumbre «venzamos [a la oscuridad]», interpretó de forma muy rigurosa esta expresión ritual y destruyó así este noble hogar[28].

Este mismo autor relata el sombrío episodio protagonizado por el *agens in rebus* Gaudencio y el *princeps* Rufino *(iactantius et funestus delator),* quienes en el año 354 fueron los máximos responsables de la «masacre» de algunos de los más destacados miembros de la aristocracia provincial ilírica. Durante un banquete ofrecido en Sirmio por el gobernador de la Panonia Segunda (conocido como «el Africano»), algunos de los invitados, completamente ebrios y despreocupados de la presencia de posibles oídos indiscretos, «criticaron abiertamente como opresor el Imperio en que vivían». Gaudencio, testigo entonces de los que no habían sido sino unos comentarios imprudentes pero del todo inocentes, no tardó en informar del hecho a Rufino «como si se tratara de un asunto grave». Este, «como movido por alas, voló a la corte del emperador», quien, sin deliberación alguna, ordenó la detención inmediata y la tortura del gobernador y de todos los que habían tomado parte en aquel banquete, convertido ya en una reunión de intrigantes (Amm. Marc. XV 3, 7-11). La ambición de poder, que en la mayoría de las ocasiones suele traducirse en deseo de enriquecimiento, constituyó en este caso el motivo principal por el que se

condujo el *princeps* Rufino. No fue, sin embargo, el único ejemplo del que se hacen eco las fuentes. Apodemio, el conocido *agens in rebus* que intervino, junto al *comes* Barbatión, en la condena del césar Galo[29], fue un «agente secreto» que, aficionado a la extorsión y ávido de poder, provocó a lo largo de su vida numerosos desórdenes en provecho propio, llegando a convertirse en un peligroso enemigo de todas aquellas personas honestas que se cruzaban en su camino. Su maldad, que no conocía límites, fue puesta al descubierto en el momento en que se le envió a la Galia portando una carta para Silvano que nunca entregó y que precipitó la muerte injusta de este, de la que fue el más directo responsable[30].

Ni siquiera en el ámbito eclesiástico el abuso de poder de los *agentes in rebus* encontró freno. Cierto es que, en la misma medida, la Iglesia terminaría por beneficiarse de su inestimable colaboración, como en el caso del edicto (publicado en el año 407) que ordenaba específicamente a los *agentes in rebus* que auxiliasen a las autoridades eclesiásticas en su lucha para acabar con las reuniones de donatistas y maniqueos en el norte de África (*Const. Sirm*. XII, 5). Aunque escasas, las referencias a *agentes in rebus* en Agustín de Hipona parecen confirmar esta realidad[31]. Muy diferente fue el caso de Atanasio, quien sufrió en su propia piel el comportamiento capcioso de los *curiosi* Antíoco y Evagrio, tanto en el momento de su condena como en diferentes ocasiones durante su exilio[32]. En su *Apologia* cuenta cómo a las acusaciones falsas se añadieron las irregularidades en la adquisición de las pruebas (el conocido *onus probandi*) y los falsos testimonios[33]. De hecho, el propio Ambrosio de Milán acusó a ciertos *agentes in rebus* de interferir en la jurisdicción eclesiástica relativa a las viudas (*De off. min*. II 29, 150: *PL* 16, col. 152) y llegó a considerar a su *schola* como una de las corporaciones de altos funcionarios que gozaba del poder suficiente como para arrebatarle su basílica[34].

Ante las alarmantes noticias procedentes de Dalmacia sobre los desmanes cometidos por los *agentes in rebus* destinados en aquella región del Imperio, el emperador Honorio se vio forzado finalmente a remover a todos los *curiosi* que, desde hacía tiempo, estaban actuando de manera impune en el litoral dálmata y sus islas adyacentes, y a trasladarlos a otras provincias[35].

Es evidente que, ante hechos en verdad excepcionales o alarmantes, los emperadores reaccionaron de forma enérgica para acabar con situaciones

que, como la que se produjo en Dalmacia, habían llegado a ser totalmente insostenibles. Ahora bien, en este caso la medida no parece haber sido tan drástica como cabría esperar dada la gravedad de los acontecimientos. Ciertamente, los emperadores deseaban que el aparato administrativo del Estado funcionase de forma correcta y que los casos de abusos e irregularidades desaparecieran de la administración imperial, pero, en el fondo, se vieron obligados a consentir ciertas «dosis de corrupción» en aquellas altas esferas de poder que resultaban esenciales para el aceptable (aunque defectuoso) funcionamiento de la enorme maquinaria del Estado. Este es, sin duda, el caso de la *schola agentum in rebus,* un cuerpo de altos funcionarios que, a pesar de su merecida fama de corrupción, había adquirido una extraordinaria relevancia para el control imperial de las numerosas piezas esenciales que componían la gigantesca estructura del Imperio. Así lo reconoce el propio emperador Honorio cuando, en una de sus leyes (*Cod. Theod*. VI 27, 12, del año 399), llega a afirmar que *agentum in rebus schola nobis maxime necessaria* («para nosotros la escuela de los agentes de los asuntos es imprescindible»), como si se tratase de un mal necesario que no había más remedio que tolerar. De hecho, los emperadores nunca prescindieron de los *agentes in rebus,* a pesar de contar con evidentes pruebas de su dudosa moralidad. En Occidente, una vez caído ya oficialmente el Imperio romano, la última noticia referida a estos funcionarios «especiales» data del año 510 (*P. Marini*, 138). Incluso Casiodoro –ministro del rey Teodorico el Grande– menciona en el 534 a su *schola* como parte integrante de la estructura administrativa del reino ostrogodo (*Var*. 6, 6 y 11, 35). En Oriente, se encuentran todavía bastantes huellas de estos *agentes* en los siglos VI y VII, y noticias esporádicas hasta finales del siglo X[36].

Sin embargo, también hubo excepciones en este panorama de corrupción generalizada: en un célebre discurso dirigido a Juliano, el famoso orador Libanio no escatimó esfuerzos para defender la honestidad de un *agens in rebus* que había sido injustamente acusado de corrupción e incluso de haber conspirado para alcanzar el trono imperial (Lib. *Orat*. XIV 12-14). Al parecer, Aristófanes de Corinto, que tal era su nombre, fue una víctima más del siniestro *notarius* Paulo Catena –al que se prestará atención más adelante–, de cuya profunda maldad hacen también mención Amiano Marcelino y el propio emperador Juliano[37]. De hecho, este último se vio

obligado a intervenir directamente para salvar a Aristófanes. Aun así, parece que la conducta ejemplar de este agente especial no logró que el emperador cambiase su pésima opinión acerca de la dudosa honorabilidad de los *agentes in rebus,* razón por la que decidió sanear el cuerpo por medio de una drástica reducción. Tal era su desconfianza que, según las fuentes, rebajó su número a diecisiete, llegando incluso a servirse de algunos de sus propios esclavos en calidad de «confidentes» (Lib. *Orat*. II 58 y Amm. Marc. XXII 7, 5). En cualquier caso, esta situación «anómala» no se prolongó después de su trágica muerte y, con los sucesivos emperadores, el número de *agentes* volvió a crecer de manera desmesurada. Libanio (*Orat*. II 58) sostuvo que el número de *agentes in rebus* presentes en las provincias llegó hasta diez mil en tiempos de Teodosio el Grande. Sin embargo, una constitución de este mismo emperador del año 395 (*Cod. Theod*. VI 29, 8) permite considerar que las estimaciones del rétor antioqueno eran absolutamente desorbitadas, pues en ella se establecía un máximo de dos *agentes in rebus* por provincia[38]. Es evidente que con esta medida se trataba de corregir la imparable tendencia hacia el aumento de efectivos que en los últimos años había experimentado este cuerpo. Aun así, se sabe que en el año 430 el número total de *agentes in rebus* para todo el Imperio era de 1.174 (*Cod. Theod*. VI 27, 23) y que en época del emperador León había aumentado ligeramente hasta llegar a los 1.248 (*Cod. Iust*. XII 20, 3)[39].

Ahora bien, ¿eran estos los únicos funcionarios que podían hacerse cargo de las tareas informativas o de las misiones ocultas de las que tanto precisaba el poder imperial?

NOTARII

A veces se ha pensado que los funcionarios *a secretis* eran notarios que servían como secretarios particulares del emperador para su correspondencia más privada, lo que no se ajusta del todo a la realidad. El nombre que portaban no tiene por qué dar a entender que su especialidad era escribir cartas secretas, sino que eran los funcionarios encargados de redactar las actas de los *secreta,* es decir, de las reuniones del consistorio. También podían asistir como «secretarios» a los juicios importantes, como el que se celebró por la conspiración contra Justiniano en el año 562, y de la misma manera eran los portavoces de las proclamas imperiales o de los

embajadores.

Ciertamente, los notarios solían proceder del cuerpo de funcionarios *a secretis*. Formaban una *schola* como la de los *agentes in rebus*. Ahora bien, el término «notario» presenta también cierta ambigüedad: desde el siglo IV, existían notarios eclesiásticos con una organización calcada de la de los notarios imperiales: estaban integrados en una *schola* dirigida por un *primicerius* (primicerio). Los notarios también recibían el nombre de «taquígrafos» o «hipógrafos», términos que a su vez se aplicaban a los escribanos de la prefectura del pretorio[40].

La primera noticia relativa a un notario imperial en el siglo IV corresponde a los años 320-324. Se trata de Auxencio, activo en la época de Licinio. Se conoce la identidad de al menos quince para la primera mitad del siglo IV: siempre se los denomina «taquígrafos», «hipógrafos» o simplemente «notarios». El título conjunto de «tribuno y notario» no aparece hasta el año 358 en Amiano Marcelino (XVII 5, 15). Hasta entonces, como señala Libanio, eran taquígrafos de bajo rango, pero su importancia aumentó bajo los gobiernos de Constantino y Constancio II, época en la que ya podían acceder a altos cargos, como los de cuestor de palacio, maestre de los oficios o *comes sacrarum largitionum* (*Orat*. II 44; LXII 10-11). Según las fuentes, no cabe duda de que estaban organizados e integrados en una *schola* o *militia* con un marcado carácter militar[41].

El cuerpo de notarios comprendía varias categorías. En Occidente, a partir del año 381, se podía distinguir entre «domésticos (servidores) y notarios», que tenían rango consular, y «tribunos y notarios», que poseían rango de vicarios (*Cod. Theod.* VI 10, 3). En Oriente, a partir de la misma época, aparecieron los llamados «tribunos y notarios pretorianos», cuyo rango estaba asimilado al del *comes* de Oriente y al prefecto de Egipto, es decir, un poco por encima de los vicarios (*Cod. Theod.* VI 10, 3). A finales del siglo IV, estos últimos adquieren la categoría de *clarissimi;* al menos este es el título que les asigna Símaco (*Ep*. 5, 54 y 66; *Rel*. 23, 6 y 26, 3). No se sabe cuántos notarios imperiales había al principio; según Libanio, eran numerosos y Juliano los redujo a cuatro; tras su muerte, su número volvió a aumentar y, hacia el año 380, había quinientos veinte solo para el Imperio de Occidente. El poeta Claudiano fue tribuno y notario, pero nada indica que estuviese en servicio activo, como tampoco el hijo de Estilicón que recibe el título de «notario» siendo aún un niño (*CIL* VI 1710). Algunos de

ellos procedían de otros cuerpos, como el de los *agentes in rebus* o los que conformaban los diferentes *officia* imperiales: a diferencia de la mayoría de los servicios palatinos, la prohibición de cambiar de cuerpo durante el servicio no se les aplicaba (Zos. 5, 34, 7; Sid. Apoll. *Ep*. 5, 9; *CIL* VI, 1749).

La función principal de los notarios era levantar acta taquigráfica de las audiencias imperiales y de las deliberaciones del consistorio. Libanio vituperaba a estos notarios que lograban honores solo por su conocimiento de los signos (*Orat.* II 46). Este pasaje es particularmente interesante porque puede dar pie a suponer que muchos de los informes de los *notarii* o *hypographēis* estuvieron cifrados o al menos escritos con caracteres taquigráficos especiales que solo ellos podían entender (*tōn toínin kaluménon semeíon…,* «por tanto, ahora que los llamados signos…»). Su participación en el consistorio o *secretum* fue lo que hizo que más tarde, a partir del siglo V, se los llamara *secretarii* o agentes *a secretis*. También se les podía pedir que tomaran nota de los procedimientos importantes en los que no estuviese presente el emperador, para informarle (Amm. Marc. XIV 9, 3 y 11, 21-23; XV 3, 4 y 6, 1; Epiph. *Adv. haer*. 71, 1).

Su segunda tarea consistía en transmitir las cartas, órdenes o instrucciones imperiales, de ahí las numerosas misiones en las que aparecían[42]: llevaban citaciones, llamaban a los exiliados, realizaban arrestos, se ocupaban de investigaciones reservadas, participaban en embajadas, reclutaban personal, trasladaban el dinero de la «generosidad imperial» e incluso se los veía organizando la defensa de una provincia junto a las autoridades militares[43]. A partir del siglo V, participaron a menudo como presidentes u observadores en los sínodos: fue el caso de Marcelino en Cartago en el año 411, Damascio en la investigación contra Ibas de Edesa en el 448, Eulogio en el llamado latrocinio de Éfeso un año después (449) y Eutropio en el sínodo de Sidón en el 511[44].

Dentro de su cuerpo *(schola),* los notarios ascendían por antigüedad; en caso de ausencia prolongada, eran castigados con la degradación de un grado por cada año de ausencia y eliminados del registro al cabo de cinco años (*Cod. Iust.* XII 7, 2). A la cabeza de la *schola* estaban los tres principales dignatarios: el primicerio *(primicerius)* era el dirigente de mayor categoría; le seguía el secundicerio *(secundicerius)* y a este el terciocerio *(tertiocerius)*. Algunos de ellos habían sido formados por miembros

destacados de los *officia* de palacio o por los *agentes in rebus*. Su poder e importancia eran enormes: en el año 371, el notario secundicerio Teodoro fue ejecutado en Antioquía porque se sospechaba que quería arrebatar el trono a Valente, y, en el año 423, el notario primicerio *(primicerius notariorum)* Juan *(Iohannes)* se convirtió en emperador a la muerte de Honorio (usurpador del 423 al 425 frente a Valentiniano III). Los antiguos taquígrafos imperiales de origen servil habían recorrido un largo camino en menos de un siglo.

Originario de Hispania, el *notarius* Paulo, llamado *Catena* por su habilidad a la hora de enmarañar los argumentos, como si fuesen cadenas y grilletes con que solía aprisionar a sus víctimas[45], actuó como agente secreto del emperador Constancio II en numerosos casos en los que había sospechas de alta traición (Amm. Marc. XV 3, 4). El historiador antioqueno lo define como «verdadera serpiente de rostro impenetrable, sumamente astuto para husmear las mil formas ocultas de los peligros» (Amm. Marc. XIV 5, 6; trad. Harto Trujillo 2002, 115). Si se considera cierta la información proporcionada por Libanio, el número de sus víctimas –repartidas por todo el Mediterráneo– habría superado el millar (*Orat*. XVIII 152).

Se sabe que su muerte se produjo en torno al año 361-362, poco después de la subida al trono del emperador Juliano, quien ordenó su ejecución tras procesarlo en el controvertido Tribunal de Calcedonia junto a otros muchos colaboradores de Constancio II (Lib. *Orat*. XIII 42; XVIII 152). En este tribunal, Paulo fue condenado a la pena capital siguiendo la modalidad de los *summa supplicia,* puesto que fue quemado vivo en la hoguera (Amm. Marc. XXII 3, 11), clara indicación de haber cometido alguno de los delitos que se consideraban más atroces en el mundo tardorromano, como podían ser la práctica de la magia, el envenenamiento, el parricidio, la consulta a los adivinos o la adhesión a alguna herejía. Según las fuentes coetáneas, algunos de estos «crímenes» fueron imputados por el propio Paulo a varias de sus víctimas y, si se concede crédito a esas mismas fuentes, en bastantes casos de forma injusta[46]. Así se expresa Amiano Marcelino:

> No en vano Apodemio, antiguo miembro de su guardia personal, quien, como hemos narrado, se dejó llevar por las ganas de ver muertos a Silvano y a Galo, e igualmente el notario Paulo, conocido por «Cadenas» –a quien no podemos nombrar sin escuchar los gemidos de muchos–, fueron quemados vivos, encontrando así el final que podía

esperarse (Amm. Marc. XXII 3, 11; trad. Harto Trujillo 2002, 456).

REFERENDARII

El *referendarius* también era conocido como *regerendarius*. Se trataba de un funcionario imperial de rango intermedio. La primera aparición de los referendarios en las fuentes data del año 427, si no se tienen en cuenta las menciones anacrónicas de los historiadores bizantinos posteriores. Englobados en el grupo de «notarios y referendarios», llevaban el título de tribunos *spectabiles*. Su rango aparece confirmado no solo por las leyes, sino también porque a menudo fueron promovidos a dignidades ilustres. Una vez más, el *magister officiorum* era el responsable de la *schola* de los referendarios.

Aunque con cierta frecuencia se les empleaba como portadores de instrucciones imperiales o encargados de misiones de diversa índole (*Cod. Iust*. I 50, 2; *Vita Eutychii,* 3, 23; Procop. *Pers*. 2, 23, 6.), su papel esencial lo desempeñaban en Palacio: debían recibir e investigar las peticiones dirigidas al emperador que, por su contenido o importancia, no podían ser atendidas por los simples jefes de las diferentes secciones palatinas, e informar de ellas al emperador, así como transmitir después la respuesta de este a los magistrados. Sin duda, estas funciones podían dar lugar a diversos abusos, como apoyar peticiones ilícitas, extorsionar a las partes o a los peticionarios, interferir en el desarrollo de los juicios o realizar informes inexactos[47].

Antes de Justiniano, el número de referendarios estaba limitado a una cifra muy reducida, aumentando a catorce al principio de su gobierno e incrementándose posteriormente hasta tal punto que en el año 535 el emperador decidió reducirlos a tan solo ocho mediante la *Novella* 10, en la que además se especificaba que eran unos funcionarios a los que muy a menudo se les encomendaban misiones confidenciales. Al final de su gobierno solo había tres referendarios remunerados como tales, combinando su salario con el de tribuno y notario, dos al servicio del emperador y uno al de su esposa. A la muerte de Teodora en el año 548, su referendario volvería al servicio de Justiniano.

Cabe señalar que la función de los referendarios era en cierto modo idéntica a la de los jefes de las oficinas palatinas, que también se

encargaban de investigar los libelos y las peticiones. En Oriente, estos cargos eran distintos: el referendario se encargaba de las peticiones que el jefe de la oficina no podía resolver por sí mismo y que debían ser decididas por el emperador, pero en Occidente, ya en época ostrogoda, el título de *magister scrinii* se había convertido en un cargo meramente honorífico, ocupando los referendarios su lugar al frente del *scrinium* del monarca.

ÁMBITO MILITAR

La constante presencia –que en ciertos momentos devino una agobiante presión– de pueblos «bárbaros» en los *limites* del Imperio había hecho necesaria la articulación de un servicio de control y espionaje cuyo principal cometido era recabar datos sobre posibles movimientos susceptibles de amenazar la seguridad de las fronteras. Ya en el siglo I, Frontino dedicó dos capítulos enteros de su obra *Stratagemata* a resaltar la necesidad imperiosa de explorar los planes del enemigo a través de los informes que, por diferentes cauces, propiciaban los agentes secretos desplegados en territorio bárbaro. Los mismos argumentos serían retomados y desarrollados por Vegecio a finales del siglo IV y principios del V[48]. En el libro tercero (epígrafe 26) de su *Epitoma rei militaris* hace referencia a la importancia que tenía para los mandos militares disponer de todo tipo de información, desde la relativa a los accidentes geográficos más destacados (Amm. Marc. XVIII 7, 9) hasta las más ocultas intenciones del adversario, manteniendo en todo momento la precaución frente a muchos mensajes falsos (cfr. Sulp. Sev. *Vit. Mart*. 18, 1, 3) y rumores contraproducentes que, en ocasiones, causaban alarma y desestabilizaban la moral de los soldados, cuando no causaban daños irreparables. Y, de la misma manera, resultaba prioritario capturar al explorador enemigo que, por descuido en la seguridad del campamento, se hubiese infiltrado peligrosamente entre las tropas romanas.

Los espías e informantes que actuaban en el ámbito militar recibían distintas denominaciones en las fuentes tardoantiguas: los términos más recurrentes eran los de *exploratores, speculatores, indices, perfugae, nuntii occulti* y *proditores* (Amm. Marc. XIV 10, 6-8; XVIII 5, 8; XXXI 10, 12-20). Hubo individuos que operaban *sub specie legationis,* es decir, como portadores de mensajes militares secretos. Y, eventualmente, se recurría a

los servicios de algunos *agentes in rebus* y *notarii,* como fueron los casos de Gaudencio, encargado de informar a Constancio II sobre las actividades militares de Juliano (Amm. Marc. XVII 9, 7; XXI 7, 2; Julian. *Ep. ad Ath*. 282b), y Parteniano, enviado por Valentiniano I al Ilírico para verificar la información remitida por Probo sobre la invasión de los cuados (Amm. Marc. XXX 3, 2).

Gracias a Servio (*Aen*. 9, 317) se sabe que era habitual que los espías militares utilizaran señales secretas: «Los *exploratores* se expresan sobre todo asintiendo con la cabeza y silbando». A quienes, una vez capturados, sucumbían a las presiones o se dejaban comprar a cambio de revelar los códigos en clave o la información secreta que ocultaban, les esperaba irremediablemente un destino fatal. Según el Digesto, a los informadores que, de una u otra forma, cometían traición les estaba reservada la pena de muerte: «Los exploradores que revelen secretos militares a los enemigos son traidores *(proditores)* y merecen la pena capital» (Menandro, *de re milit.* 3, en *Dig*. XLIX 16, 6, 4).

CONCLUSIONES

A medida que la administración tardoimperial iba desarrollándose hasta convertirse en una maquinaria burocrática casi ingobernable, los servicios secretos, formados por agentes y funcionarios de muy diversos orígenes y competencias, fueron concentrándose cada vez más en *scholae* que dependían casi exclusivamente del todopoderoso *magister officiorum,* máximo responsable del aparato de inteligencia del Estado tardorromano. La mayor parte de las misiones secretas y de las actividades de vigilancia y control eran encomendadas a los *agentes in rebus,* también conocidos como *curiosi* y *magistrianoí*. Dado que, en la mayoría de los casos, era esencial que la información llegara con seguridad y rapidez tanto a los *officia* centrales del Imperio como a los órganos del aparato administrativo provincial, resultaba prioritaria la supervisión del correcto funcionamiento del *cursus publicus* –servicio oficial de transportes y comunicaciones del Estado–, una tarea reservada de forma exclusiva a este tipo de agentes ejecutivos. La ampliación de sus actividades al espionaje en los círculos de poder o influencia repartidos por todo el Imperio hizo que adquiriesen un enorme poder –o más bien, contrapoder– que, en muchas ocasiones, fue

utilizado para extorsionar a ciudadanos acomodados o incluso a gobernadores sobre los que se hacían recaer falsas acusaciones de conspiración contra el emperador con el fin de sobornarlos para evitar que fuesen procesados. Aunque en menor medida, otros funcionarios y oficiales de palacio, como los *notarii* y los *referendarii,* podían actuar también como espías e informantes. En la *schola notariorum,* las prácticas corruptas y los abusos de poder eran también frecuentes. La extorsión y la crueldad del *notarius* Paulo Catena fueron célebres.

Aun así, a pesar de que los emperadores eran conscientes no solo de la extendida práctica del *suffragium* (compra de cargos) sino también de las corruptelas en el ejercicio de sus actividades, no podían prescindir de todos estos «agentes», pues asumían –aun a riesgo de salir seriamente perjudicados si sus misiones *(munera specularis)* eran descubiertas o sus resultados eran contraproducentes– aquellas tareas oscuras que los dignatarios palatinos consideraban vitales y deseaban a toda costa mantener ocultas.

En el ámbito militar, los espías e informantes cumplían una función diversa, vinculada siempre con la estrategia y los movimientos de los ejércitos. En buena medida, la veracidad de la información proporcionada por los *exploratores* y *speculatores* podía decidir el éxito o el fracaso de una campaña militar. Sus actividades tuvieron, sin duda, una enorme importancia y un carácter mucho más especializado.

BIBLIOGRAFÍA

Aiello, Vincenzo (2001), «I rapporti tra centro e periferia in epoca costantiniana. L'origine del *magister officiorum*», en *Atti dell'Accademia Romanistica Costantiniana,* XIII. *Convegno internazionale in memoria di Andrè Chastagnol,* Perugia, Edizioni Scientifiche Italiane/Universitá degli Studi di Peruggia, 137-174.

Amiano Marcelino, *Res gestae:* trad. María Luisa Harto Trujillo (2002), *Amiano Marcelino. Historia,* Madrid, Akal.

Arias Bonet, Juan Antonio (1957-1958), «Los *agentes in rebus*. Contribución al estudio de la policía en el Bajo Imperio romano», *Anuario de Historia del Derecho Español* 27-28, 197-219.

Baynes, Norman (1924), «The Army Reforms of Diocletian and

Constantine», *Journal of Roman Studies* 15, 201-204.
Blum, Wilhelm (1969), Curiosi *und* Regendarii. *Untersuchungen zur Geheimen Staatspolizei der Spätantike,* Múnich/Bonn, R. Habelt, 1969.
Bolognesi Recchi Franceschini, Eugenia (2008), «The *Scholae* of the Master of the Offices as the Palace *Praetorium*», *Anatolia Antiqua* 16, 231-257.
Carrié, Jean-Michel (1999), «*Agens in rebus*», en G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (eds.), *Late Antiquity. A Guide to the Postclassical World,* Cambridge (Mass.)/Londres, Harvard University Press, 278-279.
Cervenca, Giuliano (1989), «Il Dominato», en Mario Talamanca (dir.), *Lineamenti di storia del Diritto romano,* Milán, Giuffrè, 531-626.
Clauss, Manfred (1980), *Der* magister officiorum *in der Spätantike (4.-6. Jahrhundert). Das Amt und sein Einfluß auf die kaiserliche Politik,* Múnich, C. H. Beck.
Collot, Claude (1965), «La pratique de l'institution du *suffragium* au Bas-Empire», *Revue Historique de Droit Français et Étranger* 43, 185-221.
Cracco Ruggini, Lellia (1998), «Il Senato fra due crisi (III-VI secolo)», en Francesco De Martino *et al.*, *Il Senato nella storia. Il Senato nell'età romana*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 223-375.
De Miguel López, Jaime, (2015), «La otra cara del exilio: *Paulus* "Catena", un hispano al servicio de Constancio II», en Margarita Vallejo Girvés, Juan Antonio Bueno Delgado y Carlos Sánchez-Moreno Ellart (eds.), *Movilidad forzada entre la Antigüedad Clásica y Tardía*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 233-246.
Delmaire, Roland (1995), *Les institutions du Bas-Empire romain, de Constantin à Justinien, I. Les institutions civiles palatines,* París, Les Éditions du Cerf.
Di Paola, Lucietta (1999), *Viaggi, trasporti e istituzioni. Studi sul* cursus publicus, Messina, Università degli Studi di Messina.
— (2005), *Per la storia degli «occhi del re». I servizi ispettivi nella Tarda Antichità,* Messina, Università degli Studi di Messina.
— (2009), «I *curiosi* in età tardoantica: riflessioni in margine al titolo VI, 29 de Teodosiano», en S. Crogiez-Pétrequin y P. Jaillette (eds.), *Le Code Theodosien. Diversité des approches et nouvelles perspectives,* Roma, École Française de Rome, 119-141.
— (2013), «*Agentes in rebus*, *curiosi*, *basileos*, *ophthalmoi*, *peuthenes* e

magistriani all'opera nel controllo dei corpi e delle menti», en St. Giglio (ed.), *Atti dell'Accademia Romanistica Costantiniana, XIX. Organizzare Sorvegliare Punire. Il controllo dei corpi e delle menti nel diritto della tarda antichità. In memoria di Franca de Marini Avonzo,* Roma, Aracne, 297-312.

Di Paola, Lucietta y Minutoli, Diletta (2007), *Poteri centrali e poteri periferici nella Tarda Antichità. Confronti, conflitti,* Florencia, Gonnelli.

Eramo, Immacolata (2020), Exempla *per vincere e dove trovarli. Introduzione agli* Strategemata *di Frontino,* Bari, Edipuglia (Col. Quaderni di «Invigilata Lucernis», 48).

— (2022), «Inventori di guerra nella tarda antichità», *Accademia Pugliese delle Scienze. Atti e Relazioni (Classe di Scienze Morali)* 57, 177-193.

García Ruiz, M.ª Pilar (2007), «Amiano y los Juicios de Calcedonia: contradicciones y paradojas», *Faventia* 29/2, 47-60.

Giardina, Andrea (1977), *Aspetti della burocrazia nel Basso Impero,* Roma, Edizioni dell'Ateneo & Bizzarri.

González Salinero, Raúl (2007), «La violencia como debilidad: el régimen de terror impuesto por Constancio Galo en Antioquía (351-354)», en Gonzalo Bravo y Raúl González Salinero (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano,* Madrid/Salamanca, Signifer, 61-175.

— (2008), «Investigadores de la corrupción, corruptos: la degradación moral de los *agentes in rebus*», en Gonzalo Bravo y Raúl González Salinero (eds.), *La corrupción en el mundo romano,* Madrid/Salamanca, Signifer, 191-207.

— (2016), «La tensa relación epistolar entre Agustín y Jerónimo», *Vetera Christianorum* 53/2, 185-196.

Janniard, Sylvain (2008), «Végèce et les transformations de l'art de la guerre aux IVe et Ve siècles», *Antiquité Tardive* 16, 19-36.

Jerphagnon, Lucien (2003), «Une curiosité: les *agentes in rebus* dans l'oeuvre de saint Augustin», en Paul Defosse (ed.), *Hommages à Carl Deroux, V. Christianisme et Moyen Âge, Néo-latin et survivance de la latinité,* Bruselas, Éditions Latomus, 165-169.

Kelly, Christopher (2004), *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.)/Londres, Harvard University Press.

Lemcke, Lukas (2016), *Imperial Transportation and Communication from the Third to the Late Fourth Century: The Gold Age of the* cursus

publicus, Bruselas, Latomus/Peeters.
— (2020), *Bridging Center and Periphery. Administrative Communication from Constantine to Justinian,* Tubinga, Mohr Siebeck.
Libanio, *Orationes*, trad. Melero Bellido, Antonio y González Gálvez, Ángel (2001), *Libanio. Discursos,* Madrid, Gredos (BCG, 290, 292 y 293), 3 vols.
MacMullen, Ramsay (1988), *Corruption and the Decline of Rome,* New Haven/Londres, Yale University Press.
Malavé Osuna, Belén (2003), «*Suffragium:* un *crimen publicum* en la frontera de la legalidad», *Studia et Documenta Historiae et Iuris* 69, 287-319.
— (2005), «El acceso y la promoción de los funcionarios en la administración del Bajo Imperio», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* 27, 101-121.
Neira Faleiro, C. (2005), *La* Notitia Dignitatum. *Nueva edición crítica y comentario histórico,* Madrid, CSIC.
Porena, Pierfrancesco (2003), *Le origini della prefettura del pretorio tardoantico,* Roma, «L'Erma» di Bretschneider.
Porena, Pierfrancesco y Huck, Oliver (eds.) (2023), *La préfecture du prétoire tardo-antique et ses titulaires (IVe-VIe siècle),* Bari, Edipuglia.
Purpura, Gianfranco (1973), «I *curiosi* e la *schola agentum in rebus*», *Annali del Seminario Giuridico di Palermo,* 34, 165-275.
— (1979), «Il *magister officiorum* e la *schola agentum in rebus*», *Labeo* 25/2, 202-208.
Rivière, Yann (2002), *Les délateurs sous l'Empire romain*, Roma, École Française de Rome.
Santos Yanguas, Narciso (1977), «El servicio policial secreto romano en el Bajo Imperio según Ammino Marcelino», en *Memorias de Historia Antigua, I. Estructuras sociales durante la Antigüedad,* Oviedo, Universidad de Oviedo, 127-139.
Sinnigen, William G. (1959), «Two Branches of the Late Roman Secret Service», *American Journal of Philology* 80, 238-254.
Soraci, Rosario (1996), «Rapporti fra potere civile e potere militare nella legislazione processuale tardoantica» en *Atti dell'Accademia Romanistica Costantiniana. XI Convegno Internazionale in onore di Felix B. J. Wubbe*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 189-244.

— (ed.) (1999), *Atti del Convegno internazionale su corruzione, repressione e rivolta morale nella tarda Antichità,* Catania, CULC.

Veyne, Paul (1981), «Clientèle et corruption au service de l'État. La vénalité des offices dans le Bas Empire romain», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 36/3, 339-360.

---

[1] Según las fuentes, en la terminología oficial era más frecuente usar el genitivo *agentum* que *agentium* (cfr. Clauss 1980, 23 n. 35).

[2] Cervenca 1989, 564.

[3] Delmaire 1995, 29-45 y 151-160.

[4] Las fuentes se refieren a ellos también como *magistriani* o *magistrianoí,* término atestiguado durante el siglo VI en Oriente (Pallad. *Laus*. 65, 3); *veredarii* (*Cod. Theod*. VIII 5, 17; Paul. Nol. *Epist*. 28, 1; Symm. *Epist*. VII 14; Sid. Apoll. *Epist*. V 7, 3); *peuthēnes* y *basiléos ophthalmoí* (Lib. *Or*. IV 25; XVIII 140ss.). Evocando la época soloniana, el emperador Juliano (*Ep. ad Athen*. 282c) utilizó de forma despectiva el término *sykophántai* («delatores», «calumniadores») para referirse a los *agentes in rebus* deshonestos y corruptos.

[5] Cfr. Baynes 1924, 201-204; Arias Bonet 1957-1958, 199 y 209-213; Sinnigen 1959, 239ss.; Santos Yanguas 1977, 128; Clauss 1980, 24; Delmaire 1995, 98; Carrie 1999, 278; Di Paola, 2005, 19 y 102-103.

[6] Cfr. Soraci 1996.

[7] Según Castelo (2010, 356ss.), la instauración de esta *schola* fue consecuencia de las reformas introducidas por Constantino en relación con la configuración de las prefecturas regionales, *magisteria militum* (Porena y Huck [eds.], 2023) y especialmente con la aparición del *magister officiorum*. *Vid*. *Cod. Theod*. XVI 10, 1 (año 320) y IX 11, 9, 1 (323). Cfr. Santos Yanguas 1977, 127-139; Purpura 1979, 202-208; Clauss 1980, 23ss.; Aiello 2001, 137-174; Bolognesi Recchi Franceschini 2008.

[8] Aiello 2001, 141 y 152-153. Cfr. Di Paola y Minutoli (eds.) 2007.

[9] En el 410, los *principes* alcanzaron incluso la dignidad proconsular (*Cod. Theod*. VI 28, 7).

[10] Purpura 1973, 180-181, 212ss., 231ss. y 261ss.

[11] En algunas ocasiones, Libanio los llama *peuthēnes*, es decir, «investigadores», «espías» (*Or*. IV 25; XVIII 135; XXVII 43). Cfr. Blum 1969, 30-31; Giardina 1977, 71; Clauss 1980, 29-30.

[12] Entre otras fuentes, la *Notitia Dignitatum* (*Or*. 11, 51 y *Occ*. 9, 45) menciona a los *agentes in rebus* como funcionarios destacados en las provincias.

[13] Lib. *Or*. 46, 15; *Not*. *Dign*. *Or*. XI 40; XXI 6; XXII 34; XXIII 6; XXIV 21; XXV 27; XXVI 17; XXVII 48; etc.; *Occ*. X 41; XVIII 16; XX 17; XXI 17; etc.; Symm. *Relat*. 23, 8. Cfr. Sinnigen 1959, 104; Blum 1969, 11; Delmaire 1995, 117; Rivière 2002, 338ss. y 430, n. 9; Di Paola 2013, 299-306.

[14] Véanse, en general, Giardina 1977, 66-71; Delmaire 1995, 102-116; Kelly 2004, 206.

[15] Di Paola 1999; Lemcke 2016.

[16] Lemcke 2020, 39ss. y 87ss.

[17] Sobre la conflictiva relación epistolar que mantuvieron entre sí estos dos padres de la Iglesia, cfr. González Salinero 2016.

[18] Así, por ejemplo, *Cod. Theod*. VI 29, 1 (= *Cod. Iust*. XII 22, 1). Cfr. Di Paola 2005, 27, 62,

98.

[19] Collot 1965; Malavé Osuna 2003, 287-319.

[20] Malavé Osuna 2005, 106.

[21] Clauss 1980, 26-27; Malavé Osuna 2005, 108-109.

[22] Malavé Osuna 2005, 113.

[23] Véanse en general MacMullen 1988 y los diferentes estudios recogidos en Soraci (ed.) 1999.

[24] Delmaire 1995, 118; Di Paola 2005, 124.

[25] Amm. Marc. *Hist*. XXVIII 1, 16. Cfr. Giardina 1977, 65-66; Santos Yanguas 1977, 127; Carrie 1999, 279; Kelly 2004, 207.

[26] Libanio, *Orat*. XVIII 135-138 (trad. de Á. González Gálvez 2001, 296-297). Cfr. Amm. Marc. XVI 5, 11. Sobre el particular, MacMullen 1988, 149; Kelly 2004, 207; Di Paola 2005, 89.

[27] Libanio, *Orat*. IV 25. Hubo ocasiones en que los *curiosi* actuaban al servicio del gobernador, del que eran cómplices en asuntos de dudosa legalidad (Lib. *Orat*. LII 25; cfr. *Cod. Theod.* VI 29, 8 = *Cod. Iust*. XII 22, 4). Cfr. Di Paola 2009, 128.

[28] Amm. Marc. XVI 8, 9 (trad. Harto Trujillo 2002, 219).

[29] Amm. Marc. XIV 11, 19. Sobre este particular, cfr. González Salinero 2007, 174-175.

[30] Amm. Marc. XV 5, 8. Al final fue quemado vivo junto con el *notarius* Paulo Catena (XXII 3, 11). Cfr. Santos Yanguas 1977, 132; MacMullen 1988, 180 y 276, n. 30.

[31] Jerphagnon 2003, 168-169.

[32] Incluso el *agens* Venerio logró alejar al obispo Liberio de sus amigos por haberse negado a ratificar la condena de Atanasio (*Epist. ad Vinc*. *PL* 10, col. 695).

[33] Ath. *Apol. ad Const. imp*. 2, 10 y 2, 23-24 (*PG* 25, cols. 598, 608, 623-624).

[34] Ambr. *Epist*. LXXVI 7 (*CSEL* 82, 3, pp. 111-112 = *Epist*. XX 7: *PL* 16, col. 1038).

[35] Arias Bonet 1957-1958, 204; Di Paola 2005, 46.

[36] Delmaire 1995, 118; González Salinero 2008, 207.

[37] Lib. *Orat*. XVIII 151; Amm. Marc. XIX 22; Julian. *Epist. ad. Ath*. 10. Cfr. González Salinero 2008, 191.

[38] Di Paola 2009, 129-130.

[39] Cfr. Carrie 1999, 278; Kelly 2004, 207.

[40] Euseb. *Vit. Const*. 4, 44; Ath. *Hist. Arian*. 48, 51, 81; Amm. Marc. XIV 5, 6; XIV 11, 21 y 23; XV 3, 4; XVII 9, 7; XVII 14, 3; XXI 7, 2; XXII 3, 11; Lib. *Orat*. XLII 24-25; LXII 62, 10-11; Them. *Orat*. 7, 86; Epiph. *Adv. haeres*. 71, 1; Zos. 3, 22, 4; 4, 13, 3; 5, 40, 2; Socrates, *Hist. eccl*. 7, 23, 3.

[41] Delmaire 1995, 49.

[42] Euseb. *Vit. Const*. 4, 44; Ath. *Hist. Arian*. 48 y 81; Amm. Marc. XX 4, 2 y 5, 11; XXVI 5, 14; XXVIII 2, 5 y 6, 12; August. *Contr. Gaud*. 1, 1, 1; Palad. *Dial*. 4; Sozom. *Hist. eccl*. 2, 26, 1.

[43] Ath. *Hist. Arian*. 51; Amm. Marc. XIV 5, 6; XVII 5, 15 y 14, 3; XIX 12, 1; XXI 4, 2-5; XXI 7, 2-3; Palad. *Dial*. 8-9; Sid. Apoll. *Carm*. 23, 228-223.

[44] Delmaire 1995, 52-53.

[45] Amiano Marcelino relata algunas escenas en las que los procesados por Paulo Catena iban tan encadenados que apenas podían moverse (XIX 12, 7), costumbre de la que también pudo derivar su apodo. Según este mismo historiador, también recibía el nombre de *Tartareus* por su carácter infernal, excesiva crueldad y gusto por la sangre (XV 6, 1 y XIX 12, 1).

[46] De Miguel 2015, 234-235.

[47] Delmaire 1995, 55.

[48] Cfr. respectivamente Eramo 2020 y Eramo 2022.

XVI
LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN EN EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
(siglos V-VII)

Margarita Vallejo Girvés

Entre los consejos de estrategia militar para los emperadores y generales romanos, el *Strategikón* del Pseudo-Mauricio, posiblemente de principios del siglo VII, aconseja contar con *speculatores, skulkatores* y *katáskopoi,* que serían los responsables de obtener información acerca del estado de las fuerzas del enemigo[1]. También el *Perì Strategías,* de data algo más controvertida, incluye un capítulo sobre los *katáskopoi* con una información muy interesante; así, el primer fragmento del capítulo 42 dice:

> Los espías *(katáskopoi)* desempeñan una función necesaria al proporcionarnos información sobre el enemigo que puede sernos útil, ya sea para obtener alguna ventaja o para evitar daños. Se trataría, por ejemplo, de preparativos de guerra contra nosotros o de expediciones contra otros pueblos vecinos, o, por el contrario, de expediciones de algunos de estos últimos contra nuestro enemigo.

Este mismo tratado aconseja, en el mismo capítulo (*Perì Strategías* §42), cómo debe conducirse el *katáskopos* una vez dentro del territorio:

> Cada espía debe comentar su misión con cada uno de sus colaboradores más cercanos [en tierra enemiga], pero con discreción. Deben acordar procedimientos para comunicarse de manera segura entre sí, estableciendo un lugar definido y una manera de reunirse [en terreno enemigo]. El lugar podría ser el mercado público en el que se reúnen a comerciar tanto nuestras gentes como otras extranjeras. El pretexto sería comerciar. De esta manera, se podrá escapar a la atención del enemigo. Uno ofrece mercancías para la venta o trueque, y el otro, a cambio de mercancías extranjeras, nos informa de los planes del enemigo contra nosotros y de la situación de su país[2].

Aunque se trata de un tratado de estrategia militar, este último pasaje da a entender que los *katáskopoi* eran exploradores que buscaban conocer el movimiento de tropas para un enfrentamiento inmediato, pero también agentes que obtenían información de todo tipo, no solo militar: la última frase del texto referido en el párrafo anterior es significativa: informar

«acerca de la situación de su país»; por lo tanto, conocer cualquier dato o noticia que pudiera servir al Imperio para adquirir ventaja respecto del enemigo, aunque fuera un enemigo potencial.

La presente contribución se centra, ante todo, en las actividades de inteligencia llevadas a cabo por personas a las que en las fuentes no se aplica siempre el término de *katáskopoi,* pero que es evidente que pudieron proporcionar información a quien les pagara o a quien debieran obediencia política, económica o, acaso, moral o espiritual. Aunque la lectura de los textos no nos aporta datos claros acerca de la organización de los servicios de información de este periodo, sí nos proporciona testimonios acerca de actividades de información y del interés de los gobernantes en disponer de información sensible, de quiénes eran aquellos que la proporcionaban, pero también del temor de que detalles de su propia situación, que debían permanecer en secreto, pudieran caer en manos del enemigo[3].

Así pues, se tratará de los comerciantes, de los cristianos persas y de los diplomáticos como agentes de inteligencia. Pero, en segundo lugar, se abordarán las figuras de los espías de corte corruptos o malintencionados, esto es, de informadores y delatores, pues se poseen evidencias de que los emperadores de los siglos V a VII hicieron uso de ellos y de que su acción política se pudo ver beneficiada, pero también perjudicada, por el sesgo que le dieran a la información que les proporcionaran[4].

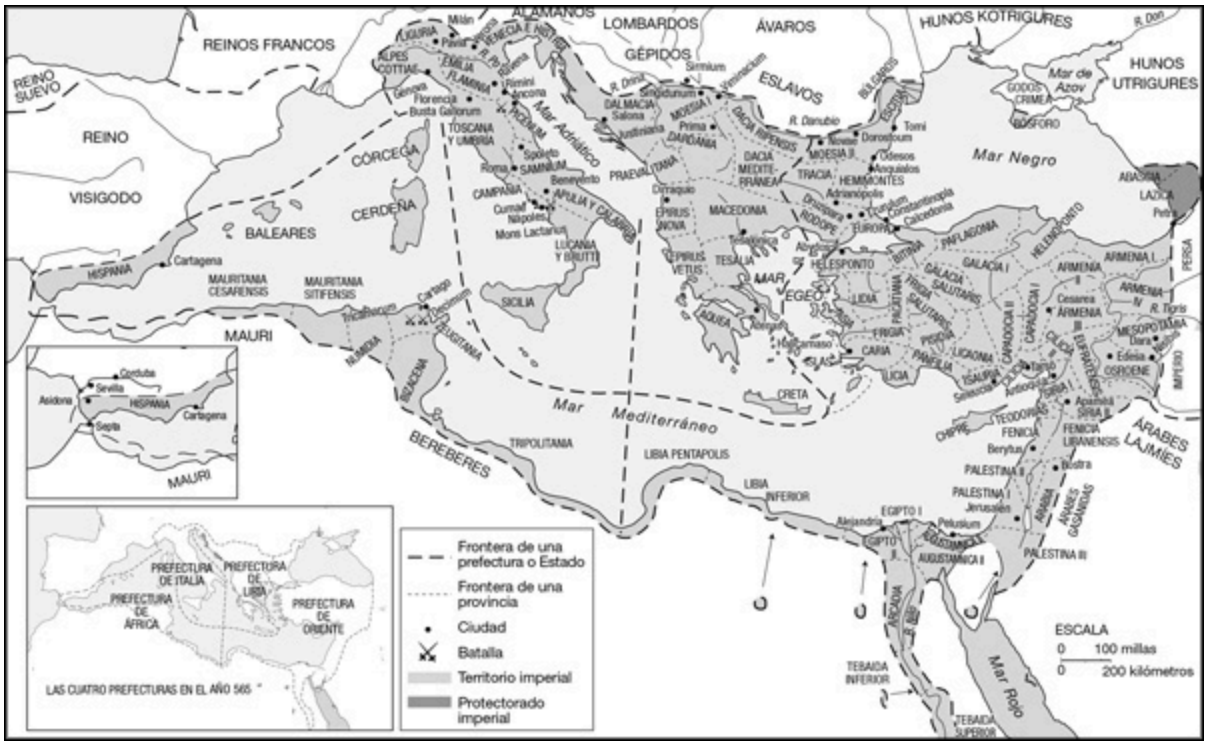
COMERCIANTES

Como se ha visto más arriba, en *Perì Strategías* se proporciona un consejo relativo a cómo conseguir información y cómo transmitirla con seguridad: el mercado, un lugar público en el que se llevaban a cabo actividades de comercio. El que los comerciantes fueran sospechosos de ser agentes del enemigo no es una particularidad de los siglos V a VII en el Imperio romano de Oriente ni tampoco en el reino sasánida[5]. Basta solo recordar una constitución de Teodosio II y Honorio, recogida únicamente en el Código de Justiniano, fechada en el año 408-409, en la que se intentaba regular o limitar los lugares de intercambio de mercancías en territorio romano y persa, respectivamente; esto es, se determinaba que estas actividades solo debían producirse en dos o tres ciudades fronterizas –sin permitirles penetrar excesivamente en territorio propio–, para evitar, y cito

en traducción, «que los persas conocieran los secretos del Estado romano gracias a la información que pudieran obtener los comerciantes»[6]. La conciencia por parte de sasánidas y romanos de que los comerciantes eran siempre potenciales informadores vuelve a verse reflejada –aunque no tan explícitamente– en el tratado que el emperador Justiniano y el rey sasánida Cosroes I firmaron para sellar la paz del año 561/562, conocida como «La Paz de los Cincuenta Años»[7]. En el texto del tratado, que conservamos gracias a Menandro Protector, un autor contemporáneo, se incluyó una cláusula, la tercera, que regulaba la actividad de los comerciantes:

> Los comerciantes romanos y persas de cualquier producto, así como cualquiera que comercie, deben realizar sus negocios según la práctica establecida y en los puestos o lugares establecidos para tal fin[8].

Como se puede apreciar, el texto del tratado –acordado por ambas partes– en el que se alude a la restricción de actividades, es menos directo que la constitución de Teodosio II y Honorio del 408-409; sin embargo, el fondo era el mismo: solo se autorizaba a que se comerciara en determinadas zonas. Obviamente, en el texto de un tratado de paz no se podían mencionar explícitamente actividades de información llevadas a cabo por los comerciantes, pero en una constitución imperial, para uso imperial, sí se podía –a pesar de que el contenido de esa constitución pudiera ser, evidentemente, conocido por los sasánidas–[9].



El Imperio romano de Oriente en 565 e.c.
Adaptado a partir de W. Treadgold (2001), *Breve historia de Bizancio,* Barcelona, Paidós, p. 70, mapa 2.

Y es que los comerciantes fueron, en este periodo, una fuente muy eficaz y efectiva de información, y no solo para las relaciones entre los romanos y los sasánidas. Baste mencionar dos ejemplos relacionados con la conquista del reino vándalo por las tropas de Justiniano para que se advierta esta práctica: en un primer caso, ante la clara intención de dicho emperador de conquistar ese reino, su rey Gelimer encerró o encarceló a los comerciantes orientales –esto es, griegos, siríacos, etc., por lo tanto de procedencia romano-oriental–, con el objetivo evidente de dificultar que proporcionaran al emperador información de la situación militar y política vándala; en un segundo caso, Procopio, que, además de ser el autor de varias obras sobre el reinado de Justiniano, era secretario o consejero de Belisario, el general al mando de la citada expedición justinianea contra el reino vándalo, fue enviado a una ciudad siciliana controlada por este para obtener información de la situación de sus efectivos navales. Procopio, efectivamente, la consiguió, siéndole facilitada por un comerciante griego establecido en la isla[10]. Por cierto, en este episodio el propio Procopio actúa, a su vez,

como agente de inteligencia de Belisario, puesto que, como él mismo afirma en su obra *Guerras,* aunque fue enviado oficialmente a comprar provisiones, su objetivo real era «averiguar si los enemigos tenían naves emboscadas»[11].

LOS CRISTIANOS PERSAS, ¿AGENTES DE INTELIGENCIA ROMANOS O SASÁNIDAS?

Los emperadores romanos cristianos legislaron habitualmente sobre cuál debía ser la fe que habían de seguir los habitantes del Imperio; a tal fin, mencionaban la prohibición de seguir tales o cuales tendencias cristianas –calificadas de «herejías»–, pero también se preocupaban por evitar que en sus tierras entraran otras confesiones que no fueran la cristiana. En ese sentido, en algunas ocasiones se encuentran decisiones imperiales que prohibían el culto de lo que a todas luces son los mazdeístas, los *magi* de las fuentes literarias, esto es, la religión de los persas sasánidas[12]. En las fuentes no está claro si, además de procurar mantener la pureza de la fe cristiana, los emperadores cristianos temían que los seguidores de Ahura-Mazda en territorio romano devinieran informantes de los sasánidas respecto a la situación del Imperio. Pero lo que es indudablemente cierto es que, en muchas zonas de Persia, especialmente en las fronterizas con el Imperio romano, el cristianismo tenía una presencia verdaderamente importante. El cristianismo del Imperio persa era, desde la segunda mitad del siglo V, bien nestoriano, bien monofisita. Esta última corriente estaba muy presente en el Imperio romano, tanto que algunos emperadores lo fueron, mientras que la mayoría lo toleraron; la presencia del nestorianismo fue muy menor, casi residual, pero donde estaba presente era, precisamente, en las zonas fronterizas con los sasánidas; de ahí la relevancia que la existencia de fieles nestorianos en territorio sasánida tenía para el romano.

Debido a la identidad en la fe entre los emperadores romano-orientales y los cristianos persas, los reyes sasánidas sospecharon que no todos esos cristianos les eran leales; es más, que eran potenciales agentes de información para los romanos. Las fuentes literarias, generalmente de procedencia siríaca, abundan en ejemplos al respecto; del mismo modo, transmiten noticias acerca de la información proporcionada por estos cristianos persas a Constantinopla, porque, efectivamente, ante el mal trato

que les pudo dar un rey sasánida[13], no dudaron en informar a los romanos de los asuntos que podían debilitar políticamente a quien les perseguía, en varios casos hasta el martirio[14].

Se cuenta con numerosos ejemplos de la actuación de cristianos persas como agentes de inteligencia para los romanos. Un caso claro es el de Pablo, el obispo de Nísibis, ciudad fronteriza que en torno al año 570, cuando se fecha la noticia, estaba en poder persa. Tal como nos indica un autor contemporáneo, Evagrio Escolástico:

> El obispo de Nísibis […] descontento por el mal trato dado a los cristianos por los persas […] proporcionaba a Gregorio [patriarca de Antioquía] información de todo lo que sucedía en territorio enemigo […] Gregorio transmitía toda la información inmediatamente [al emperador] (Justino II)[15].

La consecuencia de esa traición cristiana al rey sasánida fue la deportación de su población, una práctica bien conocida en el mundo persa como medio para diluir los peligros de confabulación con el enemigo[16].

No obstante, como se verá, las variables de la actuación de los cristianos persas respecto a romanos y sasánidas presentan perfiles más complejos, puesto que la rivalidad visceral existente entre los cristianos nestorianos y los monofisitas del Imperio romano de Oriente tenía su trasunto en la relación que los cristianos persas de ambas tendencias mantenían entre sí.

Las acusaciones mutuas de espionaje en favor de los romanos hechas ante el rey sasánida por obispos persas de esas dos corrientes cristianas debieron de ser la tónica habitual. Así, un obispo nestoriano persa acusó a un obispo monofisita persa de ser espía de los romanos, debido a que «mantenía correspondencia culpable con el emperador romano Zenón»[17], esto es, en algún momento entre los años 476 y 491. Pocos años después, los nestorianos volvieron a lanzar una acusación similar contra otro obispo monofisita, Simeón de Beth Aršam; la particularidad del caso es que, efectivamente, este acabó actuando como agente del emperador romano Anastasio I, pues le proporcionó información sobre las fuerzas sasánidas de su región e incluso trazó un plan para que aquella fluyera rápidamente a territorio romano[18]. Todo ello tuvo lugar en uno de los contextos bélicos más importantes, el de la llamada «Guerra Anastasiana», que enfrentó a sasánidas, bajo el rey Cavades I, y romanos, dirigidos por el emperador Anastasio, entre el 502 y el 506[19].

Estas acusaciones mutuas recaían incluso sobre comunidades enteras. Así, según los monofisitas persas, todos los habitantes nestorianos de Edesa de las primeras décadas del siglo VII eran agentes romanos debido a que habrían enviado mensajes al emperador Heraclio, algo a lo que el rey sasánida Cosroes II dio credibilidad. Agapio, autor del siglo X a quien debemos esta información y que debió de tomar la misma de una fuente más próxima a la época en que tiene lugar ese suceso, reproduce la que pudo ser la acusación pública del general sasánida enviado a Edesa para aleccionar a los nestorianos: «espías que tenéis al enemigo al corriente de nuestros asuntos»[20]. Tales asuntos no eran otros que el dominio que Cosroes II había logrado de territorios tradicionalmente bajo control político del Imperio romano de Oriente y que su titular entonces, Heraclio, intentaba reconquistar. Como se puede observar, este episodio es el claro ejemplo de la convicción persa de que la mayoría de «sus» cristianos trabajaban en favor del Imperio romano[21].

Ahora bien, aunque no parece haber sido la tendencia habitual, se sabe también que los sasánidas utilizaron a cristianos que les eran leales para obtener información de los romanos o para proporcionarles noticias falsas, precisamente aprovechándose de que los romanos solían hacer caso de lo que les decían los cristianos persas[22]. Este es el caso del obispo Isho-yahab, de la zona de Arzanene, en quien el sasánida Hormisdas IV confiaba plenamente, «ya que le había proporcionado información relativa a los movimientos romanos»[23]. Pero el episodio más interesante, por los perfiles que presenta para el tema que nos ocupa, posiblemente sea el que aparece en el libro segundo de las *Guerras* de Procopio, concretamente en el contexto de la disputa entre romanos y sasánidas por el territorio de Persarmenia en los años cuarenta del siglo VI, esto es, bajo Justiniano I y Cosroes I.

Todo indica que los romanos, afectados por la pulsación de peste del 542, necesitaban firmar la paz con los sasánidas, quienes aparentemente no habían sido afectados por ella, por lo que tendrían suficientes efectivos militares para causar serios problemas a un diezmado ejército romano[24]. Por alguna razón que se desconoce, la embajada romana encargada de presentar la propuesta de paz al rey sasánida Cosroes I se demoró, motivo por el cual un sacerdote cristiano persa –posiblemente el *katholikós* de la ciudad de Dvin– se presentó ante el general romano Valeriano, al mando de

las tropas acantonadas en aquella zona fronteriza, para solicitarle que instara a los embajadores romanos a que prosiguieran su camino y presentar la propuesta de paz al rey sasánida, pues, según el *katholikós,* aquel tenía muchos efectivos disponibles con los que infligir graves daños al ejército romano. El pasaje de Procopio es muy significativo:

> Vino el sacerdote con su hermano a Armenia y, cuando se topó con Valeriano le aseguró que, como cristiano que era, estaba predispuesto a favorecer a los romanos y que el rey Cosroes se dejaba siempre convencer por él en cualquier asunto […] no encontrarían ningún impedimento para ajustar la paz como quisieran[25].

El romano Valeriano estaba inicialmente dispuesto a creer lo que le comunicaba el *katholikós* persa, precisamente por ser cristiano. Sin embargo, a continuación, Procopio afirma que el hermano del sacerdote –también cristiano– se dirigió a Valeriano y le informó de todo lo contrario; esto es, de que los sasánidas no estaban atravesando su mejor momento, que la peste había afectado tanto al rey sasánida Cosroes I como a buena parte del ejército[26] y que quien ansiaba la paz con los romanos era el persa, para así tener tiempo para recomponer su reino. A quien finalmente creyó Valeriano fue al hermano y no al *katholikós*. Queda claro que a este último lo consideró un agente de Cosroes I, puesto que incluso le proporcionó información falsa, la cual, estaba seguro, transmitiría al rey persa, pues le aseguró que los embajadores llegarían pronto a territorio persa para firmar la paz. Sin embargo, lo que se llevó a cabo fue el inicio de invasión de Persarmenia, la región de Armenia sometida a los sasánidas, para lo cual, como es obvio, se valió de la información proporcionada por el hermano de aquel *katholikós,* agente al servicio del rey sasánida[27].

El anterior es un claro ejemplo de que algunos cristianos persas, efectivamente, actuaron en pro de los romanos –el hermano del sacerdote–, pero otros –como el *katholikós*– lo hicieron en sentido opuesto.

LOS DIPLOMÁTICOS, AGENTES DE INTELIGENCIA ROMANOS Y SASÁNIDAS

Como sucedió en tantas ocasiones en la Antigüedad, también durante el periodo aquí estudiado queda claro que la actividad de los embajadores y legados era oficialmente una, pero podía –y solía ser– también otra distinta: la de obtención de información del lugar al que habían sido enviados y la de

«comprar» a personas para que les proporcionaran información cuando ellos ya no se encontraran sobre el terreno. La información a este respecto tanto del ámbito romano como del sasánida es sumamente ilustrativa de cuál debía ser el cometido de un legado o embajador[28].

En el *Siyāsatnāma* o *Libro de Gobierno,* un texto compilado en árabe en el siglo XI a partir de otro sasánida del siglo VI, se enumeran cuáles debían ser las funciones de un embajador sasánida:

> Cuando los reyes se envían embajadores entre sí, su propósito no es simplemente el mensaje o la carta que comunican abiertamente, sino que en secreto tienen otros cien puntos y objetivos a la vista. De hecho, deben averiguar el estado de las vías, los pasos de montaña, los ríos y los pastos, para ver si un ejército puede pasar o no; dónde hay forraje disponible y dónde no; cuáles son los oficiales en cada lugar. ¿Cuál es el tamaño del ejército del rey y cuán bien está armado y equipado? ¿Cuál es la categoría de su mesa y de su compañía? ¿Cuál es la organización y etiqueta de su corte en su sala de audiencias? ¿Juega al polo y caza? ¿Cuáles son sus cualidades y modales, sus planes e intenciones, su apariencia y su porte? ¿Es cruel o justo, viejo o joven? Su país ¿está floreciendo o decayendo? ¿Están sus tropas contentas o no? ¿Son sus campesinos ricos o pobres? ¿Es avaro o generoso? ¿Está alerta o es negligente en sus asuntos? ¿Es su chambelán competente o al revés, de buena fe y altos principios, o de fe impura y malos principios? ¿Tienen experiencia sus generales y están probados en batalla o no? ¿Son sus amigos íntimos educados y dignos? ¿Cuáles son sus gustos y disgustos? Cuando está borracho, ¿es jovial y de buen carácter o no? ¿Es estricto en asuntos religiosos y muestra magnanimidad y misericordia, o es negligente? ¿Se inclina más hacia la broma o hacia la gravedad? ¿Y prefiere niños o mujeres? De modo que, si en algún momento quieren ganarse a aquel rey, u oponerse a sus designios o criticar sus faltas, estando informados de todos sus asuntos, puedan idear su plan[29].

Si todo esto es lo que debía averiguar todo embajador o legado persa, no debe extrañar que los romanos de los siglos V a VII procuraran no dejar demasiada libertad de movimientos a aquellos que el monarca sasánida enviara en misión oficial a territorio romano[30]. De hecho, en un documento escrito verosímilmente por Pedro el Patricio, *Magister Officiorum* de Justiniano I y él mismo también legado de este monarca en diversas misiones, que está recogido en el *De Caeremoniis* de Constantino VII Porfirogéneta, se enuncia detalladísimamente el tratamiento que debía darse a los embajadores sasánidas desde el mismo momento en que pusieran pie en territorio romano: se les debía acompañar, sin dejarles solos en ningún momento, dando, sin embargo, apariencia de plena libertad de movimientos[31]. Entre otras instrucciones se indica que siempre debían ser

excelentemente tratados y ser recibidos por un silenciario, tribuno o *magistrianós* (en latín, *magistrianus*), para que «les reciba y les guíe con seguridad a través del territorio romano», obviamente no solo con el objeto de que no sufrieran ningún percance, sino para evitar que averiguaran aquello que los romanos no querían que se supiera. Asimismo, indica que era necesario que los *magistrianoí* estuvieran siempre alerta para impedir cualquier movimiento extraño por parte de los embajadores y las gentes que los acompañaban[32].

Retomando el texto de este autor, parece claro que con la expresión «cualquier movimiento extraño» estaba dando a entender que en Constantinopla eran muy conscientes de que los legados sasánidas tenían una misión oficial, pero también otra: adquirir toda la información posible, cuyo conocimiento les proporcionara ventaja en cualquier confrontación armada o negociación.

Estas instrucciones de Pedro el Patricio tienen su reflejo en otras noticias que encontramos fundamentalmente para el gobierno de Justiniano I, concretamente a propósito de la llegada de la gran embajada del legado sasánida Isdigusnas a Constantinopla. Procopio, que es quien fundamentalmente nos proporciona los detalles de su estancia en la ciudad, afirma que fue «el único de todos los embajadores que no llegó a experimentar la sensación de estar vigilado en ningún momento»; además, «sin que los [a él y a su séquito] siguiera, acompañara o considerara conveniente vigilarlos ningún romano, como era la costumbre»[33].

La actividad de Isdigusnas como embajador, espía y traidor ha merecido importantes análisis dentro del marco de las relaciones romano-sasánidas del segundo tercio del siglo VI, y no es necesario detenerse en ello[34], porque lo realmente interesante ahora son unas frases concretas de este texto de Procopio: no tuvo la sensación de estar vigilado, no era acompañado o vigilado, «como era costumbre»[35]; por lo tanto, es incuestionable que los romanos consideraban que los embajadores persas actuaban también como agentes de inteligencia del rey sasánida. La misma sospecha la tendrán respecto a los embajadores ávaros que llegaban a territorio romano, en la segunda mitad del siglo VI, con la excusa de negociar. Así, sabemos que otro ávaro informó a los romanos de que las intenciones de los legados eran distintas de las que públicamente habían comunicado (Men. Protec. *fr*. 5, 4). Sin duda, este ávaro traidor a los suyos

era agente de inteligencia al servicio de los romanos[36].

Poco o nada se halla en las fuentes literarias romanas sobre la actividad oculta de los embajadores romanos en territorio rival, singularmente persa, pero debieron hacer lo mismo que sus homólogos. Obviamente, estos eran conscientes de ello, como se deduce claramente de algunas noticias respecto al trato recibido. Así se infiere del texto que encontramos en Menandro Protector al narrar que, cuando el rey sasánida recibió a unos embajadores romanos en el año 579, estos se quejaron de que habían sido custodiados en todo momento, tanto que no pudieron ni salir a la puerta del edificio en el que habían sido alojados[37]. La razón no puede ser otra que el deseo de los sasánidas de evitar que los embajadores tuvieran relación con personas de Ctesifonte, pues, como se ha dicho, toda información obtenida tenía potencialmente interés para el romano.

Los embajadores no serían los únicos que podrían obtener información importante en su estancia en la corte rival. Debió de existir un sinnúmero de agentes romanos en la corte sasánida y viceversa, del mismo modo que debía de haberlos romanos al servicio de los sasánidas y, lógicamente, a la inversa[38]. Serían los «amigos secretos», una expresión utilizada por el historiador Teófanes[39].

Procopio de Cesarea (*HS* 30, 12) es quien nos informa de un hecho que debía ser habitual, al menos hasta época de Justiniano, cuando escribe sobre la presencia de agentes romanos en la corte de Ctesifonte, a los que llama, también en esta ocasión, *katáskopoi:*

> Desde antaño, el Estado mantenía muchos hombres para que […], estableciéndose en el palacio real de los persas con la excusa de algún negocio o mediante algún subterfugio, examinaran atentamente todo y, una vez de vuelta en tierra de Roma, fueran capaces de informar a los magistrados de todos los secretos de los enemigos.

Posiblemente su existencia y la conciencia sasánida de la misma fueron la razón por la cual el rey persa Cosroes I procuró que su intención de conquistar Lazica, ambicionada también por Justiniano, no fuera conocida más que por sus colaboradores más cercanos, «aquellos con quienes únicamente solía compartir sus secretos»[40].

Contamos también con evidencias directas de la presencia de *katáskopoi* persas en el palacio de Constantinopla; el episodio se refiere al momento en que el emperador Heraclio estaba preparando –*ca*. 621-622– su ofensiva

contra los persas para recuperar el territorio sirio, palestino y egipcio que se había perdido en el transcurso de poco más de una década. Merece la pena detenerse en él, pues la decisión de Heraclio es, en espíritu, la misma que la que había tomado el rey sasánida al planear su campaña contra Lazica.

El poeta Jorge de Pisidia, panegirista de la obra de gobierno de Heraclio, de quien fue contemporáneo, afirma en *Heraclias* que el emperador tomó la decisión de abandonar el palacio imperial –conectado al Hipódromo y a Santa Sofía– y trasladarse a otro alejado de la ciudad, probablemente el de Hieria, no solo para que no fuera interrumpido en la preparación de la estrategia de esa campaña que quería emprender contra los sasánidas, sino, sobre todo, para que sus planes no cayeran en manos de los *katáskopoi,* pues, si eso ocurría, no solo todos sus planes para recuperar la integridad del territorio imperial peligrarían de inmediato, sino que podían incluso provocar mayores problemas al Imperio[41].

La respuesta a la pregunta acerca de quiénes fueron estos *katáskopoi* interesados en los planes de Heraclio frente al persa tiene una fácil respuesta: serían agentes persas o pagados por los persas, los cuales, significativamente, estaban en el entorno inmediato de Heraclio. Este no podía fiarse de nadie; hasta tal punto debieron llegar sus sospechas que decidió aislarse y no permitir que nadie conociera sus planes e intenciones, porque, como bien decía Jorge de Pisidia al final de ese mismo pasaje (*Heraclias* 2, 134-142): «el espía está oculto entre la multitud, como si estuviera detrás de una nube y es difícil de detectar».

INFORMANTES Y DELATORES EN LA CORTE DE CONSTANTINOPLA, UN PROBLEMA PARA EL EMPERADOR

La literatura de la segunda mitad del siglo V se caracteriza por su fragmentariedad, lo que ocasiona un sinnúmero de quebraderos de cabeza a la hora de intentar conocer con detalle el devenir del Imperio romano en ese periodo. De ahí que, *a priori,* no se deba esperar mucho de las fuentes literarias respecto de la existencia de espías de corte, informantes y delatores –esto es, la inteligencia interior– para los reinados de la dinastía leónida-anastasiana, es decir, León I, León II, Basilisco, Zenón y Anastasio, esto es, en la segunda mitad del siglo V y primeras décadas del VI[42].

Efectivamente, nada hay en ellas, singularmente en las obras de Prisco,

Malco y Cándido, que permita hablar de la existencia de un servicio de información conformado estructuralmente como tal, si bien en la legislación de León I se comprende su preocupación por la adecuación del acceso y progreso profesional de los vinculados a esa actividad (*CI* XII, 20, 3 y 5). Sin embargo, en esa literatura fragmentaria se encuentran varias referencias a la existencia de otro tipo de personas que proporcionaban información al emperador, pero una información que tanto le podía ser útil como, en su credulidad, perjudicarle en la tarea de gobierno. Se trata de los informantes y los delatores.

La figura del delator es bien conocida en la literatura y la legislación romanas, habiendo sido, en ocasiones, fomentada por las propias autoridades imperiales. Serían los casos de delación de desviaciones religiosas a la norma impuesta en cada caso o relativas a la evasión al fisco; ambas cuestiones han sido especialmente bien estudiadas, así como el castigo a los delatores corruptos, por lo que aquí no se incidirá en ello. En esta ocasión, interesa atender a las quejas y al malestar de la población por el uso abusivo de estos informantes y delatores, que se puede comprender muy bien analizando los fragmentos de la literatura del periodo[43]. Como se verá, la terminología que se usa es muy variada; además de aparecer el término ya conocido de *katáskopos,* figuran también *delator* y *sykophántēs,* ambos con un sentido claramente despectivo[44].

La imagen que Malco de Filadelfia transmite de León I no es, desde luego, la mejor. A él se debe el calificativo de «Carnicero» con el que el emperador será conocido en obras de autores posteriores; además, se quejaba del mal uso que León I hizo de los informantes, pues los habría utilizado para conocer las debilidades de sus súbditos y para apropiarse de sus bienes. Indica asimismo que continuamente proporcionaba emolumentos a estos informantes (Malch. *fr*. 3; cfr. *Sud. Λ* 267 y *CI* I, 3, 28).

Esa misma situación se repitió en el reinado de su sucesor, Zenón, quien debió llevar al extremo la utilización de delatores e informantes. En esta ocasión, la información se debe a un autor contemporáneo, Cándido, pero también a otros que, aunque se refieren al reinado posterior, al de Anastasio I, aluden continuamente a la situación bajo Zenón.

A pesar de la enorme fragmentariedad del texto de Cándido –mayor incluso que en el de Malco–, es innegable su animadversión hacia el

emperador Zenón, lo que se evidencia en múltiples detalles. Entre ellos, la crítica a la utilización por su parte de personas que le procuraban información sensible y delicada respecto de sus adversarios o de personas que tuvieran importantes propiedades y dinero codiciadas por aquel (Cand. *fr*. 1, 79-80).

La existencia de informantes imperiales en la ciudad de Constantinopla era algo habitual, conocida por el pueblo. Ello queda palmariamente patente en la descripción de la ceremonia de proclamación de Anastasio como emperador en el año 491.

Además de lo comentado en párrafos anteriores, el *De Caeremoniis* recoge el detalle de las ceremonias que acompañaron a la proclamación de varios emperadores de los siglos V y VI. En esta ocasión interesa detenerse en el capítulo compuesto verosímilmente por Pedro el Patricio, ya citado, que proporciona los pormenores de la ceremonia de proclamación de Anastasio I, pues confirma la existencia de informantes de Zenón, su inmediato predecesor, al tiempo que habla del rechazo que la misma generaba entre la población de Constantinopla.

En los casos de proclamación de un emperador, una parte de la ceremonia pública tenía lugar en el Hipódromo de aquella ciudad, en la que aquel se presentaba ante el *demos* para lograr su aceptación. En tales ocasiones, el *demos* solía lanzar proclamas de alabanza al nuevo emperador, relativas a su ortodoxia religiosa o a su virtud; además, no era extraño que se le demandara que no se volvieran a producir aquellas actuaciones llevadas a cabo por el emperador fallecido consideradas perjudiciales por los habitantes de la *Nea Roma*. Todo ello sucedió en el caso de Anastasio I, puesto que después de proclamarlo digno del poder imperial, de la Trinidad y de la ciudad, los congregados en el Hipódromo gritaron: «¡Expulsa a los delatores!»[45].

Esta exigencia por parte de los habitantes de Constantinopla confirma el testimonio de Cándido, ya considerado, acerca del uso interesado de los informantes durante el reinado de su predecesor, Zenón; se conocía su existencia y el daño que había causado su actividad, de ahí que su eliminación fuera una reivindicación del pueblo de Constantinopla para proclamar a su sucesor. Aparentemente, esta demanda popular no caería en saco roto, puesto que una década después se le reconoce la disminución del número de informantes corruptos, *sykophántai*. Tal información se

encuentra en el panegírico que Procopio de Gaza dedica al emperador Anastasio, compuesto en el año 502 (Procop. Gaz. *Paneg. Anast.* §5, 13-16). Cierto es que se trata de un panegírico, una obra de alabanza de los logros alcanzados, pero, teniendo en cuenta la referencia del *De Caeremoniis* examinada, el solo hecho de que Procopio de Gaza consigne la disminución del número de delatores corruptos como logro de su gobierno nos sitúa ante una reforma realmente llevada a cabo[46].

Si nos trasladamos al reinado de uno de los emperadores más conocidos, el de Justiniano I, se comprueba que la existencia de informantes internos a su servicio y al de su esposa Teodora era una realidad, al menos en opinión de un autor contemporáneo, Procopio de Cesarea[47]. En su *Historia secreta,* aunque utilizando un mismo término *–katáskopoi–,* distingue perfectamente entre quienes entraban en territorio enemigo para conocer sus secretos e informar al emperador[48], de modo que este pudiera adoptar las decisiones necesarias para tomar ventaja en un enfrentamiento armado o en una negociación de paz (Procop. *HS* 30, 12; *ibid., Bell*. I 21, 11-17), y quienes se movían en los mercados y en las plazas, así como entre los grupos familiares[49].

Según Procopio, Justiniano y Teodora dedicaban fondos a mantener a esos *katáskopoi,* que les servían para obtener información de sus súbditos y de sus colaboradores más inmediatos. De hecho, es muy probable que detrás de la caída de Juan de Capadocia, prefecto del pretorio de Justiniano pero gran enemigo de Teodora, estuvieran los *katáskopoi* de la emperatriz[50].

Estas referencias de Procopio han solido analizarse pensando que se trataba de una situación novedosa, que no había ocurrido en épocas inmediatamente precedentes y que, al incluirlas en su *Historia secreta,* eran de veracidad cuestionable dado que esa obra estaba escrita como testimonio del malvado y saqueador gobierno de Justiniano y Teodora[51]. En mi opinión, sin embargo, se han analizado sin tener en cuenta lo sucedido en la segunda mitad del siglo V, lo que puede haber sesgado el análisis de los pasajes de Procopio y concluir de ello que lo indicado por este autor era una novedad en el reinado de Justiniano y Teodora[52].

La historia del Imperio romano de Oriente en la segunda mitad del siglo V ha pasado bastante inadvertida hasta fechas muy recientes. Ello es debido tanto a la fragmentariedad de la documentación de la época –circunstancia a la que ya se ha aludido– como a que está enmarcada por dos dinastías que,

por diversas razones, han sido más llamativas para los historiadores: la teodosiana y la justinianea. Esta es, en mi opinión, la razón por la que se ha considerado que el empleo por Justiniano y Teodora de esos espías de corte, que también se llamarían *katáskopoi,* habría sido una novedad, cuando realmente no se hizo nada distinto de lo que hicieran León y Zenón, cuyos casos se han comentado más arriba, y seguramente pasara con Anastasio. Así pues, la particularidad de estos *katáskopoi* de corte en el reinado de esa pareja imperial sería posiblemente el aumento de su número y, sobre todo, el hecho de que le preocuparan a una persona contemporánea como era Procopio y que utilizara ese término para referirse a ellos[53]; sin embargo, su función habría sido la misma que la que tuvieron los informantes y delatores de León I y Zenón. *Katáskopoi, delatores, sykophántai:* distintos nombres para una misma actividad, la de proporcionar información a los emperadores acerca de sus súbditos y colaboradores.

El inmediato sucesor de Justiniano, su sobrino Justino II, fue bien consciente –incluso en su locura– del peligro que suponía supeditar todas sus decisiones de gobierno a la información proporcionada por agentes, informantes y delatores. Así se lo transmitió al césar Tiberio, el futuro Tiberio II, en el discurso que acompañó a la proclamación de este como tal (Theoph. Simm. *Hist.* III 11, 11).

En ese discurso, reproducido en la obra histórica de Teofilacto Simocata, se lee cómo Justino II le da varios consejos acerca de cómo gobernar el Imperio. Entre estas cuestiones está la de recomendarle encarecidamente no fiarse de los informantes –de los delatores, *sykophántai*–, sin duda porque le podían conducir a decisiones erróneas. El hecho de que un emperador pronunciara estas palabras en público y en un acto tan trascendente deja bien a las claras que el espionaje y la delación en la corte de Constantinopla del siglo VI era algo consuetudinario[54]. Por lo tanto, se está ante la misma situación que se ha considerado en la segunda mitad del siglo V. La única diferencia es que Justino II no afirmaba explícitamente que los hubiera empleado ni que se hubieran pagado con fondos del erario imperial; pero la inclusión de esa recomendación se habría debido, muy posiblemente, a que él también habría hecho uso de ellos y a que la información que le habrían proporcionado se había convertido en desinformación claramente perjudicial para su gobierno.

CONCLUSIONES

En definitiva, en lo que se refiere a las actividades de información y de inteligencia entre la segunda mitad del siglo V y el primer tercio del siglo VII, el Imperio romano de Oriente siguió con los usos y costumbres que habían sido los habituales durante los siglos anteriores de la historia imperial romana: inteligencia exterior frente a los movimientos de los enemigos, singularmente sasánidas, pero también ante vándalos, ostrogodos, visigodos y ávaros, e información interior, procurando los emperadores conocer anticipadamente complots internos u obtener beneficios personales. No hay duda de que disponer de información sobre el enemigo interno y externo fue una prioridad para los emperadores mencionados. Y esa información la lograron por diversos medios: comerciantes, diplomáticos, cristianos sasánidas, delatores, informantes. Lo mismo cabe decir de los reyes sasánidas Cosroes I, Hormisdas IV o Cosroes II, pero también de los reyes ávaros y ostrogodos, pues se han considerado ejemplos de cómo procuraban obtener información de lo que sucedía en territorio romano, pero también de hasta qué punto eran conscientes de que Constantinopla movía constantemente sus peones para obtener una información que les proporcionase ventaja en su secular enfrentamiento.

BIBLIOGRAFÍA

Baldwin, Barry (1988), «On the Date of the Anonymous *Peri Strategikes*», *Byzantinische Zeitschrift* 81, 290-293.

Brock, Sebastian (1982), «Christians in the Sassanian Empire: A Case of Divided Loyalties», en Stuart Mews (ed.), *Religion and National Identity,* Oxford, Blackwell, 1-19.

Chauvot, Alain (1986), *Procope de Gaza. Priscien de Césarée. Panégyriques de l'Empereur Anastase Ier. Textes traduits et commentés,* Bonn, Dr. Rudolf Habelt GmbH.

Dennis, George T. (1985), *Three Byzantine Military Treaties,* Washington, Dumbarton Oaks.

Dignas, Beate y Winter, Engelbert (2007), *Rome and Persia in Late Antiquity. Neighbours and Rivals,* Cambridge, Cambridge University Press.

Garsoïan, Nina (1973-1974), «Le rôle de l'hiérarchie chrétienne dans les

rapports diplomatiques entre Byzance et les Sassanides», *Revue des Études Arméniennes* 10, 119-138.
Gaudemet, Jean (1980), «La répression de la délation au Bas-Empire», en *Miscellanea di Studi Classici in onore di Eugenio Manni,* 3, Roma, Giorgio Bretschneider, 1065-1083.
Haldon, John (2013), «Information and War: Some Comments on Defensive Strategy and Information in the Middle Byzantine Period (ca. 660-1025)», en Alexander Sarantis y Neil Christie (eds.), *War and Warfare in Late Antiquity,* Leiden/Boston, Brill, 373-393.
Greatrex, Geoffrey (1998), *Rome and Persia at War. 502-532*, Leeds, Francis Cairns.
— (2003), «Khusro II and the Christians of his Empire», *Journal of Canadian Syriac Studies* 3, 78-88.
— (2005), «Byzantium and the East in the Sixth Century», en Michael Mass (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, Cambridge University Press, 477-509.
Horden, Peregrine (2005), «Mediterranean Plague in the Age of Justinian», en Michael Mass (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, Cambridge University Press, 134-160.
Kaegi, Walter E. (2003), *Heraclius. Emperor of Byzantium*, Cambridge, Cambridge University Press.
Kagan, K. (2011), «Spies like Us: Treason and Identity in the Later Roman Empire», en Ralph W. Mathisen y Danuta Shanzer (eds.), *Romans, Barbarians, and the Transformation of the Roman World: Cultural Interaction and the Creation of Identity in Late Antiquity,* Londres, Routledge, 161-173.
Kaldellis, Anthony (2004), «Identifying Dissident Circles in Sixth-Century Byzantium: The Friendship of Prokopios and Ioannes Lydos», *Florilegium* 21, 1-17.
— «How Perilous Was it to Write Political History in Late Antiquity», *Studies in Late Antiquity* 1, 38-64.
Koutrakou, Nike (1995), «Diplomacy and Espionage: Their Role in the Byzantine Foreign Relations. 8th-10th Centuries», *Graeco-Arabica* 6, 125-144.
— (2000), «Spies of Towns: Some Remarks on Espionage in the Context of Arab-Byzantine Relations», *Graeco-Arabica* 7/8, 243-266.

— (2015), «Eyes of the Emperor and “Real Spies”: Stories of Espionage in Byzantine Writings», *Leidschrift* 30, 3, 47-64.
Laniado, Avsholom (1991), «Some Problems in the Sources for the Reign of the Emperor Zeno», *Byzantine and Modern Greek Studies* 15, 147-173.
Lee, Allen D. (1986), «Embassies as Evidence for the Movement of Military Intelligence between the Roman and Sassanian Empires», en Philip Freeman y David L. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East. Proceedings of a Colloquium Held at the University of Sheffield in April 1986*, 455-461.
— (1989), «Procopius, Justinian, and the Katáskopoi», *The Classical Quaterly* 39, 2, 569-572.
— (1993a), *Information and Frontiers. Roman Foreign Relations in Late Antiquity,* Cambridge, Cambridge University Press.
— (1993b), «Evagrius, Paul of Nisibis and the Problem of Loyalties in the Mid-Sixth Century», *Journal of Ecclesiastical History* 44, 569-585.
Mélèze-Modrzejewski, Joseph (1992), «Sycophantes et délateurs, un mal dans la cité», en N. Czechowski y J. Hassoun (eds.), *La délation. Un archaïsme, une technique,* París, Autrement, 225-234.
— (1999), «Espionage», en Garth W. Bowersock, Peter Brown y Oleg Grabar (eds.), *Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 430-432.
Nechaeva, Ekatherina (2004), «Double Agents in the Intelligence Service under Justinian: Evidences of Procopius of Caesarea», *Ziva Antika,* 54, 1-2, 137-147.
— (2012), «Les activités secrètes des ambassadeurs dans l’Antiquité Tardive», en Audrey Becker y Nicolas Drocourt (eds.), *Ambassadeurs et ambassades au coeur des relations diplomatiques. Rome – Occident Médiéval – Byzance (VIIIe s. avant J.-C.-XIIe s. après J.-C.),* Metz, Centre de Recherche Universitaire Lorrain d’Histoire, 183-202.
Rivière, Yann (2002), *Les délateurs sous l’Empire Romain,* Roma, École Française de Rome.
Sarris, Peter (2002), «The Justinianic Plage: Origins and Effects», *Continuity and Change* 17, 175-179.
Syvänne, Ilkka (2016), «The Eyes and Ears: The Sassanian and Roman Spies ca. AD 222-450», *Historia I Świat* 5, 107-131.
Wood, Philip (2013), *The Chronicle of Seert. Christian Historical*

Imagination in Late Antique Iraq, Oxford, Oxford University Press.
Ziche, Harmut G. (2012), «Maintenir la Guerre Froide "Cool": Négocier entre Constantinople et Ctesiphon au VI[e] siècle», en Audrey Becker y Nicolas Drocourt (eds.), *Ambassadeurs et ambassades au coeur des rélations diplomatiques. Rome – Occident Médiéval – Byzance (VIII[e] s. avant J.-C.-XII[e] s. après J.-C.,* Metz, Centre de Recherche Universitaire Lorrain d'Histoire, 317-331.
Zouberi, Joan (2007), «The Role of Religion in the Foreign Affairs of Sassanian Iran and the Later Roman Empire (330-630 AD)», *Historia I Świat* 6, 121-132.

---

[1] Ps. Maurit. *Strateg.* II, 11. Cfr. Koutrakou 2015, 48 y 50.

[2] *Perì Strategías* §42. Cfr. Dennis 1985, 2-3; Baldwin 1988, 290-293.

[3] Cfr. Lee 1999, 430-432; Nechaeva 2004, 137-147; Haldon 2013, 373; Koutrakou 2015, 49. Véase también Syvänne 2016, 107-119.

[4] Koutrakou 2000, 243-253.

[5] Cfr. Lee 1993a, 61; Kagan 2011, 163; Koutrakou 2000, 262.

[6] *CI* 4, 63, 4. Cfr. Lee 1993a, 62-63; Dignas y Winter 2007, 205; Kagan 2011, 163.

[7] Greatrex 2005, 488-490.

[8] Men. Protec. *fr*. 6, 1. Cfr. Lee 1993a, 62-63; Nechaeva 2004, 142 n. 21; Dignas y Winter 2007, 146.

[9] Koutrakou 2015, 47.

[10] Procop. *Bell.* III, 14, 7-11.

[11] Procop. *Bell.* III, 14, 3-5. Cfr. Lee 1993a, 109; Nechaeva 2004, 139-141.

[12] Zouberi 2007, 121-123.

[13] Por ejemplo, entre finales del siglo V y primer tercio del siglo VII: Cavades I, Cosroes I, Horsmisdas IV, Cosroes II.

[14] Garsoïan 1973-1974, 119-138; Brock 1982, 1-19; Lee 1999, 431-432; Dignas y Winter 2007, 221.

[15] Evagr. *HE* V, 9 (y V, 7). Cfr. Garsoïan 1973-1974, 135 n. 69; Lee 1993b, 569-585.

[16] Lee 1993a, 284.

[17] Miguel el Sirio XI, IX, §425 [vers. Syr. VIII, xiv = vers. Arm. XVIII, 328-332. *Chron. Seert* II, i, 1, PO VII, II, 101-102]. Cfr. Garsoïan 1973-1974, 130.

[18] Juan de Éfeso, *Vit. Patr.* X [Simeón de Beth Aršam, PO 17, 142-147]. Cfr. Garsoïan 1973-1974, 131 y 135.

[19] Greatrex 1998, 73-130.

[20] Agapio, *Kitab Al-'Unvan* [PO 8, iii, 459-460]. Cfr. Greatrex 2003, 78-88.

[21] Cfr. Garsoïan 1973-1974, 135 n. 69; Kaegi 2003, 154.

[22] Kagan 2011, 167.

[23] *Chron. Seert* II, 42 [PO XIII, 438]. Cfr. Garsoïan 1973-1974, 132; Lee 1993b, 575; Wood 2013, 188.

[24] Sarris 2002, 175-179.

[25] Procop. *Bell.* II, 24, 6-8. Cfr. Garsoïan 1973-1974, 131.

[26] Sarris 2002, 175-179; Horden 2005, 153-156.

[27] Garsoïan 1973-1974, 137 n. 75 considera que esta participación de los hermanos fue una apuesta de la familia para sobrevivir, teniendo cada uno un pie en cada campo, romano y sasánida. Por su parte, Nechaeva 2012, 188 considera que el hermano del *katholikós* era un agente doble.

[28] Lee 1986, 455; Lee 1999, 430-431; Koutrakou 1995, 139.

[29] Nizam al-Muluk, *Siyāsatnāma* XXI, 2; cfr. Lee, 1993a, 166-167.

[30] *Perì Strategías* §43, 1-13; Dignas y Winter 2007, 250.

[31] Ziche 2012, 319.

[32] Const. VII, *De Caerem.* 89-90. Cfr. Lee 1986, 458; Dignas y Winter 2007, 247-248; Nechaeva 2012, 191-192. Esta referencia a los *magistrianoí* es especialmente interesante, pues formaban parte del sistema de información al servicio del *Magister Officiorum,* cargo que, precisamente, ejerció Pedro el Patricio.

[33] Procop. *Bell.* VIII, 15, 20 (y II, 28, 31). Cfr. Nechaeva 2004, 142 y n. 21.

[34] Procop. *Bell.* II, 28, 38; Nechaeva 2004, 141-142.

[35] Lee 1993a, 167; Dignas y Winter 2007, 249-250.

[36] Kagan 2011, 161-173; Nechaeva 2004, 144 n. 27.

[37] Men. Protec. *fr*. 23, 9. Cfr. Lee 1993a, 168.

[38] Cfr. Koutrakou 1995, 127. Aunque se tratan aquí sobre todo las relaciones de romanos y sasánidas o con algunos pueblos fronterizos, cabe constatar que en la Constantinopla regida por el emperador Zenón (476-491) había también romanos al servicio de Teodorico el Ostrogodo que le informaban de cuanto sucedía en la ciudad, pues por entonces las relaciones entre ambos gobernantes no eran buenas. Esos informadores fueron localizados por los agentes de Zenón, juzgados y condenados al exilio perpetuo (Malch. *fr*. 11).

[39] Theoph. Cont. 691/18. Cfr. Koutrakou 1995, 136-137 n. 48.

[40] Procop. *Bell.* II, 15, 35-16, 4; Lee 1993a, 176.

[41] Jorge de Pisidia, *Heraclias* 2, 102-121. Cfr. Kaegi 2003, 107-108.

[42] Cfr. Lee 1999, 430-431.

[43] Koutrakou 2000, 261; 2015, 53-57.

[44] Cfr. Mélèze-Modrzejewski 1992, 225-234. Véanse también Gaudemet 1980, 1065-1083; Rivière 2002.

[45] Const. VII Porph. *De Caerem.* I, 92 [R424]. Esta queja del pueblo de Constantinopla acerca de los delatores se recoge también en Iohan. Antioch. *fr*. 308 (Roberto = *fr*. 239, Mariev), considerándose que la fuente de Juan de Antioquía para este asunto es la misma que la utilizada por los compiladores de Constantino VII, es decir, la obra de Pedro el Patricio, básicamente perdida.

[46] Chauvot 1986, 125; Laniado 1991, 164-165.

[47] Lee 1989, 569-572.

[48] Kaldellis 2004, 49; Nechaeva 2004, 1401-1441. Cfr. Lee 1993a, 173.

[49] Procop. *HS* 1-2 *(praefatio)* y 16, 13-14. Cfr. Lee 1993a, 176.

[50] Procop. *Bell.* I, 25, 24-29; cfr. Kaldellis 2017, 49.

[51] Koutrakou 2000, 261.

[52] Lee 1999, 430-432.

[53] Kaldellis 2004, 2.

[54] Como es sabido, en varias ocasiones los escritores de este periodo incluían en sus obras discursos o arengas que no habían sido pronunciados. Se trataba, obviamente, de un instrumento retórico, pero, aun siendo así, la inclusión de este consejo evidenciaría que se trataba, nuevamente, de un tema que preocupaba a la población y que entorpecía la buena labor de gobierno hacia los

súbditos.

XVII
AGENTES Y ACCIONES DE INTELIGENCIA EN EL REINO VISIGODO
(siglos VI-VII)[1]

Pablo Poveda Arias

Cualquier aproximación al estudio del fenómeno del espionaje, pasado o presente, parte del problema de que, por su propia naturaleza como actividad secreta, todo el conocimiento que se logre sacar a la luz será no solo parcial, sino muy escaso. El caso del reino visigodo hispano entre los siglos VI y VII no es una excepción, a lo que se suma la parquedad de información inherente al estudio de esta realidad histórica. La presente contribución supone, por tanto, una tentativa aproximativa al estudio de quizá una de las problemáticas más esquivas.

La concepción de inteligencia que se aplicará aquí atañe al ámbito político, como una práctica de gobierno más, consagrada en este caso a la transmisión, recopilación y explotación de información políticamente sensible[2]. El propósito es analizar las diversas dimensiones que adquirió esta actividad en el reino visigodo en su fase hispana, identificando los agentes y métodos empleados en ella, partiendo de la base de que los actores implicados no se dedicaban a ella de manera exclusiva, sino que la compatibilizaban con otras labores más ordinarias. Para la consecución de estos objetivos, y partiendo del hecho de que únicamente contamos con una casuística mínima, se recurrirá al rico corpus epistolar del periodo, el cual, complementado con las aisladas referencias que nos ofrecen fuentes de otra naturaleza (historiografía, legislación y hagiografía), permitirá reconstruir algunas de esas dimensiones donde el espionaje y la inteligencia tuvieron una incidencia indudable en el devenir del reino visigodo.

ESPIONAJE Y RELACIONES EXTERIORES

A la hora de hacer prevalecer sus intereses políticos y personales, pero también en aras de defender la integridad territorial del reino, los reyes

visigodos se veían abocados en determinadas ocasiones a entablar unas activas relaciones con sus vecinos[3], ya fuera recurriendo a la diplomacia o, en su caso, a la vía armada. Pero un elemento común en ambas situaciones era la necesidad de hacer acopio de información útil por medio de acciones de inteligencia. A este respecto, no debe menospreciarse el papel de las embajadas como fuente de información transmitida de manera oficial (v. gr. Greg. Tur. *DLH* V 40; VI 33-34; VIII 38; IX 1; Ven. Fort. *Carm.* VI 5), aunque pudieron igualmente implicar un trasvase de información de naturaleza más sensible. A fin de cuentas, los legados podían recabar información más allá de la tratada con sus interlocutores, o bien era posible organizar otras misiones diplomáticas que, por el carácter delicado de los asuntos a tratar, se diesen por cauces más discretos[4].

Lo cierto es que las embajadas suponían una ocasión idónea para trasladar información sensible y precisamente el riesgo que suponía su interceptación inducía a los distintos poderes implicados en la interlocución a guardar ciertas precauciones. Así se entiende que muchos mensajes o los términos concretos de una negociación no se plasmasen por escrito, sino de forma oral, limitándose muchas veces las cartas a presentar y recomendar al emisario que portaba la verdadera información[5]. El caso más paradigmático es el de las relaciones diplomáticas mantenidas por la corte del rey visigodo Gundemaro (610-612) con los reinos merovingios de Austrasia y Burgundia, cuyos legados habrían comunicado de viva voz buena parte de los mensajes, «para evitar que la palabra escrita pudiera proporcionar información si caía en manos del adversario»[6]. El miedo a la interceptación de las embajadas y mensajes de contenido sensible también explicaría la mención explícita del nombre del emisario y su presentación. Con ello probablemente se pretendía demostrar que el legado no había sido suplantado ni el mensaje intervenido (cfr. Braul. Caesar. *Epist.* 16; Leo II, *Epist. ad Quir. Tolet.; Epist. ad Simplic.; Epist. ad Eruig.;* Bened. II, *Epist. ad Petrum notar*.).

Las embajadas diplomáticas también constituían una buena ocasión para recabar información útil procedente de otros reinos[7]. Es posible que el presbítero Tajón de Zaragoza, quien posteriormente sería nombrado obispo de la misma sede, en su viaje a Roma no solo hubiese tenido encomendada la tarea de copiar la obra de Gregorio Magno –que todavía no había llegado a la península ibérica–[8], sino una misión de carácter más o menos oficial

al servicio de la corte visigoda de Chindasvinto (642-653) (*Chron. Muzar. a. 754* 23)[9]. A fin de cuentas, se sabe que mantuvo contactos con miembros de la cancillería episcopal romana, de quienes obtuvo información relativa a la figura de Gregorio, pero no es descartable que hubiese recurrido a la misma vía para informarse de noticias de otro tipo (Taio Caesar. *Epist. ad Eugen. Tolet. ep*. 47-50). Especialmente llamativo es el caso del viaje de Tajón si se compara con la prohibición que el rey Chindasvinto impuso a Fructuoso de Braga, en un episodio retomado con mayor detalle más adelante, cuando este pretendió viajar a Oriente. Ambas acciones revestían *a priori* unos riesgos similares para el reino visigodo, por lo que muy seguro debía sentirse este monarca de que Tajón no actuaría en su contra, quizá en virtud de la misión encomendada.

Más allá de las misiones diplomáticas, las monarquías posromanas podían recabar asimismo información privilegiada a partir de informantes radicados de forma permanente en torno a los principales centros de poder extranjeros. Como caso temprano, los francos probablemente tenían en la reina Clotilde, hija del difunto Clodoveo y hermana de los reyes merovingios, una informante destacada. Unida en matrimonio con el rey visigodo Amalarico (510-531), se sabe que Clotilde hizo llegar a su hermano, el rey Childeberto (511-558), las penurias a las que la sometía su marido, lo que motivó en teoría el ataque del merovingio al reino visigodo (Greg. Tur. *DLH* III 10). Las princesas merovingias podían actuar así como informantes privilegiadas de lo que ocurría en el reino visigodo[10]. De hecho, Gregorio de Tours, muy bien relacionado con los monarcas austrasianos, ofrece datos bastante concretos de los acontecimientos hispanos, en algunos casos cargados de retórica y dramatización propia, pero en otros muchos bastante ajustados a la realidad (cfr. *DLH* V 38; VI 43; IX 15; *Lib. in glor. confess.* 12; *Lib. in glor. martyr.* 23-25 y 81)[11]. También la corte burgundia, al menos en tiempos del reinado de Gontran (561-592), se encontraba bien informada de los avatares hispanos. Fuera por informadores procedentes directamente de Hispania o por vía indirecta, el rey Gontran se decidió por atacar el reino visigodo en el 585, justo después de enterarse del asesinato de Hermenegildo y de la muerte de su sobrina Ingunda (Greg. Tur. *DLH* VIII 28; 30; Ioh. Bicl. *Chron.* 74).

Por otro lado, las potencias extranjeras podían aprovechar los contextos de tensión interna para reclutar agentes que les proporcionaran información

valiosa. Se sabe que, en tiempos de Leovigildo (569-586), Leandro de Sevilla viajó a Constantinopla, en cuya estancia no es descartable que ofreciese información de utilidad a los intereses imperiales[12]. Más seguro parece ser atribuir a Leandro un papel como informante, discreto o no, del papa Gregorio Magno, con quien mantenía una estrecha amistad (Greg. Mag. *Reg. Epist.* IX 228)[13]. Por ejemplo, probablemente fue Leandro quien informó al obispo de Roma de la conversión de Recaredo (586-601) al catolicismo (Greg. Mag. *Reg. Epist.* I 41)[14]. Con todo, Gregorio Magno no solo habría recurrido a estas vías más informales para obtener información, sino también a canales oficiales. Tenemos constancia de que el presbítero Probino hizo las veces de enviado diplomático con Hispania en varias ocasiones y de que ofreció también al papa Gregorio una información detallada de los acontecimientos hispanos en el contexto inmediatamente posterior a la conversión (Greg. Mag. *Reg. Epist.* V 53; IX 229). El caso de Gregorio Magno permite observar la participación simultánea de distintos canales de información, tanto formales como informales, ofreciendo cada uno de ellos su visión particular de los acontecimientos. El IV Concilio de Toledo del 633 confirma que los agentes eclesiásticos podían desempeñar el papel de informadores secretos al servicio de enemigos externos. El sínodo intentó atajar el problema prohibiendo tales actividades, aunque se desconoce el alcance de su éxito (*Conc. IV Tol.* [a. 633], c. 30).

Los visigodos, por su parte, pudieron usar también a sus princesas como fuente de información privilegiada de los acontecimientos que se producían en la corte merovingia. Es el caso de Brunequilda y Galsvinta, hijas del rey visigodo Atanagildo (555-567), quienes con toda probabilidad desempeñaron estas funciones en las cortes de Sigiberto (561-575) y Chilperico (561-584) respectivamente, al menos durante el tiempo en el que vivió su padre[15]. Los séquitos que acompañaban a las princesas visigodas podían llevar a cabo también ciertas labores de inteligencia en favor de la corte toledana[16]. Sin embargo, como en el caso de las princesas, este servicio habría tenido también un carácter temporal, hasta que estimasen oportuno trasladar su lealtad a sus nuevos gobernantes. Este pudo ser el caso de Sigilán, un estrecho colaborador del rey Sigiberto de Austrasia (Greg. Tur. *DLH* IV 51), de quien se ha planteado que pudo integrar el séquito nupcial de Brunequilda[17]. No es más que una posibilidad, pero en todo caso se trató de un godo que percibió en el servicio a Sigiberto una

alternativa vital más favorable que la que le ofrecía su vida previa en el reino visigodo.

Pero también se tiene constancia de otros posibles casos de informantes godos radicados, fuera de forma temporal o permanente, en territorio merovingio. Según Gregorio de Tours, la reina Teudogilda, viuda del merovingio Cariberto (629-632), fue engañada por el rey Gontran y encerrada en un monasterio en Arlés. Para escapar de su reclusión, se dirigió por mensajeros secretos a un godo, al que se ofreció en matrimonio, así como sus tesoros, a cambio de que la llevase con él a Hispania (Greg. Tur. *DLH* IV 26). ¿Quién era este godo? Recientemente se ha propuesto que era un servidor diplomático visigodo que regresaba de alguna de las cortes merovingias o un mercader. Sin embargo, a partir de este testimonio cabe inferir que el individuo en cuestión no residía de forma permanente en la Galia. Además, es probable que perteneciese a la elite política o social, ya que de lo contrario habría sido poco probable que Teudogilda hubiese accedido a casarse con alguien de una condición inferior[18]. Por otro lado, el hecho de que la reina conociera a este personaje sugiere que hubo cierta interacción previa. Asimismo, el que el susodicho accediese a tal propuesta, so riesgo de contrariar la voluntad de nada menos que un rey, lleva a pensar, por un lado, que era alguien que, aun moviéndose en territorio de Gontran, no sentía vínculo de fidelidad alguno hacia él y, por otro, que se trataba de un individuo con cierta influencia política, situado en una posición de amparo y seguridad. No cabe descartar, por tanto, que este godo hubiese desempeñado ciertas labores de inteligencia para la corte toledana en un reino como el del rey Gontran, muy interesado por aquel entonces en apoderarse de la Septimania visigoda[19]. El control de los movimientos de este monarca se tornaba así vital para preservar la integridad territorial del *regnum Gothorum*. De hecho, se sabe que, cuando Gontran se dispuso a emprender las operaciones militares, los visigodos ya estaban al tanto de las intenciones del merovingio y habían adoptado medidas estratégicas encaminadas a neutralizar la ofensiva (Greg. Tur. *DLH* VIII 28).

Así pues, puede confirmarse que los visigodos contaban con información privilegiada procedente de Burgundia, un supuesto que viene reforzado si se atiende a la casuística posterior. Al *comes* godo Bulgarano, radicado en la Septimania en tiempos del rey Gundemaro, le habían llegado rumores de que Brunequilda y su nieto Teodorico II (595-613), reyes de Burgundia en

aquel entonces, habían logrado persuadir a los ávaros de que atacasen al rey Teodeberto II de Austrasia (595-612). Ante posibles dudas, Bulgarano solicitó a ciertos obispos austrasianos que confirmasen la veracidad de tales noticias, obtenidas quizá directamente de informantes radicados en la corte burgundia (*Epist. Wisig.* 10-11)[20]. Ello sugiere que este *comes* godo tenía en tales obispos una fuente de información privilegiada, circunstancia que podría explicar la omisión deliberada de sus nombres en copias posteriores de esta correspondencia[21], al tiempo que revela la existencia de informantes alternativos a estos.

A través de la casuística expuesta no se pretende transmitir la falsa impresión de que el poder visigodo encomendaba estas tareas de inteligencia únicamente a individuos de origen godo o a personas cercanas a los círculos de poder. Según Gregorio de Tours, el rey Gontran descubrió a ciertos campesinos portando un mensaje de Leovigildo dirigido a la reina neustriana Fredegunda justo en el momento en el que el rey burgundio iba a iniciar la anteriormente citada campaña contra la Septimania visigoda. En la carta, Leovigildo instaba a la soberana franca a que le ayudase a impedir el ataque, al tiempo que le insinuaba la conveniencia de eliminar a sus enemigos comunes y le ofrecía recursos con ese fin (Greg. Tur. *DLH* VIII 28)[22]. Quizá, en un contexto militar que requería un férreo control de las vías de comunicación, los visigodos optaron por recurrir a mensajeros que pasasen inadvertidos en lugar de utilizar los cauces ordinarios de comunicación. Con todo, Gregorio de Tours reconoce que detrás de tales movimientos se encontraban las manos de poderosos individuos francos que colaboraban con los visigodos, concretamente el obispo Amelio de Bigorra y una tal Leuba, suegra del duque Bladaste. El propio recurso a estos personajes da pistas sobre la ruta seguida por el mensaje, en concreto la del Pirineo occidental, que no era precisamente la vía de comunicación más importante entre Hispania y la Galia[23]. Amelio y Bladaste eran ante todo individuos leales a Fredegunda, pero muy bien relacionados con la corte visigoda[24], pues se requería una mínima confianza por ambas partes, alimentada ante la expectativa de recibir una recompensa, para encomendarles un mensaje de contenido tan sensible. Por otro lado, la intervención de tales personajes pone en evidencia la implicación, en una misma acción de inteligencia, de una multiplicidad de agentes y, además, de distinto origen social. La carta incluso prevé la participación de más

actores, pues Leovigildo alude a sus propios enviados, que, quizá por decisión de Leuba y Amelio, fueron desplazados en favor de esos campesinos.

Otro caso que cabe destacar es el envío de unos emisarios secretos a Hispania por parte de la reina Fredegunda. En el transcurso de su misión, contaron con la asistencia del obispo de Saintes, Paladio. No se trata de un detalle baladí, pues este último era un prelado adscrito al reino de Gontran, lo que sugiere la implicación de un agente infiltrado muy bien situado en los círculos de influencia del reino burgundio (Greg. Tur. *DLH* VIII 43). Años después, y gracias a la correspondencia conservada del *comes* Bulgarano, un tal obispo Vero, de sede desconocida[25], actuó como intermediario en las sensibles relaciones diplomáticas entre la Austrasia y el reino visigodo (*Epist. Wisig*. 10-11). Aquí se habla del recurso a los emisarios del citado obispo y no a los propios de los visigodos, en lo que puede interpretarse como una maniobra deliberada orientada a facilitar la transmisión de información sin despertar sospechas en el enemigo burgundio común. También en este contexto, y ante la ineficacia del citado Vero, Bulgarano recurrió a otro obispo, de nombre desconocido, pero presumiblemente cercano a Teudeberto II de Austrasia, para poder contactar con la corte austrasiana (*Epist. Wisig.* 11). Resulta llamativo que, como se ha mencionado más arriba, en las copias que se hicieron de las misivas originales, no conservadas, se suprimiese el nombre de estos obispos intermediarios[26], quizá con el interés de proteger el cauce de comunicación. Este tipo de precauciones cobra sentido únicamente en supuestos de embajadas que revestían un carácter secreto.

Las acciones discretas de transmisión de información debieron de tener a menudo un propósito meramente informativo. En otras ocasiones, habrían buscado cerrar acuerdos o bien una implicación más práctica, siempre en aras de proteger los intereses políticos y territoriales visigodos. Ya se ha mencionado el mensaje enviado por Leovigildo a Fredegunda, en el que pedía la implicación activa de la reina para frenar a Gontran y acabar con sus enemigos comunes[27]. Pero se sabe también a través del epistolario de Bulgarano que el rey visigodo Gundemaro ofreció a la corte austrasiana recursos económicos para poder enfrentarse a la amenaza ávara que se cernía sobre la Austrasia por instigación de los burgundios (*Epist. Wisig.* 10-11)[28]. Para la corte toledana era vital que la Austrasia se liberara de

toda amenaza militar, pues la Septimania visigoda podía convertirse en cualquier momento en el siguiente objetivo de los burgundios, por lo que se tornaba fundamental poder contar con la eventual asistencia de su aliado[29].

Asumiendo la existencia de canales de información alternativos a los oficiales, se entiende la preocupación de los distintos poderes por controlar las comunicaciones entrantes y salientes del reino, en lo que podría llamarse, en términos actuales, acciones de contrainteligencia. Recurriendo de nuevo a la casuística merovingia, ya se ha aludido a la intercepción exitosa por parte del rey Gontran de Burgundia del mensaje enviado por Leovigildo a Fredegunda. El mismo rey burgundio recibió también noticias de que la reina Brunequilda envió una embajada a la corte de Recaredo, siendo en consecuencia interceptada y registrada para comprobar que no portaba cartas escondidas (Greg. Tur. *DLH* IX 28). Este episodio revela la utilidad y la ventaja que aportaba el recibir información desde el punto de origen. Con muchos menos detalles, también se sabe que, años después, el rey Teodorico II de Burgundia, nieto de Brunequilda, logró tener conocimiento de la alianza «internacional» que el reino visigodo estaba organizando junto a Neustria, el reino longobardo y la Austrasia con el objetivo de atacar el reino burgundio desde distintas direcciones (Fred. *Chron,* IV 31). A pesar de las precauciones tomadas por el rey Witerico (601-610)[30], el descubrimiento de tales maniobras permitió a Teodorico II y a su abuela Brunequilda articular una respuesta diplomática eficaz y frustrar los planes del visigodo.

En algunos casos, estas acciones de contrainteligencia se llevaban a cabo en detrimento de la propia cortesía diplomática. El *comes* Bulgarano se quejó a la corte burgundia por haber retenido, interrogado y privado de alimento a sus legados oficiales, rompiendo así las convenciones diplomáticas, no plasmadas por escrito pero conocidas por todos los pueblos, que establecían que los enviados diplomáticos no debían ser detenidos ni sufrir daños (*Epist. Wisig.* 12)[31]. Aunque sin afectar al reino visigodo, Gregorio de Tours recoge el destino sufrido por dos espías descubiertos por Fredegunda, siendo por ello humillados y apresados (Greg. Tur. *DLH* V 14). Con toda probabilidad, también el Imperio bizantino efectuó acciones de contrainteligencia en el contexto de enfrentamiento con los visigodos. Recientemente se ha llamado la atención sobre el hecho de

que el intermediario entre Gregorio y la corte visigoda fuese un súbdito bizantino (Greg. Mag. *Reg. Epist.* IX 229)[32], lo que quizá pueda explicarse como un mecanismo de control, por parte del Imperio, para asegurarse de que los contactos diplomáticos y el intercambio de información se hiciesen en función de sus intereses.

Al igual que sus vecinos, los visigodos probablemente desplegaron también medidas de contrainteligencia. Retomando las relaciones entre Leandro de Sevilla y Gregorio Magno, se ha sugerido que la premura que se percibe en torno al regreso a Hispania del enviado por Leandro (Greg. Mag. *Reg. Epist.* I 41) podría estar relacionada con las sospechas que quizá generara el que permaneciese largo tiempo en territorio bizantino[33]. A este respecto cabe argumentar que los emisarios ajenos a la corte habrían estado más controlados y, por ende, probablemente solo se les otorgó un permiso de viaje temporal. Pero tampoco es posible descartar la incidencia de motivos más mundanos, de corte logístico, propios de los viajes marítimos[34]. Lo cierto es que se trataba de un contexto delicado, de tensiones entre el reino visigodo y el Imperio por la cuestión de la *Spania* bizantina; de hecho, la correspondencia de Gregorio con Hispania manifiesta una cierta intermitencia en el intercambio de información[35], quizá por las sospechas que ello podía generar, pero igualmente por los escasos viajes, también comerciales, que se daban entre la península ibérica e Italia (Greg. Mag. *Reg. Epist.* IX 229). Tal clima de desconfianza permite explicar el hecho de que Gregorio Magno enviase en el 599 una misiva de presentación de su emisario, el abad Ciriaco, al *dux* Claudio y no directamente a Recaredo (Greg. Mag. *Reg. Epist.* IX 230), receptor último de sus mensajes (IX 229).

El caso más paradigmático de prevención por parte del poder visigodo frente a posibles acciones de inteligencia contrarias a sus intereses lo encarna Fructuoso de Braga. La *Vita Fructuosi* relata el encarcelamiento del hombre santo por orden de Chindasvinto, debido a su intención de viajar a Oriente[36]. Consciente de que estaba contraviniendo los intereses regios, y temiendo la reacción de Chindasvinto[37], Fructuoso puso en conocimiento tan solo de unos pocos de sus discípulos su intención de «peregrinar» a Oriente, organizando el viaje con total discreción. No se trató ni mucho menos de una cuestión baladí para el poder visigodo, que detuvo al hombre santo, siendo encarcelado temporalmente en Toledo (*VF* 17)[38].

Los temores de la corte visigoda no se limitaban solo a la posible fuga de información más allá de las fronteras del reino, sino que también se extendían a la entrada de agentes externos sospechosos. En la obra hagiográfica de Gregorio de Tours se describe la tortura a la que fue sometido un clérigo galo por orden de un rey visigodo –con toda probabilidad, Leovigildo–, presuntamente a causa de su fe católica (Greg. Tur. *Lib. in glor. martyr.* 81). Sin embargo, no se advierten episodios ni acciones de violencia similares aplicadas a clérigos católicos en todo el reinado de Leovigildo, mucho menos por una cuestión eminentemente religiosa[39]. Por lo tanto, es probable que este clérigo fuera un agente de información procedente del *regnum Francorum* y que su acción se enmarcase en el contexto de la revuelta del príncipe Hermenegildo.

INTELIGENCIA MILITAR

Asimismo vinculadas a estas relaciones con poderes externos al *regnum Gothorum,* e incluso compatibilizadas con las ya referidas, se presentan aquellas acciones de inteligencia desplegadas en contextos bélicos. Ciertamente, se cuenta con pocos datos sobre la inteligencia militar visigoda, aunque sin duda alguna esta se dio. Tales acciones habrían desempeñado un papel destacado desde el mismo proceso de conquista goda del territorio hispano. La ciudad de Asidona (Medina Sidonia), por ejemplo, fue integrada en el *regnum Gothorum* en tiempos de Leovigildo, no por el mérito de las armas sino por un acto de traición perpetrado por un individuo de nombre Framidaneo (Ioh. Bicl. *Chron.* 17). También durante el mismo reinado se interceptaron unas naves que envió el rey Gontran en apoyo de los suevos (Greg. Tur. *DLH* VIII 35)[40]. ¿Cómo sabía el rey visigodo de las intenciones del rey burgundio? No resulta descabellado pensar que las acciones y agentes de inteligencia desplegados por la corte visigoda en territorio burgundio y referidos con anterioridad tuvieron algo que ver.

En momentos más tardíos, en concreto en el contexto inmediatamente posterior a la revuelta del *dux* Paulo del 673 contra el rey Wamba (672-682), encontramos la confirmación de la existencia de misiones de inteligencia preventiva contra posibles acciones militares francas. La implicación activa de francos en la revuelta, algunos de condición

aristocrática, puso en guardia a Wamba sobre este riesgo (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 25). De hecho, según Julián de Toledo, se extendió el rumor de que los francos tenían la intención de liberar a aquellos prisioneros del *regnum Francorum* que Wamba había tomado en combate. Cabe aquí plantearse la existencia de un despliegue por territorio galo de una red de informantes godos que mantuviesen al rey al tanto de posibles movimientos de tropas enemigas. Es así como se recibió la noticia de que el *dux* Lupo se estaba organizando por la zona de Béziers, lo que permitió a Wamba anticiparse a sus movimientos y provocar su huida. Pero también pudo utilizar como fuente –involuntaria– de información a los propios prisioneros francos, siendo quizás a través de ellos como pudo tener constancia de los movimientos merovingios por liberarlos (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 27).

Estrategias de inteligencia similares a las anteriores debieron haber influido asimismo a la hora de escoger los distintos objetivos militares en cada momento, obteniendo, por ejemplo, información respecto a los recursos y defensas de los que disponía cada ciudad. Cabe destacar la campaña de los merovingios Childeberto y Clotario contra la ciudad de Zaragoza (Greg. Tur. *DLH* III, 29). Pero es posible mencionar también las razias de Leovigildo en territorio peninsular. Sus acciones militares apuntan a un carácter muy selectivo de sus objetivos militares, como reflejan los ataques a los territorios malacitano y bastetano sin haber conquistado aún la ciudad de Córdoba (Ioh. Bicl. *Chron.* 12)[41]. Las acciones de inteligencia militar debieron de haber sido también clave a la hora de asegurar el rápido y efectivo avance de Recaredo cuando traspasó la frontera septimana entre el 585 y el 586 (Greg. Tur. *DLH* VIII 30).

Los casos anteriores reflejan una labor de inteligencia previa a las campañas militares, pero estas no cesarían en el transcurso de las mismas. Por ejemplo, en el citado ataque merovingio a Zaragoza, los francos hicieron prisionero a un habitante del lugar con la intención de obtener información de lo que acontecía dentro de la ciudad (Greg. Tur. *DLH* III 29). También se sabe que los godos, en el contexto de la campaña de Gontran del 589 contra la Septimania, fueron informados de los movimientos militares de las tropas del rey burgundio, lo que les permitió organizar la emboscada con la que infligieron la derrota merovingia más traumática hasta el momento, con unas cifras de bajas que Gregorio de Tours eleva hasta cinco mil (Greg. Tur. *DLH* IX 31)[42]. Gontran las

atribuyó concretamente a las acciones de inteligencia del reino de Austrasia y a la alianza que este cerró con Recaredo (Greg. Tur. *DLH* IX 32).

También los conflictos militares internos en el seno del reino visigodo aportan cierta información sobre las acciones de inteligencia en contextos bélicos. Es en particular la *Historia Wambae,* el relato militar más rico del que se dispone para la Hispania visigoda, el que ofrece algunas pistas. Se sabe que los supervivientes del bando de Paulo que lograban huir ante las sucesivas victorias de Wamba ofrecían a sus superiores información muy valiosa sobre los avances militares del enemigo. Ello permitió a los rebeldes organizar con antelación la defensa de Narbona y, posteriormente, la de Nimes (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 11-12; Iul. Tol. *Iud. in tyrann. perfidia promulg.* 4). El otro bando procuraría, por su parte, extraer información de los movimientos de Paulo y sus tropas interrogando a los derrotados a cambio del perdón regio. Este pudo ser el caso del obispo de Narbona, Argebado, cuando suplicó con éxito a Wamba por su perdón (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 21-22)[43]. Al mismo tiempo, se llevarían a cabo tareas destinadas a prevenir la recepción de información por parte del enemigo realizando por ejemplo movimientos militares por sorpresa (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 13). La contrainteligencia militar también previno posibles movimientos enemigos que buscasen aprovecharse de brechas de seguridad en torno al monarca (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 15). Las fuentes aluden igualmente en numerosas ocasiones a prisioneros de guerra, por lo que es plausible que se los utilizara con frecuencia para obtener información militar valiosa[44].

PREVENCIÓN DE RIESGOS: ESPIONAJE ANTE PROBLEMAS INTERNOS

Las guerras internas por el trono eran tan solo la expresión última que adquirían las disputas faccionarias que marcaron el devenir histórico de todo el periodo visigodo en Hispania[45]. Los gobernantes se encontraban constantemente amenazados ante potenciales tentativas de destronarles, cuando no de atentar contra sus propias vidas. Para afrontar esta situación y prevenir cualquier movimiento en su contra, los reyes visigodos debían de mantener una constante actitud de alerta. Probablemente uno de los contextos más controlados era la propia corte de Toledo y sus inmediaciones, tornándose así en un escenario muy dado a actividades de

inteligencia dirigidas a vigilar a potenciales enemigos, pero también al contrario. La revuelta del príncipe Hermenegildo contra su padre Leovigildo, con la propia implicación activa de la esposa del monarca, la reina Gosvinta (Ioh. Bicl. *Chron.* 54), habría sido uno de esos contextos en los que más atención se prestó a la vigilancia entre bandos. Según Gregorio de Tours (*DLH* V 38), Leovigildo era pleno conocedor de los movimientos de su hijo, tanto de su conversión como de la alianza que cerró con Constantinopla. Idéntica situación se intuye años después en Toledo, cuando la misma Gosvinta y el obispo arriano Uldila se conjuraron contra el rey Recaredo al poco de su ascenso al trono (Ioh. Bicl. *Chron.* 89). El testimonio del biclarense recoge que la conjura fue descubierta antes de consumarse, lo que apunta a una acción directa o indirecta de espionaje por individuos que hicieron las veces de *delatores* al monarca. Asimismo, solo se entiende el descubrimiento de las intenciones perniciosas del *dux* Argimundo por la mediación de determinados agentes afines al rey que ejercieron una labor de espionaje sobre este y sus seguidores (Ioh. Bicl. *Chron.* 93). También en los últimos años de existencia del reino, Egica (687-702) logró descubrir la conspiración liderada por el obispo Sisberto de Toledo (*Conc. XVI Tol.* [a. 693], c. 9).

En el caso de la corte, las labores de inteligencia las habrían llevado a cabo agentes cortesanos que se movían con fluidez entre una facción y otra[46]. A fin de cuentas, se sabe que algunas de las tentativas, exitosas o no, de usurpar el trono procedían de integrantes de la corte[47]. Pero, en el caso del resto de horizontes territoriales del *regnum,* los monarcas debían cuidarse de situar en puestos de poder a individuos que integrasen un mismo grupo de poder y, en la medida de lo posible, sin ningún tipo de relación entre sí. Resultaba muy útil fomentar una constante competencia entre los distintos agentes de poder territorial, pues propiciaba una labor de vigilancia mutua[48]. Por ejemplo, la legislación de Chindasvinto regulaba los casos de delación por parte de *nobiles* e integrantes de la corte palatina que elevasen una acusación grave contra uno de sus pares (*LV* VI 1, 2).

Estas labores de vigilancia de los enemigos internos no eran únicamente necesarias antes de que se consumasen los intentos de usurpación, sino también después, ante los riesgos de reorganización de los grupos opositores. Es así como cabe entender el destierro decretado contra algunos conspiradores. El alejamiento de los enemigos internos de los lugares donde

tenían sus bases de poder puede comprenderse como una medida dirigida a dificultar la comunicación y el trasiego de información[49]. Es el caso de Segga, quien se levantó contra Recaredo y, en consecuencia, fue desterrado a la *Gallaecia.* Es harto probable que, más allá del destierro, se hubiese ejercido una labor de control sobre sus contactos (Ioh. Bicl. *Chron.* 87)[50].

Más allá de la clemencia regia, el mero hecho de que estos rebeldes hubiesen conservado la vida apunta en determinadas situaciones a una contrapartida que, debemos entender, se dio muchas veces a cambio de información[51]. Así ocurrió con el rebelde Witerico, quien, en su intento de asesinato del obispo Masona, logró ser perdonado y liberado a cambio de informar de los planes del resto de conspiradores (*VSPE* V 11, 1-28 y 47-48). Ya se ha mencionado también el caso del obispo Argebado de Narbona, que logró el perdón de Wamba en el transcurso de la revuelta de Paulo (Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 21-22). Pero debe asumirse la existencia de otros muchos inculpados a consecuencia de esta rebelión o de otras potenciales. De ellos se debió de recabar información, pues se sabe que años después, reinando su sucesor Ervigio, se denunciaría la arbitrariedad ejercida por Wamba a la hora de interrogar y acusar a posibles enemigos internos, en una práctica para nada exclusiva de este reinado[52]. Con todo, fuera por unos o por otros, lo cierto es que Julián de Toledo estaba bastante bien informado de lo que ocurría en las filas de Paulo, teniendo constancia de los distintos implicados (Iul. Tol. *Iud. in tyrann. perfidia promulge*). El interrogatorio de posibles sospechosos para casos de lesa majestad es regulado por la legislación visigoda desde tiempos de Chindasvinto, permitiendo incluso el recurso a la tortura (*LV* VI 1, 2). Confirmando también la adquisición de información por medio de interrogatorio, cabe mencionar la normativa promulgada en tiempos de Egica (*LV* II 5, 19). En el XVII Concilio de Toledo del año 694, el mismo monarca y los obispos del reino acusaron a los judíos de guardar la intención de usurpar el trono, ya que así se lo habían transmitido estos mismos mediante confesión (*Conc. XVII Tol.* [a. 694], *Tomus* y c. 8). Más allá de la veracidad de tales acusaciones y del propio procedimiento interrogatorio aplicado[53], se puede igualmente plantear una labor de vigilancia de los judíos, quizá por parte de los propios siervos cristianos que se mencionan en el concilio y a los que, de forma selectiva, el rey habría recompensado con los bienes confiscados a los condenados.

Las labores de inteligencia interna por parte de la monarquía visigoda no debieron de limitarse únicamente a controlar a enemigos de condición laica, sino también a los principales exponentes de las jerarquías eclesiásticas que, como en el caso de los citados obispos Uldila y Sisberto, podían dirigir conspiraciones contra los reyes. El aparato legislativo recoge algunas prescripciones dirigidas a prevenir todo intercambio de información perjudicial para el trono. Ya en el IV Concilio de Toledo del 633 se promulgó un canon contra aquellos obispos lindantes con otros reinos que mantuviesen una correspondencia no autorizada con los enemigos extranjeros (*Conc. IV Tol.* [a. 633] c. 30). También en el VI Concilio de Toledo y en el siguiente, el VII Concilio de Toledo del 646, así como en la normativa secular, se legisló contra clérigos y laicos que traspasasen las fronteras del reino y guardasen la intención, en colaboración con otros pueblos, de actuar en contra de los intereses del pueblo, la patria y el rey de los godos[54]. Entre tales actos, potenciales o consumados, se puede incluir la entrega de información sensible. A la vista de este canon, se percibe una honda preocupación por prevenir la intervención de agentes extranjeros en conflictos internos, un temor para nada baladí. Téngase en cuenta que Sisenando (631-636) usurpó el trono en el 631 con ayuda del rey merovingio Dagoberto, en un movimiento que requirió la necesaria intervención de mensajeros secretos (Fred. *Chron.* IV 73). Previamente, y con menor éxito, los *comites* septimanos Granista y Vildigerno, junto al obispo arriano Ataloco, contaron con la asistencia franca en su revuelta contra Recaredo (*VSPE* V 12, 7-20)[55]. En un contexto muy diferente y con unas implicaciones muy distintas, también hay constancia de la acción de determinados individuos que habrían elevado críticas al papa Honorio I contra el rey Chintila (636-639/640) por su supuesta laxitud hacia los transgresores religiosos (Braul. Caesar. *Epist.* 16)[56].

Ante esta situación, resultan lógicos los esfuerzos del poder visigodo por controlar, cuando no limitar, los contactos con otros reinos. Para ello se habría vigilado de forma permanente a aquellos agentes que, por unas razones u otras, eran percibidos como una potencial amenaza. Cabe remitir aquí de nuevo al caso de Fructuoso de Braga y su frustrado intento por viajar a Oriente. La *Vita Fructuosi* nos detalla que el poder visigodo pudo impedir la consumación del viaje gracias a que el *dux* Dogilano se enteró de las intenciones del hombre santo por mediación de los propios servidores de

Fructuoso (*VF* 7, *add. O*)[57], aunque el mismo texto en otro momento afirma que fue un discípulo suyo quien le delató (*VF* 17). Los temores de Dogilano y Chindasvinto hacia Fructuoso quizá tenían relación con sus ilustres orígenes familiares, hijo de un *dux exercitus Hispaniae* y posiblemente también pariente del difunto rey Sisenando[58]. Su posición crítica hacia Chindasvinto queda confirmada en el *suggerendum de miseratione* que enviará años después al rey Recesvinto solicitándole el perdón regio para los condenados políticos del reinado anterior[59].

Con todo, la vigilancia y el destierro de probables agentes eclesiásticos peligrosos no estaban destinados tan solo a evitar posibles contactos con el exterior, sino también dentro de las fronteras del *regnum*. En el contexto de la revuelta de Hermenegildo, el obispo Masona de Mérida fue vigilado de cerca por su homólogo arriano, Sunna, quien le transmitía secretamente a Leovigildo información acusatoria contra él. Es muy posible que ello hubiese influido en última instancia en su posterior condena de reclusión monástica (*VSPE* V 6, 6-14; V 7, 1-4). En el contexto de su cautiverio, se dice que el obispo tenía cierta libertad para mandar y recibir cartas y enseres, aunque es previsible una cierta labor de control sobre tal actividad por parte del poder visigodo (*VSPE* V 7, 39-42).

En lo tocante a las figuras de condición eclesiástica, la vigilancia sobre ellos no tenía que realizarse siempre con el objeto de prevenir posibles conspiraciones, sino simplemente para evitar que los obispos actuasen y se coordinasen en contra de los intereses regios o para recabar información que, utilizada con habilidad, podía convertirse en un arma política y de chantaje contra los obispos. Es cierto que el hecho de que el episcopado estuviese repartido por todo el territorio del reino dificultaba esta labor; de ahí que su presencia en la corte, por ejemplo, con motivo de su asistencia a concilios o por otras razones, fuese una ocasión idónea para obtener información y vigilar sus movimientos. En una interesante carta de Isidoro de Sevilla a Braulio de Zaragoza, el hispalense se culpa de haber perdido una misiva anterior de su homólogo cesaraugustano cuando se encontraba en Toledo. Se dice, concretamente, que se la entregó a su *cubicularius* con intención de leerla cuando terminase de despachar con el rey, pero a su regreso la carta había desaparecido, junto con todo lo que la acompañaba (Isid. Hisp. *Epist.* III). Braulio de Zaragoza, en una carta posterior, vio en ello una excusa de Isidoro para evitar entregarle una copia de sus

Etymologiae y de su obra *Origines* (Braul. Caesar. *Epist.* IV), pero cabe también plantear la posibilidad de que tal correspondencia hubiese sido sustraída por agentes políticos de la corte, tanto del rey como de sus opositores, aprovechando la ausencia del obispo. En un acto de prudencia, quizá para evitar lanzar acusaciones en caso de que su correspondencia fuese intervenida, se cuida de no achacar las culpas a nadie, salvo a su descuido. La carta se redactó en el año 632, reinando Sisenando y en el horizonte temporal inmediatamente anterior a la celebración del IV Concilio de Toledo del 633[60]. Los contextos previos a un concilio, con el riesgo que suponían para el monarca como oportunidades de coordinación de los obispos en contra de los intereses regios, eran así momentos sensibles[61]. Isidoro y Sisenando mantenían buenas relaciones, hasta el punto de que Braulio le presumía al obispo hispalense una cierta capacidad de influencia sobre el monarca (Braul. Caesar. *Epist.* III-IV). Resulta curioso que el espionaje de un obispo supuestamente leal al rey no implicó, sin embargo, el fin de su relación.

Los concilios toledanos se convertían en las situaciones más favorables para llevar a cabo este tipo de acciones de inteligencia sobre el episcopado, pero no es descartable que las visitas periódicas de los obispos a la *sedes regia,* testimoniadas en alguna carta (Iul. Tol. *Prog. fut. saec.,* Praef.), fuesen también aprovechadas por los reyes para hacer lo propio. No consideramos, de hecho, casual que fuese en el reinado de Chindasvinto cuando se impusiese a los obispos la obligación de residir en Toledo al menos durante un mes al año (*Conc. VII Tol.* [a. 646], c. 6), en lo que se entiende en parte como una medida destinada a controlar la actividad episcopal. Pero el caso de Isidoro, anteriormente referido, sugiere también que la correspondencia epistolar constituía una vía interesante de control, sin necesidad de tener que encontrarse en la corte.

Más importantes que las cartas en cuestión podían ser los mensajeros por la información que, en muchas ocasiones, se les encomendaba transmitir[62]. Un caso paradigmático sería de nuevo el de la correspondencia entre Isidoro de Sevilla y Braulio de Zaragoza. Mientras que en algunas cartas se menciona y nombra de forma explícita a estos «portadores» (Braul. Caesar. *Epist.* B y III; Isid. Hisp. *Ep.* A y V), en otras no se incluye referencia alguna (Isid. Hisp. *Epist.* I y V). Quizá la alusión a tales mensajeros funcionaba como una confirmación de la confianza

depositada por los emisarios sobre ellos, favoreciendo así la recepción de información oral. Esta situación podría confirmarse si se contrasta la dignidad eclesiástica de algunos de ellos con el carácter servil de otros[63], quizá por tratarse en estos últimos casos de mensajes menos sensibles. Por el contrario, cuando no se hacía tal introducción epistolar a tales mensajeros, podría deberse a que no se perseguía obtener o difundir información adicional alguna y a que tal correspondencia se hizo por vías más ordinarias. El mismo Braulio, por ejemplo, no vio necesario mencionar al emisario en la correspondencia mantenida con otros obispos. No consideramos casual que tales especificaciones se hagan únicamente en la correspondencia mantenida con un obispo como Isidoro y no, por ejemplo, en la mantenida con otros actores eclesiásticos. Quizá resultaba preferible hacer este tipo de especificaciones cuando se intercambiaba una información de carácter sensible, más si atendemos al contexto previo al IV Concilio de Toledo.

CONCLUSIONES

A pesar de las dificultades que reviste toda aproximación histórica al fenómeno del espionaje y a las acciones de inteligencia desplegadas por los actores políticos de cada momento, se ha evidenciado que el reino visigodo manifestó una patente preocupación por controlar los cauces de información política sensible a los intereses del reino y sus gobernantes. En particular, se han podido identificar algunas de las dimensiones donde la inteligencia y el espionaje adquirieron un carácter determinante. Por un lado, la inteligencia emerge como una actividad habitual en las relaciones con otros reinos. El intercambio de información política sensible entre *regna* resultaba fundamental para proteger los intereses de cada monarca. Para ello, se recurría a una multiplicidad de actores que, de forma simultánea o no, y con independencia de su condición social y su origen geográfico, revelan el nivel de complejidad que podía revestir este tipo de acciones.

No obstante, el resto de reinos podía desplegar acciones similares en el reino visigodo, lo que exigía una correspondiente labor de contrainteligencia, tanto dentro como fuera de sus fronteras, que adoptaba asimismo distintas modalidades (informantes en el punto de origen, interceptación de embajadas e información, control de viajes al exterior,

interrogatorios y tortura, etc.), no muy distintas a algunas de las que se daban en contextos bélicos. Es precisamente la inteligencia militar otra de las dimensiones que adquirió esta actividad en el reino visigodo, siendo fundamental en muchas de –por no decir en todas– las empresas bélicas, fueran contra enemigos exteriores o internos. Más allá de la esfera estrictamente militar, es justamente el control de estos últimos el que domina otra de las dimensiones de la inteligencia y el espionaje visigodos. La vigilancia de (potenciales) enemigos al trono, su interrogatorio y su preventiva reclusión fueron algunas de las estrategias empleadas para evitar la organización y consumación de conspiraciones. Nadie estaba exento –ni siquiera los obispos o los clérigos se veían libres de tal destino–, pues cualquiera, con independencia de su condición, podía emerger como una potencial amenaza al trono y al reino.

FUENTES PRIMARIAS

Braul. Caesar. *Epist.* = Braulio Caesaraugustanus, *Epistulae,* ed. R. Miguel Franco y J. C. Martín-Iglesias (2018), CC SL 114B, Turnhout, Brepols.

Chron. Muzar. a. 754 = Chronica Mozarabica anno 754, ed. J. Pereira López (2009), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro».

Concilios visigóticos e hispano-romanos, ed. y trad. J. Vives (1963), Barcelona/Madrid, CSIC.

Epist. Wisig. = Epistulae Wisigothicae, ed. J. Gil (1972), *Miscellanea Wisigothica,* Sevilla, Universidad de Sevilla.

Fred. *Chron.* = Fredegarius, *Chronicon,* ed. B. Krusch (1888), MGH SEM T. II, Hannover, Impensis Bibliopolii Hahniani.

Fruct. Brac. *Epist. ad Recces. r.* = Fructuosus Bracarensis, *Epistula ad Reccesuindum regem,* ed. A. C. Vega (1941), *La Ciudad de Dios* 103, 335-344.

Greg. Mag. *Reg. Epist.* = Gregorius Magnus, *Registrum Epistularum*. ed. D. L. Norberg (1982), CC SL 140A, Turnhout, Brepols.

Greg. Tur. *DLH* = Gregorius Turonensis, *Decem libri historiae,* ed. B. Krusch y W. Levison (1951), MGH SRM T. I P. I., Hannover, Impensis Bibliopolii Hahniani.

Greg. Tur. *Lib. in glor. confess.* = Gregorius Turonensis, *Liber in gloria confessorum,* ed. B. Krusch (1885), MGH SRM T.I, P. II, Hannover,

Impensis Bibliopolii Hahniani.
Greg. Tur. *Lib. in glor. martyr.* = Gregorius Turonensis, *Liber in gloria martyrum,* ed. B. Krusch (1885), MGH SRM T.I, P. II, Hannover, Impensis Bibliopolii Hahniani.
Idal. Barc. *Epist.* = Idalius Barcionensis, *Epistulae,* ed. J. N. Hillgarth (1976), CC SL 115, Turnhout, Brepols.
Ioh. Bicl. *Chron.* = Iohannes Biclarensis, *Chronicon*, ed. C. Cardelle de Hartmann (2003), CC SL 173A, Turnhout, Brepols.
Isid. Hisp. *De uir. illustr.* = Isidorus Hispalensis, *De uiris illustribus,* ed. C. Codoñer (1964), Salamanca, CSIC.
Isid. Hisp. *Epist.* = Isidorus Hispalensis, *Epistulae,* ed. R. Miguel Franco y J. C. Martín-Iglesias (2018), CC SL 114B, Turnhout, Brepols.
Isid. Hisp. *Etym.* = Isidorus Hispalensis, *Etymologiae,* ed. y trad. J. Oroz Reta y M.-A. Marcos Casquero (2009), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
Iul. Tol. *Prog. fut. saec.* = Iulianus Toletanus, *Prognosticum future saeculi,* ed. J. N. Hillgarth (1976), CC SL 115, Turnhout, Brepols.
Iul. Tol. *Hist. Wamb.* = Iulianus Toletanus, *Historia Wambae,* ed. W. Levison (1976), CC SL 115, Turnhout, Brepols.
Iul. Tol. *Iud. in tyrann. perfidia promulg.* = Iulianus Toletanus, *Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum,* ed. W. Levison (1976), CC SL 115, Turnhout, Brepols.
La colección canónica hispana, III-VI, ed. G. Martínez Díez y F. Rodríguez (1982-2002), Madrid, CSIC.
LV = Leges Visigothorum, ed. K. Zeumer (1902), MGH Leges II, Hannover, Impensis Bibliopolii Hahniani.
Taio Caesar. *Epist. ad Eugen. Tolet. ep.* = Taio Caesaraugustanus, *Epistula ad Eugenium episcopum,* ed. J. Varela Rodríguez (2018), *Sacris Erudiri* 57, 323-365.
Ven. Fort. *Carm.* = Venantius Fortunatus, *Carmina,* ed. y trad. M. Roberts (2017), Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
VF = Vita Fructuosi, ed. M. C. Díaz y Díaz (1974), Braga, [s.n].
VSPE = Vitas sanctorum Patrum Emeretensium, ed. A. Maya (1992), CC SL 116, Turnhout, Brepols.

BIBLIOGRAFÍA

Baud, Jacques (2002), *Encyclopédie du renseignement et des services secrets,* París, Lavauzelle.
Delaruelle, Étienne (1967), «Le diocèse de Bigorre dans l'espace franc de 506 à 587», en *Gens et choses de Bigorre,* Saverdun, Imprimerie du Champ de Mars*,* 15-28.
Díaz, Pablo C. (2008), «Gregorio Magno y el reino visigodo. Un conflicto de poderes», en C. Azzara (ed.), *Gregorio Magno, l'Impero e i «regna»,* Florencia, Sismel/Edizioni del Galluzzo, 59-80.
— (2020), «Honorio I y la Iglesia hispana del siglo VII», en I. Barbiera, F. Borri y A. Pazienza (eds.), *I Longobardi a Venezia. Scritti per Stefano Gasparri,* Turnhout, Brepols, 249-259.
Díaz, Pablo C. y Poveda Arias, Pablo (2023), «Hacia una caracterización del *regnum Gothorum* hispano», en I. Martín Viso (ed.), *Los procesos de formación del feudalismo. La península ibérica en el contexto europeo,* Oviedo, Trea, 141-168.
Díaz y Díaz, Manuel C. (1967), «Notas para una cronología de Fructuoso de Braga», *Bracara Augusta* 21, 215-223.
Dinarès Cabrerizo, Oriol (2021), «Estudio de la correspondencia entre el rey Sisebuto y el *patricius* Cesáreo: encuentros y desencuentros entre el protocolo diplomático visigodo y el bizantino en el siglo VII», *Revista de Estudios Bizantinos* 9, 133-165.
Dumézil, Bruno (2008), *La reine Brunehaut,* París, Fayard.
— (2011), «Les ambassadeurs occidentaux au VIe siècle: recrutement, usages et modes de distinction d'une élite de représentation à l'étranger», en F. Bougard, H.-W. Goetz y R. Le Jan (dirs.), *Théorie et pratiques des élites au haut Moyen Âge. Conception, perception et réalisation sociale,* Turnhout, Brepols, 243-259.
— (2012), «L'ambassadeur barbare au VIe siècle d'après les échanges épistolaires», en A. Becker y N. Drocourt (dirs.), *Ambassadeurs et ambassades au cœur des relations diplomatiques, Rome – Occident Médiéval – Byzance (VIIIe s. avant J.-C.-XIIe s. après J.-C.),* Metz, Centre de Recherche Universitaire Lorrain d'Histoire, 239-255.
— (2016), «Les vraix-faux messages diplomatiques mérovingiens», en B. Dumézil y L. Vissière (dirs.), *Épistolaire politique II. Authentiques et autographes,* París, Publications Universitaires de la Sorbonne, 19-34.
Dumézil, Bruno y Lienhard, Thomas (2011), «Les *Lettres austrasiennes:*

dire, cacher, transmettre les informations diplomatiques au haut Moyen Âge», en *Les relations diplomatiques au Moyen Âge. Formes et enjeux. XLIe Congrès de la SHMESP (Lyon, 3-6 juin 2010),* París, Publications de la Sorbonne, 69-80.

Esders, Stefan (2019), «Chindasvinth, the "Gothic disease", and the Monothelite crisis», *Millennium* 16/1, 175-212.

Frighetto, Renan (2015), «El exilio, el destierro y sus concepciones políticas en la Hispania visigoda: los ejemplos de Juan de Bíclaro e Isidoro de Sevilla», en M. Vallejo Girvés, J. A. Bueno Delgado y C. Sánchez-Moreno Elart (eds.), *Movilidad forzada entre la Antigüedad clásica y tardía,* Alcalá de Henares, Editorial Universidad de Alcalá, 111-134.

— (2014), «Um exemplo de *gens* na Hispania visigoda: Fructuoso de Braga e a sua origo preclara (século VII)», *Revista Dialogos Mediterrânicos* 7, 28-52.

García Moreno, Luis A. (2008), *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado,* Madrid, Real Academia de la Historia.

— (2011), «Relaciones internacionales del reino godo de Toledo en el siglo VII: de la *faida* gótica a la obsesión bizantina», en *Le relazioni internazionali nell'alto medioevo,* Spoleto, CISAM, 481-560.

Gillett, Andrew (2003), *Envoys and Political Communication in the Late Antique West: 411-533,* Cambridge, Cambridge University Press.

Isla Frez, Amancio (1990), «Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del s. VI», *En la España Medieval,* 13, 11-32.

— (2002), «El *officium palatinum* visigodo. Entorno regio y poder aristocrático», *Hispania* 62/3, 212, 823-847.

James, Edward (2009), «Gregory of Tours, the Visigoths and Spain», en S. Barton y P. Linehan (eds.), *Cross, Crescent and Conversion. Studies on Medieval Spain and Christendom in Memory of Richard Fletcher,* Leiden, Brill, 43-64.

Le Jan, Régine (2011), «Les relations diplomatiques pendant le premier Moyen Âge (VIe-XIe siècle)», en *Les relations diplomatiques au Moyen Âge. Formes et enjeux. XLIe Congrès de la SHMESP (Lyon, 3-6 juin 2010),* París, Publications de la Sorbonne, 13-30.

Martin, Céline (2010), «"Suggérer" au roi visigothique: entre supplique et jeu d'influence», en M. Charageat y C. Leveleux-Teixeira (eds.),

Consulter, délibérer, décider. Donner son avis au Moyen Âge (France-Espagne, VIIe-XVIe siècle), Toulouse, Presses universitaires du Midi, 77-94.

— (2013), «La degradación cívica de los judíos en el reino visigodo», en R. González Salinero (ed.), *Marginados sociales y religiosos en la Hispania tardorromana y visigoda,* Madrid/Salamanca, Signifer, 221-241.

Martin, Céline y Martín-Iglesias, José Carlos (2023), «Los poemas asociados a Fructuoso de Braga (*CPL* 1275): estudio filológico e histórico», *Studia Historica. Historia Antigua* 41, 1-47.

Martín-Iglesias, José Carlos; Díaz, Pablo C. y Vallejo Girvés, Margarita (2020), *La Hispania tardoantigua y visigoda en las fuentes epistolares,* Madrid, CSIC.

Miguel Franco, Ruth (2015), *Epístolas: Braulio de Zaragoza,* Madrid, Akal.

Nechaeva, Ekaterina (2012), «Les activités secrètes des ambassadeurs dans l'Antiquité tardive», en A. Becker y N. Drocourt (dirs.), *Ambassadeurs et ambassades au cœur des relations diplomatiques, Rome – Occident Médiéval – Byzance (VIIIe s. avant J.-C.-XIIe s. après J.-C.),* Metz, Centre de Recherche Universitaire Lorrain d'Histoire, 183-202.

Orlandis, José (1970), «Communications et échanges entre l'Espagne wisigothique et la France mérovingienne», *Annales de la Faculté de Droit de Toulouse* 18, 253-262.

Poveda Arias, Pablo (2020), «¿Hacia la unidad de Hispania? Explicaciones sociales a las ofensivas militares visigodas en la península ibérica (siglos VI-VIII)», *Gladius* 40, 73-92.

— (2022), «Conquista e integración de la *Gallaecia* en el reino visigodo», *Lucentum* 41, 283-299.

— (2023a), «Coexisting Leaderships in the Visigothic Cities: A "Coopetitive" Model», en D. Castro y F. Ruchesi (eds.), *Leadership, Social Cohesion, and Identity in Late Antique Spain and Gaul (500-700),* Ámsterdam, Amsterdam University Press, 159-183.

— (2023b), «Límites y usos del consenso político en el reino visigodo hispano», en Á. Carvajal Castro y C. Tejerizo-García (eds.), *El Estado y la Alta Edad Media: nuevas perspectivas,* Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 131-148.

— (2024), «Luchas de poder en la Galia merovingia: oposición y confrontación entre reinas y obispos», en M. C. Chiriatti y C. Trillo San

José (eds.), *In and Out of the City. Female Environments, Relations and Dynamics of Space (400-1500),* Paderborn, Brill/Schöningh, 70-102.
Sarti, Laury (2013), *Perceiving War and the Military in Early Christian Gaul (ca. 400-700 A.D.),* Leiden, Brill.
Stadermann, Christian (2017), *Gothus: Konstruktion und Rezeption von Gotenbildern in narrativen Schriften des merowingischen Gallien,* Stuttgart, Franz Steiner.
Thompson, Edward A. (1957), «Two Notes on St. Fructuosus of Braga», *Hermathena* 90, 54-63.
Ubric Rabaneda, Purificación (2019), «Leander of Seville and His Influence on Isidore of Seville», en A. Fear y J. Wood (eds.), *A Companion to Isidore of Seville,* Leiden, Brill, 101-132.
Vallejo Girvés, Margarita (2003), «Los exilios de católicos y arrianos bajo Leovigildo y Recaredo», *Hispania Sacra* 55/111, 35-48.
Valverde Castro, Mª. Rosario (2000a), «La monarquía visigoda y su política matrimonial: el reino visigodo de Toledo», *Studia Historica. Historia Antigua* 18, 331-348.
— (2000b), *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
Wood, Ian (1994), *The Merovingian Kingdoms, 450-751,* Londres, Longman.

---

[1] Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación PID2021.123986NB.I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y por «FEDER Una manera de hacer Europa».

[2] Baud 2002, 270 y 558.

[3] Al menos en lo que al siglo VI se refiere, se percibe una actitud aislacionista de los reinos germánicos posimperiales. En la misma línea: Gillett 2003, 75.

[4] Cfr. Dumézil 2011, 254-255; Nechaeva 2012.

[5] Cfr. Le Jan 2011, 16; Dumézil y Lienhard 2011; Dumézil 2012, 245 y 255.

[6] Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 493. Las relaciones entre el reino visigodo y los reinos merovingios son las que más información aportan en torno a la acción diplomática goda: cfr. Orlandis 1970; Isla Frez 1990; Valverde Castro 2000a. Para otras misiones diplomáticas en las que el intercambio de información tuvo un marcado componente oral, cfr. Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 431; Dinarès Cabrerizo 2021.

[7] Así se pone en evidencia en: Greg. Tur. *DLH* VI 33.

[8] Esta misión queda claramente recogida en: Braul. Caesar. *Epist.* 35; Taio Caesar. *Epist. ad Eugen. Tolet. ep*.

[9] García Moreno 2011, 539-541.

[10] Aquí cabe mencionar también el caso de la princesa Ingunda, casada con el príncipe visigodo Hermenegildo.

[11] Sobre la Hispania visigoda en la obra del turonense y sus posibles fuentes de información, cfr. James 2009.

[12] Sobre esta misión de Leandro, cfr. Valverde Castro 2000b, 146, n. 59; Ubric Rabaneda 2019, 110-111.

[13] Cfr. Díaz 2008.

[14] Díaz 2008, 71-72; Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 427.

[15] Se sabe, por ejemplo, que Galsvinta estaba en contacto con su madre Gosvinta; Ven. Fort. *Carm.* VI 5.

[16] La misma Galsvinta se hizo acompañar de una sirvienta; Ven. Fort. *Carm.* VI 5, 255-264.

[17] Stadermann 2017, 230.

[18] Stadermann 2017, 295. Para otra lectura, cfr. Sarti 2013, 25.

[19] Téngase en cuenta que Arlés y su territorio lindaban con el territorio bajo soberanía goda.

[20] Para otra lectura, cfr. García Moreno 2011, 503-504.

[21] Dumézil 2016, 25-26.

[22] Sobre los problemas que giran en torno a este testimonio, Dumézil 2016, 25-27.

[23] La ruta más habitual era la del noreste (Orlandis 1970, 255-257).

[24] Delaruelle 1967, 22-24 y 28. Sobre las relaciones entre Fredegunda y Amelio, entre otros obispos, cfr. Poveda Arias 2023a. A través de argumentos antroponímicos, se ha propuesto que Leuba estaba emparentada con Leovigildo y Liuva (García Moreno 2008, 147 n. 380), pero, aparte de la similitud antroponímica, nada permite asumir tal cosa.

[25] Se ha planteado que se trataba del obispo Vero de Rodez (Dumézil 2008, 372). Sin embargo, no todos aceptan esta posibilidad; cfr. Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 494.

[26] Ha llamado la atención sobre esto Dumézil 2016, 24.

[27] Sobre el contexto de los reinos merovingios en esta época, cfr. Wood 1994, 102-103; Dumézil 2008, 232-237.

[28] Nada impedía que tales recursos fuesen igualmente empleados por Teodeberto II de Austrasia para hacer frente a sus otros enemigos, entre los que se encontraría su propio hermano Teodorico II.

[29] En una línea similar, Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 496. Se ha planteado que el compromiso de ayuda austrasiana en caso de ataque burgundio formaba parte de la negociación (García Moreno 2011, 503).

[30] García Moreno 2011, 499.

[31] Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 497; cfr. Dumézil 2012, 249. Isidoro de Sevilla recogió asimismo el principio de inviolabilidad de los legados diplomáticos (Isid. Hisp. *Etym.* V 6).

[32] Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 431.

[33] *Ibid.,* 428.

[34] A estos apunta el propio Gregorio en su correspondencia con Recaredo: Greg. Mag. *Reg. Epist.* IX 229.

[35] Díaz 2008; Martín-Iglesias, Díaz y Vallejo Girvés 2020, 432.

[36] Cabe, sin embargo, plantearse si las inquietudes visigodas derivaban más del paso de Fructuoso por la Galia en su trayecto a Oriente. *VF* 7, *add. O*. García Moreno 2011, 529-530 ha propuesto que Chindasvinto tenía un particular miedo a posibles connivencias entre Fructuoso y los francos por las conexiones familiares que el asceta tenía en la Septimania. Para una defensa de tales supuestos, cfr. Esders 2019, 194-195.

[37] Thompson 1957, 59-63.

[38] Sobre la figura de Fructuoso y su deseado viaje, véase también Díaz y Díaz 1967.

[39] Tan solo consta el exilio sufrido por algunos clérigos hispanos en época de Leovigildo; Vallejo Girvés 2003.

[40] Cfr. Orlandis 1970, 259-260.

[41] Poveda Arias 2020, 76.

[42] Sobre esta batalla, véase también Ioh. Bicl. *Chron.* 90; *VSPE* V 12.

[43] Para una nómina de los principales líderes de la revuelta: Iul. Tol. *Iud. in tyrann. perfidia promulg.* 3-4.

[44] Así pudo ocurrir, por ejemplo, en el caso de los prisioneros tomados por los visigodos en la *Spania* bizantina, y al revés: *Epist. Wisig.* 2. Los prisioneros vascones tomados por Wamba también pudieron servir como fuente de información para futuras campañas: Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 10.

[45] Sobre los faccionalismos en el reino visigodo, cfr. Díaz y Poveda Arias 2023.

[46] La propia legislación de Egica evidencia la preocupación de los conspiradores por que sus planes no fuesen propagados por alguno de ellos: *LV* II 5, 19.

[47] Cabe señalar el caso del *comes scanciarum et dux* Suniefredo, quien se levantó contra Egica. No cabe descartar que el rebelde *dux* Paulo hubiese también formado parte del *officium palatinum;* cfr. Isla Frez 2002, 829 y 843.

[48] Cfr. Poveda Arias 2023.

[49] Así lo hemos planteado nosotros mismos para el caso del rebelde suevo Audeca: Poveda Arias 2022, 286. Sobre los destierros y exilios, cfr. Vallejo Girvés 2003; Frighetto 2015.

[50] Destinos más o menos similares sufrieron el obispo arriano Uldila y el ya mencionado *comes* Bulgarano. Cfr. Ioh. Bicl. *Chron.* 89; *Epist. Wisig.* 13.

[51] La propia legislación asume supuestos de perdón regio a traidores: *LV* II 1, 8.

[52] Así se refleja en *Conc. XIII Tol.* (a. 683), c. 2.

[53] Martin 2013, 233-234.

[54] *Conc. VI Tol.* (a. 638), c. 12; *Conc. VII Tol.* (a. 646), c. 1; *LV* II 1, 8.

[55] Ampliando esta casuística: Iul. Tol. *Hist. Wamb.* 6.

[56] Díaz 2020, 252.

[57] Se hace eco de este episodio Orlandis 1970, 260-261.

[58] García Moreno 2011, 530. Se destacan los ilustres orígenes familiares de Fructuoso en *VF* 2. Sobre la familia de Fructuoso, cfr. Frighetto 2014; Martin y Martín-Iglesias 2023.

[59] Fruct. Brac. *Epist. ad Recces. r.*; Martin 2010, 80-83.

[60] Sobre esta fecha, cfr. Miguel Franco 2015, 15.

[61] Poveda Arias 2023b, 139-140.

[62] Dumézil 2016, 23.

[63] Es el caso de Idal. Barc. *Epist. ad Iul. Tolet.;* Idal. Barc. *Epist. ad Suntfred. Narbon.*

RELACIÓN DE AUTORES

Denis ÁLVAREZ PÉREZ-SOSTOA es profesor agregado en el Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad del País Vasco. Su investigación se ha centrado en la República romana media y tardía. Sus líneas de estudio se enmarcan en el ámbito bélico, en especial en los rehenes y los prisioneros de guerra y su uso como instrumentos diplomáticos por parte de Roma. Ha prestado atención asimismo a la obra de Julio César, sobre todo al *Bellum Gallicum,* como obra fundamental para comprender la combinación de la diplomacia y la fuerza militar en el proceso de expansión de Roma. Ha realizado estancias de investigación en Ginebra, Edimburgo y Burdeos, además de impartir seminarios en las universidades de Pau, Czestochowa y Catania.

Fernando BERMEJO-RUBIO es profesor contratado doctor del Departamento de Historia Antigua de la UNED (Madrid). Sus principales ámbitos de especialización son la historia política de la Judea romana y la historia de las religiones antiguas, con particular atención al judaísmo de época helenística, el cristianismo antiguo y el maniqueísmo. En todos estos campos ha publicado numerosas contribuciones en varios idiomas, muchas de las cuales han tenido repercusión internacional. Ha impartido conferencias y seminarios como invitado en diversas universidades españolas y extranjeras (como las de Lausana, Cambridge, Nápoles y Lisboa). Su monografía más reciente es *They Suffered under Pontius Pilate. Jewish Anti-Roman Resistance and the Crosses at Golgotha* (Lanham/Boulder/Nueva York/Londres, Lexington Books/Fortress Academic, 2023).

Adolfo DOMÍNGUEZ MONEDERO es catedrático de Historia Antigua en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus principales líneas de investigación se han centrado en el estudio de la colonización griega en el Mediterráneo arcaico y en otros periodos de la Grecia antigua. Es autor de varios libros, como *La polis y la expansión colonial griega: Siglos VIII-VI* (1991), *Solón de Atenas* (2001), *Alejandro Magno: Rey de Macedonia y de Asia* (2013), y, más recientemente, *Las colonizaciones en el*

Mediterráneo antiguo (2022). Ha dirigido proyectos de investigación sobre problemas de historia, paisaje y topografía histórica de diversas regiones de Grecia, como la Locris Epicnemidia, el Epiro y las islas del mar Jónico, que han dado lugar a numerosas publicaciones.

Peter DUBOVSKÝ, tras haberse formado en Eslovaquia, Italia, Israel y Estados Unidos, es actualmente rector del Pontificio Istituto Biblico. Sus campos de especialización son la asiriología y la exégesis bíblica, en particular de los libros de los Reyes, sobre los que está preparando un comentario desde la perspectiva de su recepción. Entre sus publicaciones destaca su monografía sobre los servicios de inteligencia neoasirios (*Hezekiah and the Assyrian Spies: Reconstruction of the Neo-Assyrian Intelligence Services and Its Significance for 2 Kings 18-19,* Biblica et Orientalia 49, Roma, Pontificio Istituto Biblico, 2006), así como su investigación sobre el denominado «primer Templo» de Jerusalén (*The Building of the First Temple: A Study in Redactional, Text-Critical and Historical Perspective,* Tubinga, Mohr Siebeck, 2015).

Fernando ECHEVERRÍA es profesor titular de Historia Antigua en la Universidad Complutense de Madrid. Formado como historiador y filólogo clásico, su investigación se centra en la historia militar, política y social de la Grecia arcaica y clásica. Entre sus temas de estudio se encuentran la pintura vascular griega arcaica, la poliorcética o las emociones, todos ellos aplicados al análisis de la guerra griega antigua, así como aspectos diversos de la sociedad homérica, como el viaje, la navegación o las alianzas. Es miembro del consejo editorial de la colección «Warfare in the Ancient Mediterranean World» (Brill) y autor de *Ciudadanos, campesinos y soldados. El nacimiento de la polis griega y la teoría de la «revolución hoplita»* (2008).

Francesco GIANNONE es miembro colaborador asociado en el equipo «Mondes sémitiques» de la UMR 8167 «Orient et Méditerranée» en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS, Francia). Es doctor de investigación (PhD) en Sorbonne Université en cotutela con la Università di Napoli «L'Orientale» con la tesis *"The Eyes and the Ears of the King." Spying and Intelligence in the Correspondence of the Ancient Near East in the II Millennium B.C.E.* («Los ojos y los oídos del rey.

Espionaje e inteligencia en la correspondencia del Próximo Oriente Antiguo en el segundo milenio a.e.c.»). Su ámbito de investigación incluye la inteligencia y las actividades secretas, las comunicaciones a distancia y la epistolografía en los textos acadios e hititas del segundo milenio a.e.c.

Raúl GONZÁLEZ SALINERO es doctor en Historia Antigua por la Universidad de Salamanca (1997) y profesor titular de esta disciplina en la UNED (Madrid). Especialista en el estudio de la Antigüedad tardía, ha sido *Visiting Scholar* en las universidades de Parma, Sorbonne-Paris IV, Bari Aldo Moro, Cambridge y *Alma Mater Studiorum* Bologna. Es editor científico de dieciocho libros y autor único de más de cien artículos y capítulos de libros, así como de diez monografías científicas, entre las que cabría señalar *Military Service and the Integration of Jews into the Roman Empire,* Leiden/Boston, Brill, 2022 [ed. cast.: *Soldados judíos en el ejército romano. De la integración a la exclusión,* Madrid, Marcial Pons, 2025].

José LULL es licenciado en la especialidad de Arqueología por la Universitat de València y en Egiptología por la Universität Tübingen (Alemania), y doctor en Geografía e Historia por la UV. Es profesor agregado de Egiptología en la Universitat Autònoma de Barcelona, donde coordina el Máster Universitario en Egiptología, el Diploma de especialización en Antiguo Egipto y el programa de cursos de especialización de egiptología. Es especialista en el Imperio Nuevo y el Tercer Periodo Intermedio, así como en astronomía egipcia. Cuenta con unas ciento cincuenta publicaciones científicas y de transferencia, incluidas varias monografías. Es miembro del equipo de investigación de los proyectos «Craft Priests in Ancient Egypt» (UAB) y «Orientatio ad Sidera VI», con el Instituto de Astrofísica de Canarias.

Marc MENDOZA es doctor en Historia Antigua por la Universitat Autònoma de Barcelona (2018). Su investigación se ha centrado fundamentalmente en Alejandro Magno, los Diádocos, el Imperio aqueménida y el Asia Central Helenística, aunque también ha tratado temas de recepción moderna e historiografía catalana. Su tarea docente la ha desarrollado en la Universitat de Lleida, la Universitat Oberta de

Catalunya y, sobre todo, en la Autònoma de Barcelona, donde actualmente ejerce como profesor, cargo que compatibiliza con la codirección de la revista *Karanos. Bulletin of Ancient Macedonian Studies*. Es autor de dos monografías (y dos más en vías de publicación), coeditor de múltiples volúmenes y autor de decenas de artículos y capítulos de libro.

Juan José PALAO VICENTE es en la actualidad profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de Salamanca. Sus principales líneas de investigación se centran en el ejército romano imperial y en la epigrafía y sociedad en las provincias hispanas durante el Principado. Es autor de numerosos libros y artículos científicos, así como de trabajos de divulgación. Entre sus obras destaca *Legio VII Gemina (Pia) Felix. Estudio de una legión romana* (2006) y la edición del libro *Militares y civiles en la antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos* (2010). Ha coeditado, junto a M. Navarro Caballero, el volumen colectivo *Villes et territoires dans le bassin du Douro à l'époque romaine* (2004).

Sabino PEREA YÉBENES es profesor titular de Universidad desde 2002; actualmente ejerce en la UNED (Madrid) como profesor y director del Departamento de Historia Antigua. Ha participado como investigador en varios proyectos de Investigación desde 1995 (en Universidad de Sevilla, Universidad de Murcia y Universidad Complutense de Madrid), y es actual I.P. del Grupo de Investigación de la UNED «Res Publica et Res Sacra. Poder y sacralidad en el mundo romano». Ha publicado cientos de trabajos de investigación en España y en el extranjero, y una veintena de libros como autor único. También ha coordinado diez libros como editor científico, y ha traducido al español media docena de obras de Historia Antigua, de diversos idiomas.

Pablo POVEDA ARIAS es profesor permanente laboral de Historia Antigua en la Universidad de Valladolid, tras desarrollar su trayectoria profesional en la Universidad de Salamanca, donde defendió su tesis doctoral, y en la Universidad de Hamburgo. También ha realizado estancias de investigación en distintas instituciones internacionales, tales como la Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, Université Paris Nanterre y Universität Tübingen. Sus investigaciones están consagradas al estudio de la Antigüedad tardía y más en concreto a las dinámicas de poder que se

dieron en el Occidente posromano, particularmente en la Galia merovingia y en la Hispania visigoda, así como a las dinámicas religiosas del contexto ibérico posromano. Tal labor investigadora se ha plasmado en buen número de publicaciones a nivel nacional e internacional.

Francisco Javier RUBIO ORECILLA es profesor contratado doctor en Lingüística Indoeuropea en la Universidad de Salamanca. Desde su doctorado en 1993, cuyo fruto fue una de las primeras tesis sobre lingüística indoirania en España, investiga en lingüística céltica, indoirania y filología védica. Ha pasado como investigador o docente por las universidades de Colonia, Saarbrücken y el Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo de Zaragoza, universidad con la que mantiene también una larga colaboración como investigador. Además de numerosas publicaciones sobre lenguas célticas continentales, indoiranio y lingüística indoeuropea, ha traducido textos védicos y poesía sánscrita clásica; su último trabajo, *La palabra y el rito* (2023), es un análisis de tres leyendas védicas sobre el poder de la palabra.

Frank RUSSELL ostenta la Cátedra Bingham de Historia y Clásicas en Transylvania University. Además, enseña en Memoria College y dirige la investigación de estudiantes en arqueología en Turquía (en Antioquía del Crago y Elaiussa Sebaste). Anteriormente, enseñó en la Universidad de Mississippi, en el Dartmouth College y en la Universidad de Auckland (Nueva Zelanda). Obtuvo su licenciatura en Clásicas en la Universidad Loyola Marymount y su doctorado en Clásicas en la UCLA (Universidad de California – Los Ángeles). Sus publicaciones incluyen *Information Gathering in Classical Greece* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999), así como artículos y capítulos sobre inteligencia antigua, historia militar y teoría política.

Rose Mary SHELDON obtuvo su doctorado en Historia Antigua por la Universidad de Michigan con una tesis que ganó un National Intelligence Book Award en 1987. Es profesora emérita de Historia en el Virginia Military Institute, donde ocupó la Cátedra Burgwyn de Historia Militar. Ha formado parte de los comités editoriales de varias revistas especializadas: *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, *The Journal of Military History* y *Small Wars and*

Insurgencies. Es autora de numerosos artículos y de libros que se han convertido en clásicos en el ámbito de la historia de la inteligencia, como *Intelligence Activities in Ancient Rome. Trust in the Gods, But Verify* (Londres, Frank Cass, 2005) o *Ambush! Surprise Attack in Ancient Greek Warfare* (Barnsley [South Yorkshire], Frontline Books, 2012).

Margarita VALLEJO GIRVÉS es catedrática de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá. Se ha interesado especialmente, dentro del ámbito de la Antigüedad tardía, por las relaciones entre el Imperio romano de Oriente y la Hispania visigoda (*Hispania y Bizancio. Una relación desconocida,* Madrid, Akal, 2012; J. C. Martín-Iglesias, P. Díaz y M. Vallejo, *La Hispania tardoantigua y visigoda en las fuentes epistolares. Antología y Comentario,* Madrid, CSIC, 2020), por la evolución del exilio como pena pública y legal (D. Rohmann, J. Ulrich y M. Vallejo Girvés [eds.], *Mobility and Exile at the End of Antiquity,* Berlín, Peter Lang, 2018) y por la historia del siglo V e.c. en el ámbito mediterráneo oriental. Ha sido investigadora principal de tres proyectos de investigación.

Joaquín VELÁZQUEZ MUÑOZ es doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid, donde defendió su tesis sobre el sistema viario del Imperio aqueménida. Especialista en este periodo histórico, su labor investigadora abarca una amplia gama de temas relacionados con la cultura persa, entre otros, los orígenes del pueblo persa y su relación con el mundo elamita, la administración del Imperio, la religión persa y la ideología real. Entre sus publicaciones destacan sus libros *Los caminos reales del imperio persa aqueménida* (2016) y *Ciro, Rey de Anšan: Origen y formación del imperio persa* (2021), además de un buen número de contribuciones en revistas académicas al conocimiento del Imperio persa en lengua castellana.

PINCHE AQUÍ

COLECCIÓN

AKAL UNIVERSITARIA

akal

